

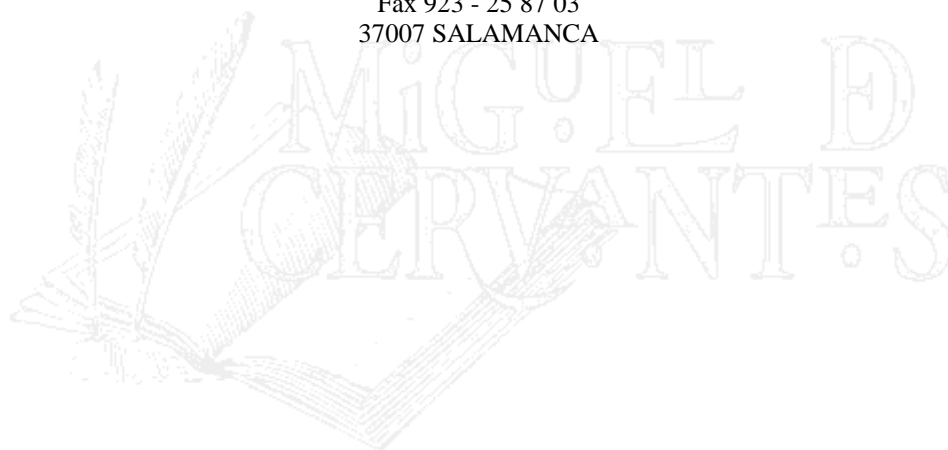
# El espacio en la obra de Alfredo Bryce Echenique

M<sup>a</sup> Pilar HURTADO PERALTA

I S B N: 84--89727-64-3  
Depósito Legal: S. 54-98

Servei de Publicacions  
Universitat de Lleida

TESITEX, S.L.  
c/. Melchor Cano, 15  
Télf. 923 - 25 51 15  
Fax 923 - 25 87 03  
37007 SALAMANCA



# ÍNDICE GENERAL

## I.- INTRODUCCIÓN

## II.-EL ESPACIO DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

### 1.-APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA

### 2.-CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD NO ES MERA COINCIDENCIA

## III.-UNA APROXIMACIÓN AL ESPACIO

### 1.-EL ESPACIO

### 2.-SOBRE UN ESPACIO CONCRETO: EL DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

### 3.EL ESPACIO PARA EL ESCRITOR

## IV.-EL ESPACIO EN LA OBRA DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

### 1.-LOS ESPACIOS DE LA NIÑEZ

#### 1.1.-El espacio físico / el espacio íntimo

### 2.-LOS ESPACIOS DE LA ADOLESCENCIA

#### 2.1.-El espacio físico

##### 2.1.1.-El colegio

##### 2.1.2.-La calle

#### 2.2.-El espacio íntimo

##### 2.2.1.-El amor: el enfrentamiento entre el amor idealizado y el deseo

##### 2.2.2.-La amistad

##### 2.2.3.-La valoración del Yo

###### 2.2.3.1.-Los ídolos:

###### 2.2.3.2.-Los antihéroes:

##### 2.2.4.-El complejo de Edipo

### 3.-LOS ESPACIOS DE LA EDAD ADULTA

#### 3.1.-El espacio físico

##### 3.1.1.-El espacio geográfico

###### 3.1.1.1.-Francia: esto fue el deseo

###### 3.1.1.2.-Francia: esto es lo que sucedió

###### 3.1.1.3.-España

###### 3.1.1.4.-Y otra vez París: El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz

###### 3.1.1.5.-La última mudanza de Felipe Carrillo: Perú-París-Madrid-Perú-París

###### 3.1.1.6.-París otra vez

###### 3.1.1.7.-Perú

###### 3.1.1.8.-El Perú de la nostalgia

###### 3.1.1.9.- Y de nuevo España

###### 3.1.1.10.-Otros lugares

#### 3.1.2.-El espacio de la Historia

##### 3.1.2.1.-Mayo del 68

#### 3.1.3.-Los viajes: espacios a recorrer

#### 3.1.4.- El entorno

##### 3.1.4.1.-Los apartamentos

##### 3.1.4.2.-Los bares

##### 3.1.4.3.-Los bares anónimos

##### 3.1.4.4.-Los otros bares

##### 3.1.4.5.-Los restaurantes

##### 3.1.4.6.-Las piscinas

##### 3.1.4.7.-Los aeropuertos

##### 3.1.4.8.-Las fiestas

##### 3.1.4.9.-La calle

##### 3.1.4.10.-Otros

#### 3.1.5.-El espacio de la confinación

#### 3.1.6.-Los objetos

##### 3.1.6.1.-Malatesta

##### 3.1.6.2.-El sillón Voltaire

##### 3.1.6.3.-La hondonada

##### 3.1.6.4.-El diván

3.1.7.-La recurrencia de ciertos objetos:

3.1.7.1.-Las fotografías

3.1.7.2.-Las corbatas

3.1.7.3.-Los perros

3.1.7.4.-Otros objetos

3.2.- el espacio íntimo:

3.2.1.- El hecho de la escritura:

3.2.1.1.-El recuerdo como materia novelable

3.2.3.-Las mujeres:

3.2.2.1.-Una relación marcada por la literatura

3.2.2.2.-Hay mujeres que no resisten el cambio

3.2.2.3.-Otras mujeres

3.2.2.4.-Y cuatro son las mujeres

3.2.2.5.-The second best

3.2.3.-La amistad

4.-EL ESPACIO FORMAL

4.1.-La oralidad

4.2.-El humor

4.2.1.-El humor en la obra de Bryce Echenique

4.3.-Otros recursos

V.-UN MUNDO PARA JULIUS

1.-EL ESPACIO FÍSICO

1.1.-El espacio geográfico

1.1.1.-Chosica

1.2.-El entorno

1.2.1.-La casa

1.2.2.-El colegio

1.2.3.-El Country Club

1.2.4.-La casa de Cano

1.2.5.-El aeropuerto

1.2.6.-El baño

1.3.-Los Objetos

1.3.1.-Las corbatas

1.3.2.-Las fotografías

2.-EL ESPACIO ÍNTIMO

3.-EL ESPACIO EN LA EDAD ADULTA

3.1.-La casa: la relación con la servidumbre

3.2.-El golf

3.3.-Las fiestas

3.4.-Los toros

3.5.-Los personajes

4.-EL ESPACIO FORMAL

4.1.-Las descripciones

4.2.- Otros recursos

VI.- IMPRONTA: NO ME ESPEREN EN ABRIL

VII.-CONCLUSIONES

VIII.-BIBLIOGRAFÍA

# I.- INTRODUCCIÓN

La elección del autor y del tema de este trabajo no tuvo una motivación concreta ni entusiasta. Pero si hoy tuviera que empezar, de nuevo, una tesis, volvería a elegir a Alfredo Bryce Echenique, porque entrar en la obra de este escritor supone, por lo pronto, dos cosas, una sorpresa, en el sentido más elemental del término (esa cajita que se abre con la ilusión de lo desconocido, y que se presenta cual resorte inesperado, haciéndote perder, por un momento la calma, y que se completa con el gesto burlón de sacar la lengua, dulcificado con el guiño de ojo); y al margen, o al unísono, la risa en todas sus manifestaciones: desde la sonrisa comprensiva e irónica a la carcajada rotunda. Y esto por lo que se refiere al encuentro con el escritor.

El espacio es el término abarcador para todo el trabajo, y cubre, dándole forma, todos los campos posibles, desde el propio del escritor, peruano nacido en la burguesía limeña y predestinado a ser banquero, siguiendo con la tradición familiar, y con vocación precoz hacia la literatura, desviada por algún tiempo por las presiones familiares, de las que le quedó una carrera de abogacía casi por estrenar, y el deseo y la idea de que en el Perú, y en su medio, su vocación no progresaría. Cumpliendo con el deber filial entregó el título al padre y lo cambió por un billete de ida a Europa (de ida sin regreso, como sabemos por la perspectiva que nos ha dado el tiempo).

Y de aquí nace toda su obra, del deseo primero, pero condicionado por la ruptura con el medio que, por lo menos le pertenecía y lo arraigaba, y el trueque de esa tranquilidad material por esa vocación aún incipiente y la dura vida de estudiante becado en París. Y de esta dualidad, de este desarraigo a que lleva toda ruptura drástica nacerá, en cierta manera, su obra. Y explicará, también, la elección del tema del trabajo: *El espacio en la obra de Alfredo Bryce Echenique*, ya que un cambio geográfico (espacial y social) fue la espoleta -un poco retardada es cierto- (llegó a París en 1964, y *Huerto cerrado*, su primer libro de cuentos fue publicado en 1968) que hizo estallar toda su obra. Y aún hay más, un gran parte de sus novelas tienen como tema, precisamente, las dificultades que cualquier sudamericano, estudiante y "sin dólares", tiene en un país extranjero, y concretamente -en el mismo periplo que Bryce Echenique- en Francia.

Y de esta coincidencia temática, y de muchas otras anécdotas que se parecen "en detalle" a las del escritor, llegamos a otra parte del trabajo, cuyo título: "Cualquier parecido con la realidad no es mera coincidencia" es harto elocuente, aunque el escritor lo niegue una y otra vez, ante la insistencia de la crítica, que no deja de notar todas esas coincidencias; recurriendo incluso, el escritor, a la *boutade* de mostrarse como personaje de sus novelas (me estoy refiriendo a *La vida exagerada de Martín Romaña* y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, donde el protagonista tiene los mayores rasgos de Bryce), enfrentado, además, en ideas y afecto al personaje protagonista.

Después el estudio del espacio pasará a concretarse en los personajes protagonistas, y dentro de ellos, de su acontecer, en principio, dividiéndolos en etapas muy diferenciadas en procederes, como son la edad de la infancia, que nos llega fundamentalmente a través del recuerdo del personaje adolescente o adulto; la adolescencia, traída, también, a través del recuerdo, y directamente en el libro de cuentos *Huerto cerrado*; y por último los espacios de la edad adulta que suponen el bloque más extenso del trabajo, por ser así el material existente.

Y dentro de esta primera clasificación, y en cada grupo, los espacios físicos y los espacios íntimos. Entre los primeros casi obvia decir que predominan el Perú -Lima y sus alrededores- y Francia, también concretándose en París gran parte de las anécdotas. Pero también otros muchos lugares y España, Italia...con especial intención.

Además, dentro todavía del espacio físico, estarán los entornos, donde se desenvuelve la vida de los personajes; los habituales, como pueden ser la casa, la calle, o el colegio para los espacios de las primeras edades; otros que constituyen el entorno peculiar de algún personaje en concreto, como el espacio de la confinación para los personajes-narradores de "Pepi Monkey y la educación de su hermana" de *La felicidad ja ja*, o el que da título a otro libro de cuentos: *Magdalena peruana y otros cuentos*.

Y muchos que son espacios dominantes en el conjunto de la obra, como pueden ser "los bares", con esas connotaciones que suponen los lugares y los personajes que los frecuentan: la afición a la bebida, unas veces por necesidad, otras por placer; aparte de ser lugares de búsqueda, de una búsqueda concreta en el caso del

protagonista de *Tantas veces Pedro*, Pedro Balbuena, en el constante hallazgo de la Sophie perdida, o lo que es lo mismo: del ideal imaginado. Pero también lugar de solitarios y de conversadores, y ámbito propiciado para desarrollar esa "oralidad" que es "el sello de cualidad" de la obra de Bryce Echenique. O "las piscinas", lugar que sólo se explicaría por "ciertos hábitos" del escritor.

También he resaltado, por su importancia, los objetos -ciertos objetos- que son, a su vez, simbología de todo un comportamiento y una manera de sentir la vida, que en el caso del protagonista del "díptico de navegación..." llegan al fetichismo desgarrado, por su variedad y por su valor simbólico.

A los "espacios físicos" habrá que añadir los "espacios íntimos", en una división que he intentado pero que ha quedado, en muchas ocasiones, completamente confundida en los primeros, por ser aquéllos, en definitiva, los lugares donde la emotividad se manifiesta, y separarlos, a veces, supone una disección, además de fría, dolorosa. A pesar de todo, el intento estuvo; y algún espacio íntimo ha podido ser "novedad" en este apartado.

Y en último lugar, el "espacio formal", y dentro de él dos rasgos que definen y aglutinan toda la obra de Bryce Echenique; la oralidad: un contar como si se estuviera entre amigos, teniendo siempre en cuenta la proximidad del "interlocutor". Y el humor como ingrediente que hace que, uno de las intenciones que lleva la obra de nuestro escritor, la crítica a cierta clase: la oligarquía peruana -con la que, en muchas ocasiones no está de acuerdo, de ahí la crítica-pero también de muchos otros estamentos, instituciones, posiciones o ideologías, sea "humorizada", que "comprende" a la par que "denuncia", y de la que, en el fondo, él mismo se involucra en materia criticable. Además, y sigo con el humor, haciendo que las anécdotas que son dramáticas "en cuanto a sentimiento" que llevarían a las lágrimas, se conviertan en risa, sonrisa y carcajada abierta. Cambiando, por tanto "el tono" del relato, mostrando implacable, pero deleitando.

He dejado en último lugar, y en solitario, la primera novela de Bryce, *Un mundo para Julius*, por sus peculiaridades. Es la única novela larga que hablaba del Perú íntegramente y de una clase, para cuestionarla: la burguesía (Y digo hablaba porque hace unos meses -marzo del 95- ha sido publicada otra novela de esas características: *No me esperen en abril*, un poco la continuación de lo que allí quedó pendiente). Otra peculiaridad es que *Un mundo...* habla del espacio de la niñez en presente, aunque no como tema en sí, sino como medio a través del que se nos pone en contacto, de una forma edulcorada e inocente y "crítica" al mismo tiempo, con un mundo con el que la mayoría de los lectores no se siente identificado: la oligarquía criolla.

Además es la novela de Bryce Echenique que más crítica ha movido, y, por tanto, ha sido estudiada con más detenimiento, lo que me ha permitido darle una mirada más abarcadora que exhaustiva (también es por esta razón por la que se desgaja del resto del trabajo); teniendo, también, una intención -querida o no- mucha más concreta que la del resto de la narrativa: la crítica, de la que ya hemos hablado. Particularidad que ha sido posible al alejamiento físico y ambiental de la materia del relato que ha dado la perspectiva necesaria, que sólo esa distancia la hace posible.

Y he finalizado el trabajo, con la lectura rápida y muy superficial, por tanto, de la última obra de Bryce Echenique: *No me esperen en abril*, publicada cuando ya este trabajo estaba en las últimas etapas.

En la bibliografía he reseñado únicamente los libros y artículos a los que he podido acceder (la dificultad del lugar de publicación de parte de la bibliografía -artículos en periódicos limeños, escasos en páginas que no en número- no me ha permitido abarcarlos). Para una bibliografía más extensa se puede consultar el libro de José Luis de la Fuente, *Cómo leer a Alfredo Bryce Echenique*.

## II.-EL ESPACIO DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

### 1.-APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA

Alfredo Bryce Echenique nace en Lima (Perú) en 1939 en una familia burguesa. Una educación esmerada en colegios de élite americanos: el *Inmaculado Corazón* primero, el *Santa María* después y una carrera de Leyes en la *Universidad de San Marcos* intentaron hacer de él un digno sucesor de su padre (un prestigioso banquero), cuando a él, en realidad, lo que le gustaba era la literatura:

A los 5 años estoy de regreso a Lima y creo que ya anda iniciándose mi vocación de escritor. Por más amigos que tengo en colegios de monjas americanas, primero, y de curas norteamericanos, después, a los que me envían mis padres para educarme muy privilegiadamente, vivo una soledad espantosa cuando regreso a casa. Mis actividades predilectas son dos. La primera, yacer sobre mi cama inventando para mis adentros historias y aventuras en las que mis compañeros de clase son los héroes y antihéroes<sup>1</sup>.

Después de terminar secundaria, hay un intento serio, por parte de Bryce, de dedicarse a la literatura, y fue la preparación, que después fue aceptación, para entrar en Cambridge a estudiar Letras. Razones de "peso" y una buena disposición natural le llevaron, no a cambiar de intención sino a postergar el proyecto para mejor ocasión:

Septiembre llegó y yo miré a mi padre como diciéndole "bueno, ¿y cuándo me sacas el billete a Inglaterra?". Él me respondió con una de esas bofetadas cariñosas que solía emplear para no hacerles daño a sus hijos, me probó en seguida que económicamente y en todo dependía de él, y me dijo que a San Marcos había entrado para quedarme hasta que me graduara...<sup>2</sup>

Puestas así las cosas compagina la abogacía con la literatura y se gradúa en ambas. Su primera *novela* será una larga tesis sobre "La compensación en el Código Civil peruano", que no alcanzó la lista de los libros más leídos del año, por razones literales de "peso pesado". Conseguido el título de Derecho y tras algún fracaso presentido, Bryce Echenique rompe amarras y pone rumbo hacia el mítico París, lugar de encuentro de tantos escritores sudamericanos para los que, precisamente, *París no fue una fiesta*.

Abandona Perú con una beca del Gobierno francés para estudiar Literatura en la Sorbona. Tiene 25 años y un pasado que le condicionará durante toda la vida. Será tachado de extravagante y reaccionario por los de su clase, y de oligarca podrido por la otra y, él "que siempre le había gustado jugar media parte del partido con un equipo y la otra media con el otro", se ve obligado a sentarse en *el banquillo* mientras que los demás deciden por él. Esto por lo que respecta a su ideología que no a su vocación de escritor. Bryce ha tenido siempre claro que su *exilio voluntario* en París fue definitivo:

Fue mi venida a Europa lo que determinó mi trabajo literario, porque yo en el Perú no habría escrito nunca nada. Escribir significó un distanciamiento del mundo material en el que había vivido. Una ruptura con mis estudios de abogado, con una tradición en la cual uno ha sido encausado porque pertenece a una clase social...<sup>3</sup>

Y también fue ese exilio el que le hizo recobrar y valorar su peruanidad, en esa distancia que permite que las cosas tomen su justa medida: "París es una ciudad que no sirve para otra cosa más que para mostrarle a uno hasta qué punto es extranjero, hasta qué punto es peruano..."<sup>4</sup>

Se le acaba la beca y no se la renuevan. Vende su billete de vuelta al Perú y se marcha a Italia, a Perugia concretamente, en donde escribe su primer libro de cuentos: *El camino es así*. En su viaje de regreso a

<sup>1</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Algo sobre mi vida", *Jano*, 11 de marzo de 1988, p.123.

<sup>2</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir (Antimemorias)*. Barcelona, editorial: Anagrama, 1993, p.299.

<sup>3</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Cómo me hice escritor", *Cuadernos para el diálogo*, 30 de abril de 1977, p.59.

<sup>4</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", *Cuadernos hispanoamericanos*, Marzo de 1985, p69.

París le roban el manuscrito del libro. Vuelve a estar a cero. Pacientemente vuelve a rehacer el "camino" que pasará a convertirse en *Huerto Cerrado*, a sugerencia de Julio Ramón Ribeyro.

*Huerto Cerrado* fue enviado al Concurso de la Casa de las Américas, donde recibió, por un error administrativo jamás aclarado, el primer premio y una mención honrosa.

Un día, en una librería de París, *La Joie de lire*, Bryce encuentra siete ejemplares de un tal *Huerto Cerrado*, cuyo autor Bryce Echenique coincidía con él mismo. Gratamente sorprendido, se lleva los siete volúmenes a casa.

No es ésta su primera publicación, *Con Jimmy en Paracas*, uno de los relatos que componen la serie de *Huerto Cerrado*, había sido publicado en *Ruedo Ibérico*. Fue un cuento escrito a "su manera" después de haber leído a Cortázar. En él empieza a perfilarse lo que será después "el estilo Bryce".

Mientras tanto malvive gracias a la literatura, pero no como escritor sino como profesor universitario. Primero en la Sorbona y más adelante en Nanterre, la Universidad donde se gestó "mayo del 68".

Así Bryce vivió de cerca la frustrada revolución estudiantil y sus opiniones, bastante críticas, han quedado reflejadas en algún artículo y sobre todo en *La vida exagerada de Martín Romaña*, en donde Martín es protagonista "forzado" de los acontecimientos franceses, instigado por Inés, aquella chica peruana, de origen español, que fue a París a casarse con Martín por la Iglesia "y con todo boato", y pasó de la noche a la mañana, de un catolicismo acérrimo a un marxismo beligerante. Y Martín, por amor, fue capaz de soportar *El capital* como libro de mesilla y llegó más lejos: a escribir todo un libro para "la revolución" sobre "los sindicatos pesqueros", de los que desconocía casi todo.

De Nanterre a Vincennes. Una Universidad tolerante e igualitaria en el trato profesor-alumno, fruto casi único de "la revolución estudiantil". De aquí a Montpellier, su último destino. Han pasado 20 años desde su inicio como profesor y Bryce Echenique ha compaginado la labor docente con la vocación de escritor. El viaje a Europa había merecido la pena.

Después de *Huerto cerrado*, "un libro de principiantes" lo considera Bryce, escribe *Un mundo para Julius*<sup>5</sup>, que fue concebido como cuento y llegó a ser una novela de seiscientas páginas, es una novela "clásica" si la comparamos con *Tantas veces Pedro* o con *La vida exagerada de Martín Romaña*.

El personaje principal, Julius, un niño al que conocemos a la edad de dos años y cuando termina la historia tiene once, y su medio -la alta burguesía limeña- sirven de soporte al autor para presentarnos una clase social a la que él también pertenece, desde una visión crítico-humorística. Para Bryce la escritura de *Un mundo* supuso: "un goce de escritura (...) enorme. La escribí a lo largo de dos años de mucho trabajo cotidiano, con un horario muy estricto, y era una época muy hermosa pues todavía no había visto publicado *Huerto Cerrado*: me consideraba plenamente inédito y escribía todavía con el placer de haber salido del mundo opresivo del Perú y estar dedicado a la literatura".<sup>6</sup>

*Un mundo para Julius* fue publicado en España por la editorial Seix-Barral en 1970, sin una intención beligerante concreta por parte del autor. Y sin embargo fue tomada, en un momento dado: la llegada al poder del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, como un libro de apoyo al régimen. Una obra antioligárquica y revolucionaria como la que anunciaba el general Juan Velasco Alvarado.

Hay otras anécdotas personales que guardan relación con *Un Mundo*... Fue lo último que le dejó su mujer, Maggie, el libro pasado a limpio, antes de abandonarle.

*La felicidad ja, ja*<sup>7</sup>, título cogido de una canción de moda de aquellos años, es un libro escrito cuando "no podía escribir nada más". Le faltaba por lo menos uno de "sus afectos privados", el amor, que junto con la amistad y la literatura, conforman los espacios íntimos e imprescindibles del escritor.

---

<sup>5</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo para Julius* (Barcelona, editorial: Barral, 1970)

<sup>6</sup> Leonardo Padura Fuentes, "Retrato y voz de Alfredo Bryce Echenique", *Plural*, Mayo de 1990, p.38.

<sup>7</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad ja, ja* (Barcelona, editorial: Barral, 1974)

En *La felicidad ja, ja* Bryce hablará "con mayor valentía" sobre temas que le habían preocupado siempre:

La profunda decadencia de una clase social, el mundo absolutamente absurdo en el que yo siempre había vivido, un mundo totalmente anacrónico que se encarnaba en un colegio llamado San Pablo en los primeros cuatro años (...) Y en *La felicidad ja, ja* abordé los temas que más me habían aterrado, el de la locura, la debilidad física, el alcoholismo, el de la destrucción de una clase social a lo largo de una serie de cuentos.<sup>8</sup>

*Tantas veces Pedro*, diminutivo cariñoso (no cabía en portada) que sus editores dieron al libro concebido como *La pasión según San Pedro Balbuena que fue tantas veces Pedro y nunca pudo negar a nadie*, supuso una ruptura temática con el "Mundo de Julius" y el de casi todos sus relatos, el del Perú.

Ahora el protagonista sigue siendo peruano y su aventura y desventura es ser extranjero y "sin dólares", por repetir el mito de Hemingway, en París, esa ciudad Luz, que en palabras de Pedro "parecía que se le hubieran quemado los plomos".

La acción ocurre, fundamentalmente, en Francia con alguna escapada a Estados Unidos e Italia, a Perugia, aquel lugar "que le hizo escritor factual", y que será en la novela el lugar donde Pedro Balbuena se venga de sus amores contrariados, "matando caballitos".

Para Bryce Echenique *Tantas veces Pedro* es su "novela más novelesca, por decirlo de alguna manera, porque no sé de donde ha salido realmente: fui a un sitio a escribir una novela y terminé escribiendo algo que nunca imaginé. Y eso parte de la imagen de un hombre que vi paseando por la isla de Menorca, un alcohólico que caminaba con un libro que le colgaba de los dedos, y yo lo imaginé escritor, y escribí la novela haciéndolo más joven. Y un día con increíble pánico descubrí que era en realidad un escritor en un estado de impotencia para escribir (...)"<sup>9</sup>

Y como de espacio estamos tratando y esta parte en concreto del espacio de Bryce Echenique, mencionaré que *Tantas veces Pedro* fue escrito en un verano-descanso en Menorca, rodeado de estudiantes de la Universidad de Vincennes a quienes había ofrecido la casa, en el caso de que no tuvieran otro lugar a donde ir. El mes de julio transcurre tranquilo y Bryce se ha convertido en un escritor "serio" que, precisamente por serlo, está disfrutando de una beca de la Fundación Guggenheim:

Escribo junto a una ventana que da a la calle y siento que soy un hombre tan pero tan serio, un escritor tan comprometido con su vocación de artista antes que nada, que la misma Fundación Guggenheim ha decidido apoyar, otorgándole un premio en la lotería babilónica de sus becas anuales. Soy, pues, un elegido del arte, y tarde tras tarde, mientras Pedro Balbuena va haciendo de las suyas en la novela, logro sentirme hasta *el* elegido.<sup>10</sup>

Llega agosto y se le inunda la casa de "estudiantes mochileros y hasta sesentayochistas. Ellos que a mí me enseñaron lo que era la libertad, la independencia y la vida en comunidad con amor libre y todas esas cosas, se pelean ahora por camas y habitaciones, y acuden nada menos que a mí en busca de una solución(...) De pronto me convertí en una especie de padre de familia lleno de hijos insoportables, a los cuales les importa un verdadero repepino la vida y pasión de mi ya tantas veces Pedro Balbuena"<sup>11</sup>. No obstante, abandona la isla en octubre, llevando en su equipaje *Tantas veces Pedro*.

*La vida exagerada de Martín Romaña*<sup>12</sup> y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*<sup>13</sup> forman el díptico "Cuadernos de navegación en un sillón Voltaire", y hace alusión a las vicisitudes de ese duro navegar que ha sido su vida hasta entonces. Martín Romaña, el protagonista-escritor dedica los cuadernos de navegación,

<sup>8</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", op. cit., p.68.

<sup>9</sup> Julio Ortega, "Entrevista: Alfredo Bryce Echenique: La vida es literatura", *Quimera*, número 56 (1987), p.19.

<sup>10</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir (Antimemorias)*, op. cit., p.23.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p.124.

<sup>12</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada de Martín Romaña* (Barcelona, editorial: Argos Vergara, 1981).

<sup>13</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba de Octavio de Cádiz* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1985).



un azul y otro rojo, a Inés, su mujer por la que fue abandonado, y el segundo a Octavia de Cádiz quien le devolvió la alegría de vivir y de sufrir también.

En esta novela Bryce insiste en esa idea que ya se había planteado en *Tantas veces...*, que es lo duro que puede resultar "la peruanidad" lejos de casa, y el esfuerzo por mantenerla a pesar de sus inconvenientes: "Lo único que habíamos aprendido en París después de tantos años de vida en Francia, es hasta qué punto éramos peruanos y nada más. De lo demás no habíamos aprendido nada"<sup>14</sup>.

*La vida exagerada...* fue gestada y terminada en Montpellier en unas circunstancias un tanto especiales -muy en tono Bryce-, "en Montpellier cómo lo iba a saber entonces, terminaría escribiendo una novela sobre Sylvie en una clínica llamada Rech. Fueron siete meses de hospitalización, en total, por un insomnio incurable(...) Terminé *El hombre que hablaba...* en la clínica Rech, pabellón de los locos..."<sup>15</sup>

Efectivamente, *La vida exagerada...* está dedicada a "Sylvie Lafaye" y tiene una intención concreta: "que lo quieran más". Sylvie será en la novela la Octavia de Cádiz que hará olvidar a Martín el gran amor que sentía por su esposa Inés.

Montpellier fue el último reducto de la vida de Bryce Echenique en Francia y también de sus clases de profesor universitario "a tiempo completo". Esta ciudad francesa fue un lugar feliz para el escritor:

(...) En Montpellier, seguía viviendo ese estado de gracia, y los nubarrones que, de vez en cuando, veía por ahí, me eran totalmente indiferentes. No tardaba en premiarme la vida. No sé con qué, ni por qué, pero la vida no tardaba en invitarme a compartir su festín. Aunque no lo fueran, los días eran siempre muy alegres y *La vida exagerada de Martín Romaña* seguí llenándose de páginas...<sup>16</sup>

*El hombre que hablaba...* sigue contando las desventuras de Martín, siempre desde el recuerdo, pero ha ampliado el punto de mira. En *La vida exagerada...* hemos visto al protagonista relacionarse con los de su "clase": sudamericanos o extranjeros como él. Su relación con el oriundo (porteros, propietarios, vecinos...) -poco agradable por otra parte- ha sido la imprescindible y cotidiana<sup>17</sup>. Las relaciones las mantiene fundamentalmente con Inés, la mujer que vino del Perú para casarse con Martín; con los del "Grupo" marxista que querían cambiar el mundo y conservaban "sospechosamente" sus mocasines; o con sus amigos "del rincón cerca del cielo". En *El hombre que hablaba...* se ve a Martín tratando de "conquistar" la sociedad francesa. En este segundo volumen que conforma "el díptico", a Bryce le interesa

seguir con ese enorme fresco de tantos años en París, recoger nuevamente el personaje de Martín Romaña, e introducirlo ya de frente en la realidad francesa, ya integrado totalmente a la realidad francesa, donde será descubierto por la aristocracia francesa, por la nobleza francesa, puesto que lo ha convencido que no es mas que un oligarca podrido, pero ahora será tachado de peligroso izquierdista, de tercermundista, de individuo activista y guerrillero...<sup>18</sup>

El fracaso de esta nueva aventura, aunque Martín consiga el amor de una aristócrata francesa -bien es verdad que siempre compartido-, lleva al protagonista al suicidio -muy *sui generis* como todo en Martín-, lo cual no le impide ir al cielo y seguir siendo protagonista por unas páginas más en ese espacio en que la única diferencia es que "los años se cuenta en santidades y sentimentalidades, pero sin transcurso de tiempo (...) No existe tampoco diferencia social..."<sup>19</sup>. En fin un paraíso...

Bryce Echenique cambia de lugar de residencia coincidiendo con el final de *El hombre que hablaba...*,

<sup>14</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", op. cit., p.72.

<sup>15</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir...* op. cit., p.264.

<sup>16</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Estado de ánimo Montpellier-81", *Blanco y Negro*, 23 de Septiembre de 1990, p.6.

<sup>17</sup> Esta aseveración daría lugar a muchas matizaciones que más adelante precisaré, porque la relación de Martín con "Madame Labru(ja)", su vecina y arrendataria, es cualquier cosa menos cotidiana.

<sup>18</sup> Alfredo Bryce Echenique, Confesiones sobre el arte de escribir y vivir novelas, op. cit., p.72.

<sup>19</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada de Martín Romaña* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1990 (2ª edición)), p.193. Esta será la edición que utilizaré en adelante al citar esta obra. La cita irá acompañada por el número de página.

pero afortunadamente él parte para España. Ha vivido en Montpellier cuatro años -de 1980 a 1984- y han transcurrido veinte desde su llegada a Francia. Vuelve a romper "amarras". Abandona dieciséis años de enseñanza universitaria y una situación económicamente holgada, para dedicarse por completo a la literatura:

No creo haber preparado nunca nada tanto en mi vida como mi partida de Francia. Quería que fuera exactamente veinte años después de mi llegada a París y tenía realmente la sensación de que, como dice el tango, veinte años no son absolutamente nada en la vida de un hombre,...<sup>20</sup>

Y España era para Bryce aquel lugar donde siempre había querido ir, movido por sus afectos privados: "desde que entré por primera vez en España, apenas cruzar la frontera ya habían desaparecido las ronchas que me habían salido en ambas muñecas (...) por haberme aguantado casi nueve meses escribiendo en el techo de un edificio detestable de París. Miré la piel sana de mis venteritas y recordé a Stendhal y la forma como inventó ese territorio de su pasión que bautizó Italia, por culpa de Francia, y decidí hacer lo propio (...), y así fue el principio y ése es el principio de por qué regreso a España."<sup>21</sup>

Pero esta vez su regreso, que él quería "definitivo", no fue empezado con buen pie. En el tren de llegada le robaron el equipaje, y en él está de nuevo el esfuerzo de muchos días de trabajo. Era el original de un libro de cuentos (muy probablemente *Magdalena peruana y otros cuentos*). Se repite la historia de Francia con *Huerto cerrado*, y esa coincidencia no le hace presagiar nada bueno:

¿Veinte años no eran nada? Eran lo suficiente, en todo caso, para que una simple coincidencia adquiriera el valor de un aviso terrible: ¿de dónde iba a sacar fuerzas ahora para seguir adelante? Además, ¿valía la pena seguir adelante? Y, además, ¿qué diablos quiere decir seguir adelante? ¿Y qué quiere decir seguir adelante? (...) Había amado demasiado a España pero tal vez había prolongado demasiado mi decisión de instalarme en España.<sup>22</sup>

Le rescata de ese estado su ex-esposa Maggie de viaje en Madrid, y con la ayuda de los amigos, "esos afectos" que casi nunca le decepcionan, le hacen instalarse en Barcelona. Suponemos que vuelve a re-escribir sus cuentos que podrán ser publicados en 1986 con el título de *Magdalena peruana y otros cuentos*<sup>23</sup>, con clara referencia proustiana tomada con humor, si nos atenemos al relato del que toma el título el libro. Bryce Echenique creció "influenciado" por la pasión que su madre tenía por el escritor francés, quien le dio a conocer su obra y para quien la mayor alegría hubiera sido tener "un nuevo Proust" en casa. Fue la única en el Perú, aparte de algún profesor del colegio, que creyó en Alfredo como escritor.

En *Magdalena peruana...* vuelve a recobrar el espacio del Perú, y continúa la crítica que quedó interrumpida en *La felicidad ja*<sup>24</sup>. En este volumen hay relatos que se enmarcan en el Perú, en Francia y en España. Tres lugares habituales en las novelas de Bryce, y que lo serán también de sus incursiones personales. Tres espacios que se aunarán en *La última mudanza de Felipe Carrillo*<sup>25</sup>, título que sigue a *Magdalena peruana...*

Allí, el protagonista, un peruano afincado en París, tiene una relación "tumultuosa" y complicada con una periodista que vive en Madrid. Lugar en el que Felipe Carrillo, nunca "Felipe" a secas, intentará afincarse, sin éxito. "La última mudanza" será a Piura y su playa de Colán, lugar de la costa peruana en donde la felicidad parece asegurada, o por lo menos así lo recuerda el protagonista desde la nostalgia: "No tarda en llegar el verano en Lima, en Piura, en Colán (...)y es ahí donde tenemos que ir. Colán es nuestra última esperanza."<sup>26</sup>

En cuanto al hecho de la escritura, esta vez el espacio es doble, "por aquello de la mitad del partido en un equipo...", Estados Unidos y Cuba. Y siempre una mujer al lado; esta vez Trini, la camarada revolucionaria

<sup>20</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir...* op. cit., p.193.

<sup>21</sup> Alfredo Bryce Echenique, "¿Por qué siempre regreso a España?", *Jano*, 15 de Enero de 1988, p.74.

<sup>22</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir...*

op. cit., p.194

<sup>23</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana y otros cuentos*( Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1986)

<sup>24</sup> Me refiero a la crítica de la sociedad limeña.

<sup>25</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza de Felipe Carrillo*( Barcelona, editorial: Plaza & Janés, 1988).

<sup>26</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza de Felipe Carrillo*.

Ibidem, p.136.

del régimen de Castro: "Y Trini, que con toda su modestia era una excelente crítica literaria, me ayudó en mi empeño de lograr escribir mi primera novela de corta extensión"<sup>27</sup>

*Dos señoras conversan*<sup>28</sup> y tres novelas breves son el título y el contenido del último libro de Bryce Echenique<sup>29</sup>. El relato que da nombre al libro es único en un aspecto. Las protagonistas son dos mujeres, viudas y ancianas, y aunque hay un narrador "asexuado", el mundo que se refleja es totalmente femenino. Ciertamente que la visión que se da es recortada y superficial, como corresponde "al mundo" limitado en que viven las dos hermanas. Un mundo habitado por la nostalgia de "cualquier tiempo pasado fue mejor" y por las rencillas cotidianas. Hay también una crítica a cierta sociedad, pero es benigna y comprensiva. Quizás acorde a los personajes.

"Un sapo en el desierto" y "Los grandes hombres son así pero también así", los otros dos relatos del libro, son novelas de adolescencia y juventud, vividas y contadas desde el recuerdo como ya es habitual, y tienen un tema común: el de los ídolos caídos desde sus pedestales, pero a los que se les sigue queriendo, pues no en vano ocuparon gran parte del tiempo y del sentimiento de los protagonistas.

Además de sus relatos ficcionales, Bryce Echenique ha escrito tres libros de opinión, periodismo, notas, preferencias, trozos de vida o como quieran llamarse: *A vuelo de buen cubero*<sup>30</sup>; *Crónicas personales*<sup>31</sup>, que recoge los escritos de *A vuelo...* y trece más. Y un tercero de memorias o "antimemorias" como a él le gusta llamarlas: *Permiso para vivir (Antimemorias)*<sup>32</sup>, que ha sido largamente usado para hablar de ese espacio de Bryce tan íntimamente unido a sus ficciones.

Empecé a escribir este libro en Barcelona, cuando concluyó la etapa francesa de mi vida. Sin querer me encontré escribiendo textos de recuerdos que surgían sin ninguna cronología. Poco a poco se convirtió en un libro que ya tenía más de seiscientas páginas, y vi entonces que había que publicarlo.<sup>33</sup>

## 2.- CUALQUIER PARECIDO CON LA REALIDAD NO ES MERA COINCIDENCIA

La mayor parte de la crítica de la obra de Bryce coincide en señalar el carácter autobiográfico de su producción novelesca: "(...) Quien lee, gracias a eso, no sólo quiere mucho a Bryce sino le agradece también que tal cariño no surja del engaño, de esas malas artes que usan tantos y tantas para que les quieran quienes leen la transcripción de sus desgracias. Y eso a pesar de que el mismo lector aunque no conozca a Bryce, no podrá dejar de pensar que su personaje tiene mucho de sí mismo..."<sup>34</sup>; o "hago hincapié en la diversión que proporciona el libro porque, estando, como estoy, convencida de que es una gran novela -o autobiografía, que más da..."<sup>35</sup>; o "no se trata de una primera y segunda parte, sino de la confirmación de que tanto en las novelas de Bryce Echenique como en el mundo que pone de manifiesto, es inevitable la aparición de lugares y de gentes porque forman inexorablemente parte del mismo"<sup>36</sup>; o "el lector de *Tantas veces Pedro* queda sujeto a una doble fascinación: la de un personaje que trata y no trata de convencernos de que es un escritor peruano que se llama Pedro Balbuena pero también podría llamarse Alfredo Bryce Echenique..."<sup>37</sup>.

<sup>27</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir*, op. cit., p.420

<sup>28</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan* (Barcelona, editorial: Plaza & Janés, 1990).

<sup>29</sup> En una nota aparecida en *El País* de fecha 6 de agosto de 1994, Bryce comenta que está escribiendo "una novela larga que indaga en la Lima que transcurre de los cincuenta hasta acá, la de la decadencia y la mixtura de clases, doblada por una historia de amor". Su título: *No me esperen en Abril* (Barcelona, editorial: Anagrama, 1995).

<sup>30</sup> Alfredo Bryce Echenique, *A vuelo de buen cubero y otras crónicas* (Barcelona, editorial: Anagrama, 1977).

<sup>31</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Crónicas personales* (Barcelona, editorial: Anagrama, 1988).

<sup>32</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir (Antimemorias)*, op. cit.

<sup>33</sup> X.M. "Bryce Echenique publicará un libro de antimemorias", *El País*, 19 de Junio de 1992, p.23.

<sup>34</sup> Luís Suñen, "Queremos tanto a Bryce Echenique", *El País*, 28 de Febrero de 1982, p.5.

<sup>35</sup> Mara Aparicio, "Acciones, pasiones y voces", *Nueva estafeta*, Marzo de 1982, p.80.

<sup>36</sup> Jorge Campos, "Un mundo para Bryce Echenique", *Ínsula*, Septiembre de 1982, p.11.

<sup>37</sup> Luís Suñen, "Un tratado sobre la pasión", *El País*, 31 de Mayo de 1981, p.9.

El propio autor ratifica estas críticas: "Siempre se ha dicho, por ejemplo, que mis libros tienen un fuerte contenido autobiográfico. Esta afirmación se hizo más patente en el caso de mis dos últimas novelas..."<sup>38</sup>. Pero no está totalmente de acuerdo con esas opiniones tan generalizadas. Es cierto que puede tratarse de una treta para enmascarar una vida privada demasiado "pública", aunque parece razonable que intentemos creerle, o por lo menos considerarlo cuando afirma esas otras opiniones contrarias, pero es evidente que sus escritos dan sensación de "proximidad". Debe tratarse de la forma de decirlo, esa confianza de amigo que derrocha o un "no sé qué" que nos convence.

Es cierto que la mayoría de sus obras son autobiográficas, pero autobiográficas ficcionales. Es decir unos personajes, que en el caso de Pedro Balbuena, de Martín Romaña, o Felipe Carrillo, acometen en la ficción el acto de escribir, e incluso en el caso de los dos primeros son escritores "de oficio", que se mueren por ver algo escrito "de su puño y letra".

A partir de aquí podría plantearse la pregunta ¿Qué parte de la autobiografía ficcional tiene parecido con la realidad? Es una respuesta a la que sólo podrá responder Bryce con pleno conocimiento y tal vez, de algunas partes, las personas que han convivido con él: los amigos y las mujeres a las que amó, o por las que fue amado. Y siempre con las reservas y distancias que hay entre el hecho y su versión.

Ya hemos comentado que Bryce escribió una novela sobre Sylvie, una adolescente aristócrata que había conocido en la Universidad de Nanterre. El mismo escritor dice que escribió "sobre Sylvie", y la propia Sylvie "leyó el manuscrito de mi recién terminada novela y soltando algún lagrimón, se limitó a opinar: 'No recuerdo nada de nada. Sólo reconozco los lugares, cada uno de ellos'. 'Es que se trata de una novela sobre Octavia de Cádiz y no sobre ti'..."<sup>39</sup> Pues bien, ésta es la distancia que hay entre lo vivido y lo narrado, pienso. No, en vano, ha pasado por un proceso de elaboración.

También se ha dicho que el estilo de Bryce, esa oralidad que caracteriza su obra -ese narrar como si estuviera entre amigos-, contribuye a hacer que el lector ingenuo y el que no lo es tanto- quede enredado en sus hilos y piense que ese personaje que le está hablando no puede ser más que real, y por tanto es al autor a quien reconoce o cree oír.

Además de esa oralidad, que veremos en su momento, hay otros factores que ayudan, en gran manera, a crear esa impresión autobiográfica, y son esas coincidencias de todo tipo que hay entre la vida de Bryce y la de muchos de sus personajes novelescos, y que son fruto, no lo olvidemos, de ese "no saber separar vida de literatura":

Por lo demás, uno pone en los libros mucho de lo que es, y no sólo de la autobiografía, sino también de la vida que ha imaginado. Se escribe sobre la desesperanza, sobre la frustración, sobre el fracaso, sobre las cosas que uno no ha podido lograr. Tal vez uno escribe entonces los libros para poner en ellos lo que no ha podido poner en la vida, y en ese sentido mis libros, más que mi biografía tienen mi visión del mundo y mi manera de estar en el mundo.<sup>40</sup>

También ayudan a la confusión ese deambular, por la novela, de personas de la vida real, habitualmente escritores, que comparten anécdota y recuerdos con los de la ficción. Y que ocupan en las novelas el mismo lugar que en la realidad.

Y por último, la aparición de los mismos personajes en distintas narraciones favorece a dar esa idea de trascendencia de la propia historia.

Ya hemos dicho que la obra de Bryce parece "autobiográfica" por el tono y por las continuas incursiones entre literatura y vida. También que únicamente el autor sabe distinguir la frontera entre una y otra. Partiendo de estas premisas, me voy a limitar a resaltar las afinidades que he hallado entre ambos espacios (el real y el ficcional), fruto, simplemente, de una lectura atenta de su narrativa y de sus "Memorias" y escritos

---

<sup>38</sup> Alfredo Bryce Echenique, "El despacho irrepertible", *Jano*, 4 de Noviembre de 1988, p.131. Se refiere a *La vida exagerada de Martín Romaña* a *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*

<sup>39</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir (Antimemorias)* (Barcelona, editorial: Anagrama, 1993 (2ª edición)), p.343. En adelante citaré por esta edición y el número de página correspondiente.

<sup>40</sup> Leonardo Padura Fuentes, "Retrato y voz de Alfredo Bryce Echenique", *Plural*, Mayo de 1990, p.38.

personales.

En *Huerto cerrado*, ese primer libro de cuentos, el adolescente Manolo es el protagonista único de todos los relatos. En el primero de la serie, Manolo empieza a tener rasgos de Bryce: "el rostro de Manolo era triste y sombrío como un malecón en invierno. Manolo no bailaba en las fiestas: era demasiado alto. No hacía deporte: era demasiado flaco, y sus largas piernas estaban mejor bajo gruesos pantalones de franela"<sup>41</sup>. Las evidencias no exigen comentario. Respecto a que no sabía bailar, hay una anécdota en *Permiso...* que lo confirma: "Las chicas de la Casa de las Américas empezaron a sacarme a bailar y yo les expliqué mi rotunda negativa: realmente bailaba pésimo".<sup>42</sup>

En este mismo cuento Manolo habla de "un primer amor hacia una monjita" de su colegio: "¿Y te has enamorado alguna vez? -Tres veces respondió Manolo sorprendido-, Las tres en el Perú, aunque la primera no cuenta: tenía diez años y me enamoré de una monja que era mi profesora..."<sup>43</sup> En los recuerdos de Bryce, las monjitas del *Inmaculado Corazón* tienen su lugar:

Las monjitas lo querían a uno con su vocación, es cierto, pero yo no podía dejar de sentir con los cinco sentidos, casi, que también lo querían a uno con su propio carácter y con cosas que se parecían al amor maternal de mi madre. pero que precisamente no eran amor de madre sino amor de monjita...<sup>44</sup>

Y cómo no vamos a recordar a Julius, de *Un mundo...* y a la monjita Mary Agnes, su profesora de piano, y esas sensaciones olfativas que tanto le turbaban: "subía tembleque y enamoradísimo en busca de la monjita y pasaba, por fin, del atardecer anhelante del claustro, al olor desesperante del piano, ya no podía más de amor"<sup>45</sup>

Y aún hay más, tanto Julius como el niño Bryce se afanaban en un preludio de Chopin: "subía las escaleras del claustro recordando sus sueños, soñando con sus recuerdos, los sentía pero no les daba rienda suelta porque venía a tocar perfecto su preludio de Chopin"<sup>46</sup>. Y por lo que se refiere a Bryce: "con su olor (sin duda una mezcla de jabón y del producto con que limpiaban las teclas del piano), me tocaba. Y todo mientras yo tocaba un preludio de Chopin"<sup>47</sup>

Sabemos que Julius y Bryce compartieron colegio, el Inmaculado Corazón. Allí el padre Mitchel y su "aterrador" acento americano producía el mismo rechazo en "Susan linda", la snob madre de Julius, y en los padres de Bryce Echenique: "Y ahí llegó el *father* Mitchel a estrenar nuestros pecados en la primera confesión, con el acento aquel que mis padres nunca le perdonaron"<sup>48</sup>. En *Un mundo...* es el padre Brown, pero sigue conservando el acento: "Y ahora le tocaba al padre Brown. Susan casi se muere al escuchar ese acento tan horrible, un vaquero con sotana, comentó".<sup>49</sup>

Julius como Bryce niño vivieron en la calle Salaverry, y en el mismo edificio: "La casona de la avenida Salaverry con tantas habitaciones que nunca se sabe muy bien qué hacer con ellas(...) El hipódromo de San Felipe queda al frente..."<sup>50</sup>. "Julius nació en un palacio de la calle Salaverry, frente al antiguo hipódromo de San Felipe..."<sup>51</sup> Y también ambos tuvieron un Presidente de la República entre sus antepasados. O cosas más cotidianas como "una banca" con su nombre en la iglesia del colegio, sufragadas respectivamente por Juan Lucas, "el tío" de Julius en la ficción, o por Bryce padre a "regañadientes" en la realidad.

---

<sup>41</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto Cerrado* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1990), (Pág.8). En adelante citaré por esta edición, añadiendo el número de página.

<sup>42</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.398.

<sup>43</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto Cerrado*, op. cit., p.10.

<sup>44</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.141.

<sup>45</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo para Julius* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1989), p.132. En adelante citaré por esta edición y el número de página correspondiente.

<sup>46</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo...*, op. cit., p.132.

<sup>47</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.142.

<sup>48</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, ibídem, p.34.

<sup>49</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo...*, op. cit., p.122.

<sup>50</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., pp.282-28.

<sup>51</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo...*, op. cit., p.10.

Hay un cuento en *La felicidad...*: "Florence y nós tres", en el que el protagonista, "Un estudiante peruano afincado en París" se "malgana" la vida trabajando en una sórdida Academia. Allí conoce a Florence, una alumna que alegra los días al triste profesor mucho mayor que ella. Dejando el lugar de origen y residencia común, hay otras afinidades compartidas. Anecdóticas como la sinusitis crónica que ambos padecen (nos estamos refiriendo a Bryce y al profesor), o "la casualidad" de que ambos sean escritores; y el de la ficción incluso se permite trascender la anécdota y escribir otro relato en *Magdalena peruana...*: "El regreso de Florence este otoño", y lo escribe porque:

Ahora que lo pienso, tal vez por eso escribí sobre ella guardando muchos datos, el lugar, mi nacionalidad, nuestros juegos preferidos, y hasta nombres de personas que ella podría reconocer muy fácilmente. Sí, a lo mejor escribí aquel cuento llevado por la vaga esperanza de que algún día lo leyera...<sup>52</sup>

Y en ese nuevo relato sobre la misma Florence nuevas coincidencias: la visita de la madre del protagonista en 1967, que también se relata en *La vida exagerada* por parecidas fechas, y que aunque no esté constatado en las "Memorias" de Bryce, presumiblemente ocurrió, conociendo las preferencias francesas de su madre. En estas "coincidencias" sí que se hace difícil separar la realidad de la ficción.

Además, y vuelvo a "Florence y nós tres", la muerte del padre en el Perú y las clases en esa destartalada Academia son anécdotas comunes: "... existía aquel trabajucho, aquellas horas frías enseñando los mismos idiomas que se acababan de aprender o que se estaban estudiando..."<sup>53</sup> y "detestaba también mi trabajo, porque desde semanas atrás lo que iba sintiendo mientras caminaba hacia la escuelita oscura, helada, de paredes húmedas (...) Todos los profesores éramos estudiantes y enseñábamos muchas veces lo mismo que estábamos aprendiendo en la Facultad. Yo mismo llegué a ser profesor de alemán un año..."<sup>54</sup>

En "Eisenhower y la Tiqui-tiqui-tín", otro cuento de *La felicidad...*, aparecen reflejados espacios de la vida universitaria y post-universitaria de Bryce. Las largas jornadas compartidas con el gordo Massa en la realidad y con "el gordo" a secas en "Eisenhower..." Es la historia de una amistad que se vino abajo en el cuento, pero que continuó en la realidad:

Vuelvo a pensar en mi cuento (se refiere a "Eisenhower...") y en lo duro que he sido con el personaje llamado el Gordo, con su mundo, con sus valores, y todo a través de ese diálogo-monólogo lleno de amor y desgarramiento. Me atrevo al fin a preguntarle (al gordo Massa) si le ha gustado el libro en que se halla ese cuento. A Alberto el libro le ha encantado y repite con orgullo lo que yo siempre he repetido con orgullo: que él ha sido la mayor influencia que ha existido sobre mi obra.<sup>55</sup>

Y hay otra coincidencia más, el fracaso como abogado del protagonista del cuento, y la triste experiencia del embargo a un amigo: "Vés, ahí creo que tuve mala suerte, que además de todo tuve mala suerte, a tí no te tocó un embargo como el mío, para empezar. Yo no pude hacerlo, gordo, sí, ya sé que tú te las habrías arreglado para quedar bien, pero yo no pude hacerlo, fue mala suerte, créeme, era un viejo compañero de colegio..."<sup>56</sup>. Y Bryce en su *Permiso...* matiza: "Y así iba por la vida de futuro abogado, de traspíe en traspíe y aterrado(...) Y a todo eso se unía la mala suerte, además (...) me tocó embargar a alguien por primera vez en mi vida, y ese alguien resultó ser nada menos que el padre de un amigo".<sup>57</sup>

Aunque *Tantas veces...* es "la novela más novelada" de Bryce, el autor reconoce que en ella, y a propósito de Claudine -la muchacha que primero fue compañera, y después amiga fiel de Pedro-, hay cierta semejanza con Claude, la mujer con quien vivía Bryce: "Nunca mezclé tanto la realidad y la ficción como a raíz de este incidente en que empecé a atribuirle a Claude X mil otros rasgos de la bondad, ternura y torpe

---

<sup>52</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p.201.

<sup>54</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad ja,já* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1990), pp.28-31). En adelante citaré por esta edición y el número de página correspondiente.

<sup>55</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.34.

<sup>56</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.14.

<sup>57</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.50.

generosidad de esa noble mujer de papel...<sup>58</sup> Claro que aquí la influencia es inversa, del papel a la realidad...

En *La vida exagerada...* y *El hombre que hablaba...* las afinidades, sobre todo espaciales, entre vida y literatura son "llamativas" cuando menos, tanto que Bryce Echenique decide, para paliar semejanzas, aparecer como personaje en ellas, y además como personaje odiado por Martín Romaña, con el que no comparte más que peruanidad, coincidencia geográfica en Francia y el arte de novelar, que en Bryce será ya evidencia escrita, y en Martín sólo proyecto. Lo cierto es que con su aparición en la novela no logra gran cosa, e incluso parece forzada e inoportuna. Y tras Martín no dejamos de notar rasgos y experiencias del escritor, y también de otro protagonista, Pedro Balbuena de *Tantas veces...*

Ambos, Martín y Bryce, son peruanos, residentes en París, y llegaron "casualmente" a Francia en barco a Dunquerque: "Cuando desembarqué en Dunquerque de un barco cargado de mineral y estudiantes peruanos..."<sup>59</sup>. Y "...Yo desembarqué en Dunquerque. Así les consta a mis amigos (...), que viajaron conmigo... El barco pertenecía nuevamente a la Marcona Mining Company, y transportaba mineral y estudiantes peruanos, gratis estos últimos, a diferentes partes del globo."<sup>60</sup>

Además los dos fueron alumnos "aplicados y atentos" en la Sorbona. Se casaron con una muchacha peruana de origen español, venidas a París a casarse respectivamente con Martín y Bryce: Inés y Maggie. Las dos fueron educadas en un "estricto" catolicismo y en París se convirtieron en unas fervientes marxistas; y también, una y otra, abandonaron al protagonista y al personaje real "por sus contradicciones burguesas", acabando, irónicamente, en brazos de "la burguesía". Inés en Río de Janeiro, y Maggie, no lo sabemos por aquella *noblesse oblige* del escritor, fruto de esa esmerada educación en aquella infancia peruana.

"Mayo del 68", uno de los temas importantes de *La vida exagerada...* es vivido y contado por Martín con el humor y la desilusión que le caracteriza. De igual manera a Bryce, quien por parecidas fechas estaba en París como profesor en Nanterre, le permitió estar en "el vértice" de aquella revolución estudiantil, y "esa experiencia frustrante del 68 es la que cuento en *La vida exagerada de Martín Romaña*: es mi visión de una falsa revolución, basada en un público que sale a la calle a manifestar su aburrimiento"<sup>61</sup>. Aquí no ha sido necesaria ninguna sugerencia. La coincidencia ha sido explícita.

Martín Romaña, antes le había pasado a Pedro de *Tantas veces*, sufre, con cierta frecuencia, desdoblamientos de personalidad que parecen tienen como objeto aclarar alguna idea confusa, o tal vez confirmarla, y en ellos busca un interlocutor imaginario pero existente con el que establece un diálogo no siempre cordial (Freud hablaría de *Ego* y *Superego*). Uno de estos dialogantes amigos es Merceditas:

-!Merceditas!-Aullé.

-*God bless his boots* -exclamó Merceditas, que era la persona más culta que conocí, (...) Cinco años de estudio con Merceditas se fueron hundiendo ante mis ojos. Un mes estuvo Merceditas tocando la viola d'amore..."<sup>62</sup>

Por su parte Bryce habla de Merceditas en los siguientes términos:

Habíamos decidido con Mercedes Tola, mi profesora de francés y alemán, allá en Lima, desde hacía varios años (...) y nunca olvidaré aquella soleada mañana de verano en que ingresé a la casa de Merceditas, como la llamábamos en mi familia a ésta mujer extraordinaria (...) traduje a Cicerón en trocitos de papel que me daba mi profesora de idiomas, que también tocaba el piano, el oboe, la viola d'amore..."<sup>63</sup>

Otra curiosidad que me gustaría añadir y que hace referencia a ese encontrarse por casualidad en las mismas circunstancias: Martín Romaña viene a España, desde París, en busca de sus ancestros, y va

<sup>58</sup> Ibídem, p.125.

<sup>59</sup> Ibídem, p.318.

<sup>60</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*( Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1989), p.29. En adelante citaré por esta edición y el número de página correspondiente.

<sup>61</sup> Leonardo Padura Fuentes, "Retrato y voz de Alfredo Bryce Echenique", *Plural*, Mayo de 1990, p.39.

<sup>62</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.29.

<sup>63</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., pp.128-129.

precisamente a Vera de Bidasoa en su busca (Romaña no parece "especialmente" un apellido vasco, mientras que Echenique...) Y además creo que al escritor se le escapa una pequeña indiscreción al respecto:

Felizmente el padre era tan viejo que lo entendió todo perfectamente. Peruano, claro, me dijo, por aquí ya han pasado bastantes Romañas de aquí. Siempre los encuentran. Vea usted en este pueblo todos nos llamamos Romaña. Yo también me llamo Romaña. Es casi como llamarse Pérez en Madrid.

- O en *Edimburgo* -agregué.

Y él me siguió entendiendo todo. sin necesidad de que yo le explicase que también en *Escocia todos mis ancestros...*<sup>64</sup>

Todo suena demasiado a "Bryce", a no ser que Martín Romaña se apellide además Mac Donald...

Y no estará de más, aparte de la anécdota, resaltar esas peculiaridades de carácter en el que coinciden ambos "personajes": su carácter tímido y poco agresivo (a Martín Romaña su psiquiatra tuvo que recetarle grandes dosis de agresividad para salir de su estado); un deseo de "no molestar" por encima de todo; un "tembleque" que se acentúa en situaciones difíciles; un romanticismo sensiblero, y un humor que se desboca a cada rato, haciéndoles más sufrible la existencia. Además un frecuente insomnio -que en el caso de Bryce le llevó a abandonar la enseñanza universitaria-; una afición a los "tragos largos"; una relación inmejorable con los psiquiatras; una tendencia hacia la hipocondría; unas depresiones intermitentes, y una rinitis-sinusitis que les acompaña allí donde van.

Compartieron una "operación en Logroño" y unos "sanfermines hemingwayanos", además de algún robo de equipaje, por hablar de hechos dispersos. Y supongo que un montón de cosas más porque a Bryce, ya lo sabemos, siempre le ha resultado difícil separar realidad de ficción.

Seguimos con la trayectoria de Martín en su "segundo cuaderno de navegación", esta vez rojo, "porque de Octavia sólo podía escribir en un cuaderno rojo".

Martín Romaña es ahora "el hombre que habla de Octavia de Cádiz", pero sigue siendo el mismo de siempre con una obsesión nueva: Octavia, en realidad Petronila para su familia, y Sylvie Lafage de Micheaux fuera de la ficción.

La historia de Octavia, o de Sylvie, o de ambas, fue contada una noche y supongo que muchas más de las que no tengo constancia. Martín hablaba de Octavia con todo el que quisiera escucharle y también "con el que no". Y probablemente el escritor le precedió en las confidencias, en cena de amigos:

Habíamos tomado varios tragos de Whisky cuando Bryce empezó a contar la historia real de Octavia de Cádiz. En mi pésima memoria hubo un traqueteo de recuerdos y, por un momento, pensé que conocía aquellas aventuras, sin que recordara de donde. Ella era una princesa, noble y real, y él era el propio Bryce Echenique que narraba ahora las peripecias de un amor imposible loco que los arrastraba por Francia e Italia, por castillos y yates lujosos, hasta que él comprendía que jamás podría vivir con ella...<sup>65</sup>

Siendo Martín profesor de Nanterre (recordemos que Bryce también lo fue y más que Martín...), un día en clase llega una muchacha que él cree reconocer como la aparición que tuvo en la playa de Cádiz un día que las cosas no iban muy bien con Inés:

...algo doble había en el parecido de la muchacha que acababa de entrar con una muchacha que yo había visto una vez en la playa, en Cádiz, cuando Inés me mandó a pasear un rato porque acababa de surgir la primera tensión real entre nosotros.<sup>66</sup>

Volvía a escribir por las noches o por las mañanas los cuentos tristísimos que por la tarde le

---

<sup>64</sup> El subrayado es mío.

<sup>65</sup> Leonardo Padura Fuentes, "Retrato y voz de Alfredo Bryce Echenique", *Plural*, Mayo de 1990, p.35.

<sup>66</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.56.



contaba a la futura Octavia de Cádiz de mi futura novela sobre esa increíble relación que fue la nuestra. Me metían preso, nunca había sido tan izquierdista y sudaca *avant la lettre* en mi vida, todo mientras yo explicaba que mi familia en el Perú...<sup>67</sup>

Muchos son los pesares de Martín en la novela por su relación con Octavia. O más bien de la familia: una paliza, una detención, y también un intento de fuga. Y una vez "terminada" la relación "Unas llamadas telefónicas a larga distancia" que adelgazaban por igual la cuenta de Bryce y los "cheques" que le enviaba a Martín su madre. Incluso el príncipe de Solre, el único pariente de Octavia que conocía y aprobaba la relación con Martín, existía en la vida real. Tanto Octavia como Sylvie se casaron con un príncipe italiano, y más tarde se divorciaron, y...

Menos relaciones nos parece que existen entre texto y vida en *La última mudanza de Felipe Carrillo*. De momento el protagonista es arquitecto, y con esto ya se rompe una larga tradición -lo cual no evita que sea escritor en sus ratos libres: "Debo reconocer, ante la hoja en blanco, que ya no en el tren de la ausencia..."<sup>68</sup>, y que aparezca el acto de la escritura en el texto, al igual que ocurre en *Tantas veces Pedro* y "En el díptico de navegación en un sillón Voltaire".

De cualquier forma Felipe y Bryce aquí comparten peruanidad, una familia que vive en Lima, el amor por los perros, a excepción, en el caso de Felipe Carrillo, del perro de Genoveva: "un perrito tan enano y eléctrico como carísimo y alemán (...) Ramos, decía, como que no llegaba a convencerme, caninamente hablando. Algo le fallaba, con todo lo pedigrí y alemán que era y con todo lo que me gustan a mí los perros".<sup>69</sup>

Este amor por los perros es una característica común en los personajes de la narrativa de Bryce: recordemos a Manolo en "Las notas que duermen en las cuerdas", o el extravagante perro de Pedro de *Tantas veces...* que se le "petrificó" en bronce de una tonelada de peso y él lo transportaba como si nada... También Martín Romaña piensa que sin perro ni frigorífico no se puede establecer una relación "seria": un matrimonio con Inés, por ejemplo.

En el caso del escritor, y en sus "Antimemorias", nos habla de un bóxer con quien compartía cama y confidencias.

Tanto Felipe Carrillo como Bryce estudiaron en un anacrónico internado inglés, en su adolescencia. Poco después de la llegada a París, de uno y otro, se les murió el padre (también a Martín, y al personaje de "Florence y nós tres"). Comparten amigos comunes como Agustín Monterroso, un insomnio rebelde que combaten a base de "válium", y una extraña capacidad para estrellar automóviles.

Por lo demás, este personaje se escapa del prototipo de los anteriores, y aunque sigue conservando como él dice: "una cierta imbecilidad" ante situaciones extremas, su capacidad de reacción ante la adversidad y su actitud crítica han cambiado, y aunque caigamos en el tópico de la vida cotidiana, parece que la vida "le ha enseñado a comportarse".

De *Dos señoras conversan*<sup>70</sup> podemos relacionar las novelas breves. "Un sapo en el desierto" y "Los grandes hombres son así. Y también así".

En "Un sapo en el desierto" hay dos narraciones, una dentro de la otra (un ahora, salpicado de recuerdos de un antes de uno de los protagonistas). Una refiere al momento actual de un personaje, profesor universitario, y la otra a una historia de adolescencia, que día tras día consigue "interesar" a otros tres profesores amigos del que relata la historia (la oralidad está plenamente conseguida con este procedimiento).

Del protagonista adulto encontramos las coincidencias de: ser peruano, haber estudiado en el Santa María, una educación "en inglés" a los quince años, y el hecho de ser profesor "invitado" en la Universidad de Austin. Del paso del escritor por la Universidad de Texas deja constancia Ferreira: "Con su travieso humor y su nostalgia, su ternura y su candor, Alfredo Bryce Echenique llegó una calurosa tarde hasta Austin, Texas, y dejó

---

<sup>67</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., p.342.

<sup>68</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., p.11

<sup>69</sup> *Ibidem*, p.30.

<sup>70</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan* (Barcelona, editorial: Plaza&Janés, 1990).

entre nosotros una huella imborrable de lo que es ser un embajador en el arte y en la vida"<sup>71</sup>

Por lo que respecta a la otra novela breve: "Los grandes hombres..." aprecio la misma coincidente casualidad de ser peruano el protagonista y vivir en París. Además la afición de sus lecturas: Proust y Cervantes. Y naturalmente no podía faltar la educación "en un colegio de monjas norteamericanas en la avenida Arequipa..."<sup>72</sup>, y "un gusto" por la escritura. Aquí, en este relato, Santiago anota desde pequeño sus impresiones en un "diario".

Hay otra cosa que también une a los dos protagonistas (Bryce y Santiago) el pavor a las arañas, para evitar "el pavor aún mayor a los alacranes". "Bichitos" que ya han ido apareciendo por los rincones de las novelas: (a Manolo de *Huerto...* en "El camino es así..." lleno de dificultades, se le suma la presencia de alguna araña como única compañía. Pedro Balbuena de *Tantas veces...*, en la soledad de la playa de la Ventosa se ve intimado por la presencia de un alacrán). Pero en "los grandes hombres..." las arañas constituyen una verdadera pesadilla para el protagonista que al final logra erradicar sin la ayuda de Raúl- el otro protagonista de la novela- pero "con él".

Y para Bryce "de los rincones salen las arañas, aquella vieja pesadilla de mi vida. Me buscan, me han buscado siempre desde sus escondites, y hasta me han mirado de reojo desde sus telarañas" y "lleno de arañas, el rincón se ha cerrado. Te lo han cerrado. Te han encerrado y la gente guarda la llave del lugar en que te encuentras..."<sup>73</sup>.



---

<sup>71</sup> César G. Ferreira, "Un escritor llamado Bryce Echenique", *Dactylus*, Otoño del 1988, p.3.

<sup>72</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.172.

<sup>73</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso...*, op. cit., pp.72-74

### III.-UNA APROXIMACIÓN AL ESPACIO

#### 1.-EL ESPACIO

Tratar de definir el espacio, como cualquier otro concepto abstracto, es siempre una tarea ardua. Y lo es, entre otras razones, porque si ya resulta problemático cercar un objeto material por la cantidad de perspectivas que presenta, pretender hacerlo de algo que se caracteriza por la ausencia, o por la presencia de lo ajeno, es todo un reto. Y cuando así hablo se entiende que me estoy refiriendo a espacio en relación a tiempo, del que se considera inseparable, "no hay espacio sin tiempo" y del que sabemos por el deterioro que causa en los objetos no por él mismo.

Conformando este espacio abstracto y "acotándolo" en cierta manera, podemos hablar de espacio circundante, que no es tal sino su ocupación por los objetos. Lucrecio habló del espacio como recipiente, y Platón lo pensó como receptáculo. Visto así, lo que nosotros llamamos espacio es su capacidad-cualidad para poder albergar "el mundo", y en cierta manera nuestra ratificación. Lo que Kant llama "el espacio subjetivo y su relación con las cosas". Es decir, el espacio "perceptivo", aquel que se capta por los sentidos y que constituye el espacio "cercano"<sup>74</sup>.

Y con esta somerísima explicación, ya estamos en la segunda concepción del espacio, entendido como el entorno en donde nos movemos, pensamos, nos relacionamos o sufrimos, y en el que, incluso, hacemos tesis. Y desde aquí ya procedemos a esa subjetivización inherente al hombre y hablamos de espacio feliz, opresivo, abierto, cerrado... (en fin, tantas manifestaciones como sentimientos es capaz de sentir el hombre).

En la Literatura se recrea este mismo espacio de la realidad, haciéndolo materia verbal. Además el novelista puede permitirse crear espacios sin referente conocido, fruto de su imaginación, pero que al ser creados a través de un código común compartido (un lenguaje común), podemos también acceder a ellos, e imaginarlos con más o menos precisión. Y aún hay más, la novela o el relato, no importa son grandes abarcadores de espacios, porque no sólo nos ofrecen los geográficos, sino que nos permite llegar más lejos de la apariencia, ahondando en el pozo profundo de la conciencia, poniéndola al descubierto. Facetas imposibles de conocer por otro medio, porque pertenecen al mundo personal e intransferible del individuo.

Al novelista le debemos -este es el gran espacio ganado por la novela, pongamos desde Joyce- el conocimiento sin aristas del alma humana, que nos es dada, sin interferencias, en el fluir de la conciencia, hecho carne en el monólogo interior<sup>75</sup>, es decir, a través del diálogo del hombre consigo mismo.<sup>76</sup>

Tradicionalmente la novela ha sido concebida como objeto temporal fundamentalmente, como una sucesión concatenada de acontecimientos en el tiempo. Esta idea ha ido cambiando en favor del espacio, como sugiere Garrido Domínguez<sup>77</sup>, aunque teóricos recientes de la talla de René Wellek<sup>78</sup> siguen adscritos a la novela como temporalidad. Y cabría preguntarse si no es la novela la que ha cambiado -es evidente que sí-, y en vez de referir acciones que necesitan tiempo para expansionarse y ser, cuentan "subjetividades": la forma de "sentir" el mundo individualmente. El tiempo ha pasado a ser un elemento inevitable e indisoluble al espacio, pero supeditado a él.

De una proyección lineal, tal como requiere el tiempo, se ha pasado a otra circular, donde los recuerdos, "esos espacios recobrados" -en el caso de Bryce Echenique (en otros escritores serán las obsesiones, o los deseos, o...)- vuelven una y otra vez, confundándose en muchas ocasiones con el presente, esa entelequia

---

<sup>74</sup> Ricardo Gullón, *Espacio y novela* (Barcelona, editorial: Bosch editor, 1980).

<sup>75</sup> Precisión muy interesante que hace M<sup>a</sup> del Carmen Bobes llamando fluir de la conciencia al acto en sí mismo, mientras que el monólogo refiere a la técnica: la manera de hacerse expreso en el texto.

M<sup>a</sup> del Carmen Bobes Naves, *Teoría general de la novela: "Semiología e la 'Regenta'"* (Madrid, editorial: Gredos, 1985), (Pág. 259)

<sup>76</sup> En el caso de los personajes de Bryce este monólogo se convierte muchas veces en diálogo imaginado, el mago Charamara, el perro de bronce *Malatesta*...

<sup>77</sup> Antonio Garrido Domínguez, *El texto narrativo* (Madrid, editorial: Síntesis, 1993)

<sup>78</sup> René Wellek y Austin Warren, *Teoría Literaria* (Madrid, editorial: Gredos, 1974). 4<sup>a</sup> edición.

que separa el pasado del futuro. Y vuelven, conformando un espacio ajeno al tiempo en cierta manera. Dice Baquero, citando a otro teórico que:

Es en Proust donde Joseph Frank encuentra mejor manejada esa "forma espacial" que provoca una casi abolición del tiempo; ya que las impresiones del pasado, merced a la memoria involuntaria, llegan a fundirse con las del presente, borrándose, pues, los límites entre esos planos temporales<sup>79</sup>.

Y será Bryce, y muchos, antes y después, quienes seguirán el camino tomado con minuciosidad y preciosismo por Proust, abriendo las espléndidas posibilidades que el recuerdo consigue recuperar y recorrer. Y los espacios recorridos son un viaje a través de la conciencia, y lógicamente sus paisajes no pueden ser más que interiores que quedarán reducidos, casi exclusivamente, a sentimientos, porque todo está pasado por el cedazo de las emociones. Y de aquí se deduce la importancia de los espacios interiores en la narrativa de Bryce, que suplantará, casi siempre, o impregnará - quizás sea la palabra- los espacios físicos. Porque es cierto que " el novelista proporciona siempre un mínimo de indicaciones 'geográficas', que pueden ser simples puntos de referencia para lanzar la imaginación del lector..."<sup>80</sup>. y también lo es que lo circunstancial (ajeno a la voluntad - otra cosa será que la misma circunstancia en dependencia del sujeto creará un contexto diferente-) tiene su componente en cualquier hecho humano, y la novela es ese intento de "copiar la realidad", o acaso de superarla, pero siempre con el material que nos ofrece el mundo.

Ejemplo de lo que digo, refiriéndome al espacio físico, lo encontramos sobre todo en el "Díptico de navegación...", porque "la aventura" de Martín Romaña empieza "determinada" por un lugar geográfico: la ruptura del mundo al que pertenece: cambio de lugar geográfico, de Perú a Francia; de *status*; de relaciones... Y gran parte de sus desventuras le vienen de este cambio. Aunque también sabemos que en el Perú empezaron los primeros "síntomas", que se agravarán en Francia, España, Italia...; casado o soltero...; en un apartamento o en otro...

## 2.-SOBRE UN ESPACIO CONCRETO: EL DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

La narrativa de Bryce -a pesar de que Carlos Barral la encontrará irreplicable, en el sentido de que no creará "escuela"- es fruto de su tiempo, el nuestro, y como tal estará marcada por el individualismo, la subjetividad, la interiorización, el caos, y el humor como aglutinante de todos esos ingredientes. Siguiendo a los estudiosos, la narrativa de Bryce participa ampliamente de las clasificaciones que de un tipo de novela actual hacen los teóricos, de la llamada novela *psicológica* o novela intimista que "desvaloriza la trama y atiende los aspectos psicológicos del personaje"<sup>81</sup>; lo que Aguiar e Silva<sup>82</sup> llama novela *impresionista*. Y Gullón prefiere denominar novela *lírica*<sup>83</sup>; a la que Carmen Bobes añade unas matizaciones que definen con precisión la mayor parte de la obra de Bryce, matizando la *preeminencia del espacio sobre el tiempo*. Punto crucial que justifica un trabajo sobre *el espacio* en la obra de Bryce. Y dice:

La novela lírica adquiere desde esa perspectiva una serie de efectos formales que se relacionan con causas aparentemente distantes, por ejemplo, la tendencia a incluir personajes de los considerados *héroes pasivos*, que se dejan llevar por las cosas, frente al héroe de la novela de acción, que tiene la iniciativa sobre la historia y domina el entorno; en relación con este rasgo situamos la tendencia al *autobiografismo* (...) que contribuye a socavar la construcción de la trama para prestar mayor atención al discurso y se detiene en puntos concretos de la trayectoria vital del personaje, los de mayor intensidad, dejando en estado de latencia lo cotidiano, lo obvio; de esa actitud deriva un *fragmentarismo*, que contribuye, a su vez, a *destacar el espacio sobre el tiempo*...<sup>84</sup>

Y cada una de las precisiones de Bobes encaja con soltura en la narrativa de Bryce, y podemos decir sin

<sup>79</sup> Mariano Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual* (Madrid, editorial: Castalia, 1989), (Pág.182).

<sup>80</sup> Roland Bourneuf, Réal Ouellet, *La novela*, Enric Sullá, trad. (Barcelona, editorial: Ariel, 1985), (Pág.115).

<sup>81</sup> M<sup>a</sup> del Carmen Bobes. *Ibidem*. (Pág.101-102)

<sup>82</sup> Vítor Manuel de Aguiar e Silva, *Teoría de la Literatura* (Madrid, editorial: Gredos, 1986)

<sup>83</sup> Ricardo Gullón, *La novela lírica* (Madrid, editorial: Cátedra, 1984).

<sup>84</sup> M<sup>a</sup> del Carmen Bobes. *Ibidem*. (Pág.95). La cursiva es mía.

embagues que el espacio las constituye.

Comenta Bryce que hablando con un escritor español "que odia a los escritores del boom" y sin embargo lee con agrado a nuestro escritor, le preguntó el porqué de la excepción, a lo que contestó que la diferencia consistía en que Bryce escribía "a lo europeo". Y basaba tan peregrina opinión en que sus novelas "ocurren" en Europa.

Algo parecido, con otras connotaciones, se dijo de Julio Cortázar. En esta ocasión era reproche y "político", porque escribir en París en época en que el "realismo crítico" era una bandera, resultaba, además de impropio, toda una deserción de origen. Cortázar se defendió en su momento con el mejor criterio. Bryce se limita a comentar en una entrevista la absurda afirmación del comentario, porque, efectivamente, las novelas de Bryce -aquellas que ocurren en Europa- están pergeñadas desde una perspectiva y una "mentalidad" hispanoamericana, como comenta jocosamente el escritor: " me afrancesó mi madre en el Perú y me latinoamericanizó Francia a partir de los veinticinco años de edad ".<sup>85</sup>Y así es: todas las novelas de Bryce, hablen de lo que hablen, están "visionadas" desde un protagonista de origen peruano que actúa como tal. Es decir, que el espacio geográfico, la pertenencia a una clase, y los factores individuales no sólo determinan la narrativa de Bryce (supongo que en cierta manera esto pasa a todos los escritores) sino que constituyen la auténtica materia de los relatos, porque:

Quien habla en un relato es un individuo socialmente enraizado, es decir, un portavoz de un grupo social que refleja, a través del correspondiente sociolecto, su correspondiente visión del mundo. Así, pues, el personaje puede funcionar o no como reflejo de la visión del mundo del autor sin que este hecho implique su enajenación<sup>86</sup>.

El mismo escritor siempre ha dicho que escribe "de lo que sabe", "de lo que conoce", y también que "vida y literatura se confunden". Siendo fiel a este criterio podemos agrupar las obras de Bryce en dos series. Aquellas que transcurren en el Perú; y aquellas otras que tienen como escenario Francia, y muy especialmente París. Otras que ocurren en España o Italia, pero de una forma puramente circunstancial, y que son consecuencia de alguna salida ocasional del protagonista.

Además, estos dos espacios geográficos, cuando el protagonista tiene rasgos de Bryce, guardan relación con dos épocas de la vida del escritor: los relatos de adolescencia y época universitaria en el Perú, y los de la edad adulta con escenario en Europa la mayoría de las veces. Uno y otro ubicados en un estamento social que también se corresponde con los ambientes en que vivió Bryce: la infancia y la adolescencia vividas en un ambiente burgués. Tras la ruptura con este medio (de Bryce, pero igual de Pedro Balbuena o de Martín Romana), la menos regalada de estudiante o profesor universitario en París. Y todo esto adoptando el punto de vista que da la perspectiva, porque, prácticamente toda la narrativa de Bryce está contada desde el recuerdo, y con esas matizaciones que hace el escritor, desde la nostalgia pero también de la voluntad de recordar:

La gente, los mismos escritores, confunden muy a menudo la nostalgia y recuerdo. Un recuerdo es algo terminado y, (...) bueno, malo, o regular (...) La nostalgia es un recuerdo que no se acabó, por la sencilla razón de que se vivió mal, sin entenderlo, o entendiéndolo a medias. Hay algo que no se completó, que quedó interrumpido y que, por lo tanto, ha dejado en nuestras profundidades una terrible carga latente de vida.<sup>87</sup>

### 3.EL ESPACIO PARA EL ESCRITOR

He vivido en muchas ciudades y no sé cuántos países me han visto pasar. Y suele suceder que uno se despierta y pasa de cuarto en cuarto y de ciudad en país hasta llegar al cuarto en que se acaba de despertar (...) Más la maravilla de reconocer, en óptimos despertares, al ser amado. Uno está de regreso al amor de la misma manera en que la noche anterior estuvo de regreso a casa en el país en el que ahora vive o de la misma y exacta manera en que visita por carta a un amigo en el país en el que ayer vivió o

---

<sup>85</sup> *Permiso...*

(Pág.10)

<sup>86</sup> Antonio Garrido Domínguez, *El texto narrativo* (Madrid, editorial: Síntesis, 1993), (Pág.75).

<sup>87</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Terrible y maravillosa nostalgia", *Jano*, Julio de 1988, (Pág.77).

de la misma y exacta manera en que ayer por la tarde se instaló en su despacho, colocó la página en blanco y se dijo que ya muy pronto serían 25 los años que llevaba lejos de casa (...) Voltea, entonces, donde la mujer o el amigo queridos, y les habla de aquella casa de veraneo e infancia en la península de La Punta o la casa que ya casi no queda de Chosica para pasar el invierno.<sup>88</sup>

El espacio para Bryce Echenique viene a ser el de esta cita, que me servirá, perfectamente, para resumir los espacios por los que se mueve el escritor, y que después quedarán reflejados en la literatura.

En primer lugar, y sin proponérselo, el espacio que determina la vida de cualquier persona o personaje, es el lugar de nacimiento, físico y ambiental. Aquí se fijan los postulados que regirán la vida. Después la voluntad y el deseo la ratificarán o le harán revelarse contra ellos (es obvio que la voluntad y el deseo serán mucho más decisivos para la segunda opción, que para la primera, para la que te pusieron "en rodaje", prácticamente, desde el nacimiento).

El espacio íntimo para Bryce será en primer lugar escritura que viene determinada absolutamente por su nacimiento (el Perú), y por la pertenencia a una clase, la alta burguesía; y por su deseo y después efecto de romper esos lazos y venirse a Europa "a ser escritor", contradiciendo todas las expectativas, menos la suya, y tal vez la de su madre.

El salto, del Perú a Europa y de la burguesía al "desclasamiento" lo dio con la ilusión de los pocos años y ese deseo más fuerte que cualquier otro de hacerse escritor. En seguida vinieron las confrontaciones entre "lo que uno piensa" y "lo que la cosa pensada es", y de aquí esos comentarios irónicos de Martín Romaña (la trayectoria de este personaje es paralela a la de Bryce Echenique), de que Nôtre-Dame estaba igualito que en el Perú, pero quizás "aquí irradiaba un poco menos"; o "a la Ciudad Luz se le han fundido los plomos"; o las continuas increpaciones al Hemingway literario que les había hecho creer que "París era una fiesta", olvidándosele apostillar que "para unos pocos...".

Y de este "desacuerdo con la realidad en que se ve puesto en el mundo" nace toda la obra de Bryce desde los primeros pasos, empezando por el hecho de ser escritor (Bryce ha repetido siempre que se le ha preguntado que en el Perú nunca hubiera llegado a serlo), hasta la distancia afectiva y efectiva necesaria para hablar del Perú como lo hace en *Un mundo...*, y ahora en *No me esperen en Abril*: desde fuera y desde dentro.

Bien, el espacio geográfico nace, entonces, de este salto físico que le permitirá viajar por Europa y por medio mundo, y que le impondrá esa lección dudosa entre dos países, Perú o España (Martín hizo la primera elección y fracasó). Y en cuanto al escritor:

España es el país amado, el soñado, el ruidoso y caótico país del que te quejas ahora. Con cuánto amor te quejas. España es el país que te impide regresar al Perú. (...) Lo mucho que lloró por Perú en España, lo festejo. Lo mucho que en el Perú lloro por París y Perugia (...) y Barcelona, lo festejo feliz en España.<sup>89</sup>

También para Martín Romaña España fue un país amado. De aquí eran sus ancestros, y también los de Inés. Aquí tuvo grandes amigos, y aquí, claro que con la imaginación, conoció a Octavia de Cádiz... Y el Perú es el país de la nostalgia, sobre todo de los lugares felices de niñez y adolescencia; ese Chosica compartido con Manolo de *Huerto cerrado*, con Julius, de *Un mundo...*, o con el protagonista de "¡Al agua patos!". ¡Y como no! la península de La Punta con aquella playa de Colán a la que Felipe Carrillo acudió, siendo adulto y llamado también por la nostalgia, a remediar lo irremediable.

Y junto a estos espacios físicos, decisivos unos: "el gran salto", y la mayoría, en dependencia de lo que allí encuentra, porque se puede ser muy feliz en Perugia, una pequeña ciudad italiana, cuando allí se consigue hacer realidad los sueños de ser escritor, tanto para Bryce Echenique: "votación tardía que explota en la pequeña ciudad italiana de Perugia"<sup>90</sup>; como para Martín como veremos, e incluso para Pedro Balbuena de *Tantas veces...* fue el encuentro con la literatura, en forma de mujer, Sophie que también la representa, porque fue la

---

<sup>88</sup> *Permiso para vivir...*

(Pág.202)

<sup>89</sup> *Permiso para vivir.* (Pág.202)

<sup>90</sup> *Permiso para vivir.* (Pág.200)

ilusión literaria que allí se materializó, se hizo texto, en definitiva. Y se puede ser muy desgraciado en el París de los días "sin hondonada", o con dos boinas sobre la cabeza porque el frío le impedía escribir... (me estoy refiriendo al protagonista de *La vida exagerada*...

Pero las ciudades, los espacios urbanos dominantes en la narrativa de "hoy", pueden ser:

Llegar a una ciudad, ver dirigir hacia ti, o casi, la sonrisa de una mujer bellísima, de una mujer que intuías aparecida para decirte con esa sonrisa que la ciudad con ella te sería dulce, apacible, definitivamente tuya. Pero después, la ciudad sin su sonrisa y sin su presencia, eso sí ya era cosa distinta, tal vez hostil, en fin, una ciudad sin esa sonrisa aparecida, en todo caso.<sup>91</sup>

O para Martín, "todas las ciudades se parecen no bien llego yo".

Y por encima de todo los afectos privados: "existe el amor, la amistad, el trabajo (la literatura, en mi caso), y después no existe nada"<sup>92</sup>. Y por lo que respeta a Martín:

Logró cansar a muchas mujeres, pero nunca se cansó de amarlas con pasión, con esa misma pasión con que había cultivado la amistad, pues quien no establece diferencias entre el amor y la amistad (y éste es su caso) no tiene por qué no hacer por un hombre lo que sí haría por una mujer.<sup>93</sup>

Y todos estos "topos" y los simbólicos -los espacios personales del escritor, fruto de la visión del mundo, de sus filias y de sus fobias- serán los espacios de la novelística de Bryce, y representándolos, la de sus personajes.

Y respecto a "lo ajeno", aquello que está pero que no participa, como ya se había intuido a lo largo de la producción literaria, o si lo hace es por ausencia -una forma de presencia negativa-, (un descubrimiento que sorprende al propio descubridor). Y es Mañuco, ese adolescente, en un viaje increíble en tren desde Perú a Cerro de Pasco, en plenos Andes, quien lo descubre:

-Y dime -intervino Fermín-. Debió ser una impresión formidable para ti ese increíble viaje en tren. Dicen que por ahí el ferrocarril pasa a más de cinco mil metros de altura. Debió ser algo casi sobrenatural para un chico de quince años (...)

- La verdad es que yo sólo me iba fijando en don Pancho- soltó categóricamente Mañuco.

Entre el humo de La Cucaracha, los cuatro amigos no supieron si reír o si qué. El mismo Mañuco se había quedado sorprendido con su frase (...) Ya todo eso lo sabía Mañuco Cisneros y el paisaje era humano, antes humano que nada, proyección de sí mismo, y de Sally de don Pancho: el paisaje era el lugar en que iban a hablar, en el que iban a escuchar, en el que iban a ahondarse tantos afectos...<sup>94</sup>

Y que después ratificará con "el ahora", y lo que será para él, Texas en lo sucesivo:

...El paisaje de Texas, como tantos años antes el de Cerro de Pasco (...) sería el espacio en que él y todos aquellos amigos se habían movido, la zona en que se habían escuchado y mirado (...) una irradiación de sus propias personas, convertida en geografía de recuerdos.<sup>95</sup>

Y que Bryce también resume en el "ahora" -antes fue un gran viajero aunque en sus "crónicas" sobre EE.UU. que dio lugar al libro *Abuelo de buen cubero y otras crónicas*<sup>96</sup>, ya hay mucho de esa manera de ver el mundo, incidiendo en lo personal y en lo anecdótico, y poco en lo puntual:

...recuerdo ahora que, por entonces, descubrí que una de las razones profundas de este viaje

<sup>91</sup> Permiso para vivir. (Pág.134)

<sup>92</sup> Permiso para vivir. (Pág.73)

<sup>93</sup> Permiso para vivir. (Pág.73)

<sup>94</sup> Dos señoras conversan. (Pág.90-91)

<sup>95</sup> Dos señoras conversan. (Pág.91)

<sup>96</sup> Alfredo Bryce Echenique, *A vuelo de buen cubero y otras crónicas* (Barcelona, editorial: Anagrama, 1977)

era gozar lo más posible y comunicarle, mediante cartas y tarjetas postales, ese goce a algún ser querido (...) Pero resulta bonito pensar que, a veces, la gente se manda miles de kilómetros al lomo de lo que puede tan solo para que un compadre, en Costa Rica, por ejemplo, reciba una postal y lea: "Soy feliz en Charlottesville", y reciba un abrazo...<sup>97</sup>

Y ahora la más reciente, en la que el viaje ha pasado a ser o a no ser: Hace tiempo que no viajo por geografía geográfica, pues siempre termino diciéndome a este paisaje no vuelvo más y poniéndole, por fin, su crucecita en el mapa. Es el paisaje humano el que ahora me lleva a atravesar tantas veces el charco, el que me obliga a ir de ser humano en ser humano, como un náufrago de boya en boya. Hermosa idea cuando se sabe que, al mismo tiempo, todo esto penetrará obsesivamente nuestra obra literaria.<sup>98</sup>

Pero insisto, por si no ha quedado claro, que el espacio textual (el que le hizo escritor y creador de los demás "espacios"), como globalidad nació del desacuerdo con lo que parecía ser "su lugar en el mundo" y su decisión de quebrarlo. En definitiva de su *desarraigo*, como no me faltará ocasiones de repetir y matizar; o con palabras del mismo escritor, en esa lucidez que tiene de su propia historia: Al cabo de miles de años en Europa, tras haber sido un marginal ya en mi infancia en el Perú y luego un extranjero en todas partes, "un hombre con las raíces descabaladas", como me llama Pilar, mi esposa, tras haber sido un izquierdista para la derecha y un derechista para la izquierda, un revolucionario para unos y un oligarca agonizante para otros...<sup>99</sup>

BIBLIOTECA VIRTUAL



---

<sup>97</sup> Crónicas personales. (Pág.12)

<sup>98</sup> Permiso para vivir. (Pág.73)

<sup>99</sup> Permiso para vivir. (Pág.438)



## IV.-EL ESPACIO EN LA OBRA DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Para hablar de los espacios habituales de los cuentos y novelas de Bryce, voy a hacer una agrupación previa. Primero, por seguir un orden cronológico, hablaremos de los espacios propios de la niñez, representados fundamentalmente en la novela *Un mundo para Julius*, pero que también aparecen en algún cuento como referencia; para continuar con los de la adolescencia: los cuentos de *Huerto cerrado*, alguno de *La felicidad ja* y de *Magdalena peruana...* y dos de las tres novelas breves de *Dos señoras conversan*. Al espacio de la edad adulta nos llevan las novelas *Tantas veces Pedro*, *La vida exagerada...*, *El hombre que hablaba...* y los otros cuentos que quedaron desclasificados en los grupos anteriores.

Dejo por el momento el estudio de *Un mundo...* que he reservado para el siguiente capítulo. Y voy a dedicarme a las peculiaridades del entorno infantil, y dentro del ámbito de la niñez, dos acercamientos muy diferentes. Aquel en que la niñez es "vívida" por el protagonista en el momento que se narran los hechos, y que es objetivado por un narrador: *Un mundo...*; y el que nos habla de la niñez pero desde el recuerdo lejano, con la carga emotiva de su pérdida, y la nostalgia añadida.

He separado, además, el espacio físico del psíquico o íntimo, consciente de las interferencias de uno en el otro; y mucho más en el caso de Bryce, para quien "las ciudades son sus gentes", y ellas las que te hacen sentir de una manera u otra.

He eludido esta separación en los espacios de la niñez. Aquí el espacio físico e íntimo se confunden, no sólo porque en la niñez el entorno va unido a la idea de bienestar o lo contrario, sin preguntarse el por qué. Cuestión que ya llevaría implícita la separación. Y, también, porque el espacio de la niñez, en este apartado, es siempre recordado; y lo que determina el recuerdo es siempre un estado del alma, y en el caso de que sea el lugar el que provoque la evocación, el siguiente paso volverá a ser el mismo.

### 1.-LOS ESPACIOS DE LA NIÑEZ

#### 1.1.-El espacio físico / el espacio íntimo

En los seis cuentos de *Huerto cerrado* el espacio de la niñez siempre es recordado, pero desde una distancia apenas dejada de la mano.

En "Dos Indios", Manolo, un peruano que no sabe muy bien qué hace en Europa -Roma en concreto-, tiene la sensación de que hay alguna cosa en su vida que le crea un "malestar" especial, y que va unida a algo que no puede precisar y "si los recuerdos empiezan a faltar y no hay nada más"<sup>100</sup>. Pero son los recuerdos, precisamente, los que le rescatan de la indiferencia en que se había convertido su vida. Rememora un momento de su niñez, y a la vez algo que le une a ella: la imagen de "dos indios" que quedaron esperándole, allá en el Perú, "la friolera" de doce años. Este recuerdo determinará la vuelta al Perú del protagonista, en ese intento de recuperar un pasado feliz, en el que, por lo menos, se sintió útil.

Esta vuelta a la infancia, o a los orígenes, consigue transformar el espacio interior de Manolo. Y de ser un personaje al "que le quedaba mal reírse", ha pasado a ser una persona con esperanzas: "Regreso al Perú -dijo, sonriente y optimista. La sonrisa le quedaba muy mal. Para a continuación: "ya no le quedaba tan mal reírse."<sup>101</sup>

En "El descubrimiento de América", otro, o el mismo Manolo, no importa, recuerda la niñez, y de ella el parque donde iba con su padre:

No olvidaría aquellos domingos en que salía a pasear con su padre por el Parque Central. Caminaban entre la gente, y su padre lo trataba como a un amigo. Le costaba trabajo reconocerle sin su

<sup>100</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*. op. cit., p.18.

<sup>101</sup> *Ibíd.*, pp. 22-23.

corbata, sin su terno, sin su ropa de oficina, sin su puntualidad, y sin sus órdenes. No era más que un niño, pero se daba muy bien cuenta de que su padre era otro hombre.<sup>102</sup>

Ambos son espacios felices, pero uno podríamos decir que es fruto de la nostalgia y el otro, simplemente, de la memoria, en esa acertada separación que ha precisado Bryce: "(...) la nostalgia es un recuerdo que no se acabó, por la sencilla razón de que se vivió mal, sin entenderlo, o entendiéndolo a medias. Hay algo que no se completó, que quedó interrumpido y que, por lo tanto, ha dejado en nuestras profundidades una terrible carga latente de vida."<sup>103</sup>

En "Pepi Monkey y la educación de su hermana" de *La felicidad...* se recrea un espacio de la niñez bastante inusitado. Y lo es por lo narrado (una historia inverosímil), y por el narrador que lo cuenta: uno de los protagonistas internado en un manicomio; lo que hace, por una parte, adecuar la historia (el loco piensa lo imaginado como real), pero también crear la duda de que la historia pueda ser "real" (dentro de la ficción, me refiero), porque el narrador, en muchas ocasiones, se comporta con mucha "cordura".

Dos niños viven su infancia -no hay precisión temporal, sólo sabemos en un momento dado que uno de los protagonistas: Tati, tiene doce años y su hermano dos o tres menos- en una única habitación con una abuela que, a su vez, vive en un mundo creado por sus "fantasmas", fruto de un pasado glorioso que quiso para ella y que no logró, del que los niños son partícipes obligados. En este espacio idealizado en el que no se permite ninguna intromisión transcurre la niñez de los protagonistas. Aquí sufren una especie de secuestro físico y mental que les imposibilita cualquier otra opción. El mundo "de fuera" les está vedado: "Ahora vivimos en el último salón que da por todas partes a la nada y de allí entramos cada mañana para pasar el día cerca del piano y esperar que llegue missis Scott que también viene de ninguna parte(...) Somos tan felices pero tenemos tanto miedo al mismo tiempo"<sup>104</sup>. Los otros dos contactos humanos con los que tienen relación son la profesora de los niños, quien se limita a ratificar las fantasías de la abuela -lo que sirve para fijar esa realidad-, y el ama que por su condición jerárquica poco puede hacer al respecto, salvo mover la cabeza negando lo que los demás afirman:

Missis Scott está profundamente de acuerdo con las ideas de abuelita, y cuando hay alguna novedad toma nota para ampliar sus apuntes (...) Pero mama Joaquina no está de acuerdo con la realidad. No se necesita tener mas de siete años para darse cuenta de que si tuviera el derecho de hablar nos diría algo diferente a abuelita. Muy diferente.<sup>105</sup>

Hay además otra fuente de referencia que es el subconsciente de la abuela, quien, en sueños, contradice lo que en la vigilia testifica.

El espacio creado por este relato tiene mucho de cuento de hadas. Los dos hermanos esperan un príncipe que los sacará de su aislamiento. Aislamiento protector para el muchacho que teme todo contacto con el mundo exterior: "Estoy seguro de que mama Joaquina quiere llevarnos a la calle. Hace tiempo que quiere enseñarnos algo y está esperando que venga una de esas tardes en que abuelita se instala en el piano horas y horas. Le hago señas a Tati y ella tiene ganas de salir. Pero es muy peligroso. Afuera hay una guerra, afuera hay tanta maldad..."<sup>106</sup>

El mundo de los niños se rompe en la confrontación con la realidad. Llega un príncipe a Lima, y la muchacha acude a "la llamada" de la mano de la abuela. Y allí se encuentra no con el "príncipe encantado" a quien un beso convertirá en "apuesto", sino a Juan Carlos de Borbón que no llega en hermoso corcel, sino en el *Juan Sebastián Elcano*. Referencias conscientemente "reales" para romper otro hechizo: el mundo ilusorio de la abuela.

De esta última experiencia surgen dos espacios divergentes: el de la niña: "Gritabas al volver del baile nueve años después (esta es la fijación en la locura del protagonista: creer que desde que su hermana fue al baile y volvió han transcurrido nueve años). Gritabas que no las habían dejado entrar, que las habían detenido en la puerta, que abuelita se había arrojado sobre el príncipe diciéndole que ahí estabas tú, que habías hecho el

---

<sup>102</sup> *Ibíd*em, p.138.

<sup>103</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Terrible y maravillosa nostalgia", *Jano*, 1 Julio de 1988, p.77.

<sup>104</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.51.

<sup>105</sup> *Ibíd*em, p.54.

<sup>106</sup> *Ibíd*em, p.51.

ridículo, que los policías las habían metido en un carro y las habían llevado a un lugar llamado la comisaría."<sup>107</sup> Y el de *Pepi Monkey*, para quien la realidad no encajaba en sus presupuestos y decide quedarse en el mundo protector de la locura. De un confinamiento pasa a otro, y en el manicomio rememora una y otra vez el mundo de la infancia, único reducto para él existente. Y donde sigue conservando a "su adorada Tati" por la que llegó hasta la locura, literalmente hablando: "Allí vivimos. Allí nos educaron. Allí la amé hasta la locura. Allí la recordaré siempre por más sufrimientos que me cueste..."<sup>108</sup>

Observemos la reiteración "espacial" del protagonista. Ese "allí" que muestra la fijación obsesiva del espacio, frente a la imprecisión temporal, que borra "de un plumazo" nueve años de vida.

"Al agua patos", también de *La felicidad...*, es un cuento en el que se recuerda la infancia, en un lugar ya conocido para quien ha leído *Huerto cerrado* o *Un mundo*: Chosica. Aquí se recupera Julius tras la muerte de su hermana Cinthia; y es el espacio donde Manolo ubica sus recuerdos gratos de niñez, y al que vuelve con América para tratar de recuperar juntos esa felicidad perdida.

Espacios felices ambos, el de la infancia unido a Chosica, del que le han quedado "con insistencia palabras, adjetivos, momentos de nostálgicas mentiras y antiguas perdidas verdades que tía Tati simplemente se olvidó de llevarse consigo en la premura con que desapareció de la gran casa de Chosica para irse al cielo." El de la infancia es un espacio que se escribe con cuatro sílabas: FE-LI-CI-DAD, y que sólo da para un corto recorrido y con obstáculos, "en una suerte de carrera en la que al mismo tiempo hay que guardar el equilibrio y correr y saltar..."<sup>109</sup> Ese camino se interrumpió cuando:

(...) se abrió la hondonada que con certeza iba dirigida hacia el peligroso silabeo de otra palabra que él entonces aún no conocía por estarla recién viendo, el joven se dio cuenta de que lo habían traído al malecón invernal de la adolescencia con los vestidos veraniegos en Chosica.<sup>110</sup>

Es decir cuando abandonó el espacio "acogedor" de la infancia sin estar demasiado preparado para ello. Un poco como le pasó a *Pepi Monkey*, pero él eligió la decisión extrema de encerrarse en sí mismo para evitar el enfrentamiento.

Esa Chosica de su niñez será punto de referencia para el protagonista de "¡Al agua patos!", porque después de transcurridos cinco años desde su última visita, siente la necesidad de volver a coger algún resto de aquella palabra de cuatro sílabas, o tal vez a enterrarla para siempre.

La vuelta a Chosica con un amigo, siendo estudiante, y el por qué de esa vuelta son sentimientos incompatibles: sensaciones unidas a algo que quedó y que no pueden ser puestas ni dichas al mismo nivel que el resto de las confidencias, porque quedan como desflecadas: "entonces, mientras terminaban de dar la vuelta a la manzana y volvían, él empezó a tener grandes dificultades para seguir contándole a su amigo la simple historia en la cual ésa había sido la gran casa en que vivió de niño (...) pero se demoraba en hablar y no lograba entretener, mucho menos interesar y hasta hubo aquel instante en que ya no quiso ni entretener ni interesar..."<sup>111</sup>

En este relato, además de los recuerdos de la primera niñez, se evoca el colegio como un lugar poco feliz si lo comparamos con los días de Chosica en que todo era tan fácil porque "tía Tati" y porque "teníamos cinco años y semanas después de conocernos éramos inseparables"<sup>112</sup>, mientras que en el colegio le costó "mucho trabajo tener amigos". Pero tampoco era exactamente el colegio, porque después creció y algo seguía ocurriendo, algo unido a Chosica y a la niñez que no podía precisar y, por tanto, exorcizar. Tendrá que llegar a los años de universidad, y en una de las "escapadas" en busca de recuerdos dará con las palabras adecuadas: "¡al agua patos!", "magdalena acústica" que le hará evocar ese algo que le inquietaba: una "primera maldad" inocente: la muerte de un patito bajo sus manos, sin tía Tati ni mamá que le ayudaran, para paliar el efecto conturbador que esta primera pérdida de la inocencia supuso:

<sup>107</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.59.

<sup>108</sup> *Ibíd.*, p.48.

<sup>109</sup> *Ibíd.*, p.125.

<sup>110</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.125.

<sup>111</sup> *Ibíd.*, p.126.

<sup>112</sup> *Ibíd.*, p.129.

Rafaela y mamá se marchaban (...) ese día logré que me dieran permiso para que lo del baño fuera más tarde porque quería seguir jugando más rato con el patito. Y hasta puedo ver la mirada del animalito amarillo escapándose de la pequeña palangana y yo preocupado porque estaba temblando, yo también siento frío y oscurece cuando el bultito amarillo se cae de costado y de pronto en la oscuridad como que empiezo a sentirme listo para algo, algo malo, es la primera vez que me han dejado solo de noche en el patio y falta mucho para que mamá regrese...<sup>113</sup>

Esta anécdota, que será en *Huerto cerrado* una experiencia negativa en la infancia de Manolo, se repite, curiosamente (¿no será porque forma parte del acervo infantil del autor?), en *La vida exagerada...*

Aquí Martín, el narrador en primera persona que nos cuenta con un estilo mucho más "libre" que el que encontramos en *Huerto cerrado*, no llama recuerdo a la experiencia, sino "un verdadero trauma infantil" que ensombrece, junto a otros, la vida a veces feliz de Martín Romaña.

Después de que el protagonista no has contado la historia de los patitos, nos hace una advertencia para evitar, supongo, que nos pasemos "de listos" y pensemos, lo que yo antes hice, que el verdadero sujeto del relato tiene mucho que ver con el autor. Nos dice Martín:

Un día le conté esta historia al escritor Bryce Echenique y a él le interesó. Se la regalé, en vista de que yo había dejado de escribir, y tiempo después la convirtió en un cuento titulado precisamente "¡Al agua patos!". pero a mí me sigue jodiendo todavía. Claro, es absolutamente lógico que me siga muriendo de pena al recordar que maté a lo animalitos esos, no hay nada de enfermizo en ello(...) pero lo cierto es que ello hace que tenga siempre terror de llevar mis bromas y hasta mis acciones, en general, mas allá de su intención inicial. Y por eso no falta incluso quien me habla de Herodes al ver lo indiferente que me dejan los bebés. Pero no me dejan indiferentes los bebés, lo que pasa es que me hago el frío, el duro, el seco, cualquier cosa antes que tener que cargar con un bebe y meterle un dedo al ojo o apretarlo demasiado fuerte por andar acariciándolo cariñosísimo y nerviosísimo.<sup>114</sup>

No siempre, pues, es feliz el recuerdo de la infancia y determina como ya teorizó Freud, el comportamiento del hombre adulto.

En *Magdalena peruana...* hay dos cuentos que retoman la infancia como lugar de recuerdo. En el primero: "Desorden en la casita", al recuerdo se llega como de rebote. Un protagonista adulto, ojeando discos, ve uno del que conoce la letra de la canción, y de aquí salta a otra ocasión en que esa misma letra le recordó a su madre sin saber muy bien por qué (es el recuerdo de un recuerdo, por tanto): "Fue por la radio. Él no tenía entonces discos ni tocadiscos, o sea que fue por la radio que los Churumbeles de España lo hirieron tanto con esa canción que hoy ha saltado a su vista mientras busca discos viejos en una tienda..."<sup>115</sup> La evocación, una vez saltada la chispa que la puso en funcionamiento, es premeditada. El protagonista con el disco en su poder regresa al *Gran Hotel* donde se aloja y anula todas sus citas para que el recuerdo se recree sin interferencias: "Tumbado sobre la cama contempla la fotografía de los Churumbeles de España. Debe ser de por el año cincuenta y lo que no se explica es cómo siendo un niño entonces, sí, su hermano menor nació cuando él tenía siete años, cómo y por qué siendo un niño entonces pudo haberlo herido tanto que su madre fuera una vieja muy buena y muy santa, su madre era entonces aquella mujer joven y alegre..."<sup>116</sup>

El espacio impersonal y poco acogedor de un hotel cobra cierto "intimismo" con la fotografía de su madre sobre la mesita de noche con el vestido con que a él le gustaba recordarla. Estos dos recuerdos le llevan a la niñez, y a dos hechos que marcaron al protagonista en cierta manera: una presencia y una ausencia. Una presencia que quiso evitar en su momento: el nacimiento de su hermano menor que iba a ocupar lo que él creía el privilegiado lugar de último de la familia. En su ingenuidad cree que acotando el espacio físico a lo imprescindible su hermano no podrá vivir con ellos. Y lo reduce en una casita que está construyendo en el jardín. Su batalla es contra el tiempo, porque tiene que terminarla antes de que el nuevo niño llegue, pero fundamentalmente contra el espacio, porque si no hay lugar disponible, nadie puede ocuparlo:

---

<sup>113</sup> *Ibidem*, p.134.

<sup>114</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.291.

<sup>115</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, op. cit., p.145.

<sup>116</sup> *Ibidem*, p.145.

Lo gané a papá. He tenido que cambiar el plano de la casita pero ya lo gané a papá. Tengo un plano nuevo y cuando nazca José no habrá sitio en ninguna parte para él. No nacerá porque no habrá sitio en ninguna parte.<sup>117</sup>

Pero no ganó y "ahora duerme con su hermano Pepito y, a veces, como en las películas, planea el asesinato. Pero cuando ya no le importa tanto no ser el menor de todo el mundo, entonces, siempre, quiere *suicidar y se...*"<sup>118</sup>Y no solamente no sirvió la estratagema de acotar el espacio, sino que también su espacio interior se vio ocupado por la palabra "atroz". Y esta ya será la historia de la ausencia.

Ya, anteriormente, el niño protagonista de "¡Al agua patos!" necesitó hacer malabares para seguir sosteniéndose en la palabra "felicidad". Pero hay palabras a las que le toca nombrar lo que hace daño, y cuanto más tarde se aprendan, mejor. En el recuerdo del niño la palabra "atroz" va unida a la experiencia de la muerte cercana, la de su madre.

El niño creyó que se podían modificar los acontecimientos manipulando el espacio. Una vez lo consiguió cuando mandó a un muchacho con el que tenía que cartearse contra su voluntad una fotografía en la que se había puesto "collar y aretes y el lápiz de labios de su mamá". El corresponsal nunca contestó a su carta. Y lo intenta de nuevo con su casita diminuta, pero ya sin éxito (en la mente del niño no cabían distinciones cualitativas). Algo que tuvo que empezar a aprender, porque no sólo había nacido su hermanito, sino que su llegada supuso una ausencia: la de la madre.

Este recuerdo de infancia no es feliz como los otros que han sido evocados. No obstante el protagonista adulto sonríe al rememorar ciertos detalles: "Tumbado en la cama del 'Gran Hotel' sonrío mientras piensa que el colmo habría sido que le mandaran un hermano del tamaño de Albert Robles..."<sup>119</sup>

## 2.-LOS ESPACIOS DE LA ADOLESCENCIA

Manolo, el de *Huerto cerrado*, es el protagonista casi único de la etapa de la adolescencia. Sus espacios exteriores son los habituales de cualquier adolescente: el colegio, las excursiones, el parque como lugar idóneo para declararse, los lugares de reunión... Y otros que son propios del entorno donde transcurre la vida del protagonista; que en el caso de Manolo serán espacios del Perú, y concretando Lima y sus alrededores. Y que también vendrán determinados por la pertenencia a una clase: el Parque Salazar, el "Country Club", Chaclacaya, Chosica, un internado inglés...

Y por lo que se refiere a los espacios interiores, también son las comunes a cualquier adolescente: el despertar sexual; la valoración del yo, la amistad... La respuesta a estos espacios interiores vendrá condicionada a una predisposición personal, que es lo que los distinguiría, en cierta manera, de los lugares exteriores más determinados por circunstancias generales.

### 2.1.-El espacio físico

#### 2.1.1.-El colegio

El colegio ocupa un lugar preferente, en cuanto a tiempo, en la vida del adolescente. Sin embargo en cuanto a ámbito es un espacio superado ampliamente en esta edad, a diferencia de lo que ocurre en las primeras etapas de la vida: la ruptura por primera vez con el único medio protector como es el ambiente familiar, y después el despertar de un montón de sentimientos diversos, como veremos en *Un mundo...*,

Para un muchacho adolescente, Manolo de *Huerto Cerrado*, por ejemplo, el colegio es aquel lugar que le impide estar con su enamorada en "Una mano en las cuerdas", pero también es un lugar grato lleno de

---

<sup>117</sup> *Ibíd.*, p.147.

<sup>118</sup> *Ibíd.*, p.150.

<sup>119</sup> *Ibíd.*, p.149.

recuerdos:

Aún recuerda los días pasados en aquel colegio. Los amigos. Las fotografías de las enamoradas de los amigos. Las lavanderas tan feas. Los jardines y sus jardineras. Los profesores. Un profesor. Las pocas muchachas que pasaban por allí. El pescado de los viernes. La salida de los sábados. ¿Los libros? Aún recuerda... pero ¿por qué dice que "aún recuerda"? cuando jamás olvidará que allí vivió intensamente, y vivir intensamente es lo único que le interesa.<sup>120</sup>

Consecuencia como casi siempre de la nostalgia de su pérdida. Solamente y en algunas ocasiones cuando el tiempo se hace presente, formalmente se entiende, los hechos desagradables ocupan un lugar preferente. Y es lo que le pasa a Manolo en este relato, cuando el espacio del colegio- en este caso un internado inglés cerca de Lima-, usurpa el del esparcimiento: una salida de fin de semana. El castigo es mal aceptado no tanto porque le impide ver a Cecilia como porque él lo cree injusto: "Era como creer que hemos ganado la lotería, corre a cobrarla, y descubrir que hemos leído mal nuestro número: lo habían castigado por festejar el sábado; por celebrar la partida. Se había parado sobre la silla y había gritado: ' ¡Viva el sábado! ¡Viva ella!' Y ese imbécil lo había castigado porque faltaban cinco minutos para que terminara la clase."<sup>121</sup>

El protagonista, ese muchacho que acepta la cotidianidad del colegio en espera de la plenitud de su espacio afectivo: el reencuentro con su muchacha, no soporta el castigo y con una actitud propia de la adolescencia, se cree único en el sufrimiento. El tiempo se ha detenido (ha perdido importancia), y ha sido sustituido por el espacio opresor en este caso: "No tenía nada que hacer. Aceptó la realidad, y casi se muere de pena. Se dio cuenta de que el tiempo se había detenido, y de que se quedaría así, detenido hasta el lunes. Luego, avanzaría nuevamente, lentamente, hacia el próximo sábado. No llegará nunca.' Era demasiado orgulloso para escaparse, pero no toleraba ver la puerta por donde se salía para ir a Lima. Decidió encerrarse en su dormitorio."<sup>122</sup>

Más adelante esta sensación de soledad es compartida con el de otra soledad. El espacio de la confidencia consigue unir a un muchacho de quince años y a un profesor de cuarenta y cuatro. Ambos se han encontrado en un espacio compartido: el amor y el dolor de su ausencia.

Una confidencia hecha en unas circunstancias especiales (no suele darse una relación de este tipo entre un alumno y un profesor), en un momento de permeabilidad receptiva, logra el contacto afectivo entre los dos personajes.

## 2.1.2.-La calle

"Una extraña diversión" es un relato de *Huerto cerrado* que tiene como escenario único la calle. El protagonista sigue siendo Manolo, pero un Manolo que no encaja con el del resto de los relatos, por su indumentaria y por su comportamiento. La primera más propia de un desclasado: "¿De dónde venía con sus zapatos cubiertos de barro, y con esa camisa mojada por las lluvias de julio? Ningún otro abrigo..."<sup>123</sup>, y la segunda de un loco, o quizás sería más apropiado decir, de alguien "del que no se sabe muy bien para quien trabaja":

Parecía tomar muy en serio esa larga caminata, y era muy extraño todo lo que hacía. Cogía una piedra a este lado de la pista (estaba en la avenida del Ejército), y la cambiaba por otra que recogía al otro lado de la pista. De su bolsillo del pantalón, sacaba una libreta negra. Luego, sacaba también un pequeño lápiz amarillo, buscaba una página en blanco, y dibujaba más piedras. Abandonó esa esquina (...) Contó las puertas y las ventanas, y apuntó esos números en la libreta. Dibujó la casa...<sup>124</sup>

Y también en este libro, en " Las notas que duermen en las cuerdas ", las calles y las gentes que las habitan son descritos con cierta morosidad (ya sabemos que *Huerto cerrado* supone la primera etapa del

<sup>120</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, op. cit., p.97.

<sup>121</sup> *Ibidem*, p.100.

<sup>122</sup> *Ibidem*, pp. 100-101.

<sup>123</sup> *Ibidem*, p. 167.

<sup>124</sup> *Ibidem*, p.168.

escritor, en la que todavía no había conseguido su estilo peculiar):

El sol brilla sobre la ciudad, sobre las calles, sobre las casas. (...) Por las calles, las limeñas lucen unos brazos de gimnasio. Parece que fueran ellas las que cargaran las andas en las procesiones, y que lo hicieran diariamente. Te dan la mano, y piensas en el tejido adiposo. No sabes bien lo que es, pero te suena a piel, a brazo, al brazo que tienes delante tuyo, y a ese hombro moreno que te decide a invitarla al cine...<sup>125</sup>

Es diciembre en Lima y están próximas las vacaciones estivales y la Navidad. Manolo ya ha terminado las clases, y en su tiempo libre:

...Manolo salió a caminar. Contaba los automóviles que pasaban, las ventanas de las casas, los árboles de los jardines, y trataba recordar el nombre de cada planta, de cada flor. Esos paseos que uno hace para no pensar, eran cada día más frecuentes. Algo no marchaba bien (...) Aquel día había caminado mucho, y casi sin darse cuenta...<sup>126</sup>

Esta anécdota, si no fuera por un hecho concreto -allí se nos dice que se trataba de un hombre y aquí de un adolescente- parece coincidente con la anterior. y además es curioso observar, que los gestos que en el anterior relato nos había parecido propio de un loco, cambiando el condicionante de la edad -lo pasamos a la adolescencia-, deja de parecer cosa de orates.

Y estos paseos por las calles de Lima se repiten, la casa familiar le ahoga un poco, y siente necesidad de salir de allí. A veces la calle tampoco consigue darle esa tranquilidad ansiada:

Empezaba a oscurecer. Miles de personas caminaban lentamente por el jirón de la Unión. Se detenían en cada tienda, en cada vidriera, mientras Manolo avanzaba perdido entre esa muchedumbre. Su única preocupación era que nadie le rozara al pasar, y que nadie le fuera a dar un codazo.<sup>127</sup>

Otras veces y en gestos que han repetido miles de adolescentes, la calle es ese lugar donde las muchachas salen del colegio y se van a sus casas...

El centro de Lima está lleno de colegios de mujeres, pero Manolo tenía sus preferencias. Casi todos los días, se paraba en la esquina del mismo colegio, y esperaba la salida de las muchachas como un acusado espera su sentencia. Sentía los latidos de su corazón, y sentía que el pecho se le oprimía, y que las manos se le helaban. Era más una tortura que un placer, pero no podía vivir sin ello.<sup>128</sup>

Y también la calle, en el " Descubrimiento de América " es el lugar donde cada día Manolo ve pasar América, y el lugar de encuentro que quiere parecer fortuito entre Marta "la amiga de ambos", América y Manolo.

En los dos cuentos los lugares recorridos por los protagonistas son similares. En éste, la Plaza San Martín, la calle Boza, donde están las galerías Boza. Y en " Una mano... " la Plaza de Armas, la Plaza San Martín y las galerías Boza...

Y por último, y siempre en este libro, la calle es escenario de un hecho más dramático: el atropello y muerte de un hombre por un tranvía. Pero lo que llama la atención de este relato es, sobre todo, la futilidad de un gesto y sus consecuencias imprevisibles:

El hombre que podía ser un empleado continuó su camino, mientras el tranvía, como un temblor, pasaba delante del cine sacudiendo las puertas. Una hermosa mujer que venía en sentido contrario atrajo su atención. La miró al pasar. Volteó para mirarle el culo, pero alguien se le interpuso. Se empinó. Alargó el pescuezo. Dio un paso atrás, y perdió el equilibrio al pisar sobre el sardinel...<sup>129</sup>

---

<sup>125</sup> Ibídem, pp.63-64.

<sup>126</sup> Ibídem, p.66.

<sup>127</sup> Ibídem, p.70.

<sup>128</sup> Ibídem, p.69.

<sup>129</sup> Ibídem, p.162.

Por otra parte, en los recuerdos de la adolescencia de Santiago, en el Perú, la calle puede convertirse en aquel lugar de espera a la salida de los colegios, como en otras ocasiones, para ver a Eugenia: "...me escondía por los rincones para verla pasar y estaba siempre dispuesto a partir la carrera si ella me miraba."<sup>130</sup>; pero la calle puede convertirse en mágica, un día en que "Yo estaba esperando que Eugenia entrara, para después esperar que saliera, cuando ni entró ni salió sino que se detuvo en la esquina de mi vida, a unas tres cuadras de la puerta de aquella cafetería, convirtiéndola de esa manera en la puerta del cielo."<sup>131</sup>

## 2.2.-El espacio íntimo

### 2.2.1-El amor: el enfrentamiento entre el amor idealizado y el deseo

Manolo en "Una mano en las cuerdas", encuentra y vive su primer amor en el "Country Club", del cual se nos dice:

El "Country Club" es un de los hoteles más elegantes de Lima, y dicen que tiene más de cien habitaciones. Está situado en San Isidro, barrio residencial, a unos veinte minutos en automóvil del centro de Lima, y rodeado de hermosos jardines. Durante el verano, mucha gente viene a bañarse en las piscinas del club, y a jugar tenis. Para los muchachos en vacaciones escolares o universitarias, es un entretenido centro de reunión.<sup>132</sup>

Esta descripción (muy poco usual en los relatos de Bryce, sobre todo una vez conseguido su "estilo") hecha por un narrador que parece que conoce "el Country" sólo de "oídas", nos advierte que es un lugar únicamente accesible a una clase social, y de ella deducimos que Manolo pertenece a una clase alta. Aquí conoce a Cecilia, una muchacha quinceañera como él, y lógicamente perteneciente a su misma clase. El protagonista, predispuesto por la circunstancia de que sus amigos tienen ya "enamorada", sufre "amor a primera vista": "Hoy he visto a la chica más maravillosa del mundo. Es la primera vez que viene a la piscina, y nadie la conoce(...)Me ha encantado", y más adelante:"!La adoro! La veo todos los días. Viene a la piscina por las mañanas y por las tardes..."<sup>133</sup>

El espacio interior de Manolo ha quedado ocupado por la constante presencia -real o imaginada- de Cecilia de la que conocemos a través de las páginas de un diario en donde el protagonista cuenta su experiencia. Esta forma de narración presupone que no hay tan siquiera intención de un distanciamiento para juzgar los hechos, que nos son mostrados de una forma espontánea y subjetiva (se puede decir, de nuevo, que hay una perfecta adecuación entre la materia y la forma: nada más subjetivo que el amor, y para contarlo nada más apropiado que las páginas de un diario). Manolo recorre, como casi todos los adolescentes de su clase, los lugares habituales de relación entre ellos: el cine Orrantía para intentar un acercamiento físico con su enamorada, que no irá más allá de pasarle un brazo por los hombros con gran riesgo de su reputación. Después será el Parque Salazar

La moda: formidable solución para nuestra falta de originalidad. El Parque Salazar estaba tan de moda esos días, que no faltaban quienes hablaban de él como del "parquecito". Hacía años que muchachos y muchachas de todas las edades venían sábados y domingos en busca de su futuro amor, de su actual amor, o de su antiguo amor. Lo importante era venir. (...) Manolo no comprendía muy bien eso de ir al Parque Salazar. Le incomodaba verse rodeado de gente que hacía exactamente lo mismo que él, pero no le quedaba más remedio que someterse a las reglas de juego. Y dar vueltas al Parque, con Cecilia, hasta marearse, era parte del juego.<sup>134</sup>

Esta descripción forma también parte de las acotaciones irónicas que el narrador se permite en su uso de la palabra. Por lo demás su intervención se limitará a la que ya hemos visto, y en alguna ocasión servirá para

<sup>130</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.180.

<sup>131</sup> *Ibidem*, p.178.

<sup>132</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, op. cit.,p.77.

<sup>133</sup> *Ibidem*, p.78-80.

<sup>134</sup> *Ibidem*, p.87.



sacar del "atolladero" a un vacilante Manolo, en los momentos en que sus contradicciones le impiden pensar, que es lo que ocurre cuando nos cuenta la confusión del adolescente ante la imagen escatológica que otro colegial trata de añadir a la visión idealizada que de Cecilia tiene Manolo. Es el primer conflicto entre el amor romántico y el amor sexual (aunque este no sea el mejor ejemplo) que los adolescentes de las novelas de Bryce "arrastran".

Este narrador omnisciente que presumiblemente estaba latente aprovecha el "out" para intervenir y decir a los lectores lo que al protagonista le resulta difícil: "La amaba porque era un muchacho de quince años, y porque ella era una muchacha de quince años. Cuando hablaba de Cecilia, Manolo hablaba siempre de la nariz respingona y de sus ojos negros; de sus pecas que le quedaban tan graciosas y de sus zapatos blancos(...) Le cogía la mano, la besaba, pero todo eso tenía para él *algo de lección difícil de aprender*.(...) No prestaba mucha atención cuando sus amigos le decían que Cecilia tenía brazos y bonitas piernas..."<sup>135</sup>

Hay alguna otra ocasión en que este narrador en tercera persona acude también en ayuda del protagonista. Son esos momentos -hemos visto ya uno- en que Manolo calla por alguna razón concreta. Antes ante el enfrentamiento de dos sentimientos contradictorios. En otra ocasión cuando la felicidad le impide "escribir": "Soy el hombre más feliz de la tierra. Cecilia!Cecilia! No puedo escribir (...) No se hizo esperar. A las tres y media, en punto..."<sup>136</sup>

En otro relato: "las notas que duermen en las cuerdas" (notemos el paralelismo de los dos títulos), Manolo experimenta el mismo rechazo hacia esa relación, para él malsana, que los compañeros mantienen con el otro sexo: "Detestaba esos grupos de muchachos que hablan de las mujeres como un producto alimenticio: 'Es muy rica. Es un lomo'. Creía ver algo distinto en aquellas colegialas con los dedos manchados de tinta, y sus uniformes de virtud"<sup>137</sup>, o "sintió repugnancia al ver que un grupo de hombres miraba groseramente a una mujer, y luego se reían a carcajadas"<sup>138</sup>

Ese amor tímido y "en lejanía" es frecuente en los adolescentes protagonistas de los relatos de Bryce. Santiago de "Los grandes hombres son así. Y también así" fue un muchacho que, cerca de los cuarenta años -el momento en que rememora la adolescencia-, todavía cree que "seguiría esperando a Eugenia a la salida del colegio, si no se hubiera venido a Francia y ella no se hubiera casado con Raúl": "La verdad, esto no sé muy bien cómo explicarlo, porque Eugenia ingresó a la Universidad y estudiaba ciencias de la educación, pero yo siempre seguí esperándola a la puerta del colegio. Fue tal vez la distancia en que me situaba la que me impidió notar el cambio de local (...);Pero qué recuerdo más bello, éste! No tengo recuerdo más bello de mi adolescencia(...) salvo el del Cream Rica (...) Aquella vez Eugenia apareció por la puerta del cielo y se me acercó..."<sup>139</sup>

Es cierto que este recuerdo puede parecer imborrable por las circunstancias posteriores (Eugenia y Santiago tuvieron una relación intensa en París), y que sepamos (la narración no lo refleja), el lugar afectivo ocupado por Eugenia no ha sido cubierto por otra mujer con la misma intensidad. Así el recuerdo permanece indeleble y, además, el desencadenante dramático que provoca la evocación, la muerte de la protagonista, propicia que la "vivencia" tenga una cadencia especial y única (recordemos, aunque este no sea el caso, que los muertos rara vez han convertido "maldades").

Es un burdel, lugar prototípico de iniciación a la sexualidad de muchos adolescentes, donde Manolo, reforzado y "presionado" por la presencia de sus amigos, intenta ser como los demás: un "machito" con proezas que contar. El cuento que narra esta experiencia adolescente es "Yo soy el rey", que no se refiere precisamente a Manolo sino a un personaje ajeno a la experiencia, de *Huerto cerrado*.

Ese intento del protagonista de ratificar su "hombría" no alcanza el objetivo deseado en esta ocasión. La lucidez del pensamiento impide pasar la barrera necesaria para que la voluntad se anule, y el resultado no es el pretendido.

---

<sup>135</sup> Ibídem, p.93.El subrayado es mío.

<sup>136</sup> Ibídem, p.84.

<sup>137</sup> Ibídem, p.69.

<sup>138</sup> Ibídem, p.71.

<sup>139</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.177.

El marco burdelesco que se describe en este relato es esperpéntico y deprimente:

"El agua", chilló una voz histérica, desde el corredor. La Nylon abrió la puerta, y un ser increíble le entregó una vasija blanca y desportillada. "Toma la toalla y el jabón", agregó, mientras Manolo lo miraba asombrado. Un ser increíble. La caricatura de un bailarín de flamenco. Grotesca, goyesca. El más cadavérico de todos los bailarines de flamenco. Vestía íntegramente de negro, y tenía los dientes superiores inmensos y salidos. Jamás podría cerrar la boca. Jamás podría quitarse los pantalones, tan apretados los llevaba. No tenía caderas, y quería tener caderas...<sup>140</sup>

No parece lugar adecuado para una iniciación con ciertas reticencias, y Manolo, como dije, no consigue traspasar el umbral necesario, por mucho empeño que pone en recordar algunas imágenes atrayentes, dado los escasos atractivos de la "Nylon", la mujer que le tocó en suerte: "(...) las dos tetas de la Nylon que colgaban inmensas(...) Se había afeitado el sexo, pero tenía cerdas en los sobacos. Perfume de chuchumeca. Perfume y sobaco..."<sup>141</sup>

El resultado de esta experiencia es ese "malestar" agudizado que ya habíamos notado en el Manolo de las otras ocasiones:

-No pasa nada -respondió Manolo, pero era como si estuviera viendo chupones, navajas, sobacos de esos, cordones umbilicales, sangre. Pensaba en su enamorada, y se crispaba. Resonaban en sus oídos "calatear, cojudeces, chancro, gonorrea, seborrea, diarrea", y otras palabras como apellidos vascos que le habían clavado el puntillazo...<sup>142</sup>

Es en "El descubrimiento de América", título que juega con la homonimia, donde Manolo consuma su iniciación sexual. Las circunstancias son muy distintas a las del relato "Yo soy el rey". Al burdel únicamente se va a buscar sexo, mientras que en "El descubrimiento de América"(el filón conquistador sigue dando frutos) el juego está entre dos adolescentes que creen amarse, y el resultado es el esperado.

América, pese a lo inusual del nombre, es una muchacha de ciertas características que podríamos llamar "frívolas". El narrador en tercera persona que nos la presenta, lo hace con entusiasmo (con ese entusiasmo que se hace eco de las miradas de muchos hombres):

América era hija de un matrimonio de inmigrantes italianos. Una de las muchachas más hermosas de Lima. ¡Qué bien le quedaba su uniforme de colegiala! (...) De colegiala que ya se cansó de serlo. De colegiala con mentalidad pre automovilística, pre lujosa, y pre matrimonial. De colegiala que se aburre en las clases de literatura, que jamás comprendió las matemáticas, y que piensa sinceramente que Larra se suicidó por cojudo, y no sabía como ingeniárselas para que su uniforme pareciera de secretaria. Usaba las faldas bastante más cortas que sus compañeras de clase, y se ponía las blusas de cuando estaba en tercero de media. ¡América! ¡América!<sup>143</sup>

Los pensamientos de Manolo sobre América son otros, o por lo menos él trata de que sean otros. Quiere amar como lo hizo una vez (quizá cuando Cecilia fue su enamorada), y lucha para que otros elementos no se entremezclen en la experiencia: "Hoy no la he visto (...) Amor amor amor. Volverás. Vuelve amor vuelve. Con seguridad de amor(...) Vuelve amor sentir amor amar sentir. Antes. Como antes. Luchar por amar y no culos. Verla pasar amar. No culos (...)", y ya el narrador con menos confusión nos distancia la escena: "Quería amarla como amaba antes; como había amado antes. 'Es posible, se decía. Es posible' "<sup>144</sup>

El narrador que nos presentó a la muchacha, sin duda hombre, no comparte totalmente la opinión que de la protagonista nos hace Marta -una amiga de ambos que hará de lazo de unión entre ellos:

...América es todo lo contrario de una chica inteligente.

-Uno no quiere a una persona porque es inteligente -dijo Manolo, desviando la mirada al darse

<sup>140</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, op. cit., p.107.

<sup>141</sup> *Ibidem*, p.109.

<sup>142</sup> *Ibidem*, p.110.

<sup>143</sup> *Ibidem*, p.123.

<sup>144</sup> *Ibidem*, p.124.

cuenta de que había metido la pata.

-¿Y con el cuerpazo de América? ¿Tú crees que eso es amor?

-¡Nada de eso! -exclamó Manolo, fastidiado al comprobar que su mano no temblaba mientras cogía la taza de café-, Nada de eso. Sus ojos. Su cara maravillosa.<sup>145</sup>

Pero a Manolo no parece importarle mucho esas opiniones que él cree consecuencia de "una cierta envidia" (Marta es inteligente pero no muy agraciada), o tal vez de despecho (se intuye que Marta siente "algo" por Manolo). Y lo único que quiere es que se la presente. Una vez conseguido, los problemas, si existen, los irá resolviendo a su manera (es una conquista basada en la mentira y que como tal fracasará).

Desde las primeras páginas del relato, el lector ve al protagonista debatirse entre sentimientos contrarios que anuncian el desenlace: "América. América. Las piernas de América. No. No. Los ojos de América"<sup>146</sup>, "Sus caderas. No. No. Sus ojos..."<sup>147</sup> o "Sus ojos. Buenas piernas. Pero sus ojos. La blusa. Marta, ¡Mierda!(...) La falda con las caderas. Piernas. La quiero. Como antes..."<sup>148</sup>

Unido a estas luchas interiores y como presidiéndolas, existe la nostalgia de un amor primero con visos románticos. Aquel espacio que parece ser para el protagonista espejo donde mirarse, está casi siempre latente y explícito en el texto, y determinará la conducta de Manolo en muchos momentos: "Quería amarla como amaba antes; como había amado antes."<sup>149</sup> Y para él un indicio de que el amor merecía ese nombre era un estado de agitación que podía llevarle hasta el desmayo. Y son esas reacciones las que nota a faltar cuando piensa o espera a América: "Se acercaba a la Plaza de San Martín, y no sentía ningún temblor en las piernas. El pecho no se le oprimía, y respiraba con gran facilidad (...)"<sup>150</sup> Cada vez que América decía una tontería, Manolo se inflaba de piedad, y confundía este sentimiento con el amor que tenía que sentir por ella"<sup>151</sup>. Y en otra ocasión: "Llevaría a América a Chosica, le contaría todas esas cosas, y ella sería un amor como antes, como quince años"<sup>152</sup>. Las citas son suficientemente expresivas.

El espacio de este relato es un espacio "ficticio", engañoso. No sólo Manolo trata de engañarse en lo que se refiere a los sentimientos que América despierta en él, sino que la conquista de la muchacha se logra mediante situaciones que no existen: el "carro" de Manolo al que hace estrellarse en la imaginación para justificar su ausencia; "su" gran casa vacía de Chaclacayo de la que sólo es amigo de su jardinero, y en la que descubrirá que aquello que hubiera querido fuera amor, no fue más que deseo, que una vez consumado perdió la validez porque, definitivamente, pudo comprobar que nada quedaba después, y que todo fue tan falso como los procedimientos creados para la seducción (que fue mutua).

Ya antes del desenlace y en la piscina de Huampaní, lugar donde Manolo y América iban a bañarse a diario, hubo un primer rechazo hacia la muchacha, que se nos presenta en forma de descripción en la que se mezclan varias frecuencias, confundiendo a veces:

Manolo le esperaba sentado al borde de la piscina, y con los pies en el agua. "Traje de baño blanco", se dijo al verla aparecer. Venía con su atrayente malla blanca, y caminaba como si estuviera delante del jurado en un concurso de belleza. Avanzaba con su melena... Debería cortársela aunque sea un poco porque parece, y sus piernas morenas más tostadas por el sol con esos muslos. Esos muslos estarían bien en fotografías de periódicos sensacionalistas. Sufriría si viera en el cuarto de un pajero la fotografía de América en un papel de periódico (...) Vio cómo sus piernas tenían vellos, pero no muchos, y esos vellos rubios sobre la piel tan morena, lo hacían sentir algo allá abajo, tan lejos de sus buenos sentimientos... Qué pena, parece de esas con unos hombres que dan asco en unos carros amarillos...<sup>153</sup>

---

<sup>145</sup> *Ibidem*, pp.125-126.

<sup>146</sup> *Ibidem*, pp.126.

<sup>147</sup> *Ibidem*, p.129.

<sup>148</sup> *Ibidem*, p.130.

<sup>149</sup> *Ibidem*, p.124.

<sup>150</sup> *Ibidem*, p.129.

<sup>151</sup> *Ibidem*, p.133.El subrayado es mío

<sup>152</sup> *Ibidem*, p.134.

<sup>153</sup> *Ibidem*, p.141-142.

Y después de estas reflexiones siente añoranza de otros lugares y que son tan diferentes al lugar donde se encuentra: " Y por cojudo y andar fingiendo accidentes de niño millonario no he podido ir a mi playa en los viejos Baños de Barranco, con el funicular y esas cosas de otros tiempos, cerca a una casa en que hay poetas, esos Baños tan viejos con sus terrazas de madera tan tristes. Pero América no quedaría bien en esa playa de antigüedades porque aquí está con su malla blanca..."<sup>154</sup>.

Y para terminar con el despertar de la sexualidad, voy a mencionar una experiencia homosexual en la que Manolo, nuestro protagonista "fijo", se ve envuelto, sin quererlo ni sospecharlo.

Es ésta una historia contada desde el recuerdo y quizá por eso perdió ya el dramatismo que seguramente tuvo. El título del relato "Con Jimmy, en Paracas", nombre y lugar del coprotagonista de la historia, hace pensar que el tema principal del relato es el conocimiento "de cerca" de la homosexualidad, y lo cierto es que no lo es por la extensión con la que se trata el tema- ocupa espacialmente la mitad del relato-, ni por "la intensidad" de lo narrado, que corresponde al recuerdo nostálgico del padre y de los viajes del trabajo en los que el protagonista, siendo adolescente, le acompañaba. Y en este caso concreto el viaje es a Paracas, lugar paradisíaco en la escena que recuerda el muchacho: "mi padre sentado de espaldas al mar, no era que el comedor estuviera al borde del mar, pero el muro que sostenía sus ventanales me impedía ver la piscina y la playa, y ahora lo que estoy viendo es la cabeza, la cara de mi padre, sus hombros, el mar allá atrás, azul en ese día de sol, las palmeras por aquí y por allá..."<sup>155</sup>. Pero en el que ocurren, como en casi todos los lugares, cosas agradables: la relación con el padre; y otros no tanto: la experiencia con Jimmy. El tiempo ha conseguido por una parte distanciarlo (ya he dicho que el relato no es dramático) y, unido a la nostalgia, rescatar, valorándolo en su medida.

## 2.2.2.-La amistad

Hay otra historia de amistad entre un adolescente y un adulto, se trata de "Un sapo en el desierto", novela breve de Bryce que pertenece al libro *Dos señoras conversan*.

Hablar de amistad entre dos personas bastante ajenas- en este caso el alejamiento es cronológico y obviamente espacial, al que se añade diferencias culturales: uno es un adolescente peruano y el otro un ingeniero americano- lleva a pensar que comparten un espacio común dentro de las diferencias, que es el que voy a tratar de cercar. (En el caso de Manolo y mister Davenhock, del cuento "Un amigo de cuarenta y cuatro años", fue el sufrimiento compartido de una mujer.)

"Un sapo en el desierto" es una historia de amistad íntegra, que empieza desde el encabezamiento. El libro está dedicado a Aníbal González-Pérez, Cesar Ferreira, y Cristóbal Pera. Seguido de un "por amigos, por excelentes amigos.". Sigue en las citas de Jonathan Swift y W. Shakespeare, y culmina en la novela con una doble historia de amistad, la de cuatro profesores de la Universidad de Texas que se reúnen cada tarde en un local al que bautizan como "*la Cucaracha* ", y la otra el relato que uno de ellos, Mañuco, cuenta tarde tras tarde a los amigos, logrando que todos ellos se metan en la historia afectivamente. Es, naturalmente, el otro relato de amistad al que ya nos hemos referido.

Un narrador omnisciente que conoce el desenlace de la narración nos resume en las primeras páginas la historia de Mañuco y Don Pancho,

Los cuatro daban clases en la Universidad de Austin y, por las noches, concluida una buena jornada laboral, un poco la soledad y otro mucho la amistad los traía de cabeza al mismo lugar, a la misma mesa, a los mismos clubs sandwiches y al mismo ruido de rugby de siempre. El último en llegar a Austin había sido Mañuco, Mañuco Cisneros. Y llevaba ya varias semanas dale y dale con la misma historia que algún día todos habrían de recordar como la historia más triste de una vida en Texas. Y es que al principio sólo Mañuco Cisneros sabía quien diablos era don Pancho, el gran don Pancho Malkovich que había sido el héroe de su adolescencia<sup>156</sup>.

---

<sup>154</sup> *Ibidem*, p.142-143.

<sup>155</sup> *Ibidem*, p.31.

<sup>156</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.80.

para después en *playback* seguir un orden cronológico. Eso es lo que se refiere al narrador.

El "contador", por su parte, sufre un "recuerdo proustiano" ante la proximidad del lugar donde se encuentra accidentalmente, y en el que también vive don Pancho, el amigo que hace veinticinco años que no ha visto.

El primer contacto entre Mañuco y don Pancho se produce de forma fortuita, y viene determinado por el agradecimiento de uno- el muchacho le devuelve una cartera que ha perdido- y por el deslumbramiento del otro.

Este deslumbramiento es doble, material: " Yo no se tú te acuerdas, Carlos, tú que eres también limeño, pero el 91 era en esos años uno de los restaurantes más caros y lujosos de Lima. O sea que para mí era algo totalmente inaccesible. Ahí podían ir mis viejos, en todo caso, pero a los quince años a mi padre jamás se le habría ocurrido llevarme a un restaurante así. Y muchísimo menos invitarme un martini o permitirme tomar vino en la comida."<sup>157</sup>, pero también personal: " (Don Pancho) me miraba como si yo fuera una ópera de Verdi a todo volumen<sup>158</sup>, un aria tal vez, o a lo mejor yo era la abertura de *La Traviata*, señores."<sup>159</sup> Y este contacto humano es el que une a los personajes.

El primer acercamiento, el paso hacia la amistad, ocurre cuando el adolescente con más copas de las debidas, y unos sentimientos confusos sobre el patriotismo y la admiración por lo "yanqui", se va al lavabo a llorar. Don Pancho, observador cuidadoso del paisaje humano, lo consuela con letra de vals criollo: " No es delito en el hombre llorar por una mujer". Palabras que unidas a la actitud sirven para que el adulto consuele a un Mañuco lleno de sentimientos contrarios:

Y cuando arrancamos con el vino blanco para las conchitas al limón, como que mariconié (sic)... porque nuestro Miguel Grau fue un héroe de la puta madre, y por más que puse mi mejor cara de bandera nacional y hasta empecé a izarme sobre mi asiento, con el vino tinto del cabrito al horno perdí todas las guerras que el Perú no ha ganado, y después con el champagne del postre perdí también todas las que el Perú ha ganado. Y ahí quedé hecho un apátrida muerto en un campo de batalla...<sup>160</sup>

Recordemos que el espacio compartido en la otra historia de amistad, "Un amigo de cuarenta y cuatro años", coincide "textualmente" con la letra de este vals. Y en esta historia que nos ocupa el llorar "con el alma" es lo que une a los dos personajes: "Uno, señores, realmente le toma afecto a un gringo mayor que entiende algo tan complicado y sólo porque él es de Trieste y la Primera Guerra Mundial y muy pobre pero después ingeniero..."<sup>161</sup> Comparten, pues, un espacio lacrimógeno, romántico y para muchos trasnochado que les hace ser capaces de llorar por algo tan inexplicable como Miguel Grau, un héroe peruano, mezclado con otras cosas igual de confusas. Y eso no se lleva "entre hombres", y si no que se lo pregunten a Alicia:" a lo mejor no fue mas que la primera herida de la ternura en mi vida de adolescente. Porque Alicia no era así. Con Alicia había que ser siempre muy macho porque si no, adiós, Mañuco..."<sup>162</sup>

La estrenada amistad empieza en el restaurante 91 y continuará al año siguiente, con la invitación que Don Pancho hace a Mañuco, para pasar las navidades con ellos.

En ese espacio, la casa de don Pancho y Sally, allí en Cerro de Pasco, lugar donde tiene la seda la compañía minera en la que trabaja Don Pancho, se consolidará una amistad que veinticinco años después, momento en que se rememora la historia, será capaz de "emocionar" no sólo al protagonista, sino también a esos amigos que la comparten. Y a nosotros, lectores, para los que, en definitiva, ha sido escrita.

En el Cerro de Pasco, los dos protagonistas tendrán ocasión de llorar juntos muchas veces en el espacio interior coincidente: "-Era buena gente la tal Charlotte, ¿no? -me dijo, increíblemente. Claro que lo que él

---

<sup>157</sup> *Ibidem*, p.84.

<sup>158</sup> Esta comparación, que en principio queda un poco descontextualizada, se aclara más adelante cuando conocemos que la primera pasión de don Pancho es la ópera

<sup>159</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras...*, op. cit., p.85.

<sup>160</sup> *Ibidem*, pp.86-87.

<sup>161</sup> *Ibidem*, p.92.

<sup>162</sup> *Ibidem*, p.94.

realmente quería averiguar era qué tal iba yo del año nuevo, en general. Pero lo cierto es que lloré hasta por mi inexistente gato"<sup>163</sup>

En casa de Don Pancho y Sally, Mañuco compartirá ópera y "sapo"<sup>164</sup> con el primero, además de un increíble viaje recorriéndolos tendidos eléctricos, del que más adelante hablaremos. Y con Sally, tardes y mañanas compartiendo lecturas y "pulgaritos"<sup>165</sup>, y en alguna otra ocasión sufrimiento que no es capaz de consolar, porque era pedir demasiado a un adolescente de diecisiete años.

Esta amistad se interrumpió veinticinco años antes, como ya dije, por motivos en los que ahora no nos detendremos, y que resumidos serían: el abandono del Perú por parte de Don Pancho, en unas circunstancias en que los recuerdos también quieren ser borrados:

Estábamos en el 91, el restaurante donde nos habíamos hecho amigos, y don Pancho me miraba a cada rato, como diciéndome qué gringa tan pesada puede llegar a ser Sally, Yo sonreía...No, no estaba triste. Estaba muy emocionado pero no estaba triste. Al día siguiente sí fue distinto, claro, en el aeropuerto. Don Pancho me dijo algo que me pareció muy cruel, pero que después, poco a poco, fui aprendiendo a comprender. Me dijo que no me iba a escribir nunca. Nunca Mañuco. Por dos razones. La primera porque su vida iba a ser tan sencilla que prácticamente no iba a tener nada que contarme y para qué recordar cosas tristes en una carta. La segunda, porque necesitaba *olvidarlo todo*. *Absolutamente todo*.<sup>166</sup>

En Mañuco la amistad y la admiración por Don Pancho se ha mantenido viva, aunque latente, todos estos años. La proximidad física ha sido la espoleta que ha hecho estallar los recuerdos. Recuerdos felices que el protagonista teme confrontar con la realidad. Por eso retrasa una y otra vez el encuentro con el amigo de la adolescencia; y cuando este se hace inevitable, descubre lo que ya antes había presentido: en las confrontaciones espaciales siempre gana el recuerdo, porque elige con cuidado el material a guardar, despreciando el lastre.

Mañuco cruzó el jardín hasta llegar a la puerta principal. Tocó el timbre y comprobó que las ventanas estaban todas cerradas(...) Dio unos pasos y pudo ver a don Pancho despatarrado, entre sentado y echado, caído hacia un lado... Don Pancho, dijo, entonces, y el viejo miró y empezó a ponerse de pie lentamente, sin sonreír ni nada.

-Soy Mañuco... Mañuco Cisneros.

-Comida-le dijo don Pancho-, Comida. Pizza. Comida.

-Sí, don Pancho...

-Tengo hambre. Comida. Pizza. Esto fue un ataque. Hace tres meses. Hemiplejía. Comida. Pizza.<sup>167</sup>

Afortunadamente para Mañuco -don Pancho no tendrá tanta suerte- esos amigos que le acompañaban en sus buenos tragos (las cervezas en *La Cucaracha*), lo hacen también en este malo, y la decepción, mezclada con la pena y la impotencia, se verá atenuada por estas otras amistades que ha sabido cultivar.

## **2.2.3.-La valoración del Yo**

### **2.2.3.1.-Los ídolos:**

Otro espacio interior que es tratado por Bryce en su narrativa es el de los ídolos.

Son dos los protagonistas de este espacio creado por la admiración de un personaje hacia otro. Uno de ellos reúne unas características "especiales" que lo harán destacar dentro del grupo; y el otro, desde el que siempre se escribe la historia, es el que no posee esos rasgos y, sin embargo, le gustaría tenerlos.

---

<sup>163</sup> *Ibíd.*, p.116.

<sup>164</sup> Un juego que consiste en meter fichas en la boca de una rana.

<sup>165</sup> Juego en que no hay que meter nada en una ranita, más bien se trata de sacar "pellejitos" de los pulgares.

<sup>166</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.148. El subrayado es mío.

<sup>167</sup> *Ibíd.*, p.153.

El espacio de la adolescencia es un marco adecuado para que se despierten estos sentimientos. Es esa época en el que el entorno familiar oprime y el modelo a quien imitar se busca en el ámbito extrafamiliar.

"Muerte de Sevilla en Madrid" de *La felicidad ja-ja* narra un caso "extremo" de idolatría, llevado a sus últimas consecuencias.

Este cuento tiene como tema principal el viaje accidentado y casual de Sevilla (un oscuro protagonista con una oscura vida) a Madrid, pagado por una compañía de aviación con el objeto de promocionarse.

Es el viaje tema común y sugerente para gran parte de la Literatura Universal. De él pueden surgir, y se espera que surjan- emociones de todo tipo: amores, riesgos, aventuras... Todo menos indiferencia. Sin embargo para el protagonista del relato el viaje es todo un suplicio al que se ve obligado por la timidez al rechazarlo, y porque (ya aparece el ídolo):" Le daba miedo hacerlo pero lo haría. Llamar por teléfono era lo más fácil; sí, llamaría por teléfono y diría que le era imposible viajar por motivos de salud. Pero algo muy extraño le sucedió momentos después. Salvador Escalante le aconsejó viajar mientras estaba rezando el rosario con su tía".<sup>168</sup>

La figura del héroe, aparentemente, no tiene nada que ver con el viaje, pero si la tiene para el protagonista que hizo de él santuario de sus devociones y de sus pocas "decisiones".

Es por el viaje por el que conocemos al protagonista siendo adulto, y es el narrador quien retrocede en el tiempo, la adolescencia, para perfilarnos la personalidad de Sevilla (en este caso su ausencia), Sevilla ¡como no! fue colegial en el Santa María (colegio al que parece que asistieron todos los protagonistas de las novelas de Bryce, incluido el mismo autor), y observaba, como todos los estudiantes adolescentes del Santa María, a las niñas del Villa María (el Santa María de muchachas) a la salida del colegio, pero con una intención muy diferente a la del resto:

El partía a pie y, mientras avanzaba por la Diagonal para dirigirse hacia un sector antiguo de Miraflores, se cruzaba con las chicas que bajaban del ómnibus del Villa María (...) En los últimos meses de colegio empezó a mirarlas, trató de descubrir a una, una que fuera extraordinariamente bella, una que sonriera aunque sea al vacío mientras él pasaba. Si una hubiera sonreído con sencillez, con dulzura, Sevilla habría podido encontrar por fin a la futura esposa de Salvador Escalante.<sup>169</sup>

Esta extraña afición, quizá convertida en costumbre, continuó después de que muriera Salvador Escalante (probablemente era la única forma de atreverse a mirar a una chica). Muerte que no le impidió buscar compañera para él, ni tampoco llamarlo cuando lo necesitaba: "desde tiempo atrás el gran futbolista escolar<sup>170</sup> había quedado para siempre presente en la vida de Sevilla. Con él resistió el asedio sufrido durante los últimos años de colegio (...) Sevilla llamaba silenciosamente a Salvador Escalante porque con él no había sufrimiento posible..."<sup>171</sup>

Una coincidencia espacial, un viaje, y una sensación compartida con otra de la adolescencia en aquel viaje en que Salvador Escalante lo tomó como amigo, hace que Sevilla "viva" el recuerdo de una forma muy próxima: Cuántas veces había pensado en sus recuerdos, pero esta noche en vez de traerlos a su memoria *era él quien retrocedía hacia ellos*, dejándose caer, resbalándose por sectores de su vida pasada que lo recibían con nuevas y angustiosas sensaciones. Volvía a vivir quinto, sexto de primaria cuando empezaron los preparativos para el viaje a Huancayo.<sup>172</sup>

Y después de esta vivencia, de esta "aproximación" espacial, será mucho más fácil hacer este otro en compañía, "arropado" por la presencia de Salvador Escalante:" no se le ocurrió preguntarse cómo habría sido todo un viaje dialogando feliz y tímido con Salvador Escalante(...) Cuando el señor de enfrente se le antojó cambiar de sitio y se instaló en el asiento donde empezaba a viajar Salvador Escalante, Sevilla aceptó esta

<sup>168</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad ja,já*, op. cit., p.184.

<sup>169</sup> *Ibidem*, p.178.

<sup>170</sup> Esta característica es común en todos los personajes-ídolos de la narrativa de Bryce.

<sup>171</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.181.

<sup>172</sup> *Ibidem*, p.185. La cursiva es mía.

repentina invasión de las cosas de la vida como años antes..."<sup>173</sup> Mas la imaginación es capaz de vencer tan pequeños obstáculos, y aquí siempre habrá un lugar vacío que podrá ser ocupado por el amigo. Después los recuerdos se mezclarán y él estará viajando a Huancayo, el lugar en que por primera y última vez triunfó:

'Una buena película para estos días', pensó Sevilla, mientras recibía un chicle de manos del ídolo. 'Entramos', dijo Salvador Escalante y él como que no comprendió, en todo caso se quedó atrás contemplando como boletera, controladora y acomodadora se agrupaban para admirar la entrada de su amigo. Fue cosa de un instante, una especie de rápido pacto entre las tres cholitas guapas (...), mientras Sevilla sentía de golpe la profunda tristeza de haber quedado abandonado en la calle. Y desde entonces revivió hasta la muerte el momento en que Salvador Escalante no lo olvidó. Ya estaba en la entrada de la sala, él en la vereda allá fuera, cuando volteó y le hizo la seña aquella, entra, significaba, y Sevilla *se encogió todito y cerró los ojos, logrando pasar horroroso frente a las tres señoritas del cine. Fue una especie de breve vuelo, un instante de timorato coraje que, solo cuando abrió los ojos y descubrió a Salvador Escalante esperándolo sonriente, se convirtió en el instante más feliz de su vida*<sup>174</sup>

Bien se ve que esta es una historia extrema de idolatría. Podríamos decir que hay una verdadera invasión de espacio, una enfermiza manera de ocupar el espacio afectivo con un recuerdo y unos hechos que en sí no tuvieron nada de extraordinarios, aunque sí es cierto que para Sevilla fueron y son los únicos gestos de verdadera amistad que recibió en su vida, y como tal se guardan.

Después, y ya en España, aparecerá otro espacio compartido con el amigo, pero ya pertenecerá al subconsciente, al mundo confuso de los sueños donde todo es posible (Sevilla también es capaz de soñar "despierto", pero son evocaciones de situaciones vividas. Esta será la diferencia): "En una playa desconocida estaba Achikawa<sup>175</sup>, él y Salvador Escalante. Una muchacha para Salvador Escalante apareció en la playa (una playa que Sevilla murió sin saber cuál era) (...) No pudo verla y la muchacha se esfumó, dejándolos a los tres echados tranquilamente en la arena. Achikawa se metió al mar y Sevilla siguió conversando con su amigo horas y horas..."<sup>176</sup>

El relato termina con la muerte de Sevilla en Madrid, como ya sabíamos por el título, pero lo que se ignora hasta el final es que Sevilla sintió repetidamente una atracción al vacío, y que repitiendo el gesto de la entrada en el cine de Huancayo allá en la adolescencia: "*se encogió todito y cerró los ojos...*", se suicidó tirándose por la ventana. Convirtiendo aquel instante, el más feliz de su existencia, en el único digno de recordar y repetir. "Nació" a la vida con ese gesto de amistad y murió con él. Los dos espacios se han convertido en uno solo que durará la eternidad...

Hay otras historias de ídolos a lo largo de la narrativa de Bryce. Julius, el niño de *Un mundo...* admiró en un momento de su infancia a aquel muchacho algo mayor que él, Arzubíaga, del que Raúl, el protagonista de la novela que veremos después tiene muchos rasgos. En *Un mundo...* y en "los grandes hombres..." se cuenta la anécdota del héroe del colegio que lloró cuando "la Zanahoria" (una monjita del *Inmaculado Corazón*) les quitó la pelota. A los ídolos se les cree por encima de estas debilidades (en cierta etapa de la vida, claro) y verlo en ese estado provocó en Julius, por lo menos, perplejidad:

Arzubíaga era el dueño de la pelota. Por las tardes la guardaba en una red blanca y esperaba que vinieran a recogerlo. Pero una tarde un grupo se quedó junto a la puerta principal, querían jugar un poco. Prohibido jugar en ese jardincito porque ahí estaban las rosas de la Madre Superiora y además había una ventana. Sin embargo Arzubíaga sacó la pelota e hizo un pase lateral, Martinto la elevó y de cabecita se la pasó a Julius quien, a su vez, se la entregó a Del Castillo, Del Castillo a Sánchez Concha, (...) Y así sucesivamente hasta que apareció la Zanahoria como loca con la campanita y reclamando en inglés la pelota (...) Arzubíaga se puso a llorar, (...) eso que estaba en tercero, eso que era un grande (...) Bastantes días estuvo Julius preocupado por lo del llanto de Arzubíaga..."<sup>177</sup>

---

<sup>173</sup> Ibídem, p.206.

<sup>174</sup> Ibídem, p.189. La cursiva es mía.

<sup>175</sup> Achikawa es un compañero de viaje al que Sevilla soportó estóicamente en su estancia en Madrid, y que invadió, prácticamente, su espacio físico (el psíquico estaba invadido ya). El sueño, como suele ocurrir, libera emociones que en la vigilia también existen

<sup>176</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.213.

<sup>177</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo...*, op. cit., p.100-101.



Mañuco el de "Un sapo..." además de amistad por don Pancho, sintió una gran admiración, y puede ser que una fuera consecuencia de la otra.

"Los grandes hombres son así. Y también así" de *Dos señoras conversan* es una historia de ídolos (son dos y de diferente sexo), lo marca el título "Los grandes hombres son así...", pero también es una historia de relativización a la que se llega con el tiempo y que de igual manera lo refleja el título "... Y también así", que se refiere al lado oscuro de la moneda de la que sólo conocemos cuando conseguimos ver a través de la opacidad.

"Los grandes hombres..." es la historia de un ídolo, Raúl, vista y contada, en parte, por el que padece el encantamiento, aunque desde dos perspectivas. La adolescente: allí existió la auténtica veneración, y la del adulto que cambia aquel sentimiento por el de la amistad hacia el hombre y la del distanciamiento irónico para el héroe.

En la confección del relato intervienen un narrador en tercera persona que nos pone al corriente de los acontecimientos del presente, y otra en primera, Santiago, que nos habla desde el recuerdo a través de las páginas de un diario. Costumbre que viene desde la niñez, y que le sirve también de recordatorio.

Siempre hay un hecho, consciente o no, que hace saltar la chispa del recuerdo. En este relato es la muerte de Eugenia: "Una de las mujeres más atractivas e interesantes que había conocido en su vida acababa de morir estúpidamente y sin haber llegado a los cuarenta años"<sup>178</sup>; la mujer del héroe, de la que Santiago fue amiga de adolescencia, confidente y algo más en la edad adulta.

Eugenia muere en el Perú y Santiago está en París, su lugar de residencia. Esta distancia espacial impide que los dos amigos se vean en esos momentos, y posterguen su encuentro hasta el verano. Este *impass* sirve para que Santiago recuerde la adolescencia y con ella la historia de Raúl y de Eugenia (ídolo bis, como la llama Santiago):

Raúl y Eugenia...¿A cual de los dos conoció primero?¿A Raúl, a quien había observado y admirado desde la infancia, desde el primer colegio, o a Eugenia, que se le había acercado una pavorosa tarde de adolescencia infernal en el centro de Lima? Indudablemente, Santiago había visto, observado y admirado primero a Raúl, porque aquellos recuerdos se remontaban a los años de la infancia escolar (...) Después, Raúl había continuado siendo su ídolo deportivo (...) Pero los ídolos, con todo lo que tienen de impecables y de ejemplares, suelen ser mayores que sus pobres feligreses, y son tan inaccesibles y lejanos que a veces hasta lo miran a uno como a un *fan* de pacotilla, como a un lustrabotas...<sup>179</sup>

La segunda parte de la novela narra el conato de "un extraordinario-aparente" viaje con un fin catártico: hablar de Eugenia y para Santiago, además, perder el miedo a las arañas, enfrentándose con ellas en su medio. Uno y otro fracasarán. El héroe se limita a continuar con sus "hazañas bélicas" y a hacer el ridículo por ellas, y Santiago tampoco perderá el miedo a los arácnidos, mas bien casi se muere en el intento. Y de Eugenia... parece que nunca existió.

En la visión de adulto es cuando Santiago ve al ídolo en su verdadera dimensión:

-Siempre hay algo que aprender acerca de los ídolos, Nani -le dijo Santiago, al ver que Raúl se alejaba de ellos para ir a encerrarse en su habitación-. Nunca me había dado cuenta de que jamás crecen, por ejemplo.

-¿Sabes que lo voy a dejar, Santiago?

-¡Qué! ¿Ahora?

-No bien lleguemos a Lima. Lo dejo, porque los ídolos ni crecen ni dejan crecer nada a su

<sup>178</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.168.

<sup>179</sup> *Ibidem*, p.172.

alrededor, tampoco.<sup>180</sup>

Tendrán que pasar varios meses para que la comunicación, no ya entre ídolo y "otro" sino entre amigos, se realice. Y será en París en uno de los tantos exilios que padece Raúl en donde se logra ese contacto pleno que quedó interrumpido cuando Eugenia murió. Además el héroe había entendido y valorado a Santiago en su justa medida. No desde su pedestal de ídolo, sino en un *tête a tête* en el que pueden mirarse a los ojos:

-¿Te acuerdas de Eugenia? ¿Te acuerdas de París hace veinte años...? Eugenia ha muerto, hermano...

Y mientras empezaba a repetir incesantemente aquellas mismas frases, entre sollozos incontenibles, Santiago logró adivinar que la extraña caja que Raúl tenía entre sus manos, y que de un momento a otro se iba a abrir, contenía la tarántula viva que su amigo le había traído de la selva del Perú,(...)Santiago sintió verdadero pavor (...) Pero después, al ver que Raúl empezaba a darse de cabezazos contra la pared, comprendió que recién había comenzado *el verdadero viaje* y que veinte años atrás, en París, Raúl habría sido totalmente incapaz de llorar así y de perder el tiempo en detalles inútiles como éste de la araña.<sup>181</sup>

### **2.2.3.2.-Los antihéroes:**

Y si hablamos de héroes, siendo consecuentes, tenemos que mencionar a los antihéroes, que no se corresponden, como sería tentador decir, con los otros personajes que hacen que el ídolo pueda existir; porque es en ellos donde se completa esa dualidad de la que ya he hablado. No, estos son personajes corrientes como la mayoría de nosotros, que en una época de la vida, la adolescencia es la habitual, buscan un modelo al que poder imitar, o por lo menos con el que poder estar cerca, no se si por aquello de que "todo se pega", como dice la *vox populi*, o tal vez porque si al héroe se le admira, alguna "mirada" abarcadora puede tocarle. Esta actitud admirativa se supera con la adolescencia. Y si no ocurre así, como hemos visto en el caso de Sevilla, puede terminar en el caso extremo de ese protagonista.

Tan larga perorata me lleva a los antihéroes, que en la escala de valores estarían en el otro extremo, y son aquellas personas (personajes en nuestro caso) a quien nadie hace caso si no es para mortificarlos o despreciarlos. Pertenecen también al mundo de las excepciones. El resto lo constituimos la "mayoría silenciosa y desapercibida".

No existen muchos antihéroes en los cuentos y novelas de Bryce, pero hay que hacer una precisión importante. Los personajes protagonistas de la narrativa de este escritor, que para Carmen Bobes<sup>182</sup> llevan el distintivo de que, en general "son los que mayor información da el discurso", están mucho más cerca de los antihéroes que de sus contrarios -característica bastante común de la narrativa actual<sup>183</sup>-, sólo hace falta recordar a Martín Romaña, antihéroe que lo es en el sentido del hombre que vive en "la modernidad", pero conservando y cultivado los valores de otra época: la caballerosidad, hoy combatida por el feminismo, (acordémonos de Virginia e incluso de Inés), la ternura, la falta de agresividad, el temor de molestar...

Después de esta nueva "precisión divagadora" (una sin querer se "contagia" de los vicios de sus escritores), hablaré de los antihéroes.

En *Un mundo...* conocemos a un colegial llamado Cano, que desempeña este papel, y que además guarda semejanzas llamativas de otro antihéroe nato, Sevilla de "Muerte de Sevilla..." de *La felicidad ja-ja*. Cano sólo tendrá como amigo a Julius, y únicamente por la atracción que el personaje protagonista siente por los seres desposeídos.

Y la característica de Cano, al igual que la de Sevilla, será la tristeza: El que si llego tristísimo era Cano; hacía tiempo que había dejado de estar de vez en cuando triste, ahora era triste y tenía caspa

<sup>180</sup> Ibídem, p.244.

<sup>181</sup> Ibídem, p.251. La cursiva es mía

<sup>182</sup> M<sup>a</sup> del Carmen Bobes Naves, *La novela*( Madrid, editorial: Síntesis, 1993).

<sup>183</sup> Reflejo del entorno. No hay lugar para los héroes, entendidos en el sentido "clásico" de la palabra.

además<sup>184</sup>

O:

No fue un golpe malintencionado, era un típico coscorrón de monja a niño malo, con la mano abierta y todo, pero Cano hubiera preferido que le hubieran dado un palazo en la cabeza, nunca ese golpe falso y suave con la mano de la Zanahoria resbalando por su cabeza y ahí mismito después ella arrugando la nariz al descubrir grasa en su mano, grasa de Cano, de sus pelos grasosos (...) se fue la Zanahoria, pero detrás de ella apareció la clase entera volteada mirando la escena (...), tenía que sacar la cabeza y respirar, lo logró Cano, lo logró haciendo por primera vez aquel gesto extraño y triste...<sup>185</sup>

Descripciones que, junto a una característica familiar común, uno vive con su abuela y el otro con dos tías mayores y después con una, y algún otro detalle, como el no poder comprarse dulces en los recreos, llevan a la semejanza:

...El recuerdo de el gran futbolista escolar que le hizo caso, que no se fijó que en sexto de primaria a Sevilla ya se le caían unos pelos grasosos Porque desde tiempo atrás el gran futbolista escolar había quedado para siempre presente en la vida de Sevilla. Con él resistió el asedio sufrido durante los últimos años de colegio. Lo del pelo, por ejemplo. Se le seguía cayendo y siempre era uno solo y sobre alguna superficie en que resaltaba lo grasoso que era. Caía un pelo ancho y grasoso y la clase entera tenía que ver con el asunto...<sup>186</sup>

Estos antihéroes de los relatos de Bryce los son por el medio en que se desenvuelven que no guarda relación directa con el *status* social al que pertenecen (van a colegio de niños ricos sin serlo), motivo por el que se sienten y son diferentes. Probablemente estos sujetos con esos mismos componentes individuales pasarían inadvertidos, entre el grupo al que pertenecen. Hay pues una desarmonía de clase, el personaje se siente excluido y los demás lo corroboran.

Este punto se puede comprobar con otros dos personajes de *Un mundo...*, que también destacan negativamente, "el gordo Martinto" y "los Arenas", siempre inmundos. En el primer caso "las haciendas" del padre compensan "la torpeza" intelectual y "la falta de gracia" de Martinto. En el caso de "los Arenas" aunque tampoco pertenecen a la "élite", juegan con la ventaja de ser más de uno, lo que les hace fuertes ante los demás:

Estaban medio aislados los Arenas; alguien había contado que en Chorrillos eran viejas y feas y alguien había visto el carro de los Arenas estacionado frente a una casona de adobe de donde salía una sirvienta sin uniforme. Se podía vivir en San Isidro, en Santa Cruz, en varios sectores de Miraflores (junto a los rieles del tranvía no, salvo que fuera palacio o caserón; si tenían haciendas bien). Y los Arenas vivían en Chorrillos. Nadie los invitaba a su santo pero, al mismo tiempo, como eran dos y bien unidos, no llegaron a venirse abajo del todo como Cano que, el otro día, le pidió un chocolate fiado a la Zanahoria y la clase entera estalló a reír. No calculaba Cano, metía su pobreza en diversas situaciones igualito como se mete la pata...<sup>187</sup>

## 2.2.4.-El complejo de Edipo

El complejo de Edipo no es propiamente un espacio de la adolescencia, ya que es inherente al individuo, nace con él y también con él se desarrolla. Por tanto, el niño en la evolución normal ya lo "padece", pero pasa desapercibido porque la relación de dependencia madre-hijo, a esa edad, es lógica y necesaria. Llegada la adolescencia esta relación se supera o se modifica<sup>188</sup>, condicionado en parte por la actitud que la madre adopta frente al hijo (la protección exagerada lo estimula, por ejemplo). Llegada esa etapa si esa tendencia no se diluye sino que se agudiza, se habla del complejo propiamente, y ya constituye materia "censurable"<sup>189</sup>.

<sup>184</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo para Julius*, op. cit., p.257.

<sup>185</sup> *Ibíd.*, p.293.

<sup>186</sup> *Ibíd.*, p.181.

<sup>187</sup> *Ibíd.*, p.133.

<sup>188</sup> Algunos estudiosos dicen que el complejo de Edipo no se supera nunca, simplemente se "compensa".

<sup>189</sup> Esta simplista explicación no tiene otro objeto que el de tratar de enfocar el tema.

Bryce Echenique contempla este hecho en alguna de sus novelas, de pasada e insinuante en ocasiones como en "La madre, el hijo y el pintor" de *Huerto cerrado*; en otros con humor, como en *La vida exagerada...*; o bien como tema central y dominante de la novela. Así ocurre en *La última mudanza de Felipe Carrillo*.

"La madre, el hijo y el pintor" es una historia de tres, como lo son todas las que tratan este tema en la novelística de Bryce y fuera de ella, porque son tres los personajes en litigio en esta relación. La madre y el hijo que la constituyen, y el tercero que es el que "lo sufre" (en principio el padre, pero también cualquiera que juegue ocasionalmente ese mismo papel), y que compite por la relación afectiva con la mujer.

En dos de las cuatro historias que hablan del tema se da una coincidencia, no casual, en la relación de pareja. Y es el hecho de que los padres vivan separados, un factor que hace que la relación madre-hijo se modifique ante cierta competencia por acaparar el cariño del hijo, unida al doble "rol" que tiene que asumir; completado, a veces, por una ilimitada capacidad para complacer los caprichos del muchacho. Y es así como comienza la historia de este relato, explicando la relación que un muchacho de diecisiete años tiene con sus progenitores:

Se había acostumbrado al sistema: de lunes a jueves, cuatro días con su madre. De viernes a domingo, tres días con su padre. Manolo tenía la ropa que usaba cuando estaba con su padre, y los libros que leía en el departamento de su madre. Una pequeña valija para el viaje semanal de Miraflores a Magdalena, de un departamento a otro. Su madre lo quería mucho los jueves, porque al día siguiente lo vería partir, y su padre era muy generoso los domingos porque al día siguiente le tocaba regresar donde ella. Se había acostumbrado al sistema...<sup>190</sup>

Notamos la relación afectiva que mantiene con la madre: "su madre lo *quería* mucho...", y la económica con el padre: "era muy *generoso*..." Después de esta explicación situacional se pasa a un hecho concreto, el día en que el muchacho va a conocer al "compañero" de su madre, y al momento en que ella se viste para un cóctel. Mientras hablan, el hijo le observa con cierto detenimiento (no es la actitud normal de un adolescente) y se permite ciertos comentarios interiores, sin extralimitaciones, que nos permite apuntar una cierta atracción física hacia la madre:

Le hubiera gustado decirle que no necesitaba maquillarse, pero sabía cuanto le mortificaban esas pequeñas arrugas que tenía en la frente y en el cuello.<sup>191</sup>

Escuchaba el sonido que producía el roce de la faja con las piernas de su madre. "Tu madre tiene buenas patas", le había dicho un amigo en el colegio.

-Ya puedes mirar, Manolo.

-Tienes bonitas piernas, mamá.

- Eres un amor, Manolo. Eres un amor. Tu padre no sabía apreciar eso (...)

Se estaba poniendo un fustán negro, y a Manolo le hacía recordar a esos fustanes que usan las artistas, en las películas para mayores de dieciocho años. No le quitaba los ojos de encima. Era verdad: su madre tenía buenas piernas, y era más bonita que otras mujeres de cuarenta años.<sup>192</sup>

Reflexiones que iban acompañadas de una cierta sensación de culpabilidad: "De rato en rato los ojos de su madre le sorprendían en el espejo: bajaba la mirada"<sup>193</sup>. Tenemos la impresión de que el adolescente acaba de descubrir a su madre como mujer además de como madre: "Estaba lista. Estaba muy bella. Hubiera querido abrazarla y besarla. Su madre era la mujer más bella del mundo. ¡La mujer más bella del mundo!"<sup>194</sup>.

<sup>190</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, op. cit., p.151.

<sup>191</sup> *Ibidem*, p.152.

<sup>192</sup> *Ibidem*, p.153.

<sup>193</sup> *Ibidem*, p.153.

<sup>194</sup> *Ibidem*, p.156.

Lo que en este relato ha sido un despertar a la sexualidad que se ha hecho consciente en la madre: la persona del sexo contrario más próxima afectiva y físicamente, y que no pasaba de unas simples apreciaciones admirativas, en la *Última mudanza*, se convierte en un auténtico *ménage à trois*, con tendencias notables al *ménage à deux*. Lugar por el que compiten Felipe Carrillo y al que, la mayoría de las veces llega triunfante, por bastantes cabezas, Sebastián, Bastioncito y Bastianito Ito, y en los casos extremos "mi platanito", hijo "adorable" de Genoveva, una periodista que llegó a París a entrevistar a Felipe Carrillo.

La historia de Sebastián y Genoveva nos es narrada por el tercer protagonista, en orden preferencial, y lo hace movido por un motivo concreto y vengador: el odio que Felipe Carrillo siente, o tal vez sintió- la escritura tiene un fin catártico- por el alias de los nombres impronunciados "por pudor a su madre, no a él", y, además que de ese odio se hagan partícipes los lectores; y de ese modo que "su fechoría", por lo menos, no quede impune:

Nada de ocultarle detalles al lector para venderle el producto. Intentarlo sería inútil, además, porque a Bastianito Ito no lo compran ni regalado. Nada tampoco de ser mínimamente experimental o de dejar lazos sueltos por ahí para que cada lector, con eso tan moderno de que cada libro es tantos libros cuantos lectores tiene<sup>195</sup>, saque sus propias conclusiones, ate sus propios cabos, etc. Bastioncito vivo o muerto: de eso se trata aquí.<sup>196</sup>

Es esta una historia de amor y de desamor, unida a otra de amor y desamor llena de "culpables", pero que he agrupado en este apartado de la adolescencia porque, en última instancia, si Sebastián no hubiera existido o hubiera tenido una conducta "normalizada", ésta hubiera sido una historia feliz, y no habría merecido, entonces, un lugar en la literatura.

Las referencias constantes al problema edípico, que arrastran madre e hijo en la novela, hacen casi innecesarias las citas. Bastará abrir el libro en cualquier página para encontrarnos con las sesiones de "vales vieneses" entre madre e hijo- no en vano "Freud era de la Escuela de Viena"-, con alguna pieza para Felipe en "la apretada agenda de Genoveva". Audiciones que se acompañaban con relajantes masajes:

... y entonces lo que se escuchaba era unos vales vieneses que acompañaban la ceremonia del masaje en la cabeza, que, en realidad, era la ceremonia del masajito en la espalda, porque Genoveva, para no arruinarle lo punk del pelo, le frotaba desde el cuello hasta el culito...<sup>197</sup>

O las carreras a cualquier hora de la noche entre el dormitorio compartido con Felipe Carrillo y el de Bastioncito, sin viceversa:

...eran unos verdaderos bárbaros para despedirse y cualquier intento de Genoveva de ponerle fin a tanto desgarramiento, a tan atroz separación, era seguido de inmediato anuncio, por parte de su hijo, de una manifestación ácrata, al día siguiente. Creo que nada los excitaba tanto como las manifestaciones ácratas, y ahí arrancaban otra vez las carreras de Genoveva hacia el dormitorio de Bastioncito. Yo, a veces, la seguía, más que nada por ver cómo era el incesto...<sup>198</sup>

En esta novela también Felipe Carrillo es acusado de edipismo por una revista especializada, *La Revue Psychanalytique*, hecho que es comentado con gran soltura por el protagonista sin ningún "complejo". En fin, todo un compendio freudiano.

Y entre estos dos extremos, apenas la insinuación y el "complejote" de *La última...* hay otras referencias textuales. En *La vida exagerada...*, Martín Romaña es acusado por su esposa Inés de dependencia de la madre. Esta anécdota se narra en un corto capítulo con un título muy largo y expresivo: "Edipo en París, en Illiers, y por último en Cannes, con Inés, con su madre, y con el último dandy embarcándose también", título que no deja lugar a dudas. Y Edipo es Martín, e Inés la que lo descubre en esos días en que la madre del protagonista viene del Perú en visita cultural; y también la que toma represalias factuales ante el descubrimiento:

<sup>195</sup> La alusión al prólogo de *Rayuelad* e Julio Cortázar es evidente

<sup>196</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última...*, op. cit., p.24.

<sup>197</sup> *Ibidem*, p.30.

<sup>198</sup> *Ibidem*, pp.76-77.

...Inés una noche se negó a hacer el amor con un tipo que aprovechando la muerte (natural, admitía, felizmente) de su padre, acababa de descubrir la oportunidad de su vida con su madre en París.(...) Acto seguido Inés encendió su lamparita, agarró el tomo menos indicado de las obras completas de Freud, y siguió leyendo la historia de mi vida (...) Y es que la condenada se estaba aprendiendo a Freud de memoria, y cada vez que volteaba una página, volteaba a mirarme, y yo seguía ahí...<sup>199</sup>

Actitud que lleva a Martín a tomar diferentes disposiciones, todas muy propias de su comportamiento habitual, como muy pronto veremos al hablar de los espacios de la edad adulta. Y son: hacer una proclama para la juventud sobre el tema (hay que evitar por todos los medios que les coja desprevenidos) y, acelerar los trámites para que la visita de su madre no se prolongue. Postura que le crea un cierto remordimiento: "A Edipo, su padre lo habría molido a palos por no tratar como era debido al ser que lo trajo al mundo."<sup>200</sup>. Desgraciadamente y como casi siempre estos ademanes no solucionan el problema sino que lo agravan.

Respecto al primer punto, la proclama, "SI TU ESPOSA ACABA DE DESCUBRIR A FREUD, Y SI TU MADRE LLEGA AL CABO DE AÑOS A VISITARTE A PARÍS, HABIENDO FALLECIDO DURANTE ESOS AÑOS TU PADRE, JAMÁS SE TE VAYA A OCURRIR ENCONTRARLA DEMACRADA EN EL AEROPUERTO. PEOR AÚN; AUNQUE SE ESTÉ MURIENDO, TÚ ENCUÉNTRALA SIEMPRE ESTUPENDA. ABANDÓNALA INCLUSO EN EL MOMENTO DE SU MUERTE."<sup>201</sup>, no llega al "pueblo" porque no sale de la mente de Martín (nunca será un hombre de acción). Y respecto a lo segundo, no consigue mas que enfrentar y basamentar las afirmaciones edípicas de Inés:

Miré a Inés, como quien regresa de terminar con varios años de psicoanálisis, abre la puerta, y se acerca a besar a su paciente esposa. Pero ella ni bola. Y además de ni bola, mirada filopunzante: sólo una bestia como tú se le puede ocurrir que todo ese programa pueda llevarse a cabo en un día, ¿quieres matar a tu madre o qué? Increíble, pero cierto: Edipo tratando de matar a su mamá y la esposa de Edipo impidiéndoselo por todos los medios. Porque créanme, para mí la mirada de Inés *era* todo los medios...<sup>202</sup>.

Después de este capítulo se abre un "Paréntesis" en el que se teoriza sobre Edipo, y ya desdramatizando la historia, porque este momento del "paréntesis" corresponde al momento actual del personaje escribiendo en su cuaderno azul (el libro que tenemos entre manos en cierta manera), hecho que le lleva a "matarse de risa"<sup>203</sup>.

En *El hombre...* aparece otra relación triangular, que se da entre "el adolescente marido de Octavia de Cádiz ": "un gigante tan adolescente como italiano"<sup>204</sup>, Octavia y la madre de Eros (intencionado nombre del protagonista, no se sabe bien si de la madre o del escritor).

Esta vez la tríada se cuenta desde la objetividad. Es Martín Romaña quien la narra y lo descubre, y su protagonismo es el de mero espectador. Además la relación se da entre personas "civilizadas", y todo queda en el texto como diluido en "buenas formas".

La relación de Martín y Octavia se rompe cuando la muchacha se casa con Eros y se va a vivir a Milán. De tanto en tanto vuelve a París y se reencuentra con "el hombre que hablaba". Martín observa en estas visitas que la muchacha va cambiando de apariencia, se corta el cabello, se depila las cejas, se viste elegantemente... Cambios apenas llamativos para los lectores que los creemos consecuencia de su cambio de estado, - de ser estudiante ha pasado a ser esposa de un príncipe-...

En una ocasión Octavia invita a Martín a su "apartamento" de Milán, y allí el protagonista y nosotros

---

<sup>199</sup> Alfredo Bryce Echenique, *L a vida exagerada...*, op. cit., pp.254-255.

<sup>200</sup> *Ibidem*, p.256.

<sup>201</sup> *Ibidem*, pp.255-256.

<sup>202</sup> *Ibidem*, p.257.

<sup>203</sup> Esta referencia y las dos siguientes se salen del contexto de la adolescencia, porque quien sufre el problema, o para ser más precisos, a quien se le achaca el complejo no es un adolescente sino un adulto. Pero lo incluyo en este apartado para unificar criterios.

<sup>204</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, p.269.

vamos descubriendo lo que se esconde tras el cambio de la muchacha:

Eros bailaba con la mujer más alta del mundo, una señora de unos cincuenta años, cuya elegancia empezó a llamarme la atención. Definitivamente, yo había visto esa elegancia antes y en otro lugar, pero también definitivamente, y esto es lo que más me despistó, donde fuera que hubiese visto yo esa elegancia, me había parecido como... como... en fin, digamos como ajena, por decirlo de alguna manera.<sup>205</sup>

-...Pero había mucho más que eso. El peinado de Octavia era el de la madre de Eros, sus cejas depiladas, ídem, y la elegancia que yo había visto aquí, pero que había visto antes allá, y que al ver allá me había parecido visto aquí, en fin, clarito, estaba clarísimo que Eros había deseado convertir a Octavia en su madre. Pero lo que también estaba clarísimo es que Octavia me había sorprendido con las manos en la masa edípica.<sup>206</sup>

Octavia, demasiado orgullosa para admitir un hecho que le colocaba en un lugar "confuso", oculta la verdad a Martín y justifica las ausencias del marido, alegando que va a estudiar a casa de un amigo, cuando en realidad "el amigo en cuya casa estudiaba Eros era en efecto su mamá, y con toda seguridad al llegar ahí se quitaba el anillo de bodas, motivo por el cual Octavia se ponía el suyo cuando la gigantesca dama del marido enano se le metía en casa"<sup>207</sup>.

Después habrá una historia de unas fotos comprometedoras que llegarán a Martín a través de un detective, contratado probablemente por Octavia. Pero todo, insisto, con la mayor discreción y ambigüedad, hasta por parte del "indiscreto" Maximus, como corresponde al entorno. Tengo que hablar, otra vez, de la adecuación entre fondo y forma.

Este descubrimiento - la relación madre e hijo-, fortuito, lleva al distanciamiento afectivo entre Octavia y Martín, el último día de su estancia en Milán, que estuvo siempre rodeada de "malos augurios".

Y como colofón, y en una apreciación que a mí me había pasado desapercibida, por lo sutil, hay un estudio de Lía Barrios sobre el cuento de *Huerto cerrado*, "¡Al agua patos!", que ya ha sido comentado por otros motivos al hablar de los espacios de la niñez, en el que la autora apunta las posibles relaciones entre el patito muerto en la tina del baño diario del protagonista, y el efecto que tiene sobre el niño (el olvido y la inquietud que ese olvido le ha producido durante años -el protagonista es adulto cuando lo recuerda-), y entre ellas apunta:

-¿El animalito por ser regalo del padre, no lo representa?¿Edipo?. Sabemos que las relaciones con el padre se tornan difíciles después de la muerte de la hermana: ' Nunca olvidaré la noche en que me persiguió por toda la casa, gritándome que me iba a matar porque mientras Rafaela se estaba muriendo en Estados Unidos yo jugaba feliz con otra niña, ¡la reemplazaste como si fuera un estropajo!, me gritaba '...'<sup>208</sup>.

¿Rizar el rizo?, o simple confirmación de un tema bastante frecuente en la narrativa de Bryce Echenique.

Hay una anécdota, contada por Bryce, que nos lleva al mismo tema. Esta vez se trata del niño Julius de *Un mundo...*, y de sus relaciones con la madre. Comenta:

El último problema que he tenido con un crítico italiano, Walter Mauro que estaba haciendo un trabajo sobre mi obra y que había hecho todo un largo ensayo sobre el complejo de Edipo en *Un mundo para Julius* y luego comenzó a tratar el complejo de Edipo en *La vida exagerada de Martín Romaña*; estaba tan obsesionado con el complejo de Edipo que incluso cuando presentó en Italia *Un mundo para Julius* decía el señor Echenique, el señor Echenique, yo le decía, pero no mate usted a mi padre, el problema de Edipo lo tiene usted tan enorme que mata hasta mi padre, me llamo Bryce, y el

---

<sup>205</sup> Ibídem, p.325.

<sup>206</sup> Ibídem, p.321.

<sup>207</sup> Ibídem, p.331.

<sup>208</sup> Alba Lía Barrios, Lectura de un cuento: Teoría y práctica del análisis del relato. (A propósito de "¡Al agua patos!") (Caracas, editorial: Academia Nacional de la historia,1986), p.91.

insistía en decir señor Echenique; y descubrió para su profunda angustia que la madre de Julius y la madre de Martín Romaña son dos personajes totalmente diferentes, y vino desesperado a preguntarme qué pasaba, por qué tenía dos madres; yo le dije que le iba a dar la dirección de mi madre en Lima, para que fuera a ver quien era, cuál era la realidad, y que yo tenía el derecho de fabular como todos los demás escritores.<sup>209</sup>

### 3.-LOS ESPACIOS DE LA EDAD ADULTA

#### 3.1.-El espacio físico

##### 3.1.1-El espacio geográfico

*Tantas veces Pedro* es la primera novela de Bryce que habla de Europa como tema y también como lugar en donde se escribe y se "vive" la novela. Porque Pedro es un "escritor en vías" que va a París a completar su educación, pero además, y fundamentalmente, a ser escritor.

*Tantas veces...* es una novela caótica, y lo es por el contenido y la forma; y el espacio participa de esta disposición desordenada que impide, muchas veces, saber a ciencia cierta si el espacio es recordado, si corresponde a la "realidad" de la historia que se nos cuenta, o únicamente a la imaginación del personaje...

De entrada, hay tres espacios conviviendo en la novela sin que nada los señale. El primero, la historia de Pedro contada por un narrador omnisciente. Además Pedro es escritor e intercala, esparcidos por las páginas, trozos de una novela que quiso escribir y que dejó de hacerlo "porque de pronto quedó excluido de su propia historia", pero que en realidad escribe. Además están las inventadas, de las que cuesta saber si han sucedido realmente o son engendros de la mente del protagonista. Y sirven para desconcertar a toda aquel que busque una cómoda y única lectura, en este caso un lector que trata de conocer el desarrollo de los hechos, por no decir del investigador que se pierde tras el fabular de Pedro.

Y cada uno de estos espacios textuales, con su espacio geográfico, que por supuesto tampoco es único.

El primer espacio geográfico que aparece al abrir el libro es el de París y el aeropuerto (después hablaré de él al hacer el de los ámbitos), y la primera idea que se expresa en este medio es el de la soledad. Soledad en compañía, puesto que son dos los protagonistas que aparecen, Pedro y una muchacha americana llamada Virginia, con la que intenta vivir "una larga vida de dulzura".

Hay varios detalles que indican que el aterrizaje en París no lleva a buen puerto. Primero el tipo del control deteniéndose con su pasaporte: "Ya estaba a punto de gritarle al tipo del control que se metiera su pasaporte en el culo, si tanto le gustaba. Pero lo interrumpieron una voz y un *blue jean*. Le interrumpieron todo menos la pena."<sup>210</sup> A continuación una sensación de estar repitiendo gestos que fueron felices allí donde conoció a Virginia, en Berkeley, pero que allí en París quedaban como copias malogradas: "Y cuando la volvió a besar, imitando besos que le había dado allá en California, sintió que aquellos días no se repetirían jamás en la vida."<sup>211</sup>

El protagonista, después lo sabremos, vive habitualmente en París, aunque indudablemente es peruano (se nos indica en la primera página, releyendo el pasaporte). Pero para Virginia es el primer viaje a Europa, sin preámbulo ni adaptación y con bastantes complejos. Y ya de entrada, sin ningún argumento, piensa que París no le va a gustar, lo que sirve para aumentar la soledad de Pedro y de la muchacha: "No me gusta París, fue lo primero que dijo Virginia al entrar al modestísimo dos piezas..." "-Odio esta ciudad. -No la conoces. Ni siquiera conoces la calle en que vivimos"<sup>212</sup>. Afirmaciones que permiten la réplica irónica del protagonista:

<sup>209</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", *Cuadernos hispanoamericanos*, Marzo de 1985, p.70.

<sup>210</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, op. cit., p.12.

<sup>211</sup> *Ibíd.*, p14.

<sup>212</sup> *Ibíd.*, pp.14-16.



...Virginia, como quien habla sola, afirmó que todas sus amigas norteamericanas que habían visitado París, habían terminado por detestarla.

-El cambio de Tampax a la Ciudad Luz debe ser duro.

-¡Lompoc! Mil veces te he dicho que mi pueblo se llama Lompoc. Por qué insistes en ser tan malo conmigo y llamarle Tampax.

-Te juro que me olvido. Debe ser porque me encanta eso de Tampax.<sup>213</sup>

Y ya en el apartamento de Pedro, y en la cama, vuelve a recobrase, en parte, ese tiempo feliz de Berkeley, lugar donde se conocieron y se amaron durante tres semanas.

Hay un claro contraste entre el mundo de fuera y el de dentro. Al principio ambos hostiles, que la ternura y el amor de Pedro consigue transformar. No así el exterior que continuará amenazante: "Naturaleza hostil, afuera. Continúa lloviendo y haciendo frío en plena primavera, y para colmo de males la ciudad de fuera seguía siendo París."<sup>214</sup>

Una asociación de imágenes, Virginia está deshaciendo la maleta y ese hecho le lleva a otra maleta trajinada por otra mujer, Sophie. Hay un cambio espacial, de París a Venecia, lugar donde supuestamente ocurre la historia que Pedro se pone a escribir "con premura"; "abandonando" con tal fuerza el espacio habitado, que pierde la noción del entorno:

-Eres la primera persona que conozco que sueña, escribe, y bebe, al mismo tiempo.

-¿Qué pasa, Virginia?

-¡Cómo que qué pasa!. Hace como una hora que terminé de colgar mi ropa y de prepararte el famoso arroz a la peruana que me ibas a dictar. Hasta he comido sentada en tus narices y ni cuenta te has dado.<sup>215</sup>

Despertado a la realidad cotidiana por unas horas, la narración retrocede en el tiempo y vuelve al momento en que Virginia y Pedro se conocieron en California, en una fiesta y con él completamente borracho. Los recuerdos, no tanto de la ciudad como de lo que allí sucedió, nos son dados por un narrador en tercera persona que primero, toma el punto de vista de Pedro, y después el de Virginia.

Ya no sabemos nada más de la muchacha en París, ni tan siquiera si el protagonista consiguió hacerla sonreír. Después y tras tres asteriscos "separadores", conocemos las cartas que Virginia escribe a Pedro después de abandonarlo: "Querido Pedro, aquí me tienes en el avión. O mejor dicho, aquí tienes lo que queda de mí después de haberte abandonado..."<sup>216</sup>, y otras que le escribe desde Méjico, invitándole al país de Emiliano Zapata. Después nos enteramos que estas cartas las está leyendo en el aeropuerto y en compañía de su perro de bronce *Malatesta*, con quien comparte la decisión de ir o no ir a Méjico tras Virginia. Gana la opinión del primero aunque hubiera sido mejor postura la adoptada por el "canino".

No hay en esta novela precisiones temporales, es mas bien una novela espacializadora, en el sentido que ya he comentado antes. La hay, y de forma obsesiva -probablemente para puntualizar y precisar los espacios- respecto al tiempo vivido con Sophie: "tres meses, cinco días, y las últimas veinticuatro horas que fueron atroces..."<sup>217</sup> No se nos dice, pues, el tiempo que la americana estuvo en París, ni el que tardó Pedro en ir en busca de esa felicidad que carta a carta Virginia le prometió allí en Méjico:

No sabes cuánto me has hecho reír. Y pensar que ayer estaba tan triste precisamente porque no

---

<sup>213</sup> *Ibíd.*, pp.14-15.

<sup>214</sup> *Ibíd.*, p.18.

<sup>215</sup> *Ibíd.*, p.28.

<sup>216</sup> *Ibíd.*, p.44.

<sup>217</sup> *Ibíd.*, p.28.

podía dejar de pensar en ti, y de sentirme preocupada y temerosa ante la idea de que ya no quisieras reunirme conmigo en México.

Aunque nunca te vuelva a ver, y aunque nunca me vuelvas a escribir, creo que jamás lograré olvidarte y no sabes cuanto me alegra haberte conocido. Una breve temporada vivida con verdadera ternura está por encima de todo en la vida...<sup>218</sup>

También sabemos por las cartas -momentos de reflexión sobre el pasado- algo que en la estancia en París quedó oculto: que jamás, como ya se presentía, Virginia "pudo" con la capital de Francia, aunque reconoce que fue culpa de sus prejuicios: "... Me aterra la idea de sentirme en una ciudad repleta de mujeres a la moda. Me siento atacada, maltratada, burlada. Siento que algo hiere mi vanidad..."<sup>219</sup>

Después de la decisión de partir en busca de Virginia, en un nuevo salto en el tiempo y en el espacio, encontramos a Pedro "varado" en una playa (término altamente sugeridor para remarcar la apatía y el abandono). Es una playa concreta, la Ventosa, promesa incumplida de Virginia: "Hay una hermosa playa cuyo nombre no te quiero decir para que sea sorpresa. Me hablaron de ella en mi primer viaje. A esta playa te llevaré, Pedro querido, y ahí pasaremos horas y horas tendidos al sol."<sup>220</sup>

Horas y horas estuvo tendido Pedro en la playa de la Ventosa recordando, y de sus recuerdos sabemos que no llega nadie a esperarle al aeropuerto del Distrito Federal; que la buscó como loco por Cuernavaca, que al final fue ella la que lo encontró para decirle, simplemente, el adiós definitivo. Recuerdos todos mezclados con un diálogo imaginado con Sophie, los sueños con el Perú en el que está con Sophie de nuevo, la madre, el amigo... Contrastado con otro sueño que tuvo en París antes de partir: Virginia no sólo fue a recibirle al aeropuerto, sino que bromearon y rieron, compartieron vida, y hasta esperaban bebé... Ya lo sabemos, los sueños superan a la realidad siempre.

Vuelta a la Ventosa (de donde en realidad no se movió), y desde donde recuerda toda la historia de Virginia en Cuernavaca. Además inventa otra historia para Sophie, sobre una relación con Virginia inexistente, en la que se cambia de persona narrativa. La tercera cuenta la historia tal como ocurrió y la primera persona subjetiviza e inventa "su historia". E intuimos que es sólo hija de su mente por el cambio de punto de vista, y porque al final del capítulo se nos hace una insinuación:

"O sea que trató de inventarse una historia para Sophie en un hotel que le habían descrito, en Veracruz. (...) pero un furioso arrebató de sueño le hizo acortar la faena. Le salía más fácil en la ciudad de México, llegando al 'Hotel del Prado'..."<sup>221</sup>

Y en sueños, vuelve a cambiar el espacio de Pedro, quien, como antes y "como las ballenas que vuelven a morir a sus playas", él retornó al Perú, a un bar y a una borrachera. Y en el sueño se ve al protagonista añoso y como si nunca hubiera abandonado su ciudad natal. Y tampoco era feliz.

En un solo capítulo -hay cuatro como mujeres en su vida, en cada fragmento narrativo habla de una de ellas- se mezclan los espacios geográficos de París, Perú, México, Venecia, Berkeley. El primero como lugar de desencuentro entre Pedro y Virginia. México del sueño es un lugar feliz con una vida compartida con Virginia, mientras el México real es una búsqueda infructuosa de Virginia. Además estará el México de la historia inventada para Sophie, con un viaje por Oaxaca, La Puebla, la Ventosa... Venecia será el escenario de la novela que escribe Pedro; Berkeley es el lugar de los recuerdos felices con Virginia desde París; y Perú será el lugar evocado y también el de los sueños.

Vuelta a París del protagonista tras el fracaso de vivir una vida entera con Virginia. Sigue hablando y viajando con Sophie, ambas cosas sin grandes problemas:

... no sólo continuaba hablando con ella a cada rato y en cualquier parte, sino que últimamente hablaba con ella a cada rato, en cualquier parte y en voz alta. Pero eso no tenía nada de raro en París,

---

<sup>218</sup> *Ibíd.*, pp.49-52.

<sup>219</sup> *Ibíd.*, p.50.

<sup>220</sup> *Ibíd.*, p.54.

<sup>221</sup> *Ibíd.*, p.81.

donde por el contrario era tanta la gente que hablaba sola por la calle, que a veces terminaba interrumpiéndose e insultándose todos. Un detalle más: Pedro Balbuena había *visto* a Sophie. En efecto, se le materializó en pleno American Express, mientras recogía el cheque de su madre. Se lo gastaron íntegro en Venecia, *ipso facto*, y Pedro le quedó agradecidísimo al otoño parisino por haberle proyectado tan maravilloso fantasma<sup>222</sup>.

Pedro Balbuena, a pesar de los propósitos de enmienda, no puede estar sólo hablando con Sophie y otra mujer entra en su vida, Claudine. Esta historia ocurre íntegramente en Francia, en las afueras de París, "en el culo del mundo" en boca del protagonista, en Chanteloup les Vignes; con una escapada a la región de su nuevo amor, la Bretaña (también Virginia en su momento le llevó a su ciudad natal, Lompoc). Y lo que de hecho tuvo que ser un viaje feliz para aunar "ternuras" se cambió por el viaje de los primeros desacuerdos entre la pareja y con su ruptura.

No durará demasiado la falta de vínculos femeninos, la tercera mujer, al igual que Claudine, es francesa pero parisina. En realidad es un reencuentro en el metro, con una muchacha a quien conoció siendo adolescente. En aquel entonces la muchacha estaba enamorada de Pedro y él estaba demasiado ocupado olvidando recordando a Sophie.

La acción se desarrolla en París y en Margency, lugar a las afueras de la ciudad, donde Beatrice vive con sus padres:

Llegó trayendo los primeros brotes de la primavera en Margency. Eran unas florecillas blancas (¿o eran amarillas?), que había cogido en su propio jardín, ella las regaba, las cuidaba, también cortaba el césped, él tenía que venir a Margency ahora, en primavera, le presentaría a sus padres (...) Recuerda que Beatrice había traído esas flores y unos increíbles deseos de sacarlo a recorrer calles...<sup>223</sup>

Además en este capítulo y en el anterior hay trozos dispersos de la novela que Pedro está escribiendo, la Venecia de Sophie, pero también del Perú.

Fracasada esta relación por causas ajenas a la voluntad de Pedro, éste decide ejercitar, para superarla, la indefensión que tiene hacia las mujeres. Y lo hará hiriéndolas: conquistándolas primero, procurando que el afecto no le llegue, y humillándolas después. Elige Perusa como lugar de maniobra, en donde sigue también un curso de etruscología.

En esta ciudad italiana encuentra a Sophie, esa mujer cambiante en la imaginación de Pedro, que igual puede ser princesa heredera de Etiopía, que espía, que la hija del Papa de Roma. Prototipos todos de novelas de héroes y heroínas, que encajan muy mal en la vida cotidiana del protagonista, pero sí en su fabulación.

Perusa será para Pedro un lugar al que llegará en "cura geográfica", aplicando su nuevo método de olvido que consiste en "matar caballitos", uno por cada mujer conquistada y vejada, tantos como los que regaló a Beatrice en un momento de optimismo sentimental.

Irá a Perusa a olvidar y lo consigue, porque murió a unos pocos kilómetros de esta ciudad y en manos de Sophie, celosa de estar perdiendo un amor de tal envergadura.

Y Perugia<sup>224</sup> fue el lugar que eligió Martín en "su vida exagerada" para huir de París. Y ¿Por qué Perugia?: "Decidí irme a Italia, y anduve buscando en el mapa una ciudad pequeña, bien situada, no muy calurosa, y que nadie conociera en el Perú. Así descubrí Perugia"<sup>225</sup>. Perugia fue el lugar feliz de Martín. Aquí convirtió en realidad su sueño de hacerse escritor: "Viví tres meses en Perugia. Creo que nunca estudié y trabajé tanto en mi vida. Escribí varios cuentos y avancé mucho en la redacción de una tesis con la que pensaba graduarme algún día, a mi regreso al Perú."<sup>226</sup> Y en el momento de abandonarla sintió que algo muy grato se había quedado allí, y que nunca volvería: "Lo cierto es que abandoné Perugia con la seguridad de que estaba

---

<sup>222</sup> *Ibíd*em, p.85.

<sup>223</sup> *Ibíd*em, p152.

<sup>224</sup> Nombre italiano de Perusa

<sup>225</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.68.

<sup>226</sup> *Ibíd*em, p.74.

cometiendo un error. Recuerdo, incluso, que mientras hacía mi equipaje, encontré una fotografía de Inés. Sentí que para ella si había cabida en Perugia."<sup>227</sup>

Y quiso volver, e intentó hacer partícipe a Inés del entusiasmo que él sentía, sin éxito. Sólo hay otro lugar, la Bruselas *blue, blue* de Octavia que puede comparársele como ciudad de felicidad plena: tres días en Bruselas y tres meses en Perugia. El entusiasmo chocó contra la impenetrabilidad de Inés, que viene a Europa para estar en París, no Italia:

Esa noche Inés no lograba comprenderme. Le iba leyendo la carta, le iba hablando de Perugia, pero ella simplemente no lograba comprenderme. Yo quería partir con ella, lo más pronto posible, regresar en el acto a la ciudad de mi carta, quería explicarle algo que ni yo mismo entendía. En Perugia sobreviviríamos. En París no.<sup>228</sup>

Es el primer encuentro entre Martín e Inés desde que él se vino a París, y ya aparece el segundo punto conflictivo de una relación que después se verá marcada por lo que aquí se cuenta, ese "andar perdonando" todo el tiempo a un "niño" irresponsable y arrepentido. Esto y la incompreensión ante el entusiasmo del protagonista por la ciudad italiana:

Esa noche me perdonó también el estar loco, tan loco como en Lima, eternamente inquieto, viéndolo todo siempre antes de que ocurriera (...) Me sentí muy solo, pero al mismo tiempo sabía que Inés era la única compañera que la ciudad de Lima le había otorgado a ese solitario<sup>229</sup>.

Y no se acaba aquí el deseo, el día en que se casan Martín e Inés, aquel, completamente borracho, intenta "persuadir" a Inés para que vayan a Perugia, cuando los billetes los tenían para España:

... la borrachera había sido grande, mi borrachera, quiero decir, y había llegado a su punto culminante conmigo literalmente arrastrando a Inés hacia la estación de Lyon, de donde partiríamos a instalarnos para siempre en Perugia, y con Inés logrando llevarme ayudada por los invitados hasta la estación de Austerlitz, de donde salía nuestro tren a España...<sup>230</sup>

Después y tras el fracaso de su vida matrimonial, Martín sigue pensando que:

Nunca fuimos a Perugia. Para mí ese fue el gran error de nuestra vida. preocupada de Inés se fue apoderando de mí hasta hacerme sentir que lo de Perugia no era más que un producto de mi imaginación (...) Me amputó Perugia con sus cuidados<sup>231</sup>

Y más adelante, y ya con ese humor que salva a Martín, casi siempre, del desgarró, se permite un comentario desmitificador de Perugia, pero ya dirigido a los lectores, para que ninguno sufra "en carne propia" la mitificación de París que a él tanto le afectó: "fue (...) como irse a descansar, amarse y a dormir en Perugia, aunque a estas alturas creo que ya es tiempo de decir que, si tipos como Hemingway me inventaron París, yo le debo estar inventando Perugia a algún otro pobre pelotudo."<sup>232</sup>

A Italia vuelve Martín invitado por Octavia, en otra dos ocasiones, (ya hemos entrado en el segundo cuaderno de navegación) no a Perugia sino a Milán. Lugar donde "el sueño de Cádiz" vivirá casada, primero con un príncipe, y después con otro "título", como corresponde a su condición.

Martín imaginaba un Milán diferente, pero no por la ciudad en sí sino por Octavia, que al fin y al cabo era la mujer de Eros (detalle que parece querer olvidar el protagonista) porque "las ciudades son las gentes, los animales la voz de su amo, y yo el mismo imbécil que tarda siempre en darse cuenta de lo que pasa a su alrededor"<sup>233</sup>. Sentencia que se cumple en las novelas de Bryce, porque realmente las anécdotas ocurren en un

---

<sup>227</sup> *Ibíd.*, p.75.

<sup>228</sup> *Ibíd.*, p.83.

<sup>229</sup> *Ibíd.*, p.84.

<sup>230</sup> *Ibíd.*, p.183.

<sup>231</sup> *Ibíd.*, p.84.

<sup>232</sup> *Ibíd.*, p.202.

<sup>233</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.312.

determinado lugar geográfico, es inevitable, pero lo hacen agradable o no las circunstancias que rodean al personaje. Y para Martín lo deseado en esta ciudad italiana -lo imaginado supera la realidad y la transforma, ya lo sabemos- no corresponde a lo acontecido, y:

...había cesado ya la euforia de mi llegada y algo cada vez peor le pasaba a Octavia y por consiguiente a Bimba y por consiguiente a Milán (...) Y en un instante lo comprendí todo: Octavia no me había invitado a Milán, me había rogado que viniera, y también ella acababa de darse cuenta de que ésa era la verdad en los jardines Sforza. Pero ya era demasiado tarde: Martín Romaña había llegado a Milán y algo le pasaba a todo en Milán...<sup>234</sup>

Y Milán fue dos sitios concretos: los jardines Sforza y la fuente del palacio Poldi-Pezzoli. Uno lugar de encuentro entre Martín y Octavia, y el otro de pérdida. En el primero los protagonistas descubren que no fue una "invitación" lo que Octavia hizo a Martín, sino un ruego, con el peligro que esa matización comporta (Octavia consiguió salir del peligro). Y el otro, lugar donde una moneda tirada al azar en una *fontana* desaparece, con el presagio que eso conlleva.

Y Milán fue, como dice el protagonista a cada rato, así:

... y me fui a ver si llovía en la otra ducha y así fue Milán.<sup>235</sup>

Pero Octavia (...) logró por fin que también aquel beso desapareciera para siempre (...) y así fue Milán...<sup>236</sup>

Tiró un portazo y al cabo de una hora yo tiré otro portazo. Un taxi me esperaba en la puerta. Almorcé en el aeropuerto, anunciaron la partida de mi avión, y Milán fue así y así fue Milán y Milán fue lo que fue<sup>237</sup>

De esta forma se confirma la sugerencia de que las ciudades para Martín, o para Pedro son "las cosas" que les ocurren en ellas al margen de ellas mismas.

El personaje vuelve a París no sabemos por cuanto tiempo. En el ínterin hay un viaje en barco con Octavia de Cádiz después de la ruptura con Eros. Es un viaje fracasado también. Martín vuelve a esperar demasiado del mismo -Octavia es otra vez libre y lo elige, "precisamente" a él para un viaje por el Mediterráneo, y eso podía significar mucho-: "desde mi punto de vista la segunda prueba que me dio Octavia de que todos nuestros problemas se habían solucionado y que íbamos a vivir juntos para siempre jamás, fue un crucero por el Mediterráneo..."<sup>238</sup>.

Nuestro protagonista vuelve otra vez llamado por Octavia. Está instalado en el Perú desde hace algunos años y acude de nuevo a una cita con la mujer que siempre esperó. Retorna como "protegido" del mecenas-depresivo marido de Octavia. Lo cierto es que esta vez, sabiendo ya que Petronila<sup>239</sup> es la quimera de Cádiz, y como tal inalcanzable.

En el mecenazgo corrige y completa sus cuadernos azul y rojo, y escribe el epílogo. Es decir, el final del relato de Octavia y de él mismo. Aquí acaba su vida de personaje de una historia que él había creado, y a la que él mismo también pone fin.

### **3.1.1.1.-Francia: esto fue el deseo**

Hay un momento en *La vida exagerada...*, cuando Martín Romaña empieza su andadura en París, en el que un narrador en tercera persona -la historia está contada desde la primera- nos pone al corriente, con supuesta objetividad, de algunos de los motivos por los que el protagonista había venido a Europa:

---

<sup>234</sup> *Ibidem*, pp.312-313.

<sup>235</sup> *Ibidem*, p.320.

<sup>236</sup> *Ibidem*, p.318.

<sup>237</sup> *Ibidem*, p.332.

<sup>238</sup> *Ibidem*, p.338.

<sup>239</sup> Auténtico nombre de Octavia de Cádiz

Creía al pie de la letra que una vida en Europa suponía una buena dosis de bohemia, para ser digna y provechosa. O para estar a la altura. Nunca se preguntó a la altura de qué, porque ese tipo de preguntas le era indiferente. Bastaba con creer en algo, y él había salido del Perú creyendo en eso. Todas sus informaciones culturales lo llevaban a creer en eso. Quería aprender muchas cosas, en la Universidad y fuera de ella, y quería vivir con la intensidad bohemia con que muchos otros, antes que él, habían vivido en París. Esta ciudad, en particular, se prestaba a ello, a decir de todo el mundo. Y Martín pensaba que se prestaba para ello hasta el punto de existir sólo para ello. París era una ciudad hecha sólo para gente con sus ideas y convicciones.<sup>240</sup>

### **3.1.1.2.-Francia: esto es lo que sucedió**

Francia, y en gran medida París serán los lugares donde Pedro Balbuena y Martín Romaña viven la existencia cotidiana. Italia, España, Inglaterra o Bélgica... son circunstancias espaciales -con más o menos protagonismo- que sirven en la mayoría de ocasiones para que a los protagonistas les ocurra cosas todavía más "exageradas" de las que les son habituales (sobre todo a Martín), mas suponen, como ya he dicho, excepciones en la vida diaria.

Martín escribe el cuaderno azul y el cuaderno rojo, lo que después impreso pasará a ser *La vida exagerada de Martín Romaña* y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, en París, y en un sillón Voltaire (de la importancia que los objetos -ciertos objetos- tienen para los protagonistas hablaré en su momento); lugar desde donde se conduce la historia narrada por el propio protagonista, y desde el que se inicia un viaje por los entresijos de la memoria, salvando tiempo y espacio. Un relato que nos llegará modificado por la distancia "afectiva" lógica, cuando los acontecimientos son eso, recuerdos. A Martín, mientras teoriza sobre la escritura de su novela, se le escapan estas reflexiones:

Es curioso, normalmente el tiempo recorta el tamaño de los recuerdos y los hace menos impresionantes en su alegría o en su tristeza. Es lo que se llama el olvido, me imagino, pero sucede también que a veces el olvido nos permite recordar mejor<sup>241</sup>.

Sabemos que el espacio "real" desde el que se escriben los dos cuadernos será siempre París, y que todos los paisajes que vayamos recorriendo con Martín serán *espacios recordados*. Y dentro de éstos, el espacio mayoritario de las "desventuras" de Martín sigue siendo París; del que se nos dice pocas cosas si se compara con la magnitud del "dóptico". Y muchas veces por referencias literarias.

París ha sido el espacio mítico para muchos escritores, también para Bryce, y lo transmitió a sus personajes. Martín llega a París tras la leyenda hemingwayana de *París era un fiesta*, acompañado con la educación francesa que le dio su madre que "veneraba a Proust", y también Merceditas, a la que ya conocemos por los "Apuntes para una biografía"<sup>242</sup>.

En una de las ocasiones -hay varias- en que a Martín no le va demasiado bien (se acaba de casar por lo civil con Inés, y "la plata" no le llegaba más que para una celebración "pobretona" en un bar cualquiera y con un vino cualquiera) se lamenta:

Claro, el pelotudo de Hemingway se lo trae a uno de las narices a París con frasecitas tipo *éramos tan pobres y tan felices*, gringo cojudo, cómo no se te ocurre poner una nota a pie de página destinada a los latinoamericanos, a los peruanos en todo caso, una cosa es ser pobre en París con dólares y otra cosa es serlo con soles peruanos, es casi como la diferencia esa que dicen que hay entre un desnudo griego y un peruano calato, qué pobres ni qué felices ni qué ochocuartos, mira a esa muchacha que avanza ahí, hacia un café cualquiera, ella está feliz, sí, eso es cierto, ella está feliz pero yo sólo estoy pobre (...) No era la primera vez que me ocurría, cuántas veces había tenido ya esa misma sensación al leer esas páginas tan hermosas sobre París, vinos blancos y ostras que traen el sabor del mar mientras una muchacha entra a un café en el que uno está escribiendo un libro genial, cargado de

<sup>240</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.55.

<sup>241</sup> *Ibíd.*, p.197.

<sup>242</sup> Primer capítulo de este trabajo

ternura, cargado de pasión, y la muchacha pura sonrisa que a mí nunca nadie me ha sonreído cuando me he ido de Hemingway con mis sindicatos pesqueros, por ahí, a cualquier café, o al mismo café de Hemingway allá por la Place Saint-Michel, íntegras se me venían a la cabeza las páginas con el barbudo gris escribiendo palabras como guijarros frescos recién sacados del arroyo, palabras frescas como el vino...<sup>243</sup>

En esta cita, además de la desmitificación, aparece otro gesto -en realidad uno es consecuencia del otro- que será repetido a lo largo del díptico, "la condición de sudamericano" del protagonista, lo que no es precisamente una buena carta de presentación. Son síntomas de desarraigo, lo que Bryce llama "afrancesamiento en el Perú y latinoamericanización en Francia", que ya antes de esta cita habían aparecido con cierta frecuencia desde los primeros capítulos.

Nada más desembarcar en Francia, Dunquerque, a Martín se le cae al mar parte del equipaje que contenía casi exclusivamente libros, fortuito pero premonitorio. Con sólo cien dólares en el bolsillo intenta la primera aventura en el país que lo va a "acoger":

Necesitaba cambiarlo por francos, pero los bancos ya habían cerrado. Decidí probar suerte en un café. Fue mi primer contacto en Francia. Simpático el tipo del café, efectivo, nada de estarte contando su vida ni metiéndose en la tuya. Gestos breves, directos, como quien va de frente al grano. Nada de estar perdiendo el tiempo como en Perú. Estamos jodidos los latinoamericanos. Con razón que el mundo entero nos considera unos vagos. Me cambió la plata, y listo, *merci monsieur*. Al día siguiente, en París, Zárate cambió un billete de cien dólares en un Banco y le dieron exactamente el doble que a mí.<sup>244</sup>

Mala suerte se podrá decir, esto le ocurre a cualquiera, y así es, pero no con la frecuencia que al protagonista le suceden éstas y otras mucho más graves. Éste es el primer contacto con Francia, como reza el capítulo. En el segundo que también se llama así, no mejoran las relaciones "de pareja" Martín-Francia, más bien todo lo contrario. Un primer encuentro en un hotel con un recepcionista al que no le darían el *Guinness* de cordialidad, agrava la situación: "Me odiaba el tipo. Odiaba a toda la humanidad, pero yo creo que sobre todo me odiaba a mí. Tardé poco en comprender que el origen del problema era la ducha, pero seguí duchándome de todas maneras. (...) A mí desde chico me habían acostumbrado al baño diario y no era momento de empezar a oler como el administrador."<sup>245</sup> Aún podríamos seguir pensando que "la mala suerte" es fortuita y exclusivamente personal. Borrémoslo, porque el siguiente problema es ya "público y alevoso". El protagonista "acogedoramente" instalado va a la Sorbona a matricularse, lo que no parece constituir un delito, pero:

Me atendió un mellizo de la administración del hotel, cosa que tampoco estaba prevista en Racine, Merceditas, y me dijo que sin el carnet de residente no tenía derecho a matricularme en ninguna parte (...) aunque debo de reconocer que sí tuvo la amabilidad de asegurarme que tampoco en la Prefectura de Policía me darían carnet de residente alguno mientras no estuviera matriculado en ninguna parte.<sup>246</sup>

Este problema de la documentación en Francia fue un hecho real y evidenciado en otras novelas de autores sudamericanos que vivían en París, y escribían sobre París. Recordemos *Rayuela* de Julio Cortázar y en ella las dificultades que Horacio Oliveira, su protagonista, tenía con la documentación de residencia, al igual que los compatriotas con los que convivía.

En el caso de Martín, "esa educación privilegiada" que tuvo en el Perú, de la que muchas veces se lamenta, le sirve en esta ocasión para salir del atolladero burocrático, mas tendrá que seguir solo la andadura y sufrir como "todo hijo de vecino de país pobre" la marginación.

A todo o que ya llevamos contado, se suman otros percances de parecidas proporciones. Martín Romana es portador de "una enfermedad tropical", diagnosticada con "muy buen ojo clínico" por el gerente del

<sup>243</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.181. La cita es larga, pero creo que merece la pena.

<sup>244</sup> *Ibidem*, p.31.

<sup>245</sup> *Ibidem*, p.35.

<sup>246</sup> *Ibidem*, p.36.

hotel del odio, y su enfermera, el dueño:

Me lo anunciaron al llegar una mañana al hotel (...) Nadie se ducha todos los días si no lleva contraída una gran enfermedad tropical. Confieso que me quedé lelo (...) Pero, que más prueba en contra que mi nacionalidad. Peruano. De un país caliente (...) No hubo nada que hacer. O me bañaba una vez a la semana (...) o me largaba en ese mismo instante<sup>247</sup>

Y las alusiones negativas a ese París que sigue siendo "la puta de siempre, bella y parisina" son frecuentes en los primeros capítulos que podíamos llamar de adaptación al medio; así como abundantes los temas a los que hace referencia. Puede ser el tiempo climatológico: "Como sucede a menudo en París, llegó la primavera pero el invierno continuó como si nada"<sup>248</sup> o "Sólo una claraboya para las noches de luna, pero la verdad es que en París, éstas suelen ser las menos, y las más pueden ser noches de esa lluvia de mierda que a menudo se me filtraba por la maldita claraboya, justito encima de mi almohada"<sup>249</sup>; el ya comentado de la "hospitalidad": "...cuando se quedaba sin beca y sin un centavo, ahí sí que tenía la amabilidad de devolvernos a casa, gratis y en Air France,..."<sup>250</sup>; los arrendatarios: "Y ya que estoy con lo de París canalla, terminaré de una vez con lo del asunto del contrato: sólo lo alquilaba a estudiantes extranjeros porque a éstos se les expulsa más fácil, sin devolverles el depósito de garantía..."<sup>251</sup>; otros: "Madame Labru era mala como son espantosamente malos tantos solitarios parisinos. Alcoholismo, perrito o gatito, son sus vicios más conocidos, a los que hay que agregar, más como perversión del alma que como enfermedad, una buena dosis de locura..."<sup>252</sup> o "Recuerdo cuanto me gustaba cantar por las calles (...) Era una manera de joder a medio mundo en París, pues en esta ciudad está permitido hablar sólo como bajito y furioso, pero silbar o tatarrear una alegre canción es un abuso de confianza que se permiten los negros (...) los latinoamericanos, un abuso de salud mental..."<sup>253</sup>; los lugares: "...ahí estaba el water de hueco en el suelo (otra situación a la que parecía estar condenado en París...)"<sup>254</sup>; o la simple crítica generalizada a unas costumbres que, en este caso vienen comentadas por la madre de Martín, que precisamente es pro-francesa: "...hasta ahora no ha descubierto los cochinos que son los franceses. Cuánta razón tenía mi pobre papacito, él siempre decía que los franceses se bañan sólo cuando salen de viaje. Y viajan muy poco..."<sup>255</sup>.

Después de un año en París y de viaje a Perugia, Martín hace un recuento de lo que le ha dejado ese tiempo de vida, y el resultado, como ya se esperaba, no es alentador: "El resultado fue bastante desfavorable, bastante absurdo, y algo dramático. Sentía haber vivido demasiado rápido, haberme desilusionado de demasiadas cosas que en el Perú me parecían sacrosantas..."<sup>256</sup>

Perugia, ya lo he comentado, fue el París hemingwayano de Martín. Aquí se recuperó de todos sus "deteriores". Vuelve a Francia cuando Inés llegó del Perú para pasar juntos "una larga vida de ternura". Recordamos que el protagonista intenta convencer a la futura señora de Romaña para ir a vivir a Perugia, sin éxito, porque presentía -a Inés no se atrevió a decírselo- que: "París nos esperaba *agazapada* por todas partes, adentro y afuera. Mal signo. Pero esas son las cosas que sólo yo capto y también aquella vez sólo yo me di cuenta. Inútil decírselo a Inés"<sup>257</sup>. Frase que se repite, con intención, al principio y al final del párrafo.

Y a todo eso y a un montón de cosas más se llama "desarraigo" -interior y exterior-, porque Martín después del "mayo francés", del abandono de Inés y de Sandra, de la muerte de su amigo Enrique, de sus depresiones, de su fracaso de ser escritor, de..., de..., no le queda más que preguntarse cuál es la verdadera razón que le llevó a París, para a continuación pensar que no ha conseguido ninguna de sus metas; y que ya no tiene sentido quedarse en una ciudad que no le ha dado casi nada de lo que esperaba. Pero se da cuenta de que tiene

---

<sup>247</sup> *Ibidem*, pp.37-38.

<sup>248</sup> *Ibidem*, p.63.

<sup>249</sup> *Ibidem*, p.110.

<sup>250</sup> *Ibidem*, p.67.

<sup>251</sup> *Ibidem*, p.199.

<sup>252</sup> *Ibidem*, p. 212.

<sup>253</sup> *Ibidem*, p.334.

<sup>254</sup> *Ibidem*, p.210.

<sup>255</sup> *Ibidem*, p.273.

<sup>256</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.72.

<sup>257</sup> *Ibidem*, p.85. La cursiva es mía y refiere a lo amenazador del término. Nadie, ni nada (por sinestesia) espera agazapado, si no es con una intención aviesa.



que arrastrar con esa decisión que tomó en su momento "a regañadientes" de los suyos, allá en el Perú, porque ahora siente:

...que por algún lado las cosas como que han perdido su razón de ser, que estoy demasiado lejos de las razones e ilusiones que me trajeron a esta ciudad, que las he olvidado, que eso fue hace mil años, pero siento también, extrañamente, que no me voy a ir, que ya no puedo dar marcha atrás, que sería como una enorme molestia para mi familia verme regresar en ese estado, sin nada entre las manos y con el recuerdo de un departamento plagado de fracasos de los que ni siquiera sé si soy culpable.<sup>258</sup>

A medida que transcurre "el díptico" nos parece que el protagonista se va adaptando al medio, o simplemente que, antes las circunstancias adversas de otra índole, París "le duele" un poquito menos; pero ¡qué lejos! de aquel deseo antes apuntado.

### **3.1.1.3.-España**

Antes de su matrimonio con Inés, Martín Romaña (el primer personaje que "siente" a España como lugar próximo y como experiencia personal<sup>259</sup>) viajará a España, siguiendo de nuevo los pasos de Hemingway y de su origen, y comprobando que seguía moviéndose entre "literatura" y expectativas no realizadas. Mala experiencia también la de este primer viaje a España.

El segundo será el de su viaje de bodas él quería ir a Perugia, ya lo sabemos, pero su destino fue volver a la "madrepatria"). Y en España, Martín fue feliz y olvidó Perugia. Y como en todos los lugares en que fue feliz intentó retenerlo, temeroso de dejar escapar un término tan escurridizo; e intentó, de nuevo, convencer a Inés para quedarse a vivir en este país donde estaban siendo tan felices... (se confirma otra vez que las ciudades son para el protagonista los lugares en los que se es o no se es feliz, y poco más). Inés no acepta la propuesta del "infantil" Martín. Esta vez porque: "...por nada de este mundo pensaba quedarse a vivir en un país que gobernaba un tipo como Franco."<sup>260</sup> Esta reflexión, por contrapartida, lleva a la señora de Romaña<sup>261</sup> a dedicarse a Marx con redoblado entusiasmo, quizá para encontrar más argumentos para su negativa.

Y Marx, precisamente, fue el primer obstáculo que se interpuso entre los protagonistas, como luego veremos.

De momento, el viaje de novios a España terminó con la aparición mágica, en la playa de Cádiz -de aquí su nombre-, de una muchacha a la que Martín bautizó con el nombre de Octavia. Ya sabemos de la natural disposición del protagonista de "volverse loco", en el momento conveniente, para, como él dice, "no volverse loco del todo". Aquí, la aparición de una muchacha, con unas piernas "tan divertidas", rodeada de las obras de Hemingway, no encajaba con el intento voluntario de la locura, la curativa. Y Martín teme que se está volviendo loco "de verdad". A partir de este "encuentro", y como inducido por un resorte, cuando el protagonista sufre algún contratiempo se le escapa un ¡Octavia de Cádiz!

A España volverá, sin Inés pero con Sandra, en Mayo del 68 -en una especie de "fuga política" consecuencia del "mayo francés", del que Martín no fue más que un mero espectador "admirativo" y crítico, y en el que accidentalmente se vio inmerso-. Fue un viaje para que lo olvidaran -la policía francesa- y para olvidar -Inés le había dejado por la "lucha activa"- y tuvo, una vez obligado, un objetivo concreto: reparar una deserción de amistad pendiente con aquel amigo del "lugar cerca del cielo", Enrique Álvarez de Manzaneda, al que negó tres veces, presionado por "el Grupo"<sup>262</sup>, y que volvió a España, su tierra.

En el tren que le llevaba a Oviedo, "ayudó" a un suicida a abrir la puertecilla del tren para que saltara la vía; Sandra le abandonó en el camino y se volvió a París. Y cuando al fin llegó "tranquilamente" al destino, su

<sup>258</sup> *La vida exagerada...*, op. cit., p.457.

<sup>259</sup> El espacio de *Huerto Cerrado* s el de Perú. En *Tantas veces Pedro* ay lo que yo llamaría un *lapsus linguae*, consecuencia quizá de lo que el escritor llama "dejarse llevar por la narración", y hay una mención de Fornells, pero de una vivencia que coesponde al escritor, no al personaje.

<sup>260</sup> *Ibidem*, p.189.

<sup>261</sup> Apelativo que no encaja con Inés, más bien es él el señor de... Lo empleo por cuestión de estilo

<sup>262</sup> Grupo marxista de peruanos, en el que militaba Inés

amigo acababa de morir. Se encontró en pleno velatorio (es ésta una de las escenas dramáticas del relato. Aquí el humor no ha conseguido entrar). Ciertamente que España, aparte de las connotaciones de la Guardia Civil, que podrían corresponderles, no fue "especialmente" culpable de lo que aquí ocurrió, y parece probable que en Francia le hubiera podido ir peor. Mas tendremos que dar la razón a Martín cuando afirma: "...en el fondo todos los lugares se parecen, no bien llego yo"<sup>263</sup> En este mismo viaje, razones desencadenantes no han faltado, el protagonista empieza a ver por cualquier parte "jebecitos"<sup>264</sup> estirados al máximo por alguien que él no logra ver (aquí tendremos que hablar del espacio de la alucinación, que correspondería al espacio "real" del personaje, pero sólo y exclusivamente para él -ningún otro puede verlo-). Serán los primeros síntomas de una depresión neurótica<sup>265</sup> que le hará ver la vida, en Barcelona o en París, sin ningún tipo de aliciente.

Volverá a España, a Barcelona -un lugar lleno de amigos- a tratar de vencer la depresión (el Dr. Llobera será mucho más que un psiquiatra. Esto lo sabe Martín desde el primer momento):

El doctor Llobera se mató de risa no bien entré diciéndole antes de saludarlo, son más de cien páginas, doctor, no se sienta obligado (...)

-Tranquilo, señor Romaña- me interrumpió, invitándome a tomar asiento, y sin la más mínima gota de odio en su inolvidable sonrisa (...) Luego añadió: Relájese usted. Piense, por ejemplo, en la tranquilidad del portero del equipo rojo, mientras se está jugando cerca a la portería del ya dominado equipo azul.

Este hombre habla mi idioma, estamos hechos para entendernos. Fútbol, además, este psiquiatra es un genio.<sup>266</sup>

Retornará a pasar el último verano con Inés para intentar una "recuperación de los espacios íntimos", últimamente tan deteriorados. Este nuevo éxodo, lo que llegó a ser "el vía crucis rectal" (unas hemorroides mal tratadas en París, una infección rectal, una manipulación incorrecta en un "operatorio" de Logroño, un tratamiento con un fármaco drogodependiente, y un estreñimiento "a la fuerza ahorcan" de meses, que acabó en un fecaloma digno de pasar a los anales) terminó con lo que quedaba de su matrimonio (Martín tenía la atención repartida en muchos frentes, e Inés se le escapó -éste es un argumento del protagonista, tratando quizás de disculpar a Inés- pero nosotros, los lectores, sabemos que hubiera naufragado de cualquier modo), y con el protagonista ingresado en un frenopático de Barcelona.

Todo esto que así resumido parece una historia melodramática se convierte, salvo excepciones que no admiten el tratamiento, en una narración llena de humor, gracias al escritor por supuesto, y al narrador-protagonista (otras veces al narrador omnisciente como en *Un mundo...*) que logran, por los procedimientos que más adelante comentaré, convertir las lágrimas en sonrisas y muchas veces en carcajadas.

### **3.1.1.4.-Y otra vez París: *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz***

Y ya con los años, cuando escribe el cuaderno azul, después de un montón de años en París, Martín vuelve a hacer balance de su vida, y en él reconoce:

Me gusta París, a quién no, pero sé que hay algo que terminará expulsándome de esta ciudad en la que he sido pobre, joven y feliz, algo más rico y algo menos joven, realmente feliz y profundamente infeliz. Todo esto es normal, no me quejo, *en ninguna ciudad del mundo hubiera sido diferente*, tampoco, puesto que ya no me cabe la menor duda de que *mi carácter ha tenido mucho más que ver en mi destino* que los astros, las cartas, o...<sup>267</sup>

Pero es que después del abandono de Inés un día "en que debieron de cerrar el aeropuerto de París" e

<sup>263</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.71.

<sup>264</sup> Imaginamos, por el contexto, que son gomas elásticas.

<sup>265</sup> El diagnóstico es del Dr. Llobera, no mío.

<sup>266</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.509.

<sup>267</sup> *Ibidem*, p.213. La cursiva es mía, para remarcar esa determinismo personal en todo lo que le sucede. Las ciudades, insisto, son accidentes.

incluso París, la Ciudad Luz será la ciudad de Octavia. Y aquí fue feliz, muy feliz, mas ésta es otra historia que quedará plasmada en el segundo cuaderno de navegación, esta vez rojo, como corresponde a Octavia y a su "candente amor".

En el "cuaderno rojo" continúan las alusiones a Hemingway, como anunciando que "todavía duele", y aunque es una inauguración de cuaderno, las circunstancias que estimularon el viaje a Francia siguen presentes (vamos, que no fueron una frivolidad), y que la situación sigue motivada, ya irónicamente, por el mito.

Martín estrena apartamento y para ubicarlo, está en el Barrio Latino como el otro -como el de todos menos el de gente como Octavia Marie Amélie de la Bonté-Même, o de Sophie-, nos dice:

Era viejísimo, y quedaba (...) en el corazón del área más antigua del Barrio latino (...) Y, si cruzamos oblicuamente la placita que cruzaban las cabritas que le llevaban tan pacíficas su leche a Papá Hemingway, pues mi departamento quedaba a unos doscientos metros del famoso número 74 de la rue Cardinal Lemoine, donde ya todos sabemos cuál de los miembros de la generación perdida escribía de pie para crear un estilo inmortal e inventar una Ciudad Luz que le dio luz a mi vida, como dice el bolero...<sup>268</sup>

Ya hemos comentado que en las novelas de Bryce el espacio lo crea, casi siempre, el individuo, y que el individuo-protagonista del "díptico de navegación" cual hada maligna, todo lo que toca lo convierte en polvo, o por lo menos a él se lo hacen. Y aunque esta afirmación se cumple en un montón de ocasiones, no se debe pasar por alto que la decisión que tomó de venir a Europa para ser escritor fue decisiva en su vida posterior. En su país, el protagonista hubiera sido "un niño bien" con problemas de niño bien, y casi con seguridad no se hubiera puesto a escribir. En París es todo lo contrario, a pesar de las críticas constantes que recibe por parte de los que le rodean (Inés, El Grupo, Sandra...) vive y vivirá con arreglo a la decisión que tomó. Y en este aspecto (aquí es donde quería llegar) el "exilio voluntario" fue determinante, es decir, motivado "por una decisión sopesada". Tomada esta primera decisión (costosa y traumática, pero llena de esperanzas), lo que condicionará su vida será "una forma de estar en el mundo" más que el donde, aunque este donde "le marque hasta esos extremos de ropa ajada":

No era yo, definitivamente, con tanta ropa nueva pero con esa cara de ropa vieja ya marcada por el determinismo geográfico que significan un rincón junto al cielo parisino, años de restaurant universitario, una escuelita infame para ganarse el pan, más varios años en cuclillas en los wáteres de hueco en el suelo que me tocaban uno tras otro...<sup>269</sup>

Y con Octavia, ese París mezquino de porteras, arrendatarias y solitarios con perros maltratados, puede convertirse en "la ciudad más bella del mundo", o podía resultar simplemente cómica por algo de esa naturaleza que ocurre en ella:

París era una fiesta alegre como ninguna hasta que nos agarraba aquel silencio al cruzar el puente Alejandro III, nuestro favorito<sup>270</sup>

...entonces, yo, treinta y cuatro años, nuevamente futuro escritor, porque así se lo había jurado a Octavia, pobre, porque era joven (aunque claro, comparado con los otros...), y por lo tanto feliz en París, que era una fiesta con Octavia, llamé a este tipo de amor el amor alado.<sup>271</sup>

Y París seguirá siendo una ciudad feliz hasta que se casa Octavia y la abandona; y después en sus reencuentros. Pero nunca ya será lo mismo, sino más bien un vivir de los recuerdos de cuando eran felices. Y lo que se nos está contando, no lo olvidemos, es "un recuerdo de los recuerdos de cuando eran felices..."

Y París se hará insoportable cuando Octavia desaparezca definitivamente (él así lo cree) de su vida. Entonces se irá a Perú a "escribir guías turísticas" para el "gran Lalo..." Y vuelve cuando Octavia le reclama, ya

<sup>268</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., pp.25-26.

<sup>269</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.268.

<sup>270</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.164.

<sup>271</sup> *Ibíd.*, p.177.

no a París, sino a Milán.

### **3.1.1.5.- La última mudanza de Felipe Carrillo: Perú-París-Madrid-Perú-París**

En *La última...*, el espacio físico donde empieza y termina la novela sigue siendo París. Desde aquí, el protagonista intenta otras mudanzas, impulsadas, como ocurre con los protagonistas de las novelas de Bryce y de muchos otros: por la presencia de una mujer, el Madrid de Genoveva, y en un último intento, Perú, lugar de origen de Felipe Carrillo.

París será, igualmente, el lugar de reflexión y donde se escribe la historia, recién ocurrida, a juzgar por las acotaciones.

En *La última mudanza...* hay variaciones con respecto a los otros relatos, porque Felipe Carrillo es un arquitecto peruano "de éxito" en París, casado felizmente con una francesa, antes de que los lectores lo conociéramos. Y aunque sigue conservando un estilo arquitectónico oriundo:

En mi exilio, por más alegre y voluntario que fuera, no impidió, sobre todo los duros años de la Escuela de Bellas Artes y el restaurant universitario, una cierta amargura, un cierto cansancio y una sensación de desarraigo que aún recuerdo con tristeza. Sólo entonces comprendí que no podía quedarme ahí, que tenía que saber lo que realmente buscaba. Y aún recuerdo que me dije: 'encuentra lo que buscas, aunque no lo encuentres'. Es decir, concóctete a tí mismo y acepta tu destino ciegamente (...) A partir de ese momento, mi desarraigo se convirtió en sinónimo de libertad.<sup>272</sup>

Ese desarraigo le lleva a la libertad y al arraigo, por lo menos mientras vivió Liliane -su mujer-. Pero no es ésta la historia que se nos cuenta, que correspondería a un primer capítulo inexistente que se titula " Ausencia del primer capítulo ", aunque se llame como se llame existe, claro, pero lo que evidencia el título es que la historia anterior de Felipe no es materia que corresponda a este libro concreto. Sí lo es, el intento, no buscado, de rehacer una vida con otra mujer. Y esto es lo que se nos cuenta, lo que él intenta que sea "la última mudanza".

En principio, como en las otras narraciones, el sujeto subjetiviza el entorno, que no es tal sino los ojos de quien mira. Felipe Carrillo ha conocido a Genoveva, y su consecuencia es inmediata:

...mi departamento como que había embellecido, Montparnasse, el barrio al cual me había mudado al fallecer Liliane, como que también había embellecido, lo mismo sucedía con la rue Vavin y con el edificio de la rue Vavin en que quedaba mi apartamento. Embelleció también, de pronto, el distrito 14, porque en él se hallaba mi ateliere, y todos mis proyectos empezaron a convertirse en maquetas rodeadas de grandes espacios verdes por los que transitaban felices y vestidos de novios mis colegas y secretarias.<sup>273</sup>

Después, fracasada la relación, con un primer intento de "acomodo" en Madrid, y, más tarde, una "luna de miel" en "el Espinar" que acabó en luna de hiel y el ego por los suelos, Felipe vuelve a París, y la sigue encontrando espléndida: "regresé a París, como quien regresa del infierno a París, o sea que la encontré bella, francamente bella, muchísimo más bella que nunca."<sup>274</sup>

Otra vez, a diferencia de cualquiera de los otros personajes de las novelas de Bryce Echenique, Felipe Carrillo logra el equilibrio y la armonía en París, lo estamos viendo, y eso porque, por primera vez, el personaje ha estrechado lazos con la capital francesa.

Hay un segundo intento de reconciliación entre Genoveva y Felipe Carrillo, una última esperanza, en Piura, y en su playa de Colán. Es un viaje que también fracasará porque el recorrido está pensado y proyectado desde la nostalgia, y como tal terminará mal porque aquella da más de lo que existe, y de la confrontación se

<sup>272</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., pp.68-69.

<sup>273</sup> *Ibidem*, p.64.

<sup>274</sup> *Ibidem*, p.111.

sale "magullado".

Además se suman dos circunstancias ajenas, una atmosférica, "el Fenómeno del Niño" que arrasa Colán y toda la comunicación con el exterior eso que "la gente le llama la Corriente del Niño, y te voy a explicar una vez más por qué. Cada año, Genoveva, más o menos alrededor de la navidad -por eso se le llama Corriente del Niño Dios, también- (...) empuja hacia afuera y a la de Humbolt, de tal manera que sus aguas calientes bajan por la costa peruana..."<sup>275</sup> a la que se añadió el "fenómeno del niño de Genoveva": "la pareja más sólida de todo Madrid", que arrasó todo intento de comunicación interior.

Se puede decir que el espacio recorrido por Felipe Carrillo en *La última...*

es cíclico: Perú-París-Madrid-París-Perú-París. Y en esta ocasión la Ciudad Luz le da la serenidad que otros afectos, la nostalgia del Perú y de lo peruano no le dieron porque: "Ese hombre cayó en una trampa inconmensurable de la nostalgia pero ahora ya se ha escapado de ella y de vez en cuando siente la brutal necesidad de llegar hasta los brazos de Catherine..."<sup>276</sup>. Primero con Liliane, y en su vuelta de Colán, con Catherine "desabrazada también" y francesa, con la que se prevé, por lo menos, una esperanza de "futuro".

### **3.1.1.6.-París otra vez**

Y París nuevamente será el lugar donde habite otro de los protagonistas de una de las tres novelas breves de que consta *Dos señoras conversan*: " Los grandes hombres son así. Y también así ". Santiago, un peruano venido a Francia por una razón un poco "absurda", vista desde fuera:

...Me vine a vivir a Europa porque el porcentaje de arañas, sobre todo en las ciudades, es infinitamente menor que en el tercer mundo peruano. Por consiguiente, las posibilidades de toparse con un monstruo de ésos es muy remota, siempre y cuando te abstengas de salir al campo, ese horrible lugar en que los pollos se pasean desnudos, a decir de los civilizados ingleses.<sup>277</sup>

La novela empieza marcada por un acontecimiento ocurrido en el Perú, la muerte de una mujer a la que Santiago amó, casada con su amigo Raúl, que es quien le comunica la noticia.

Este hecho pone en relación a los dos amigos unidos por la desgracia común. A partir de aquí los recuerdos son rememorados por un narrador omnisciente, pero próximo a la visión de Santiago, a lo que se une las páginas de un diario que el protagonista guarda desde la adolescencia (en él se nos van dando datos acerca de la relación entre los tres personajes: Raúl, Eugenia y Santiago); y en el que sigue anotando todo lo que para él es importante.

Estos recuerdos nos llevan al Perú de la adolescencia, en los años en que conoció a Raúl y Eugenia, por separado primero, y unidos más tarde por el matrimonio. Ambos, en un momento de su vida "activa políticamente" huyeron a Europa. En París se consolidó aquella amistad interrumpida circunstancialmente.

Perú, Lima en concreto, fue la ciudad donde Santiago y Eugenia, adolescentes, se hubieran amado si no hubiera aparecido Raúl; y París fue igualmente la ciudad en que adultos también se hubieran amado, si Raúl no fuera el amigo y el marido:

-A los dieciocho años todas soñamos con casarnos con un ídolo, como los llamas tú. Pero después, no sé. Después es mucho más bonito vagar por París con un hombre como tú. Te lo digo en serio, Raúl...

(...)-Amor...

-No me digas amor, imbécil. ¿No te das cuenta de que Raúl está vivo y que yo me moriría si le pasara algo?

---

<sup>275</sup> *Ibidem*, pp.12-13.

<sup>276</sup> *Ibidem*, p.215.

<sup>277</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit.,p.171.

-Tú empezaste, Eugenia...

-No sé cuál de los dos ha empezado ni me importa. Lo único que sé es que ni siquiera estos paseos contigo por París me resultan tan...no sé qué como nuestros milkshakes en el Cream Rica.

-Lo tengo escrito en mi diario. Fueron tardes de milagro que salvaron mi adolescencia y la llenaron de recuerdos felices.<sup>278</sup>

La primera parte de esta novela la constituye los recuerdos, la segunda el viaje que hace Santiago al Perú, en el momento que se lo permite el trabajo, que tiene dos motivos concretos: "Un viaje por la selva del Perú con Raúl podía ser la solución definitiva, el tratamiento de shock que tal vez había necesitado desde niño. Y este viaje podía ser también la única manera de acompañar durante unas semanas al amigo que ahora Santiago imaginaba hundido en la miseria."<sup>279</sup>

Esta vez tampoco el Perú consigue el milagro. Raúl parece que ha olvidado a Eugenia, o por lo menos la ha sustituido por otra mujer. Y Santiago no superará su miedo, a pesar de dos anécdotas traumáticas con los arácnidos. Será París quien lo consiga, en ese enfrentamiento con la felicidad que los tres juntos vivieron allí.

### **3.1.1.7.-Perú**

Y el Perú es el lugar de origen de todos los personajes masculinos protagonistas de las novelas de Bryce Echenique y algunos de los femeninos. Así la idiosincrasia de estos personajes vendrá determinada por una forma peculiar de ser y ver el mundo. Y esta condición será también decisiva, en la relación con el resto de los países en los que les toca -por decisión propia-, es cierto, vivir, que en el caso de las novelas que nos ocupan, Francia y muy frecuentemente París, como hemos visto, será el lugar elegido.

Los personajes de *Huerto cerrado* (con excepción de "Dos indios"), Manolo, Julius de *Un mundo...*<sup>280</sup>, y otros ya adultos (muchos de los cuentos de *La felicidad...* y de *Magdalena peruana*) son peruanos que viven en el Perú, y por tanto no arrastran el problema de desarraigo físico que padecen los que eligieron Europa para su exilio voluntario, lo que no les evita padecer, a veces, desarraigo de otro tipo. A Julius, por ejemplo, este estado se lo produce la pertenencia física a una clase privilegiada, y su tendencia afectiva hacia la otra; el de Manolo será motivado por el hecho de crecer, o estar de paso de una edad a otra. Y en lo que se refiere a los personajes adultos hay que hacer diversas matizaciones.

Al protagonista "sin nombre" de "Eisenhower y la tiqui..." le pasa lo que a Julius, su visión del mundo está en contradicción entre lo que la sociedad espera de él "un abogado de buena familia, con éxito", y un sentimiento de ternura hacia la otra clase en inferioridad de condiciones, "eso que tú llamabas rebeldía, inconformismo, eso que el médico una vez llamó desadaptamiento..."<sup>281</sup>, pero con la que tampoco consigue "conectar", a pesar de haberse casado con una dependienta, o quizás precisamente por eso:

¡Ah!, gordo, cuánto menos sólo me sentiría si me gustaran las horribles flores de plástico que Carmen ha puesto en la sala de casa, qué feliz sería... Carmen... ella también tuvo sus ilusiones y a ese nivel debo haberle hecho mucho daño (...) Y sabes, es ella la que más va a sufrir cuando sepa que este año tampoco dejarán venir a tú hijita al santo. Le gusta alternar. Alternar... Ahí tienes otra de sus palabras. Y cuando la usa siento que todavía la quiero. Siento algo muy similar a cuando en vez de tráfico dijo los tráfico...<sup>282</sup>

---

<sup>278</sup> *Ibidem*, p.187.

<sup>279</sup> *Ibidem*, p.185.

<sup>280</sup> Hay que precisar que en *Un mundo...*

los hechos son contados por un narrador omnisciente y una vez ocurrido, pero con una intención de "presente" y un orden cronológico estricto. El lector, entonces, siente los acontecimientos narrados como si ocurrieran en el momento en el que son referidos. Únicamente alguna acotación valorativa nos hace ver su correspondencia con el pasado.

<sup>281</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.13.

<sup>282</sup> *Ibidem*, p.26.

O puede ser un desarraigo familiar como en " El Papa Guido sin número ", en que el enfrentamiento padre e hijo lleva a Carlos a dejar el hogar paterno.

Hay otros relatos que tienen también el Perú como referencia, y lo que nos cuentan, en forma de recuerdo, está modificado por la nostalgia, pero no del Perú (puesto que el protagonista sigue en su país de origen) sino de la niñez, por lo que tiene de paraíso perdido, entre ellos: " Desorden en la casita ", " ¡Al agua patos! ", y en cierta manera " Pepi Monkey y la educación de su hermana "; o de la adolescencia, o de la amistad...

Además, están las novelas donde los protagonistas sufren la doble nostalgia, porque están lejos de su país, sumado a la del tiempo pasado, lo que seguramente lleva a darnos una visión del Perú doblemente condicionada por la distancia temporal y espacial. Y de éstos es Felipe Carrillo, el protagonista de *La última mudanza...*, que emprende el viaje a Piura movido por la nostalgia del Perú, y lo de allí vivido en su adolescencia.

Y para terminar con la acotación, estarán los relatos en los que la vida del protagonista transcurre entre Perú y Francia, en presente (mezclado con recuerdos), en diferentes momentos de su vida. Y aquí precisaré que la vuelta al Perú desde Europa nunca será definitiva, a excepción de la de Manolo en "Dos indios", que volverá al Perú, llamado también por la nostalgia.

El Perú que se nos da en *La felicidad...*, y en *Magdalena peruana...* sigue siendo situacional y arquetípico. Define una situación y el "estar en el mundo" de una clase privilegiada, que en estas ocasiones es la del Perú, la de Lima más bien, que es la que el escritor, por otra parte, ha vivido más de cerca.

En estos relatos que voy a comentar, que ocurren en el Perú y son protagonizados por personajes adultos, hay dos puntos de vista que creo interesante comentar. Los que se cuentan en primera persona, es decir, sus narradores son también personajes de la historia, y la visión que se nos da es partidista y exculpatoria como ocurre en " Eisenhower y la tiqui... " o " Un poco a la limeña ". Y los otros, los que son contados por un narrador que no participa afectivamente en el relato, y que nos da una visión crítica y distanciadora. Y estoy refiriéndome a " Baby Schiaffino " y a " Anorexia y tija ".

Todos los personajes de estos cuentos tienen en común el pertenecer a una clase; y en su "comportamiento" nos parece ver a muchos otros como ellos. Definen arquetipos, por tanto. Todos nos hablan de una burguesía y de una manera de "estar en el mundo" a la que los personajes se ven "obligados". Obligación que casi siempre aceptan con agrado, porque sabemos que quienes quieren romper los moldes, lo hacen separándose también del medio y viniendo a Europa, en la mayoría de ocasiones (Pedro, Martín, Felipe Carrillo). Y los que se quedaron pero no siguieron los pasos establecidos, como el personaje de " Eisenhower y la tiqui tiqui tén " fracasaron mucho más rotundamente.

El resto de los personajes que fabulan por estos relatos representan otro tipo de fracaso, el interior, que compensan con una linda e impecable fachada, como le ocurre a Taquito Carrillo, un hombre casado, por "conveniencia afectiva", y enamorado de otra mujer desde la adolescencia; y al que su "gran capacidad" (palabra que se repite en el texto con machaconería significativa) -que viene a ser un don del fingimiento- le permite ser un diplomático "a la moda", y un marido como *il faut*, en un total desacuerdo entre el mundo interior y exterior: es una historia de un fracaso, llevada con "alzaditas" y "palmaditas". Y lo que aparentemente es un triunfo: una Carrera Diplomática, y un puesto "en Buenos Aires nada menos, pudo haber sido cualquier otra ciudad inferiorísima a Lima, pero no: nada menos que Buenos Aires y mira la suerte que hemos tenido de encontrar este departamento..."<sup>283</sup>, oculta el otro fracaso, que se hace evidente en el texto, pero que se anuncia "a bombo y platillo" en el epígrafe: "Yo, que tantos hombres he sido, no he sido nunca Aquel en cuyo abrazo desfallecía Matilde Urbach", y en el título del cuento: Baby Schiaffino, la mujer de la que "Taquito" siempre estuvo y está enamorado.

Pero es en " Un poco a la limeña " donde, como el título también explícita, se nos da una visión - también muy particular- de lo que puede ser Lima, para otro tipo de gente que cabrían en la calificación de "contadores bohemios de historias". Una capacidad innata que parecen tener muchos peruanos:

---

<sup>283</sup> *Ibidem*, p.76.

Me ha obsesionado siempre la oralidad como una cosa absolutamente peruana. Yo creo, sigo creyendo, que los peruanos son maravillosos narradores orales y que son seres que reemplazan la realidad, realmente la reemplazan, por una nueva realidad verbal que transcurre después de los hechos.<sup>284</sup>

La clase social que se ve reflejada en este relato -me refiero a " Un poco a la limeña "- sigue siendo la clase alta, pero la ociosa, la otra cara de la moneda que se dedica a dilapidar lo que sus antepasados han conseguido, suponemos, con esfuerzo.

Además de esa oralidad, un poco unida a la especie, hay en este cuento otras manifestaciones arquetípicas, propias de un país y de un ambiente: la mujer como objeto decorativo, que ya había aparecido en " Baby Schiaffino ", representada por la mujer del protagonista:

Ana era una esposa ideal... menos interesante rubia bonita, más llenita narigoncita bajita... y con ella... bastaba ver lo bien que lo acompañaba a las reuniones a que su carrera le obligaba bastaba ver lo bien que había arreglado y decorado su flamante departamento...<sup>285</sup>;

y que aquí aparece en un mismo rol:

Una mujer que era un elemento importantísimo de su estilo. De ella no se esperaba mucha conversación sino tan sólo una presencia que sirviera casi de adorno no exactamente de adorno...<sup>286</sup>.

Estas manifestaciones, no del Perú propiamente sino de sus "ambientes" y "mezquindades", tiene su culminación en el relato " Anorexia y tjerita ", al que se hace difícil clasificar, por sus circunstancias peculiares.

Es ésta la historia de "un medra" que recuerda a un personaje de *Un mundo...* Juan Lastarria. El retrato sigue siendo el de la burguesía subida al poder. Un poder, en esta ocasión y en la otra que acabo de mencionar, conseguido por el matrimonio con una mujer influyente. Los ingredientes de la historia son comunes: un ministro, un asunto sucio en el que se ve envuelto "por mala suerte" "porque que ministro no había robado pero sólo a él le había caído lo del caso Scamarone..."<sup>287</sup>, por el que le van a quitar el Ministerio, una querida "guachafita" y con pocas luces para compensar a la "anoréxica", a la que, a pesar de ser pellejo "sobre huesos" tenía que complacer por aquello de una ascendencia "con peso": "Claro, su padre fue ministro cinco veces media familia suya ha sido ministro cinco veces, mas presidentes virreyes y hasta un fundador de la ciudad de Lima cinco veces, si eso fuera posible"<sup>288</sup>. Unido a esto, la verdadera historia del relato que es la que la que protagoniza Raquelita, la mujer del ministro, anoréxica y desprotegida dama, pero de claras ideas: "La verdad, Joaquín, no se cómo no bombardean esos lugares. Gentuza. Gente de la ínfima que la miraba indiferente..."<sup>289</sup>, y hechos contundentes, "...con la seguridad que le da su tjerita de un millón de quilates, que si con ella se cortó las uñas la virreina..."<sup>290</sup>;

Y tú que tanto te burlabas de ella. Deberías estar con el rabo entre las piernas, Joaquín. Me puede haber costado la vida subirme en ese microbús. Que horror, ni una sola luz y la gente colgando por las ventanas. (...) Era la única manera de acercarme a casa. ¿Y qué crees tú que pasó no bien subí? ¡Cómo es esa gente, Joaquín! ¡Qué país! No había pasado ni un minuto y ya me habían robado el reloj de los diamantes. Quien podía ser más que el negro inmenso que tenía parado a mi izquierda. Se creyó que porque era una señora decente. Se creyó que porque en esa oscuridad no se veía nada. Pero no bien me di cuenta de que mi reloj había desaparecido me dije te llegó el momento, Raquelita. No se veía nada en la oscuridad o sea que aproveché para meter la mano tranquilamente en la cartera. Ahí mismito di con ella. Y la saqué. Si vieras, Joaquín, qué maravilla. Le pegué un hincón en las costillas. Se lo

<sup>284</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", *Cuadernos Hispanoamericanos*, Marzo de 1985, p. 68.

<sup>285</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.122.

<sup>286</sup> *Ibíd.*, p.162.

<sup>287</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena Peruana y otros cuentos*, op. cit, p.14.

<sup>288</sup> *Ibíd.*, p.112.

<sup>289</sup> *Ibíd.*, p.25.

<sup>290</sup> *Ibíd.*, p.16.



pegué con toda el alma, Joaquín, y ya ves tú, que tanto te burlabas de mí, tú que creías que me había vuelto loca y que me podían matar. Tú que... pobre diablo. No bien le pedí el reloj me lo devolvió. No hice más que decirle póngalo usted en mi cartera. Bien bajito por si acaso tuviera cómplices. Cobarde. Negro asqueroso. Ya, señora, me dijo, pero ni tonta. Esta gente cree que una va a ser tan bruta como para soltar y guardar su tijerita. Eso es lo que el creyó pero yo no le saqué la tijerita de entre las costillas hasta que me bajé. ¡Ay que asco, Joaquín! Límpiamela, por favor. Está toda manchada de sangre...<sup>291</sup>

Y el desenlace, de auténtico humor doblemente negro, porque al llegar al dormitorio: "encendieron la luz (...) y el reloj de los diamantes se le había olvidado sobre el tocador..." Descubrimiento que no le impidió a Raquelita quedarse dormida "plácidamente".

Es éste un cuento con un desenlace inesperado. Durante toda la narración se nos va contando "los defectillos" del marido. Lo descubrimos "trepador sin escrúpulos", infiel, con tendencias asesinas hacia Raquelita, insuflado y fanfarrón, motivos que nos hacen inclinarnos hacia la indefensión de la mujer: la inapetencia, la fragilidad, el querer a su marido "por lo que es"... Y al llegar al final del relato, en las dos últimas páginas, Joaquín Bermejo parece "un santo" comparado con la desfachatez de la mujer, a la que no vemos el menor gesto de piedad. Tras el descubrimiento del falso robo se duerme con la sensación del deber cumplido, mientras que el ministro no puede hacerlo, por un hecho en el que sólo ha sido el confidente sin réplica:

Cuando Raquelita se durmió, sonriente, feliz, después de una verdadera hazaña, Joaquín continuaba defendiendo al inmenso negro. Lo imaginaba llegando a su casa con una buena herida en el costado y despavorido. Con el mundo al revés. Había intentado explicarle a Raquelita que podía tratarse de un hombre honrado volviendo de su trabajo. Nada. Era un tipo de la ínfima. Se lo había imaginado honrado y obrero y llegando a su casa sabe Dios donde y se había imaginado una negra y unos gritos escuchándolo entre aterrados e incrédulos. Nada. Era un tipo de la ínfima.<sup>292</sup>

Las simpatías del lector se han desplazado, sorpresivamente, en las dos últimas páginas. Procedimiento muy común en la novela negra.

### **3.1.1.8.-El Perú de la nostalgia**

Los viajes al Perú del protagonista de *Tantas veces...* se realizan en dos espacios, en el de la ensoñación, la mayoría, y en el del sueño. Uno por encima y otro por debajo del nivel que llamaríamos vigilia. En la imaginación, sin referencia concreta, cuando "presenta" a la madre a la muchacha californiana que ha venido con él a París. Su madre vive en Lima, y lógicamente ha habido un desplazamiento imaginativo hacia el lugar donde ella habita:

Madre mía que estás en Lima y en mi corazón, compartiéndolo con esta gringa ahora. Y no es una gringa, mamá. Madre, te presento a Virginia y su ropa con huecos. La quiero, mamá, y estoy impaciente acerca de mi futuro. No le preguntes tanto por sus orígenes familiares. Inmigrantes irlandeses, mamá. Nacida en Tampax. Vamos, mamá, una gotita de humor y todo se arregla.<sup>293</sup>

Esta presentación, que recuerda el inicio de cierta fórmula oracional, tiene una intención formal -aparte de cumplir, irónicamente, con la parodia formalista de presentar la novia a la madre-, y es hacer que conozcamos algo de Virginia. Es una forma de extender la presentación a los lectores.

Hay dos vueltas más al Perú, en otra dimensión, antes se viajó en la imaginación; ahora será el mundo del subconsciente quien le lleve a través del sueño, un espacio simbólico según Gullón<sup>294</sup>,

Y como las ballenas, retornó a morir a sus playas peruanas, abandonando su hotel en el preciso instante en que caía despatarrado en la primera cama que encontró en el primer hotel que le

---

<sup>291</sup> *Ibidem*, p.26.

<sup>292</sup> *Ibidem*, p.27.

<sup>293</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, op. cit., p.121.

<sup>294</sup> Ricardo Gullón, *Espacio y novela* (Barcelona, editorial: Bosch editor, 1980).

señaló su libreta de direcciones. Un par de somníferos y una cita en Lima con una Sophie que sí podía vivir con él la alegría de su madre y el abrazo del amigo (...) Se adormeció con el recuerdo más bien triste de Pedro Balbuena juvenil que jugaba a fútbol a cuatro mil metros de altura allá en el Perú (...) Y se durmió en el instante en que su avión aterrizaba en la Lima que él mismo acababa de crearse con Sophie y su madre y el abrazo del amigo.<sup>295</sup>

En la segunda, un Pedro Balbuena ya envejecido, y presumiblemente instalado en el Perú desde hace unos cuantos años:

Era una de esas horribles madrugadas de la humedad de Lima, y como todos los días, desde hacía más de quince años, Pedro Balbuena abandona el 'New Ed's bar', al alba. Lo había frecuentado también en su juventud cuando aún se llamaba 'Ed's bar', y ahí precisamente había tomado sus últimas copas la noche anterior de marcharse a Francia.<sup>296</sup>

En el epílogo de *Tantas veces...* que es el primer cuento que escribió el protagonista en Francia, vuelve a aparecer Perú en el recuerdo de adolescencia (este relato, pues, pertenecería al grupo de las dos nostalgias), y de él con especial énfasis al recuerdo de la madre y de sus confidencias adolescentes.

Dentro de esa caótica novela que es *Tantas veces...* en la que se mezclan los puntos de vista -primera y tercera persona-; los espacios de la imaginación, de los sueños, de la realidad; los actos cronológicos sin precisar..., existe otro espacio textual, al mismo nivel que el resto, que es el ocupado por la novela que Pedro Balbuena va escribiendo a ratos, sobre Sophie, fundamentalmente, y en otros espacios geográficos. Pero hay un fragmento en el que la protagonista ha pasado a ser Beatrice, la muchacha "actual" de Pedro, y la narración lleva al protagonista, felizmente casado y con una hija adolescente, al Perú "para que conociera a su abuela y el país en que su padre había tenido todas las edades que ella está viviendo ahora"<sup>297</sup>. Es una historia feliz, feliz por imaginada lo cual no evita que aparezcan fantasmas.

Además de todas estas relaciones que Pedro mantiene en el Perú, hay otra factual y poco romántica. Es la relación de dependencia económica que mantiene con su país, a través del cheque que generosamente le manda su madre.

En *La vida exagerada...* el espacio del Perú es, casi siempre, recordado. Y lo es con referencia a anécdotas de la infancia: "que lindan en el trauma infantil" en casi todas las ocasiones; o de su adolescencia. Estas anécdotas lejanas en el tiempo sirven al protagonista para afianzarse en lo que dice, añadiéndole la patina del tiempo.

Y el primer recuerdo viene a razón de lo difícil que siempre le ha resultado al narrador-protagonista el hecho de navegar, en el sentido literal de la palabra y, en el otro, en el tópico de vida como navegación. En ambos ha fracasado. Únicamente le salva la escritura, esa navegación por los mares del recuerdo, anotado con todo lujo de detalles en sus "cuadernos de navegación", en un "sillón Voltaire", para evitar el naufragio. Esta navegación, la escritura, será feliz, salvo en contadas ocasiones.

En los primeros capítulos, Martín Romaña nos habla con frecuencia del Perú, porque está tratando de enlazar los dos espacios: en antes y el ahora, para darnos cuenta de las peculiaridades de su entorno.

Los recuerdos aparecen en algunas ocasiones estimulados por una referencia común a los dos espacios físicos. Puede ser la Navidad, la primera que pasa en París, la que le lleva a la Navidad familiar, pero no como a la mayoría de los mortales, para sumirle en la melancolía, sino todo lo contrario:

Un día nevó por primera vez en mi vida, y la Navidad empezó a acercarse. Nunca la había pasado lejos de casa. Me entró una alegría infinita. siempre he odiado la Navidad, y sobre todo la Navidad en casa. Allá mi familia. Que se las arreglaran con el hermano ausente en la cena pascual. Aunque seguro que también ellos estaban felices con mi ausencia. Con excepción de mi padre...<sup>298</sup>.

---

<sup>295</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, op. cit., pp.57-58.

<sup>296</sup> *Ibidem*, p.82.

<sup>297</sup> *Ibidem*, p.172.

<sup>298</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.32.

Después estos recuerdos se dispersarán, como toda la narración, y de la Navidad pasará al recuerdo del padre, a la despedida de su venida a Europa...

Más adelante, cuando ya se nos ha puesto al corriente de la partida de Inés al Perú, tras el fracaso de su matrimonio y de los ideales marxistas, Martín Romaña vuelve a instalarse en el Perú, para referirnos el momento en que Inés y él se conocieron. Y para recalcar una actitud de Inés que empezó ya entonces, y que será definitiva en su relación matrimonial:

Lo que sí es verdad es que desde entonces nuestra relación estuvo siempre basada en los defectos míos que Inés corregía siempre, y en los defectos míos que Inés perdonaba, siempre que resultaran incorregibles. Y basada también en esa confianza que se llevó con ella el día que se fue de París harta de corregir defectos que siempre creí necesario para guardarla a mi lado.<sup>299</sup>

En otra ocasión y siguiendo el mismo procedimiento -una situación compartida en los dos espacios, un viaje en autobús- vuelve a llevarnos a la adolescencia, en un recorrido de Lima a Piura. Ese lugar nostálgico de Felipe Carrillo donde ya sabemos intentó su "última mudanza". Aquí se trata de la primera, y tampoco tiene éxito. El adolescente va en busca de una muchacha por la que siente, como en otras ocasiones, esa necesidad de perdurar con ella: "...desde mi más temprana adolescencia, simplemente no logré sacar a una chica a bailar, sin soñar una vida entera con ella."<sup>300</sup> De más está decir que a esa ingenuidad se respondió con calabazas "piruanas", y con un viaje muy accidentado, que será tema de otro capítulo.

Además hay otras conexiones con el mundo del Perú que se hacen a través de los diálogos imaginados con el mago Charamama, un recurso que el protagonista llama "volverse loco un rato, pero no acabar estándolo". Charamama jamás le había defraudado en el Perú, y ahora en París lo atiende con la misma ligereza; o las cartas y recuerdos de "Merceditas", la profesora de sus años pre y universitarios, a la que debe, en gran parte, su cultura. Recurre a estos artilugios, al principio de la novela, sobre todo cuando comprueba que todo lo que había aprendido en el Perú con "aires de grandeza", en Francia aparece de un diferente color, más bien tirando a "hormiga".

Estos recuerdos se materializan cuando hay algo que le sirve de asociación, tras un proceso que nos puede pasar inadvertido. Uno de estos puentes se realiza a través del cartero y de una frase que, seguramente, era típica de Merceditas:

Como el tren, el cartero silbó tres veces aquel día, por ser las tres cartas certificadas y urgentes, y tres veces también, el suspiro fue enorme, dije *God bless his boots*, pensando en mi profesora particular de idiomas y autores transcendentales, allá en el Perú, hace siglos, pero ella había muerto sin que nos volviéramos a ver jamás...<sup>301</sup>

Fui tentado igual número de veces por la idea de no abrirle, pero luego recordé vagamente que ese respeto por sí mismo se refería más bien al teléfono, e incorporándome desde el fondo de algo, bendije botas, y avancé como pude entre los recuerdos enmarañados de Merceditas<sup>302</sup>,

o cuando Martín Romaña va a matricularse a la Sorbona y siente "ese peso" sobre los hombros:

Allí Merceditas había sustentado un doctorado que pasó a la historia de mi familia. Allí Merceditas había conocido aquel único amor de su vida, del que tanto hablaba mi abuelita, allí Merceditas lo había visto partir a la guerra. Allí lo había esperado (...) El muchacho francés no regresó nunca del frente, Merceditas sustentó su tesis, allí, y regresó al Perú para darle a mil jóvenes como yo el cariño por la vida y la cultura que no pudo compartir con ese joven cuyo nombre nadie supo nunca en mi familia.<sup>303</sup>

---

<sup>299</sup> *Ibidem*, p.90.

<sup>300</sup> *Ibidem*, p.439.

<sup>301</sup> *Ibidem*, p.14.

<sup>302</sup> *Ibidem*, p.16.

<sup>303</sup> *Ibidem*, p.36.

Hemingway le mitificó París; un montón de canciones sobre la primavera francesa le mitificó esa estación: "Como sucede a menudo en París, llegó la primavera pero el invierno continuó como si nada. No sé de dónde han sacado tantas canciones sobre la primavera en París. Yo casi no la recuerdo sino en disco."<sup>304</sup> Y Merceditas tuvo su parte en hacerle creer que la Sorbona era algo más que una Universidad. Decepción tras decepción le sirvieron para desnudar París de sus supuestos encantos, y para vestirla con los ropajes que realmente lleva, porque hasta Nôtre-Dame "estaba exacta que en Lima, aunque tal vez sí allí en Lima irradiaba un poquito más"<sup>305</sup>.

En *El hombre que hablaba...* Martín se ha convertido casi exclusivamente en lo que dice el título, un hombre que hablaba de Octavia con todo el que quería escucharlo y con el que no. El espacio dejado por la ausencia de Octavia (se casa y se va a vivir a Milán) es ocupado por su recuerdo, expresado, en los primeros años, en forma oral a dos voces:

Nadie me creía, nadie me hacía caso, hasta me tomaban por loco cuando te daba la palabra, imitando tu voz brasileña (mierda, les explicaba, si hay voces argentinas, por qué no las va a haber brasileñas), para que tú misma, en vista de que siempre estabas ausente, les dijeras que en todo estabas de acuerdo conmigo y que todo era verdad, para lo cual hipaba y tosía, incluso, igualito a tí, sí, exacto, y te juro que a veces lo hacía tan bien que me entraba una alegría frenética por lo presente que estabas...<sup>306</sup>;

y después en forma de escritura (pero esto ya mucho más tarde y estimulado por "unas mujeres de la vida alegre" que encuentro en Palencia, y que supieron escucharle, con atención, hasta que acabó con la larga historia de Octavia de Cádiz. Y no solamente le escucharon sino que fueron "dignas narratarías" de esa historia oral): "... esas mujeres trabajaban en lo que se ha dado en llamar el oficio más antiguo del mundo y yo trabajaba en lo que debe ser el segundo oficio más viejo del mundo: contar una historia y que te hagan caso. Por más triste que sea. Además, a menudo, todos terminábamos desternillándonos de risa..."<sup>307</sup>.

Y así Martín vive tan ensimismado en su propia historia que el Perú le queda lejos. Ya no hay diálogos con Merceditas, ni con Charamama, ni tan siquiera recuerdos de infancia. Toda la energía la transforma en evocar a Octavia.

Hay dos ocasiones de excepción. Una cuando sueña que se casa con Octavia en Perú, porque Octavia es peruana en sueños; sin embargo a la salida de la iglesia la muchacha lo hace del brazo de un italiano altísimo, el verdadero marido de Octavia (la importancia está más en el hecho que en el lugar en sí, aunque es significativo que elija Perú para el acontecimiento). La segunda, es la vuelta real al Perú tras el fracaso de todas sus ilusiones. Eso sí, está en posesión de dos "cuadernos de navegación" que el gran Lalo, un amigo peruano, le guarda en París hasta que Martín decida qué hacer con ellos.

En el momento de su partida, el protagonista se da cuenta de un montón de coincidencias entre ese momento y su llegada a París:

Estábamos en el año de gracia de 1984 y que gobernaba el Perú, en su segundo mandato el Arquitecto Fernando Belaúnde Terry, que también gobernaba el Perú en 1964, año de mi partida a desgracia, perdón, a París. Y después me di cuenta de que era 4 de octubre y que yo había desembarcado por primera vez en Francia un 4 de octubre.<sup>308</sup>

Algo así como si nunca hubiera salido del Perú y el tiempo se hubiera detenido. Únicamente la foto de su desembarco en Dunquerque y otra reciente le hacen ver que sí había pasado algo, el tiempo y malgastado.

La vida en el Perú, diez años de escritor de guías turísticas, no llenan más que una página y media.

---

<sup>304</sup> *Ibíd.*, p.63.

<sup>305</sup> *Ibíd.*, p.31.

<sup>306</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.154.

<sup>307</sup> *Ibíd.*, p.157.

<sup>308</sup> *Ibíd.*, p.355. Esta misma coincidencia se da en Bryce Echenique que llegó a París en 1964 y lo abandonó en 1984 pero para venirse a España. Hay una anécdota personal en la que dice que incluso esperó a que se cumpliera veinte años "exactos" de estancia en París para abandonarla.

Reflejo de la "poco exagerada vida" que el protagonista lleva en su país.

Vuelve a Europa, a Milán como sabemos, llamado por Octavia para completar lo que dejó pendiente: los cuadernos de navegación, a los que añadió el epílogo con la historia de su mecenazgo, y la relación con Octavia, mucho más imposible que nunca.

Sólo una cosa había aprendido, que Octavia había sido una quimera y como tal inalcanzable. Puesto las cosas en su sitio, decide acabar la historia de sus cuadernos, dejando morir al protagonista, de una forma también quimérica: Maximus<sup>309</sup> vivía gracias a los latidos de un sapo. Era, el que controlaba su taquicardia. Mata al sapo y él muere poco después: una forma de salvar del naufragio el amor por Octavia. Muere todavía enamorado y "polvo será...", y de terminar una historia que estaba acabada ya.

Perú y Madrid serán los espacios que recorrerá Felipe Carrillo en busca de la mudanza definitiva.

Del Perú (país de origen) a París en busca de ese señuelo que, como hemos visto, arrastró a todos los protagonistas de las novelas largas de Bryce Echenique. No, esta vez no vino a ser escritor -aunque después lo fue de "pura cólera", y sólo para que "todo el mundo esté odiando al de los alias impronunciables"<sup>310</sup>. Es decir, para que no quede impune ese despropósito que le tocó sufrir al escritor accidental- sino arquitecto, y tras un periodo no muy largo ni traumático de adaptación, consigue triunfar personal y profesionalmente. Este bienestar se rompe con la muerte de su mujer. Conoce a Genoveva, madrileña de paso en París, y de aquí parte la novela, con un intento de ubicación en Madrid. Y tras el fracaso, Felipe Carrillo intenta la reconciliación en un lugar que para él reúne todas las condiciones: Colán. Acude para esta elección, a los recuerdos de la adolescencia: "Pero había otra costa peruana, para mí, muy al norte de mi ciudad natal. Sí, Tumbes y Puerto Pizarro, Piura y su maravillosa playa de Colán, donde había pasado los carnavales más alegres de mi vida..."<sup>311</sup>.

Colán no conseguirá el "encanto", mas bien acabó con la relación. Pero Felipe Carrillo cayó otra vez en la trampa de la nostalgia, de lo suyo, de sus raíces, y cambió el amor de Genoveva por el de Eusebia, una mulata de gran corazón pero de imposible relación. La diferencia es cultural, porque lo que para uno es soñar, para el otro es roncar: una distancia irrecorrible.

Esta pasión compartida sólo pudo darse en la situación en que se dio, aislados del mundo por unas inundaciones, y después en la finca de unos amigos. Trasladada al lugar habitual, en el que transcurre la vida, Eusebia no resiste la prueba:

Me fui, pues, a París con Eusebia, esa misma mañana, y ahí delante del espejo. Tres meses después de nuestra llegada, yo había perdido cuatro amigos, siete se habían alejado, y a cada rato algún conocido se me hacía el loco por la calle. En realidad, la única persona que me recibió con silenciosa alegría, que nunca protestó ni nada, fue mi pobre Liliane de oro y ultratumba.<sup>312</sup>

De las tres novelas breves de *Dos señoras conversan*, Perú es escenario íntegro de la que da título al libro. En otra es marco de los recuerdos de adolescencia y primera juventud: "Un sapo en el desierto". Y en la tercera, además de los recuerdos de esas mismas etapas, hay un viaje factual al Perú de uno de los protagonistas, peruano afincado en París, del que ya he hablado al referirme al espacio parisino. Su título "Los grandes hombres son así. Y también así."

El Perú que se nos presenta en este último relato no es especialmente amable. Santiago, el co-narrador de la historia, cuando vuelve al Perú de vacaciones es rechazado por su familia burguesa a causa de unas amistades poco deseables (Raúl, el amigo de Santiago en el Perú, milita clandestinamente en un partido de izquierdas). Después es alojado por el amigo en plan secuestrado. Para acabar con un viaje a la Amazonia, cuyo mayor ingrediente es lo grotesco.

Ya dije que el verdadero encuentro entre los dos amigos se produce en París un tiempo después. Y es también la capital de Francia la que sirve de soporte para consolidar una amistad adulta, que en el Perú no se

---

<sup>309</sup> Así llama Octavia a Martín en sus momentos de abstracción.

<sup>310</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.24.

<sup>311</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última...*, op. cit., p.135.

<sup>312</sup> *Ibidem*, pp.178-179.

consiguió.

No obstante, el Perú del recuerdo, el que quedó anotado en los diarios de Santiago, es un Perú ambivalente, de rechazo:

-Tú eres el mariconcito de las arañas ¿no? -me dijo, entre dos cabezazos.

-Sí -le respondí-, pero el psiquiatra me ha asegurado que a los siete años se me pasará.

-No necesitamos gente como tú en este colegio -le soltó Raúl.

-No, ya lo creo que no, Raúl. Pero te doy mi palabra de honor que no fui yo. Fueron mis padres los que decidieron ponerme en este colegio...<sup>313</sup>,

pero también de felicidad:

Aquella vez Eugenia apareció por la puerta del cielo y se me acercó. Fue en pleno centro de Lima, a tres cuadras del Cream Rica del jirón de la Unión. ¡Qué maravilla de recuerdo, éste!<sup>314</sup>

De diferente corte es la novela breve " Dos señoras conversan ", y los es por muchos aspectos (algunos ya han quedado esbozados anteriormente): es una obra de protagonismo femenino (quiero decir que los personajes protagonistas son dos mujeres, porque la mujer como tal tiene un gran protagonismo en la vida de los personajes varones, pero eso es otra cuestión) inusual totalmente -únicamente un cuento breve, brevísimo, " Apples " de *Magdalena peruana* lo comparte-. Además y como consecuencia el mundo que se refleja es exclusivamente femenino, aunque muy determinado por una clase alta y unos hábitos heredados del mundo masculino de sus maridos.

El espacio que refleja esta novela es limitado, como limitado es el universo de dos personas mayores, para quienes el tiempo y el espacio no pueden estar más que en relación al pasado. Un pasado que, por supuesto, no puede compararse con el "desorden" del mundo de hoy. Y es que ni la literatura se salva...

Doña Estela y doña Carmela no leían ya antes de acostarse porque de un tiempo a esta parte, desde Azorín exactamente, no hay un solo escritor que no le quite a una el sueño. Habían descubierto, en cambio, que estarse las dos un buen rato, una buena media hora, dedicadas en cuerpo y alma a la limpieza de sus respectivas dentaduras postizas con productos norteamericanos -qué no nos tocaría ver en nuestra larga vida, Carmela, y pensar que hubo una vez una Lima tan linda en la que absolutamente todo se hacía con productos franceses que se vendían en la botica Inglesa, Estela- Era el mejor sucedáneo del mundo para lo que antes fue la literatura<sup>315</sup>

### **3.1.1.9.- Y de nuevo España**

España es otro país de cita frecuente, sobre todo y principalmente en el "díptico de navegación". España, además del tópico de la "Madrepatria" para los sudamericanos, es un lugar emocionalmente unido a Martín y a Inés, ambos de ascendencia española.

En *La última...* es el lugar donde viven dos de los protagonistas de la novela, y candidata, en algún momento, de ubicación permanente de Felipe Carrillo.

En *La vida exagerada...* España será un lugar ambivalente. Aquí Martín tendrá grandes amigos, en Barcelona en concreto, José Luís Lobera el psiquiatra y amigo que le cura de una depresión galopante; los Felius que le acogerán cuando "huye" de Francia, y le llenan de cariño y de favores. También será el lugar donde vivió y murió Enrique Álvarez, su gran amigo del "lugar cerca del cielo", y el marco elegido, presumiblemente por Inés o por Martín sobrio, para el viaje de novios. Y en Cádiz "visionará" por primera vez a

<sup>313</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.174.

<sup>314</sup> *Ibíd.*, p.177.

<sup>315</sup> *Ibíd.*, p.13.

Octavia. Pero por otro lado, Pamplona, también mitificada por Hemingway, cayó del pedestal de un vistazo, aunque "sobrevivió" como a tantas otras cosas:

Me fui a renacer en Pamplona. No podía irme tan mal en mi primer viaje a España. Pamplona era el dato, y a Pamplona llegué ligero de equipaje, sin equipaje, en realidad, porque aparte de una escobilla de dientes en el bolsillo superior del saco, sólo llevaba algo de dinero y esas ganas increíbles de que todo se pareciera a los libros de Hemingway. Bueno, en efecto, el asunto se parecía a los libros de Hemingway, pero entre que se parecía mal y se parecía demasiado. No sé bien cómo explicarlo. ¡Ay, demonios!, las cosas que me tocan ver a mí. Recién entradito a la plaza principal y ya me estoy topando con tres Hemingways igualitos al que había muerto de un tiro a la garganta. Tres igualitos y cada uno con su máquina de escribir, o es que yo ya estaba muy borracho.<sup>316</sup>

En el pueblo de sus antepasados fue confundido con un delincuente y tuvo que huir "a la carrera". Aunque antes ya había comprobado la poca "amabilidad" de esas gentes de Vera: "Pasó una muchacha muy bonita, pero que no podía ser Romaña porque venía conversando con una vaca, y le pregunté por la posada. La posada era ésa. Me lo dijo con una falta de amabilidad... No, definitivamente no era una Romaña. Cualquiera en Lima le contesta mejor. Eso parecía casi París..."<sup>317</sup>. Fue el lugar de su "vía crucis rectal" -hay que añadir que la "primera estación" empezó en París y "con la ayuda involuntaria de otro compatriota". Y que en España, además, sufrió reclusión en un manicomio para desintoxicarse de la droga que "un gran carnicero" de Logroño añadió a su incompetencia profesional. Igualmente, Pedro de *Tantas veces...* estuvo en España para una cura de desintoxicación etílica, tras la ruptura con Beatrice (circunstancia que conocemos muy "de pasada" por la referencia que su compatriota, el cholo Chumpitaz, menciona en una carta).

Casi podríamos decir que los grandes sucesos (me estoy refiriendo a *La vida exagerada...*) por exagerados e inhabituales ocurren en España. Y Francia será el lugar de las "pequeñas" y molestas aventuras cotidianas de porteros, arrendatarias, burocracia, malos humores... Y sobre todo, París será la ciudad de Sophie para Pedro, de Octavia para Martín, de Liliane para Felipe Carrillo; y excepcionalmente para este último, Madrid será también la ciudad de Genoveva, la de Bravente en los momentos egregios, y la "muy cretina" en los edípicos, que fueron la mayoría. Aunque los dos países, con algunas excepciones en su clasificación; porque España puede ser el lugar, simplemente, donde a Martín "no bien pisar tierra española, desaparecían mis ronchas (...) algo así como una alergia al cuartucho techero en que vivía desde que murió mi padre y se me acabó la beca."<sup>318</sup>; o la visita a Cabreada, el pueblo de los parientes de Inés, intrascendente en apariencia, y que para Martín no tuvo mayor importancia a posteriori que "entonces no me reí pero cuánto me he reído después con el asunto ese de Cabreada. ¿De qué otro pueblo podía provenir ese personaje que, para usarla la palabra tal como la usan en España, vivía casi permanentemente cabreada..."<sup>319</sup>. No así para Inés, tan orgullosa de un marxismo que iba a ratificar *in situ* con sus parientes:

...han llegado a la ciudad de Burgos, y de ahí se han trasladado a Lerma, porque en Lerma ella tiene un primo obrero y en una fábrica, agárrame esa flor, Martín, en tu familia cuándo alguien. Claro que no lo dice, pero me lo acaba de decir con la miradita esa (...)

Fábrica. Inés pregunta por su primo, y no se si es porque está guapa como nunca (...) pero nos llevan directamente a la caldera del diablo que alimenta, alampadas de pulmón, su importantísimo primo obrero que yo no tengo.<sup>320</sup>,

para terminar en la gran decepción. Difícilmente la teoría coincide con la praxis:

Mientras tanto se le han dado de alaridos al pariente obrero y éste por fin comprende de qué se trata el asunto e interrumpe orgullosamente la cadena de trabajo porque, como nos lo explicará más tarde, es un hombre libre y hace ese trabajo porque le gusta y porque no quiere cometer la tontería de otros primos de emigrar a América. En España y con Franco se está mucho mejor. Uno pertenece al lugar al que pertenece aunque los hay muy despiadados que abandonan a sus padres viejos en el pueblo

<sup>316</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.97.

<sup>317</sup> *Ibidem*, p.103.

<sup>318</sup> *Ibidem*, p.93.

<sup>319</sup> *Ibidem*, p.471.

<sup>320</sup> *Ibidem*, p.467.

y se van a probar suerte a América<sup>321</sup>

Y París, siguiendo con las excepciones, fue la ciudad "de la gran pateadura física", alentada por los familiares, curiosamente, tanto de Sophie, como de Octavia, como de Bryce. Recojo la de este último:

Año 1971. Una adolescente se enamora de mí en París y yo no me doy cuenta porque estoy abatidísimo tras la partida de mi esposa. No puedo escribir nada, o sea que escribo *La felicidad ja-ja*. Cuando me doy cuenta de que tengo metida en casa al ser más adorable del mundo (y al más divertido), a mí me mete la policía a la comisaría, primero, y después una tremenda pateadura. Yo sigo sin entender nada...<sup>322</sup>

Y que en el caso de Martín no tuvo "más consecuencia" que un montón de puntos de sutura, sabiamente repartidos.

Y no en España, pero españoles fueron esos "grandes protegidos" de Martín del "rincón cerca del cielo", paradoja de "esa ascendencia burguesa", en la que el "Grupo" no militaba, en su posible slogan: "para el pueblo pero sin el pueblo". A pesar de que esa "ayuda de base" (como le gustaba llamarla a Pedro Balbuena) se pagara en carreras maratonianas por el corredor. Nunca con mala intención por parte de Carmen y Paco:

Paco, Carmen, y el bebe también abrieron una cuenta de ahorros, gracias a mi paternalismo (...) porque a duras penas sabían firmar y tenía que ayudarlos en todo. Una vez al mes les llegaban los avisos del Banco, y me invitaban a comer para que les aclarara el asunto, al compás de un guiso tipo dominical, que era mi terror, porque en él metían todo lo que no les habían aceptado en la cuenta de ahorros (...) Fueron los peores cólicos de mi vida (...) abandonaba su cuartito rumbo al mío, a la señal de los primeros retortijones. Media hora después, ya estaba hasta las patas, correteando de dolor, dándome toda la vuelta al corredor para no pasar por su puerta, para que no me oyeran diez veces en mi carrera por culpa del guiso hasta un wáter del techo, un rincón con un hueco en el piso, una luz que se encendía sólo al echar bien el pestillo, en fin, todos los elementos para perder varias veces el equilibrio sobre el wáter en una noche de diarrea...<sup>323</sup>

Y española fue también, en París, la portera Soledad, a la que regaló el "bouquet" de la boda de Octavia (confieso que se quedó una flor), para intentar compartir su "soledad".

Y en casa de españoles (apartamento que más tarde fue alquilado por Martín, y en el que escribió -en el sillón Voltaire ya presente en esos primerísimos tiempos- todo el díptico) se decidió, presionado un poco por las circunstancias, es cierto, la boda de Martín e Inés, con reticencias por parte del novio, porque en "su esmerada educación" no cabía una boda sin refrigeradora, ni perro fino capaz de saltar de un trampolín a la piscina.

Y España será el lugar elegido por un sudamericano que vive en París, para pasar sus vacaciones de verano porque "allí tenía amigos, porque veneraba al Quijote y porque quería ver torear al Viti"<sup>324</sup>; todas razones convincentes e irreprochables. Y ya lo que sigue pertenecerá al espacio del deseo, por tanto a la imaginación, estimulado por un español que conoció en París: "-¡ Hombre!, un viaje en tren en esta época puede ser muy entretenido. Ya verás: o te toca viajar con algunas suecas o alemanas..."<sup>325</sup>

Él empezaría hablando de Igmarr Bergman, los españoles invitando vino, todos hablarían a los diez minutos pero media hora después él ya sólo hablaría con la muchacha sueca con que se iba a casar, ya no volveré más a mi patria (...) tan incompatible con los ojos negros inmensos enamorados de Soledad, la guapa andaluza que le llevó a los toros (...) que lo adoró mientras el Viti les brindaba el toro, tan incompatible con, triunfal Santiago Martín El Viti... Todo, todo le iba a suceder, pero antes, antes, porque después, después volvería a estudiar a París.

---

<sup>321</sup> *Ibíd*em, pp.468-469.

<sup>322</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Algo sobre mi vida", *Jano*, Marzo de 1988, p.125.

<sup>323</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., pp.134-135.

<sup>324</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.141.

<sup>325</sup> *Ibíd*em, p.142.



Las cinco sacaron el rosario y empezaron a rezar (...) Iban limpiísimas las cinco monjitas...<sup>326</sup>

Y Barcelona será el lugar del encuentro con los Linares en " Antes de la cita con los Linares ", un relato que se está escribiendo a la par que lo conocemos. Los Linares son unos amigos españoles del protagonista-escritor, con los que ha quedado citado hace un mes. Mientras los espera -llega muy adelantado a la cita, ante el temor patológico de no encontrarlos- improvisa lo que estamos leyendo.

Posiblemente los Linares sean Mercedes y Antonio, a quienes dedica el relato (con lo cual ya andamos otra vez en el dilema, inaceptable para algunos críticos, de confundir al escritor con el narrador de la historia...) Además, el relato está rubricado en París (Bryce siempre menciona el lugar donde ha escrito el texto) y no en Barcelona, pero...

"Dijo que se cagaba en la mar serena", otro relato de *La felicidad...*, tiene como escenario Zaragoza, en un recorrido por España en el que el protagonista no tiene una intención deliberada del lugar en concreto: "No soy de Zaragoza, nunca había estado allí, y si bajé del tren en esa ciudad fue precisamente porque no conocía a nadie y porque andaba un como tristón al cabo de un largo viaje, pueblos, trenes, ciudades..."<sup>327</sup>

"Muerte de Sevilla en Madrid", como ya nos anuncia, tiene como escenario nuevamente España. Y de allí, de la capital, los recorridos programados de cualquier viaje organizado: el Museo del Prado, el Palacio Real, Toledo...quizás interesante para alguien que hubiera venido a España con una intención turística; no para Sevilla, aquel antihéroe que hemos visto anteriormente, con un universo tan cerrado como sus complejos, o viceversa. Y este viaje lo hizo movido por la

"Resignación", dijo la tía Angélica, cuando Sevilla le contó que no le quedaba más remedio que viajar, que lo habían entrevistado, que lo habían fotografiado, que no lo habían dejado explicarles que, en el fondo prefería no partir. Sevilla andaba preocupado...<sup>328</sup>

En Madrid todo fue unas diarreas físicas y psíquicas que le impidieron cualquier goce, y que acabó en suicidio.

Y Jaén y "los aceituneros altivos" es el lugar de parte de la historia de "El gordo más incómodo del mundo", pero sin que, tampoco, la ciudad sea determinante para el relato.

Además Sigüenza fue un lugar de recuerdo grato en la mente del protagonista de "En ausencia de los dioses". Y la Bahía de Pollensa es el lugar donde vive el también peruano protagonista de "A veces te quiero mucho siempre".

Por último en *Magdalena peruana...*, Madrid será el escenario donde se traslada una familia limeña, rentista, por un enfado incongruente con un amigo. En realidad el lugar elegido para el exilio había sido Francia, pero "los quince años que (...) vivieron en Madrid, porque las rentas peruanas de su padre no daban ya para una vida en París".<sup>329</sup>

### **3.1.1.10.-Otros lugares**

En *Tantas veces...* México, California y New York son escenario de algunas de las anécdotas del libro.

California será el lugar donde conoció a Virginia, referencia que nos llega a través de un narrador una vez pasado, que adopta el punto de vista de los recuerdos de Pedro y de Virginia (de esta forma la visión de lo ocurrido es perspectivista). Y México será el país en que la perdió (en realidad la había perdido en el momento en que se fue de París. En México ratifica la pérdida). Pedro acude allí tras el señuelo de unas cartas que Virginia le escribía, pidiéndole que fuera.

---

<sup>326</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.143.

<sup>327</sup> *Ibidem*, p.63.

<sup>328</sup> *Ibidem*, p.203.

<sup>329</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, op. cit., p.179.

El viaje tiene dos versiones, una la que le proporciona el sueño -una forma de viajar sin tantos riesgos-, con un final felicísimo; y la otra la de la búsqueda inútil, por decepcionante, en Cuernavaca, lo que lleva a Pedro a pensar que "el nudo en la garganta con que la buscaba por calles y plazas ya lo había sentido por otras calles y plazas de su vida, y que era precisamente por eso que la buscaba así..."<sup>330</sup>. Habrá otro México, el de Virginia, que será el que a ella le hace olvidar, perdonarse más bien, su lugar de origen de país rico y dominador. Para ella Pedro no encaja en Cuernavaca por todos esos ideales puestos en funcionamiento en México:

-... ¿Me acompañas a la estación?

-Te he dicho que no quiero que me vean contigo.

-Pero encontré una solución para eso. Virginia era la muchacha norteamericana que se paseaba por Cuernavaca como por su casa. La gente que caminaba por la calle la conocía y la respetaba y ella conocía y respetaba al pueblo mexicano. Yo la seguía, maliciosamente, pero Virginia no sabía quién era yo y jamás hubiera tenido que ver con un tipo como yo. Yo era un hombre rico. Eso se podía notar fácilmente por la ropa que llevaba puesta y en el desprecio con que miraba a la gente pobre. México era América Latina, Virginia amaba México y yo era un latinoamericano rico. Virginia había elegido. No había sido difícil estando en México, en medio de todo ese subdesarrollo, caminando entre gente tan humilde, tropezando con indios tan pobres (...) Yo era culpable.<sup>331</sup>

Y desde México Pedro hace otros dos viajes por el Estado. Uno a la Ventosa tras la leyenda personal de Virginia, y otro inventado para Sophie -éste anterior-, que fue tan vivo y convincente, que fue a comprobar si realmente existía lo que había imaginado. Esta otra historia, la de Sophie, tiene, además, otro fin, crearse la anécdota a conveniencia. Y mientras que en la "real" es Virginia quien le deja, en ésta es él el que "altruistamente" provoca el desenlace, humillándola para obligar a la muchacha a que tome la decisión de abandonarle, y seguir fiel a esos ideales por los que había vivido hasta entonces.

California otra vez y después New York, antes de conocer a Virginia, serán lugares de búsqueda tras las huellas de Sophie, casada en New York y después en California.

En *La vida exagerada...* se mencionan nuevos espacios. Grecia que pasa sin pena ni gloria, a pesar de su "historia". Es un viaje acompañado de un norteamericano con el que no comparte nada, salvo el dinero para el recorrido y una mujer -sin transcendencia- al final de la historia:

No hay nada peor que viajar a Grecia con un hombre que sueña con poseer un hotel. (...) Ese sueño me arruinó el viaje, y me permitió descubrir a un personaje maquiavélico, muy distinto del risueño gringo recepcionista del Georges V, con el que un par de veces había ido al cine, y que me había sugerido encontrarnos en Italia, para compartir los gastos del viaje, ya que los dos deseábamos ir a Grecia. Nada mejor que un viaje para saber con quien no volveremos a viajar más en la vida.<sup>332</sup>

Y esta inadecuada compañía y esa predisposición de Martín a haberlo visto todo "más lustroso" en el Perú hacen que el Partenón "se vea mucho más bonito en las ilustraciones de los libros de historia"<sup>333</sup>. El balance de éste viaje no aportó más que contratiempos. Grecia supuso el primer enfrentamiento dialéctico entre Martín e Inés (ella había venido del Perú a reunirse con él) y "Nunca olvidó que yo hubiese podido llegar tarde a nuestro soñado encuentro en París. Traté de explicarle que era culpa de Ernie y de su famoso hotel, pero para ella siguió siendo culpa mía siempre."<sup>334</sup> Desproporcionados y "llamativos" son los desplazamientos de Martín Romaña por cualquier lado de la geografía (Europa y América en lo que conocemos). Y aunque él confiesa que los viajes al Norte nunca le habían resultado propicios, que a juzgar por los hechos no lo fueron; tampoco los del Sur lo consiguieron, aunque hay que reconocer que Perugia, Cannes, e incluso Grecia pudieron parecer agradables, o muy satisfactorios, teniendo como patrón a los recorridos por el Norte.

Y Martín se va a Londres y Escocia a pasar esas Navidades en que "nevó por primera vez" en su vida

<sup>330</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.60.

<sup>331</sup> *Ibidem*, pp.62-63.

<sup>332</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.76.

<sup>333</sup> *Ibidem*, p.73.

<sup>334</sup> *Ibidem*, p.83.

de París. En Escocia a casa de unos amigos peruanos, los Aldana. Y con éstos y otros amigos escoceses a cenar a un *cottage* inglés *made in Great Britain with a very serious scothish people*, y todo empezó cuando:

...decidimos no ir a misa de gallo, y en cambio nos soplamos un par de botellas de Whisky, recordando el Perú, lo cual obviamente nos llevó a una desenfadada discusión política.

Seguíamos desenfadados cuando entramos al delicioso *cottage*, en el que todo había sido preparado para que se hablara en voz baja (...) Yo resulté ser una especie de huésped de honor (...) por lo que me tocaba sentarme al lado de la dueña de la casa (...) Después venía una buena docena de invitados más, todos escoceses y todos provenientes de otros deliciosos *cottages* de la región, y casi al otro extremo de la mesa me habían colocado al huevón de Aldana que seguía acusándome de no entender nada de lo que pasaba en el Perú (...) O sea que no me quedó más remedio que empezar a gritárselo de un extremo de la mesa (...) La cena transcurrió íntegra en castellano, sin que nadie allí entendiera ni papa, y conmigo comiendo a un ritmo diferente a los demás (...) En realidad, por discutir, no me di cuenta de que el dueño de la casa había tomado la precaución de instalar a su linda esposa al otro extremo de la mesa, y sobre sus rodillas (...) En fin, por discutir no me di cuenta de nada y esperé de pie, muy educadamente, que la anfitriona se sentara primero. Esperé hasta el postre.<sup>335</sup>

La cita es larga y expresiva y huelga todo comentario sobre lo que allí ocurre (por tanto no lo voy a hacer). Si precisaré que es una situación humorística para los lectores que consigan imaginar la escena (hay el atenuante de que los anfitriones son escoceses, no ingleses, aquéllos mucho más expresivos y "ruidosos", pero claro, entre poco y mucho...) y resultará humorística (hay un componente individual en la apreciación de un humor u otro) por la distancia afectiva y ambiental del hecho. Probablemente a los oriundos no les resultó, como tampoco, imagino, se lo supuso a la mujer de Aldana, implicada directamente, pero sin participar acaloradamente en "el coloquio".

Y todo lo expuesto, además de mostrar la anécdota -ocurrida en un espacio muy típico inglés-, viene el hecho de apuntar cómo se comporta el humor, en el que me extenderé al hablar del espacio formal.

Por esto no fue nada a nivel personal, comparado con lo que después sucedió. Aquello fue una situación de "acaloramiento" provocada por las botellas de whisky y por la discusión. Ésta de pura hibernación contranatura:

El verdadero desastre empezó en el tren a Londres. No sé qué tren era. Sólo se que era un tren al que se le había malogrado la calefacción, y que un joven atleta escocés que viajaba conmigo empezó a llorar de frío. Cerrábamos la puerta del compartimento y nos helábamos. La volvíamos a abrir y nos helábamos. Él hacía gimnasia y lloraba. Yo lo miraba llorar, me ponía a hacer gimnasia, y me helaba de frío. Salíamos a dar una carrerita, por el corredor, pero todo el mundo estaba dando una carrerita por el corredor y regresábamos helados, peor que antes. Cuando llegamos a Londres, el muchacho realmente estaba con una rabieta de frío. Pero al que le dio la pulmonía fue a mí.<sup>336</sup>

Y Martín, ahora con Octavia, se va a Bruselas. Fue un viaje "programado" con motivo de la exposición de un compatriota en aquella ciudad. Julio Ramón Ribeyro -personaje y amigo en la vida real y en la novela- incluyó a Martín en el grupo de amigos, para aliviarle de su "neurosis" agravada por el abandono de Inés.

Lo que fue pensado como un viaje sin alicientes, se convirtió en un viaje extraordinario, gracias a Octavia de Cádiz y a su estrategia:

Octavia acababa de contarme que se había escapado de su casa. En fin, no es que se hubiera escapado pero sí había inventado toda una coartada para poder venir. Sí, sus padres sabían que se iba a Bruselas por un par de días, pero no con esta banda de locos encantadores. Creen que voy invitada por unos primos belgas y que estoy viajando con dos amigas más...<sup>337</sup>

Fue un viaje *blue, blue, blue*, como le gustaba a Octavia. Un destartalado hotel añil y una habitación compartida

---

<sup>335</sup> *Ibidem*, p.46.

<sup>336</sup> *Ibidem*, pp.46-47.

<sup>337</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.95.

con otro amigo no fue óbice para una felicidad plena. Fue el lugar de Octavia. La única ocasión en que Martín no tuvo que compartirla con nadie -bueno sí con el amigo, pero de otra forma-; fueron tres días de dedicación plena. Jamás, a lo largo de toda la relación volvieron a darse unas circunstancias tan favorables, porque Octavia, después de estos días, propone a Martín fugarse a California. Fue la primera y última oportunidad que le ofreció la muchacha, de la que no quiso aprovecharse. En su ingenuidad creyó que la familia de Octavia acabaría aceptándole.

Años más tarde, cuando escribe en el cuaderno rojo y rememora la escena, piensa que "no fugarse con ella, entonces, es el último delito que he cometido en mi vida"<sup>338</sup>.

Bruselas fue el lugar donde Martín y Octavia se desearon y consumaron su amor. Pero podría haber sido cualquier otra ciudad:

¡Dios mío! Pensar que estábamos en ese tren rumbo a Bruselas. ¡Dios mío!, hoy, porque ya nunca volveré a tomar un tren con Octavia de Cádiz, y ¡Dios mío! (...) Nada menos que a una fiesta en Bruselas. Bueno, pero qué importa Bruselas. Sebastopol habría sido Bruselas, igualito, exacto, que diferencia ya para Martín Romaña entre Sebastopol o Bruselas...<sup>339</sup>

También aquí lo importante fue el qué no el donde.

California fue para Martín y Octavia aquel lugar donde pudieron amarse con sus verdaderos nombres. Allí le propone fugarse la muchacha, desde Solre, y Martín rechaza la ocasión por "lucidez", unida a principios de clase. Fue una historia que quedó en expectativa jamás lograda, y quizá por eso saltaba del subconsciente de Octavia, cuando desataba esas ataduras mentales, que se impuso para ¿salvar a Martín?, en esos momentos incontrolados:

...fuimos aquel acto de amor en el que nos bendecíamos con los nombres más tiernos que conocimos: Maximus (...) Colonnello (...) Cádiz... Y entre estos nombres, siempre, ella repetía la palabra California mientras yo continuaba a la deriva sobre las olas gigantes del Pacífico, que era el diván más grande del mundo (...) O sea que lo más probable es que a fuerza de bendiciones, ella haya vivido toda esa historia conmigo en California. Como si se hubiera fugado con otro Martín Romaña, aquél de los muchos nombres, porque yo me negué a fugarla conmigo a California con nuestros únicos nombres.<sup>340</sup>

Y Boston será el lugar elegido -seguramente será una elección basada en algún hecho concreto de la vida real, dada la recurrencia- para morir. Y lo será porque allí acuden los personajes que sufren alguna lesión pulmonar (imagino que tuberculosis, en el caso de Cinthia, de *Un mundo...* lo es). La hermana de Julius fue a Boston a restablecerse y nunca volvió. Al "último dandy" de *La vida exagerada...* la madre de Martín le aconseja sobre lugares donde puede curarse una enfermedad que padece y le comenta:

-Señora -intervino Inés, con la voz serenísima que usaba cuando realmente estaba harta de algo-, José Antonio tiene una enfermedad grave y extraña.

-Estoy segura que en Lima mi primo Fortunatito lo cura en un dos por tres. Fortunatito es un sabio; lo que pasa es que dicen que toma drogas y por eso la gente le tiene miedo. Pero recuerden ustedes que al presidente Benavides le quitó una tos que ni en Boston se la lograban calmar...<sup>341</sup>

El protagonista de " ¡Al aguas patos! " recuerda sus primeros años en Chosica, y el deterioro de la familia a partir de un momento concreto:

Hoy simplemente un escalón más hacia abajo, el último tal vez y piensas inmediatamente en la casa de Chosica. Nunca la has vuelto a ver. Para ellos todo empezó cuando murió tu hermana pero la muerte de tu hermana qué fue para tí más que la prolongación durante largo tiempo de su estadía feliz

---

<sup>338</sup> *Ibidem*, p.135.

<sup>339</sup> *Ibidem*, p.71.

<sup>340</sup> *Ibidem*, pp.148-149.

<sup>341</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.270.

en Estados Unidos. Ella vivía feliz en Boston...<sup>342</sup>

En "Un poco a la limeña" es el protagonista el que va a Boston para curar unas dolencias cardíacas "inventadas". A pesar de su "mal color" consigue recuperarse.

Hay otro lugar que se sale absolutamente del contexto del que vengo hablando. Se trata de Sudáfrica, escenario de uno de los recuerdos -uno que le gusta especialmente a Daugther- del protagonista de "En ausencia de los dioses"; un título que refiere al ahora, en que, efectivamente, los dioses no estaban de su parte. La otra anécdota, desde el recuerdo ya lo he dicho, cuenta un hecho de cuando los dioses estaban *todos* a su favor. Circunstancia que explicaría el éxito de la aventura que aquí se cuenta: la huida, del protagonista blanco y un amigo poeta keniano, en una motocicleta y:

...desafiando a la inmortalidad, lo iba a sacar de ese país de mierda y que iban a llegar a Mozambique y que literalmente se tenían que cagar de risa ante la presencia de cada patrulla de la Policía disparando contra su indomable motocicleta, enorme, roja como el fuego que le latía en las sienas y en cada vena de su organismo. Su emoción era brutal y cuando Cornelius se le acercó se puso de pie para besarle y decirle que tenía la bendición de los dioses...<sup>343</sup>

O Ithaca, lugar ingrato, lleno de mujeres horribles como miss Nipsky y *all the others Next Husbands*, a donde el protagonista escritor va a dar una conferencia "no programada", con la hecatombe que supone alterar el ritmo de la previsión americana.

### 3.1.2.-El espacio de la Historia

El Perú y Francia en su Historia, con mayúsculas, son espacios mencionados en la obra narrativa de Bryce, sin ningún afán proselitista. Simplemente como una forma de ver los hechos, y lo manifiesta poniéndolos en boca de algún personaje, y que el lector juzgue.

Pedro Balbuena, un poco borracho, es cierto, y con una clara intención de "épater le bourgeois" habla del Perú en los siguientes términos:

El Perú es un país con dos tipos de problemas: los que se solucionan solos, y los que no tienen solución. (...) ¡Pero! gritó Pedro, yo he venido aquí para hablarles de un *tercer* tipo de problemas, o mejor dicho de un problema fundamental que políticos corrompidos y burgueses, en complicidad con una iglesia *muy* a menudo complicada en el asunto (agárrame esa flor, padre), esconden bajo el banal lugar común con que acabo de iniciar mi conversación con ustedes, más que para estimularlos o ganarme fácilmente su simpatía, para hacerlos reaccionar, e incluso para provocarlos. El problema al que me refiero es, queridos amigos, el de la presencia del imperialismo yanqui en mi país, problema que *sí* tiene solución, señores.<sup>344</sup>

Esta charla, dada en el colegio donde estudia Beatrice, es el colofón de la historia adolescente de Beatrice, aquella muchacha enamorada en principio del Perú "romántico", hecho carne en su profesor de geografía, al que dejó de querer cuando se quitó "el poncho" (es decir, dejó de hablar del Perú...), y que después quiere continuar con Pedro, por lo genuino (su profesor probablemente era francés), fascinada por las historias con que el doctor Chumpitaz, también peruano, quiso contarle acerca de ese Perú tan "exótico". En esta ocasión (hubo una época en París por los años 60-70 en que se puso de moda "lo sudamericano" sin profundizaciones, incidiendo más bien en lo "folk", en el mal sentido de la palabra. Circunstancia que también aprovecharon algunos sudamericanos para potenciarlo ventajosamente, según cuenta Martín Romaña en *La vida...*), no se si por esta ola de *snobismo* o ajeno a ella, ser del Perú era para esas quinceañeras una carta de presentación única y ventajosa, de la que el protagonista no supo aprovecharse, demasiado abstraído por la pérdida de Sophie.

Hay otro antecedente cronológico que hace referencia al Perú en ese doble sentido de los textos y de la calle. Es el relato "Dos indios", en el que Manolo, siendo niño, se da cuenta de que hay algo que no termina de

<sup>342</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.129.

<sup>343</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, op. cit., p.34.

<sup>344</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., pp.158-159.

ir bien:

Los indios... Los indios... Hablábamos. Qué diferentes eran a los indios de los libros del colegio; hasta me hicieron desconfiar. Estos no tenían gloria, ni imperio, ni catorce incas. Tenían la ropa vieja y sucia, unas uñas que parecían de cemento, y unas manos que parecían de madera.<sup>345</sup>

En *El hombre que hablaba...* Martín Romaña entra de profesor en Nanterre, más que nada movido por la "Seguridad Social" (ya sabemos que en Francia hay que agarrarse a cualquier "papel" como a una boya). Y en la Universidad le toca explicar una asignatura llamada "Civilización y Literatura americana". Recordemos como anécdota su peculiaridad didáctica que consistía en "convencer" a través de una grabadora y de unos anteojos negros (los más oscuros del mercado por recomendación del doctor Llobera). Y en estas clases habla de la "miseria campesina, todas esas barriadas, todos esos golpes de estado, toda esa dependencia norteamericana..."<sup>346</sup>, sin tener para nada en cuenta, o más bien ignorando que la mayor parte de sus alumnos pertenecían a las clases altas, "bastaba con ver el parking de los alumnos para comprobar que Mayo del 68 había sido un incidente divertido para las deliciosas criaturas perfumadas que llegaban en impresionante mayoría a la Facultad de Letras en unos carrazos que para qué les cuento, los de los profesores daban pena al lado de los carros de los alumnos"<sup>347</sup>, y como que esos problemas les venían "un poco grandes". Ellas lo que querían era que les hablaran del Machu Pichu, de Cuzco, o de la selva amazónica y poco más.

Pero el escándalo en Nanterre y los odios los cosechó Martín, cuando hablando de las barriadas peruanas, y a falta de contexto geográfico oriundo, puso como ejemplo práctico los alrededores de la Universidad que se veían desde las ventanas:

Monsieur Blenet no podía soportar esta situación, y sobre todo no podía soportar que yo fuera el agente castrista que había comparado Francia con América latina, cuando el escándalo de la cassette sobre las barriadas. La verdad, yo sólo quise ser ilustrativo, al terminar aquella clase y en vista de que no tenía diapositivas de barriadas peruanas, les dije a los alumnos que miraran por la gran ventana del aula, porque el campus de Nanterre estaba rodeado de barriadas mil veces más crueles que las de Lima, ya que las de Nanterre tenían la enorme desventaja del clima, porque aquí nieva y llueve y en verano se puede morir uno de calor, por lo que a toda esa miseria peruana, que tanto los ha escandalizado, le pueden agregar ustedes las inclemencias climatológicas que sufren los obreros árabes, negros, y portugueses, en esa especie de Perú empeorado que están contemplando, señoras y señoritas.

El parking entero me gritó ¡chauvinista!...<sup>348</sup>

Nanterre fue para Martín la gran decepción, "más que legado colosal parecía universidad peruana, bajo régimen militar chileno..."<sup>349</sup>.

En otra ocasión, Martín ironiza sobre "la conquista" y las tres calaveras -no carabelas siguiendo el despiste del doctor Llobera-, las tres presumiblemente de Pizarro (desconocía que fuera tricéfalo), y se permite esos juegos dialécticos con Octavia, en los que "nuestro" Pizarro además de analfabeto, o precisamente por ello, no sale favorecido:

Mira, Octavia, te dije, claro que Colón fue el de las tres carabelas, pero yo de quien estoy hablando es de Francisco Pizarro, al cual le han encontrado ya creo que hasta tres calaveras en la catedral de Lima. Les da de lo fuerte a nuestros historiadores por las calaveras de esa gran calavera.

Y tú captaste el humor y fuiste feliz porque lo habías entendido todo: Colón, Pizarro, carabelas, calaveras, un calavera.<sup>350</sup>

Alusiones que también aparecen a propósito del jardinero indio de su madre en el Perú, reflexionando sobre el

<sup>345</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, op. cit., p.20.

<sup>346</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.44.

<sup>347</sup> *Ibidem*, p.42.

<sup>348</sup> *Ibidem*, pp.51-52.

<sup>349</sup> *Ibidem*, p.40.

<sup>350</sup> *Ibidem*, p.78.

flaco favor que les hizo Pizarro, desarraigándolos primero y después convirtiéndolos en apátridas:

El problema del indio es el problema de la tierra, el de la madre tierra, (...) y no el del jardín de mi madre. Total, el pobre Serapio cultivando flores francesas, y todo por culpa del cura, el juez y el subprefecto, y por supuesto también de Francisco Pizarro con sus segundas intenciones y sus tres calaveras...<sup>351</sup>

En otra ocasión, Martín está en el frenopático, y el doctor Rasset, "que no era psiquiatra como el doctor Llobera", está preparándose para intervenir a Martín. Hay una escena en la que el cirujano está manipulando "los trastos para matar", y el protagonista de *La vida...* y del "fecaloma" relaciona un cuadro histórico en el que está Pizarro y Atahualpa, en una situación ¿parecida?:

Después vi cómo el Dr. Raset, desplegando todo su humor negro, disponía las cosas de tal manera que su maletín me volviera a pescar desprevenido. Repitió para ello el cuadro en que el último Inca del Perú está enseñando a medir oro a Francisco Pizarro, en casos de suma urgencia. Pizarro contempla asombrado lo alto que llega el brazo de Atahualpa, pero como es analfabeto, Marqués de la Conquista, una de las varias calaveras de Pizarro que se han encontrado en la catedral de Lima, y antes criaba cerdos en Extramadura, grita, por medio de intérprete: ¡Cojones!! Que se deje de falsas modestias!! Esto es un rescate!! Grítale que se empine!<sup>352</sup>

Y ya otra vez en la historia del siglo XX, los peruanos exiliados en Francia para organizar lo que será la oposición al régimen de Belaúnde servirán de excusa y tema para las críticas a Marx, "ese viejo aguafiestas", o "el autor de ese aburrido libro *El capital*"; y más que a Marx, a los problemas personales que por él tuvo (recordemos que fue él quien desplazó, en muchas ocasiones, a Martín de la hondonada y de Inés). Y de sus enseñanzas salieron acusaciones graves:

...Inés calló mi boca. Pero en este caso no fue precisamente con sus besos.

-Tu padre fue un ladrón de plusvalías. Lo dice Marx. Y también lo fueron tu abuelo, tu bisabuelo, y tu tatarabuelo.

Francamente me dolió. Que mi bisabuelo y mi tatarabuelo fueran ladrones de plusvalías, de acuerdo. Nunca los conocí, y aunque hubiesen sido asaltantes de caminos, qué diablos. Pero yo a mi abuelo lo quise muchísimo, y mi padre acababa de morir. No, no era justo.<sup>353</sup>

Y la crítica sobre todo a los que poniendo como lema y bandera el marxismo hacen de "la capa un sayo" (el problema de todas las ideologías). No obstante, y por amor a Inés, quiere integrarse en el Grupo que "era más o menos, o más que menos, los muchachos del hotel sin baños, pero ahora con seudónimos porque formábamos parte de una de las células parisinas del Partido que iba a tomar el poder en el Perú, en serio."<sup>354</sup>; aunque en función de "intelectual" -cada uno hace la revolución a su manera, sin ir más lejos Sartre, en Mayo del 68 andaba "como loco porque lo acepten de gochista; el tipo va a terminar tocando la puerta de una comisaría, a ver si lo meten preso, aunque sea un ratito, para que después lo saquen en póster como a Mao Tse-tung..."<sup>355</sup> -. Así Inés y el Grupo decidieron que la manera de Martín -ya hemos notado que no es un hombre de acción- era escribir "un libro de tema" sobre los sindicatos pesqueros en el Perú, cuando él lo único que sabía era "que en la costa del Perú había por entonces muchísima anchoveta"<sup>356</sup>; inconveniente al que se suma que,<sup>357</sup> a los únicos que podía interesar el tema, los pescadores, eran analfabetos.

Hay que reconocer que a Martín le faltaba "esa fe ciega" que querían aparentar algunos de los del Grupo, y sabe reconocer que "lograría ser un buen militante. Pero eso no era tan grave por ahora, porque para ser militante, bueno o malo, se necesitaba abandonar París, regresar al Perú, y una vez allá, empuñar las armas o

---

<sup>351</sup> *Ibíd*em, p.75.

<sup>352</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit.,p .574.

<sup>353</sup> *Ibíd*em, p.116.

<sup>354</sup> *Ibíd*em, p.120.

<sup>355</sup> *Ibíd*em, p.353.

<sup>356</sup> *Ibíd*em, p.319.

<sup>357</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Nostálgico mayo del 68", *Jano*, mayo de 1995

algo así<sup>358</sup>. Cal y arena, ese suele ser el método de las críticas: muchos son oportunistas -unos mocasines brillantes los delatan-, pero siempre está el que continúa y muere, si es preciso, por el ideal. Estos lo justifican.

### **3.1.2.1.-Mayo del 68**

Mayo del 68 fue para algunos la esperanza de que algo cambiara, para otros un juego de "niños bien"; para los terceros -el colectivo que, en teoría, iba a resultar favorecido- algo incomprensible:

Aquello de la refrigeradora resultó muy fácilmente incomprensible para los obreros afiliados a los tradicionales partidos de izquierda. Entonces los muchachos se quedaron solos con sus slogans grupusculares mientras que los obreros fueron crepusculares porque la verdad es que todos somos pecadores...<sup>359</sup>

lo que explicaría el apoyo que nunca llegó: "los cincuenta mil obreros que estaban por entrar en París"<sup>360</sup>. Y para la mayoría "el gran bolondrón" que "felizmente acabó pronto y contundentemente. De Gaulle no podía permitir semejante *chienlit*, y puso toda su enormidad en contenerlo.

Visto desde fuera y desde la lejanía temporal y un poco frivolidado, "mayo del 68" fue una gran traca que se encendió a medias, y de la que quedó sólo humo y una advertencia de que las cosas podían cambiar. Además pasó a ser una fecha crítica que dio para escribir mucho sobre el tema: "nunca se ha dicho y se ha escrito tantas cosas sobre un acontecimiento social como las que se han dicho y escrito en Francia sobre Mayo del 68. Y esto es lo mejor que se ha dicho y escrito sobre mayo del 68."<sup>361</sup> Y una cita obligada para los estudiantes izquierdistas, y poco más.

Martín Romaña vivió "el mayo francés" muy de cerca y muy peculiarmente. El Grupo participó activamente, pero el protagonista quedó desmarcado por no aceptar, a ciegas, las consignas que querían imponerle, y la verdad fue mala suerte: "Maldita suerte, la mía: justo se me ocurre mandar a la mierda al Partido cuando empieza la revolución"<sup>362</sup>. E Inés se fue con el Grupo a las barricadas y abandonó a Martín por su postura "mediotíntica" y burgués de mierda que hace la revolución desde casa. Pero estaba con "el espíritu de mayo", y preparándose un poco: "Bueno, sólo me faltaba despeinarme y ensuciarme un poco el pelo. Procedí, ayudándome con un poquito de saliva y de polvo que recogí en el jardín de Luxemburgo."<sup>363</sup>, se tiró a la calle solo, se unió a un disciplinado grupo de "callados" agitadores con una consigna clara. Y se marchó con ellos repitiendo sus gestos y creyéndose un héroe con "destino en lo universal", y en un momento dado:

...ya vamos llegando a la sede, adentro con todos, gesto y sonido y... Señor qué desea usted.

-Shiii, gesto y son...

-Mire, señor, si quiere ir a manifestar, vuélvase usted al Odéon. Esta es una escuela de jóvenes sordomudos y aquí el que manda soy yo, y no quiero tener que llamar a la policía (...) ¿Qué hacer Lenin? No te deprimas tanto, Martín Romaña...<sup>364</sup>

Lo cierto es que Martín intentó "echarse a la calle de nuevo", un poco por Inés, para que estuviera "orgullosa de él", pero también por simpatía. Años después cuando recuerda los sucesos (los de antes también eran recuerdos, pero con "intención" actualizadora, es decir en presente y con deseo de objetividad, aunque el humor de los comentarios, probablemente, sean del hoy, no del ayer), y habla sobre ellos en el cuaderno azul, no puede por menos que ironizar todo aquello, y recuerda cuando conoció a "un espíritu del 68, que estaba como pepa de mango", y a la que quiere enternecer y conquistar por sus logros revolucionarios: "sentí ganas de pedirle perdón y de explicar que muchos años atrás, en el Perú, había sido víctima de una educación privilegiada, pero

<sup>358</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.124.

<sup>359</sup> *Ibíd.*, p.281.

<sup>360</sup> *Ibíd.*, p.322.

<sup>361</sup> *Ibíd.*, p.280.

<sup>362</sup> *Ibíd.*, p.315.

<sup>363</sup> *Ibíd.*, p.319.

<sup>364</sup> *Ibíd.*, p.321.



(...) que estaba en pleno proceso de reestructuración y modernización (...), habiendo conquistado asimismo todo lo referente a largos pelos y demás señales rebeldes y primaverales, entre las cuales el blue jean y corbata ni de a huevas."<sup>365</sup> Pero bromas aparte, Martín reconoce que:

Yo había envidiado a esos muchachos. Los había envidiado con cariño, con interés, y de una manera muy sana. Entre ellos nunca necesité perder edad y estatura (...) Había querido aprender de ellos el secreto de su desenvoltura inicial, porque mucho de lo que me ocurrió durante aquel famoso mayo y después me obligaba a buscar en ellos algo que a mi me faltaba a gritos. Como que quería que me contagiaran.<sup>366</sup>

Y no sólo Martín Romaña vivió y escribió sobre el mayo francés, aumentando el volumen de lo escrito, sino que Bryce Echenique vivió mayo en sus preámbulos de la Sorbona, después en su centro, en Nanterre, y más tarde en la Universidad de Vincennes, "refugio universal de mayo del 68"<sup>367</sup>; y escribió sobre su experiencia directa en sus *Crónicas personales*, dedicándole tres artículos. Insistió en sus "Antimemorias", y en fecha tan reciente como "mayo del 95", veintisiete años después, escribe un artículo "nostálgico" sobre aquel mayo. Y aparte de la crítica contundente al Partido Comunista Francés, "oportunista que había corrido a unirse a los estudiantes. Ahora aprovechaba la oportunidad para dejar en la calle a esos melencidos...", y añade:

Hay algo que tengo clarísimo sobre Mayo del 68 y es que nadie entendió nada desde que empezó hasta que acabó y que tampoco soporta los intentos de interpretación de sus sabios pedagogos. ¿Cómo puede explicarse que una revolución tome un teatro y no la Bolsa y que quede postergada para el otoño porque han llegado las vacaciones de verano?<sup>368</sup>

Para más adelante añadir que "Mayo del 68 no soporta la historia y apenas soporta los aniversarios...". ¿Tendríamos, entonces, que borrarlo de este apartado?

### 3.1.3.-Los viajes: espacios a recorrer

Los viajes son en la Literatura Universal *leit motiv* frecuente. Claro comienzo de algo, pero también un fin en sí mismos; o como dice Baquero: "el viaje es, un motivo y hasta un tema novelesco..."<sup>369</sup>

En la obra de Bryce los viajes son siempre materia narrable y están presentes en todas sus novelas e incluso en algún cuento. En *La vida exagerada...* un viaje accidentado (es sólo anécdota) da lugar al "díptico de navegación" en todos los sentidos. En su escritura -Martín Romaña viene a Europa a "ser escritor" y lo consigue sólo "con las justas"-, y en lo que allí se cuenta, muy diferente a lo que hubiera ocurrido en su país de origen (quizá también catastrófico, pero de muy diferente factura). Este viaje, cuando tiene visos de prolongarse o es definitivo lleva al protagonista al desarraigo tal como dice Bourneuf, "el viaje está estrechamente relacionado con la noción de desarraigo, capital en toda la novela (...) Los personajes que se van (...) parten a la conquista del poder, la pasión y la felicidad"<sup>370</sup>, que en el caso concreto de Pedro o Martín fue a la conquista del poder de seducción mediante la escritura; de la pasión por cualquier mujer que les sonría -y de una manera muy especial de Sophie, de Octavia...-. Y tras una felicidad a la que aspira cualquier mortal, personaje o real, y que en el caso de esos dos personajes fue escasa.

He hablado de distintos lugares geográficos dentro de una misma novela, y lógicamente estos cambios espaciales corresponden a un desplazamiento físico. En " Con Jimmy en Paracas " de *Huerto cerrado* o " Muerte de Sevilla en Madrid " de *La felicidad...* de una forma más clara, el viaje es el motivo que desencadena todo el relato. En otros y en las novelas -donde las posibilidades narrativas son más amplias- los viajes son, con mucha frecuencia, "terapia" para un olvido: Pedro va a Perusa a "matar caballitos", o lo que es lo mismo a olvidar a Beatrice. También sirven para alejarse de unas ciudades a las que, al hacer balance de lo vivido, el saldo es negativo... Y Martín Romaña elegirá la misma ciudad para poner en orden su vida, y para que a su

<sup>365</sup> *Ibidem*, p.327.

<sup>366</sup> *Ibidem*, p.282.

<sup>367</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.55.

<sup>368</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Nostálgico mayo del 68", *Jano*, Mayo de 1995, p.66.

<sup>369</sup> Mariano Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual*, ( Madrid, editorial: Castalia, 1989), p.32.

<sup>370</sup> R. Bourneuf, R. Ouellet, *La novela*, Enric Sullà, trad. (Barcelona, editorial: Ariel, 1981), p.145.

vuelta Inés lo encuentre "tranquilo, sano, y sumamente equilibrado"<sup>371</sup>. Después descubriremos que para esto no sirvió, porque Inés escribió a sus familiares una carta, diciendo precisamente todo lo contrario: "...en ella contaba que me había encontrado excesivamente descuidado, excitado y flaco"<sup>372</sup>.

Los viajes pueden ser también búsqueda de una mujer en el caso de Pedro:

Me acuerdo de San Francisco (...) Hace once años de eso. Creo que llegué hasta la puerta de tu edificio, nunca se sabe con los porteros. Me dijo que solías almorzar en un restaurant muy tradicional que se llamaba 'Tadich's Grill'. Ahí te busqué meses...<sup>373</sup>

o de Virginia en Cuernavaca. De igual modo pueden servir para tener anécdotas para contar:

...Igual contigo, cuando me mando estos recorridos inútiles para que sepas que viajo mucho, esperando, buscando siempre, y para contarte las mil y una anécdotas de Pedro Balbuena, aunque a veces creo que uno visita algunos lugares para poder decir, al final, yo aquí no vuelvo más en mi vida...<sup>374</sup>

Otros se harán por ternura hacia una mujer y por compartir los orígenes: la Bretaña en el caso de Claudine, Lompoc en el de Virginia, los dos de *Tantas veces...* o a Cabreada con Inés, como ya hemos visto.

Algunos que empezaron gozosos, por ser los lugares a donde, desde siempre, se quería ir a confrontar lo que antes otros habían mitificado, acabaron en desilusión y caída en pedazos. París, por encima de otros, pero también Pamplona, tras la huella de Hemingway, o la Italia sthendaliana del Colonnello Richard Cantwell...

Y otros que jamás debieron ser hechos porque fueron movidos por la nostalgia, que nunca da dobles; que es el que emprende el protagonista de *La última mudanza...* a Colán. Y por último aquellos que sirven para comprobar que hay viajes que nunca tenían que haberse hecho, porque no estaban movidos por ningún deseo, como es el que hace a las Baleares Martín Romaña, invitado por Carmencita Brines.

Pero no es en cada uno de estos viajes donde voy a detenerme, pues supondría "parada y fonda" indefinida. Voy a precisar sólo aquéllos que contribuyen a dar al título su verdadero sentido, los exagerados, que lo son no sólo por lo que acontece, sino por la forma de narrarlos.

Pertenecen casi todos a *La vida exagerada...*, como es obvio, por el título y por la extensión del libro. ¿Qué fue antes el huevo o la gallina?

Se trata, en primer lugar, de dos viajes de adolescencia, siguiendo la cronología, que nos son referidos por Martín Romaña, poniéndolos de ejemplo de que algo que le estaba ocurriendo -extremado- no era nuevo, sino que se remontaba a los días de su adolescencia, allí en el Perú, "como hace un siglo...".

El primero nos lo relata para matizar esa idea de lo difícil que siempre le ha resultado navegar (habla del sillón Voltaire y de su navegación en el agua y en la vida), y para ello cuenta una anécdota que tiene que ver con su primer amor, Teresa, en un momento en que sus relaciones se estaban deteriorando; y optó, para cubrir ese hueco afectivo que empezaba a notarse, en "hacerse el hombre" para que la muchacha volviera a "considerarlo". Sin medir unas consecuencias tales, como que este libro que estamos leyendo no se hubiera escrito nunca:

...Teresa ya había cambiado mucho. Nuestro amor naufragaba, yo no tenía por qué ahogarme en forma tan espantosa precisamente entonces (...) Lanzamos el ancla en alta mar y, con el pretexto del almuerzo empezamos a beber más ginebra de la que era conveniente (...) me puse valientísimo y decidí que había llegado el momento de lanzarse al agua. Stewart no lo aconsejaba, Teresa no lo aconsejaba, y yo en el fondo de mí mismo tampoco lo aconsejaba (...) pero yo me lancé (...) Qué distinto era estar allí abajo. Pero mi carácter extrañamente ha optado siempre por la sonrisa en estos casos (...) En realidad,

---

<sup>371</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.74.

<sup>372</sup> *Ibidem*, p.84.

<sup>373</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.213.

<sup>374</sup> *Ibidem*, p.66.

lo que pasa es que detesto molestar. El yate se elevaba sobre gigantescas crestas de agua y yo me hundía en oceánicos abismos, pero siempre con una sonrisa lista en los labios, para mi próxima aparición. Aparecía y desaparecía. Aparecía nadando serenamente de regreso al yate, e incluso nadando a veces con una mano porque con la otra les estaba haciendo ese tipo de adiós del que ya llega dentro de un ratito. Desaparecía con lágrimas en los ojos, pero (...) siempre preparando la sonrisita para la próxima aparición. Y por más que me decía, ya grita pues huevón, nada. Mi carácter se negaba a asustarlos y a causarles problemas a la hora del almuerzo en el yate.<sup>375</sup>

Vemos que este es un viaje a ninguna parte, o para ser más precisos un viaje hacia la valoración del yo, del que ya he hablado al hacerlo del espacio de la adolescencia, pero que no va acompañado -no hay más ciego que el que no quiere ver- de los ingredientes necesarios para augurar el éxito.

El viaje en sí no es exagerado. Un viaje en barco puede hacerlo cualquiera, y tirarse al mar desde él, en unas condiciones no demasiado óptimas, puede ocurrírsele a unos cuantos; pero lo que resulta desproporcionado -exagerado por tanto- es la actitud del personaje ante el percance, que resultará humorística por el contraste, del que después hablaré. De momento apuntaré que el dramatismo del suceso queda sofocado por el humor.

Este viaje por mar no ha resultado demasiado feliz. Probemos otro por tierra, aunque al final, también, se acabará "mojado". Este segundo es un viaje a Piura de Martín adolescente, tras una muchacha con la que había bailado una noche. ya sabemos esa fijación del personaje: "desde mi más temprana adolescencia, simplemente no logré sacar a una chica a bailar, sin soñar una vida entera con ella". Y va a Piura tras el sueño:

...una sola pieza conmigo en todo un baile. No logré resignarme con tan poco, y días más tarde ya estaba partiendo rumbo a Piura (...) Duré dos días en Piura, porque en las dos fiestas a las que fui la chica se negó a bailar conmigo, y muy probablemente por la cara de imbécil que debí poner para hacerle sentir que deseaba vivir una vida entera con ella, con acné además de todo.<sup>376</sup>

Y aunque tras el fracaso se cogió la primera gran borrachera de su vida y frecuentó el primer burdel, estos gestos pueden ser habituales para un adolescente y en estas circunstancias. En lo que viene después, motivado en cierta manera por su falta de recursos para llegar a casa, empieza lo remarcable. Fracasa, de entrada, un intento de coseguir dinero en las sucursales "provincianas" del Banco donde su padre era un señor "tan bueno como importante". Sus peticiones eran rechazadas, una y otra vez, por "esa facha postburdelera" y esa falta de agresividad para decir "carajo, ni (...) sucursalero de mierda, ni mucho menos pruebe usted en llamar al señor Romaña a Lima"<sup>377</sup>. Apurado llega a casa de su tío Felipe Romaña; y aquí empieza "el segundo viaje", con dos partes. La primera, la de la fiesta lugareña, que servirá de acomodo "humidificador" para la otra más tormentosa:

Mi tío Felipe logró tranquilizar por completo a mi padre, e incluso logró que aceptara dejarme partir con él a Huallanca, para que visitara la gran central hidroeléctrica del Cañón del Pato. Pero por esos lugares hay fiestas en que se reúnen jefes y empleados y se bebe mucha cerveza. Mi tío Felipe me llevó a una de esas fiestas (...) y denle un poquito de cerveza o de chicha al sobrino del ingeniero Romaña para que se vaya haciendo hombre, limeñito pues es, y yo ahí dale que dale tratando de hacerme hombre (...) y bebiendo hasta por los codos (...) y a pegarme una tranca que sólo se me quitó con el escalofrío andino que me atravesó cuando a medianoche me metieron de cabeza al carro, para llevarme de regreso a Huallanca (...) Y allí empecé a querer orinar y a no querer molestar. Me urgía pegar una meada de cervecero prolongado, pero junto a mí estaba la esposa importante de un ingeniero muy importante que viajaba en el asiento delantero (...) Estaban todos apuradísimos por regresar y en esas condiciones yo no podía anunciar mis descomunales deseos de orinar. No, no deseaba molestar. Y no, no molesté. Meé dos horas sin molestar (...) Claro, no las dos horas seguidas, pero si estuve soltando de a poquitos durante dos horas. Soltaba, comprobaba que nadie se había dado cuenta, comprobaba que el asiento no se había manchado, lo cual era difícilísimo en la oscuridad, y soltando otro poquito más. Dos veces logró pasar hasta el asiento y las dos veces me las arreglé para andar secando como loco con un pañuelo (...) Cambié unas quinientas posturas para evitar que mi pantalón ya mojado contagiara el asiento, y cuando por fin llegamos a Huallanca y mi tío Felipe encendió las luces

<sup>375</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., pp.20-21.

<sup>376</sup> *Ibidem*, p.440.

<sup>377</sup> *Ibidem*, p.440.

para buscar algo que se le había olvidado en el auto, pude comprobar que el lugar que acababa de abandonar estaba impecable y que no había molestado a nadie, y mucho menos a la señora importante del ingeniero muy importante...<sup>378</sup>

Este primer contratiempo, sin grandes consecuencias, está contado desdramatizado por la distancia témporo-espacial, pero podemos imaginar, conociendo al adolescente, que para él supuso "un verdadero trauma infantil". El segundo recorrido tuvo lugar a la mañana siguiente:

...Y partimos a visitar el túnel (...) No hay nada en el mundo más aburrido que visitar un túnel (...) Pero claro, para él la cosa era muy importante y hablaba y hablaba y hablaba y órdenes por aquí y más órdenes por allá, y ni cuenta se dio de que en un momento yo no vi en el suelo un enorme pozo lleno de agua color cemento, como el suelo, y de que estuve caído en el pozo un par de minutos con el agua hasta la cintura pero sin el menor deseo de molestar. Nadie se dio cuenta, lo que me permitió salir con absoluta tranquilidad, y llegar nuevamente hasta donde mi tío Felipe estaba teniendo un colerón terrible por no sé qué atraso con unas vigas o algo por el estilo (...) casi se olvida que mi tren salía a las 12 en punto. Llegamos, pues, corriendo a la estación, yo con el pantalón empapado pero sin decir ni pío, porque para que molestarlo más diciéndole necesito que me saquen mi equipaje para cambiarme, me caí a un pozo, tío Felipe. Me despedí de él, y fui el extrañísimo viajero que leía una revista chorreando agua, pero que felizmente había tenido el tino de buscarse un asiento totalmente desocupado para no mojar a nadie.<sup>379</sup>

Y ahora viajemos hasta *Dos señoras conversan*, a una de sus novelas, " Un sapo en el desierto " que ya conocemos por la anécdota de amistad entre un peruano adolescente y un ingeniero yanqui. Mañuco, el adolescente, conoce a don Pancho en Lima, donde entabla amistad. El ingeniero le invita a visitarlo a Cerro de Pasco, lugar minero donde trabaja. Lo hace en dos ocasiones. En la primera estancia acompaña a don Pancho, en un viaje de trabajo, a revisar el tendido eléctrico, en un medio un tanto peculiar, a caballo, dada la singularidad del terreno. La timidez de Mañuco y esa falta de agresividad -suelen ir juntas- que hemos notado en todos los personajes adolescentes de la narrativa de Bryce hace que el muchacho no confiese su total inexperiencia en la cabalgadura, sino todo lo contrario:

Claro que yo ni siquiera sabía montar a caballo, pero bueno, eso no se pregunta entre caballeros andantes. Aunque sí me lo preguntaron, y varias veces. Tantas veces cuantas Kid Baño<sup>380</sup> respondió con una mentira: Mi hermana mayor era campeona de equitación. Mi hermana menor era subcampeona de equitación. Mi hermano mayor les había enseñado a montar a las dos. Y yo les ganaba a los tres (...) Don Pancho puso cara de que se lo había creído todo...<sup>381</sup>

Este es el primer error ingenuo del protagonista que da pie a toda la anécdota, que en realidad son dos: la que vive interiormente Mañuco, verdaderamente apurada, y "la otra", la de la apariencia.

El viaje lo hace en compañía de Mister King -un lector empedernido-, don Pancho y "un ayudante mudo", a juzgar por su "expresividad".

Lo de montar a caballo lo supera observando. Cualidades no le faltan:

Miré, pues, cómo montaba mister King, pero no me salió igual porque él llevaba cuatro libros en una mano. Después montó Celestino, pero la verdad es que se me pasó su manera de hacerlo por andar observando tanto aquel asunto racial de su 'no te entiendo'. y finalmente montó y desmontó tres veces don Pancho y a la cuarta monté yo también aunque tuve que estar un ratito acomodándome.<sup>382</sup>

Después el primer viaje será de esta índole:

*De los Apeninos a los Andes.* O sea que hay que abreviar porque con ese relato de Edmundo

---

<sup>378</sup> *Ibíd.*, pp.441-442.

<sup>379</sup> *Ibíd.*, p.443.

<sup>380</sup> Apodo alusivo de Mañuco

<sup>381</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.119.

<sup>382</sup> *Ibíd.*, p.120.

d'Amicis lloraba la humanidad entera. Digamos pues que en éste sólo lloraré yo. Y para adentro, no se olviden. Y en forma de pregunta, también, por supuesto. Un *to be or not to be* que, en buen latín, era me mato o no me mato pero siempre para adentro, eso sí. Ni una sola lágrima mía fue a dar a los barrancos ni a los precipicios...<sup>383</sup>

agravado por lo que será el segundo:

-¿Qué tal vas, Mañuco? -me preguntaba cada rato don Pancho, como si no notara qué tal iba.

-Fantástico -le respondía yo, con un gallito en la voz, motivo por el cual añadía otro 'fantástico', con otro gallito más.

Y para tranquilizarlo le contaba que mi sueño favorito era un techo del *Empire State*, sin barandas en millas a la redonda, y una escalerita de mano por la cual había que bajar de espaldas y sin red en un circo...<sup>384</sup>

cuando en realidad era un auténtica pesadilla:

...qué horror. A cada rato había que parar para revisar el maldito cable y había que dar la vuelta con él y seguir de frente con él y llegar a la curva también con él. Más o menos como un tranvía con su cable siempre allí arriba. Yo hasta quería agarrarme del cable, a ratos, y dejar que mi caballo se precipitara solo hasta el fondo de un barranco con un riíto supercaudaloso abajo, aunque claro, eso de caudaloso sólo se podía apreciar ya muerto, unos cinco mil metros más abajo<sup>385</sup>

En el recorrido habrá otros dos sucesos dignos de comentar. El primero a la hora del almuerzo, en el que por fin tuvo que descabalgarse (lo que suponía tener que volver al principio). Y el otro, una pelea entre amigos, promovida por la desesperación de Mañuco ante las "todavía" seis horas de viaje.

Llegó, pues, la hora del almuerzo y:

Nos detuvimos ante un barranco propicio, y logré descabalgarme recostándome en el cerro más alto del mundo. Resbalé y caí de culo, pero suavemente porque el brazo y media espalda los fui apoyando contra la ladera de cactus y piedras filudas, a medida que resbalaba.<sup>386</sup>

La situación, como todo este viaje y como los anteriores, se salva de la dramatización por la distancia afectiva creada por el tiempo -aunque el relato se haga en presente- y por las características del sujeto que lo narra (no todo el mundo sabe "ironizar").

El otro percance es una pelea dialéctica entre amigos -las más dolorosas- (don Pancho tenía un hijo piloto militar, y él estaba en contra de la violencia. Evitaba hablar del hijo, y Mañuco, en cierta manera, era el hijo que le hubiera gustado tener):

-En mi lugar, Frankie hubiera bombardeado todo esto -le dije, (...)

-Toma todo el aguardiente que quieras -me dijo don Pancho, arrojándome bombeadita la cantimplora, sin violencia alguna (...)

-Don Pancho -le dije-, perdone. Yo soy un hombre de letras y...

-Don Pancho -insistí-, ¿quiere que le diga lo que significa *pascana*?.

-Cuéntaselo a la mula -me respondió (...)

---

<sup>383</sup> *Ibidem*, p.120.

<sup>384</sup> *Ibidem*, p.121.

<sup>385</sup> *Ibidem*, p.121.

<sup>386</sup> *Ibidem*, p.122.

-Mula -le dije, furioso con don Pancho-, te cuento lo que es una *pascana*, pero con la condición de que no se lo digas a nadie. Y menos todavía a don Pancho. La mula me miró atenta y todo, lo cual da una idea bastante exacta de lo aburridísimo que puede ser eso de los Apeninos a los Andes.<sup>387</sup>

Aquí el humor se desencadena por la inadecuación del interlocutor, dar a un ser irracional características del que lo es.

El viaje acabó con agujetas físicas y emocionales, en forma de tristeza por haber "herido" al amigo, pero pudo acabar, como el de la navegación, sin que nadie contara esta historia:

Pascana quiere decir empezar el terrible descenso con tanta pena que la pena era más dura, más difícil, más terrible que el descenso. Y pascana quiere decir también el momento aquel en que mi caballo resbaló, por fin, en que casi me mato, por fin, y en que quise por fin matarme de una vez por todas, para que don Pancho me volviera a querer. El caballo resbaló y rodó, y yo me hubiera desbarrancado para siempre con él si un feroz abrazo de don Pancho no me hubiera detenido ya en el aire, prácticamente. No vi por donde desapareció mi pobre caballo. No vi nada hasta que volví a abrir los ojos y me vi abrazado al abrazo salvavidas de don Pancho. Y a casa de Sally y don Pancho regresé de vitualla sobre la mula...<sup>388</sup>

Así, de "este calibre" son los viajes que emprenden nuestros protagonistas. Lo que, en principio parece un viaje "ingenuo" por amistad en el caso de Mañuco; el de Martín adolescente por "casualidad" se convierten, no se si llamarlo por azar o por "determinismo" de los personajes, en verdaderos maratones de saltos de obstáculos, con cierta frecuencia "con el agua al cuello". y así es también ese otro viaje que emprende Martín Romaña, ahora ya adulto, de Perú a Francia.

El viaje lo hace en barco, y en una compañía de transportes de mercancías (hay otra versión malintencionada, que es la que dan los "muchachos sin baño" peruanos que "usan y abusan" del baño de Martín, en la que cuentan que el protagonista llegó en avión, en primera, y de la mano de su mamá; pero yo no quiero dar pie a las murmuraciones y voy a referirme a la versión que nos da el protagonista). El barco naufragó en el Canal de Panamá, no quisiera decir que por culpa de Martín, aunque "este era el primer barco que naufragaba en el Canal de Panamá", y la tripulación en pleno y su capitán abandonó el barco, dejando al protagonista, ante su "falta de solvencia", a bordo:

- ¿*Visa or no visa?* -preguntó el capitán.

-No visa, *señor*.

- *I am sorry*.

Y se bajó con todita la marinería, el muy valiente puta, tras haber respetado el asunto ese de que el capitán es el último en abandonar la nave, pero dejándome a mí abandonado en cubierta...<sup>389</sup>

Al capitán, además, se le olvidó un detalle -no era de extrañar ante otros gestos- decir al "náufrago" que el barco no ofrecía peligro. Detalle realmente "fútil" para alguien que queda a la deriva. Dos barcos amigos lo llevaron "a buen puerto", Panamá. Y desde allí al Consulado de su país en Colón. En el trayecto un negro le robó dinero, reloj y pasaporte. El Consulado le arregló los trámites burocrático y su padre los económicos, decidiendo que, probablemente, sería "más seguro" un viaje en avión. Lo hubiera sido para cualquiera, casi asegurado, pero a él se le traspapeló la documentación y se encontró en Francia con una identidad que no era la suya:

...no tuve más remedio que aceptar el rigor de la legislación francesa y comprender que un peruano llamado Martín Romaña no puede entrar en territorio francés con un pasaporte colombiano expedido a nombre y fotografía de Ángel Saldivar y hasta con su equipaje, según pude comprobar, al comprobar que el mío tenía que habérselo llevado Ángel a Bogotá. Dos días después estaba

---

<sup>387</sup> *Ibidem*, p.123.

<sup>388</sup> *Ibidem*, p.125.

<sup>389</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.24.

nuevamente en Lima, en la oficina principal de la Marcona Mining, preguntando cuando salía el próximo barco a Europa<sup>390</sup>

Consiguió llegar a Francia al tercer intento, con un billete de ida y vuelta (la Marcona Company tuvo la gentileza de obsequiárselo, tras las reclamaciones) que "hoy" todavía "le duele", muchos años después, cuando escribe el cuaderno azul, y se da cuenta de que han pasado "demasiados años" para poder volver, sin consecuencias. Y desde entonces que arrastra el insomnio, "pero un insomnio que se manifiesta también de día...y cuando no tengo la menor intención de dormir"<sup>391</sup>, él ya se entiende. Nosotros llamémoslo, otra vez, desarraigo.

A Francia consiguió llegar en este último intento, pero ya sabemos que su equipaje hizo "ploff" en las aguas del canal de la Mancha. Se tragó toda la biblioteca compartida con Merceditas, ella todavía debe de estar tocando tristemente "la viola de amore".

Y todavía hay más, y sigue pasándole a Martín. Me faltan mencionar los viajes a España. El primero, en solitario, en busca de sus antepasados, que quedó en fracaso por esa parte -todo eran Romañas en Vera de Bidasoa-, y en donde fue confundido con un delincuente común, "el Chuli", que le llevó a salir corriendo los doce kilómetros que le separaban del siguiente pueblo, "con aguacero":

Eran doce kilómetros hasta Elizondo, y me fui por los campos, bajo la lluvia torrencial, tras haber escuchado cómo hasta los niños de la turba enfurecida me maldecían, cómo ladraban esos perros que los vecinos de Vera de Bidasoa dejaban bien sueltos, a ver si me ligaba por lo menos un buen mordisco. Cada cierto tiempo me detenía para ver si el mastodonte me seguía con una linterna, botas de caucho, y un fusil al hombro...<sup>392</sup>

O aquel otro huyendo de las complicaciones políticas del "mayo del 68", con Sandra, en el que ayudó a "suicidarse" a un desesperado en el tren, y del que le salva su "compañera americana" por "su buen ver y su buen hacer" convincentes ante las preguntas de la Guardia Civil. Este mismo viaje le llevará a los brazos, ya inertes, de su amigo Enrique con el que tenía un asunto pendiente.

Otro viaje a España, en ese intento de recuperar a Inés, cuando retorna a casa "acabada la revolución" pero sin gran convencimiento, tampoco colma las expectativas creadas. Martín sale enfermo de París, una infección rectal, y en España, ya lo he comentado, sufre un vía crucis rectal que le llevó hasta el Gólgota. Y además el viaje ayudará -consiguiendo el efecto contrario al deseado- a ser abandonado por Inés (la verdad, faltaba sólo un empujoncito), por lo que ella llamó "las manías de Martín".

Falta comentar un "último viaje exagerado" (hay otros, todo cambio de lugar del mismo protagonista lo supone, pero entrarán "en la normalidad aceptable"), y quizás más que exagerado podríamos llamar grotesco. Y es aquel que emprende Raúl, el héroe de " Los grandes hombres son así. Y también así ", Santiago y Nani.

Este viaje será a través de la selva peruana y "de incógnito", como así requiere la militancia de Raúl, un marxista en la "corte del rey Artur", o afinando, en la del general "decente"<sup>393</sup> Francisco Morales Bermúdez.

Es, intencionalmente, ridículo todo lo que rodea a esta anécdota de un viaje por la selva amazónica. Desde el gesto de vendar los ojos a Santiago para llevarlo al lugar donde se esconde Raúl, hasta lo hoteles de ínfima categoría y múltiples precauciones que tienen que utilizar "por seguridad". Cuando por otro lado el héroe es imprudente hasta la inconsciencia, llegando hasta, en un recinto militar, a repartir arengas revolucionarias, por ejemplo; o las pelucas que usa Raúl para pasar desapercibido, cuando lo que consigue, realmente, es atraer la atención, puesto que es capaz, en un despiste, de dejarla encima de un mostrador como si fuera un sombrero; o como la anécdota, también de la peluca, que cuenta con grandes inconvenientes:

...Unos inmensos anteojos negros, unos bigotes a medio crecer, y una peluca tan rubia y tan chusca que parecía de paja, le daban un aspecto tan sospechoso que el propio Raúl reconocía que, cada

---

<sup>390</sup> *Ibidem*, pp.26-27.

<sup>391</sup> *Ibidem*, p.28.

<sup>392</sup> *Ibidem*, p.108.

<sup>393</sup> Esta es la versión de la madre de Santiago. La otra perspectiva de los hechos.

vez que se miraba en un espejo, sospechaba de si mismo. Y confesaba además que lo de las pelucas había sido un verdadero error táctico del camarada Ojos Azules. Ojos Azules jamás debió aceptar ese regalo del gobierno de China popular, porque todas las pelucas del envío eran exactas.<sup>394</sup>

Es un viaje que no logra ninguno de los propósitos para los que ha sido imaginado. Lo que sí consigue es derrumbar a un ídolo de adolescencia que no consiguió superar el raciocinio propio de la edad adulta.

### 3.1.4.- El entorno

Y con este nuevo recorrido por los entornos intentaré acotar el espacio físico paso a paso.

Los lugares concretos, algunos por lo menos, ya dicen algo más de los personajes, o del autor (no se sabe muy bien, en esa confusión constante).

El gran espacio de "la modernidad" es la ciudad, la gran urbe con todo lo que ella comporta: desarraigo, impersonalidad, anonimato y agresividad. Y los protagonistas de las novelas de Bryce son todos personajes urbanos. Viven en una gran ciudad, Lima, y van a instalarse, cuando lo hacen, en otras como París, Roma, Madrid... Y si eligen una ciudad pequeña, lo hacen para pasar un corto periodo de tiempo, no para ubicarse.

Así los espacios de encuentro y desencuentro son lugares comunes, sin nada que los diferencie de otros muchos de parecidas características: bares, restaurantes, fiestas, aeropuertos, estaciones.. y el *locus amoenus*, si es que existe, se ha trasladado al espacio de la intimidad, a la casa, e incluso a algún lugar simbólico dentro de la propia casa, como ocurre con "el sillón Voltaire" de Martín Romaña, "la hondonada" o el "diván". Todos, verdaderos lugares de encuentro, con la escritura, con Inés o con Octavia.

#### 3.1.4.1.-Los apartamentos

Son los apartamentos como dice De La Fuente donde "acontecen los sucesos más importantes de la historia"<sup>395</sup>. Y así es, sobre todo en el caso de *La vida exagerada...* y *El hombre que hablaba...*

Ya he comentado antes que el *locus amoenus* de los personajes de las novelas urbanas, si existe, se da en el espacio de la intimidad, en la casa. Lugar donde, habitualmente, el individuo se desnuda de todas sus máscaras. Esta idea de casa va más unida a la idea de "ámbito familiar", pero también sirve, o puede sustituirlo, cualquier "cobijo" con ciertas comodidades, porque si recordamos al protagonista del relato " Florence y nós tres " de *La felicidad...* ese "mínimo" no se cumple:

...mi padre había muerto semanas atrás en el Perú (...) Yo, que hacía tiempo me había considerado un hombre con suerte porque había encontrado un cuartucho en el barrio latino, y un trabajo no muy lejos (...) tendía ahora a no encontrar más que tristeza en un cuarto cuya única iluminación era una claraboya por la que entraba más agua que luz. Me caían gotas de lluvia, me despertaban la humedad y el tac tac de las gotas. Detestaba también mi trabajo (...) Era como la prolongación del malestar total que diariamente me obligaba a abandonar mi habitación huyendo de algo.<sup>396</sup>

Cierto, en este caso, que el *hábitat* es metonimia del personaje que tiende a encontrarlo todo como el cielo de París en otoño. Y es metonímico no en cuanto a los objetos -los apartamentos de nuestros personajes son siempre alquilados y con muebles, por tanto sin personalidad, aunque hay una ocasión en que Beatrice piensa que "todos los departamentos de Pedro se parecen siempre", sin ninguna otra precisión, y en este caso la metonimia sería material- sino en lo allí vivido, como viene ocurriendo en todos los espacios que vamos recorriendo. Y de tal modo es así, que los protagonistas de *La vida exagerada...* y *La última mudanza...* -aquí se sugiere hasta en el título- cambian de apartamento cada vez que intentan remodelar su vida.

<sup>394</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan...*, op. cit., p.207.

<sup>395</sup> José Luis de la Fuente, *Como leer a Bryce Echenique*, op. cit., p.138.

<sup>396</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.28.



El primer apartamento de París de *Tantas veces...* viene a confirmar esa idea que acabo de esbozar respecto a la casa como lugar de acogida. Hablo de Virginia y del rechazo que siente, al llegar a Europa, por todo lo parisino. El apartamento de Pedro "un modestísimo dos piezas, que había sido una pieza a la que le metieron su tabique, dejando para siempre en la penumbra el lado cocina-baño-armarios"<sup>397</sup>, que en un principio había provocado en Virginia el comentario abarcador de "odio esta ciudad", se convierte en el lugar acogedor donde ambos se aman, recordando días felices en California.

Y del que la muchacha no quiere salir:

Ha sido muy duro para mí en el primer momento, pero te juro que ahora me siento realmente tranquila y muy contenta. Lo que me gustaría es quedarme aquí encerrada contigo.<sup>398</sup>

Después, con Claudine, el *locus* pasará a ser la casa de la mujer en Chanteloup les Vignes, en las afueras de París: "una especie de culo del mundo para quien como él gustaba pasarse la vida en el Barrio Latino, y donde Claudine había alquilado un pedacito de un pedazo de lo que había sido una granja".<sup>399</sup>

Acabada esta relación y la cura ascética, Pedro vuelve a su apartamento y a los brazos de otra mujer, Beatrice, en dos momentos cronológicos diferentes, uno en la adolescencia -allí la muchacha acudía a su casa para prepararle unos spaghetti anónimos- (esta escena es recordada), y en el momento del reencuentro, en donde el apartamento de Pedro pasa a ser un lugar para renovar y adecuar (un poco en la idea de que el entorno hable de los personajes, y siguiendo a Wellek y Warren para que logre ser "expresión metonímica o metafórica del personaje"<sup>400</sup>, en este caso Beatrice):

Beatrice quería arreglar el departamento lo antes posible y había venido con un metro para tomar las medidas para las cortinas, las colchas, las alfombras, las frazadas, todo, todo quería hacerlo ella misma en su telar de Margency...<sup>401</sup>

Proyecto que quedó en eso, precisamente porque ese mismo día, y en ese apartamento acabó la relación. Y de aquí salió una Beatrice triunfante, con una venganza que, sin saberlo, llevaba acumulada muchos años.

Estos apartamentos de Pedro (no sabemos muy bien si es único o son varios): del que vivió con Virginia se nos dice que en él murió Racine, en un intento vano de contentar a la californiana:

...fíjate, al frente está la imprenta que fue de Balzac. Y aquí, en esta casa murió Racine. A lo mejor hasta murió en este cuarto (...)

-Racine me importa un pepino. A quién le puede importar Racine en estos tiempos. Hay que estar bastante podrido para que a uno le importe Racine.

-Bob Dylan vivió en esta casa. No murió aquí, pero un viaje incógnito que hizo a París vivió en esta casa.

Virginia alzó la cara y cesó de llorar...<sup>402</sup>

y del otro que está en la rue Descarmes; pero ni uno ni otro consiguen ser el lugar óptimo para el amor. Es cierto que para Virginia fue un lugar "algo mejor" que la amenazante calle. Pero donde realmente fueron felices, ya lo he comentado, -aunque siempre con el miedo que marcó la relación- fue en Berkeley y en un hotel. Y con Claudine y Beatrice el espacio feliz estuvo más cerca del tópico, fuera de la gran urbe: el refugio de Chanteloup y Margency, la casa familiar de Beatrice:

---

<sup>397</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.14.

<sup>398</sup> *Ibidem*, p.18.

<sup>399</sup> *Ibidem*, p.92.

<sup>400</sup> René Wellek y Austin Warren, *Teoría Literaria*( Madrid, editorial: Gredos, 1974, 4ª edición), p.265.

<sup>401</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.174.

<sup>402</sup> *Ibidem*, p.16.

...ya estaba instalado en la casa de Margency, y entregado por entero a una adoración sin límites (...) Pedro se despedía de Beatrice en la puerta de su dormitorio, pasando luego al de huéspedes, voluntad de los padres de Beatrice, aunque eso Pedro lo comprendía muy bien, en todo caso él sólo había aceptado la invitación con el propósito de agregarle borbotones de ternura a la total armonía del atardecer con té y mermelada casera ante la chimenea de Margency (...) Pero a Pedro nada le gustaba tanto como el dormitorio de Beatrice, hasta chimenea le hubiera instalado, si por él fuera. Ahí la esperaba los días en que no tenía que ir a París, sin comprender nunca por qué a ella le daba tanta risa encontrarlo siempre asomado por la ventana con el largavistas, haciéndole todo tipo de señales de bienvenida...<sup>403</sup>

Pero será en "el díptico" donde los apartamentos tienen un lugar preeminente y muy definido. Son cuatro y cada uno marcado por unas circunstancias concretas. El primero, el de su llegada, precipitado por la poca amabilidad de los gerentes de los hoteles "con poca graduación"; el cuartito del atillo -cerca del cielo-. Después vendrá el de su vida con Inés, y por último el de Madame Forestier, marcado por "la literatura": por Octavia y por la escritura.

El inicial fue el que compartió Martín con los muchachos del "hotel sin baño":

Alquilé un pequeño departamento, con su cocinita y su baño, y se me instaló media colonia estudiantil peruana de un hotel sin baños que quedaba en la esquina. Tuve que mandar a hacer como mil llaves, porque los muchachos eran de izquierdas, y no hay nada más reaccionario en el mundo que un baño propio y no compartido. Y limpio, también, me imagino, porque los muchachos del hotel sin baños venían, ensuciaban, y se iban (...) Pero debo reconocer que para mí significó mucho el que tanta gente se bañara en mi casa. Me hablaban de guerrilleros, me hablaban de Fidel Castro, y me hablaban de mi padre anteponiendo siempre la expresión hijo de puta.<sup>404</sup>

Primer aviso de unas relaciones, no muy cordiales, con los de su país; y en el que la paciencia del protagonista -unida a ese deseo de "no molestar", tan arraigado, ni tan siquiera a sus instigadores- llega al máximo. Eso que llaman un estigma de clase, pero invertido.

Martín abandona este primer apartamento "con las justas" para que su amigo Philip lo acoga hasta su partida a Perugia el día siguiente. Este abandono es precipitado por un intento de "adecuación" de la visión del arrendatario a los hechos (alguna vez, sobre todo si se trata de "empeorar", se puede aquilatar "la apariencia" a la idea que de ella se tiene) y Martín, con la ayuda de base, lo consigue:

...llamé al propietario de mi departamento para anunciarle mi partida (...) Dos horas más tarde vino a ver en qué estado se lo iba a dejar, me probó que le había roto hasta lo que estaba entero, ahí, en sus narices y me anunció que se iba a quedar con todo el dinero de la garantía. Se lo agradecí, lo acompañé amablemente hasta la puerta, y decidí hacer una fiesta en honor de los muchachos del hotel sin baños, para que rompieran todo lo que fuera necesario hasta que el propietario tuviese razón. Me largaron antes de lo previsto, pero tuve la suerte de que apareciera Philip...<sup>405</sup>

De este primer apartamento con lujos al alcance de todo el mundo, Martín se traslada al cuartucho techero de "las ronchas" y del wáter compartido de "a un montón" (se había muerto su padre y la beca no se la habían renovado). Y aquí lo encuentra Inés "trabajando" cuando vuelve de España con su madre y con el brasileño que, tras el fracaso del matrimonio, será su segundo marido. Este apartamento y sus condiciones son la balanza que hace que Inés rechace al otro candidato y se quede a compartir un trozo de vida con Martín:

Mi cuartito de pobre, porque ahora era pobre, quedaba en el techo de un hermoso edificio burgués, bastante burgués, en realidad, que miraba feliz y muy seguro de sí mismo al hermoso Jardín des Plantes. Lo único malo es que mi cuartito no tenía ventana ni hacia el Jardín des Plantes, ni hacia ninguna parte. Sólo una claraboya para las noches de luna, pero la verdad es que en París, éstas suelen ser las menos, y las más pueden ser noches de esa lluvia de mierda que a menudo se me filtraba por la maldita claraboya, justito encima de mi almohada (...) yo trabajaba en un colegio infame, dando

---

<sup>403</sup> *Ibidem*, pp.163-164.

<sup>404</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.38.

<sup>405</sup> *Ibidem*, p.68.

unas infames clases de castellano.<sup>406</sup>

Y en este cuartito, que guarda clarísimas referencias ambientales circun- tanciales, y de oficio, con el del relato " Florence y nós tres". (Recordemos que a Martín se le había muerto el padre hacía poco tiempo también en el Perú y que esa fue una de las razones por la que se trasladó a este cuartito):

Hacia un frío oscuro, terriblemente triste y mi padre había muerto semanas atrás en el Perú(...) Se puede odiar París en épocas así. Yo que hacia tiempo me había considerado un hombre con suerte porque había encontrado un cuartucho en el Barrio Latino y un trabajo no muy lejos(...) tendía ahora a no encontrar más que tristeza en un cuarto cuya única iluminación era una claraboya por la que entraba más agua que luz. Me caían gotas de lluvia, me despertaban la humedad y el tac tac de las gotas. Detestaba también mi trabajo, porque desde semanas atrás lo que iba sintiendo mientras caminaba hacia la escuelita oscura, helada, de paredes húmedas y desoladas, era como la prolongación del malestar total que diariamente me obligaba a abandonar mi habitación huyendo de algo.<sup>407</sup>

Y volviendo al cuartito y a "la camota" que lo ocupaba casi íntegro:

...mi camota era como un cuartito dentro de mi cuartito. Todo lo que había en el cuartito cabía en la camota, que era, además, altísima, por culpa de la camota, no todo lo que cabía en ella cabía en el cuartito. En todo caso, no bien entraba yo, me atracaba con algo, con lo poco que allí había, una silla medio desfondada, un pequeño armario, una mesita más baja que la camota y que sólo cabía empotrándola contra un espejo que me obligaba a trabajar contemplando la miseria en que vivía, porque en él se reflejaba íntegro el cuartito más feo de París. El propietario me había prohibido sacar el espejo de la pared en que estaba pegadísimo, además, o sea que un día, para evitar verme viendo mi miseria con esa cara de imbécil, puse la silla y la mesita sobre la camota y me instalé para siempre a trabajar ahí.<sup>408</sup>

La descripción es objetiva y extensa y excepcional en la narrativa de Bryce, autor poco amigo de las descripciones. Así que, cuando aparecen, debemos suponer que tienen un fin concreto. Aquí, seguramente, Martín está tratando de ponernos al corriente de sus precarias condiciones de vida, para después decirnos que en este cuartito fue muy feliz. Y así como en el apartamento con baño compartido "los muchachos sin" le iniciaron en "los problemas de clase", en el cuartito los vivió, compartiéndolos a un mismo nivel (en cierto aspecto, porque él era consciente de su descenso en la escala social, mientras que para los otros moradores -a excepción, quizás de Enrique- era su medio habitual, e incluso de claro progreso, pensemos en Carmen y Paco).

Y en este cuartito, que no sólo era minúsculo y horrendo sino ambientalmente gélido, en ese clima de París de eterna primavera invernal, y sin más calefacción que:

... un aparatito redondo, que era la calefacción eléctrica, útil más que nada para encender cigarrillos, que se mantenía rojito de noche y era buena compañía, pero que definitivamente nunca logró calentarme los dos pies al mismo tiempo(...) Con tanto frío, además, que al llegar la noche lo dejaba todo encima de la camota. Dejaba la silla, la mesa, mi abrigo, la boina, la bufanda, el pantalón. Todo abrigaba, todo acompañaba...<sup>409</sup>

Y aquí pasaron un montón de cosas remarcables. Inés perdió su virginidad, eso sí puso sus condiciones: "Inés insistía en poner las sábanas bastantes finas que había comprado, y yo insistía en que, al menos por una vez, nos revolcáramos en el deshilachado costal en el que me enfundaba del frío por las noches. En este gesto, creo, está contenida mi tendencia a lo *simbólico*, a lo *mágico*, a lo que si se pregunta por qué es porque no se llegará a sentir ni a captar nunca jamás"<sup>410</sup>. Descubrieron "otro mundo" con Marx, a la par que empezaron las primeras fluctuaciones doctrinales de Martín; mostrando "más interés" por el entorno que por lo que en el texto se decía:

...Karl Marx afirmaba rotundamente que. Lo afirmaba y lo negaba rotundamente todo, y

<sup>406</sup> Ibídem, p.110.

<sup>407</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.28.

<sup>408</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.11.

<sup>409</sup> Ibídem, p.111.

<sup>410</sup> Ibídem, p.115. La cursiva es mía.

nosotros cómo le obedecíamos: la dialéctica, la dialéctica, Inés dialéctica, Martín dialéctico, sigue sigue leyendo, Inés, la verdad es que yo no entendía nada con Inés allí calatita, porque la estaba aguaitando por entre la dialéctica y lograba verla calatita, ni siquiera desnuda, ca-la-ti-ta por primera vez en mi vida; en fin, entre eso, entre las flamantes sábanas, entre la añoranza de mi costalote que ya habíamos descartado, la tetita derecha de Inés bajo la cual colocaba *El Capital* para seguirme leyendo, sigue sigue, Inés, luz de donde el sol la toma, por fin terminamos de entender esas frases que yo, en todo caso, no entendí, y con el pretexto de darle vuelta a la página porque estaba siguiéndola muy atentamente, mi mano sobre la tetita encima del *Capital* (sic), mi mano, quedándose donde la puse...<sup>411</sup>

Y aunque a Inés el autor de *El Capital* le empezó, teóricamente, convenciendo desde el principio, por cuestión de comodidad "sólo subía al cuartito para las horas del paraíso. Para el asunto de las comodidades, seguía viviendo en su residencia estudiantil del Boulevard Saint-Michel. Allí tenía todo lo que le faltaba en el cuartito, o sea de todo"<sup>412</sup>. Motivo por el que no llegó a conocer las otras posibilidades que ofrecían el resto de los cuartitos: "...veinticuatro cuartitos instalados sobre las cuatro alas del edificio, al pie de un corredor que le daba íntegramente la vuelta, con su barandita para que miráramos abajo, con atracción al vacío, el patio interior que se atravesaba para llegar a nuestra escalera de caracol."<sup>413</sup> Como al que habitaba uno de ellos, Enrique Álvarez de Manzaneda, del que sólo vio "el perfil más bello del mundo"; o a Paco o a Carmen. Y aquí Martín aprendió mucho más sobre el marxismo que en toda la teoría de Marx "en pasta": "Era la parca solidaridad del pueblo de aquel techo (...) y yo en ese techo (...) estaba aprendiendo mucho sobre la gente que él defendió (Marx)"<sup>414</sup>.

Y aquí fue feliz, si olvidamos esa primera imagen del frío y la lluvia, y lo repite en varias ocasiones: "Sí, felizmente existía mi techo"<sup>415</sup>, "...en mis horas de paz y contento sobre el techo..."<sup>416</sup>, "...nunca me defraudó mi techo..."<sup>417</sup>.

El tercer habitáculo será el compartido con Inés, tras su boda civil. Es un apartamento, como el otro, situado en las antípodas, pero un poquito más. La inquilina, Madame Labru(ja) como le llamaba Martín, realquilaba parte de su apartamento, el altillo, por cien francos más que lo que a ella le costaba todo. Era:

...un último noveno piso (...) con tres puertas que daban al pasillo en el que estaban la escalera y el ascensor. La puerta del fondo, a la izquierda, era la de Inés y mía. A ella se llegaba tras haber trepado unos escalones que llevaban a lo alto de una gran caja, una especie de montículo que cubría el motor del ascensor, y bajando luego por el otro lado de la caja. A cada nueva visita había que explicarle porqué había que subir y bajar esa increíble montaña para llegar a nuestra puerta. Nuestra puerta daba a otra puerta, la de la cocina de madame Labru, en la que el monstruo había abierto un agujero para controlar a nuestras visitas, calcularles edad, peso, raza, tendencia política...<sup>418</sup>

A pesar de que las circunstancias parecían favorables: Martín e Inés se acababan de casar, eran jóvenes, se amaban... hay algo amenazador en el ambiente, algo que se contagia desde la "ventana controladora" de madame Labru por la que introducía "maldad, mezquindad e inmundicia en la vida de todo ser que tocara nuestra puerta"<sup>419</sup>, pero que también servía para romper ese espacio de la intimidad que quedaba como entreabierto a las miradas ajenas, perdiendo por tanto su cualidad. Además, Madame será la causa de muchas de las desavenencias entre Martín e Inés, creadas por la falta de pantalones de Martín: "viví casi permanentemente sin los pantalones en su lugar, en mi afán de lograr alguna paz en el interior de mi departamento..."<sup>420</sup>; y por la falta de tolerancia por parte de Inés, hacia esa falta de pantalones -agresividad- de Martín. Y además sin resultados positivos, porque cuanto más bajo caía la envidia del protagonista más altanera se volvía "la señora".

---

<sup>411</sup> *Ibidem*, p.115.

<sup>412</sup> *Ibidem*, p.119.

<sup>413</sup> *Ibidem*, p.119.

<sup>414</sup> *Ibidem*, p.132.

<sup>415</sup> *Ibidem*, p.130.

<sup>416</sup> *Ibidem*, p.132.

<sup>417</sup> *Ibidem*, p.138.

<sup>418</sup> *Ibidem*, p.209.

<sup>419</sup> *Ibidem*, p.209.

<sup>420</sup> *Ibidem*, p.209.

Este apartamento nunca consiguió ser un lugar íntimo, por las intromisiones de la arrendataria, pero también por las del "Grupo". Instigadores ambos de las desavenencias. Sólo "la hondonada", de la que hablaré más adelante, consigue atenuar, a veces hasta olvidar, las intromisiones.

Esta idea de falta de privacidad, en la que su contrario define al espacio íntimo, se hace bastante evidente en dos ocasiones. Una, que se refiere al Grupo y a Inés integrada en él -hablamos del "Mayo del 68", en donde los ánimos estaban exaltados, es cierto, y nada funcionaba normalmente-, y era la elección entre la individualidad y la colectividad y esos eran momentos de "muchos", y ganó esa opción. Pero ya antes "el Grupo" había intentado otras intromisiones, como lanzar un globo subversivo desde la terraza de Martín, con unas consecuencias imprevisibles y una respuesta fácil: "...mi familia se ocuparía de sacarme de la cárcel en Francia..."<sup>421</sup>. Pero ese día también Martín había tenido una experiencia negativa con los sordomudos y necesitaba a Inés:

...Inés, que no llegaba, que no llegaba, llega, por favor, Inés. Y llegó la condenada, pero cuánta gente traía. Todos los grupos del Partido unidos, amigos y simpatizantes por montones, caras nuevas, caras conocidas (...) Yo ahí en el fondo de la hondonada preguntando si habían tomado el edificio por asalto o qué pero nadie me respondía, nadie me sonreía, no parecían reconocerme si quiera. Que hacer, Lenin, todo el mundo jalea aquí, al pie de mi cama, todos me miran con ojos acusadores (...) Inés habló (...)

-No se si me das más pena que asco Martín durmiendo como una mujercita mientras cincuenta mil obreros están por entrar a París...<sup>422</sup>

Y la otra, cuando Madame Labru montó un pícnic particular, con motivo de su anual exposición pictórica, invadiendo, sin permiso previo, el hábitat de la pareja:

...el día de la exposición (...) al llegar a nuestra escalera, nos dimos con que no sólo allí había invitados y coctelitos, los había también en nuestro departamento. El monstruo había abierto la puerta con toda concha y les había dicho a sus invitados que podían sentarse en nuestros sillones sin problema alguno. Nos dimos con una buena docena de personas instaladas hasta sobre la cama.

-No te das cuenta de que lo hace para que no ensucie su casa- dijo Inés mientras con la mirada mandaba a todo el mundo a la mierda y a mí en busca de la vieja.

Bajé veloz y feroz como un rayo, qué significaba eso, qué tal Concha, y después a nosotros sólo nos dejaba invitar a una o dos parejas por semana, (...) Dicho todo esto, puse la mejilla cristiana, y terminé con una jarra de sangría y doce vasitos de cartón sobre una fuente, por si acaso los invitados de arriba tuvieran sed, mi esposa y yo también podíamos servirnos un poquito, si deseábamos. Mi esposa no deseó volverme a ver más en la vida, y yo no tuve más remedio que continuar de mozo por la escalera...<sup>423</sup>

Cosas así y de parecido corte ocurrieron en este apartamento donde Inés y Martín trataron de juntar sus vidas para siempre; logro que quedó muy diezmado ante los tres años que duró la relación.

Y fue también, en este apartamento, donde "la bizquerita" de Inés -una manera de nombrar el desagrado-, junto a un cuello "inquisidor" que se añadió en los últimos tiempos, hizo que el espacio circunscrito de la casa compartida resultara insoportable:

(Inés) me enviaba al cine por las noches, cuando no tenía reunión con el Grupo. Me tranquilizaba bastante cuando me otorgaba esos permisos porque así podía perderme por las calles, siempre en busca de hombre con la oreja-hoja de plátano. Lo fregado era cuando tenía reuniones con el Grupo, porque no me daba permiso para ir al cine y yo me quedaba en casa muerto de miedo de dormirme antes de que ella llegara. Me aterraba la idea de que no me viera dormido al fondo de la

---

<sup>421</sup> *Ibíd.*, p.305.

<sup>422</sup> *Ibíd.*, p.322.

<sup>423</sup> *Ibíd.*, p.215.

hondonada, y plaff, me aplastara para siempre...<sup>424</sup>

El nuevo departamento de Martín "que era viejísimo", y que también estaba ubicado en el Barrio Latino, por leyenda y por necesidad, fue un apartamento "convertible" y gratificador. En principio aquí estaba el sillón Voltaire que fue imprescindible para canalizar los recuerdos. Y sobre todo fue el lugar de Octavia hasta que se casó. Y después el lugar evocador de las anécdotas que en él ocurrieron. Pero también fue el lugar de las "otras partes":

El departamento lo abandonaban dos grandes amigos españoles, Carmen y Alberto, porque regresaban a vivir a su país. En él, como lo he dicho por algún lado en mi cuaderno azul se había decidido mi matrimonio con Inés, que ahora acababa de abandonarme, y regresar a las fuentes me parecía un acto mágico, simbólico, sumamente romántico, y también una manera de tirarme en mi hondonada para revisar el cómo y el por qué de un fracaso amoroso, político, literario, humano, un fracaso total, en resumidas cuentas.<sup>425</sup>

Cierto que tuvo sus inconvenientes, sus "apartados". Martín se llevó con él la hondonada y con ella los recuerdos felices de Inés, lo que hizo más dolorosa su ausencia, y "clausuró" toda una zona.

Madame Forestier, la dueña del piso por herencia, no tenía la misma maldad que la anterior arrendataria, a pesar de que le subió considerablemente el alquiler; se reservó parte de la casa, porque "el departamento era demasiado grande para un hombre solo", le hizo firmar papel tras papel, condicionándolo en todo:

Madame Forestier volvió a pasar sobre mi cadáver y me hizo firmar otro papel en el que se me exigía habitar muy burguesamente el departamento, no bien terminé de firmarlo, ella empezó a explicarme en qué consistía eso de habitar muy burguesamente un apartamento. La verdad, me faltó una grabadora porque madame Forestier hizo la más precisa y detallada descripción de todo lo que en París yo había encontrado aburrido, mezquino, y sobre todo tan poco alegre. Resumiendo, diré que vivir burguesamente es todo lo contrario de la forma en que en el mundo entero la gente cree que se vive en París.<sup>426</sup>

Además -consecuencia de esa reserva de habitación- se quedó con las llaves de su casa, para usarlas claro, previo aviso con tres toques para a continuación entrar como "Pedro por su casa". Ahora la ventana inquisidora de madame Labru se convertirá en paseo, sin programar, por el pasillo. El espacio de "la intimidad" ha quedado, nuevamente, afectado. Hay una anécdota a este respecto que causó la cólera de Octavia de Cádiz, tan poco propensa a esta manifestación.

Normalmente era Monsieur Forestier el encargado de almacenar -manzanas en la época propicia- en la habitación reservada, lo que ellos no querían en su apartamento. Y el juez Forestier pagó "los platos rotos" de unas costumbres impuestas por su cónyuge; y la ducha instalada en la cocina por Carmen y Alberto "aprovechando que allí se hallaba la única toma de agua del departamento (...) que funcionaba más o menos como un teatrín. Se ponía la enorme palangana en el suelo y luego, con un sistema de poleas, se subía y se bajaba una especie de telón detrás del cual se bañaba uno..."<sup>427</sup> fue la causante involuntaria del suceso. Y en esta ducha, que ella encontraba divertidísima, lavaba sus contradicciones Octavia de Cádiz. Y un día Monsieur Forestier que estaba en todo aquello de llamar tres veces y después entrar:

Pobre. Lo nervioso que se debía poner cada vez que llegaban con sus diez francos. Tan nervioso que no solamente tocaba el timbre, sino que a veces abría, entraba, y retrocedía primero y tocaba después (una vez tocó mientras conversaba conmigo). Y claro, llegó el día en que Octavia, rumbo a la ducha, se encontró desnuda frente a un tipo que imploraba no estar viendo nada, nada, oh por Dios, (...) una implacable bofetada le hizo comprender que los timbres no se tocan con la puerta abierta cretino.<sup>428</sup>

---

<sup>424</sup> *Ibíd*em, p.483.

<sup>425</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., pp.26-27.

<sup>426</sup> *Ibíd*em, p.33.

<sup>427</sup> *Ibíd*em, p.36.

<sup>428</sup> *Ibíd*em, p.169.

Además de la zona reservada por Madame Forestier como despensa, hubo, en este apartamento, otras zonas reservadas, la "otra parte": el dormitorio donde fue a parar la hondonada y los recuerdos de Inés - inenarrables, a imposición tras bofetada y besito de Octavia- (a estas alturas ya sabemos que Martín fue un hombre dominado por sus afectos privados y públicos), con la que la zona "habitabile" quedó prácticamente reducida a una habitación y la cocina, y en los tiempos más cercanos, prácticamente al sillón Voltaire.

Y en este apartamento, Martín vivió "dos veces" y cada una con un objeto mágico. La primera con Octavia y su diván, y la segunda recordando lo allí vivido, en forma de escritura, y sobre el sillón Voltaire.

Y la última morada de Martín, ya en el mecenazgo, es de cuento de hadas del siglo XX, o en lo que en palabras de hoy equivaldría a "digna de revista especializada para unos pocos", sofisticada y en verde, pero distante, al igual que Octavia, ya Petronila, de esta época:

Era un dúplex amansardado, en el cual el segundo piso era todo una inmensa mezzanine en que se hallaban mi gran dormitorio y mi gran baño, y a la que se accedía por una obra de arte de escalerita caracol. Lo demás era toda esa enorme planta baja que daba al pequeño jardín (...) a rayas blancas y verdes habían sido pintadas todas las paredes, porque mi nuevo sillón Voltaire, joya de anticuario con su taburetito para mis pies, había sido tapizado a rayas blancas y verdes de seda, y porque hasta la preciosa mesita-bar sobre la cual me esperaban preciosos frascos de cristal y whisky, era blanca y verde...<sup>429</sup>

Se muere en el sillón Voltaire, de nuevo cuño como todo lo demás, pero también simbólicamente. Y muere por esa razón ya apuntada, las quimeras se desvanecen y para que esto no ocurra, "sólo las historias novelescas tienen un final feliz, porque acaban", decide salirse de la historia para morir enamorado. ganándole la última partida a Octavia-Petronila.

Felipe Carrillo de *La última mudanza...* conoció a Genoveva en su apartamento parisino, a donde vino a entrevistarla. Lo que tenía que ser un cambio de opiniones profesionales se convirtió, gracias al flaco favor de Andrés Zamudio -un ridículo personaje mexicano-, en una relación que quiso ser estable.

No es todo el apartamento en esta ocasión, como en otras, el verdadero cómplice de la historia sino que es el vestíbulo:

Era recién las diez de la mañana, o sea que no me quedó más remedio que correr en dirección al vestíbulo. Genoveva estaba pálida, cuando llegué en su auxilio. Dio unos pasos, como quien por fin logra huir de Andrés Zamudio (...) No, no era la primera mujer bella que recibía desde que murió mi esposa, tampoco la primera que se detenía, sin darse cuenta, en el vestíbulo, y delante de ese retrato. Lo triste, lo grave, lo verdaderamente conmovedor y, ahora, de pronto también hermoso, era otra cosa: Genoveva era la primera mujer que veía fijándome en su belleza, sintiéndola, gozándola casi, ante el retrato de Liliane.<sup>430</sup>

Pero habrá algo más, porque cada vez que Felipe cambia de relación, lo hace también de apartamento. A éste, en que conoció a Genoveva, se mudó a la muerte de Liliane -su esposa-; y cuando vuelve de Colán, en la que él quiso una mudanza definitiva, no sólo cambia de apartamento, "nuevo, sencillito y sin vestíbulo" para evitar las reincidencias, sino de barrio y de costumbres, quizás en ese intento de adecuarse a esa Eusebia un tanto lejana, hasta que se da cuenta que el cambio de apartamento no sirve para el cometido, porque el auténtico cambio no está en esta mudanza "que no me ha llevado a ninguna parte o que tan sólo me ha traído hasta mí mismo", sino en sí mismo.

Pero Felipe Carrillo, como casi todos los personajes de las novelas de Bryce, no puede estar "desabrazado" mucho tiempo, y cuando los recuerdos que llegan con la lluvia se hacen demasiado dolorosas, corre a la casa "acogedora" de Catherine a buscar aquello que les queda de dos amores fracasados:

Me abría la puerta ataviada árabe y ya con el burdeos listo para mi vida interior, la subjetiva

---

<sup>429</sup> *Ibidem*, p.364-365.

<sup>430</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., pp.54-55.

(...) y me acogía con una sonrisa alegre para mi tristeza y confusión. Y como era arabista, sólo tenía cojincitos mil por donde uno se instalara e inmediatamente nos tumbábamos sobre alfombras marroquíes, acomodándonos con la ayuda de los cojincitos tunecinos...<sup>431</sup>

Y ya en *Dos señoras conversan*, la casa, lujosa en el caso del relato del mismo nombre, será escenario único de las dos señoras que lo habitan -junto con la servidumbre-, Doña Carmela y Doña Estela, y en él están todos los objetos que recuerdan una vida pasada de mayor esplendor: un reloj que se atrasa porque "hoy" nadie sabe arreglar un reloj carrillón: "... en todo Lima ya no hay quien arregle estos tesoros de cuando éramos niñas y viajábamos cada verano con nuestro papacito a Madrid, a París, Londres, Roma y..."<sup>432</sup> y otros que fueron de sus residencias anteriores, antes de enviudar, en San Isidro.

Desde esta casa, y con el pasaje que les ofrece la memoria, recorren los lugares que antes visitaron, remontándose a los que hicieron con sus padres a Europa y otras anécdotas de su vida referidas siempre a un tiempo mejor lleno de nostalgia. Del actual no tienen más que las rencillas cotidianas, y esa espera, sin que se note, del último viaje sin retorno.

En " Un sapo en el desierto ", del mismo libro, Mañuco descubrirá, en casa de don Pancho y Sally, ese "hogar" que sólo es posible - en la adolescencia me refiero- si los "que hacen de padres" son solamente amigos y viceversa.

Y la casa de estos gringos, preparada expresamente para recibir a Mañuco con los brazos abiertos,

...Ese par de locos empezaron a matarse de risa, no bien abrieron la puerta de la casa. La habían pintado íntegra de color verde inglés, y sólo porque yo les había contado en una carta el sueño que había tenido acerca del verde chillón anterior. Era, en efecto, demasiado *verde-que-te-quiero-verde* para mi gusto, pero yo eso ni me hubiera atrevido a soñarlo siquiera. Sólo les conté que toda esa maravillosa platería peruana, que habían ido comprando con los años, quedaría muchísimo mejor si la pared del comedor, por ejemplo, Sally fuera de un verde inglés,<sup>433</sup>

será el lugar de las largas tardes descubriendo la literatura con los libros que Mister King le proporcionaba, y con Sally compartiendo lecturas y amistad, cuando no estaba don Pancho. A su llegada estas sesiones eran sustituidas por esa otra literatura en forma de ópera, a la que el gringo era tan aficionado, y a la que Mañuco tuvo, también, que adicionarse por amistad. Antes y en el jardín habían jugado "sapo" hasta el anochecer.

Las dos únicas salidas al exterior que se relatan en esta novela breve son desastrosas. La primera, a la fiesta de fin de año, con mucho alcohol, que acabó lamentablemente. Y la segunda a revisar el tendido eléctrico que concluyó con Mañuco incapaz de andar en unos cuantos días, y con la primera grieta en esa amistad tan recia.

Sólo hay una ocasión en que la casa de estos amigos se convierte en un lugar opresor. Fue cuando la rebelión de la mina donde trabajaba como ingeniero y responsable don Pancho. En la casa quedaron bloqueados, sin teléfono y sin automóvil, Sally y Mañuco, impotentes ante la falta de noticias sobre el marido y amigo y sobre lo que allí ocurría, pero es en esta situación cuando, precisamente, Mañuco se da cuenta que ésta es también su verdadera casa:

...(Don Pancho) se había quedado encerrado en su oficina con una turba enloquecida, afuera, esperando para matarlo a pedradas, a patadas, quién sabe si no a palazos o con una carga de dinamita (...) Todo era posible. Todas esas posibilidades existían. Pero había algo increíble, en medio de todo. Algo que recién capté cuando fui a la cocina a buscar un para de velas de reemplazo, era realmente increíble que en ningún momento hubiera pensado en mi familia, en Lima, en mi casa, en nada de eso. No me había acordado ni siquiera que estaba de visita por un par de semanas. Pensé, recuerdo, en las paredes de mi dormitorio, verde inglés en Lima, y verde inglés aquí. Eso pensé, pero después me di cuenta de que no bastaba. Había muchísimo más, tanto que, de alguna manera, yo pertenecía a ese lugar. Y con muchísimo más derecho que Frankie. Eso sí, por supuesto. Yo era un amigo de diecinueve

<sup>431</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.211.

<sup>432</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.12.

<sup>433</sup> *Ibidem*, p.217.



años, pero también era muchísimo más que eso. Yo era un gran amigo. Alguien de toda la vida. En cierta forma había nacido con una billetera en la mano, entregándosela a don Pancho a la entrada de un restaurant, en Lima, observando su sonrisa de gratitud y de sorpresa. Yo había nacido también entonces, Y formaba parte de esa familia. Los Malkovich. Sally y don Pancho.<sup>434</sup>

### **3.1.4.2.-Los bares**

Son varios los marcos recurrentes de la narrativa de Bryce, empezando por los bares -de especial referencia en los relatos: un espacio breve para una relación también breve- y marco adecuado, también, para quienes no poseen un hábitat, por lo menos, confortable. Es también lugar de solitarios y de "bebedores". Afición que arrastran muchos personajes de esta novelística, no necesariamente masculinos. Recordemos el agrado con que la madre de Martín aceptaba una copita, y aunque fueran dos, en casa de su hijo, en París, o en buena compañía, como en Cannes con "El último dandy"; o el ritual de la copita "a las nueve en punto" de doña Estela y doña Carmela, de *Dos señoras conversan*, -único momento reconfortante del día-. Además, son espacios muy aptos para los "contadores de historias". Rasgo común de alguno de los personajes de Bryce.

### **3.1.4.3.-Los bares anónimos**

Un bar anónimo es el lugar de encuentro de dos peruanos en Roma, uno recién llegado y otro, sin sospecharlo, a punto de volver a Perú. Es en el relato "Dos indios". Y es allí, ayudados por el vino, donde empiezan unas confidencias que, de otro modo, no hubieran salido de los callados y tímidos labios de Manolo. En este relato el bar es escenario único, salvo una breve estancia nocturna en un hotel compartido, de los dos protagonistas, como hecho físico; porque otros serán los marcos del recuerdo: el entorno familiar y el colegio de la niñez y de la adolescencia, en el Perú. Y Francia, el de un amor no correspondido.

Otro bar anónimo, ahora en Zaragoza: "Dijo que se cagaba en la mar serena", es el lugar desde donde el espacio de la imaginación y de la locura compartidos crean, al principio, "un clima" de confianza entre dos desconocidos. Uno, un peruano -el que narra el relato-, y un aragonés de nombre Antonio. El primero con una gran capacidad de asentir y reforzar las historias que los otros imaginan:

...cuando la gente te miente un deseo y tú la abrazas en nombre de la fórmula 'querer es poder', cuando en vez de 'pero', le sueltas un 'y qué más', cuando un segundo antes de que te miren con cara de desconcierto, abriendo los ojos enormemente tristes, tú empiezas a llenarle de agua tibia, calentita, agradable el pozo seco del futuro perfecto, entonces, (...) lo único que se es que yo nunca le voy a mentir un deseo a nadie si ahondaría el problema con la adición de pozos...<sup>435</sup>

Al que sigue una aventura compartida: un dificultoso ascenso a "los Andes-mesas apiladas del bar", en el que la dificultad estaba más en la cantidad de alcohol ingerida, que en las cumbres heladas. Mientras un camarero consentidor contempla la hazaña, tristón, a pesar del triunfo, con banderita mostradora, de la expedición española. Un bar da para mucho si la imaginación colabora...

Y esa nostalgia de los bares donde el camarero te llama por tu nombre y tú le correspondes la siente Martín Romaña el día de su boda con Inés, cuando acude:

...caminado hacia un café cualquiera con ese traje que no era para un café cualquiera y ese sueño cumplido que ni era un sueño cualquiera ni era tampoco para un café cualquiera. Martín Romaña siempre recuerda que Inés parecía más alta, más delgada, más delicada, recuerda que estaba más bonita que nunca, realmente radiante, y que avanzaba hacia un café cualquiera...<sup>436</sup>

Y compara, una vez más, lo que él pensó que era París leyendo *París era una fiesta*, y lo que verdaderamente es, por lo menos, para ellos, y también en un café y en la forma estaban las diferencias; porque en esas novelas

---

<sup>434</sup> Ibídem, pp.144-145.

<sup>435</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.62.

<sup>436</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.180.

míticas:

...llaman al mozo que se llama Ferdinand o Pierrot y el mozo se les acerca y los trata a cada uno por su nombre, caballero amable que conoce a sus parroquianos, pero lo cierto es que yo, Martín Romaña, el cualquiera que está entrando a un café cualquiera con Inés, que alguien se atreva a llamarla una chica cualquiera y lo mato varias veces, yo me he pasado años sentado en un mismo café y jamás supe cómo se llamaba el mozo ni el mozo supo ni le importó un comino cómo me llamaba yo...<sup>437</sup>

### **3.1.4.4.-Los otros bares**

Un bar con "nombre y apellido", *Saint Regis Hotel*, es el lugar de una cita entre un padre, "profesor universitario en Montpellier" de paso en Estados Unidos y Daugther (hay ambigüedad en el nombre, no se si es un intento de precisión, porque "su hija es hija", o tal vez puede darse como nombre al otro lado del Atlántico. Además, a veces, le llama "Pureza y pureza", con la misma ambigüedad), en el momento feliz que dura unas horas de reencuentro pleno, en una táctica que el protagonista reconoce plagiada de una lectura, y que llama *the unexpected moment*, que consiste, en su caso, en sorprender a su hija, llamándole desde cualquier lugar del mundo en los momentos en que está "boyante", pidiéndole que se reúna con él. Esta vez ha sido en New York, pero "la vez pasada fue en el lago Maggiore". Y en el otro momento, no tan feliz, en el que su hija se marcha, y queda solitario con su copa. Son dos situaciones claramente diferenciadas. El protagonista se crece e intenta parecer alegre y despreocupado, en el encuentro con la muchacha; mientras que el antes y el después, siempre en el mismo lugar, el Regis, viene acompañado del desmoronamiento:

Se descubrió otra vez cabizbajo. El codo había permanecido en su sitio, fuerte sobre el mostrador y también el puño cerrado y alto. Pero el mentón se le había resbalado y más bien reposaba sobre la muñeca, se resbalaba incómodo a la altura de la muñeca torcida y cediendo, más bien. Ni siquiera se había dado cuenta de esa incomodidad. Pidió otro bourbon y apoyó nuevamente el mentón sobre el puño que temblaba cerrado con fuerza, haciendo fuerza, esforzándose. Daughter hacía su entrada...<sup>438</sup>

Seguía sentado en el bar del "Saint Regis", en la barra del bar del "Saint Regis", y de rato en rato volteaba a mirar el taburete en que se había sentado Daugther (...) Ella le había ofrecido quedarse pero él había pensado que estaba ya lo convenientemente borracho como para lanzarse a su nueva aventura (...) Entonces, mirando siempre el taburete en que estuvo daughter, dijo: 'ya sé que lo que tú más temes es la ausencia de los dioses.' Y se sintió un poco viejo y con algo de derrota metida en el cuerpo y volvió a mirar a su hija y volvió a mirar a su esposa y pidió un trago más porque quería brindar por la ausencia de su hija y de los dioses.<sup>439</sup>

Y de pronto, en este mismo bar, le entró la nostalgia de otro bar "más familiar", aquel en el que no se hablaba con acento, porque "Tom no tenía el maldito acento inglés". Y ése sí que era un buen bar, un bar de amigos, pero no para daughter claro.

Y más tarde, en la habitación del hotel piensa en lo que tiene que hacer "mañana", que es ir, en compañía de una uruguaya odiosa, a dar una conferencia en Ithaca. Y desde aquí rememora el día en que empezó esa complicación que hoy lo tiene en New York. El recuerdo es el de otro bar, en Montpellier.

Y los bares seguirán en el aeropuerto, donde espera su vuelo. Habrá demoras, y la siguiente estación sigue siendo un nuevo bar, ahora el del "Hotel Plaza", sin nada que añadir salvo su grado étlico, porque ya no estaba Daughter con él...

El "bar Zela", un reducto inclasificable en la mente del padre del protagonista de " El papa Guido sin número ", aunque "no se atrevió a condenarlo a muerte"<sup>440</sup>; o de "reputación, excelente por cierto, según el cristal con que se mire" en versión alusiva del protagonista del relato -más bien del contador-. Y un lugar mítico

<sup>437</sup> Ibídem, pp.181-182.

<sup>438</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, op. cit., p.32.

<sup>439</sup> Ibídem, p.38.

<sup>440</sup> Ibídem, p.88.

para el que narra la historia: "aquella mítica chingana frente al cementerio del prebitero maestro..."<sup>441</sup>. Opciones que nos lleva a pensar que no sólo el "bar Zela" es cuestionable y múltiple, sino cualquier escenario, en dependencia de lo que se busque o encuentre en ellos.

Otro bar con nombre familiar para los lectores, por lo repetido, es el *Ed's Bar*. Un lugar de Lima donde se desarrolla, casi íntegramente, el relato de "Un poco a la limeña". Título que parece reflejar un cierto aspecto de la vida limeña: las conversaciones -tipo tertulia- entre amigos en este caso, aderezado con personajes del mundo que hoy llamaríamos de la *jet*: popurri de "hijos de familia", toreros, boxeadores... o cualquier otro personaje que tuviera algo interesante que contar, porque de eso se trataba. Y el escenario de estas charlas hasta el amanecer es el *Ed's*, a las que se añadía el barman, Pepe, después de cerrar.

y Pepe y el *Ed's Bar* serán el confidente y el lugar donde Taquito Carrillo cuenta esas historias sin referente, el día que Baby Schiaffino, título y nombre de la muchacha, se graduó y eligió otro compañero para la fiesta de su fin de curso.

Taquito, haciendo los primeros logros en eso que después será su "gran capacidad", hace creer al barman (conocemos la versión de Taquito no del camarero) que acaba de regresar de la promoción del Villa María -el colegio de Baby-, y lo hizo con tal vivacidad, que él mismo se lo acabó creyendo:

Pepe -dijo, apoyándose matador en la barra del "Ed's Bar" -, sírveme una menta, por favor. Vengo de la promoción del "Villa María" y estoy agotado. -Luego se desanudó la corbata del lazo para demostrar fatiga y para conversar mejor, quería comentar la fiesta con Pepe.

Tres días después hizo exactamente lo mismo terminada su fiesta de promoción. Y entonces sí que más que nunca lo de la fiesta de Baby le supo a verdad, acababa de vivirlo...<sup>442</sup>

Y Pepe seguirá siendo el camarero del mismo bar en la historia que recuerda el protagonista de "En ausencia de los dioses". Daughter se ha marchado y su nostalgia le lleva a recordar los momentos muy lejanos ya en los que conoció a la madre de daughter, Cecilia, "esa cara blanca y pecosa y la nariz respingona", nombre y prototipo del primer amor de algunos protagonistas de los relatos de Bryce.<sup>443</sup> Y es con esta muchacha, emulando Montescos y Capuletos, con quien roba, furtivos, a las noches sus horas, porque:

... Y metiendo toda la bulla y desafío que quieran, se mete crapulosamente a casa de Cecilia y salta balcones y salta terrazas (...) Y ella se pone una bata penas y escapan en el carro que Jaime se ha robado de sus padres y mil gracias Jaime y se preguntan si los dejarán entrar... Todo está permitido para los nocturnos amantes imposibles, les dice Pepe, el barman, y en el "Ed's Bar" transcurrió su amor maravilloso y nocturno y al alba regresaban a casa Montesco y descaradamente trepaban y descaradamente bajaba él cada noche y Jaime en la barra diciéndole a Pepe uno de estos días los pescan y los matan y Pepe fue quien por primera vez en la vida empleó eso de los dioses: "No te preocupes, Jaimito, los dioses están con ellos..."<sup>444</sup>

El *New Ed's Bar* sustituye al Old *Ed's*... Y aquí vuelve Pedro Balbuena, en sueños desde México, a buscar los viejos lugares. Es un espacio cercano y lejano al mismo tiempo:

Era una de esas horribles madrugadas de la humedad de Lima, y como todos los días, desde hacía más de quince años, Pedro Balbuena abandona el "New *Ed's Bar*". Lo había frecuentado también en su juventud, cuando aún se llamaba "Ed's Bar", y ahí precisamente había tomado sus últimas copas la noche antes de marcharse a Francia.<sup>445</sup>

---

<sup>441</sup> *Ibíd.*, p.89.

<sup>442</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.95.

<sup>443</sup> Un nombre unido al primer amor en otros relatos: "Una mano en las cuerdas"; "Las notas que duermen en las cuerdas"; y otro nombre que podría ser el mismo, sus letras coinciden prácticamente, Alicia, el primer y último amor del protagonista de "A veces te quiero mucho siempre". Así como la novia de Mañuco en el momento en que conoce a don Pancho.

<sup>444</sup> Alfredo Bryce Echenique, *En ausencia de los dioses*, o p. cit., p.40.

<sup>445</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.82.

Pero también los bares son lugares de solitarios que buscan olvidar, con unos tragos, lo que no va demasiado bien en sus vidas, aunque, a veces, se consiga el efecto contrario: recordar mejor, como le ocurre al protagonista de " En ausencia... " o como al de " Eisenhower y la Tiqui-tiqui-tin ". Otro relato que tiene como escenario único la barra de un bar, y a un personaje cada vez más borracho., pero con una lucidez que no se si le acompañará en los momentos de "a pie".

En este cuento de *La felicidad...* hay, como ya es habitual, dos espacios, siendo mucho más real el bar recordado que en el que se recuerda (anónimo). Ambos tienen el marco común de un bar. El de antes, con el amigo en los años felices de universidad, cuando:

...los dos juntos en aquel Café en que nos pasamos media vida en la época de la facultad... (...) ¡Ah!, qué buena vida... Años felices con propinas y sin más gastos que el Café; años que pasamos sentados buscando gente que se pareciera a alguien, buscando lo que llamábamos las Vidas Paralelas (...) Sentados en el Café mañana tras mañana completamos mil tomos de las Vidas Paralelas, de las equivalencias universales, Lima con un museo de cera viviente en el que se paseaban Manolete, un Winston Churchill exacto que pescamos aquella vez, ¿te acuerdas?<sup>446</sup>

y el de ahora, en el que se conversa con el amigo *in mente*, porque se distanciaron "socialmente", uno por el camino del fracaso y otro del éxito, y ya no pueden encontrarse. Aquel un lugar amigo y este: "Estamos cerrando. Debe usted diez cervezas grandes. No, no, no se puede servir más; estamos cerrando."<sup>447</sup>

Y otro bar familiar, el Lima, es aquel en el que es habitual el protagonista de " El hombre, el cinema y el tranvía". Título que aparentemente no tiene nada que ver con este bar familiar en donde los parroquianos son tratados con familiaridad y deferencia:

Se sentaron. El muchacho observaba con curiosidad cómo todos los hombres en ese bar se parecían a su amigo. Tenían algo en común, aunque fuera tan sólo la cerveza que bebían. El bar no estaba muy lejos de la plaza San Martín<sup>448</sup>, y le parecía mentira haber pasado tantas veces por allí, sin fijarse en lo que ocurría dentro. Miraba a la gente, y pensaba que algunos venían para beber en silencio, y otros para conversar. El mozo los llamaba a todos por su nombre (...) - Se está muy bien en un bar donde el mozo te llama por tu nombre y te trae tu cerveza sin que tengas que pedírsela -dijo el hombre...<sup>449</sup>

Para Pedro Balbuena los bares son lugares de búsqueda, de una búsqueda concreta, la de Sophie. Tras ella recorrió varios países, y en cada uno de ellos, todos los bares en que pudiera encontrarla; y para olvidarse del fracaso en sus etapas infructuosas acudía al alcohol, y le cuenta a Sophie:

La historia de los bares en que la había buscado, de sus viajes por el Caribe tratando de no beber más y no entrando a los bares, ella le había pedido fecha y lugares exactos, nombres de islas, de bares, del bar al que fue esa noche, increíble, no se lo dijo, de esas cosas, él tan vivo, tan despierto aquella noche...<sup>450</sup>

pero, como él mismo le confiesa más adelante, es sólo una forma de contar las cosas. Por Sophie o no, es cierto que para Pedro Balbuena el estar borracho es una forma de vida, como le dice el doctor Chumpitaz: "Tú hasta sin trago andas borracho por la vida, Pedrito"<sup>451</sup>, y es cierto, mas también que los bares son escala obligada a lo largo de la novela. En uno se despide de Virginia en Cuernavaca. En otro pasa sus últimas horas con Claudine y con "Dios" -el turco a quien Claudine miró con los ojos del jardín de Luxemburgo-. Y cuando le deja Beatrice, todavía con el "cuerpo del delito" en la mano (los preservativos), va a buscar un bar donde emborracharse. De aquí al manicomio. Y simbólicamente será otro bar, el del Ritz, donde Sophie le citó el mismo día de su boda, para poder casarse sin interferencias:

---

<sup>446</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, o p. cit., pp.12-13.

<sup>447</sup> *Ibíd.*, p.25.

<sup>448</sup> Lugar muy frecuentado por los protagonistas adolescentes que se pasean por el Perú en las novelas de Bryce, como ya ha quedado apuntado en los espacios de la adolescencia.

<sup>449</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto cerrado*, o p. cit., p.165.

<sup>450</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.214.

<sup>451</sup> *Ibíd.*, p.18.

...me mandaste como a un pelotudo al bar del "Ritz", primero, y después a la Comisaria, a palos. Tú misma acabas de contármelo. Mientras tanto te habías casado tranquilamente en la Iglesia de Santa Clotilde...<sup>452</sup>

Hay otro bar con apellido italiano, el *Bar Ferrara*, con cierto significado en la vida de Pedro Balbuena -probablemente fuera el último bar que frecuentó-. Aquí tuvo lugar la primera cita con Julie, el primer caballito salvaje que liquidar. Y fue aquí, también, donde la inglesita "perdió los papeles" ante el entusiasmo de una sacristía llena de Giottos, Peruginos, Pinturiscchios...

Y sólo quien ha tenido veinte años y ha amado y ha vivido y ha estudiado y ha demostrado interés por todo lo italiano, y todo esto en Perusa, podrá comprender la desesperada emoción que se aferró de Julie, no bien Pedro terminó de relatarle su aventura. Fue la primera inglesa que soltó una nota en falso con una taza de té en la mano, ¡Peeetruuuss!, la primera inglesa de buena familia en todo caso, por lo menos debió haber gritado Peter y en voz baja y no hacer que a medio mundo se le derramara el café del susto en el "Café Ferrara"<sup>453</sup>

También fue el escenario de las primeras confidencias con Sophie después de tantos años de ausencia: "...hasta ese instante, le parecía haber estado escuchando la voz de Pedro Balbuena, sentado en el 'Café Ferrara', emborrachándose hasta pedirle desesperadamente la mano"<sup>454</sup>. Y entre cita y cita, el marco donde fomentaba la cirrosis. Y aún fue más. Aquí Pedro creyó que había conquistado a Hans (el compañero sentimental de Sophie) para una venganza "a dos manos" -el último caballito pendiente-, cuando la realidad es que fue el cómplice de la mujer para un encuentro en la villa florentina de Sophie, que acabó con la muerte del protagonista:

Recordaba haberse levantado muy temprano y haber pensado que las cosas empezaban a salirle bien porque Hans estaba desayunando en "el Ferrara". Había temido tener que buscarlo por toda la ciudad. Recordaba que Hans lo había captado todo muy rápido, que estaba dispuesto a ayudarlo., "sí, le había dicho, Sophie y su orgullo se merecen una buena broma de ese tipo (...) Hans se precipitó sobre el teléfono.(...)

-Sí -dijo, no bien le respondieron-. Algo está tramando. Me le acerqué mientras dormitaba, al final, y había anotado séptimo caballito y tu nombre en un trozo de papel.<sup>455</sup>

### **3.1.4.5.-Los restaurantes**

Los restaurantes ocupan en la vida de los protagonistas un lugar similar al de los bares. Tal vez la diferencia esté en que éstos son lugares de encuentro fortuito y de solitarios. Mientras aquéllos además de una necesidad -en el caso de los estudiantes, por ejemplo- es un lugar de cita establecida más que de encuentro, y necesita, por tanto, de un antes y, normalmente, de un después. Material, entonces, más apto para las novelas que para los relatos. Y es así en el caso de la narrativa de Bryce, pues únicamente un cuento tiene como escenario un restaurante, "A veces te quiero mucho iempre", de *Magdalena...*, pero en el que ha habido un contacto previo en un bar, o café de Barranco (Perú), cuyo nombre no consigo recordar el protagonista del relato; y en el que se le acercó, atraída por su fama de pintor, una muchacha, Alicia, que por edad podría ser su hija. Después y ya con precisión: el restaurante del Hotel en que se aloja, le invita a cenar y al día siguiente a almorzar. De estos dos encuentros sale una relación movida por la nostalgia en el caso del protagonista; y de la admiración - ella era estudiante de Bellas Artes- por el de la muchacha, sin gran futuro, porque les separaba una historia de "treinta años" vividos con gran intensidad. Demasiados para intentar resumirlos y que la muchacha los entendiera como si fuera, también, materia vivida por ella.

En *Tantas veces...* hay tres anécdotas puntuales que tienen como marco un restaurante. El primero por orden de aparición es ficticio, y pertenece a la historia sobre Sophie que Pedro está escribiendo. En "la ficción" es una jornada feliz. Están, ambos, en Venecia y " todo se les va en risas".

---

<sup>452</sup> Ibídem, p.216.

<sup>453</sup> Ibídem, p.202.

<sup>454</sup> Ibídem, p.214.

<sup>455</sup> Ibídem, pp.242-241.

La siguiente es con Beatrice, y sirve para celebrar el reencuentro en el que el azar tuvo mucho que ver (se encuentran en el metro, y ni para uno ni para otro era un lugar habitual). Es una coincidencia afortunada, en principio. Ella siempre le había esperado, y él había roto su relación con Claudine, recientemente, y

Fue recién en el restaurant que Beatrice se atrevió a hablar (...) Durante años había esperado este encuentro, y aunque sabía que Pedro no podía haber cambiado, que no cambiaría nunca, algo le hizo preguntarse si ella no habría cambiado desde entonces. Inútil tratar de descubrirlo ahora. Pedro, el mismo Pedro de siempre, la había arrastrado hasta un taxi, no la había dejado ni siquiera llamar a sus padres para avisarles que regresaría tarde, y luego la había arrastrado hasta un restaurant, donde ella empezaba a sentirse, de pronto, tan feliz como se hubiera sentido entonces...<sup>456</sup>

Y el último será con Claudine, la única persona de la que se despide en su huida a Perusa. La cita es en la estación de Lyon, y el restaurant *Le Train bleu*, a las ocho en punto:

...se saltaron al cuello (...) Ninguno de los dos había confiado nunca en la puntualidad del otro, y a eso le estaban atribuyendo como un par de imbéciles el que diez minutos más tarde ya no les quedara casi fuerzas para seguirse abrazando (...) Y mientras subían, Pedro le pidió por favor que le cogiera del brazo al entrar al restaurant, que lo besara delante del maitre, del mozo, y hasta del chef, si lo veían, en fin, que lo besara mucho para que todo el mundo en *El Train bleu* pensara que se iba de París triunfador, que se iba mejor de lo que llegó, que dejaba a la mujer más bella, tú, por supuesto, esperándolo, recién entonces Claudine captó que probablemente había estado bebiendo todo el día.<sup>457</sup>

Y ya en *La vida exagerada...*, con un estilo de vida mucho menos burgués -Pedro vivía de los cheques de su madre, y Martín, pasados los primeros tiempos, del trabajo en "una escuelita"- los restaurantes pasan a ser casi un lujo hasta que aparece Octavia de Cádiz, porque con ella llegó el despilfarro:

-¿Tienes plata para invitarme, Martín?

-Esta mañana vendí Solre por tí, prima.

-!Maximus!!Maximus!!Maximus!

-Solre, prima, era mi sueldo de lector en Nanterre. Y como durante varios meses me lo gasté íntegro en llevarte a comer, creí que tus padres habían cedido...<sup>458</sup>

Pero volviendo a *La vida exagerada...*, en donde el estilo de vida no admitía ciertos lujos, los restaurantes son lugares excepcionales que se pueden permitir cuando, por ejemplo, la madre de Martín va a Francia y es ella la que paga, porque si es el protagonista el que tiene que invitarla, lo hace al restaurant universitario con gran enojo por parte de Inés, "hasta hoy veo la mirada de Inés acusándome de haber sido una verdadera bestia de llevar a mi madre al restaurant universitario, cómo se me ocurría llevar a una mujer madura y coqueta a un lugar lleno de muchachas, de lindas y despreocupadas jóvenes..."<sup>459</sup>; o como mucho y como lujo:

La llevé al único restaurant al que podía invitarla, o sea al peor restaurant del Barrio Latino, y ni con dos botellas de vino logré hacerle creer que para mí era el mejor restaurant de París, porque todos los demás estaban fuera de mi alcance. Y éste, además, sólo los feriados, mamá.<sup>460</sup>

En Cannes y con "el último dandy", la madre de Martín recupera el mando y los lugares. Y un restaurant es escenario de un agradable almuerzo, con una animada sobremesa que se prolongará hasta la cena:

Eran las ocho de la noche cuando empezamos a sentir remordimientos por haber abandonado a mi madre y a José Antonio. Dónde estarán, nos preguntamos (...)

<sup>456</sup> Ibídem, p.137.

<sup>457</sup> Ibídem, p.189-190.

<sup>458</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.150.

<sup>459</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.258.

<sup>460</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.258.

-En el restaurant -dijo Inés.

-Imposible, no pueden estar allí todavía (...)

Estaban en la tercera botella de champagne cuando los encontramos, y ya habían decidido que el mejor médico del mundo para El último dandy era el tío Fortunatito (...) Lo difícil fue que zarparan del restaurant esa noche, porque a José Antonio se le había antojado otro cangrejo como el del almuerzo, y porque mi madre encontraba la idea excelente, sobre todo ahora que era ella la que invitaba...<sup>461</sup>

En esta ocasión, el restaurant puso el lugar, el champagne el tono, y el resto lo pusieron dos personas dispares en ideas, pero nobles en sus sentimientos.

Antes y después de "estos excesos" fueron los restaurants universitarios, poblados de diferente fauna:

La mitad la llenaban los franceses, que comían callados y resignados. La otra mitad la llenaban los extranjeros, que comían siempre con la esperanza de que mañana tocara pollo, y metían demasiada bulla (...) Predominaban los árabes, que enamoraban a medio mundo, y después venían los latinoamericanos, que se conformaban con lo que dejaban los árabes. Éramos los únicos comunicativos, en todo caso.<sup>462</sup>

Y es en la puerta "cerrada" del restaurant universitario, donde Pedro conoce "al espíritu del 68" que estaba como pepa de mango, Sandra y también con ella parte "rumbo al restaurant para estudiantes un poquito enfermos: "(...) Fue un almuerzo tranquilo, a juzgar por la manera en que a mí me tembló la mano mientras le servía leche a Sandra, que siempre había comido allí desde su llegada a París"<sup>463</sup>.

Pero hay lugares, en París (al igual que en Perú pasó con el Ed's Bar) que son especialmente emotivos, porque tienen connotaciones que los separan del resto. Me refiero a "La Closerie des Lilas" y la "La Sopa China" de Octavia, completada con "El Guaraní".

"La Closerie des Lilas", del que poco sabemos ambientalmente, es el lugar en el que se despiden Martín y Octavia la primera vez que ella viene de Milán, ya casada y muy elegante. Es cierto que "La Sopa China" había cerrado ya. Hecho que Martín atribuyó "al deseo de los padres de Octavia de irme dejando sin recuerdos, mientras en Italia se iban encargando de dejarle a ella sin memoria"<sup>464</sup>. Sea cierto o no, lo que sí lo es que Octavia, ya tan elegante con "esa belleza como ausente" no hubiera encajado en "La Sopa China"; Y es "La Closerie des Lilas" el lugar elegido.

Pero no es por esta referencia, por lo que este restaurante ha sido remarcado sino porque aparece en otro libro como lugar de encuentro. En *La última mudanza...*

es el lugar a donde huyen, de Andrés Zamudio, Genoveva y Felipe Carrillo horas después de conocerse; y uno de los pocos lugares felices del protagonista. Así cuando intenta una reconciliación definitiva, tras una relación tumultuosa, lo hace movido un poco por ese recuerdo:

Y saboreé entonces la sonrisa incomparable de Genoveva en sus momentos verdaderamente alegres, en nuestro primer almuerzo en "La Closerie des Lilas", huyendo felices, y ya casi enamorados, del inefable Andrés Zamudio. He hice bajar mi mano lenta, tierna, dulcemente y con los dedos entreabiertos, como la primera vez que recorrí la delicia interminable de andar perdido entre el pelo rubio, suelto, larguísimo, de Genoveva.<sup>465</sup>

Y "La Sopa China" fue el restaurante de Octavia, que nombra, en realidad, según constaba en el toldo,

---

<sup>461</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., pp.274-275.

<sup>462</sup> *Ibíd.*, p.39.

<sup>463</sup> *Ibíd.*, p.338.

<sup>464</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.198.

<sup>465</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., p.136.

al "Bar de las Islas Reunidas", pero todo el mundo lo llamaba así "porque la sopa china era el plato más barato de todos y el menos malo. De segundo, se pedía siempre el arroz cantonés..."<sup>466</sup>.

Era un lugar fascinante para Octavia. Ahí estaba representado todo lo que le había sido negado hasta ahora, en ese mundo sobreprotegido en el que vivía -con educación en internado suizo-. Y le "encantaba" -esta era la palabra que usaba Octavia, en su verdadero sentido-. Y también Martín consiguió encantarla durante cierto tiempo.

"La Sopa China" será el barómetro de las tensiones, y una noche como que todo estaba confabulado en ser diferente:

...hubo una noche como muy especial en La Sopa China (...) El chinito de los testículos de oro no parecía con su mirada impermeable. El arroz cantonés tardaba como nunca en llegar. Por primera vez nos sirvieron una botella de vino con corcho. Y cuando al partir hacia el Rancho Guaraní, Octavia le reclamó al clochard de la cara de bueno su diario piropo, éste, como si no la hubiera reconocido, le preguntó ¿qué piropo señorita? Los viejos muchachos del 68 se abstuvieron hasta de mirar.<sup>467</sup>

Inestabilidades que estaban anunciando el primer aviso de lo que después será conmoción cerebral, treinta puntos...

"La Sopa China" y el diván de Octavia, que también como que se resistía: "El diván, Octavia, no cesabas de decir mi diván, mi diván, mi diván, y a veces, cuando hacíamos el amor te aferrabas a ese mueble de porquería como si el mueble fuera yo. Y el último día, ¿coincidencia?, llegaste a las diez de la mañana y me despertaste diciéndome hoy he venido más temprano que nunca porque necesito disfrutar más que nunca de mi diván"<sup>468</sup>, fueron los síntomas de los últimos estertores de una relación feliz aunque incompleta.

Después cerraron el restaurante de Octavia que ya no estaba, aunque Martín seguía acudiendo a él, y una noche:

...la última que pasé en La Sopa China tuve la suerte, de que Pierrot, uno de los hermanos armenios que me atendían siempre, me obsequiasen (sic) finalmente el afiche de Octavia para que yo pudiese seguir hablando con ella hasta llegar a mi departamento y me venciera el sueño.<sup>469</sup>

Y días más tarde, el toldo del restaurante iba a parar a casa de Martín, y la explicación se la volvió a dar Pierrot:

La señorita había venido; la señorita había preguntado si usted siempre venía; la señorita estuvo a punto de llorar cuando le conté que usted ya no comía al mirar su retrato; a la señorita le dije que pronto íbamos a cerrar definitivamente La Sopa China; y la señorita había comprado el toldo para que se lo enviáramos a su casa no bien cerráramos.<sup>470</sup>

El toldo, hacia dentro de la casa no hacia afuera como es lo habitual, quedará instalado en "la salita" del apartamento de Martín y de madame Forestier hasta el día en que se marche a Perú. Y fue, como todo lo que recordaba a Octavia, un objeto simbólico hasta el final.

Hay otro restaurante, especialmente emotivo para Mañuco de " Un sapo...". Es un lugar que se evoca desde el recuerdo de adolescencia y sigue conservando en el acervo de la memoria ese grato sabor que tuvo en su momento. Hubo, primero, un encuentro fortuito, en la puerta de un restaurante, que provocó la invitación de don Pancho a comer. Mañuco fue el convidado, y de allí nació una amistad que duró unos años, y el recuerdo de esa amistad que duró mucho más:

Yo no se si tú te acuerdas, Carlos, tú que eres también limeño, pero el 91 era en esos años uno de los restaurants más caros y lujosos de Lima. O sea que para mí era algo totalmente inaccesible. Ahí

<sup>466</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.160.

<sup>467</sup> *Ibidem*, p.200.

<sup>468</sup> *Ibidem*, p.207.

<sup>469</sup> *Ibidem*, p.198.

<sup>470</sup> *Ibidem*, p.228.



podían ir mis viejos, en todo caso pero a los quince años a mi padre jamás se le había ocurrido llevarme a un restaurant así, y muchísimo menos invitarme a un martini o tomar vino en la comida (...) ¿Sabes ustedes lo que es llegar al 91 como llegué yo? Era como si me hubieran vestido de largo más o menos. Y además con todos esos gringos...<sup>471</sup>

### **3.1.4.6.-Las piscinas**

Las casas, los bares, los restaurantes... no son lugares excepcionales *per se*, todo el mundo vive en un lugar u otro y frecuenta, con la asiduidad que su bolsillo le permite, esos otros lugares (me refiero a nuestra sociedad sin entrar en otras culturas). Y estos serán espacios de paso o de estancia, felices o no, pero habituales. No así las piscinas que, sin llegar a ser sitios de élite, requieren ciertos condicionantes, y en algunos casos cierto nivel de vida (la piscina del *Country Club* para los limeños de hace unos años, por ejemplo, como se refleja en *Un mundo...*; o como reprocha un limeño a otro de "diferente clase" en una discusión, por otros motivos, en casa de Martín Romaña: "!Tú, así como en tu añorado *Country Club* de Lima... se preparan pavos con dos pechugas... así, tú, José Antonio Salas Caballero, eres un hijo de *dos putas*;"<sup>472</sup>).

Y volviendo al tema, hay otros escenarios, como las piscinas en este caso que son infrecuentes, yo diría que hasta en la Literatura, o precisamente en ella (sé que es un riesgo), porque son lugares "frívolos" -no me atrevo a decir que ésa sea la palabra adecuada- más aptos para la comedia. Y la otra posibilidad, que es a la que yo me adscribo, insistiendo empecinadamente en esa idea que muchos críticos... que hay un factor individual en las circunstancias del escritor, de nuestro escritor ahora, que explicaría la frecuencia de este marco.

En una mirada de conjunto y ateniéndonos a la cronología de los personajes protagonistas, el primero es Julius de *Un mundo...*

Este personaje, en el que no me voy a extender ahora, vivió unos meses, casi en exclusiva, en la piscina del *Country Club*, lugar donde se habían trasladado su madre y Juan Lucas mientras les terminaban la casa nueva; y en este mismo lugar -la piscina del *Country*-, Manolo de "Una mano en las cuerdas" conoció a Cecilia su primer amor adolescente. Y también el protagonista de "En ausencia de los dioses" de *Magdalena...*

elige entre sus recuerdos que guardan relación con la madre de Daugther, con la que "hoy" no vive, y de ellos cuando se conocieron y se amaron con trece años: "Nos adorábamos aquí en la piscina del 'Country Club' "<sup>473</sup>Y otra piscina sirvió para que Manolo y América, en "El descubrimiento de América" -la conquista de un cuerpo-, pasaran un verano de "indagaciones" en la piscina de Huampaní, y después en otra privada, que fue como llegar al "Dorado" y encontrarse con "purpurina", o por lo menos así se sintió Manolo tras la primera experiencia sexual.

Hasta aquí todo encaja más o menos bien. Sabemos que Bryce Echenique conoció y probablemente frecuentó "el Country". Y la piscina de Huampaní está muy cerca de Chosica, aquel lugar de la infancia del escritor y de muchos personajes de esta narrativa. Pero ya es algo "chocante" que en el París del "permanente invierno", de escuelitas oscuras y frías... una piscina sea escenario de algo, pero así ocurre en *La vida exagerada...*

, y la anécdota que se nos cuenta en ella es como el marco (la piscina) en la Ciudad Luz, inhabitual. Es una corta referencia dentro del largo libro que es *La vida...*: una aventura compartida con Daniel Céspedes, un peruano "que no tenía beca, que no encontraba trabajo (...) y que no se encontraba nada bien de los nervios":

Inés y yo éramos de las pocas personas ante las cuales Daniel detenía sus interminables caminatas. Unas veces nos visita, y otras venía a buscarme para ir a nadar a la piscina del Boulevard Saint-Michel. A los dos nos habían recomendado la natación como descarga bastante efectiva para el sistema nervioso y los problemas del alma, y dos veces a la semana cumplíamos con la obligación de hacer algo por sentirnos bien y por dominar el insomnio. Nadábamos casi hasta ahogarnos de cansancio, cuando teníamos algún problema y después nos sentábamos al borde de la piscina para

<sup>471</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, o p. cit., pp.84-85.

<sup>472</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.241.

<sup>473</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, o p. cit., p.39.

contemplar el panorama. Pero en realidad, en aquella piscina, el panorama por contemplar resultaba siendo Daniel. Lo alto que era, lo fornido que era, lo moreno que era...<sup>474</sup>

También y como recuerdo de adolescencia, Martín refiere "la refrigeradora de casa de sus padres", a propósito de las acrobacias de su perro.

El protagonista de *Tantas veces...* va a Italia "en cura del alma con agresión", y escoge como escenario de su terapia La Piscina Municipal de Perusa, y como grado "se había autoproclamado Ladilla Oficial del Reino de Perusa", y su táctica era invariable:

...como todas las tardes, ahí estaba en la Piscina Municipal, esperando que el vigilante lo viera dispuesto a lanzarse al agua sin el gorro de jebe obligatorio. No bien tocaba el pito y se disponía a gritarle!señor el gorro!, Pedro Balbuena se lanzaba al agua y empezaba a nadar entre los llamados de los bañistas. Por fin uno lo detenía, pero él entre que no entendía ni papa de italiano y que tenía que bañarse con taponés en los oídos por una otitis, les soltaba su mejor sonrisa de estudiante de Universidad Italiana para Extranjeros y seguí nadando para desesperación del vigilante, otra vez pito y pito. Tres, cuatro personas lo detenían sucesivamente y él, *piacere, peruviano*, y las muchachas matándose de risa porque seguía nadando...<sup>475</sup>

y por este procedimiento conseguía que las muchachas lo miraran con interés y curiosidad, y de ellas elegía sus "víctimas".

En *La última mudanza...*, Genoveva y Felipe Carrillo pasan los días más felices de toda su relación en *El Espinar*, la casa de unos amigos. La piscina es el complemento de esa felicidad, y el lugar donde se hace partícipe a Solsoles y a Claudio de la decisión de internar al adolescente hijo de Genoveva en un colegio (de esa determinación dependía la relación) y fue

...la piscina, el lugar elegido por mi para que Genoveva y yo lo conversáramos todo de nuevo con Solsoles y Claudio, llegamos casi tan cansados como ustedes al fin de esta frase, seguro. *A la piscina, el lugar elegido por mi para...* Hay que ver lo mal que escribe uno algunas tardes...<sup>476</sup>

Y hay otra piscina "con regalo" en esta novela y con otra mujer, Eusebia, en la hacienda Montenegro, en Querecotillo (Perú), en otro momento "decisivo" en la vida de Felipe Carrillo, el día que se va definitivamente, después de postergar una y otra vez el viaje, de los brazos de la mulata, siendo ambos conscientes de lo que eso significa, y sin promesas que no se han de cumplir:

...Nos bañábamos por última vez en la piscina y Eusebia me regaló la flor de arrojarse desnuda al agua!Negra! le grité, y ella me respondió!Felipe!, desde ahí abajo. No supe muy bien qué hacer con Felipe, la verdad, y me dejé caer sobre una tumbona para que Eusebia saliera del agua, viniese a echarse a mi lado a ver si de esa manera descubriría qué demonios había que hacer con Felipe. Lo que descubrí, a fin de cuentas, es que ya no quedaban Negra ni Felipe, ni Euse ni Flaco, quedaba bien poco de todo aquello, casi nada: dos almas, dos cuerpos, una hacienda, nada más por el momento (...) Después nadamos un rato, pésimo los dos, y eso habría sido gracioso, pero se arrancó una lluvia implacable que nos obligó a salir corriendo de la piscina y a cubrirnos con las toallas hasta casi no vernos<sup>477</sup>

Al protagonista de "¡Al agua patos!", aquél que hemos visto unido a la anécdota de los patos ahogados de la tina, y que arrastra una especie de temor unida al nombre de Chosica que no sabe precisar. El recuerdo le llega siendo adulto, y se logra un día que va a bañarse a la piscina de Huampaní (notamos que son piscinas concretas y repetidas) y escucha una frase que una madre exclama al tirar a sus hijos a la piscina. Esta frase, la del título del relato, le recuerda la escena del baño diario de su infancia y a tía Tati haciendo la misma exclamación:

---

<sup>474</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., pp.223-224.

<sup>475</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p193.

<sup>476</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., p.91.

<sup>477</sup> *Ibidem*, p.183.

El muchacho estaba pensando que no valía la pena continuar yendo a Chosica y, al mismo tiempo, miraba cómo la señora insistía para que los niños se decidieran a meterse. La vio retroceder y darle un empujón a cada uno, ella se lanzó inmediatamente después gritando "¡al agua patos!". Cuando él cayó al agua ya lo sabía todo (...) El muchacho se descubrió flotando medio encogido y de costado y recordó a Pancha diciéndole que en esa postura no lo podía jabonar bien. "Al agua patos", dijo y nadó hasta el borde de la piscina.<sup>478</sup>

Y por último, muy irónicamente hay otra piscina, la de Inés en Río de Janeiro. Ésta sí es signo de confort, que recuerda -de aquí la ironía- a esa otra situación en París, cuando Martín se resistía al matrimonio con Inés porque a él le habían educado para ofrecer más que lo que entonces poseía a la muchacha que iba a pedir en matrimonio: "Mi educación y mi respeto por Inés y por mi mismo me impedían casarme antes de tener una refrigeradora<sup>479</sup> y un perro fino..."<sup>480</sup>. Pues bien Inés en aquella ocasión se enfadó reprochando a Martín su ascendencia burguesa como muchas otras veces. Lo que para Martín fue simbólico en aquella ocasión -me refiero al perro y a la refrigeradora- en Inés se convirtió en hecho constantey sonante, porque cuando el protagonista va a visitar a Inés ya casada lo recibe en la piscina, llena de "hondonadas", y con perro; todo lo que Martín soñaba para ella y que Inés rechazaba tajantemente:

(Inés) llamó al chofer para que se ocupara de mi maleta, me llevó hacia la piscina, y me dijo que me sentara a descansar un rato, en una perezosa en forma de hondonada verde, (...) Luego me dio un beso en la frente, me dijo bienvenido, Martín, y se instaló a mi lado, en una perezosa en forma de hondonada amarilla. Increíble...<sup>481</sup>

### **3.1.4.7.-Los aeropuertos**

Los aeropuertos, las estaciones, son lugares de paso, de encuentros y de despedidas. y en el caso de las novelas de Bryce Echenique el aeropuerto es el lugar por excelencia -refiriéndonos a medios de locomoción- por una razón obvia, por la nacionalidad de los personajes, peruanos, y su condición de vivir en Europa, que los hace proclives a estos lugares.

La primera escena de *Tantas veces...* tiene lugar en el aeropuerto de Gaulle. Recordemos que Pedro y Virginia vienen de California a París, él a su residencia habitual y ella por primera vez, como compañera sentimental de Pedro.

La imagen que se nos da del personaje masculino es de soledad. Tiene ligeros problemas con su pasaporte, que él probablemente subjetiviza (a los lectores nos falta ver la cara del tipo del control para juzgar sabiamente), pero:

Quien me hubiese visto desembarcar esa mañana, en el aeropuerto Charles de Gaulle, jamás habría dicho que estaba más solo que los muertos del poema de Bécquer, en sus peores momentos. Ni el mismo lo sabía aún, y eso que el tipo del control se estaba demorando un poquito con su pasaporte y él ya estaba pensando nuevamente que de qué le servía andar tan elegante si por el mundo entero los tipos de control seguían demorándose un poquito con su pasaporte.<sup>482</sup>

A pesar de esta soledad y de una leve disparidad de criterios entre ambos, o quizás precisamente por eso, los dos temen salir de este lugar por algo que está más lejos que la razón:

Los dos quisiéramos quedarnos a vivir en este aeropuerto, porque por ahí cerca debe andar todavía el avión que nos sigue acercando a los días que acabamos de pasar juntos en Berkeley.<sup>483</sup>

Esta premonición de Pedro se cumplirá, y su relación será repetir gestos que ya habían sido hechos en su momento y con el entusiasmo de esos días en Berkeley.

<sup>478</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, o p. cit., pp.135-137.

<sup>479</sup> Sirve tanto para definir un frigorífico como una piscina (las dos acepciones se dan en *La vida...*)

<sup>480</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.168.

<sup>481</sup> *Ibíd.*, pp.624-625.

<sup>482</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.11.

<sup>483</sup> *Ibíd.*, p.13.

La segunda estadía en el aeropuerto, también en su relación con Virginia, será en México, en el Distrito Federal:

Pobre Pedro, también. Quiso complacer en todo a Virginia que lo esperaba amante en el aeropuerto de la ciudad de México, y quería dejar de beber, escribir también, y pasó elegantísimo frente al tipo del control, y la muchacha peor vestida del mundo, por ninguna parte (...) Y la buscó en la enfermería por si acaso fuera la gringa histérica que acababan de llevarse a la enfermería. Tampoco está. Simplemente no estaba. No estaba y punto.<sup>484</sup>

Y la situación debe ser muy dramática cuando el narrador no puede por menos que meterse "afectivamente" en la historia, y compadecer a Pedro, con "ese pobre Pedro, también".

Más tarde habrá otro aeropuerto en sueños, provocado por el deseo: "...se durmió en el instante en que su avión aterrizaba en la Lima que él mismo acababa de crearse con Sophie, y su madre y el abrazo del amigo"<sup>485</sup> Y pasando de libro, para Martín Romaña los aeropuertos tienen connotaciones muy especiales, son también lugares simbólicos, cargados por tanto de historias personales.

El primero será el de su inicial y accidentado viaje de impregnación en la "cultura francesa". Del aeropuerto no logró salir sino en viaje de regreso a los orígenes (traspapeló su documentación y su entrada a Francia se hizo imposible).

Pero la escena más dolorosa, unida al aeropuerto, será la vuelta definitiva de Inés al Perú, en la que Martín no creyó hasta el último momento. Siempre pensó que lograría retenerla con una historia que siempre contaba del aeropuerto del Perú y que en los últimos tiempos repetía en ese intento "por todos los medios de retener a Inés":

Mi plan no podía fallar. Era tan sincero, tan recordatorio, evocaba hasta tal punto el primer instante de mi dulcísima paloma, que no me podía fallar. Inés recordaría, evocaría, captaría, se quedaría calladita porque me adoraba, se despediría, pasaría con los demás viajeros por la puerta número cuarenta y cuatro, desaparecería rumbo a las pistas del aeropuerto, pero como en Lima, Inés, por favor, como en el antiguo aeropuerto de Lima, Inés. Y nos volveríamos a encontrar fuera, como sucedió en una época en Lima, cuando la gente ya se había despedido llorando (...) La historia del antiguo aeropuerto de Lima me encantó siempre y siempre se lo conté y ahora tenía que venirle a la memoria del corazón. Es una historia que todo el mundo encuentra divertida y extravagante, por lo cual resulta eficaz contra la tristeza, (...) Pero, para mí, que viví bajo el terror de lo que me iba a ocurrir una noche de invierno, en un aeropuerto que las autoridades debieron cerrar por triste, esa historia era el arma más poderosa que se ha inventado contra la pérdida del ser amado.<sup>486</sup>

La despedida de Inés en el aeropuerto no fue más que la culminación de esa ida "a poquitos" que desde hace algún tiempo estaba ocurriendo. Y la primera "ida en avión" tuvo lugar, imaginativamente, en el jardín del manicomio en Barcelona, donde Martín se recuperaba de la adicción a un fármaco:

...era cosa de locos mirar un jardín y *sentir* de golpe, de pronto, y del todo, que allí había habido un aeropuerto triste. Pensé en el adiós de la película *Casablanca*, en Ingrid Bergman y el impermeable de Humphrey Bogart jodido en el aeropuerto pero ella tenía que irse por una causa noble, por un ideal, para cambiar las cosas de este mundo, y creí que iba a ser ésa la razón de lo que estaba sintiendo, pero resultó que mi aeropuerto era más triste todavía, mi aeropuerto era el aeropuerto más triste de mi vida, el más triste del mundo entero...<sup>487</sup>

Esta escena que en otra ocasión hubiera podido resultar humorística, dada la paradoja de "volverse loco" en un manicomio, aquí no se logra porque el personaje no consigue distanciarse del hecho que narra, al resultarle, todavía, doloroso; y nosotros estamos compartiendo con él ese dolor y tampoco conseguimos

---

<sup>484</sup> *Ibidem*, p.56.

<sup>485</sup> *Ibidem*, p.58.

<sup>486</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., pp.609-610.

<sup>487</sup> *Ibidem*, p.586.

neutralizar lo que tiene de drama.

El protagonista tiene la sensación de que esta escena ya la ha vivido, y que algo muy triste está relacionado con el aeropuerto del frenopático, y un día le llegó la respuesta, ayudado por Octavia de Cádiz:

Era nada menos que un producto del sueño de Inés y los aeropuertos, un sueño que se me había borrado por completo, pero que por ahí andaba en algún tomo de Freud, y en el que efectivamente el jardín lateral del manicomio había sido aeropuerto. Recuerden. Inés incluso me había amenazado con abandonarme en un aeropuerto de París que quedará en París, porque yo no había estado muy de acuerdo con sus deseos de hacer una escala en Río de Janeiro (...) Y entonces yo soñé que, gracias al aeropuerto del jardín lateral Inés lograba abandonarme con mayor facilidad y que yo lograba seguirla viendo todos los días...<sup>488</sup>

Así la escena del aeropuerto ha invadido los espacios del inconsciente, por encima y por debajo (en la imaginación y en los sueños), hasta que se convierte en el hecho real del abandono.

No obstante Inés tuvo que postergar y una y otra vez la partida, por causas mayores, cada vez con más impaciencia, pero al fin llegó y ella no estuvo a la altura de las circunstancias. Y esto todavía le duele al protagonista muchos años después cuando cuenta la historia: otro desajuste entre la realidad y el deseo:

Todo un libro preparándolos para esta escena, y ahora resulta que no me atrevo a contársela. Uno se encariña con el lector, y termina queriendo ahorrarle aeropuertos tan tristes. Después reflexiona un poco, un poco más, reflexiona mucho, y piensa que a lo mejor nuestro deber es contar (...) Si me cuesta tanto contarles el final de esta historia es porque quisiera ahorrarles la pena de saber que Inés no estuvo a la altura de lo que yo soñé aquella noche en el aeropuerto. Le faltó algo enorme, y no logró comportarse como mi dulcísima paloma.<sup>489</sup>

Después Martín Romaña intentará repetir ese gesto con Octavia de Cádiz, sin resultado. Ahora fracasará todo lo ajeno a la voluntad, porque voluntad hubo y mucha, pero falló todo lo demás, para gran desesperación de Martín que deseaba, esta vez, como culminación de esa historia peruana no repetida por Inés, estar a la altura de las circunstancias.

Y si antes Octavia le ayudó a soportar, medianamente, la escena del aeropuerto, ahora es con Inés con quién sufre el reverso de esa moneda, a su llegada a Río:

...un teléfono para llamar a Octavia y decirle (...) Escucha mi llanto, amor mío, parece una ducha pero soy yo en un teléfono público de Río de Janeiro. Y si Octavia me perdonaba jurándome que me lo creía todo, contárselo todo: Que el nuevo aeropuerto de París era más cruel que el anterior, éste sí que es cruel de a verdad, Octavia, que había hecho lo imposible por escaparme y besarla como loco en el semáforo, en fin, tú me entiendes, Octavia, pero créeme que ahora el que se despide se jodió para siempre, hice lo imposible, amor mío, por más que tú me convenciste, por más que tú me hicieras jurar que no reaparecería, (...) Octavia, pobrecita, Octavia, yo quería probarte que soy capaz de cualquier cosa por tí, pero quién se iba a imaginar que de esos aeropuertos tan modernos no se escapa ni Cristo, me metieron a un tubo que me absorbió con aerodinamismo, mi amor, me fueron encerrando de sala en sala, cosa de locos, tubos invencibles y salas de cristal antiterrorista y la gesticulación de empujones si tatas de ir contra el tráfico y yo que detesto molestar (...) pero lo cierto es que aquí estoy en Río (...) ¿Te acuerdas de que tú misma me dijiste aprovecha, Martín, conoce un poco Río, ahí te relajarás antes de llegar a Lima, creo en tu amor porque lo estoy viviendo, Martín, y es natural que algún día tú e Inés se vuelvan a ver, te acuerdas, Octavia? Claro que no pudiste con tu genio y me pegaste esa cachetada tan llena de orgullo, de amor, de dolor por una partida que en ese instante, para mis adentros, dejó de existir: a tí te daría el amor del antiguo aeropuerto de Lima, a tí te daría el amor a toda prueba, por quién se iba a imaginar que esos tubos de mierda me iban a despachar prácticamente a Río de Janeiro.<sup>490</sup>

---

<sup>488</sup> *Ibidem*, pp.587-588.

<sup>489</sup> *Ibidem*, pp.608-609.

<sup>490</sup> *Ibidem*, p.626-627.

Habrá también en la novelista de Bryce aeropuertos anónimos llenos de soledad a veces, o de soledad en compañía, como el de " Una tajada de vida ", de *Magdalena peruana...*:

Casi nadie lo fue a despedir, como siempre, a veces una muchacha como un regalo de Lima la horrible, casi nadie lo había venido a recibir, como siempre, a veces uno de sus hermanos, y nadie le espera en el aeropuerto de París...<sup>491</sup>

o como el de " En ausencia de los dioses ", del mismo libro, otros aeropuertos tristes para ir a lugares también tristes como en un presentimiento.

### **3.1.4.8.-Las fiestas**

Las fiestas, por diversos motivos, son lugares aptos para la relación y el conocimiento de otras personas. Y aquí se producen, algunas veces, los encuentros de nuestros protagonistas. Pedro Balbuena conoce a Virginia en una fiesta y también a Beatrice, y hay varias coincidencias en las dos ocasiones. En ambas el interés de la muchacha es mayor que el que siente el protagonista y también las dos se sienten atraídas por ese aire de "desprotección y soledad" de Pedro:

En mi vida he visto un tipo así de elegante y de descuidado. Y se ha pasado la mitad de la fiesta sentado en un rincón, rascándose la cabeza y bebiendo solo. Parece estar tan solo aquí, en Berkeley.<sup>492</sup>

En el caso de Beatrice, la verdad, Pedro, que acababa de ser abandonado por Sophie, no mostró, en ningún momento, interés por la adolescente (tendrían que pasar ocho años para que lo sintieran); per sí por Virginia, en esa época en que Pedro estaba en pleno periodo espacio-distanciador, como método de olvido -de Sophie por supuesto-. Y hay otra circunstancia que las acerca: Beatrice sentía fascinación por el Perú, y Virginia tiene la misma atracción por Brasil y por México:

...¿Por qué la inquieta así?, ¿por qué?, si es tan diferente a ese sueño infantil y gracioso en el que Antonio das Mortes tocaba su puerta y de sólo verle igualito que el cine ella perdía la cabeza (...) se la llevaba para siempre a una región que su profesor había señalado en el mapa de Brasil (...) Ésta es la región conocida como el Matto Grosso, señalaba el profesor, y esa noche ella en la cinemateca de San Francisco descubriendo con placer y angustia que no sólo México la fascinaba sino también Brasil...<sup>493</sup>

Y también las dos reciben noticias de los países sudamericanos a través del profesor de Geografía.

Por su parte Pedro, en las dos ocasiones, está en un estado tal de ebriedad, que al día siguiente no recuerda nada de lo ocurrido.

La versión de los hechos, como en otras ocasiones, nos llega a través del recuerdo de uno y otro, conducidos por un narrador en tercera persona. Virginia: "recordaba también aquella primera noche, aquella fiesta en que había perdido la cabeza por él, y la angustiada pena que sentía escuchándolo cantar flamenco ante un público que cada vez entendía menos y que apenas disimulaba su burla"<sup>494</sup>y Pedro, a la mañana siguiente de esa misma noche, rociada de alcohol, despierta con Virginia, sorpresivamente para él, con todos los malestares del mundo, tantos que:

...hacía indispensable la presencia de alguien que tenía que estar allí en ese momento tan largo y tan malo. No recordaba a Virginia, cuando volteó lentamente a mirar a la izquierda (...) Muchas gracias, le dijo deduciendo que había sido ella quien lo había arrastrado hasta su habitación...<sup>495</sup>

En el caso de Beatrice, que también es recuerdo, aunque mucho más lejano, se despertó con el doctor

<sup>491</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, o p. cit., p.157.

<sup>492</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.31.

<sup>493</sup> *Ibíd.*, p.34.

<sup>494</sup> *Ibíd.*, p.37.

<sup>495</sup> *Ibíd.*, p.37.

Chumpitaz, quién también le sirvió de recordatorio, probablemente no "tan rico" como Virginia, poniéndole al corriente de todas sus excentricidades:

Lo despertó el doctor Chumpitaz con una sonrisita entre piadosa y crítica, y cuyo efecto fue que a Pedro, los cuatro alka-seltzer que se tomó, no le hicieron el menor efecto. Y además se puso a contarle, con lujo de detalles, todo lo que había hecho anoche, para desesperación de los dueños de casa, que en su visita al Perú habían cenado con su mamá y la habían encontrado la mujer más exquisita de todo Sudamérica, casi francesa, y con un acento que se veía que había estudiado en el Sagrado Corazón. Anoche sí que la había embarrado, camarada Pedrito, todo el mundo fingiendo no haber visto nada, pero ya cuando usted empezó a mearse en un jarrón chino, no tuve más remedio que echármelo al hombro y traérmelo a casita. Y la pobre Beatricita, Pedrito...<sup>496</sup>

Habrán otras fiestas, pero en ellas ya no estará Pedro sino Martín Romaña, aunque las circunstancias se repitan, el grado ético importante de los protagonistas y el show final, más o menos lamentable, antes de Pedro y ahora del protagonista de *La vida exagerada...* en "no importa el lugar geográfico". Puede ser en Berkeley, en la fiesta en que conoció a Virginia, en París y en la casa burguesa de unos amigos de su madre, o en Londres, en el caso de Martín, con un amigo inglés bohemio, que combina esta condición con la otra de banquero en la "City", y que en esta ocasión fue el presentador del espectáculo:

Con cuatro vozkas quedé listo para la hazaña, pero por el camino me tomé con Philip que llevaba mucho más de cuatro tragos, y me invitó a beber. Me enteré de que llevaba por lo menos doce tragos, porque generalmente a partir de esa cifra me pedía que le contara la tragedia del Estadio Nacional de Lima. Pero esta vez, Philip quería que contara la historia en público, y empezó a dar de gritos para que la gente se acercara a escucharme. La prensa inglesa había informado bastante acerca de esa historia tan sudamericana, pero para todos los invitados ésta era la primera oportunidad de escucharla de boca de un nativo, de un auténtico peruano, de un hombre que había estado presente la tarde aquella en que centenares de personas murieron o resultaron heridas en un partido de fútbol, porque a un árbitro se le ocurrió tocar el pito cuando no debía tocar el pito. Así, más o menos, me anunciaba Philip, y los invitados empezaron a rodearme y a mirarme, a mirarme más y a rodearme más mientras yo iba comprendiendo a fondo la cinematográfica soledad de King Kong. (...) De los dormitorios llegaban tipos abrochándose la bragueta, muchachas con la bragueta desabrochada, con un zapato en una mano y un lápiz de labios en la otra y yo no sabía si empezar o empezar a que se pintaran primero. Pedí más trago y me dieron más trago del que pedí (...) Había gran ambiente, por fin alguien había logrado interesarles en algo, y hasta sonreían *como si estuviesen en una fiesta*, yo casi les pregunto si querían que les contara la historia con la puerta de la jaula abierta o cerrada. (...) Y me lancé a los muertos y heridos del fútbol en el Perú, empezando desde la fundación del Imperio Incaico (...) Comprendí entonces que podría arruinar mi historia (...) Era urgente cortar camino, pero no sabía por dónde, y recién andaba la independencia del Perú, que además ahí a nadie parecía interesarle. Empecé a perder público (...) Logré huir del estadio a eso de las tres de la tarde del día siguiente, y malherido...<sup>497</sup>

En los recuerdos de adolescencia de Martín Romaña, ya lo he comentado antes de pasada, se habla de una fiesta que guarda un parecido significativo con la que asiste Mañuco con los Malkovich de la que luego hablaré. Es una reunión de empresa donde acuden jefes y empleados. Martín acompañó a su tío, en aquel viaje de vuelta de Piura tras su primer amor no correspondido, al que también, hay que decirlo conoció en una fiesta anónima y que fue rechazado en otras dos, también sin relevancia: "Duré dos días en Piura, porque a las dos fiestas a las que fui la chica se negó a hablar conmigo."<sup>498</sup>

En la fiesta de su tío -la decepción de la muchacha piurana no causó estragos- también conoce a una muchachita:

...medio indiecita de hablada y costumbres, y que al mismo tiempo no puede parecerse más a Greta Garbo debutante. Todo esto entre cerveza para los adultos, chicha también para los adultos (...) Y yo ahí dale que dale tratando de hacerme hombre y después con una horrible pena en el alma y

---

<sup>496</sup> *Ibidem*, p.151.

<sup>497</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., pp.48 y ss. La cursiva es mía.

<sup>498</sup> *Ibidem*, p.439.

bebiendo hasta por los codos porque la Greta Garbo debutante apenas si me entiende en castellano y yo insisto en bailar una vida entera con ella mientras los empleados de mi tío insisten en que se trata de una sirvientita, muy buena moza eso sí, pero sirvientita y nada más.<sup>499</sup>

Notamos que los tics de Martín vienen de la adolescencia, marcando camino y no bien se desabrazaba, después de soñar esa vida entera con una muchacha, vuelve abrazarse con el mismo ahínco. Y del otro componente, que hará escuela, el exceso de copas, huelga todo comentario.

Y fue una fiesta, la que da el anfitrión pintor de la exposición de Bruselas, el escenario del primer encuentro amoroso, con declaración explícita entre Octavia de Cádiz y Martín. Como excepción, esta vez la borrachera no es tanto de alcohol como de sentimientos:

La fiesta había empezado y nuevamente todos me empujaban a tomar a Octavia entre mis brazos. ¿Qué esperas?, me decían al oído, cuando pasaban a mi lado (...) Julio Ramón me alcanzó un whisky, y no tuve el coraje de explicarle que me estaba totalmente prohibido beber. Se lo acepté como si nada y me lo tomé también como si nada... Con otro whisky en la mano me acerqué al tocadiscos y puse un bolero que se me remontaba casi a mi infancia (...) nunca había temblado tanto en mi vida en la oscuridad. Los amigos enmudecieron mientras Octavia me llevaba de la mano hasta el centro de la sala.

-Tú has puesto el disco, Martín- me decía-, invítame a bailar, por favor.

-Bailo pésimo, Octavia.

-Quiero bailar pésimo contigo, Martín.

Nos mirábamos, como muy pocas veces nos volvimos a mirar, mientras yo le contaba, mientras yo le pedía por favor que me creyera que toda la vida, toda la vida (Sí, Martín), toda la vida, Octavia había soñado con volver a bailar ese bolero con ella. ¿Lo recuerdas, Octavia? (Sí, Martín), ¿Octavia de Cádiz? (Sí, Martín)...

Te he querido siempre, Martín -me dijo ella, cuando terminó la música y volví apartarla de mí para ver bien su cara sonriente y saborear con ambas manos el maravilloso cuerpo que cubría su traje naranja.<sup>500</sup>

Y Mañuco de " Un sapo en el desierto " también asistirá, como invitado de don Pancho, a la fiesta anual que los de la Pasco Corporation celebraban con motivo de "Fin de año". Es una fiesta animada con alcohol y con sexo; y el resultado final es más dramático que en las anteriores, en las que únicamente salía dañado el protagonista, su reputación y el hígado. En esta ocasión hay que sacar el revólver para contener a una multitud embravecida y el saldo es de varios heridos graves.

Pero antes de los disturbios, un Mañuco de dieciséis años "fue bailado" por una cuarentona y además ¡cómo no! se vio terriblemente atraído por una muchacha francesa:

...entonces llegó la ingeniera Frisancha de mi vida esa noche (...) Y, aunque no sea ésta la mejor manera de contarle, la ingeniera Frisancha era francesa y podía doblarme la edad y la estatura y la vida. La vida también podía doblármela (...) Y sin duda por eso yo miré otra vez al techo y le rogué que esa mujer no fuera más que un detalle más de su tristísimo decorado (...) Objetivamente, Charlotte debía ser una mujer de unos veinticinco años, tal vez la esposa de un ingeniero francés, (...) y tal vez yo sé qué diablos más pero ustedes me entienden. Era demasiada hembra para mí, objetivamente, pero yo andaba ya completamente subjetivo y además el uniforme que usaba la condenada en la guerra. Si uno le miraba el escote, literalmente desaparecía toda la pista de baile y, si uno le miraba a los ojos, literalmente desaparecían todos los sonetos de amor de mister King, y si uno miraba de cuerpo entero, cara a cara y como todo un hombre, uno desaparecía por completo...<sup>501</sup>

---

<sup>499</sup> *Ibíd.*, p.441.

<sup>500</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., pp.105-106.

<sup>501</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, o p. cit., pp.106-107.



### **3.1.4.9.-La calle**

No es la calle, entendida como el hecho voluntario-placentero de salir para..., lugar frecuentado por los personajes de la novelística de Bryce, mucho más aficionados "al calor artificial" que les puede proporcionar cualquier bar o café. Puede ser que el clima de París no estimule adecuadamente, o simplemente cuestión de preferencias.

La calle es para Pedro Balbuena, en una ocasión, espacio-señuelo donde quiere llevar a Virginia, recién llegada a París, para remediar la impotencia de ver llorar a la muchacha. Y sirve de excusa para distraerla de aquello que le hacía derramar tantas lágrimas: la indefensión:

- Salgamos a pasear.
- Está lloviendo.
- No puedo verte llorar, Virginia. Salgamos a pasear.
- Está lloviendo.
- Salgamos a pasear con impermeable.
- Pedro, quiero volver a casa.
- Esta es tu casa por ahora, y te va a gustar, Virginia.
- Odio esta ciudad.
- No la conoces. Ni siquiera conoces la calle en que vivimos...<sup>502</sup>

En otra ocasión, y sin Virginia, será el lugar de la búsqueda infructuosa de la americana, en Cuernavaca. A Sophie, Pedro la buscaba en los bares elegantes, a Virginia en la calle:

Cuernavaca. Camine usted. Acuéstese a no dormir y levántese poniéndole la corbata a Quevedo. En los bares no descansaba, bebía tratando de estimularse para el próximo itinerario buscando a Virginia. Es el mismo itinerario de hace dos horas pero dos horas más tarde, lo cual quiere decir que es otro porque por ahí puede venir Virginia. Una esperanza. Las muchachas norteamericanas que estudian en Cuernavaca. Alguna puede conocer a Virginia...<sup>503</sup>

Y es precisamente en la calle donde Pedro conoce a Sophie, en su calle como un regalo. El protagonista salía a llevar "a los consagrados" un cuento para que le dieran su opinión. Se quedó sin cuento en este primer momento, y sin historia unos meses después: "tres meses, cinco días y las últimas veinticuatro horas...":

A unos cien metros de su puerta, y contra todas las leyes del tráfico, se ha estacionado un automóvil demasiado enorme para esa calle. Enormemente inglés, enormemente de qué marca será, enormemente caro, enormemente con su chófer uniformado adentro sin lugar a dudas... Pero qué brutos los peatones que se quedan mirando el automóvil y no a la mujer maravillosa que de qué otro carro podía provenir y que viene acercándose ahora con su mastín...<sup>504</sup>

Curiosamente -una posible razón ya ha quedado apuntada-, por la cantidad de cosas que ocurren en la novela, la calle es apenas mencionada en *La vida...* y en *El hombre...* Novelas de "espacios cerrados" y ¡hasta qué punto! en algunas ocasiones.

La calle, en una ocasión, le sirve a Martín para no enfrentarse a solas con la imagen confusa que Juancito Velázquez había encontrado en su radiografía. Es un paseo, en solitario pero la calle le sirve de escenario móvil, de reflexión, e incluso de acicate:

...anduve largo por las calles del Barrio Latino. Pasé por la Sorbona, le saqué la lengua, y juré no volver a aplaudir nunca más a los profesores de azul marino. Ni yo les entendía a ellos, ni ellos me entendían a mí (...) En todo caso, estaba jodido, y hasta ahora París sólo me había servido para eso. Bueno, mejor era regresar al departamento y no andar ensombreciéndose tanto, bastaba con el color de

---

<sup>502</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.16.

<sup>503</sup> *Ibíd.*, p.60.

<sup>504</sup> *Ibíd.*, p.254.

mis pulmones.<sup>505</sup>

También en los primeros tiempos en París -Inés y Martín aún no se habían casado-, la calle, puede ser, el lugar, uno más, donde continuaban amándose: "la pareja que será iba al cine y al teatro todos los días, se amaban en mi techo, reía y se amaba por las calles del Barrio Latino"<sup>506</sup>. Y naturalmente la calle será el escenario único en "el mayo del 68", y a ella "se tiró" Martín, primero en solitario, uniéndose al grupo de sordomudos, y después con Sandra y su amigo Salaverry, pero más que nada para ver si encontraba a Inés tras una barricada. Y el filósofo amigo para recoger un "souvenir" para sus recuerdos trascendentes. Igualmente, en esta época, la calle -la calle o nada sería el slogan- le sirve a Martín para "convertirse" en héroe a los ojos de Sandra, y de este modo conseguir "sus favores":

...avancé hasta el centro de la plaza de la Contrescarpe, recogí un poco de tierra al pie de un árbol, me ensucié bastante un hombro, un codo, el fundillo del pantalón y ambas rodillas, y partí a hacer jogging en la plaza de Panthéon. Una vuelta, media vuelta más, y entre que hacía tiempo que no corría, entre los express bien cargados y unos nervios de la puta madre, igualitos a los que habría sentido tras haber puesto unas bomba en Nôtre Dame (...) había logrado por fin los efectos indispensables post-operativo X 023: corcoveaba, todo en mí corcoveaba (...) Todo esto por tí, Sandra...<sup>507</sup>

Hay dos personajes en *La vida exagerada...* que hacen de la calle un lugar habitual por razones que se nos escapan. En un caso, quizás debido a la "altura" del paseante:

... se pasaba media vida paseando solo por París, como buscando enterarse de algo que escapaba por completo a mi control, algo que él buscaba con una mirada que alcanzaba alturas totalmente inaccesibles para mí. Daniel medía casi dos metros y calzaba zapatos que no se encuentran en el mercado común de los hombres. Era muy pintón, y con ese tamañazo le resultaba muy fácil mantener siempre la mirada por encima de todos los gatitos y perritos de París, lo cual le daba a su andar tan solo una dignidad tan elegante como misteriosa, ya que nunca se fijó dónde pisaba y sin embargo jamás pisó caquita de bicho...<sup>508</sup>

Y el otro "Pies Planos", así apodado porque parecía, de oficio, aplanador de calles: "se iba a caminar a trancadas por las calles con sus zapatotes, hasta que los amigos que más lo querían lo bautizaron Pies Planos. El hombre (...) en sus interminables caminatas pensando sabe Dios en qué..."<sup>509</sup> Y probablemente estos paseos le sirvieran para quemar esa contradicción en que se había convertido su vida: el Grupo y su afición a la literatura, que él creía impropia de un revolucionario. Por estas contradicciones perdió a una mujer, y fue tras ella por las calles de Amsterdam "caminando desnudo..."<sup>510</sup> y ya por el mundo de la locura.

En *El hombre que hablaba...* la calle fue "el refugio" de Octavia y Martín en Milán; porque en el apartamneto que habitaba la muchacha había demasiado de Eros en el ambiente aunque él no estuviera, porque "la walkiria" inquisidora se lo iba recordando en cada gesto:

...la walkiria era en efecto una walkiria, la pongan donde la pongan. Nos saludó apenas, porque parecíamos estar tramando algo contra el señor príncipe, y puso sobre una preciosa mesita de cristal todo lo que necesitábamos para quedarnos solos. Luego, se retiró con odio y dándonos la espalda, cosa que me permitió comprobar que por detrás era tan rubia y monumental como por delante y de costado.

-Le tengo pánico -se mató de risa Octavia-; no bien empieza a limpiar mi apartamento yo me meto a la tina y me quedo horas y horas leyendo las maravillosas cartas de...<sup>511</sup>

<sup>505</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.66.

<sup>506</sup> *Ibíd.*, p.174.

<sup>507</sup> *Ibíd.*, p.408.

<sup>508</sup> *Ibíd.*, p.223.

<sup>509</sup> *Ibíd.*, p.211.

<sup>510</sup> *Ibíd.*, p.311.

<sup>511</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.309.

La calle fue, para ellos, el lugar impersonal -probablemente bello- (hay escasas referencias al entorno a pesar de las exclamaciones de Octavia diciendo "que a ella le hubiera encantado que alguien le enseñara Milán, como me lo estaba enseñando a mí"<sup>512</sup>), y el motivo lo sospechamos. Lo verdaderamente importante era lo que aquí estaba ocurriendo:

Las calles de Milán nuevamente y algo que pasaba en todo lo que hacíamos. Nos reíamos tanto, sin embargo.<sup>513</sup>

Y así, las calles de Milán y nuevamente, aunque algo pasara en todo lo que hacíamos. Aunque Bimba, Maximus, le ha tomado terror a los gatos negros. Aunque crucemos mejor a la vereda de enfrente porque Bimba, Maximus, le ha tomado terror a pasar bajo una escalera...<sup>514</sup>

Ya lo sabemos, todo lo que le pasaba a Bimba le pasaba a las calles de Milán, y le pasaba también a Octavia, la verdadera protagonista de estos "terrores". Algo le estaba pasando, realmente, a Octavia.

Hay dos cuentos, uno de *La felicidad...*, " Florence y nós tres ", y otro de *Magdalena...*, " Apples ", en los que la calle tiene un protagonismo. El primero porque es aquí donde se cruzan por primera vez el protagonista-narrador del relato y una muchacha, Florence, que da título e interés al cuento; y el otro porque la calle y el protagonista se confunden en el mismo anonimato. En " Florence..." el protagonista, un profesor de idiomas en una escolita infecta, conoce a "su alumna" -la única nota de color en la vida del personaje- en una clara postura de inferioridad. Hecho que determinará, en cierta manera, la actitud de dominio afectivo que la adolescente tendrá en lo sucesivo:

...Ya la había visto horas antes, en la calle que llevaba hasta la pequeña escuela de Madame Beaussart. Yo estaba en el suelo, caído, profundamente avergonzado y solo. Fue entonces cuando noté que, a mi derecha, alguien pasaba esquivándome, sin mirarme, haciéndose simplemente a un lado como quien evita un desagradable obstáculo en su camino. Dos piernas delgadas, muy bellas, y cuando se alejaron pude ver que eran las piernas de una muchachita rubia, con el pelo recogido sobre la cabeza. Se alejaba y luego entraba, metros más allá, por el portón de la misma escolita en que yo daba clases de castellano.<sup>515</sup>

En " Apples ", una joven muchacha de nombre desconocido pasea por las calles de...¿? llevando una historia de amor que no funciona por un temor irracional a perder la independencia afectiva:

Hay viajes, ni siquiera viajes, porque son simples recorridos por la ciudad, por un barrio de la ciudad, y que sin embargo resultan interminables, dolorosas aventuras de condensación, de descubrimiento. Y hay descubrimientos que no son más que el enorme resumen de todos nuestros problemas Juan. (...) Nunca he amado así, tampoco, pero también a eso le tengo miedo. (...) Ya te llevé las flores, ahí las encontrarás ante tu puerta, pero yo sigo andando...<sup>516</sup>

Esto es un diálogo imaginado con su pareja, del que sabemos mucho más que de ella de la que no sabemos nada: se llama Juan, es pianista, mucho mayor que ella, y ese día cumple años, pero está ausente.

La calle, para Felipe Carrillo en los últimos tiempos de Eusebia, pero sin ella, es mucho más que un lugar físico, es un estado del desarraigo en el que ha quedado el protagonista al desabrazarse de "Euse", sin darse tiempo a acomodarse, y porque la lluvia, en forma de bolero cantado "riquísimo" por la mulata, y antes y después como fenómeno atmosférico, en la primera ocasión insinuante, y en la segunda estando próximo el fin (demasiados recuerdos juntos). Era el último día-separador.

Y cuando el recuerdo que llega con la lluvia se hace insoportable, acudía al consuelo de Catherine que:

...corría a responderme porque sabía que era yo porque estaba lloviendo, le decía *le problème*,

---

<sup>512</sup> *Ibidem*, p.317.

<sup>513</sup> *Ibidem*, p.315.

<sup>514</sup> *Ibidem*, p.316.

<sup>515</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, o p. cit., pp.27-28.

<sup>516</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, o p. cit., p.121.

*Catherine*, desde la calle, y me siento en la calle, y ábreme por favor, y esto realmente en la calle, Catherine, en la lleca, en la lleca, en la mismísima lleca, Catherine. Me abría la puerta...<sup>517</sup>

Otras veces, demasiada soledad a compartir lo lleva a la calle sin metáfora, a buscar algo que no sabe precisar, pero que igual duele. Y hay dos gestos en estos desplazamientos, el paseo y la caminata. El primero exhala placer, el segundo dolor:

Había regresado de un paseo por el barrio lluvioso igual que aquel paseo al que dio lugar a la escena de incienso en el departamento de Catherine. Llevaba miles de paseos, años de paseos, por un barrio de París o de mi vida en el que siempre llovía (...) A veces, paseaba siglos en una sola noche. A veces, en semanas y meses de noches enteras casi no paseaba nada cuando caminaba medio sonámbulo por calles semidesiertas o por calles en sábado de colas interminables delante de algún prostíbulo, por el cual también ya había pasado o paseado, no se bien, entre mi problema y alguna cara que no sé si andaba buscando y parecida a la de Eusebia, o no sé lo que andaba buscando. Nunca me detenía. Detenerse, muchas veces, entrar en un bar abierto (...) era algo tan parecido a la compasión. Avanzaba, pues, con la única esperanza de que la caminata se transformara en paseo.<sup>518</sup>

Y llegamos, "paseando", a " Los grandes hombres... " de *Dos señoras conversan*. Aquí aparecen las calles y lugares de París como todo el mundo imagina que son en el primer viaje de iniciación.

Nosotros los conocemos como recuerdo feliz, tal vez el más feliz, de Santiago, muchos años después de ocurrido, y ya con la ausencia definitiva de Eugenia (la compañera que daba sentido a estos paseos). De ellos han quedado instantáneas de aquellas "tardes enteras vagando por París". Y perpetuándose:

El perfil de Eugenia con el fondo de Notre Dame y algo del Sena. Eugenia alejándose por algún sendero del jardín de Luxemburgo. Eugenia tomando café en una terraza del Trocadero. O en el café La Choppe, en la plaza de la Contrescarpe. O tumbada al borde del Sena...<sup>519</sup>

Y para poner fin a la calle como escenario de las anécdotas de los personajes de la narrativa de Bryce Echenique, voy a apuntar dos observaciones, una generalizadora y otra puntualizadora. Las dos referidas a París, la ciudad por excelencia de estas aventuras.

Las calles anónimas, las que no son lugar de los hechos concretos, sólo de la mirada atenta de cualquier paseante (en la ciudad habría que decir viandante), con un mínimo de tiempo para reflexionar, están llenas de miradas de odio y gestos de idéntico pelaje; y aunque las alusiones concretas son mínimas, como que se respira en el ambiente esa agresión indeterminada, que se hace evidente cuando los que estaban en las calles, hace un momento, se detienen y se observan. Así en el metro:

...Pedro (...) se atravesó medio vagón pisando todos los pies enemigos que pudo, para que lo odiaran más todavía cuando lo vieran abrazar, extranjero además, a la muchacha que los iba a hacer llegar a todos bastante jodidos a casa.<sup>520</sup>

La estación Lyon atiborrada de gente que corre hacia los andenes del verano casi sin tiempo para una mirada de odio al tropezarse.<sup>521</sup>

Recuerdo cuánto me gustaba cantar por las calles, y que los días de muy buen humor cantaba en todos los idiomas en que mi educación privilegiada (...) una verdadera provocación tercermundista, porque muy a menudo se interrumpe la caquita que está haciendo un bichito monstruoso en la vereda, acompañando a y acompañado por un señor o una señora que le conversa amablemente pero con prisa. Pasa uno e interrumpe. Extranjeros de mierda, cada cosa en su sitio y para cada cosa su horario.<sup>522</sup>

---

<sup>517</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., p.211.

<sup>518</sup> *Ibíd.*, p.213.

<sup>519</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, o p. cit., pp.185-186.

<sup>520</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.137.

<sup>521</sup> *Ibíd.*, p.188.

<sup>522</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.334.

Y la segunda, la referencia constante al Barrio Latino (en "el díptico" fundamentalmente) -lugar mítico por excelencia-, y unos lugares muy concretos dentro de él: la placita Contrescarpe, escenario que sirve igual de "adecuación gauchista" (recordemos a Martín ensuciándose con tierra de la plaza), que de invitación a una muchacha, Sandra -el espíritu del 68 que estaba como "Pepa de mango"-, no precisamente desganada, a "un cafecito":

...la invité a un café de la Contrescarpe y la fui observando comerse un hot dog, dos hot dogs un milkshake, de postre pidió un banana split, todo mientras yo consumía dos austeras copas de vino del vino más barato...<sup>523</sup>

Repitió con Carmencita Brines. Y con Octavia de Cádiz fue el lugar-venganza donde la madre de la muchacha, desde el coche-búnker, tuvo que soportar los "arrullos" de la pareja, con gran regocijo para Martín que obtuvo el único triunfo de toda la relación:

Se retiró el chófer, para poder retirar el auto de madame la mamá, y por poco no me retira a mí también la plaza de la Contrescarpe. Y sin embargo, lo humano muy humano que es uno: como a un hijo de puta cualquiera, la escenita increíble me produjo un gran placer, al mismo tiempo: el enorme placer de que la madre de Octavia, la madre de su hija princesa y todo eso, me viera, claramente por la elegantísima ventana de su búnker con chófer, bien agarradito de la mano con Octavia de Cádiz, con la *principessa* Octavia Torlato-Fabbrini, y con quien quiera.<sup>524</sup>

Y saliendo de la placita se entra en la rue Mouffetard, el lugar de "La Sopa China", el lugar por tanto de Octavia. Y atravesando la plaza en el otro sentido se llega a la rue Descarmes, lugar del apartamento de Pedro Balbuena. Y en lo que respeta a Martín, tanto su antiguo como su nuevo apartamento: "quedaba, en el corazón del área más antigua del Barrio Latino, a unos cien metros de la rue Mouffetard y de la placita de la Contrescarpe"<sup>525</sup>. Y ampliando el círculo y dando un saltito en la esfera social, les Boulevards, el de Saint-Michel, residencia de Inés y el de Saint-Germaine, donde escritores como Bryce Echenique o Ribeyro "matan" el aburrimiento.

Y claro, esta fijación por este entorno no tiene otro motivo, además de literario: allí vivía Hemingway, que el hablar sobre las cosas y lugares conocidos. Y ha sido una presentación casual (no buscada por ninguna de las dos partes), de una de las tantas personas que se interesan por los escritores, el que me ha abierto la puerta de las coincidencias, una vez más: "Barrio Mouffetard de París. Pequeño apartamento, balcón lineal, (...) Joven, libre..."<sup>526</sup>.

Y ya en otra dimensión, como puente-símbolo que lo cruza el puente Alejandro III que era el preferido de Octavia. Y en la otra orilla la casa de la muchacha que se adivina, allí al otro lado de una valla blanca, cerca del Bois de Boulogne. Demasiada "distancia" para poder acortarla.

Y como contrapunto de la calle, siempre urbana, como corresponde a los personajes de estas novelas, quisiera comentar unas anécdotas, en las que el campo -o la naturaleza sin urbanizar- resultaron escenarios no buscados por el protagonista de "la vida exagerada".

Y el campo, y a la carrera -una forma de "paseo" un tanto forzado-, no será para Martín el lugar donde los pulmones se ensanchen, se relajen los ánimos, y uno coge un bonito color de aurora boreal, más bien todo lo contrario, por esas razones que no escapan en el momento en que se conozca la historia.

Uno es la huida de Vera de Bidasoa, perseguido por lo que él cree "la autoridad":

Eran doce kilómetros hasta Elizondo, y me fui por los campos, bajo la lluvia torrencial, tras haber escuchado cómo hasta los niños de la turba enfurecida me maldecían (...) Cada cierto tiempo me detenía para ver si el mastodonte me seguía con una linterna, botas de caucho, y un fusil al hombro.

---

<sup>523</sup> *Ibíd*em, p.377.

<sup>524</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., pp.297-298.

<sup>525</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.25.

<sup>526</sup> Manuel Osorio, "Como me hice escritor (Entrevista a Bryce Echenique)", *Cuadernos para el diálogo*, 3 0 Abril de 1977, p.59.

Ahí venía. Estaba seguro. Pensaba seguirme hasta Elizondo. Luego ahí... Ahí.<sup>527</sup>

Y el otro, tan impulsivo que se obvian las puertas. Será en Logroño, y esta vez sí con "la autoridad competente" pisándole los talones:

...buscaba los muebles que encontraba a mi paso para irlos destrozando y destrocé el vidrio de una enorme ventana y había un ómnibus abajo, rugiendo en el camino que entraba en subida al pueblo, no me dolió caer sobre el ómnibus y seguí buscando a gritos por los campos de la Rioja alavesa que atravesaba en pijama, gateando como loco a cada rato porque se me caían los pantalones y me enredaba y rasgaba la tierra con mis manos cuando me revolcaba semidesnudo. Comí barro. Salí disparado a comer barro más lejos porque tirado en los campos, vi que me seguía la pareja de guardias civiles del pueblo.<sup>528</sup>

### **3.1.4.10.-Otros**

En todas las ocasiones -menos en una- las estaciones son lugares de paso y de pérdidas en nuestro caso. Importantes unas y otras no tanto, en dependencia del grado de relación del que se va o se queda. En la estación del ómnibus de Cuernavaca, Pedro Balbuena dice adiós a Virginia definitivamente. Es una despedida ambivalente, en cierto sentido, porque Virginia siente por Pedro rechazo pero también atracción. Durante el recorrido a pie a la estación uno va detrás y el otro, a unos pasos, porque Virginia no quiere que nadie piense que tiene algo que ver con ese "clasado":

Ya estábamos ahí. El próximo ómnibus partía dentro de quince minutos. Compré mi boleto y me senté en un pequeño bar, a un lado de la entrada. Me estaba mirando o sea que pedí dos cervezas y puse una a mi izquierda sobre el mostrador. También he comprado dos boletos, le dije, al ver que se había sentado a mi lado. No era verdad, pero quería que me recordara insistiendo. Incluyó la cabeza y su cara desapareció entre la palma de sus manos.<sup>529</sup>

Con Claudine, otra de las mujeres de Pedro, las cosas son muy diferentes. Hay ternura, mucha ternura entre ellos -la que sobró de la relación truncada-, y la despedida es con lágrimas. Aquí no se rompe más que el vínculo de la amistad, que puede ser tan importante como el del amor (lo estamos viendo a cada paso) y que también duele. Pedro se va definitivamente de París a Italia, y de la única persona que se despide es de Claudine, en la "estación Lyon...

-Mañana. Cita a las ocho en punto de la noche para cenar (...)

-¿No necesitas nada?

-Trae el ojo verde y el ojo azul. Basta y sobra.

Se saltaron al cuello, a las ocho en punto. Ninguno de los dos había confiado nunca en la puntualidad del otro, y a eso le estaban atribuyendo como un par de imbéciles el que diez minutos más tarde ya no les quedara casi fuerzas para seguirse abrazando.<sup>530</sup>

Martín Romaña perderá a Sandra, física y humanamente, sin que sufra excesivamente por ello, en España y en la estación de León. Antes Sandra había ayudado a Martín a salir de "un lío" con la Guardia Civil a propósito del suicida a quien abre la puerta:

Estación de León: ahí sí que Sandra metió las cuatro. Yo no había perdido la esperanza de que me acompañara hasta Oviedo (...)

-Bueno, Martín, te lo diré de la forma más directa que hay: Quiero saber si las declaraciones que le inventé a la policía sólo para salvarte y porque odio a los policías eran verdad. Quiero saber si he dicho la verdad sobre lo que pasó con ese hombre en el vagón del fondo.

-Dijiste toda la verdad, Sandra, y me salvaste de un buen lío. Precisamente lo malo es que dijiste la pura verdad verdadera, porque yo ahora he dejado de creer para siempre en ti.

<sup>527</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.108.

<sup>528</sup> *Ibíd.*, p.560.

<sup>529</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.64.

<sup>530</sup> *Ibíd.*, p.189.

-Regreso a Madrid: de ahí me será más fácil hacer autostop hasta París.

-Tu tren sale del andén de enfrente, creo.

-Sí, ya lo se. Adiós.

(...) Al cabo de unos instantes, Sandra era una muchacha muy guapa que esperaba sentada cabizbaja en una banca. Yo me fui a buscar una cerveza (...) No estaba, cuando regresé tras haber comprobado que ya no tardaba en partir mi tren.<sup>531</sup>

Hay dos escenas más que tienen como marco la estación: la despedida y el recibimiento de Mañuco con Sally y don Pancho. La primera marcada por la timidez de la situación, un adolescente y unos adultos entre los que, simplemente, hay una relación empática de unas horas:

Bueno, y ahí vino una de esas escenas que la vida inventa sólo para que uno no las olvide jamás. Bajas jadeante de nervios del tren y la gente que ha venido a recibirte con tanto cariño también anda jadeante y a nadie ahí se le ocurre nada mejor que seguir y seguir jadeando de nervios. Definitivamente, no eres Frankie, el hijo (...), o sea que los pobres no saben muy bien cómo saludarte y tú muchísimo menos, a ti ni siquiera se te ocurre cómo diablos saludar a unos señores que no son tus padres ni tus tíos, ni unos amigos de tus padres o de tus tíos...<sup>532</sup>

Y la siguiente mucho más relajada porque "estaba permitido llorar un poquito (llorar hacia fuera quiero decir), porque eran lágrimas de felicidad"<sup>533</sup>.

Y por último, en el relato " Apples ", la estación es el lugar del único encuentro "posible" entre los protagonistas. Pero hay que hacer el esfuerzo mágico que abrirá el campo de las posibilidades, eligiendo una. Esta única esperanza -al lector se nos ha puesto al mismo nivel que la protagonista por unas horas- está en ese encuentro en la estación, que se resolvió más allá de la ficción, es decir "en ninguna parte", pero que nos da la opción de imaginarlo a nuestro deseo:

Juan, hay una oportunidad en un millón de que me salve. Y todo depende de ti. Estoy loca, estoy completamente loca, pero de pronto estoy alegre y optimista porque todo depende de ti. Juan, tienes que llamarme aquí, no es imposible, no es imposible, estoy en la estación de Marsella, tienes que adivinarlo, ¿recuerdas que aquí nos conocimos?<sup>534</sup>

Un jardín muy parisino, el de Luxemburgo, y otro italiano, los jardines Sforza son lugares de encuentro, uno físico y otro interior de Pedro Balbuena y de Martín Romaña.

El parisino es el lugar del paseo literario de Pedro caminando "sur les feuilles mortes" de Edith Piaff (sic), para gozar de los árboles rojos del otoño, convaleciente aún de la pérdida de Virginia y sobre todo de Sophie. Y nadie le hubiera augurado -un poco escéptico ante una nueva relación- que entraría, silbando desprecupadamente con tonadilla *ad oc*, por una puerta del jardín, y que saldría por la otra horas más tarde, llevando de la mano

...a una niña de cinco años (Elodie), Elodie llevaba de la mano a un niño de cuatro años (Didier) y Didier (...) llevaba de la mano a una alta y resistente belleza bretona (...) (Claudine), que acaba de cruzarse en la vida de Pedro Balbuena.<sup>535</sup>

Y claro, se quedó con los tres.

En el otro jardín Martín y Octavia volvieron a encontrarse "emocional- mente". Aquí los dos se dieron cuenta que Octavia no había "invitado" al peruano a venir a Milán, si no que le había "rogado" que viniera. El descubrimiento, muy importante en matices, llenó de temor a Octavia. En este jardín nadie salió de la mano de nadie, únicamente Bimba "bella bellissima" salió más reconfortada de lo que entró.

<sup>531</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., pp.431-432.

<sup>532</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, o p. cit., p.96.

<sup>533</sup> *Ibíd.*, p.117.

<sup>534</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, o p. cit., p.125.

<sup>535</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.86.

### 3.1.5.-El espacio de la confinación

Curiosamente, el espacio de la confinación no resulta opresor para los personajes de la narrativa de Bryce que los padecen. Son tres los personajes y tres también las narraciones que se inscriben en estos lugares donde la libertad física está cancelada.

Uno de ellos, del que he hablado al referirme al espacio de la niñez, es el relato " Pepi Monkey ". Aquí el que narra la historia es uno de los hermanos protagonistas, recluso en un manicomio. Lugar "protector" como ya dije, que le permite contarnos los recuerdos intactos, porque no han sido mellados por ningún otro acontecimiento, al igual que el afecto de la hermana, que sigue visitándolo a su voluntad (logro que no conseguiría en la vida cotidiana):

Todo va a empezar a hundirse, empezaré a gritar, veré a las enfermeras corriendo hacia mí, me caeré, Tati, me hundiré una vez más como esa noche, me golpearé terriblemente, y una vez más en el fondo de todo esto encontraré la paz, volveré a estar a tu lado, estarás de visita, te habrán llamado. Una vez más, cuando termine de destrozarme entre pizarras que se quiebran, despertaré aliviado al ver que estás conmigo.<sup>536</sup>

Únicamente esta imagen: "las pizarras..." resulta agresiva, y marca, en el texto, el paso de una dimensión a otra.

Otro de los personajes que cuenta una historia que a su vez se la refirió a él su abuelo, mezclada con las acotaciones que el añade para matizar algún dato, del relato que da título a *Magdalena...* y es, precisamente, la "curiosidad" por conocer el final del relato que el abuelo contaba y se llevó a la tumba, la que da con él en el lugar de confinamiento: la cárcel. Dato que conocemos en el último momento, como uno más de toda la narración un poco como si fuera el final lógico de todos los acontecimientos. Y nos lo cuenta, además, como de paso hacia una queja:

...al mismo tiempo siga exigiendo que me permitan tener un piano en mi celda aunque lo único que saco es que me digan en qué siglo cree usted que vive, Goyoneche, pero yo jamás me cansaré de repetirles que soy un Goyoneche, por Dios santo.<sup>537</sup>

Y este personaje nos cuenta las rencillas de dos amigos irreconciliables, uno de los cuales era su abuelo. Y lo cuenta como a él se lo refirieron. Sólo al final y con la pasividad con que nos es narrada esta historia (sólo mueve a cólera al abuelo y también al nieto el que le cambien el apellido) sabemos que:

Yo no procedí de otra manera, cuando mi abuelita, cumpliendo con la voluntad de mi abuelo más allá de la muerte, se negó a pronunciar el nombre de don Eduardo Rosell de Albornoz tal cantidad de veces cuando traté de seguir averiguando sobre el misterioso pedo en Madrid, que por fin un día, porque para algo soy un Goyoneche, no un Goyoneche, por Dios santo, me dio el ataque de rabia que la estranguló. Y de entonces vivo en esta cárcel...<sup>538</sup>

El humor "casi negro" de este relato está en tratar un tema trascendente con entera frivolidad, mientras que a una frivolidad -el cambio de apellido- se le da un tratamiento trascendente.

Y el último confinado que narra su historia con lujo de detalles será Martín Romaña (Pedro Balbuena también fue ingresado en un manicomio tras el abandono de Beatrice, pero este dato pasa desapercibido), que como ya sabemos estuvo en un frenopático desintoxicándose, y en el que el espacio no sólo no fue opresor, sino que deseó quedarse allí, ante el verdadero temor de lo que podía pasar en la calle y sin Inés:

...pero como muy pronto empezó a gustarme tanto el Frenopático, hasta me agradó la noticia de que una recaída de la enfermedad anterior era prácticamente inevitable y podía prolongar las cosas.<sup>539</sup>

<sup>536</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, o p. cit., p.60.

<sup>537</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena Peruana...*, o p. cit., p.188.

<sup>538</sup> *Ibidem*, p.188.

<sup>539</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.578.



Bastaba con cambiar al loco de turno para que yo recuperase esa sensación esa sensación de seguridad, esa serenidad que tan bien me hacía dormir en el manicomio.<sup>540</sup>

Yo me quedo a vivir aquí, Inesita. Aquí quien puede hacerme daño tras tu partida, Inesita. José Luís me cuidará como loco tras su partida...<sup>541</sup>

Que alguien pruebe salir alguna vez del manicomio, para que vea las ganas que le entran de regresar inmediatamente.<sup>542</sup>

Y cuando sale del manicomio, Martín sufre "mono" y tiene que tranquilizarse yendo al cine a ver una película titulada *Locos*, con gran irritación de Inés que lo acompañaba:

Les expresé mi deseo de volver a ver *Locos*, por tercera vez, mientras llegaba la hora de la partida, porque además de todo Katharine Ross es sobrina nieta de Katherine Hepburn y yo tuve un abuelo...<sup>543</sup>

Es cierto que hay factores que hacen que este espacio resulte gratificante para Martín. Ha vuelto a la depresión y los hombres con "orejas-plátano" acechan por todas partes. Mientras que el manicomio, al ser un espacio cerrado, está "bajo control". Añadido al hecho de que sabe que Inés lo va abandonar en cuanto salga del recinto. Y en cierta manera su encierro le crea una tranquilidad -engañosa tranquilidad- al creer que así podrá retener a su mujer.

### 3.1.6.-Los objetos

...siempre he tenido un respeto definitivo por los símbolos de la felicidad perdida y prohibida.<sup>544</sup>

Los objetos, ciertos objetos, son, para muchos de los personajes de Bryce, el verdadero entorno. El lugar físico en donde se materializan todos los sueños o "el oscuro objeto del deseo". Pudiendo llegar, incluso, a ser representantes válidos del personaje -voz escindida-, como ocurre con *Malatesta*, apodado, sin ambigüedades, *Alter Ego*.

#### 3.1.6.1.-Malatesta

Siguiendo el orden de la publicación de las novelas, el primer objeto que aparece, con ese carácter obsesivo que los identifica, es el perro de bronce de Pedro Balbuena, compañero infatigable de sus viajes a cualquier parte e interlocutor respondón. El primer *Malatesta* genealógico es el perro "de carne y lanas" de Sophie, el eterno amor de Pedro. El del protagonista, de "bronce macizo" (en todos sus vuelos pagaba exceso de peso), fue regalo de Sophie, un día de "buen humor".

Hay un hecho simbólico en el epílogo de la novela, titulado de hecho "Un cuento de Pedro Balbuena", en el que se relata el día en que el protagonista conoce a Sophie, y la llama Carole, como la muchacha de su imaginación, en esos primeros años de adolescencia. Ese día Pedro le pregunta a la desconocida: "¿Puedo ser la sombra de tu perro Sophie?". Frase que será profética. Pedro será la sombra de algo todavía más inanimado, un perro de bronce, bajo el que se esconde, naturalmente, quien se lo regaló. El protagonista lo descubre al final de los días en Perusa y en la historia. Serán los últimos gestos de una lucidez que no lleva ya a ninguna parte:

...Pedro Balbuena, hombre feliz, joven escritor recién desembarcado con un equipaje de ilusiones e ideas, sí yo, y qué otra cosa he sido Sophie, recién hoy he sabido hasta qué punto esa frase

---

<sup>540</sup> Ibídem, p.579.

<sup>541</sup> Ibídem, p.584.

<sup>542</sup> Ibídem, p.600.

<sup>543</sup> Ibídem, p.600.

<sup>544</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.228.

iba a ser verdad, si yo podía ser la sombra de tu perro...<sup>545</sup>

Por el perro de bronce o lo que es lo mismo por Sophie, Pedro tuvo problemas con todas las mujeres que frecuentó, menos con Claudine.

En Berkeley, en la fiesta que conoce a Virginia, Pedro lleva una bolsa que contiene el perro de bronce (es como ir con Sophie, pero sólo con los inconvenientes). Y así el encuentro viene marcado por esta presencia:

-¿Sabes su nombre?

-Pedro Balbuena. Me lo dijeron hace varios días. También me dijeron que es un loco simpático, nada peligroso, y que viaja siempre con exceso de equipaje a causa de un maletín en el que lleva un perro de bronce.<sup>546</sup>

Seguidamente y tras una larga perorata con el perro acerca del motivo por el que están en Berkeley, viene la presentación oficial:

-¿Quién es usted?

- *La dama del perrito*. ¿Y tú?

-Se llama Virginia. Mi nombre es Mike y ellos son Peter y Bob. ¿Cómo te llamas?

-Pedro Balbuena. Y mi perro, *Alter Ego*. Con lo cual creo que ahora queda todo aclarado, muchachos, y que no hay necesidad de que les pida perdón por algo que podría sucederle a cualquiera al ver por primera vez a Virginia. Mi *Alter Ego* simplemente se precipitó en su afán de ganarme por puesta de mano...<sup>547</sup>

Al día siguiente y en el hotel, al que llegó arrastrado por Virginia y una amiga, y en ese estado en que las palabras salen sin la voluntad del que las profiere, *Malatesta* sigue siendo el protagonista:

Pero había algo que Pedro deseaba saber con precisión, algo que lo preocupaba. Ya no le cabía la menor duda sobre lo de Sophie (...) Pero lo que necesitaba saber ahora era si había revelado el verdadero origen de *Malatesta*, si de puro borracho había terminado llamándolo *Malatesta* en vez de *Alter Ego*. Por poco que conociera a Virginia, aquello le parecía una grave metedura de pata.<sup>548</sup>

Toda la relación posterior, que no duró mucho, siguió amenazada por la presencia de Sophie-*Malatesta*. Y ya en París:

...¿qué hace *Alter Ego* tirado en el suelo, Virginia? ¿Por qué lo has dejado ahí?

-Primero, porque mis zapatos no cabían en el armario si no lo sacaba. Y segundo, porque quisiera hablar contigo acerca de ese perro.

-¿Qué le pasa?

-Creo que deberíamos venderlo.

-Imposible. Es un recuerdo.<sup>549</sup>

Recordemos que también en el aeropuerto, cuando se va en busca de Virginia a México, hay un cambio de opiniones entre los dos pasajeros: Pedro está a favor del viaje y *Malatesta* le hace ver el lado negativo de la muchacha y del viaje. Gana Pedro, no "en balde" es el que paga.

En México, y como un acto de "buena voluntad" hacia la relación con Virginia, *Alter Ego* se queda, por respondón y aguafiestas, en la consigna del aeropuerto:

...Pero en fin, ahora lo que deseaba era complacer en todo a Virginia que lo esperaba, a ver si

<sup>545</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.240.

<sup>546</sup> *Ibidem*, p.31.

<sup>547</sup> *Ibidem*, p.33.

<sup>548</sup> *Ibidem*, p.38.

<sup>549</sup> *Ibidem*, p.21.

te callas *Malatesta*, lo esperaba amante en Cuernavaca, porque algo le tiene que haber pasado y no ha podido venir a recibirnos; y en el peor de los casos, y puesto que tú eres el principal pesimista de esta historia, *Alter mierda* ahí se me va quedando usted metido en esta consignita.<sup>550</sup>

La historia de Virginia acabará también en "una consigna", pero en Cuernavaca. Y a *Alter Ego* y a Pedro los volemós a encontrar en París, y en franca armonía.

Después estará la historia de Claudine. Aquí siempre reinará "la comprensión" entre los tres. La bretona sabe y valora lo que representa "el bronce" y la historia de Sophie (una versión, hay tantas como mujeres) para el protagonista, y la respeta: "...Claudine había cubierto a *Malatesta* con un trapo para que no le cayera polvo durante su ausencia. Claudine comprendía callao'boca lo importante que era *Malatesta*."<sup>551</sup>

Reconvertida esta relación -Claudine será siempre la amiga querida de Pedro (de la única que Sophie sintió celos). Y siempre que iba a París

...y con el pretexto de prepararle una de sus famosas ensaladas, le preparaba además una comilona impresionante, le limpiaba el departamento, le rompía con la ayuda de sus hijos todo lo que encontraba a su paso, (...) En cambio si Didier o Elodie tocaban a *Malatesta*, Claudine les metía un manazo sagrado y les gritaba ¡suelta! Hasta Claude recibió su manazo un domingo que también vino de visita.<sup>552</sup>

Con Beatrice, *Malatesta* tendrá también mucho que ver. De momento, y en el reencuentro, instalados en un restaurante para celebrarlo, Pedro intercambia opiniones mentales con el perro pero más bien para "fastidiarlo":

-¿Y tú que opinas de todo esto, *Malatesta*?

-Que estamos recuperando fuerzas lentamente.

-Te jodiste, *Malatesta*, porque estoy comiendo ostras<sup>553</sup> y bebiendo champagne con Beatrice.<sup>554</sup>

Y ya en casa se despiertan los recuerdos que habían quedado esperando, como olvidados, y necesita compartirlos con alguien, y con quien mejor que con *Malatesta*:

-¿Y el beso de esta noche? -se preguntó Pedro, mirando a *Malatesta*-. ¿El beso tras el encuentro de esta noche?

Y es que ahora, como diría *Malatesta*, desde su posición central en la chimenea del departamento, Pedro Balbuena había logrado por fin crear un poquito de distancia y de tiempo, con lo cual, según *Malatesta* también, uno termina hablando con los perros.<sup>555</sup>

Observamos que el narrador comparte "sin extrañeza" las manías de Pedro, permitiéndose, con naturalidad, dar a *Malatesta* voz y opinión como a un personaje cualquiera (los narradores en tercera persona de las novelas de Bryce están *con* el personaje protagonista, y toman su punto de vista. Eso hace que, a veces, creemos que es el propio protagonista el que cuenta la historia).

Y será también *Malatesta* -Sophie, colaborando inocentemente Claudine, quien termine esa corta relación con Beatrice que quedó como pendiente demasiados años para poder superarse sin contratiempos.

Claudine estaba en el apartamento de Pedro, sacándole brillo a *Malatesta*: "había traído un líquido especial para el bronce, cuando entró Beatrice y 'metió' las cuatro":

...sólo decirte Sophie que soy la mejor amiga de Pedro y que lo estaba esperando porque hace

---

<sup>550</sup> *Ibíd*em, p.56.

<sup>551</sup> *Ibíd*em, p.111.

<sup>552</sup> *Ibíd*em, p.135.

<sup>553</sup> "El rito" en cierta manera se sigue repitiendo.

<sup>554</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., p.14.

<sup>555</sup> *Ibíd*em, p.156.

días que ando sin noticias de él. Pero ahora lo comprendo todo, Sophie (...) Vengo de vez en cuando a prepararle sus ensaladas preferidas, vengo a poner un poco de orden en el departamento, a acompañarlo al cine, horas enteras hablando de ti, mira cómo brilla *Malatesta*, yo se lo limpio siempre, es todo lo que le queda de ti...<sup>556</sup>

*Malatesta* acabará en la mesita de Sophie cuando se encuentran en Perusa. A Pedro se le olvidó en el restaurante en el que cenaba con Sophie, al salir precipitadamente, pero al protagonista ya le importará muy poco porque morirá días después. Ambos, pues, vuelven a los orígenes.

Además, *Malatesta*, el original, será protagonista, junto a Petrus y Sophie, de la novela que va escribiendo Pedro a lo largo de su historia. Y su protagonismo, en los tres fragmentos que conocemos, es de figura estelar. Y en una de ellas se nos relata como llegó a los brazos de Pedro el *Malatesta* de bronce. Después, y en una confrontación con "la realidad" vemos que las dos historias no coinciden. Explicación que quedaría resuelta si pensamos en "la intención literaria" (otra vez en el sentido peyorativo del término. Lo que Cortázar llamaba subirse a un armario ropero para escribir engoladamente) del texto que escribe el protagonista. El capítulo se titula "Relaciones extrañas con los perros bóxers", y en él se habla del abandono de Sophie: "-¿Y cómo sabré cuando es el último día, Sophie? -Recibirás una escultura de un bóxer. Estoy buscando una de bronce, para que te dure toda la vida."<sup>557</sup>; y en la historia que cuenta el narrador se nos dice:

...Un hombre había inventado para ella mil historias. Un hombre se paseaba con un perro llamado *Malatesta di Rimini*, hablando y hasta escribiendo sobre unos viajes a Italia que ella se había negado siempre a hacer con él. Y *Malatesta di Rimini*, tuviste que recordármelo, Pedro, era ese bóxer de bronce que ella le había regalado un día de buen humor, porque en su pequeño departamento de la rue Gît-le-Coeur no le dejaban tener un perro y él añoraba sus perros, (...) un instante de buen humor, un regalo, y qué historia después...<sup>558</sup>

Y lo que para Pedro será sólo un objeto, en Martín se convierte en "manía de coleccionista", el sillón Voltaire, el bolígrafo que le regaló Octavia -determinante en la escritura-, la hondonada, el diván, el frasco de bencina... Y cada uno con su misión bien definida. Y todos recuerdos de las mujeres que Martín amó, pero vayamos por partes.

### **3.1.6.2.-El sillón Voltaire**

Un viaje, en la acepción normal del término, supone cambios espaciales -se sale de un lugar para ir a otro, que favorece, en principio, la aparición de situaciones nuevas y esperadas-. Además, para realizarlo, se necesita un medio, habitualmente mecánico. Suele, también, estar acompañado de ciertas expectativas que no se darían en un día rutinario. Partiendo de estos ingredientes, Martín Romaña emprende un viaje un tanto especial y extenso por los entresijos de la memoria, y con unos fines concretos: convertirse en escritor después de un montón de años en Francia luchando para serlo. Además, poner en orden todos esos años, en una labor clarificadora del tipo "a ver que ha pasado aquí". Y también, es un acto de cualquier cosa menos de olvido. Este viaje lo realiza en un sillón Voltaire, cabina-timón direccional desde donde conducirá su vida pasada; lo que él llama ese "navegar por el mare magnum de los recuerdos". Y como buen capitán, anotará, con minuciosidad, las incidencias de ese viaje, que quedarán escritas en su "dúptico de navegación", dos cuadernos, uno azul y otro rojo.

Esta idea de navegación, además de tópica, aquí es irónica, como también lo es, reforzando esa idea, el diario de navegación, por el que el protagonista se ve llevando el timón de su vida, limando obstáculos y deteniéndose con morosidad a voluntad; y anotando -eso es exactamente lo que hace- sus peripecias.

De este viaje no saldrá acción ni "la emoción" que lleva el relato en presente, que es el propio de las novelas de aventuras, sino que es un libro de reflexión, de personaje, propio también del viaje interior que suponen los recuerdos. O como dice Martín: "Un hombre que navega en un sillón Voltaire es una persona cuya

---

<sup>556</sup> *Ibidem*, pp.175-176.

<sup>557</sup> *Ibidem*, p.110.

<sup>558</sup> *Ibidem*, p.217.

capacidad de entusiasmo es estrictamente nula"<sup>559</sup>El sillón Voltaire, no es como *Malatesta* el recuerdo de una mujer, es un sillón prestado que encontró en el apartamento alquilado al que se trasladó tras su fracaso matrimonial. Sin embargo el protagonista lo recuerda la primera vez que lo vio, sin entusiasmo, en ese mismo apartamento, en aquel entonces de unos amigos españoles: "Creo que el sillón Voltaire me debía estar observando, ya entonces. Y creo también que hasta debía estar comprendiéndome y dándome la razón"<sup>560</sup>. Y a él volvió, como un acto mágico, tras la partida de Inés:

...El departamento lo abandonaron dos grandes amigos españoles, Carmen y Alberto, porque regresaban a vivir a su país. En él, como lo he dicho por algún lado en mi cuaderno azul, se había decidido mi matrimonio con Inés, que ahora acababa de abandonarme, y regresar a las fuentes me parecía un acto mágico, simbólico, sumamente romántico...<sup>561</sup>

Después, y en toda esa larga navegación que suponen mil páginas y veinte años de vida, cincuenta por año, las referencias al lugar de donde salen tantas anécdotas son constantes. Es como recordarnos, a cada rato, que eso o aquello sucedió "antes"; y lo que ahora cuenta es un "pálido reflejo" en lo bueno y en lo malo:

Insisto en navegar en un mare mágnam de recuerdos, y esta tarde me está resultando muchísimo más fácil que años atrás, cuando escribí aquel único cuento, entrar por la puerta ya ni triste ni alegre de aquel camino increíblemente desconocido y recorrerlo a fondo, sin temor a sacarme el alma de nuevo (...) Me alegraré con lo alegre y me entristeceré con lo triste, desde luego, pero al derrumbado del sillón Voltaire todo le llega ya descafeinado, menos tú, Octavia claro. Aunque, lo malo, lo peor, y lo pésimo es que tú ni siquiera llegas, Cafeinita (sic) pura.<sup>562</sup>

Y son tantas y tantas las horas pasadas junto a su sillón, que consigue la simbiosis perfecta. Y la sola idea de abandonarlo lo deja a la deriva:

Yo quisiera irme de París en mi sillón Voltaire. Yo quisiera que me entierren en mi sillón Voltaire. Me he ido apegando a él, casi soy él, prácticamente me he ido pegando a él, porque sólo cuando estamos juntos lo veo todo claro. Todo, penas, alegrías, sueños, lo que he sido y lo que no he sido. Todo.<sup>563</sup>

Y al final del libro y próxima la llegada, el sillón Voltaire que estaba en litigio entre madame Forestier, la propietaria del apartamento y su hermano, por cuestión de herencia, será reclamado "con urgencia" por el heredero. Y viendo Martín que le será totalmente imposible terminar el recorrido de la memoria sin utilitario, se dedicará a buscar la manera de retenerlo, y acelerará la historia:

Horrible lo que me acaba de suceder. Ya no basta con que se le atraque a uno el bolígrafo, también se le ha de atracar la vida misma, carajo... Perdonenme este súbito arrebato, tanta rabia, pero hace sólo media hora (...) sonó el timbre tres veces y era nada menos que madame Forestier vestida de hombre, porque era nada menos que el hermano de madame Forestier con llave y autoridad para abrirme la puerta, habrase visto cosa igual. Y en todo lo demás también eran mellizos y la noticia era espantosa. La tan vieja historia de la herencia del sillón Voltaire acababa de resolverse a su favor, y venía anunciarme que pensaba llevárselo no bien consiguiera una camioneta (...) Traté de explicarle que el Voltaire era algo así como la historia de mi vida, o mi vida misma, pero él me hizo comprender que la historia del Voltaire era algo así como su vida misma, o su código civil francés. Dos sonrisas bastaron para mandarnos a la mierda recíprocamente...<sup>564</sup>

Ante la negativa al diálogo por parte de Monsieur Forestier, Martín recurre a otros artilugios sustitutorios. Y así cambiará la cerradura de la puerta "de todo el mundo", y se hará "el que se ha marchado de viaje por asuntos urgentes". Todas las cartas certificadas de Monsieur le propriétaire quedan sin respuesta hasta que consigue terminar el díptico, sólo entonces:

---

<sup>559</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.220.

<sup>560</sup> *Ibidem*, p.168.

<sup>561</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.26.

<sup>562</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.198.

<sup>563</sup> *Ibidem*, p.23.

<sup>564</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., pp.332-333.

-Madame Forestier, puede usted decirle a su hermano que el sillón Voltaire está a su disposición. Un súbito e inesperado viaje me impidió responder a sus cartas certificadas (...) Esto fue hace algunas horas y ya se están llevando mi sillón. Ya se llevaron mi sillón. Ahora mi sillón está bajando la escalera. Ahora está saliendo por la puerta del edificio. Ahora está subiendo a una camioneta. Ya se están yendo la camioneta y mi sillón. Ahora ya se fueron, la camioneta y mi sillón (...) El más grande desprendimiento del mundo. Siento que se me desprende todo. Siento como si me fueran a desprender hasta las retinas al mirar el vacío que ha quedado en su lugar y en el lugar en que estuvimos siempre. Si supieran el trabajo que me cuesta escribir estas líneas, cerrar el cuaderno rojo. Hasta me he tomado un tragito de bencina pero sin consecuencias, desgraciadamente. Vivo sin vivir en ninguna parte.<sup>565</sup>

A continuación y ya en esta indefensión que le ha dejado el desprenderse de su sillón Voltaire, lo hace de los otros objetos mágicos, de la hondonada y del diván. Y ahora sí que no hay nada que lo retenga en París. Decide, por tanto, volverse al Perú.

Y el epílogo lo escribirá en otro sillón Voltaire, comprado por Octavia para la ocasión. Pero ni el nuevo sillón ni su relación con Octavia, nuevamente casada, dará más fruto que trece páginas tan irreales como quiméricas.

Y el sillón Voltaire trascendió la narración y se convirtió, tras la publicación del díptico, casi casi en "la aureola" del escritor, y quien fue a comprobar *in situ* su existencia se encontró con que era tan fruto de la imaginación como ¿el resto? de la Literatura:

(Martín Romaña)...Está sentado en un sillón Voltaire a lo largo de toda la novela, lo cual ha motivado que muchos fotógrafos, incluso el pintor peruano Herman Brown haya venido a mi casa a hacer el retrato de Alfredo Bryce en un sillón Voltaire y han descubierto que yo nunca tuve un sillón Voltaire. Nuevamente había ya la acusación de biografía y me encontraron sentado en un cómodo sillón modernísimo, con botones, como los aviones, desilusión total.<sup>566</sup>

### **3.1.6.3.-La hondonada**

Hay una historia previa a "la hondonada", un preámbulo. Las camas de Martín Romaña como los calendarios, marcan fechas. Y así hubo "un antes", hasta que llegó la hondonada. La llamaba la camota, y estaba instalada en "el rincón cerca del cielo" parisino. Era una cama que ocupaba, casi íntegra la habitación:

Mi camota era como un cuartito dentro de mi cuartito. Todo lo que había en mi cuartito cabía en la camota, que era, además, altísima, y por culpa de la camota, no todo lo que cabía en ella cabía en el cuartito. En todo caso, no bien entraba yo, me atracaba con algo, con lo poco que allí había, una silla medio desfondada, un pequeño armario, una mesita más baja que la camota y que sólo cabía empotrándola contra un espejo que me obligaba a trabajar contemplando la miseria en que vivía, porque en él se reflejaba íntegro el cuartito más feo de París. El propietario me había prohibido sacar el espejo de la pared (...) O sea que un día, para evitar verme viendo mi miseria con esa cara de imbécil, puse la silla y la mesita sobre la camota y me instalé para siempre a trabajar ahí.<sup>567</sup>

Así tomada, esta primera cama "significativa" fue preámbulo del sillón Voltaire "en alto". También tuvo parte en la decisión de Inés acerca de la elección de marido. Llegó al cuartito con "un amigo brasileño", candidato muy en serio, pero ganó su indefensión sobre la camota (más tarde sabremos que la decisión de Inés, simplemente, fue postergada):

A este cuartito volvió Inés por su amor (...) Llegó con su amigo, el economista brasileño. Creo que venían a decirme que el asunto entre ellos podía prosperar, pero Inés era todavía medio traperero de

---

<sup>565</sup> *Ibíd.*, p.353.

<sup>566</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", *Cuadernos hispanoamericanos*, Marzo de 1985, p.72.

<sup>567</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.111.

Emaús y sumamente católica, por aquellos días, y al encontrarme instalado trabajando con mesa y silla encima de la camota, con abrigo, bufanda, y dos boinas puestas (...) se bañó en ternura.<sup>568</sup>

Conseguido este primer e importante triunfo, la cama quedará a la expectativa, presintiendo nuevos acontecimientos que llegarían. Martín e Inés habían recibido una educación tipo "Romeo y Julieta", y entre sus presupuestos (los de ella, claro) estaban llegar virgen al matrimonio. Un descreimiento fulminante, mientras buscaban un lugar y un cura para su misa diaria, le llevó al marxismo y a "la cama" con la misma rapidez. Y la "camota" de Martín les esperaba complaciente, aunque hay algún pequeño detalle que enturbió, un poco, esa primera entrega:

Trepamos al techo de los veinticuatro cuartitos, casi rompemos la puerta del mío, nos tropezamos en la camota, y silla y mesa se vinieron abajo (...) Inés insistía en poner las sábanas bastante finas que había comprado, y yo insistía en que, al menos por una vez, nos revolcáramos en el deshilachado costal en que me confundaba del frío por las noches. En este gesto, creo, está contenida mi tendencia a lo simbólico, a lo mágico, a lo que si se pregunta por qué, es porque no se llegará a sentir ni a captar nunca jamás.<sup>569</sup>

A Martín no se le cumplió el deseo de iniciar el ritual amoroso con esa patina que dejan los años sobre los objetos, hecha de recuerdos y de deseos.

De cualquier forma Inés "logró transformar mi fría y húmeda camota en un paraíso con sábanas celestes."<sup>570</sup> También la camota fue testigo de las primeras intromisiones de Marx entre las sábanas, por el momento sin grandes consecuencias.

Después Martín e Inés se casarán y vendrá "la hondonada", que objetivamente fue un somier desfondado que la futura madame Labru(ja) prometió cambiar, y su tacañería y abuso se lo impidió:

...habíamos llegado cansados de España y no nos quedaba más remedio que dormir en ese colchón que, por culpa del somier, presentada una profunda hondonada en el medio. Uno se echaba al lado derecho o izquierdo de la cama, y no bien se descuidaba iba a dar al fondo de todo aquel desvenajamiento. Increíble, pero aquella maldad de madame Labru(ja) fue el mejor favor que nos hizo en la vida, el único, también creo. Nos hizo felices con la hondonadita aquella, cada noche, tan felices que aún en plenos problemas político-conyugales, Inés y yo regresábamos al departamento en busca de nuestra profunda hondonada.<sup>571</sup>

Y aquí, en esta primera reflexión sobre la hondonada, se resume lo que llegó a ser para el protagonista, y también para la Inés de los primeros tiempos.

Su mención es tan constante como la del sillón Voltaire, y además, ambos servirán para el reencuentro: uno con la escritura, y otro con Inés. Y cuando la hondonada no fue suficiente para unirlos, porque no había detrás gran cosa que la sustentara, el matrimonio se vino abajo.

Hay un hecho contundente del carácter simbólico de la hondonada. Cuando llega "mayo del 68", e Inés se va de casa, madame Labru, temerosa de "los nuevos aires" que proclaman que "la imaginación llegue al poder", le trae el somier nuevo, para congraciarse con él -sólo hasta nuevas noticias-, a cambio del viejo; y el protagonista se resiste al cambio y lo compra a quién tiene que llevárselo. era su última baza y la jugó. Además, esta compra le permitió, cuando cambió de apartamento, llevarse con él "el oscuro objeto del deseo", aunque a la larga no le causó más que problemas de habitabilidad. Pero me he excedido en los acontecimientos, y todavía "la hondonada" tiene mucho que ofrecer. Era el lugar donde Inés olvidaba el papel de dominadora de espacios, y sacaba la ternura que parecía no poseer:

El poder delicioso y acaparador de nuestra hondonada realmente hizo durar nuestro matrimonio. Debimos quedarnos metidos ahí para siempre. Ahí conocí a Inés, a la verdadera Inés, a la

---

<sup>568</sup> *Ibidem*, p.112.

<sup>569</sup> *Ibidem*, pp.114-115.

<sup>570</sup> *Ibidem*, p.115.

<sup>571</sup> *Ibidem*, pp.199-200.

que yo había intuido una lejana noche limeña en una feria de automóviles. No bien caía en la hondonada, cambiaba por completo, volvía a ser la misma, me amaba, me amaba, me amaba tras haberme perdonado todo lo del día, claro (...) Era el verdadero encuentro, el deseado, yo realmente fui un cojudo de no ser más loco y llevar esa cama hasta las reuniones de Grupo.<sup>572</sup>

Y la hondonada siguió siendo casi todo, y como muy bien dice Martín, "uno no puede andar reconstruyendo cada noche lo que el día ha destruido":

Inés se acostaba al lado derecho, yo al izquierdo, leíamos un rato para prolongar el silencio, cada uno tenía su lamparita a su lado. Y en silencio nos mirábamos y eso quería decir que ya íbamos a apagar las lamparitas y a jugar en la oscuridad a cual de los dos se quedaba más rato en su lado derecho o izquierdo de la cama, después hacía frío y entre la soledad y Enrique y Marx y el Grupo nos iban empujando hacia la hondonada donde sólo cabíamos ella y yo. Se había ido el día y se había ido todo lo del día y nuestra hondonada siempre nos volvía a funcionar, pero Inés no se daba cuenta de que estábamos dependiendo mucho de algo que habíamos encontrado por casualidad, de algo que el sueño y nuestros cuerpos habían ido perfeccionando hasta la más profunda compañía.<sup>573</sup>

Y Martín lograba ser de noche y en "la hondonada" lo que el día no le había permitido ser. Durante la noche él cuidaba sus sueños, y lo difícil era, con los ojos ya bien abiertos a la luz del día, hacer ver a Inés que él podía también convertirse en gigante y protegerla de todos los peligros:

Habíamos hecho el amor, se había quedado dormida, y yo ahí, atento a su secreto, lo protegía y lo protegía pensando en lo difícil que iba a ser que de pronto fuese yo el encargado de la madurez, de la edad adulta, de perdonarle tonterías. De noche era posible, la prueba eran las caricias con que la acompañaba a dormir profundamente, haciéndole creer, sentir, que yo también dormía (...) Fue duro comprobar nuevamente que iba a tener que seguir siendo el mismo personaje insoportable que ella odiaba tanto. Durar así era aferrarse a la hondonada, depender enteramente de algo que habíamos encontrado de casualidad.<sup>574</sup>

Cuando Martín cambia de apartamento se lleva con él los recuerdos, como una forma de ahuyentar el olvido. Y de hecho consigue -muchos años después cuando escribe "el díptico"- traer a la memoria los hechos como si recién hubieran ocurrido. Y creo que es, precisamente, por ese afán de crearse sus propios fantasmas, con la fuerza de la evocación que le dan estos objetos simbólicos.

La hondonada fue y será el lugar de Inés, porque cuando apareció Octavia en la vida de Martín, el locus cambió, y no tanto para el protagonista como por el exclusivismo de la mujer, que convirtió "la hondonada" en "la otra parte", eufemismo de Inés, que tan siquiera podía nombrarse.

### **3.1.6.4.-El diván**

El lugar de Octavia será el diván:

Era un mueble estrecho, duro e incómodo. Apenas una plancha de madera con cuatro patas, sobre la cual yo había puesto un delgado colchón de camping, que luego había cubierto con una tela color beige. Ahí se sentaba Octavia cada tarde, ahí colocaba siempre, a su lado, su enorme bolso negro...<sup>575</sup>

Y a él se dirige, sin vacilaciones Octavia, la primera vez que la muchacha entra en el departamento de Martín. Y desde allí se entablará la relación. Y lo que, en principio, fue un *tête à tête* tanteador de los registros de sus respectivas emisiones, se convirtió, después del viaje a Bruselas, en el primer objeto simbólico de Octavia; y también en él dejó los primeros regalos que trajo para Martín, en ese gesto como de perpetuar una presencia.

---

<sup>572</sup> *Ibíd.*, p.201.

<sup>573</sup> *Ibíd.*, pp.205-206.

<sup>574</sup> *Ibíd.*, p.206.

<sup>575</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.90.



Fue un disco de Vinicius de Moraes y el bolígrafo con el que escribió el díptico.

Después de Bruselas, el diván pasó a ser un lugar convertible por el amor: "el diván, el mejor amigo que tuvo nuestro amor, creció y creció. Creció hasta convertirse en el océano Pacífico aquella tarde."<sup>576</sup>

El diván fue el único y exclusivo lugar de Octavia, después de la cama azul de Bruselas; y a él se aferraba, con desesperación, aquellos días en los que parecía que algo se estaba acabando (la familia de Octavia se oponía, sin condiciones, a esta relación) y un día algo amenazador había en el ambiente, y la muchacha, quizás sabiéndolo (Octavia era totalmente impermeable a todo lo que no tuviera que ver con Martín directamente) quiere apurar hasta la última gota:

El diván, Octavia, no cesabas de decir mi diván, mi diván, mi diván, y a veces, cuando hacíamos el amor, te aferrabas a ese mueble de porquería como si el mueble fuera yo. Y el último día, ¿coincidencia?, llegastes a las diez de la mañana y me despertaste diciéndome hoy he venido más temprano que nunca porque necesito disfrutar más que nunca de mi diván.<sup>577</sup>

Más adelante, cuando Octavia desaparece, más o menos para siempre, de la vida de Martín, y el empieza la operación 0-0 (olvido de Octavia), la primera resolución, después de hacer "abdominales como loco", es "cargarse a peso el diván" y llevarlo a "la otra parte". Y lo coloca, por falta de espacio, sobre la hondonada. Martín se quedará sin lugar para dormir y tiene que conformarse con un colchoncito de camping que colocará en "el sitio de nadie". Pero cada vez que Octavia anuncia visita, lo traslada a su lugar.

No dice nada el texto pero supongo que una vez terminada la crisis aguda del 0-0 que dura años y nunca se superará del todo, el diván vuelve a su emplazamiento habitual. Y él y la bencina: "un gran frasco con el quitamanchas más eficaz de Francia", que servirá para borrar los rastros de tristeza, en forma de lágrimas y después de goterones, sobre el diván, porque:

...en el caso de Octavia se trataba de un llanto que manchaba hasta las manchas, debido a la impresionante cantidad de maquillaje que se ponía entorno a los ojos. Había que limpiarlo todo, para lo cual tenía que sacarse las lentillas, primero (...) La operación tenía lugar en el diván, que era mío, felizmente, o sea que a las manchitas negras que iba dejando Octavia yo les llamaba angelitos negros, como la canción bonita. La verdad, no sé como les habría llamado si hubiesen caído sobre el sillón Voltaire que madame Forestier tanto me había encargado cuidarle.<sup>578</sup>

sirvieron al protagonista de estímulo y acicate para poder escribir toda la historia de Octavia.

Y el diván, además, fue capaz de transportarlos de una dimensión a otra, de París a California, en aquel viaje nunca realizado, en el que perdieron su única oportunidad de hacer posibles los sueños. Y este objeto -lo que allí ocurre, naturalmente- consigue el milagro momentáneo: "...el diván, el mejor amigo que tuvo nuestro amor, crecía y crecía. Creció hasta convertirse en el *océano Pacífico*, aquella tarde."<sup>579</sup> O:

...Y con las justas alcanzaba a cerrar las cortinas para tenderse sobre el océano Pacífico, con el cual limitan, al igual que California, el Perú, Chile, Ecuador, y qué sé yo.<sup>580</sup>

Y si la hondonada tuvo preámbulo, la "camota", el diván tuvo epílogo, y fue "el colchonazo" de Catalina l'Enorme, una de las cosas buenas que le dio a Martín la Universidad de Vincennes. A Kat y al "colchonazo" los desplazó Octavia en uno de sus imprevisibles viajes, que sólo sirvieron para desequilibrar la operación olvido y para romper relaciones como ésta. El "colchonazo" de Catalina no se quedó "en la otra parte". Se fue, como Kat, para nunca volver.

De cualquier modo, el diván no fue tan determinante en la relación con Octavia como lo fue la hondonada. Con Inés, pasados los primeros tiempos, sólo se encontraban -cuando lo lograban- en aquel lugar. El

---

<sup>576</sup> Ibídem, p.147.

<sup>577</sup> Ibídem, p.207.

<sup>578</sup> Ibídem, p.79.

<sup>579</sup> Ibídem, p.147. La cursiva es mía.

<sup>580</sup> Ibídem, p.149.

resto era un desacuerdo constante. Mientras que el diván era la culminación de muchas otras cosas que los dos compartían. Y lo que no, Octavia lo solapaba con "la abstracción".

Cuando Martín Romaña ha terminado los cuadernos y se va al Perú, se desprende de toda la simbología. Y lo cierto es que lo que más le "duele" es desprenderse del sillón Voltaire. Explicación que vendría justificada porque ese objeto-símbolo ha sabido darle "el acomodo" necesario para hacerle revivir las otras dos historias, sin sobresaltos; y que le ha llevado, al fin, a una navegación afortunada: "ya se llevaron mi sillón (...) El más grande desprendimiento del mundo. Siento que se me desprende todo. Siento como si se me fueran a desprender hasta las retinas al mirar el vacío que ha quedado"<sup>581</sup>.

### **3.1.7.-La recurrencia de ciertos objetos:**

Ya han pasado por nuestras manos los objetos simbólicos de Pedro Balbuena y de Martín Romaña. Hay otros que no pertenecen a "la imaginería" de uno u otro personaje, sino que son "fijaciones" o "mañas personales" de muchos de ellos. Y las fotografías y los retratos pertenecen a esta categoría, constituyéndose en verdaderos fetiches.

#### **3.1.7.1.-Las fotografías**

La relación empieza con Pedro y con su fotografía, en tres de las cuatro ocasiones en que se menciona en esta novela. La primera anécdota tiene que ver con Claudine el día en que invitan a cenar a Claude (el ex-marido de Claudine), Céline y sus respectivos hijos. Y hay un momento en que Pedro se siente fuera de lugar; y además Céline le incomoda (esta mujer tiene las características de Sandra y Virginia: el odio innato hacia lo burgués, y también, hay que decirlo, ninguna de sus cualidades) y el protagonista quiere "sentar una pica en Flandes" y aprovecha esta circunstancia para "beberse íntegro el vino más caro" y para, con el pretexto de enseñársela a los chicos: "sacó una foto en que estaba con chaleco y cadena de oro, y la puso sobre la mesa"<sup>582</sup>. Y con el gesto él ya se siente en tierra conquistada. Y la otra ocasión, y tal vez como continuación de ese ademán, o simplemente porque Claudine la encontró "muy a mano" lo cierto es que la noche de esta reunión "familiar", Claudine y Pedro deciden irse a Concarneau, a casa del hermano de la bretona y allí encuentra su fotografía en la mesita de noche de la habitación compartida:

Pero lo que sí fue ya el colmo, e hizo que de inmediato Pedro le enviara un telegrama mental a Sophie, diciéndole soy feliz, por fin, en Bretaña, fue que al entrar al dormitorio en busca de cigarrillos, descubrió bien puestecita sobre la mesa de noche su fotografía con el chaleco y la cadena de oro. Se pegó la conmovida padre...<sup>583</sup>

Ha sido una forma con la que Claudine ha querido demostrar a Pedro (ya sabemos que le cuesta expresarse con palabras) su afecto, logrando, además, crear un clima personal y grato.

Hay al final del libro, un capítulo-epílogo, que es un cuento que escribió el protagonista de *Tantas veces...* y en él narra una historia de adolescencia en el Perú, y en la que el hallazgo de un recorte de revista, con la fotografía de una muchacha, le hace inventar toda una relación afectiva con ella, que irá contándosela a su madre. La llama Carole, porque materializar el hecho, y elige, probablemente un nombre francés, porque la página encontrada era del *Paris Match*:

...mi recompensa fue encontrar en el camino una fotografía que a la mañana siguiente llevé enmicar para mostrársela luego en el baño a mi madre y que no se diera cuenta (...) Era una chica linda, de cara muy linda en todo caso, y el que la fotografía sólo mostrara la cabeza y nada más nunca nos preocupó ni a mi madre ni a mí en el baño. Desde que la vi, la amé.<sup>584</sup>

---

<sup>581</sup> *Ibíd.*, p.353.

<sup>582</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.99.

<sup>583</sup> *Ibíd.*, p.115.

<sup>584</sup> *Ibíd.*, p.248.

En este mismo epílogo se relata el encuentro de una muchacha en París a la que él cree reconocer como la Carole de su adolescencia. Detalle que obsesionó a Pedro, según se deduce del reencuentro con Sophie en Perusa, (*Tantas veces...* no cuenta la relación con Sophie sino su olvido, y sólo sabemos de ella por las historias -cada vez diferentes- que cuenta a cada una de las mujeres con que trató de sustituirla y por los fragmentos de una novela que va escribiendo):

...(ahora recordaba que en París, cuando salían juntos, le insistía hasta el cansancio sobre lo mismo) en saber si soy la misma que la chiquilla de la foto que encontraste en un calle de Lima (...) Porque si eres la misma, Sophie (él insistía siempre en que eran exactas), entonces nunca habré amado a nadie más que a ti, entonces te he querido toda mi vida... Pedro, sólo tú eres capaz de enamorarte de una fotografía... ¿Y si era yo? ¿Y si en realidad hubiera sido yo? Por el año, por la revista en que apareció la fotografía, no es imposible que fuera yo... Pedro Balbuena enamorado de una fotografía mía... De mí... Toda la vida<sup>585</sup>

Esta incógnita se desvelará al final de la novela, es el pequeño gran triunfo ya sin importancia, que le dará la vida cuando estaba a punto de abandonarla: "Pedro, pero lo he averiguado todo, Pedro, yo sí era la muchacha de la revista, la de la foto, Pedro, me oyes, me entiendes, me crees Pedro..."<sup>586</sup>.

En *Tantas veces...* habrá una fotografía más, la que le pide Virginia cuando se separan en Cuernavaca:

...escuché su voz, muy bajito, quería que le dejara una fotografía de recuerdo y yo no tenía ninguna.

-¿Para que quieres una fotografía de un tipo como yo?

-Quiero una fotografía tuya, eso es todo.

Mira, Virginia: un tipo como yo sólo tiene una cosa que darle a una muchacha como tú: money.<sup>587</sup>

En *La vida exagerada...* la afición por las fotografías se remonta también a los recuerdos de adolescencia. Ahí se habla de la primera chica que conoció y con la que "quería pasar toda una vida". Y mientras hacía el recorrido de Lima a Piura para verla:

Hice el viaje por tierra, en un ómnibus interprovincial, y con una foto de la chica en el bolsillo. La foto, de más está decirlo, se la había comprado a otro compañero de colegio, pero mirándola logré acortar la enorme distancia que hay entre Lima y Piura...<sup>588</sup>

Y en lo que hace referencia a Inés -la que después será su mujer- y el día que la conoció, en una Feria del Automóvil, sobornó a un fotógrafo para que le hiciera, con disimulo, una fotografía sobre "esa chica tan linda" que estaba en un *stand*:

Salí disparado en busca de un fotógrafo, lo encontré, lo traje, me escondí detrás de él, y le ofrecí mucho dinero por una foto de Inés buscándome con la mirada detrás de un fotógrafo. Terminé agotado, pagándole una fortuna al fotógrafo para que no dejara de llevarme la foto a casa. Sería lo único que me quedaría tras la desaparición de Inés.<sup>589</sup>

Después esta fotografía le sirvió para buscarla como un poseso por todo Lima, y para llegar a una conclusión, no buscada, acerca de los peruanos varones:

Me tuvo caminando por todo Lima día tras día, preguntándole a cuanto conocido encontraba si conocía a la muchacha de mi fotografía. Descubrí la estupidez de los limeños: no hubo hombre que no la conociera, pero claro, a unos se les había olvidado el nombre, a otros la dirección. Inés fue seguidamente francesa, italiana, peruana, actriz, modelo, ardiente, frígida, inteligente, estúpida, frívola, coqueta, y hasta tuvo varios nombres que algunos recordaban vagamente (...) Un día Inés fue Inés, con

<sup>585</sup> *Ibíd.*, p.217.

<sup>586</sup> *Ibíd.*, p.244.

<sup>587</sup> *Ibíd.*, p.64.

<sup>588</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.439.

<sup>589</sup> *Ibíd.*, p.87.

nombre, apellido y dirección. Un amigo la conocía...<sup>590</sup>

También es noticia para guardar (al final de su vida en París le servirá de comprobación) la fotografía de su desembarco en Dunquerque, la primera vez que llegó a "la dulce Francia".

De la siguiente mujer que pasó -nunca mejor empleado el término- por la vida de Martín (estamos ya en Francia y en el 68) no le quedó más que una fotografía dedicada. Último gesto de ternura de Sandra y también de humor (deducimos que las mujeres, cuando acaban con Martín, recuperan el sentido del humor, que tanta falta les hizo antes). La dedicatoria alusiva -de ahí el humor- da título a un capítulo sobre Sandra y dice: "...And that's me and the left with the beautiful legs", que explica suficientemente la importancia del objeto.

Y ya en "El cuaderno rojo", Octavia será la muchacha que lleva una fotografía de Martín al volante:

...le había regalado una foto mía que Octavia ponía siempre delante de ella en su automóvil, para intentar alcanzarla todo el tiempo. Y con sus piernas tan divertidas aceleraba, embragaba, se pasaba los semáforos rojos, tosía, hipaba, cruzaba los puentes del Sena con su chompita negra nerviosa, excitada, y conmigo-el-de-la-foto, el inalcanzable...<sup>591</sup>

En una ocasión Octavia se fractura las dos piernas (Martín tiene su visión particular sobre el hecho, que se explicaría en el matiz "le"). Ya estaba casada, y cuando le operan y le colocan un yeso le manda una fotografía a Martín para que vea sus progresos en la "alineación de fragmentos". Esta fotografía -todas tendrán una utilidad concreta- sirve al protagonista para conmoverse en extremo, y jurar solemnemente que "siempre encontrará divertidísimas las piernas de Octavia", es decir, que todo lo que pase no conseguirá hacerle cambiar de opinión respecto a su amor:

Pero Octavia era un genio y un día me envió esa foto en que se le ve de pie, gracias a las muletas, y enyesadita hasta bien arriba de los muslos. A pesar de que la foto no era muy buena, y además sólo blanco y negro, el yeso dibujaba íntegro y perfecto todo aquello que en sus piernas me había alegrado tanto en la vida...<sup>592</sup>

Más adelante será Carmencita Brines la que derrochará fotografías, mostrándoselas a Martín Romaña para convencerle de "lo ventajoso" que podría resultarle "saber para quien trabaja". En este caso para ella:

Las fotografías la mostraban de amazona en la propiedad familiar de Valencia, decenas de miles de cabezas de cebú, Martín; de amazona, otra vez pero esto en Machiques, Martín, mucho más importante que lo de Valencia, Martín; de amazona, otra vez, pero desnuda esta vez; de amazona, otra vez, pero este en mi alazán preferido; de amazona, otra vez, pero ésta es en la hacienda de Texas; de amazona, otra vez desnuda, en el alazán preferido del amante preferido de mamá, Martín; un montón de veces más en *topless*, pero cada vez en una piscina diferente y ésta es la más grande...<sup>593</sup>

Un caso de exhibicionismo claro, reflejo de lo que es, en realidad, la venezolana: una exhibicionista íntegra, de cuerpo y de dinero. Y si seguimos acotándola, bellísima por fuera y "mucho mejor mantenerse lejos", por dentro.

Habrán otras fotografías, éstas comprometedoras, en el tan mencionado viaje de Martín a Milán. Allí, en una escena absolutamente libresca (me estoy refiriendo a la fiesta en honor a Martín), se encuentran tras bastidores dos personajes ajenos, Martín y algo así como un detective que, sin ninguna razón aparente, introduce en el bolsillo del protagonista un paquete que será unas fotografías comprometedoras de Eros y su madre. Esta circunstancia (Martín es descubierto *in fraganti* cuando las ojeaba) hará que la estancia del protagonista en Milán acabe desastrosamente:

Me arrancó las fotografías con una terrible violencia y empezó a darme, una tras otra y sin que yo le quitara la mirada de encima, mil bofetadas sin besito de perdón. Se cansó de abofetearme pero yo

---

<sup>590</sup> *Ibidem*, p.88.

<sup>591</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.149.

<sup>592</sup> *Ibidem*, p.306.

<sup>593</sup> *Ibidem*, p.233.

seguí con la mirada fija en sus ojos, y por primera vez en mi vida comprendí todo, exactamente todo lo que Octavia había querido decir con la palabra *encantamiento*.<sup>594</sup>

Y todavía hay más. Después de la separación de Octavia y de Eros, la muchacha invita a Martín a un crucero por el Mediterráneo, y en una de las escalas para "repostar paisaje", Octavia quiere que el protagonista pose ante la casa de Cristóbal Colón, sin que por una vez, Martín le encuentre el sentido, según se deduce por el comentario:

Génoa. ¿Qué necesidad tuvo Octavia de hacerme correr por toda la ciudad para tomarme una foto ante la casa de Cristóbal Colón? Tiempo después llegaría el momento en que esa fotografía me dio una gran lección.<sup>595</sup>

Y la lección tuvo lugar en el avión de vuelta al Perú, después de veinte años de estancia en Francia, y a tenor del tango "Veinte años no son nada". Comprobación para lo que sirvió la fotografía que le hizo Octavia, y la otra del desembarco en Francia:

...saqué la foto de mi desembarco en Dunquerque, en 1964, y la de la casa de Colón en Génova, en 1980. Mentía Carlitos Gardel, mentía a gritos y tuve que pedir un whisky doble sobre la bandeja tembleque. De la foto de Dunquerque, me quedaba en la de Génova sólo aquel pujante optimismo de desembarcante primerizo. De la foto de Génova, tan reciente, si la comparamos con la otra, no me quedaba absolutamente nada.<sup>596</sup>

Habrán otros fetiches en forma de cuadro, pero con el mismo valor simbólico. El primero es el retrato de Octavia que le hizo uno de sus pretendientes de muchos títulos, y que quedará como afiche en el restaurante "La Sopa China". Aquí empezó -en esta fotografía me refiero- Martín a notar algo extraño en el retrato de Octavia, algo que le hacía diferente y "como ajena" (quizá fue un retrato futurista), hasta que en Italia empezó a transformarse, y cada vez se parecía más al retrato:

Jean Pierre lo regaló una noche a "La Sopa China", para que lo pusieran sobre uno de los viejos afiches, y ahí se quedó cubriéndose de grasa y de humo hasta que cerraron el restaurant y me dejaron traerlo al departamento, Octavia y yo evitamos siempre hablar de él, pero después vino lo de su matrimonio y yo empecé a interrogar el afiche noche tras noche en "La Sopa China".<sup>597</sup>

Y diez años después el "retrato de una desconocida" cada vez menos y a la vez el retrato de Octavia continuó colgado junto al toldo de "La Sopa China".

Hay otro retrato de Octavia hacia el final de su relación en el mecenazgo. Martín lo ve en la sala de los antepasados del Conde Faviani, donde también Pedronila tiene su lugar; y el retrato, sus ojos más bien, le persiguen allí donde va:

Al desplazarme un poquito, noté, a puntas de latido, que la mirada de Octavia en el cuadro me seguía, o sea que retrocedí, avancé, torcí a la derecha, a la izquierda, y me puse incluso de espaldas al cuadro, lo cual marcó a Giancarlo en dosis suficiente como para no darse cuenta que los ojos de Octavia no sólo me seguían, me perseguían sí, me perseguían...<sup>598</sup>

Hecho que tampoco nos sorprende tratándose de Octavia, con esa su mirada "abarcadora" de siempre. Además hay otro hecho que nos lo hará "familiar". En *Tantas veces Pedro*, y en la sacristía, donde intiman "el curita amigo de los muchachitos y de los que no lo son tanto" y Pedro, hay otro retrato, y éste "auténtico", tal vez un Perugino o un Pinturischio que posee el mismo efecto óptico de seguirte allí donde vas:

-Este cuadro -le contó el padre- lo mira a uno por donde vaya.  
-Ahora se suelen ocultar micros -dijo Pedro, que ya lo veía venir.

---

<sup>594</sup> *Ibíd.*, p.321.

<sup>595</sup> *Ibíd.*, p.346.

<sup>596</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.356.

<sup>597</sup> *Ibíd.*, p.193.

<sup>598</sup> *Ibíd.*, p.368.

-Mire usted, venga conmigo, déjeme que lo lleve, desplácese conmigo de un lado a otro de la habitación, por todos lados nos sigue los ojos del cuadro. probemos otra vez(...) Pedro le entregó nuevamente su mano para que se la estrechara...<sup>599</sup>

Y avanzando cronológicamente en la producción literaria que no así en edad -el relato corresponde a la adolescencia-, en *La felicidad...* hay un relato, "Baby Schiaffino", en el que un adolescente consigue la fotografía de la hermana de otro colegial, robándosela. Esta anécdota no tendría mayor importancia si no fuera por lo decisivo que será para el protagonista, no sólo porque es su primer objeto de deseo -la imagen consigue hacer, "a medias", realidad esas bravatas que sólo eran palabras "vacías de historias y eso era triste"<sup>600</sup> - sino porque será, una vez que conoce a la muchacha auténtica, el único amor de su vida; y continuará siéndolo, incluso casado, que es el momento en que conocemos al personaje (se repetiría, en otra versión, la historia de Sophie de *Tantas veces...*).

Y en *Magdalena Peruana...* será la fotografía de la madre, con el vestido con que siempre le gustaba recordarla, quien desencadenará los recuerdos de niñez del protagonista de " Desorden en la casita ". Es una fotografía también simbólica porque acompaña al protagonista en sus viajes, a juzgar por esta anécdota. Y además le sirve de narratorio de esos recuerdos que están luchando por salir:

No sabía qué hacer, mamá, le dice a la fotografía alegre de la blusa amarilla, sobre la mesa de noche, "Gran Hotel", ya era muy tarde para empezar la casita de nuevo y además ese cuarto podía servir para los parientes de Buenos Aires que siempre nos visitan...<sup>601</sup>

En *La última mudanza...* las fotografías de las mujeres que Felipe amó están maximizadas en todos los sentidos. Primero porque las fotografías están ampliadas casi a tamaño natural, por lo que intuimos en el contexto, y por el lugar que ocupan en la casa en que vive el protagonista: el vestíbulo: una carta de presentación para todo aquel que entra en la casa, y que vendría a ser algo así como "ésta es la mujer que preside mi vida". Presidencia que será renovada cada vez que las intermitencias del corazón elijan una u otra candidata.

La vida de Felipe Carrillo no había sido tema para novelar hasta que apareció Genoveva. Y además, justamente, en el vestíbulo de la casa del protagonista, junto al retrato de Liliane:

No, no era la primera mujer bella que recibía desde que murió mi esposa, tampoco la primera que se detenía, sin darse cuenta, en el vestíbulo, y ante ese retrato. Lo triste, lo grave, lo verdaderamente conmovedor y, ahora, de pronto también hermoso, era otra cosa: Genoveva era la primera mujer que veía, fijándome en su belleza, sitiéndola, gozándola casi, entre el retrato de Liliane.<sup>602</sup>

Adelantadas las relaciones entre Felipe y Genoveva será el retrato de Liliane el que abandone la casa, no sin cierta "mala conciencia" por parte del protagonista. Y lo sustituye el de Genoveva. En el momento en que Felipe abandona el apartamento para irse primero a Madrid y después a Colán, el cuadro de Genoveva se estrella, premonitoriamente, en el suelo. Percance en el que el protagonista quiere ver, un tanto en broma, la mediación de Liliane (también le atribuye "culpa" en la decisión de buscarse una mujer mayor, estable...), encerrada ahora en un armario, en el desván de la casa:

Dios mío, qué bruto fui para no captar nada aquella tarde en que, al trasladar mi equipaje desde el dormitorio al vestíbulo, el retrato de Genoveva se vino al suelo y se hizo añicos en mis narices. Más advertencia, mayor simbolismo, no podía contener aquella caída. Meses llevaba el cuadro ahí sin que la pobrecita de Liliane hubiera osado quejarse, siquiera. Pero esto ya era demasiado (...) Decidió actuar, y el cuadro, ya les decía, se vino abajo en mis propias narices, probablemente porque Liliane se había dicho mi Philip anda tan ciego que mejor probamos la nariz. Pero por lo visto, también me falló el olfato porque sólo me detuve para comprobar hasta que punto se había dañado la foto...<sup>603</sup>

<sup>599</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.201.

<sup>600</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, o p. cit., p.85.

<sup>601</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, o p. cit., p.150.

<sup>602</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., pp.54-55.

<sup>603</sup> *Ibíd.*, p.138.

Tras el fracaso de los vestíbulos y sus consecuencias, Felipe vuelve del Perú, con la historia de Eusebia "a rastras", y se cambia de barrio y de apartamento. Y sustituye la fotografía de Genoveva (que cayó por su propio peso) por la de "la mulata", también ampliada; y ya no en el vestíbulo -Felipe Carrillo ha sido cuidadoso en la elección de apartamento y escoge uno sin vestíbulo- sino en la habitación (en el espacio íntimo, entonces -ya sabemos que Eusebia no encajaba en los otros espacios-), en "la pared enfrente de su cama". Pero no es una decisión demasiado fácil, no se sabe bien si presente ya el momento de "descolgarla" (con lo que esto supone); o por verla o por el dolor de verla tan cerca y tan lejos; o tal vez porque Catherine era "hermosa y blanca como la pared enfrente de mi cama...", o por todas ellas. Pero lo cierto es que su primera intención fue: "colocar para mí solito una enorme ampliación de Eusebia en la hacienda Montenegro..."<sup>604</sup>, que fue demorando una y otra vez, hasta que un día:

...hasta logré colgar a Eusebia, con la ayuda de Catherine, de un buen vaso de tinto, y de uno que otro comentario que no recuerdo muy bien (...) Pero Eusebia quedó colgada, a pesar de todo, y nada menos que en la famosa pared blanca y alta de enfrente de mi cama, tan parecida a Catherine, que al igual que la pared, de golpe se convirtió en algo así como el vestíbulo de mi departamento nuevo, sencillito y sin vestíbulo...<sup>605</sup>

Y otro día, después de amar a Eusebia, de sufrir por ella, decide la última opción, escribir sobre ella porque "there is only one thing you can do with a woman (...) you can love her, suffer for her, or turn her into literature"<sup>606</sup>. Momento ya de descolgar, para siempre, la fotografía de la peruana, para ver "si duele":

Yo, en cambio, quiero extrañar. Y no sé qué hacerme con la fotografía de Eusebia de lo poco soportable que me resulta. La descuelgo entre discos pro y contra que ya no me dicen absolutamente nada a favor ni en contra de ella. Se acabó la música y sigue la escritura por la simple y sencilla razón de que yo sigo con el retrato entre las manos y no me atrevo a destrozarlo, a rasgarlo íntegro, a hacerlo trizas (...) La fotografía de Liliane se puede rescatar algún día, es un lindo recuerdo y algún día puedo bajar y sacarla del mueble inglés y volverla a colgar porque es un lindo recuerdo. ¿Por qué demonios, entonces, hay que romper la fotografía de Eusebia? No, no te engañes más, Felipe: si la rompes, o mejor dicho, cuando la rompas, será por las mismas razones por las que tiraste a la basura el retrato de Genoveva.<sup>607</sup>

Es decir, porque dejó de amarla como a Genoveva. Toda una simbología.

Y como última mención, voy a comentar la importancia que para otro personaje de " Los grandes hombres..." tienen las fotografías. Santiago comparte la afición de los otros personajes adolescentes de tener la fotografía de la chica que ama, que no deja de ser una forma de timidez importante (Raúl, el antídoto, nunca se detendría en la copia, iría al original directamente), y no Santiago que vivía desde su adolescencia:

...con una revista escolar que le había robado a la hermana mayor, y a la que había arrancado una por una las páginas, como quien deshoja la margarita, hasta quedarme sólo con la página de Eugenia, catorce años, vestida de educación física (...) Dios se había gastado íntegra su divina bondad en la chica de mi foto, y la verdad es que entre las chicas de las otras páginas apenas si había distribuido un poquito de su infinita misericordia.<sup>608</sup>

Después Eugenia se casará con un compañero de colegio, y coincidirán en París. Y aquí empezará el segundo recorrido en la vida de Santiago. De nuevo Eugenia, inaccesible, antes por su timidez y ahora por su matrimonio. Y tendrá que conformarse como lo hizo entonces, con las fotografías que le iba tomando en todos aquellos paseos que daban por París, cuando Raúl estaba en alguna "misión desconocida":

Tenía por entonces veinticinco años y Santiago se sentía el mejor fotógrafo del mundo mientras adoptaba las posturas más extravagantes para immortalizar (era la palabra que usaba él) el perfil de esa mujer morena, de larga cabellera negra, y de aquellos ojos verdes (...) El perfil de Eugenia

---

<sup>604</sup> Ibídem, p.202.

<sup>605</sup> Ibídem, p.210.

<sup>606</sup> La cita es de Laurence Durrell de *Justine*. Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., p.7.

<sup>607</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., pp.216-217.

<sup>608</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, o p. cit., pp.176-177.

en el fondo de Notre Dame (...) Eugenia alejándose por algún sendero del jardín de Luxemburgo...<sup>609</sup>

### **3.1.7.2.-Las corbatas**

Pedro Balbuena, el primer protagonista "adulto" de las novelas de Bryce Echenique, se encuentra en Berkeley, en la fiesta en que conoció a Virginia. De entrada, ha habido un interés mutuo que ambos intentan canalizar. La americana está "tanteando el terreno" (ya debe sentir ese miedo que siempre le produjo la relación con Pedro), y, en principio, se hace la desinteresada. Motivo que lleva al protagonista a continuar "el diálogo de toda la vida" con su perro *Malatesta* -esa noche era su acompañante oficial-, y discuten, juntos, las razones del comportamiento de esa muchacha, y entre ellas se apunta:

Qué tal gringa de mierda, *Malatesta*. No bien me le acerco me da la espalda. Por razones estrictamente políticas comprendo que un peruano desprecie tamaño culo, aunque andemos mezclados con la izquierda local esta noche. Pero que una gringa joven desprecie así la barba de Fidel Castro... Francamente no lo entiendo, *Malatesta*. Bueno, tienes razón, debe ser mi corbata de seda. Nunca se sabe con los sajones; a lo mejor pertenece a una sociedad protectora de animales y me está odiando por la tonelada de gusanos que hay enterrados en mi finísima corbata de pura seda. Más no andábamos tras ella *Malatesta*...<sup>610</sup>

Más adelante, con Beatrice de compañera, la corbata pasa a ser "distintivo de clase" (también lo ha sido en el pensamiento de Pedro en Berkeley), porque por mucho éxito que se haya conseguido socialmente, si desde "pequeñito" no te han enseñado a saber elegir, siempre se será un "Andrés Zamudio"<sup>611</sup>, sin remisión:

(El) Director General, había evocado la mañana aquella en que Balbuena le había dado el mejor consejo que puede darle un hombre a otro en materia de corbatas. A Beatrice se le escapó la risa, se tapó la boca, tal vez sólo el pobre jefe se había dado cuenta de que la corbata exacta a la de Petrus que había traído puesta a la cena le quedaba diferentemente pésimo...<sup>612</sup>

Se da la coincidencia que en las dos ocasiones es el protagonista quien imagina toda la historia, y es por tanto él quien se identifica con esas corbatas con "distintivo de clase", poniendo el deseo (el odio o la admiración -en Virginia y en el jefe de Beatrice-) en otros personajes, para quienes esas distinciones, probablemente, no signifiquen nada.

Hay una ocasión, entre las "tantas veces..." en que Pedro Balbuena se encuentra especialmente mal. Ha bebido exageradamente en la fiesta en que conoce a Virginia; y ya sabemos que es la muchacha quien "lo acompaña" al hotel y a la mañana siguiente tan siquiera se acuerda de que hay alguien en su cama, y al descubrirlo, y después de haber aclarado ciertos puntos oscuros, empieza con la Literatura, con Quevedo, y con un verso concreto: *La vida empieza en lágrimas y caca*, realmente de mal gusto. A Pedro esta frase le servirá para superar las situaciones límites, porque si uno consigue "aguantar" esta frasecita, ya se tiene mucho ganado; y si después "uno selecciona perfecto la corbata que va con la camisa y la camisa que va con el terno..." la cosa mejora ostensiblemente:

Ya se puede mirar el reloj y comprobar que han pasado los diez minutos que nos dimos de plazo para no irnos a la mierda. Claro, hay detalles secundarios que también ayudan, como seis alka-seltzers o siete aspirinas... (...) Pero lo importante, mi querida Virginia, lo realmente importante estaba en ponerle la corbata a Quevedo.<sup>613</sup>

En el "díptico" la corbata sigue siendo un símbolo que se repite con cierta frecuencia, y que se repite en el gesto -también simbólico- de poner el nudo (el de la corbata no el gordiano) en el sitio que le corresponde. Y este detalle "ajustador" empieza en el momento en que conoce a Inés; o más bien cuando la busca "con desespero" tras haberla visto en una única ocasión. La muchacha, esta vez, "estuvo a la altura de la

<sup>609</sup> Ibídem, p.185.

<sup>610</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces Pedro*, o p. cit., pp.31-32.

<sup>611</sup> Personaje de La última mudanza...

<sup>612</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.172.

<sup>613</sup> Ibídem, p.41.



circunstancias" y le colocó la corbata, no a Quevedo sino a Martín, en el punto justo:

Toda la paz y el bienestar del mundo llegaron de pronto. Parece mentira. Estarse sintiendo tan mal y en un instante estarse sintiendo tan bien. Inés se me acercó, me abotonó el cuello de la camisa y me puso el nudo de la corbata en su lugar. Ni mi madre había hecho esas cosas tan bien cuando yo era niño. Casi me muero de ternura y de estabilidad en las manos y en el pecho...<sup>614</sup>

El gesto de Inés está movido por dos razones. La primera el afán de perfeccionismo que después conoceremos, añadido a la ternura que despierta, por ejemplo, un niño perdido. Más adelante Martín trata de corregir esa impresión, contándole a la muchacha "que lo del nudo de la corbata y el tufo a licor de esa noche eran un viejo truco que solía usar para ver si despertaba en las mujeres algún instinto redentor. No era verdad. Bien que lo sabía Inés"<sup>615</sup>

Después, y a propósito de la escena final del aeropuerto que más adelante comentaré, Martín vuelve a recordarnos la anécdota de aquel primer día con la corbata "a media asta" en casa de Inés. Y precisa la verdadera intención que tuvo el ademán. Admite que fue un gesto simbólico e intencionado, una pequeña argucia:

Sometí a Inés a una prueba, el primer día que fui a verla a su casa de adolescente limeña. La sometí a una prueba perfectamente justificable puesto que mi amor era ya un amor a toda prueba. Me presenté ante ella con el nudo de la corbata caído sobre el pecho. No se si lo recuerdan. Inés me cerró bien el cuello de la camisa, primero, luego tomó el nudo entre sus manos, y lo puso en su lugar, convirtiéndose ipso facto en mi dulcísima paloma, pues había mostrado cierta debilidad por el estado de mi persona, con tal solo tocarme la ropa. El hecho contenía un grandioso valor simbólico, y nos casamos en París, literalmente.<sup>616</sup>

Y en otra ocasión la corbata tiene un cometido mucho menos elegante, además de tópico. Martín se ha casado con Inés, exactamente como no quería, "sin perro fino y sin refrigeradora". Y además tan siquiera le ha podido invitar a uno de los almuerzos de Hemingway, en el lugar adecuado donde era tratado con consideración, también Hemingway. Y todas estas tensiones las vive en solitario, porque Inés y los demás aceptan como natural a sus ideas una boda en estas condiciones. Además él quería ir a Perugia y no a España, y claro había bebido más de la cuenta. Así:

Me había escapado del café en el que andábamos celebrando la boda, le había pedido a un taxista que me llevara al aeropuerto, a medio camino le había dicho que me regresara a París porque prefería viajar en tren, y cuando se negó a gritos, diciéndome que si estaba loco o qué, prácticamente lo asalté. Me quité la corbata, se la paseé por el cuello reteniendo cada extremo con una mano y presionando con el pie en la espalda del asiento.<sup>617</sup>

La corbata, como prenda que define, debió de seguirla usando el protagonista en su vida diaria (no se precisa). Pero sabemos que en "mayo del 68", cuando se adecua para hacer las barricadas, tiene muy claro lo que hay que erradicar -por tanto formaba parte de su atuendo-: "...largos pelos y demás señales rebeldes y primaverales, entre las cuales el blue jean y corbata ni de a huevas"<sup>618</sup>

Cuando termina la relación e Inés se va al Perú, Martín vuelve a intentar la doble estratagema de recordarle la historia de aquella pareja peruana que no resistió la separación, y se bajó, en el último momento, del autobús que le llevaba al embarque; y también lo de la corbata, sin resultado:

Maldita noche de invierno. Debieron cerrarla y cerrar el aeropuerto y cerrarme a mí el cuello de la camisa para luego subirme el nudo de la corbata, tras habernos despedido, pero Inés se fue sin verme. No se enteró nunca de que nos habríamos podido fugar con nuestro amor a cualquier parte, y por más que le hice un verdadero show recordatorio, yendo y viniendo como loco y claramente para ella por todo el aeropuerto con la corbata más roja, más ancha, más larga, y con el nudo rojo más caído

<sup>614</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.89.

<sup>615</sup> *Ibidem*, p.89.

<sup>616</sup> *Ibidem*, pp.611-612.

<sup>617</sup> *Ibidem*, p.184.

<sup>618</sup> *Ibidem*, p.377.

del mundo, no me vio (...) Pasaron tres horas y ya no quedaban muchachos del grupo por ninguna parte y yo seguía con la monumental corbata roja y el nudo y el orgullo navegando a la deriva por los mares del llanto mío, una noche de invierno que debieron cerrar París.<sup>619</sup>

La historia de Inés empezó y terminó con la corbata. Entre medio, Martín empequeñeció tanto a los ojos de Inés, que la corbata la arrastraba constantemente; hasta que un día, ese último, Inés no logró verle. Y era tal su "bizquerita" (otro gesto simbólico que obsesionará al personaje) que, apenas, vio al Grupo, tampoco. Su punto de mira lo tenía en un lugar fijo: Brasil.

Si pasamos al cuaderno rojo y a las anécdotas de "Las cabezas coronadas", la corbata vuelve a ser "gesto y figura". Nadie puede impresionar, favorablemente claro, sin el nudo en su justo centro. Y quienes mejor para saberlo que los que han nacido en "cuna de oro" y con corbata:

Madame Devin y Dora entraron, vieron, y se quedaron paralizadas. Y en menos de lo que canta un gallo, Jean Pierre y Mario se había (sic) puesto de pie y se habían acomodado la ropa, el pelo y el nudo de la corbata.<sup>620</sup>

Y nos vamos a *Magdalena Peruana...*, y a ese personaje padre de Daughter de " En ausencia de los dioses ", para quien el ademán de ajustarse la corbata vuelve a ser un gesto de afianciación, de dominio de la situación:

Se moría de risa tumbado sobre su cama, elegantemente vestido, con la corbata ligeramente desabrochada, justo como para poderle decir dos horas después de que ella hubiese intentado comunicarse desde la recepción: "No me di cuenta de que el teléfono estaba desconectado". Entonces ya tendría el nudo de la corbata en su sitio y las cartas en la mano.<sup>621</sup>

### **3.1.7.3.-Los perros**

Los personajes de las novelas de Bryce establecen con los perros unas relaciones extrañas, que van mucho más allá de las cotidianas; además de ser una presencia casi constante en todas sus novelas.

Estoy hablando, en este apartado, de objetos simbólicos, y algunos caninos cumplen las condiciones, pero en un campo muy abarcador.

El primer perro cronológico es el de Manolo de *Huerto cerrado*. Aquí es el "amigo" callado del adolescente, con el que comparte soledad "adolescente" y ciertas fobias:

Abrió la puerta, y encontró a su perro que lo miraba como si quisiera enterarse de lo que estaba pasando. Se agachó para acariciarlo, y avanzó hasta el comedor (...) A lo lejos, se escuchaban los estallidos de los cohetes, y pensaba que su perro debía estar aterrizado (...) "Tengo que ir a ver al perro. Debe estar muerto de miedo." (...) Manolo esperaba que llegara el momento de ir a ver a su perro...<sup>622</sup>

Para Pedro Balbuena, *Malatesta* -ya lo hemos visto- es el *alter ego* del protagonista, con el que se permite diálogos "entre hombres", sobre todo en la relación con Virginia, en la que no se ponían demasiado de acuerdo:

-Favorable, *Malatesta*.  
-¿Favorable? ¡Estás loco! No sé por qué no rompiste esta vez, Pedro. En fin, tal vez tu piedad lo sepa... (...)  
-Vámonos de aquí, *Malatesta*.<sup>623</sup>

<sup>619</sup> Ibídem, p.613.

<sup>620</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.191.

<sup>621</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, o p. cit., p.42.

<sup>622</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Huerto Cerrado*, o p. cit., pp.75-76.

<sup>623</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.52.

Además de interlocutor, que representa al "Super Ego", *Malatesta* es aquel deseo -una metáfora que se transforma- que manifestó Pedro la primera vez que vio a Sophie, acompañada de su propio perro: "-¿Puedo ser la sombra de tu perro, Sophie?"<sup>624</sup>, y lo fue para toda la vida. Y aún más, como prueba de "superioridad perruna", el can destrozó el único cuento que Pedro Balbuena había escrito (al igual que Sophie que sacó al protagonista de la única historia en que creía, y que merecía escribirse).

En el "díptico" los canes abundan, y tienen diferentes papeles. El primero representa para Martín Romaña "unas mínimas condiciones de vida". Y así se lo dice a Inés, el día en que "ella le pide la mano":

Dije, simple y llanamente, que mi educación y mi respecto por Inés y por mi mismo me impedían casarme antes de tener una refrigeradora y un perro fino, uno como los que había en casa de mis padres (...) Mi asunto era bastante simbólico, significaba muchas cosas, en todo caso, significaba por ejemplo que yo deseaba darle a Inés algo mejor que un lugar permanente en un cuartucho destartado.<sup>625</sup>

No obtuvo *quorum*.

Después los perros serán descarga diaria de los malos humores de tantos "viejos solitarios" en París. El de Madame Labru, aparte de su carácter gritón y antipático -reflejo de la dueña no cabe duda- era: "chiquito, peludo, blanquito, de hocico rosado y puntiagudo, nervioso y ladrador empedernido de ladridito insoportablemente agudo"<sup>626</sup>, recibía de su dueña puntualmente "tres pateaduras al día, una antes de cada comida"<sup>627</sup>. Mientras que Betty, el otro perro del edificio era "una perrita puddle, negra, llena de crespos, bien abrigadita en invierno, tranquila, inofensiva y también retirada"<sup>628</sup>, era la viva imagen de sus afables dueños<sup>629</sup>:

...un viejo profesor retirado y permanentemente abrigado, su esposa, (...) que llevaba bohemianamente ladeada una boina azul como sus ojos de viejita linda, que tuvo que ser muy hermosa de joven...<sup>630</sup>

Estos dos perritos son tema de una larga investigación de Martín, que siguió paso a paso las maldades de Madame Labru contra sus vecinos, hecha efectiva por su perro y las mordeduras sucesivas a Betty, que acabó con su vida. Y después con la de Madame y Monsieur Devaux, de tristeza.

Toda la anécdota reclama la atención, por el celo "averiguador" del protagonista, en una historia que pasaría desapercibida de no ser primero, un gran amante de los perros, como lo es Martín, y después un gran observador de lo circundante. Y de aquí se saca una conclusión, se pueden tener perros en cualquier parte del mundo -puede ser un gesto diverso-, pero en París hay que cuidarse de los solitarios con perro, porque:

No sé quién afirmaba que el ser más avaro y egoísta del mundo, puede esconder tesoros de ternura para con su gato. O para con su perro por qué no, también. No se quién dijo eso, pero aunque sin duda era alguien que conocía bastante bien el mundo de los solitarios parisinos, no llegaba a conocerlo tan a fondo como para imaginar que hay seres (...) que no guardan una pizca de tesoro de ternura ni siquiera para su Bibí.<sup>631</sup>

Y concesión tras concesión, Martín se vio condenado a cuidar del perro de la arrendataria, cuando ella se iba de viaje, a limpiar las caquitas de su diaria salida a la terraza, a esperar en el gélido descansillo de su mezzanine, porque Inés se negaba que entrara el perro en su casa... Y todo un propósito que no logró a pesar de las concesiones: que existiera paz en "la hondonada", consiguiendo el efecto contrario, las exigencias cada vez

---

<sup>624</sup> *Ibidem*, p.253.

<sup>625</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.168.

<sup>626</sup> *Ibidem*, p.211.

<sup>627</sup> *Ibidem*, p.212.

<sup>628</sup> *Ibidem*, p.211.

<sup>629</sup> Observamos la descripción minuciosa de los perros, que rara vez se da en los personajes, que se definen por sus actos conscientes. Condición que como no se da en los animales, se recurre a su aspecto.

<sup>630</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.210.

<sup>631</sup> *Ibidem*, p.212.

mayores de "la señora", y el desprecio, también cada vez mayor, de Inés:

...porque eso sí, Martín, si me metes ese bicho al departamento...

-Pero Inés, en esta escalera hace frío, no hay calefacción...

-Eso es problema tuyo por haber aceptado cuidarle el perro a la vieja.

-Pero, Inés, a lo mejor así logro que...

-O sea que tú crees que arrodillándote ante ese monstruo vas a lograr...

(...) El silencio de Inés cerrándonos la puerta dejaba claramente establecido que el monstruo me había mentido una vez más, pedazo de idiota.<sup>632</sup>

Y de todo esto algo aprendió Martín, que no tendría jamás un perro en París, porque parecía que iba unido, en ciertas condiciones, a una tendencia hacia la maldad.

Más tarde vendrá la historia de Octavia, y con ella todo fue diferente, ya lo sabemos. Y el perro de Octavia, una perrita italiana "bella, bellissima" y alegre, predicará de la muchacha, en un montón de ocasiones. Es ella la que le da a Martín, en uno de los viajes a París desde Milán el regalo de Octavia; y los gestos de la perrita cócker son manifestaciones de lo que ella sentía: era una forma de desviar sentimientos inconfesables desde su matrimonio con Eros:

Bimba (...) pegó un saltito, dejó caer un paquete destrozado que traía en el hocico, hizo pipí, y Octavia moría de risa (...) Bimba se había estado comiendo mi regalo, unas maravillosas pantuflas de gamuza marrón, pero Bimba sólo se comía las pantuflas de la gente que quería, ¡Maravilloso, Maximus...! Octavia moría de risa...<sup>633</sup>

Y después cuando Martín va a Milán, la perrita seguirá siendo la manifestación "aceptada" de lo que le pasará a la muchacha, porque "...algo le pasaba a Milán, o mejor dicho algo le pasaba a Bimba, o, pensándolo bien, algo le pasaba a Octavia, algo que se podía notar hasta en Bimba en Milán. Las ciudades son las gentes, *los animales la voz de su amo*, y yo el mismo imbécil que tarda siempre en darse cuenta de lo que pasa a su alrededor."<sup>634</sup> Y hasta tal punto se comparten "cualidades", que Eros participa de este contagio involuntario, en una escena abarcadora:

Estaba muerto de celos Eros Massimo, pero acto seguido cogió con una mano a Octavia, con la otra a Bimba, se llevó a ambas a los labios y de ahí las siguió elevando violentamente en toda la extensión de sus enormes brazos. (...) Y desde allí arriba Bimba y Octavia coqueteaban como locas con su dueño, ladraban y gritaban ¡Eros Eros Eros!, para que Eros se desahogara como en un cacería de gacelas...<sup>635</sup>

Hay otras manifestaciones en este sentido simbólico que tienen los objetos que vamos comentando. Y son dos los animales comprometidos en este nuevo juego de significaciones que voy a comentar, Bimba y Turgueniev, un galgo ruso, estirado y altivo como los padres de Octavia -a quienes pertenecía-, y también con grandes problemas de clase, a juzgar por su comportamiento en la casa de Martín:

El galgo le ladró al edificio, por no ser de su condición social, luego a la inclinación del portero a su edad, luego a la edad de la escalera, por no ser ni de época ni de estilo, luego a mi puerta, por ser mi puerta, total que Octavia tuvo que pegarle un grito porque también le estaba ladrando al escritor que nació sin estrella y estrellado. Y lo saludé en inglés, pero Octavia me prohibió terminantemente burlarme del perro de sus padres. Con razón: yo ya había sentido un ligero olor a búnker.

---

<sup>632</sup> *Ibidem*, pp.486-487.

<sup>633</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.295.

<sup>634</sup> *Ibidem*, p.312. La cursiva es mía.

<sup>635</sup> *Ibidem*, p.313.

-Creí que era de Jean Pierre- dije, dejando de husmear,...<sup>636</sup>

Ha habido, en este texto, un "contagio" de cualidades, primero ese "husmear" de Martín, para a continuación dar al canino las cualidades de los humanos, ésta vez dando opinión a quien no puede tenerla por su condición: "...para que Turgueniev, el galgo ruso, continuara callado y sentado, de acuerdo a las instrucciones recibidas y a lo acostumbrado que estaba a ver como este amigo de la familia intentaba matar a la hija menor de sus amos"<sup>637</sup>

Estamos en una escena trágico-cómica, Jean Pierre, el amigo pretendiente de Octavia, intenta, celoso, estrangular a Octavia, y Martín, en cadena, tiene la misma pretensión pero respecto al francés, y así:

Pero en esta oportunidad la estrangulada era Octavia por ser Jean Pierre el más hipersensible de sus pretendientes, y entonces yo, ni tonto ni perezoso, aproveché para instalarme cómodamente detrás de él y proceder a una estrangulación rápida, precisa y eficaz.<sup>638</sup>

Y dentro de este "juego" de estrangulaciones, hay uno especialmente evocador y metafórico. Martín, completando el círculo, también sufre "estrechamiento laríngeo", aunque de emoción, porque Octavia "...metió con las justas la mano por el escote de su vestido tan elegante, y me anudó la garganta de emoción al *extraer del lado izquierdo, como quien dice del corazón, el papelito color turquesa símbolo*"<sup>639</sup>.

Y Turgueniev, de nuevo, una vez se ha resuelto el conflicto vuelve a mostrar sus preferencias de clase, con contundencia:

No bien se fue Jean Pierre, Turgueniev se incorporó para morderme, probablemente porque Octavia no podía quedarse sola con un tipo como yo. Increíble, pensé, me gruñe a mí y en cambio Jean Pierre puede estrangular a Octavia sin que éste se digne mover una oreja. Realmente increíble, el tal Turgueniev, debe descender de una rama de perros entroncada a los de la familia de Jean Pierre. Sí, eso, ya lo iba entendiendo todo, y Turgueniev no tardaba en despedazarme. Octavia le dio un manotazo en el hocico, lo agarró del collar, lo sacudió fuertemente, y lo amenazó con castigarlo muy severamente si volvía a molestarme. Turgueniev, sin duda, tenía deberes sagrados que cumplir e insistió en sus gruñidos.<sup>640</sup>

Y las dos escenas siguientes son también problema de clase, pero entre cánidos. Ahora es la perra callejera de Madame Devin, que viene a hacer las reclamaciones ante tanto escándalo en el departamento (el estrangulamiento había sido de tarde, pero los golpes atronadores en la puerta y los enfrentamientos entre nobleza habían traspasado la hora prudencial, advertencia que sirve para disculpar a Madame Devin):

Madame Devin y Dora entraron, vieron, y se quedaron paralizadas (...) Turgueniev tomó la iniciativa en el asunto de las presentaciones, para lo cual se incorporó y empezó a olerle todito lo de atrás a la chusquita Dora con derecho de pernada y *prima nocte*, además, porque ya la vivísima de Octavia estaba describiéndolo como galgo, ruso...<sup>641</sup>

Y ya en otra ocasión, Octavia casada ya, Turgueniev y Martín consiguen convivir, como amigos en el dolor, haciéndose cada cual sus concesiones. La anécdota a la que haré referencia es humorística en su totalidad; y resulta así por la inadecuación:

-Bimba y Turgueniev, Maximus...  
-No me digas que empieza otro cuento de hadas...  
-Es horrible, Maximus; resulta que Bimba...  
-Bimba qué, mi amor.  
-Resulta que Turgueniev *has fallen in love with her*.

---

<sup>636</sup> *Ibidem*, p.182.

<sup>637</sup> *Ibidem*, p.183.

<sup>638</sup> *Ibidem*, pp.182-183.

<sup>639</sup> *Ibidem*, p.183. La cursiva es mía.

<sup>640</sup> *Ibidem*, p.184.

<sup>641</sup> *Ibidem*, p.191.

-¿For ever?

-Es horrible, Maximus, gime, se desespera, y aúlla peor que un lobo...

-¿Peor que un *wolf*, no, mi amor?<sup>642</sup>

Hay en el texto una comparación implícita entre los dos protagonistas masculinos de la historia, Martín y Turgueniev, y sus respectivos amores por Bimba y Octavia. Y de aquí surge el humor, estamos equiparando dos situaciones que tienen un "cierto" tipo de conexión pero algo importante que las separa -lo que media entre el instinto y el raciocinio- poniéndolas las dos al mismo nivel, procedimiento que sirve tanto para la poesía como para el humor: una desencadenada emoción, y el otro risa.

Las dos historias se entremezclan desde el primer momento: "No me digas que empieza *otro cuento de hadas...*" El primero naturalmente ha sido el de Martín y Octavia (recordamos que las ramerías de Segovia titularon la historia de Martín, con gran visión, "el cuento de hadas más feo del mundo"). Después será la sofisticada Octavia la que emplea un eufemismo con pedigrí para hablar de la atracción puramente instintiva de Turgueniev, con lo que equipara el animal con el humano. En este caso, Martín se siente "aludido" y hace la pregunta capciosa: "¿For ever?"; para a continuación dar por supuesto -siempre irónicamente- que con Octavia se da esa feliz coincidencia, cuando nada hay más lejos de la realidad, a no ser que nos refiramos a ese amor idealizado, que realmente duró. Pero aquí no es ésa la cuestión. Y Martín, apropiándose de la ironía continúa con ella, no sólo otorgándole el "ever", sino "con ese tono elevado" de perfecto inglés de Oxford, el menos oportuno, como ya hemos dicho, para la ocasión:

(...)-Lo que yo les he propuesto, Maximus, en vista de que soy la que le ha causado el problema.

-¿Y qué es lo que le has propuesto, *exactly*, *my love for ever*?

-¡Maximus!<sup>643</sup>

Y ya Martín y Turgueniev juntos ante "el dolor":

...a las ocho en punto (...) a mí me descargaron nada menos que al gran Turgueniev, qué importaba que antes me hubiera querido matar a mordiscos. Ahora, cuan hermanos en el dolor, ya que eso éramos, cada cual con su cada cual, y el pobre sufriendo como un ser humano mientras yo sufría como un animal (...) Íbamos a convivir tres días con sus noches, en vista de que, por parte de Turgueniev, y en vista de que, por parte mía (...) Cerramos la puerta, Turgueniev y yo, y a las ocho y media en punto nos lanzamos como locos al teléfono porque la llamada era de Octavia y de Bimba (...) Y así lo hicimos saber, cada cual de una manera más lamentable que el otro, porque la verdad es que el pobre Turgueniev, que hasta por teléfono olfateaba jadeante y erecto a Bimba, andaba tan lánguido que más que ruso lo que estaba ahora era galgo de amor y no me dejaba escuchar a Octavia con sus gemidos.

-Estamos vivitos y coleando, Octavia.

-¡Dime algo alegre, por favor, Maximus!

-Turgueniev soy yo porque Madame Bobary era Flaubert, mi amor.

-¡Algo alegre, Maximus, por favor!<sup>644</sup>

El traspaso de cualidades continuará, mientras que el perro sufrirá como un ser humano, Martín lo hacía como un animal. Aquí se está empleando una frase establecida, en su sentido literal, y lo mismo podríamos decir de "estamo vivitos y coleando". Frase que se ha convertido en un cliché, aplicable a los humanos. Aquí resulta humorístico, al igual que la primera, porque hace referencia al primitivo sentido -podríamos decir que se ha recuperado el sentido original-, y en uno resulta real y en el otro resulta alusivo. Además comparten -Martín y el perro- otras actitudes, pero éstas ya "humanizadas": "cerramos la puerta, Turgueniev y yo", "nos lanzamos como locos..." o "cada cual de una manera más lamentable".

Después habrá discrepancias en los gustos que no en el tratamiento, que sigue siendo de tú a tú, como entre amigos:

---

<sup>642</sup> *Ibidem*, p.296.

<sup>643</sup> *Ibidem*, p.297.

<sup>644</sup> *Ibidem*, p.298.

Colgado el teléfono por ambas partes, hasta el día siguiente, el muy fresco de Turgueniev se instaló de frente en el diván de Octavia, y como ya había comido realmente no se me ocurría otra cosa que ofrecerle más que un buen trago de excelente whisky (...) Turgueniev me aclaró que no bebía, lo cual me hizo pensar que no era tan grande su pena y que muy pronto se olvidaría de la pobre Bimba, porque siempre he desconfiado profundamente de la gente que no bebe. Allá tú, le dije...<sup>645</sup>

Y todavía hay más perros en la vida de los protagonistas de las novelas del peruano. En *La últimas mudanza...* y entre "el zoo de los animales de compañía de Genoveva y Sebastián", hay un perro, también con pedigrí, burgués por lo menos, de nombre Ramos, pero con algo antipático en el porte. Y no es precisamente "entusiasmo" lo que despierta en Felipe Carrillo:

Ramos era un perrito tan enano y eléctrico como carísimo y alemán. Pero con toda su prosapia, con todo ese pasado de gloriosas peleas con enormes perros que terminaban siempre huyendo despavoridos, (...) Ramos decía, como que no llegaba a convencerme, caninamente hablando. Algo le fallaba, con todo lo pedigrí y alemán que era, y con todo lo que a mí me gustan los perros. A veces, incluso, tenía que concentrarme y repetirme que Ramos era un perro, para lograr acariciarlo y jugar con él como a mí me gusta hacerlo con cualquier perro.<sup>646</sup>

Y para terminar, lo he comentado por encima, el perro de Inés, felizmente casada, completa la simbología de la que Martín se hacía eco en los primeros tiempos de París, con el asunto de la "refrigeradora y el perro fino", que se hizo realidad en su sentido literal y simbólico -equiparable a "vida confortable"- en la nueva situación de Inés. Recordemos que la peruana odiaba los perros en su vida con Martín, y así lo comenta varias veces el protagonista: "Y pensaba también el odio tan enorme que Inés sentía por los perros, odiaba hasta los perros chinos sin posibilidad alguna de trampolín"<sup>647</sup>; que acabó en "Nueva Cabreada" (es el nombre que le da Martín a la mansión brasileña de Inés) "acariciando" un mastín de grandes proporciones.

### **3.1.7.4.-Otros objetos**

Por último, y sin tanta recurrencia, como gestos o tics de un mismo personaje, y a veces de algún otro, hay objetos que siguen cumpliendo un papel simbólico, o que pueden ser, sin más, preferencias reiteradas de los sujetos que pueblan las novelas y relatos de Bryce, con coincidencia en algún personaje que está ya en la mente de todos: Martín Romaña.

En el imaginario de Pedro Balbuena habrá algún objeto de estas características, que pasan un poco desapercibidos por la insistencia de *Malatesta* y su presencia constante. Todos están unidos al recuerdo de Sophie; y entre ellos el *Nebbiolo d'Alba* (un vino que trasciende la historia, y también pasa a ser preferencia del protagonista de "En ausencia de los dioses") y las maletas. El primero era el vino con el que brindaban por la felicidad -efímera en este caso-; y la maleta que además de su relación con Sophie, quizá pueda encontrarse otra simbología paralela a la de las corbatas (algo que define)

Las maletas tienen una historia detrás. Sophie se "escapa" de casa para hacer un viaje a Venecia con Pedro, y en su aturdimiento comete dos imprudencias sin más importancia: se lleva confundida la maleta de su padre, y en su precipitación mete la ropa de cualquier manera:

-Petrus, ayúdame a abrir esta maleta. Creo que es de mi papá. Estaba tan nerviosa antes de partir (...) Metí la cosas de cualquier manera. Debe estar todo hecho un desastre de arrugado.

-Ya está abierta, y por lo que veo, es una maleta milagrosa. La ropa se ha vuelto a planchar solita durante el viaje.<sup>648</sup>

Cuando Pedro vuelve a París a "enfrentarse con la ciudad de Sophie", como le dice a Virginia, le pide a

---

<sup>645</sup> Ibídem, p.299.

<sup>646</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., p.30.

<sup>647</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.201.

<sup>648</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, o p. cit., p.26.

la americana que venga con él y ella accede.

Las cosas no van demasiado bien en París, como ya ha quedado comentado, y cuando Virginia deshace su maleta, en un derecho perfectamente válido, Pedro piensa en la otra maleta, y cuando saca un whisky de ella lo relaciona con el *Nebbiolo d'Alba*. De la comparación Virginia sale muy disminuida y Pedro, con esta evocación, se pone a escribir con urgencia de desesperado:

Pedro continúa con los ojos fijos en la maleta, pero siente que es guerra avisada, que no es innoble intentar un futuro con Virginia. (...) Virginia terminó de abrir la maleta menos indicada, simple y llanamente la menos indicada, y fue extrayendo una por una toda clase de prenda de vestir en estado francamente lamentable.<sup>649</sup>

Y de nuevo en Cuernavaca, la maleta lo vuelve a alejar de Virginia, y le acerca a Sophie. Y Pedro necesitó toda su enjundia para pensar en una relación seria con la californiana:

Había dormido vestido y el terno tan arrugado que pensó meterlo un rato en la maleta verde a ver si se planchaba solito, tal como sucedía en el caso de (...) Al mismo tiempo iba descubriendo que a Virginia le tenía un miedo que no había conocido hasta entonces, y cuya primera manifestación fue la forma en que de golpe le aterró comprobar que su terno de hilo blanco estaba nuevamente tan impecable como si hubiese salido de una maleta de Sophie. Lo acusaba. Lo acusaba algo tan absurdo como su ropa.<sup>650</sup>

Martín Romaña es un verdadero acaparador de objetos simbólicos. Hemos hablado ya del sillón Voltaire, de la hondonada, del diván y de la bencina, unida indisolublemente al último objeto. Y tendremos que añadir el bolígrafo, regalo de Octavia, con el que el protagonista se prometió escribir los dos cuadernos: es un objeto significativo pero molesto, que se dio a conocer, sin tapujos, desde el primer momento. Martín intentó escribir, también simbólicamente, las primeras palabras con él, Octavia de Cádiz, y se negó en rotundo:

...(el paquete) pequeño era un finísimo bolígrafo de oro con el que inmediatamente traté de escribir Octavia de Cádiz sobre un trozo de papel, pero que fallaba y fallaba hasta que nos dio risa el chasco. Octavia se lo llevó para cambiarle de carga, porque sin duda alguna ésa tenía alguna falla, pero al día siguiente regresó con una nueva carga y volvió a fallar, a pesar de que lo había probado en la tienda (...) El maldito bolígrafo continuaba negándose a pasar de la palabra Octavia. Garabateábamos y garabateábamos, ella primero y yo en seguida, pero no bien lográbamos que escribiera algo, yo trataba de agregar de Cádiz y terminaba maldiciendo.<sup>651</sup>

Esta obstinación duró lo que el díptico, y fue motivo de grandes improprios en la prolongada navegación en el sillón Voltaire. Y tema y excusa, a veces, para traernos a la memoria, al unísono con Martín, la historia de Octavia de Cádiz:

¡Arre, bolígrafo! ¡No te me hagas el atracado ahora! ¡Suelta la verdad, nada más que la verdad!<sup>652</sup>

Sólo quiero contarles que estoy escribiendo con el mismo bolígrafo que primero se negaba y se negaba a escribir Octavia de Cádiz y después las cartas a mi madre y a mis mejores amigos, ya que hasta hoy sigue falla que te falla el condenado, a pesar de todas las cargas que le compro con sentimiento y resentimiento (...) Escribo con el mismo bolígrafo para hacerles justicia a la realidad y a la ficción, pues ambas me hicieron feliz (..) Escribo con el mismo bolígrafo para que sepan ustedes lo difícil y duro que aún hoy me resulta escribir sobre Octavia de Cádiz y sobre Octavia Marie Amélie (...) Y escribo con el mismo bolígrafo porque es desesperada la lucha de un hombre que tiene que recuperar el humor con una historia tan triste como esta.<sup>653</sup>

---

<sup>649</sup> *Ibíd.*, p.23.

<sup>650</sup> *Ibíd.*, pp.59-60.

<sup>651</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.64.

<sup>652</sup> *Ibíd.*, p.294.

<sup>653</sup> *Ibíd.*, p.67.



Y ya estamos notando que el bolígrafo es para Martín algo más que un símbolo-objeto: no es un interlocutor tan válido como *Malatesta*, pero en todo caso menos "respondón"; aunque hay algo negativo en él, que se traduce en esa tenacidad de no querer participar de lo que el cuaderno rojo se está diciendo, y se resiste. Y como a un muchacho díscolo hay que forzarlo: "¡Tengo las manos tan deshechas de apretar! Y mientras yo sigo con la mano derecha agotada de apretar. ¡Bolígrafo de mierda!"<sup>654</sup>

Ya había dicho que el desarraigo de este personaje -aparte del del exilio voluntario- es esa falta de adecuación al medio en que se desenvuelve, a ese estar por el mundo con valores de "otro tiempo". Y un ejemplo gráfico de esa actitud se muestra en detalles tan nimios como escribir con un bolígrafo que se niega a hacerlo, pero "palabra de caballero -así lo prometió- es palabra de caballero hasta el final".

Y diez años después continuará fiel a una promesa que no lleva a ningún fin práctico. Aptitud que será juzgada por la mayoría como un gesto de imbecilidad, algo comparado a lo del "costal", y si alguien pregunta el por qué...

Hay otros objetos, en la relación diaria con Octavia, y son los que se refieren a su indumentaria. Una es un pantalón negro, la chompa también negra y un gran sombrero, que tienen un gran valor simbólico, porque así la conoció; y así se vistió para él, Juliette Greco personal, en ese intento de adaptarse a la abstracción que suponía ser Octavia de Cádiz con tantos apellidos... Y tanto es así, que el día que la muchacha quiere "deslumbrar" al portero del edificio donde vive Martín y a Madame Forestier, para que no la creyeran "una muchacha cualquiera" porque "ando siempre vestida de negro, siempre metiendo bulla en la escalera (...) siempre en un carro que no vale un millón de dólares..."<sup>655</sup>, se viste de "ella misma", y aparece en casa del protagonista los días pares en el lujoso coche de Mario, y los impares en el de Jean Pierre:

Por fin, a las mil y quinientas, apareció por primera vez en la historia de mi calle y de mi vida, un automóvil que sólo podría describir de colección o de desfile de modas. Detúvose ante mi puerta (...) y de él bajó un muchacho también de colección y desfile de modas que, acto seguido, cruzó íntegra la calle, porque el auto era de ese ancho, y le abrió la puerta nada menos que a Octavia vestida por primera vez de la Bonté-Même. Fue horrible mi desilusión al verla en ese estado.<sup>656</sup>

Y con esta transformación, Octavia consigue su primera victoria: dejar *out* a Madame Forestier, siempre tan segura de sí misma frente a Martín, y al portero "que se inclinó lo más que pudo, a su edad":

-Mil gracias -dijo ella, haciendo mil reverencias, pésimamente mal hechas, bien hecho, porque en su vida había visto una cabeza coronada y viviente y mucho menos en casa de un tipo de cabeza reducida. Además, yo no hacía reverencias, yo era amigo de tamañas cabezotas.<sup>657</sup>

Y en la segunda, también vestida de Marie-Amélie consigue el mismo resultado con Madame Devin - otra irreconciliable de Martín - y su "chusquita" Dora, que no tiene color, comparada con el pedigrí de Turgueniev, galga ruso con marchamo:

Al día siguiente le toco a Jean Pierre con el mismo móvil pero de otra colección o de otro desfile de modas, en fin, yo no entiendo nada de automóviles. Y tampoco de trajes, porque Octavia apareció con uno que me gustaba mucho más que el de ayer pero muchísimo menos que su pantalón, su chompa, su bolsa y su sombrero negros.<sup>658</sup>

Pero Marie-Amélie se vuelve Octavia de Cádiz para Martín, en la segunda visita que le hace, ya de madrugada, con portero no sólo doblegado sino, además, correo del Zar:

Ahí estaban y no tuve tiempo de reaccionar porque cuando cerré mi ventana para siempre, Octavia vestía de luces con escote, y ahora resulta que vestía de negro para mi. ¿Es única o no?<sup>659</sup>

---

<sup>654</sup> *Ibidem*, p.150.

<sup>655</sup> *Ibidem*, p.173.

<sup>656</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.176.

<sup>657</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.180.

<sup>658</sup> *Ibidem*, p.182.

<sup>659</sup> *Ibidem*, p.190.

Después, casada Octavia, a Martín le obsesionó "el lugar" a donde habrían llegado el pantalón, la chompa...Y en "sueños" los ve en un basurero italiano:

Había, *como siempre que me asomaba*, un enorme basurero italiano (era italiano, siempre), y en el fondo un enorme sombrero negro, mi amor. ¿También mi pantalón y mi chompa, Martín? Todo (sic) arrugados debajo del sombrero, mi amor.<sup>660</sup>

Otro objeto simbólico de esta relación fue el pijama turquesa de Octavia, que al igual que "el pantalón negro..." fue la primera prenda de las noches de amor con Octavia. Y lo utilizó por primera vez en aquel viaje "azul" de Bruselas, en donde la muchacha logró la victoria, hasta frente al "fármaco", lo menos convertible de todo. Además, Martín tuvo el honor, esa primera noche, de transformar a Marie-Amélie, en la Octavia de Cádiz y de Bruselas:

Se odió mucho todavía cuando Octavia le dijo, soñando en voz alta, Martín, por favor, alcánzame el pijama turquesa que está al fondo de mi maleta. Y se había odiado como jamás se había odiado en la vida, cuando ella, con los ojos profundamente cerrados, le había pedido que se lo pusiera, por favor. Logró desnudar y contemplar a Octavia desnuda, como en un sueño dentro de una horrible pesadilla, y luego logró ponerle el pijama turquesa, como en una pesadilla dentro de un sueño maravilloso.<sup>661</sup>

Y cuando abandona Bruselas: "Llévate tú el pijama turquesa, colonnello. Quiero que se quede para siempre en tu casa".<sup>662</sup>Y ya en París, en estas visitas que acabo de comentar, en las que Octavia aparece en casa de Martín con "el carro carísimo" y su propietario, el pijama será "el santo y seña" que definirá posiciones ventajosas frente a los rivales (Mario y Jean Pierre eran dos de los tres pretendientes, con título, que Octavia rechazó por no saber elegir solo a uno -después forzada por las circunstancias elegirá a Eros-):

Octavia (...) me dio un beso volado anterior a la época de los besitos y besos volados, y procedió a sacar arrugadísimo de una cartera demasiado chiquita para ser tan cara, el pijama turquesa del santo y seña, que a veces se llevaba para que lo lavaran *chez* Christian Dior.<sup>663</sup>

Y ya en la casa, y tras la desaprobación de Mario por todos "los comprobantes de clase" negativos, por lo que se refiere al apartamento, Octavia vuelve a emplear el objeto-símbolo como gesto "de elección", con un primer aviso disimulado; y ante la contundencia de las críticas de "el del carrazo" pasando a la acción directa:

Eran las siete en punto de la noche, cuando él ya me había preguntado de qué vivía yo y Octavia le había respondido que me ganaba la vida con la noche, la luna y las estrellas (...) mientras con un trocito de papel color turquesa, símbolo del pijama, me hacía señales de amor y paz, por favor, sin que Mario le viera porque le estaba bastando con una miradita al departamento para llegar a la conclusión de que yo era el escritor más fracasado del mundo (...) Y la bestia de Octavia volvió a sacar íntegro el pijama turquesa de la carterita que la arrugaba. Nunca le adoré tanto, pero la verdad exageraba.<sup>664</sup>

Han pasado unos años, no hay apenas precisiones temporales en "el díptico" (salvo alguna con un significado muy concreto, también simbólico, como lo veinte años que han pasado desde la venida a Francia y su abandono, como ya he comentado); y ya Octavia se ha casado y ha fracasado en el matrimonio. En todo este tiempo las relaciones con Martín no han pasado, salvo algún conato de debilidad, de los "besitos volados". Y claro, el pijama turquesa pierde vigencia y no sabemos nada de él hasta el cruce por el Mediterráneo, esa invitación de Octavia que la ingenuidad de Martín (él diría su imbecilidad -es cuestión de matices-) interpreta como un definitivo encuentro con la de Cádiz. No es así, y hay un comentario al respecto muy aclarador, pero apenas sugerido.

---

<sup>660</sup> *Ibíd.*, pp.294-295.

<sup>661</sup> *Ibíd.*, p.111.

<sup>662</sup> *Ibíd.*, p.120.

<sup>663</sup> *Ibíd.*, p.176.

<sup>664</sup> *Ibíd.*, p.177.

Los días "a bordo" y cada escala a tierra prometían lo que la noche negaba. Y así cada noche:

...por favor Maximus dame un beso y regresa a tu cama. Y Maximus le decía pero por favor, Octavia, ¿entonces para qué has traído el pijama turquesa?, ¿qué significado tiene entonces que te lo pongas cada noche?, y Octavia sólo respondía esta hecho un harapo, Maximus, y Maximus se enfurecía parado entre las dos camas contemplando el cuerpo del delito o lo que fuera eso y exclamaba ¡no me vas a decir que con los seiscientos trajes que tienes ése es tu único pijama!, ¡qué es esto, dime que significa todo esto, Octavia!<sup>665</sup>

En realidad no es el pijama el que está hecho un harapo, sino lo que representa, porque ha dejado de ser el objeto simbólico de las noches de amor con Octavia de Cádiz, primero en Bruselas y después en el diván, para pasar a ser una prenda más, en mal uso, en el vestuario. Y Martín, siempre tan sagaz para estas cosas, no sabe captar ese detalle o quizás era la iracundia lo que se lo impedía, la misma que le hace exclamar "a menudo (...) antes de cerrarle las cortinas a la luna, dama de mierda..."<sup>666</sup>

Y las palabras proféticas de Leopoldo, el único miembro de la familia de Octavia que consiguió conocer Martín, resultarán premonitorias otra vez: "Terminarás quedándote con el símbolo del pijama, Martín"<sup>667</sup>. Y así fue.

Y siguiendo con la indumentaria, hay una anécdota en la relación de Martín a Inés que hay que añadir. Han decidido casarse, y el día en que el deseo se cumple, el protagonista decide poner en juego todos los elementos que auguren una relación feliz, y entre ellos está el terno gris que le ha dado suerte en otras ocasiones:

En vez de comprarme un terno nuevo, pensé inmediatamente en un viejo terno color plomo, con el que me había enfrentado a otros pasos importantes en la vida de un hombre. Lo había usado en Lima cuando me gradué en Letras y cunado me gradué de abogado. Las dos veces salí airoso y las dos veces sentí que el terno había tenido muchísimo que ver en el asunto. En la graduación de abogado, en todo caso, creo que me salvó la vida, porque la verdad es que yo de Derecho sabía lo que puede saber un terno plomo de Derecho más o menos. No podía fallarme en esta nueva ocasión, por tercera vez me traería suerte (...) Pero no fue así, y examinando las cosas, años más tarde, comprendí donde estuvo mi error, una graduación dura algunas horas, es cosa de un día. Mi matrimonio en cambio era para toda la vida, y por consiguiente, si yo deseaba que la suerte durara y durara, habría tenido que usar ese terno siempre...<sup>668</sup>

En realidad Inés fue una "destruidora" de símbolos, primero el costal, después la refrigeradora y el perro, el aeropuerto... pero quizás es que le exigimos demasiado a una muchacha que va pisando, con resolución, el suelo raso de las certidumbres.

Y será Octavia "no he visto nadie más distinto de Inés que Octavia" dice Martín (Octavia era una fetichista consumada en su relación con el peruano, y todos esos recuerdos podrían ser el deseo de que de esa relación tan imprecisa quedaran muescas para recordarlo) la que va fijando metas guardando en su gran bolso negro (recordemos que es el de Martín) primero aquel papelito con el nombre de Octavia de Cádiz con el bolígrafo que se negaba a concretizarlo, o aquella carta con el error del doctor Llobera que tanto les hizo reír con su despiste:

-Son las ocho repetí yo, mirando cómo guardaba la carta de José Luís en su bolso negro. Con Gary Cooper y el documento en que constaba su nombre, eran ya tres las cosas que guardaban para siempre. Con el tiempo fueron miles, como si a Octavia, de la felicidad, sólo le interesaran los recuerdos. Hoy la comprendo, claro. La comprendí desde el día en que dejé de verla para siempre, por un tiempo, y me encontré con el departamento repleto de pequeños objetos que ella me traía de sus andanzas por París (...) Están todos cubiertos de polvo, porque el polvo, según Octavia, es el terciopelo de la vida, aunque yo siempre pensé que sus cejas espesas y oscuras eran el terciopelo de mi vida.<sup>669</sup>

---

<sup>665</sup> Ibídem, p.344.

<sup>666</sup> Ibídem, p.344.

<sup>667</sup> Ibídem, p.179.

<sup>668</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, o p. cit., p.175.

<sup>669</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., p.84.

Y después será el vaquero que compró en una juguetería, tras ver una película que ellos titularon *Martín Romaña in Apachelandia*, quien se lo recordaba; o el afán con el que entró y miró en el cuartucho del hotel aquel de Bruselas:

...mientras Octavia, con una mezcla de ansiedad, ternura y optimismo realmente excesivos, empezaba a buscar algún objeto que pudiera servirle de recuerdo de nuestro maravilloso viaje a Bruselas.

-Ni busques -le dije, tratando de calmarla un poco y de guardar la calma-, no creo que haya nada en este hotel que valga la pena llevarse de recuerdo.

-¡Sí! -exclamó ella-. ¡Este cenicerito!<sup>670</sup>

Pero hay un objeto especial y carismático que tuvo su inicio, como regalo de bodas de Martín a Octavia que se casaba con Eros, y fue un neceser para que guardara esas cartas que Martín le fue escribiendo durante toda su larga relación. Y cuando Martín la visita en Milán y Octavia le enseña la casa:

Si, hubo algo que me llamó profundamente la atención hasta en la cocina y los tres baños que logré visitar (...) Dime por favor cual de los treinta o cuarenta necesers es el que yo te regalé por tu matrimonio. ¿Te acuerdas de que te regalé un neceser para que guardaras mis cartas de am, perdón, mis cartas de..., de..., en fin, corrígeme cuando me equivoco por respeto profundamente a tu alianza matrimonial (...) Pero, acuérdate, por favor que te regalé un neceser para...

-Maximus -me aclaró profundamente Octavia-: todo los neceseres que has visto, más otros tres que no tardan en llegarme, son el que tú me regalaste... Todos son mi regalo preferido porque desde que se llenó el primero decidí siempre comprar otro igual para seguir guardando y guardando tus cartas por orden de fecha y de hora de llegada (...) Y así fue como lloré por primera vez en Milán.<sup>671</sup>

### 3.2.- el espacio íntimo:

...ése fue el paisaje de mi viaje maravilloso. Algo lleno de amistad, colmado de cariño y de intuiciones. Lima-Cerro de Paso, pasando por el punto más alto del mundo en ferrocarril. Sobrenatural, realmente sobrenatural y sobrecogedor. Los andes cada vez más altos y silenciosos y los puentes cada vez más sobre los ríos como hilos de plata, allí abajo, como en el fondo del mundo. Puentes peligrosísimos, sin duda alguna, y túneles negros e interminables, pero yo siempre fijándome en don Pancho que me esperaba como la torre de Pisa en el andén de la estación y Sally ahí atrás, aprobándolo todo tan sonriente.<sup>672</sup>

Y hasta ahora el esfuerzo, tal vez baldío, ha sido acotar los espacios físicos *per se*, pero me temo que sin éxito, porque cada uno, inevitablemente, ha ido irradiando el aura de los personajes e impregnándose de ella; y ha sido tarea imposible "aseptizarlo" -además el resultado hubiera sido unos escasos apuntes de geografía física y social- sin que supiera muy bien por qué, aunque intuyéndolo. El secreto ha quedado oculto, asomándose insinuador a veces, hasta éste ahora penúltimo libro de Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*.

Así este apartado del espacio íntimo es una prolongación de ese otro que hasta aquí hemos estado viendo, ampliándolo en los aspectos que han podido "salvarse" de esa contaminación latente.

#### 3.2.1.- El hecho de la escritura:

Muchos de los personajes de las novelas de Bryce son escritores "en ciernes". Algunos como Manolo

---

<sup>670</sup> *Ibidem*, p.99.

<sup>671</sup> *Ibidem*, pp.308-309.

<sup>672</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, o p. cit., p.96.

de *Huerto cerrado* y Santiago de *Dos señoras conversan* hacen sus primeras tentativas en las páginas de un "diario" (método que en cuanto a contenido puede equipararse al monólogo interior. Ambos son manifestaciones "del alma" -aunque el hecho de la escritura ya supone una intención de orden, o por lo menos de clarificación, que el monólogo no posee, pero éste es ya un aspecto formal-) siendo adolescentes. Estas notas sirven, en el caso de Manolo, para "eternizar" una primera experiencia amorosa, y en el de Santiago, para recordar hechos ya muy lejanos, sirviendo, además, de nexo de unión entre Santiago y Raúl.

Hay otros personajes en los que el hecho de la escritura -de una historia concreta, en el caso de Felipe Carrillo de *La última mudanza...*- viene empujada por "el odio" al personaje. Es la otra opción a aquella exclamación de Felipe: "lo mataría..." o "lo estrangulo..." con más posibilidades de éxito a largo plazo. Unido a otro motivo de diferente índole, aquel de odio y este de amor hacia Eusebia, porque como apunta la cita de Lawrence Durrell, en el epígrafe inicial de la novela: *There is only... or turn her into literature*. Y a Felipe Carrillo ya no le queda más que la última acción que es la que adopta; trasformarla en literatura, que es una forma de olvido y de recordatorio. Un poco como hacer perdurar un recuerdo que se va desdibujando, pese al interés por retenerlo:

Te amé, te sufrí, y ahora te escribo, Eusebia, ahorita me arranco con todita tu historia. Eusebia, para lo cual, qué pesadilla, tendré que empezar desde aquel estúpido asunto de Genoveva y su hijo, te acuerdas.<sup>673</sup>

Pero a pesar de que Felipe, con y sin Carrillo da igual, deja constancia de su "profesión" dentro de la historia en la que le corresponde ser personaje, arquitecto, e incluso divaga sobre sus proyecciones y proyectos como tal<sup>674</sup>, el hecho de la escritura de la historia que estamos leyendo, contada por él mismo, le preocupa, no ya a nivel temático sino formal, como si fuera en la ficción un escritor "profesional", con los problemas comunes a todos los escritores, y no como "un aficionado", que es lo que se proclama. Incluso el hecho de dirigirse al lector, con insistencia, es un gesto más, entre otros, de su *savoir faire*. Además, parte de la escritura la dedica a "teorizar" sobre el hecho; preocupación, también un poco lejana, para el que sólo pretende desahogarse: "Y basta de alaracas teóricas sobre la ausencia del primer capítulo. En definitiva, si no lo cuento es porque me metería en terrenos que no son de esta historia..."<sup>675</sup>, o como cuando habla de *Rayuela* y sus capítulos prescindibles o imprescindibles.

Además de estos "escribidores", hay otros contadores de historias, como son el narrador de "Magdalena Peruana", que escribe una historia contada por su abuelo, o como el protagonista de "Antes de la cita de los Linares", que mientras espera a los amigos va escribiendo el relato que nosotros vamos leyendo.

Y por último, voy a referirme a los personajes protagonistas que arrastran con ellos el hecho de ser escritores, como "modelo de vida", y el no lograrlo les supone una frustración continua, que es lo que le pasa a Pedro de *Tantas veces...*, como se nos dice desde la primera página:

Lo de profesión escritor era ya casi una vergüenza pública. Mil años hacía que le habían expedido ese pasaporte, mil años desde aquella oficina donde el declaraba sí, señor, profesión escritor, y ahí en el aeropuerto esa mañana continuaba tan inédito, y tan sin algo inédito siquiera, como la tarde en que decidió escribir una novela en la cual, entre otras cosas por ejemplo...<sup>676</sup>

Así en la primera escena de la novela ha quedado dicho que a los cuarenta años es un escritor fracasado, y se siente como tal, aunque, a veces, tenga "crisis de optimismo" que le hacen recuperar el ánimo (sobre todo cuando conoce alguna mujer y ve el futuro con ella). Después sabremos que parte del fracaso como escritor lo achaca a que fue "sacado a la fuerza" de su propia historia, y se quedó sin "material" y sin "personaje", pero en estos momentos en alza, aún cree que podrá recuperarse para la posteridad, y así se lo dice a Virginia:

---

<sup>673</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., p.215.

<sup>674</sup> Hay un metatexto, dentro de la novela, de una revista especializada *La revue psychanalytique* "no importa si existe o no", en la que se trata de probar, por todos los medios, el edipismo de Felipe. Pero no es esto de lo que quería hablar, sino de que este texto tendría la misma lectura si cambiáramos arquitecto por escritor. Y lo comento a propósito de esa escritura "espontánea" del personaje.

<sup>675</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, o p. cit., p.45.

<sup>676</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., pp.11-12.

Durante los últimos años he sido un personaje. El personaje de una historia maravillosa que nunca recuperaré y que tal vez nunca lograré escribir porque de pronto fui expulsado de ella, de mi propia historia, y me quedé sin todo lo que faltaba... Que era mucho... (...) Y sin embargo quiero escribir, Virginia...<sup>677</sup>

pero estos eran días de Berkeley y todo era como el ambiente, claro y simplista. Y esta escena era anterior a la primera en la que el personaje se ve fracasado como escritor. Y en París tiene que ser Virginia la que le recupere de su estado depresivo, estimulando su valía:

...que conste que estás besando a un farsante. A un tipo que vive haciéndole creer a todo el mundo que es escritor (...) no quiero morir en la casa de Racine y sin haber escrito un línea (...)

-Nunca he visto a nadie más escritor que tú. Te pasas la vida escribiendo.

-Tu fe moverá montañas Virginia.<sup>678</sup>

Y será Virginia la que le empuje a escribir, pero no por las razones que a ella le hubieran gustado, sino por el rechazo de lo que rodea a Virginia, y su consiguiente comparación menoscabante, respecto a Sophie:

...todo o casi todo podía deberse a cosas como que la maleta de Virginia nada tenía que ver con lo que él necesitaba para poder continuar redactando su vida con el mismo talento que la había vivido tiempo atrás (...) No bien Virginia terminó de abrir la maleta menos indicada, simple y llanamente la menos indicada...<sup>679</sup>

Y por eso se pone a escribir, pero sobre Sophie, la verdadera heroína de esa historia maravillosa e idealizada. Y acabará un capítulo que queda incluido en el texto. Después habrán otros conatos de escritura, y los tendrá cuando necesite encontrarse bien o transmitir bienestar. Y así con Claudine, añade un nuevo capítulo, y otro con Beatrice, pero con ésta ya hay un intento de olvido de Sophie, que fracasará y también por ella.

Al protagonista de *Tantas veces...* el hecho de escribir le lleva a olvidarse, en ocasiones, el mundo circundante (vive, pues, las historias que cuenta como si de su propia historia se tratara):

Pedro llevaba largo rato sin escribir ni una sola palabra y Virginia llevaba demasiado rato ya escuchándole decir tres meses, cinco días, y las últimas cuatro horas que fueron atroces. Decidí intervenir (...)

-¿Qué pasa, Virginia?

-¡Cómo que qué pasa! Hace como una hora que terminé de colgar mi ropa y de prepararte el famoso arroz a la peruana que me ibas a dictar. Hasta he comido sentada en tus narices y ni cuenta te has dado.<sup>680</sup>

*La vida exagerada...* se presenta fundamentalmente como "una aventura de escritura", cierto que tratará de... pero lo que se nos está dando y mostrando en el "díptico" es el esfuerzo de llevar los recuerdos y canalizarlos a través del libro. Es en principio una forma de "terapia" que le impone el mago Charamamá: "... sobre todo no permanecer sin escribir, la cosa está en escribir y en escribirlo..."<sup>681</sup>. Después serán constantes las reflexiones sobre el acto, que a veces le resulta doloroso y otras le hace desternillarse de risa. Así es Martín Romaña quien culmina los escarceos literarios de Pedro, escribiendo su propia exagerada historia, en dos tomos, con los que, de hecho, se hace escritor, y cumple su verdadero deseo y entre lo que nos cuenta, entre otras muchísimas cosas, será el fracaso de no serlo hasta ese momento, mientras que el escritor Bryce Echenique, un

<sup>677</sup> Ibídem, p.19.

<sup>678</sup> Ibídem, p.21.

<sup>679</sup> Ibídem, p.23.

<sup>680</sup> Ibídem, p.28.

<sup>681</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.17.

compatriota "con pocas luces" ha conseguido publicar *Un mundo...* y alguna "otra cosilla", e incluso un anécdota personal de Martín Romaña (en este caso "el personaje" ha prestado material al escritor):

Un día le conté esta historia al escritor Bryce Echenique y a él le interesó. Se la regalé, en vista de que yo había dejado de escribir, y tiempo después la convirtió en un cuento titulado precisamente *¡Al agua patos!*.<sup>682</sup>

Bien, pero ahora no es de Bryce, ni de sus "éxitos" de escritor de quien estoy hablando, sino de Martín y su escritura.

Volviendo al personaje y a su periplo, el protagonista es un peruano de buena familia, que viene a Europa a licenciarse en la Sorbona, y a hacerse escritor. Tras un primer contacto depresivo-adaptador, en que nada es "como se lo contaron", Martín decide poner "en orden su vida", o por lo menos adecuarla a lo que él quiere que sea; y en París le estaba resultando imposible. Se va a Perugia y escribe su primer libro de cuentos, que como recordamos le fue robado a su vuelta a París.

Su segunda "intentona" como escritor la hará "pagado por la revolución", en la que sólo creía "a medias" y mucho menos como teorizante; pero se vio obligado por las circunstancias, y por estar, nuevamente, a la "altura" de lo que de él quería Inés. La escritura de este texto sobre "los sindicatos pesqueros" le creó más problemas que ventajas -él pensaba que se traicionaba escribiendo sobre algo en que no creía-, y eso que metió en su novela, como personajes, a todos sus amigos "del rincón cerca del cielo", en ese intento de que "algo", por lo menos, pareciera "vivo":

... Mi novela sobre los sindicatos pesqueros avanzaba hasta alarmarme, porque escribiendo tanto cada día era posible que de pronto me quedara sin tema, y yo en el fondo deseaba que fuera una enorme novela por entregas, para no tener que entregarla nunca. Temía que me causara problemas con el Grupo, y con Inés dentro y fuera del Grupo, si metía las cuatro burguesamente, por ejemplo, y por ello deseaba escribirla el resto de mi vida, la verdad es que deseaba casarme escribiéndola, tener hijos escribiéndola, ser abuelo escribiéndola...<sup>683</sup>

Después las páginas escritas las tenía que someter a sus varios e incompetentes críticos, a Inés y al Grupo, a los que únicamente les preocupaba que "los pescadores" tuvieran éxitos sindicales (como si se pudieran transferir), sin importarles de que forma lo lograban (me refiero al hecho de la escritura). De cualquier forma, en alguna concreta ocasión, la literatura -esta literatura- (que todavía guarda cuando escribe "el cuaderno azul", más que nada como recuerdo evocador de los personajes "del techo") le sirve como tapadera de sus contradicciones "burguesas".

No es la única vez que Martín se ve envuelto en una escritura no deseada y la segunda vez lo hará por motivos mucho más prosaicos y menos comprometedores: escritor de guías turísticas a las órdenes del Gran Lalo, por falta de pecunio. Su gran amigo tendrá la gentileza de evitarle la vergüenza pública de ver convertido su nombre en autor de guías no demasiado "informativas", además:

Mierda, por segunda vez en mi vida me mandaban escribir libros por encargo. Y nada menos que Gran Lalo, mi amigo, mi compadre, mi hermano, se encargaba de someterme a esa tortura. Mis obras completas se reducirían a un libro sobre sindicatos pesqueros, escrito por amor a Inés, y a unas cuantas guías turísticas, escritas por amor a Octavia de Cádiz.<sup>684</sup>

Lo que pareció una solución de urgencia para salvar el bache económico, dejado por la falta de cheques de su madre, se convirtió, con los años, en su *modus vivendi* cuando se trasladó a vivir al Perú. Y tanto y tanto escribió que cambió el apodo de "el hombre que hablaba", por el de "Pedrito Camacho":

Guía tras guía no paro. Una tras otra salen a la venta y se agotan las guías de Maximus Solre. Han pasado diez años desde que entré, no de humilde, sino de humillado empleado. Pero Gran Lalo me visita todos los años y me asegura que mis cuadernos rojo y azul valen la pena. Siempre le digo que me

---

<sup>682</sup> *Ibidem*, p.290.

<sup>683</sup> *Ibidem*, p.147.

<sup>684</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.292.

los siga guardando.<sup>685</sup>

Y estos han sido los fracasos de escritor que cuenta en el cuaderno azul, haciéndolos materia novelable "al fin", en ese "hoy" en el que se nos van narrando aquellos y otros recuerdos.

A este acto de escritura "en serio" le llevaron varios motivos, primero su crisis positiva:

Mi nombre es Martín Romaña y ésta es la historia de mi crisis positiva. Y la historia también de mi cuaderno azul (...) y que lo que intento es llevar a cabo, con modestia aparte, con mucha ilusión y justicia distributiva, un esforzado ejercicio de interpretación, entendimiento y cariño multidireccional, del tipo *a ver qué ha pasado aquí...*<sup>686</sup>

Después "cumplir" con el deseo de Octavia -con efecto retardado- que siempre le empujó a hacerse escritor. E incluso cuando no había asoma de obra escrita, ella siempre le presentó a sus amigos como escritor, primero a Mario: "Octavia le había respondido que me ganaba la vida con la noche (...) y mis primeros libros sobre la noche, la luna y las estrellas..."<sup>687</sup> Y después a los invitados de Eros:

El odio seguía siendo mortal cuando N. me preguntó quién era.

-García Márquez -le respondió Octavia, ante el asombro de Eros.

-¿Y quién es García Márquez? -preguntó N.

-El autor de *Cien años de soledad* -le respondieron en coro los artistas e intelectuales, desde la margen izquierda, agregándole odio a la hoguera.

-¿Y qué es *Cien años de soledad*? -Un cuadro de Picasso y basta -trató de callarlo Octavia(...)

-Total que sigo sin saber quién es García Márquez.

-García Márquez es un escritor que va a ganar el premio Nobel en 1992 y por favor ya basta.

-Octavia -intevine-, te estás corriendo demasiados riesgos con lo del Nóbel.

-¡Maximus!-exclamó Octavia-, ¡estoy segura de que lo ganarás!

-O sea, señor Maximus García Márquez, que es usted uno de esos revolucionarios que también son escritores y latinoamericanos y además latinoamericanos.

-Usted lo ha dicho, señor.<sup>688</sup>

Y fue Octavia la que le regaló "el cuaderno azul" para que "lo llenara de ella", o de lo que él quisiera.

Así Octavia, a diferencia de Inés, le estimuló en todos los sentidos, dándole fama antes de que la tuviera, regalándole el cuaderno y "el bolígrafo que se le resistía", y también el tema para el "segundo cuaderno". Además contribuyó a matizar algunas escenas que a Martín se le escapaban. Pero en el momento de la escritura lo impulsaron las tres cartas que le llegaron ese 7 de junio de 1978, y su decisión de ignorar las tres, a pesar de las tentadoras ofertas -perspectivas de viaje- de sus tres amigos (ya sabemos que el viaje era para Martín una forma de huida, de no enfrentarse a la realidad). Y le ayudó también el mago Charamama que nunca le había defraudado y Merceditas -que ya había muerto- colaboró en lo que pudo:

...El cuaderno azul, su cuaderno, inmediatamente, Martín Romaña.

-Sí, Charamama -le digo, desgarrando tres cartas en un sillón.

---

<sup>685</sup> *Ibidem*, p.256.

<sup>686</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.13.

<sup>687</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.177.

<sup>688</sup> *Ibidem*, pp.326-327.



Nos conmovemos, Charamama y yo nos conmovemos más todavía. Ya suenan los violines y las trompetas del mariachi, ya se escucha aquella canción, el cuaderno azul es la propia Merceditas quien me lo alcanza, tras haberlo inaugurado: No te hice conocer a todos esos autores para que te perdieras en la vida, Martín Romaña...<sup>689</sup>

Y desde este momento nos adentramos en la vida de Martín Romaña, con las reflexiones acotadoras sobre el acto de escribir, que pertenecen al "ahora", y los retoques y epílogo que escribe en el mecenazgo. De su publicación se encargó Octavia Marie Amélie, condesa de Fabiani, según consta en "Una carta de Martín Romaña" (éste será el segundo personaje que trasciende la historia, y pase a otro relato, el otro es "Florence" de "Florence y nós tres" y "El breve retorno de Florence este otoño"):

...Sí, como es de todos sabido, los manuscritos vieron la luz debido a la benevolencia de Octavia de Cádiz (las ediciones en varias lenguas de ambos libros fueron costeadas por Octavia como homenaje póstumo a quien ella consideró "el único artista artístico")...<sup>690</sup>

La escritura de los cuadernos supuso para el protagonista un montón de cosas remarcables. En primer lugar le hizo escritor, su sueño desde que llegó a París, hace tantos años que no podían contarse. También le supuso esa recuperación del tiempo pasado, que sólo lo logra el viaje al recuerdo, en esta navegación mucho más descansada, recorriendo los meandros de la memoria, y, además, sin tantos riesgos; porque el primer recorrido, ese pasearse por medio mundo el Norte o el Sur; en barco, en avión, y por los afectos, no le causó, la mayoría de las veces, más que desencanto y alguna satisfacción:

...Insisto en navegar en un mare mágnam de recuerdos, y esta tarde me está resultando muchísimo más fácil que años atrás, cuando escribí aquel único cuento, entrar por la puerta ya ni triste ni alegre de aquel camino increíblemente desconocido y recorrerlo a fondo, sin temor a sacarme el alma de nuevo contra una tonelada de piedras del camino...<sup>691</sup>

Y también le supuso una catarsis y una recuperación de ese humor -su tono es siempre humorístico-, que antes le había dado "tanto juego": "...y que se me perdone el andarme divirtiendo a ratos, pero esta escritura en mi cuaderno azul me devuelve la vida por momentos, y ya habrán notado que también por momentos me hace matarme de risa..."<sup>692</sup>. Y así como Octavia le enseñó a reír nuevamente tras la ruptura con Inés, también hoy que recuerda la alegría de Octavia vuelve a recuperar la risa:

...Me enseñó a reír nuevamente. Y así, hoy, como si la literatura tuviera mucha, muchísima relación con la coquetería (...) no logro evitar tampoco que todo aquello que viví, primero, y le conté, después, calificándolo de indignidad y esclavitud, se acerca a mi Voltaire transformado ya en algo sumamente divertido. Gracias, Octavia. Gracias, cuaderno azul, gracias a los dos.<sup>693</sup>

Aunque hay otras ocasiones en que ni la distancia, ni la recuperación del humor, consiguen borrar la huella que ciertos acontecimientos produjeron en el protagonista. Entre ellos el recuerdo de la familia de Octavia que siempre se opuso, "con todos los medios", a la relación: "Todavía descargo bilis, carajo, ¡qué tiempos aquellos!"<sup>694</sup>; o cuando piensa en Inés, en relación al Grupo, el día que con "malas artes" intentaron tirar desde la terraza de Martín aquel globo problemático:

-Mintiendo no es la palabra, Martín.

Ésa, mi querido cuaderno azul, ésa que acaba de hablar era NADA MENOS QUE INÉS, la misma Inés de la hondonada, la luz de donde el sol la toma. LA TOMABA. Andábamos con mayo de 1968 ad puertas (...) Detengámonos, un instante más, oh querido cuaderno, en el fin de la hondonada, no en el fondo sino en el fin de la hondonada: Inés tiene en las manos un azafate con tazas de café y copas de vino. MINTIENDO NO ES LA PALABRA, MARTÍN. Y no nos detengamos ya más, porque a lo mejor el recuerdo se precisa hasta la exactitud y terminamos escuchando, por tercera vez, la misma

<sup>689</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., pp.17-18.

<sup>690</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, op. cit., p.63.

<sup>691</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.198.

<sup>692</sup> *Ibidem*, p.260.

<sup>693</sup> *Ibidem*, p.482.

<sup>694</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.298.

voz, la misma frase, MINTIENDO NO ES LA PALABRA (...) Es cosa sabida que sólo después empiezan a doler.<sup>695</sup>

Y Bryce, su creador, se inclina a pensar en esta segunda postura, por lo que hace referencia a *El hombre que hablaba de Octavia* que no a *La vida exagerada...*, y así para Martín escribir *El hombre que hablaba...* le supuso un acto doloroso, y no:

...una liberación porque el pasado vuelve a pasar en su vida como un presente feroz. Y hay constantes alusiones, por ejemplo, a un beso que le dio Octavia en la mano, que todavía sangra; y dice también: si vuelvo a llorar en Milán no me crean, es que estoy llorando ahora mientras escribo. Entonces, es realmente el fracaso del exorcismo.<sup>696</sup>

Y por último la escritura es un acto de cualquier tipo "menos de olvido", porque ¡qué máquina de recordar es su autor! Y es un homenaje último a Octavia de Cádiz, por lo mucho que hizo por él, y de este hecho deja constancia en repetidas ocasiones:

Claro, y ahora que me toca escribir lo que sigue quién sabe por dónde andarás, Octavia dorada. ¡Por qué demonios no estás ahora aquí para defenderme!, para gritar ¡no, no y no!, cuando digan eso sí que fue ya cobardía de tu parte, Martín Romaña, ¡por qué mierda no estás aquí ahora para explicarles, con gritos plagados de la más enorme y desarmante coquetería, que estaba muy enfermo (...) que navegaba ya a la deriva por un mundo plagado de monstruosas fobias, mas aquella tristeza sin límites!<sup>697</sup>

A pesar de que el cuaderno azul está dedicado al recuerdo de Inés, existen interferencias recordatorias de Octavia, a cada paso. Pero "el cuaderno rojo" pertenece a Octavia íntegramente y así lo hace saber desde su inauguración:

Y ahora sí ha quedado bien abierto este cuaderno rojo de navegación. Y a navegar se dijo (...) No presiento ya, sino que sé y siento muy bien lo que voy a escribir en él (...) Lo hago por ti y para ti, Octavia y para que quede un testimonio de que, en efecto, como tú bien lo decías, jamás se sabrá cual de los dos habría ganado una apuesta en la que el triunfador hubiera sido aquél que tuvo la peor suerte.<sup>698</sup>

Y buscando entre páginas, sin intención, y siempre referido a la escritura, he encontrado lo que voy a llamar un "desliz" del escritor (el pez muere por la boca) empírico, que pone, precisamente, en "boca" de Martín Romaña, asumiendo de esta manera los dos un mismo rol. Y es con motivo de la pérdida de fluidez en el castellano de Octavia, influida por su estancia en Italia, de lo que el protagonista se lamenta: "Empezabas a olvidarte de mi idioma... ¿Podrás leer un libro mío, hoy, tú que tanto me empujastes a escribir?"<sup>699</sup>. Martín Romaña, en esa época, seguía inédito, mientras que Bryce Echenique llevaba sobre sus espaldas casi la mitad de su obra. Y este hecho implica también a Octavia, en ese juego de espejos y guiños entre líneas, pero explícito en las dedicatorias:

...y a ti, nuevamente, Sylvie, porque hemos ejercido siempre el derecho de amar y sufrir como nos viene en gana, por nuestro reencuentro, tan Lafaye de Micheaux, da Stanley Tomshinsky, y porque en la pintura, sólo nosotros lo sabemos, el siglo empieza con Kandisky y termina con Tomshinsky.<sup>700</sup>

Hay que matizar, no obstante, que en "el segundo libro de navegación", Martín ha conseguido cierto impulso, hasta el punto de considerarse "casi" escritor profesional:

...Todos los escritores, me imagino, presienten al menos cuál será el tema del libro que van a escribir. Y permítaseme, por favor, considerarme ya miembro del gremio éste de la fatídica soledad

<sup>695</sup> Alfredo Bryce Echenique, Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., pp.300-301.

<sup>696</sup> Julio Ortega, "Alfredo Bryce Echenique: La vida es literatura", *Quimera*, N° 56, p.21.

<sup>697</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.488.

<sup>698</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.25.

<sup>699</sup> *Ibidem*, p.153.

<sup>700</sup> *Ibidem*, p.9.

ante la página en blanco...<sup>701</sup>

Y por otra parte, y ya como la parte "triste de la escritura", se da cuenta que "escribir me ha servido para estar con Octavia, no para que regrese"<sup>702</sup>.

### **3.2.1.1.-El recuerdo como materia novelable**

La mayor parte de la narrativa de Bryce toma el material que la constituye del desván del recuerdo, y en algún caso, como en "el díptico", es el recuerdo de lo que le contó a Octavia, que "le escuchaba muy atentamente" como dice el encabezamiento de dos de los tres apartados del cuaderno azul, que corresponde, como sabemos, a *La vida exagerada...*

El "cuaderno rojo" que será *El hombre que hablaba...* cuenta la historia de Octavia, sin intermediarios, porque Octavia no podía "completar" su propia historia que estaba por escribir.

Hablar de recuerdos como materia novelable nos lleva sin darnos cuenta a Proust, artífice mayor de tanto tiempo recuperado. Y hablando de Bryce, creo que hasta estaría justificado, aunque sólo fuera por la anécdota. Sabemos del deseo de la madre del escritor de tener un Proust en la familia, y también de la educación francesa de su madre quién le dio a conocer sus lecturas, que consistían, casi exclusivamente, en Proust. Y también de Merceditas, su profesora de "casi todo" pero incidiendo en lo galo. Además Bryce nació:

En Lima el día de San Marcelo, (...) me bautizaron Alfredo Marcelo en la Iglesia de San Marcelo y estubo a cargo del reverendo padre español de la familia, Marcelo Serrano...<sup>703</sup>

Así que estaba destinado, caso de ser escritor, a seguir esos pasos, y así fue en cierta medida, en su concepción del tiempo:

(Bryce) recoge sólo en parte el legado del autor de *La búsqueda del tiempo perdido*. Lo que se acepta es la concepción general del tiempo que se desprende insistentemente de la narración Proustiana; esto es que 'el tiempo de que disponemos es elástico'; las pasiones que sentimos lo expanden, las que inspiramos, (...) y el hábito llena el resto, que es como se presenta en uno de muchos momentos de la monumental obra de Proust. Expandir el tiempo y luego detenerlo, y llenar este momento así creado con las ansias no realizadas. Es lo que Pedro Balbuena en *Tantas veces Pedro* y Martín Romaña en *La vida exagerada...* están tratando de hacer.<sup>704</sup>

En el caso de Marcel Proust el aroma de una magdalena mojada en una infusión hace que los recuerdos olvidados, en forma de nostalgia, lleguen. En el caso de la "Magdalena peruana", como humorísticamente reza el título de ese libro de relatos, es una ventosidad tras una copiosa comida peruana en Madrid, la que hace al protagonista recordar esas comidas del Perú abandonado tanto tiempo -por nada. y adonde retorna tras la experiencia.

Pero dejando esta broma aparte, me gustaría indagar en el mecanismo por el que se llega al recuerdo en la narrativa de nuestro escritor, pero primero voy a hacer una precisión que llega de "puño y letra de Bryce", acerca del recuerdo y de la nostalgia y de aquí haré la comparación ulterior:

Recordar es algo que depende siempre de la voluntad (...) La nostalgia en cambio, contiene la maravilla de ser totalmente ajena (...) Todos somos nostálgicos sin darnos cuenta, pero los verdaderos nostálgicos son aquellos capaces de darse cuenta de lo que está ocurriendo. Ellos son los que, de golpe, saben que el pasado se les ha metido dentro del alma convirtiéndolo todo en presente, y hasta determinando su futuro. Y esto, porque la nostalgia es un recuerdo que no se acabó...<sup>705</sup>

---

<sup>701</sup> *Ibíd*em, p.17.

<sup>702</sup> *Ibíd*em, p.35.

<sup>703</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Algo sobre mi vida", *Jano*, M arzo de 1988, p.123.

<sup>704</sup> Luís Eyzaguirre, "Alfredo Bryce Echenique o la reconquista del tiempo", *Revista de Crítica Literaria*, V ol. 11, Núm. 21-22, 1985, p.17.

<sup>705</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Terrible y maravillosa nostalgia", *Jano*, J ulio de 1988, p.77.

Así Bryce da diferente matiz a los recuerdos provocados por la voluntad, simplemente, o por la nostalgia, incidiendo en su carácter espontáneo y de su condición de recuerdo mal vivido o sin concluir. Vistas así las cosas el díptico ¿es fruto del recuerdo o de la nostalgia? Quizás tras estas anotaciones, casi todo el cuaderno azul sería fruto del deseo consciente de recordar y las acotaciones sobre Octavia, aparecidas en el cuaderno azul, y las de *El hombre que hablaba...* serían de la nostalgia. Y así quedaría insinuado en la primera página de *La vida exagerada...* en donde un narrador-autor precisa sus intenciones: "Un esforzado ejercicio de interpretación y entendimiento y cariño multidireccional"<sup>706</sup>. Es decir "un esfuerzo intelectual" que supone una voluntad que la nostalgia no posee, dada su espontaneidad, aunque, claro, lo que leemos es la segunda versión de los hechos (me refiero a *La vida exagerada...*), es decir su simple transcripción, y en su momento cuando se lo contaba a Octavia, probablemente, fueron nostalgia. Y así lo dice Martín, las pocas veces que menciona a Inés "en el cuaderno rojo":

    Mi esposa se fue para siempre y qué importancia tenía entonces que en lo más hondo de mí continuaran vibrando los viejos recuerdos, ya ni buenos ni malos, sólo tiernos recuerdos de una muchacha que estornua en Brasil y yo sueño que ha estornudado en París.<sup>707</sup>

Y volviendo a "La Magdalena" y a las "sensaciones", Martín Romaña es sobre todo -ya lo vimos al hablar de los objetos- un fetichista y son los objetos la principal fuente evocadora. En el recuerdo de Inés "la hondonada" que se lleva en el traslado de apartamento, y que clausurará, con Octavia, toda una zona. Y aunque no hay menciones concretas, conociendo al personaje podemos asegurarle un carácter evocador.

En "el cuaderno rojo" la proximidad de Octavia se intenta lograr, multiplicando sensaciones. Y aunque hay un deseo de orden y aclaración de tipo "a ver que ha pasado aquí", Octavia sigue marcando, aun en el recuerdo, sus mismos impulsos, y todos los sentidos se le preparan para recibirla:

    ...Y cuántas veces nos amamos con desesperación y con ese maravilloso olor a bencina. Hoy me sirve para escribir, sobre todo cuando al bolígrafo le da por fallar demasiado. Otros escritores recurren al alcohol o a las drogas. Yo abro mi frasco e inhalo en cuerpo y alma a Octavia de Cádiz. Inhalo su voz, su risa, su ternura, sus penas, un montón de bencina, en fin, y no saben hasta qué punto inhalo los ojos más bellos que he visto en mi vida...<sup>708</sup>

un olor; pero también un disco evocador:

    ¡Pobre de mí! (un disco de Bola de Nieve en el tocadiscos. Sillón Voltaire, diez años más tarde. Perduración plena, en plena perduración, mientras Bola sigue: ¡Tengo las manos tan desechas de apretar! (...)) ¡cierra el paréntesis y cierra el cuaderno por hoy!) (...) se cansa Bola de Nieve en el tocadiscos, descansa mi mano derecha, pero en cambio se aviva el seso tan despierto y contempla cómo ya desde hoy, mañana será un día exacto al que murió hace diez años...<sup>709</sup>

Esta segunda parte de la cita, que en teoría "no está", Martín ha cerrado su cuaderno para evocar, sin distracciones, a Octavia el día que se casó hace "mañana diez años"; y el mismo disco de entonces le hace recordar con absoluta precisión a la muchacha. Y ya, de nuevo, abierto el cuaderno, el disco de Bola de Nieve continúa sonando:

    Nuevamente el disco de Bola de Nieve en el tocadiscos. Nuevamente sentado en el sillón Voltaire, diez años después. ¿Plena duración? Plena. Plena. Bueno, estaba calentando motores. Y todo parece indicar que el bolígrafo me va a dejar trabajar en paz esta mañana.<sup>710</sup>

porque ese disco era el preámbulo de sus amores y su conclusión:

    Cerrábamos la puerta y encontrábamos la cortina cerrada. Del fondo de tu bolso sacabas el

<sup>706</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.13.

<sup>707</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.207.

<sup>708</sup> *Ibidem*, pp.79-80.

<sup>709</sup> *Ibidem*, p.150.

<sup>710</sup> *Ibidem*, p.159.

pijama turquesa, poníamos ese disco de Bola de Nieve (No de Nieve mi amor), que tanto te gustaba, caíamos sobre el diván (...) El despertador sonaba a la seis en punto y volvías a poner el disco de Bola de Nieve (no, mi amor, Bola de Nieve), y te matabas de risa porque yo tenía las manos tan cansadas de apretar...<sup>711</sup>

Y, por supuesto, el diván: "Unas horas de sueño en tu diván y volveré a la cronología. Esto no es más que una nota que escribo con lápiz en un papel aparte"<sup>712</sup>; o

...Debo confesar que durante largo tiempo no me atrevía a dormir en *la otra parte* por temor a herir a Octavia, ni mucho menos en su diván, por temor a herirme yo más todavía. Hoy tengo el problema resuelto: duermo en el sillón Voltaire.<sup>713</sup>

Así cuando decide empezar con la operación olvido, lo primero que hace es llevarlo "a la otra parte", y atenerse a las consecuencias.

En *La última mudanza...* los recuerdos siguen siendo nostálgicos, a pesar de la proximidad (o quizá por ello) del hecho que se cuenta, mas es una nostalgia que muy pronto se convertirá en deseo, porque Eusebia ya no dará "para más", aunque al protagonista lamenta que así sea.

Al recuerdo de Eusebia se llega sin gran esfuerzo por esa proximidad que hemos hablado, por una fotografía, colocada con intención, para hacer duradero el recuerdo:

Y recién me doy cuenta de lo mucho que me he desviado por culpa de Eusebia. Literalmente por culpa de Eusebia. Me tragó una fotografía suya que tengo sobre mi mesa de trabajo. Todavía la escucho tateando mientras me preparaba un café. Esta tarde vi llover, vi gente correr y no estabas tú...<sup>714</sup>

pero también y sobre todo con los boleros, valsecitos y todo tipo de canciones -numerosísimas en *La última...*- con los que Felipe Carrillo trata de equilibrar la historia de "Euse":

...Yo a cada rato pongo la ranchera aquella de volver, volver, volveeeeer, y lucho y me desangro tanto y tango por la fe que me empecina y pongo otra vez *Cambalache* en el tocadiscos de los pros, que me he comprado, para escuchar ese tango al mismo tiempo que escucho en el tocadiscos de los contras, que ya tenía, y volver, volver, volveeeeer, y luego volver en medio de tanto cambalache...<sup>715</sup>

Y por último la nostalgia llega a través de la lluvia real y la del bolero "la otra tarde vi llover", hasta que Felipe Carrillo se da cuenta que la historia de Eusebia se ha convertido en eso, en literatura oral:

¿Qué hago? ¿Les meto música de fondo a estas cuartillas?

Ya suena la muy hija de la Gran Bretaña de la música de fondo y entre pros y contras voy descolgando de la pared la enorme fotografía de Eusebia. Trato así de extrañarla un poquito, de ver si por lo menos la hecho de menos un instante, yo que era tan bueno para extrañar (...) Ese hombre cayó en una trampa inconmensurable de la nostalgia, pero ahora ya se ha escapado de ella y de vez en cuando siente la brutal necesidad de llegar a los brazos de Catherine, aunque sólo para comprobar lo muy desabrazado que se ha quedado para siempre.<sup>716</sup>

### 3.2.3.-Las mujeres:

...hasta hoy no me he acostumbrado a la existencia de las mujeres, a su presencia en este mundo, y sigo, sí, sigo y creo que siempre seguiré mirándolas desde abajo, desde muy abajo, con

---

<sup>711</sup> Ibídem, p.163.

<sup>712</sup> Ibídem, p.158.

<sup>713</sup> Ibídem, p.198.

<sup>714</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., p.44.

<sup>715</sup> Ibídem, pp.140-141.

<sup>716</sup> Ibídem, p.215.

profunda admiración e interminable, eterna sorpresa.<sup>717</sup>

Aunque las mujeres, aquí en el texto, ocupen un segundo lugar, son para muchos personajes de la narrativa de Bryce, primera y casi única razón de vida (de vida feliz o infeliz, pero vida), y por ellas, estos mismos personajes, postergan o crean su oficio de escritor.

Pedro Balbuena dejó de creer en la Literatura, en el momento en que "es expulsado de la única historia en que creía" la de Sophie. Y así va dando tumbos, pasando de los brazos de una mujer a los de otra, pero siempre pensando en Sophie, en última instancia. Además por Sophie o a causa de ella, Pedro perdió su único cuento.

La historia de Sophie la conocemos a través de lo que el protagonista va contando primero a Virginia y después a Claudine o Beatrice; y por esos capítulos sueltos en los que el personaje principal es una mujer del mismo nombre. En seguida nos damos cuenta que lo que dice de la mujer es cada vez una historia diferente, y que hay un intento de "confundirnos" acerca del personaje. Pero lo que sí es cierto es que será su "obsesión" durante toda la novela, y que todas las mujeres, con quienes intenta suplantarla, no serán más que confirmaciones de esa misma obsesión. Y no es que haya "mala voluntad", porque cuando conoce a Virginia y le pide que venga con él a París, su intención es intentar "en serio" su reconversión, pero todo le lleva a Sophie:

...Todo o casi todo podía deberse a cosas como que la maleta de Virginia nada tenía que ver con la que él necesitaba para poder continuar redactando su vida con el mismo talento con que la había vivido tiempo atrás. Le fue duro aceptar que un destino no cumplido puede enviar inesperadas señales desde otros mundos...<sup>718</sup>

Y Pedro con detalles como éstos es capaz de olvidar el entorno y la proximidad de Virginia, y ponerse a escribir con desesperado impulso un capítulo sobre Sophie.

Con Claudine, "una robusta bretona con un ojo azul y otro verde", la relación es sosegada. Hay mucha ternura y comprensión entre ellos, y eso hace de engranaje. Además cada uno está en cierta manera "enamorado de otro", y esto ayuda al entendimiento, aunque no será suficiente para una larga relación en pareja. Eso sí, continuarán siendo amigos hasta el final.

Beatrice, tal como sugiere de la Fuente<sup>719</sup>, será la candidata que reúna las mejores condiciones para poder suplantar a Sophie, y el mismo Pedro hace un intento "burgués" de buscar un trabajo y "normalizarse". Además es de la única mujer (aparte de Sophie, por supuesto) que escribe un largo capítulo, más bien un relato, en que la armonía entre ambos dura muchos años. Esta relación acabará "por culpa de Sophie" pero "sin querer queriéndolo"; y como consecuencia, el protagonista es internado en un manicomio y después se marchará a Italia pero con una intención concreta: vengarse de las mujeres por las que ha sufrido tanto. Y aquí encontrará a Sophie, y sufrirá la confrontación entre lo que él imaginó que fue la mujer -un producto de su imaginación, acrecentado por "la nostalgia de lo no vivido- y lo que realmente es y fue. Y los lectores sufrimos, con diferente intensidad pero al unísono, parecida decepción y mucha "pena", por el protagonista, que perdió gran parte de su vida en "guardar" el recuerdo de alguien que no mereció, seguramente, ni una mirada:

Había sido honesta con él, esta vez, al menos esta vez había sido honesta con él. Le había dicho Pedro, ahora recuerdo que me gustaba mucho estar contigo, le había dicho Pedro, no fue más que un breve coqueteo que tú lo tomaste demasiado en serio...

-¡Breve coqueteo! ¡Breve coqueteo! ¡Y qué hago yo aquí sentado hecho una mierda, entonces!  
¡Explícame! ¡Explícamelo, Sophie! ¡Explícamelo!<sup>720</sup>

No se si hay momentos mejores o peores para morir -seguramente siempre son malos-, pero si los hubiera, éste sería el óptimo para desaparecer de ese mundo en el que ha vivido Pedro Balbuena "tan engañado". Y así también lo cree Sophie, "demasiado amor para perderlo en el olvido", y decide matarlo:

<sup>717</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Permiso para vivir*, op. cit., p.71.

<sup>718</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.23.

<sup>719</sup> José Luís de la Fuente, *Como leer a Bryce Echenique* (Madrid, editorial: Júcar, 1994), p.95.

<sup>720</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., pp.215-216.

...y sólo cuando escuchó la voz nerviosa de Hans, ¿por qué has hecho eso, Sophie? ¿dime por favor por qué?, morirá enamorado, Hans, no habría podido vivir de otra manera, Hans, así sí es posible quererlo, Hans, vivo era imposible, Hans, ahora sí podré quererlo.<sup>721</sup>

Inés será "la mujer que le regaló Perú a Martín Romaña", lo que pasó después es que fue un regalo "con vuelta", y con esto no había contado el protagonista, y por eso quedó en ese estado cuando Inés se fue, hecho "un estropajo humano".

Martín Romaña tiene necesidad de un espacio afectivo grande, pero que no es bueno llenar a base de "empequeñecimientos" (porque después ocurre lo que ocurre, que queda "invisible" para Inés y para el mismo), que es lo que hace Inés constantemente, aunque que es un espacio difícil de llenar porque está en los límites de lo que la gente "normal" llama las locuras de Martín, que él asume como rasgo de su carácter:

Siempre he tenido la culpa de que la gente no me trate como a una persona mayor. Cometo demasiadas locuras, parece, y la gente cree que eso es falta de madurez. Simplemente me aburre la madurez, y creo que esto es una suerte. A mí, en todo caso, me ha permitido conocer a muchas personas que viven cometiendo locuras. Siempre son las que realmente me atraen.<sup>722</sup>

Así será un espacio difícil de compartir para los que hacen de la normalidad su forma de vida, es cierto, y aunque Inés logra llenarlo algunas veces, casi siempre cuando se encuentran en la hondonada y el espacio físico les ayuda en lo de acortar distancias (recordemos que dadas las condiciones del colchón era difícil mantenerse al margen):

...Y aún eso mejoró con el tiempo, pues dormidos Inés y yo fuimos tomando conciencia de las posibilidades de diálogo en el sueño, y a menudo acompañábamos nuestras vueltas en la hondonada de palabras sin sentido con la que manifestábamos un total acuerdo, un estar ahí total, mientras enlazábamos nuestras piernas o una mano suya encontraba la mía...<sup>723</sup>

El personaje, hay que decirlo, es un ser depresivo, romántico, "burgués" con muchas comillas, extravagante, y a decir del Grupo, psicoanalizable siempre; o lo que es lo mismo, con problemas constantes. E Inés no fue la compañera ideal por muchísimas razones (que Martín puede, en el momento que escribe, juzgar por la perspectiva que le da la distancia afectiva del hecho). Aunque conocieron juntos a Marx, no compartieron con el mismo entusiasmo su ideología (fue uno de los puntos claves de sus discrepancias) y de aquí salieron los mayores reproches. Además se estableció una relación de dominio absoluto por parte de Inés, que arrancaba de lo que ella creía su superioridad pragmática:

Vivía reducido a mi mínima edad y estatura. Nunca, desde que empecé este cuaderno azul, había estado tan chiquito. Los pantalones me quedaban todos enormes (...) Opté, pues, por vivir definitivamente sin pantalones...<sup>724</sup>

Algo que siempre detesté es que Inés empezara siempre por perdonarme, antes de que yo le pidiera perdón. Era su manera de destetarme.<sup>725</sup>

...nuestra relación estuvo siempre basada en los defectos míos que Inés corregía siempre, y en los defectos míos que Inés perdonaba, siempre que resultaran incorregibles.<sup>726</sup>

Y en una de las pocas ocasiones en que Martín consigue tener su edad y su estatura para enfrentarse con el Grupo, Inés no le apoya y tiene que bajar de grado de un plumazo:

Hoy, *señora*, y señores, me niego a perder edad, estatura, peso y equilibrio. Por lo tanto, voy a

---

<sup>721</sup> *Ibíd.*, p.244.

<sup>722</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.90.

<sup>723</sup> *Ibíd.*, p.203.

<sup>724</sup> *Ibíd.*, p.483.

<sup>725</sup> *Ibíd.*, p.96.

<sup>726</sup> *Ibíd.*, p.90.

rogarle a Inés que me acompañe en el acto tan triste de presentar mi renuncia con carácter irrevocable al Grupo (...) Y ella, en voz muy muy baja, se quedó con el Grupo, obligándome a recuperar la razón, es decir a perder edad, estatura, peso y equilibrio.<sup>727</sup>

Reflexiones que, no cabe duda, han salido como lastre en el acto de navegar sobre los recuerdos, porque Martín en el momento de los hechos vivía en tal estado de dependencia, que la vida sin Inés se le hacía insostenible y su única meta era tratar de reconquistarla; con lo que conseguía el efecto contrario.

Las primeras desavenencias entre Martín e Inés empezaron en el viaje de novios a España, y fue su causante, consentidora Inés, "el aguafiestas de Marx". En Cádiz la muchacha había decidido teorizar, y manda a un Martín tristón y lleno de contradicciones a la playa. Aquí la necesidad crea una muchacha: "en una escena que no había existido y que al mismo tiempo sí había existido" porque él estuvo presente en ella<sup>728</sup>. Y otra vez volvió a fallar Inés. El protagonista vuelve "desesperado" de la playa de Cádiz pensando que esa locura que acababa de padecer no entraba en sus presupuestos, y quiere, como la otra vez del "mayo del 68", que la mujer le escuche y lo comprenda. No lo logra:

Inés le sonrió al niño depresivo y problemático que quedó tras el discurso, lo amenazó con regresar inmediatamente a París si volvía a hacerse el loco, en un estúpido afán de sublimar sus deseos de tirarse a la primera española guapa que había encontrado en la playa, y continuó con su lectura.<sup>729</sup>

Hay una forma muy especial con la que Inés, muy escueta en palabras, demuestra su desacuerdo, y será lo que Martín bautiza como "la bizquerita", apenas insinuante al principio y sólo en alguna reunión del "Grupo", en la que Martín no había estado a "la altura de lo que se pedía de él" (ya he dicho que el postulado era una militancia ciega y sin dudas) y que después sigue extendiéndose como mala hierba, y empieza a ocupar espacios íntimos, peligrosamente. Es destacable "la bizquerita" de Inés en Cádiz, que dio para escribir un cuento de ese título. Si bien es cierto que "el Grupo", en esta ocasión, no tuvo nada que ver, sí la tuvo, directamente, el líder:

...cuatro días después seguía concentrada en las obras escogidas de Marx que se había traído de París.

-Podrías traerte uno de los dos tomos y leerlo en la playa, Inés.

-No se puede leer a Marx en la playa. No me preguntes por qué, pero no se puede. Agarra los Barojas y llévatelos a la playa si quieres.

Martín le notó la bizquerita. Le quedaba tan linda que hasta parecía asunto de coquetería. Pero en España esa bizquerita no debió existir nunca...<sup>730</sup>

Después, y con la experiencia que da un hecho repetido y avisador, Martín mirará a Inés y sabrá de ella por sus ojos, lo que podía entrañar, como en una ocasión, una confianza que no era precisamente el sentimiento más apropiado en aquel momento:

-Vuelvo a las siete, Martín. Andate al cine o lee un rato. No te preocupes, mi amorcito, vuelvo a las siete en punto.

Y no me preocupé porque ella me dijo que no me preocupara y porque entonces pensaba que siempre se podría volver a nuestra hondonada. Pero Inés sabía mucho más que yo, aquella tarde (...) En realidad, yo no sabía nada de nada y cómo intuir lo más mínimo si en aquella oportunidad Inés no biqueó ni un solo instante.

Volvió a las siete en punto, pero volvió acompañada por casi todo el Grupo, y nuevamente

---

<sup>727</sup> *Ibidem*, p.306.

<sup>728</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.193.

<sup>729</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.195.

<sup>730</sup> *Ibidem*, p.189.



empezaron a no saber si llamarme Víctor Hugo o Martín Romaña...<sup>731</sup>

Pero hay días -tiene mucho que ver con el deterioro de la relación, lógicamente- en que el desagrado de Inés, en forma de bizquera, llega a límites que empiezan a anunciar una cronicidad. Y uno de esos días en que estaban poniendo a prueba "el aguante" y la buena fe del protagonista (ya le habían dejado sin amigo, sin Enrique, que había desaparecido sin que Martín supiera el motivo -no le había abierto la puerta cuando llamó, tal vez, para contárselo-), proponiéndole lanzar un globo comprometedor desde su terraza. Inés estaba abiertamente con el Grupo y lo demostró con esa bizquerita persistente cada vez que el blanco de sus reproches iba dirigido a Martín:

-Víctor Hugo<sup>732</sup>... en realidad no se trata de una fiesta... Se trata de algo muy serio... Martín.

-Debe ser algo demasiado serio, Vladimir Illich, porque acabo de enterarme, finalmente, de que me han estado mintiendo todo el tiempo.

-Mintiendo no es la palabra Martín.

...No podría afirmarlo, pues, la bizqueada de Inés fue sensacional y creo que desde entonces empezaron sus grandes esfuerzos por verme de vez en cuando, al menos. Y es que la pobre miraba, y veía ya donde yo no estaba<sup>733</sup>

Después las contradicciones de Inés, que acabarán en acomodo burgués, se amplían y su bizquera abarcará otros campos en extensión: "...Inés terminó bizqueándole hasta los muchachos del Grupo, al final de su estadía, en París"<sup>734</sup>, pero también en variedad:

Pobre Bryce Echenique; no bien lo mencioné, Inés le mandó un escupitajo chiquitito, certero, y sin saliva. Y en plena clara de intelectual de medias tintas. Era su nueva costumbre, y algo así como un subproducto de la bizquera, muy útil para poner fin a los diálogos inútiles.<sup>735</sup>

Y ya en el momento del abandono, en el aeropuerto, estaba tan, pero tan bizca que ni vio a Martín, esforzándose en llamar la atención con gestos de todo tipo y con esa enormota corbata roja. No hubo manera:

Veo, por ejemplo, a los muchachos del Grupo, y noto que Inés les bizquea un instante, aunque está sonriendo. ¿Qué era? ¿Bizquerita hacia mí, tan enorme, que todavía le quedaba un poco cuando volteó a mirarlos a ellos? Ya antes había visto a Inés bizquear un poco al mirar a los muchachos del Grupo. Sí, tenía que venir de la enorme bizquera a mí. Tan enorme que tan siquiera fue visto en el aeropuerto.<sup>736</sup>

E Inés se fue para ser aquella última muchacha "que emigró de Cabreada". Se fue dejando a Martín convaleciente de esa larga enfermedad rectal, sumada a su depresión. Y casi de inmediato apareció -reapareció en el deseo de Martín- aquella muchachita:

...alta, delgada y morena (...) el pelo era largo y castaño y muy lacio (...) las piernas largas y delgadas y torneadas y graciosas; sí, graciosas. Pero lo que más le dolió a Martín fue la ternura apenas oculta de la sonrisa...<sup>737</sup>

Y Octavia entra en la vida del protagonista, digamos que de una forma mágica. Ya su nombre, inventado por Martín de una forma visionaria en su viaje de bodas, es una coincidencia más que curiosa, porque esa muchacha desconocida que entró en el aula:

---

<sup>731</sup> *Ibíd.*, p.299.

<sup>732</sup> Víctor Hugo era el nombre de clandestinidad de Martín Romaña.

<sup>733</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., pp.300-301.

<sup>734</sup> *Ibíd.*, p.624.

<sup>735</sup> *Ibíd.*, p.317.

<sup>736</sup> *Ibíd.*, p.612.

<sup>737</sup> *Ibíd.*, p.193.

...atrasadísima una mañana, corriendo muy agitada hacia una silla, quitándose un enorme sombrero negro en el camino, disculpándose coquetísima porque llegaba tarde, mientras tomaba asiento y mirándome, mirándome y mirándome...<sup>738</sup>

le entregó al finalizar la clase la hojita de inscripción donde se leía el nombre de Octavia Marie-Amélie (después sabremos que nunca fue su verdadero nombre, lo creó, entonces, para Martín, tomando la identidad que él había soñado para ella). Y por su parte Octavia oyó el nombre de Martín en boca de su hermana Florence, alumna en Nanterre; y "sintió" la necesidad de conocer al hombre que respondía como tal. Y ambos, cuando ya la relación se estableció, reconocieron que eso fue un reencuentro:

...Y yo no sabía que hacer con ese reencuentro tan inesperado y feroz, porque era un reencuentro y así lo comentamos nosotros días más tarde en mi apartamento y ella me abrazó muy fuerte como si todo lo supiera de antemano cuando le conté que había sentido un escalofrío de muerte al verla...<sup>739</sup>

Además Octavia, el primer día de conocer a Martín, y a una distancia considerable, había visto "los cinco bultitos" que el protagonista tenía en el cuello por empatía con Enrique (que sólo tenía uno pero murió por él). Recordemos que Inés nunca creyó en los bultitos del protagonista que los creía fruto de su hipocondría (claro que Inés bizqueaba constantemente y no estaba para enfoques):

Después comprendí que no sólo se había fijado en los cinco bultitos, sino que además se había fijado en *todo* lo de los cinco bultitos, porque lo primero que me contó, mientras seguía señalándolos, fue que llevaba lentes de contacto porque era pero muy pero muy miope. Yo le sonreí, también, entonces, y Octavia empezó a reírse muchísimo de mí...<sup>740</sup>

No hubo nadie más diferente a Inés que Octavia; la alegría frente a la seriedad de Inés; la captación de cualquier detalle, por mínimo que fuera, no importa que esté entre líneas o en diferente registro, porque también lo captaba (no sólo "los bultitos", también el por qué de la partida de Inés, o los versos de San Juan de la Cruz, tan herméticos y en un idioma que no era el propio o...) frente al pragmatismo de la peruana; y esa ternura que Octavia derramó a borbotones y que Inés racionaba con el afán del que tiene poco. Pero sobre todo ésta fue una relación marcada por la prosa, oscura y aburrida de Marx, y la de Octavia, determinada por los deseos de vivir y por la literatura.

### **3.2.2.1.-Una relación marcada por la literatura**

Octavia y Martín "se conocieron" en Cádiz. Inés estaba enfrascada en la lectura de Marx y mandó a Martín a la playa con Baroja," porque a él si se le podía leer en la playa", que no a Marx; y allí se encontró con una muchacha rodeada con las obras de Hemingway, que le dijo que cuando terminara con ese escritor empezaría con Baroja.

El reencuentro tuvo lugar en un aula donde se hablaba de Literatura, de Onetti concretamente. Y así empezó una relación marcada por la literatura, y no sólo por la que otros escribieron, adoptando ellos sus nombres, sino también por las características personales de la relación: con muros que escalar, inconvenientes de "clase" que vencer... (Incluso las muchachas de "la vida alegre" que acogieron a Martín en Palencia, y a quienes les contó la historia de Octavia, ya finalizada, la titularon *El cuento de hadas más feo del mundo* -tenía un final "no feliz", y ellas no concebían una historia bella que acabara mal).

Martín, y sobre todo Octavia necesita ser Octavia de Cádiz para poder amar al protagonista, porque con su verdadero apellido le estaba completamente vedada esta relación:

...Martín, porque para ti siempre he sido Octavia de Cádiz, dime, dime que es verdad, Martín, dime que soy Octavia de Cádiz, la misma de la playa, la misma que siempre te acompañó en los peores momentos (...) y o entonces insistía en pedirle perdón y no cesaba de repetirle que ella no sólo era

<sup>738</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.56.

<sup>739</sup> *Ibidem*, p.58.

<sup>740</sup> *Ibidem*, p.58.

Octavia de Cádiz sino Octavia de Cádiz solamente y Octavia de Cádiz sólo para mí y que eso no lo iba a tocar jamás nadie porque yo la adoraba y la amaba con pasión (...) porque ella era Octavia de Cádiz, sólo y solamente, y nosotros éramos los héroes de las más antiguas y bellas historias de amor, sólo que reales, Octavia. Que es cuando a mí realmente se me empezó a mezclar la realidad con la ficción...<sup>741</sup>

Y en todo caso podrán amarse adoptando nombres de otros héroes como ellos, héroes de la ficción como *el colonnello* USA Richard Cantwell, o *Zalacaín el aventurero*, y siendo ellos podrán superar -sólo es necesaria la imaginación- los obstáculos de que al coronel le queden sólo tres días de vida, y ella sólo tenga dieciocho años. Circunstancias hasta cierto punto coincidentes, porque Octavia tenía esa edad, y Martín -están en Bruselas en un hotelucho, pero también en Venecia- sólo tenía tres días para estar con ella... Y gana la literatura, otra vez, frente a la ciencia del Anafranil con efectos secundarios:

Solté los libros y desperté con las palabras más lindas que había oído en mi vida. Al lado, despertó Miguel, quien reconoció hidalgamente, algunas horas después, que en su vida nada ni nadie había logrado despertarlo de noche. Parecían locos, dijo, pasaban de Hemingway a Baroja, de Baroja a Hemingway, de ahí a decirse que se deseaban como locos...<sup>742</sup>

Muchos años después, fracasada la relación de Octavia y Eros -deseo que en el fondo siempre había existido en Martín-, se vislumbra lo que el protagonista cree una esperanza, con aquel crucero por el Mediterráneo<sup>743</sup>, preparado y pagado por Octavia. Y Martín se "prepara" para ese segundo capítulo de la historia, su historia, que queda en puntossuspensivos. Y lo hace como galán de tipo Gatsby, y con "nueva literatura" para vencer cualquier otro Anafranil que se les interponga:

...lucía un precioso terno de lino blanco, absolutamente copiado de mi abuelo en Cannes, en la fotografía en que mi abuelita lucía a su lado tan alegre y divertida y en 1923 como Octavia no tardaba en lucir casi sesenta años después (...) Octavia llegó con una hora de atraso y unos maravillosos sesenta años de edad y cansancio occidental y cristiano. Procedimos al desmayo, al abrazo y al amor, al cabo de mil años...<sup>744</sup>

Pero esta vez Augusto Monterroso y Adriano González León no consiguieron el milagro de Bruselas, porque Octavia se había transformado a grandes rasgos en Petronila, demasiada alcornia para poder volar. A pesar de todo, la única navegación feliz, en esta ocasión (a pesar de que todo estuviera preparado para divertirse en este lujoso barco, junto a Octavia reencontrada), fue a través de los libros:

El plato fuerte del viaje fueron los libros de Augusto Monterroso y Adriano González León. Fueron nuestro guía, nuestro capitán a bordo, y por sus páginas navegamos diariamente hasta el centro de nosotros mismos. Octavia gozaba con cada frase, motivo por el cual a mí no me quedaba más remedio que gozar leyéndole y leyéndole cada noche, antes de acostarnos por segunda vez, porque nos acostábamos una vez con la luz encendida, y otra con la luz apagada...<sup>745</sup>

Y además de estas citas, placenteras en sí, habría que apuntar las identificaciones con los personajes, como la de los tres días con el coronel Richard Cantwell y los tres de Bruselas y París en dos ocasiones distintas. O como ahora, cuando Octavia, insistentemente, contesta la lectura Octavia:

-¿Qué dama quieres ser esta noche, mi amor?

Eran en total diez las damas del libro pero Octavia dale que te dale cada noche con que le leyera *Dama de siempre*, precipitando de esa manera, con la más incomprensible de las agresividades, la segunda y última acostada de la noche. Y yo leía hasta llegar al último párrafo. Ahora no se donde buscarla. Ahora no se donde buscarte. La presumo y la espero. Te invento y te celebro (...) Dama de

<sup>741</sup> Ibídem, pp.65-66.

<sup>742</sup> Ibídem, p.114.

<sup>743</sup> Hay un artículo titulado "Crepúsculo de magnates" en el que Bryce Echenique cuenta la anécdota de un crucero por el Mediterráneo, acompañado por una principessa y lo cuenta con el tono y la intención de una anécdota "personal". Y hay varias coincidencias notables entre los dos hechos, aparte de las ya citadas.

<sup>744</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.340.

<sup>745</sup> Ibídem, p.340.

siempre, no te olvides de mí.<sup>746</sup>

Lo que no consiguió ser Octavia en esta ocasión, "la dama de siempre".

Además de estas menciones y lecturas concretas, hay muchas otras, sin alusiones específicas, pero referidas al fenómeno literario: "Octavia mi flaculento *cronopio* cumplidor de su deber, mi heroína preferida"<sup>747</sup>, "...habíamos dormido a Octavia, porque así es en los cuentos de hadas..."<sup>748</sup>, "...no me digas que empieza otro cuento de hadas"<sup>749</sup>. El primero había sido el suyo.

Y muchos años después, tantos como diez, desde su matrimonio, Martín, en las reflexiones que hace sobre el momento en que escribe, es capaz de reconocer que:

Yo sigo adorando a Octavia de Cádiz, y lo peor del asunto es que nuestra historia de amor, hasta su primer matrimonio, hay momentos, ya me lo dirán ustedes, en que no pudo parecerse más a una novela que hasta de caballería no para, con batallas de amor perdidas, princesa lejana, terrible injusticia medieval, espesos muros como de convento, y por lo menos un amante del tajo, yo, Martín Romaña, porque una noche si que me cayeron de a montón los enemigos...<sup>750</sup>

El desenlace de la historia también se lo da la literatura, la *Historia personal de Francia* le descubre lo que han sido el uno para el otro: una quimera. Con este descubrimiento, que anula toda posibilidad, Martín Romaña termina su historia y se sale de ella como personaje, con el único triunfo que tuvo en la vida, (como también le pasó a Pedro Balbuena), la perduración del amor más allá de la muerte, como en el conocido poema. Y también así lo sintió Octavia en su última intuición:

Llegaron ambulancias y médicos y clarito escuché cuando uno dijo que no hay remedio, se muere porque se muere, señores, o sea que es mejor dejarlo ahí. Ahí, por supuesto era el sillón Voltaire...

La última alegría de mi vida fue que Octavia lo entendiera todo. No saben ustedes el ataque de celos que le dio al ver que me moría por ella aún y aun.

-¡Martín! ¡Martín! ¡Martín!

La verdad, jamás se me ocurrió que me fuera a salir con semejante cosa. Para ser una quimera, no se puede negar que era una real hembra, la mujer con más recursos del mundo (...) No, ya sólo me quedó tiempo para la fenomenal y atroz carcajada que me tenía reservada la verdad verdadera, por fin. Y, por supuesto, también para Vallejo me quedó tiempo.

-Hay golpes en la vida, yo no sé...

La rabia que le dio sentirse tan insegura.

-¡Imbécile, imbé!

El *cile* ya no lo oí porque sin duda alguna estaba estertorando mientras pasaba bajo el toldo de "La Sopa China" y porque así se llega a las verdes colinas.<sup>751</sup>

Entre estos dos grandes amores, y casi al final de la relación, en ambos casos, hubo otras dos mujeres en la vida de Martín, Sandra y Kat.

La primera le sirvió para acercarse al "mayo del 68" sin confusiones embarazosas (Inés se había ido

---

<sup>746</sup> *Ibíd.*, pp.343-344.

<sup>747</sup> *Ibíd.*, p.150.

<sup>748</sup> *Ibíd.*, p.134.

<sup>749</sup> *Ibíd.*, p.296.

<sup>750</sup> *Ibíd.*, p.18.

<sup>751</sup> *Ibíd.*, p.372.

con el Grupo a hacer su revolución), y para poco más. Le alivió esos días sin Inés, y después acompañó a España a aquel héroe que huía, pero no por esas razones que ella suponía. El viaje acabó a la semana de comenzar, sin más recuerdo que un capítulo-homenaje, y una conclusión: "Creo que me amastes y creo que no te amé..."<sup>752</sup>.

Y después Kat en ese momento en que Martín se decide olvidar a Octavia, y para ello, lo primero, se pone en forma, y así: "me arrojé al suelo y casi me suicido a punta de abdominales, pero dejar de fumar me fue imposible, en cambio, o sea que los ejercicios los hacía entre pitada y pitada..."<sup>753</sup>, y un objetivo concreto: 0-0, lo que equivalía a Olvido de Octavia, cuando esas dos "oes" se conviertan en cero-cero, la operación habría concluido con éxito. Y aparece una mujer en su vida Kat: "Se llamaba Katherine Favre, era enorme, enormemente ecologista, y estudiaba chino. Le interesaban el yoga y la acupuntura..."<sup>754</sup>, y como Martín estaba en pleno periodo de olvido "la mira" y la acepta como compañera de sus largos días sin Octavia. Se amarán en "el colchonazo" que Kat, en su enormidad, aporta; y el lugar será la habitación de las manzanas de Madame y Monsieur Forestier, porque así evitarán "los fantasmas" que habitaban el resto de la casa, "la otra parte" con la hondonada, y el saloncito con el vacío dejado por el diván de Octavia. Y sobre el fantasma de Madame Forestier "pasarán" muy tranquilamente y eso que la "señora" había tomado sus precauciones, mínimas, para una muchacha como Kat para quien las cerraduras no eran un óbice.

Kat fue tierna y maternal (recuerda a Claudine de *Tantas veces...*), y la relación se rompió cuando reapareció Octavia de Cádiz en unos de sus viajes. Y cuando volvió a desaparecer, Kat había hecho lo propio, sin vuelta de hoja:

Corría a llamar a Catalina l'Enorme, pero que horror, cómo había pasado el tiempo en un par de días. Kat, Kat, le decía yo contándole mil cosas prometiéndole que esa misma mañana pediría cita con el médico generalista (...) jurándole que me estaba haciendo una falta espantosa su colchonazo. Pero ella me escuchó con irónica distancia y, aunque hubo dos o tres frases de bondad para el imbécil de Martín Romaña, éstas fueron pronunciadas por una vieja amiga que hacía años que vivía en la China, practicando la acupuntura en parto sin dolor.<sup>755</sup>

Y también esta muchacha tuvo su ascendencia sobre el protagonista, muy distinta a la de Inés, dominadora, o a la de Octavia, mágica. Lo de Kat fue un predicar con el ejemplo, y Martín intentó con ella, sin éxito -todo hay que decirlo-, la meditación trascendental, sin grandes progresos (aquí como en el marxismo le faltó la fe ciega que toda doctrina monovalente conlleva), y es más no sólo no consiguió entrar en el "nirvana" sino que al propio gurú le hizo salir de ella (cosas de Martín).

Las mujeres para Felipe Carrillo fueron, por orden, Liliane la esposa que falleció y con la que consiguió la estabilidad, que no el tema de *La última mudanza...*

(la carencia del primer capítulo lo indica); Genoveva que le hizo conocer el complejo de Edipo *in extremis*. Eusebia, la mujer nostalgia -pasión que le dio todo lo que pudo darle, sin tapujos intelectuales-, y por último Catherine, la mujer fuerte que le estaba ayudando en lo que él define como "la última mudanza".

Cuando Felipe Carrillo conoce a Genoveva es un personaje "maduro" (en el sentido que no lo era Pedro Balbuena o Martín Romaña), que había tenido una relación madura y estable con una mujer a la que sólo el destino logró llevársela. Además, después de un desarraigo inicial, el propio de un personaje que cambia de locus, llegó el arraigo (probablemente debido a su boda con una francesa, que siempre facilita las cosas), y su triunfo como arquitecto. Así no era un hombre "en busca" desesperada de una "luz para guiar su vida", sino alguien que se plantea un cambio de vida, aconsejado incluso por Liliane. Simplemente se equivocó de mujer.

Hay otro hecho que también separa a Felipe Carrillo de los otros protagonistas de las novelas, la capacidad de olvido hacia las mujeres. Pasó de unos brazos a otros, sin tan siquiera "mudarse"; y la frialdad con la que nos cuenta la historia de Genoveva y de su hijo, también apoya el calificativo. Bien es verdad que con Sebastián "se ceba", pero también la mujer es objeto de duras críticas:

<sup>752</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.370.

<sup>753</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.210.

<sup>754</sup> *Ibíd.*, p.245.

<sup>755</sup> *Ibíd.*, p.260.

Lo increíble es que ni siquiera la educación secundaria de Lorita calmaba a Genoveva. Todo lo contrario: como si fuera supersticiosa, se creía una tras otra y al pie de la letra las palabras de Lorita (...) Y cuando yo harto de tanta huevada, le aplicaba a muerte el torniquete muñequita linda, la muy necia lo más que confesaba...<sup>756</sup>

La relación con Eusebia, una mujer de pueblo y para el pueblo, fue plena mientras duró, pero estuvo abocada al fracaso desde el primer momento. Digamos que fue "un remedio" para situaciones de emergencia. Una vez pasadas, no podía continuarse. Fue un espejismo de la nostalgia, ya lo he dicho antes, y desapareció con el día.

Esta relación, marcada por el amor y la ternura, y añadida mucha "pasión" dejó en el protagonista sensación de fracaso, brazos inertes para abrazar y conatos de culpabilidad.

Catherine, la última mujer, en expectativas, de Felipe Carrillo, un alma gemela en cultura y en amores que no resisten el cambio, será "el soporte" que necesitará el protagonista para curar el malestar que le ha quedado tras su partida del Perú, y el abandono de Eusebia.

### **3.2.2.2.-Hay mujeres que no resisten el cambio**

De todas estas mujeres -importantes en diferentes grados para los protagonistas masculinos- hay algunas que no resisten el cambio de lugar y el momento en que se conocieron, por razones que ahora voy a tratar de justificar. Esto pasará con Virginia de *Tantas veces...*, con Sandra de *La vida exagerada...*, y con Eusebia de *La última mudanza...*

Pedro conoce a Virginia en San Francisco. Es una muchacha humilde, y con cierto complejo de clase y de nacionalidad, que ella trata de paliar atribuyéndole cualidades de virtud más que de defecto (humanamente no sería ni uno ni otro, pero "realmente" es más una desventaja):

...Creo que el hecho de que yo naciera pobre constituye en sí una virtud moral, puesto que mi nacimiento no fue para nada un accidente, sino el resultado del buen gusto de no querer nacer en un mundo privilegiado. Y ello hace de mí una aristócrata en esencia, aunque no lo sea en las contingencias de mi vida.<sup>757</sup>

Ideas que se contradicen con aquella forma de obrar, cuando Virginia y Pedro van juntos a visitar el pueblo donde nació Virginia:

Ella le acarició el culo y aprovechó para decirle que prefería no presentarle a sus padres, para evitarles mayores preocupaciones de las que ya tenían en la vida. Pedro le dijo que comprendía perfectamente, y que él en cambio sí deseaba presentarle algún día a su madre, a ver si por fin encontraba algo que le preocupara en la vida. Virginia tampoco quiso mostrarle su casa, aunque por la forma tan intensa con la que le acarició al acercarse a la casa más fea de Tampax, Pedro comprendió que ahí había nacido el nuevo amor de su vida.<sup>758</sup>

Ésta que ha sido una acotación del narrador, quedará completada por la forma de actuar de la muchacha a lo largo de la narración.

Virginia y Pedro fueron felices en California. Aquí la muchacha tenía amigos, era independiente, afectiva y personalmente; y en definitiva estaba en su medio, aunque a pesar de todo fue una relación marcada por el miedo. Pedro tiene que volver a París y Virginia lo acompaña; y la muchacha no resiste el cambio -demasiado para alguien como ella, americana y sencilla, y ahora extranjera en el viejo corazón de Europa. (Recordemos que ya en el aeropuerto, y nada más desembarcar ambos se hubieran querido quedar allí, para estar "más cerca" de aquel país que los hizo felices).

<sup>756</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., p.97.

<sup>757</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, opp. cit., p.47.

<sup>758</sup> *Ibíd.*, pp.42-43.

Después de esos primeros momentos desesperanzadores, la ternura de Pedro consigue templar el espacio afectivo, pero ambos son conscientes de que están repitiendo gestos que fueron felices, allá en Berkeley, y de los que éstos no son más que una copia desteñida. Virginia no resistió el cambio y se marchó de París antes del tiempo convenido y desde México podrá escribir, siendo sincera, que esa hostilidad que sintió en París "en el fondo no es..."

...más que uno de mis más antiguos prejuicios. Me aterra la idea de sentirme en una ciudad repleta de mujeres a la moda. Me siento atacada, maltratada, burlada. Siento que algo hiere mi vanidad, y caigo en un estado cercano a la depresión, que hace que termine ocupándome únicamente de mi persona (...) Pedro, te juro que cada vez que me proponías comer en un restaurante francés, sentía un incontenible deseo de tragarme un hamburgüer.<sup>759</sup>

Será Pedro el que si estará dispuesto a cambiar de *locus*: México, para continuar con Virginia. Pero ya la muchacha había hecho su elección y ahora era Pedro el que no entraba, en ese nuevo entorno...

La segunda mujer fue Sandra, muchacha que "sirvió" a Martín para hacer las barricadas, y para salvar (con una inmediatez que no resiste el tiempo, por definición) esa carencia afectiva en que le había dejado Inés. Y a Sandra, también, Martín le propuso un viaje, esta vez a España; y esta otra americana tampoco resistió el cambio, por parecidas razones que Virginia.

Inés siempre se había negado, por principios, a visitar a unos acaudalados amigos de los padres de Martín que vivían en Barcelona. El protagonista aprovecha esta ocasión para hacerlo con Sandra, y éste es el cambio que no resiste la muchacha. De la "pocilga andina" en la que vivía en París:

Un lavatorio, una mesita, algunos libros, una cama que era un tabique sin colchón, y los dibujos y pósters con que había ocultado a medias la inmundicia de las paredes<sup>760</sup>

a la casa de los Felius en España: "el magnífico salón del magnífico departamento de los Felius..."<sup>761</sup> había una distancia tan "conceptual" que era imposible el acomodo. Y la verdad algo de culpa tuvo Martín, que desde su posición privilegiada (aquella que le reprochaban casi todos los que le rodeaban en la época de Inés), no fue capaz de darse cuenta de lo que otra persona podía sentir ante tan escandalosa diferencia:

Me habían hablado tan mal de los capitalistas, en los últimos años, que a éstos los encontré francamente encantadores. *A la que no encontré nada encantadora*, en cambio fue a la hasta entonces encantadora Sandra. Dormía ya profundamente en un dormitorio de dos camas, cuando entré, y no sólo no se le había ocurrido juntarlas sino que además me largó con un manazo (...) Le dije soy yo, es Martín, mi amor, pensando que a lo mejor me había tomado por Mario, por culpa de Buñuel y sus películas sobre esa gente en España pero nuevamente me largó tan dormida como la primera vez, pero con un inglés que ni Shakespeare...<sup>762</sup>

Fue esto, pero fue algo más, en esa actitud ya predispuesta en las jornadas de Barcelona, y que continuaron en Madrid:

Y nos acostamos juntos nuevamente y hacemos el amor pero algo falla, se nota, quién no nota cuando falla en estos casos, los dos lo notamos. Al Museo del Prado. En el Museo del Prado, Sandra requinta sobre la cultura y sólo soporta a Goya y en todo caso a mí no me soporta porque yo soporto también a El Greco, a Velázquez, a Murillo...<sup>763</sup>

Esa relación no pudo acabar de otra forma como terminó, uno cogiendo el tren hacia Oviedo, y la otra hacia Madrid.

---

<sup>759</sup> *Ibíd.*, p.50.

<sup>760</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.340.

<sup>761</sup> *Ibíd.*, p.418.

<sup>762</sup> *Ibíd.*, p.419. La cursiva es mía.

<sup>763</sup> *Ibíd.*, pp.421-422.

Y la última mujer que no resistió el cambio, pero ya con la lucidez adulta de un personaje como Felipe Carrillo, fue Eusebia, la mulata y sirvienta de la casa alquilada en Colán, para recuperar a Genoveva.

Habría que empezar diciendo que Felipe fue a Colán impulsado por la nostalgia de que en Colán todo podría arreglarse, en esa falsa imagen que uno se hace de los recuerdos de niñez y de adolescencia, sin tener en cuenta que no sólo es el lugar, sino la época, y por supuesto, también, las circunstancias. Derrumbada esta primera nostalgia, Felipe Carrillo se sintió atraído por otra, también peruana, una mujer de gran porte, del corazón del Perú, Sullana, y que congeniaba perfectamente con esos boleros que se escapaban de sus labios y de su "tondero".

Eusebia resistió "a medias" el cambio de Piura a Querocotillo, la hacienda de unos amigos de Felipe, y de su misma clase adinera, a donde huyeron, en helicóptero, del doble "Fenómeno del niño" y de Genoveva. Aceptaron a Eusebia porque Felipe era uno de los suyos y un amigo muy querido desde los tiempos de adolescencia, lo cual no evitó que:

...la verdad es que las cosas como que empezaban a deteriorarse un poquito en el día a día de la hacienda Montenegro, y yo quería sacar de ahí a Eusebia, sobre todo porque se me había puesto más terca que una mula con eso de que ni ropa le podía comprar, y si no les gusto a tus amigos como soy, me largo, Flaco, ya tú sabes muy bien cómo soy yo: Mejor decir que huyó que aquí murió (...)o sea que casi no salíamos del dormitorio y de la camota.<sup>764</sup>

Y Felipe viajó con Eusebia a París, pero desde el espejo (ya he dicho que los personajes fueron "madurando" con el tiempo y la experiencia), y no pasó "la prueba de fuego"; y se intentó de nuevo, siempre con la imaginación, pero Eusebia tampoco "resistió" ese "simulacro", y se quedó en el Perú:

Me fui, pues, a París con Eusebia esa misma mañana (...) Tres meses después de nuestra llegada, yo había perdido cuatro amigos, siete se habían alejado, y a cada rato algún conocido se me hacía el loco por la calle (...) Según él, en París había gente de todas las razas y colores, y Eusebia podría pasar totalmente inadvertida. Pues ahí sí que se equivocó el espejo. Se equivocó por completo porque mi verdadera preocupación no era esa. Cualquiera puede pasar inadvertido en París, y un negro puede ser presidente de una república africana (...) pero tanta alharaca sólo me sirvió para darme cuenta como nunca hasta entonces, de mi verdadera y única preocupación: ni París, ni mucho menos yo, en París, pasaríamos inadvertidos para Eusebia en París.<sup>765</sup>

### **3.2.2.3.-Otras mujeres**

Habrán otras mujeres en la narrativa de Bryce, pero no constituirán "historia" como estas otras, por la brevedad y por las características de la anécdota. Me gustaría anotar, sin embargo, que "el espacio femenino" (lo veremos más específicamente al hablar de *Un mundo...*) es un espacio acogedor e íntimo para la mayoría de los personajes masculinos. Hay varios protagonistas, ya adultos, que recuerdan su niñez, y en ella una mujer protectora, como en el caso de "Pepi Monkey y la educación de su hermana", en la que la hermana juega este papel mucho más allá de la adolescencia. Y coincidiendo en nombre, antes Tati era la hermana y en este nuevo relato la tía, la que asistía al baño diario del protagonista de "¡Al agua patos!", o la tía Lalita de "Desorden en la casita"; e incluso podríamos mencionar a Eugenia de "Los grandes hombres...", cuando protegía a Santiago de las burlas de sus compañeros:

'...y la marabunta enamorada pasaba en automóviles mientras caminábamos juntos y me arrojaba cajitas de fósforos medio abiertas con una inmensa araña dentro. Querían apartarme así de Eugenia pero ella le daba un pisotón a las cajitas y me agarraba fuertísimo la mano. Y a los tipos esos los desafiaba con la insolencia de sus ojos verdes y sus senos italianos. Eugenia odiaba a esos canallas, aunque en el fondo también les tenía miedo. Pero sacaba fuerza de su inagotable hermosura y nuevamente se restablecía el orden del universo...'<sup>766</sup>

<sup>764</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., p.180.

<sup>765</sup> *Ibidem*, pp.178-179.

<sup>766</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.180.



También podríamos añadir a la lista, el *amore mio* de la residencia de estudiantes de Pedro Balbuena en Perusa; o la portera española de Martín, Soledad Cabieses. Todas ellas, protectoras a su manera, del espacio íntimo de los personajes.

### **3.2.2.4.-Y cuatro son las mujeres**

Y cuatro es el número clave, hablando de las mujeres, en las novelas de Bryce: cuatro son las mujeres de Pedro (me estoy refiriendo, por supuesto, a aquellas que tuvieron mucho que ver en sus vidas): Sophie, Virginia, Claudine y Beatrice. Cuatro las de Martín Romaña: Inés, Sandra, Octavia y Kat. Y cuatro también las de Felipe Carrillo: Liliane, Genoveva, Eusebia y Catherine. Y algunas de ellas con coincidencias notables.

Sophie y Octavia son las mujeres quiméricas y "literarias" de Pedro y de Martín. Ambas son abstractas, de diferente forma, pero abstractas. De Sophie, Pedro cubre las lagunas de su historia, inventándose personajes de novelas que "hasta de capa y espada no paraban". Será sucesivamente una reina obligada a serlo, una espía que murió por salvar al protagonista, la hija del Papa... En cuanto a Octavia, la misma ignorancia de su vida personal se compensa con las aventuras literarias que adoptan en la realidad, siendo Zalacaín, o Tarzán o no importa quien.

En las dos ocasiones el conocimiento de la mujer viene precedido por un encuentro anterior. Sophie será la Carole de su adolescencia (con la que ya había tenido una relación fantasiosa), y a Octavia se la había encontrado en Cádiz. Ambas son "reencarnaciones", por tanto, de una historia anterior; las dos abandonaron al protagonista para casarse con gente "de su condición", se divorciaron y se volvieron a casar. Además los familiares de "alta cuna" de una y otra recurrieron a la violencia para hacerles desistir a los protagonistas de su empeño de cortejarlas. A Pedro:

-No fue mi padre, Petrus. No fue mi padre. Te lo juro.

-Tengo treinta y siete puntos entre la cabeza y la cara.

-Te juro que no fue mi padre. A lo más, pensé que era el portero el que ha llamado a la Policía, pero le he dado todo el dinero que tenía conmigo, y me jura y rejura que tampoco ha sido él. Ha sido una coincidencia, Petrus. Un error.

-Entonces hay de qué alegrarse Sophie.

-¿Por qué?

-Porque si no ha sido nadie vinculado a tu familia quiere decir que todavía podemos seguir viéndonos un tiempo.<sup>767</sup>

Y a Martín:

Es todo lo que supe de este asunto, desde que reaparecí tirado en una cama del hospital Cochín, y hasta hoy. Lo demás fueron un par de detalles burocráticos y una carta de Octavia. (...) Faltaba todavía una radiografía de la cabeza. Faltaban aún varios días de oscuridad y reposo, por lo de la conmoción cerebral. Faltaba todavía una semana para que me quitaran los puntos. Treinta en total. Más de diez en la cabeza (...) ¿Quién fue? Sólo el padre de Octavia lo sabe.<sup>768</sup>

Objetivamos también la coincidencia de superlativizar el nombre, demasiado vulgar para los altos intereses que están en juego. Pedro es Petrus para Sophie, y Martín es tres veces Maximus para Octavia (no se si hay la misma intención en el Julius de *Un mundo para Julius* al escoger el nombre. Recordemos que la servidumbre tenía la "mala costumbre" de "popularizarlos de nuevo").

<sup>767</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.109.

<sup>768</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.209.

Y hay otras anécdotas: Venecia es la ciudad literaria de Octavia y Martín a través de Hemingway; y Venecia es el lugar en donde ocurren las anécdotas literarias entre Petrus y Sophie. También sabemos que es la ciudad a la que siempre quiso ir con esa mujer, y que no logró. Con Octavia de Cádiz, Martín intentará visitar Venecia, cuando se encuentran en Milán. Se demorarán en cada pueblecito y paisaje del camino, y no llegarán hasta Venecia, seguramente por temor a reencontrarse emocionalmente, como en los jardines Sforza, o tal vez por todo lo contrario, para poder seguir pensando que Venecia "fue la ciudad": Y Octavia tuvo que inventar una historia para poderse "fugar" a Bruselas con Martín. Y Sophie para hacerlo a Venecia con Pedro (luego sabremos que nunca fueron a Venecia):

Le había prometido regalarle una historia de risas y travesuras y ahí estaban, empezando en Venecia, porque ella había tenido la bondad y el coraje de mentirle a medio mundo para partir con él, y ni siquiera había mostrado el temor cuando se dio cuenta que se había equivocado y que se había traído una maleta que pertenecía probablemente a su padre.<sup>769</sup>

Además, Pedro y Martín introdujeron a sus aristócratas amigas en los ambientes "canallas" de París. A Octavia en "La Sopa China", y cuando él va a Milán, ella le vuelve a pedir que visite con ella estos lugares:

...la pena enorme que me provocó que Octavia me pidiera que la llevara a un lugar prohibido, a una especie de bar podrido o pudriéndose al cual Eros jamás le había querido llevar (...) Octavia, por qué me identificas siempre con la mala calaña (...) Y Dios me premió porque el bar maldito era mismita Sopa China cerrada pero en Milán y con bastante olorcito a marihuana y Octavia inhaló con la más enorme nostalgia de bajo fondo...<sup>770</sup>

Y Pedro:

-Te adoro, Petrus.

-Lo sé. Sé que soy el rey de los bohemios, gran señor de charlatanes, supremo juez de las noches y de los bares poblados de negros, árabes, latinoamericanos, y otras variedades del peligro del Barrio Latino (...) Y ahora vístete tranquila porque no tengo intención alguna de decirte que a la princesa le gustan los paseitos por los bajos fondos.<sup>771</sup>

Y también los cuatro tiraron las moneditas de la suerte a una "fontana" italiana. La anécdota sobre Petrus y Sophie la conocemos a través del recuerdo y suposiciones del protagonista teniendo como narratario interno a Sophie: "...y no se como reaccionarás tú ante una fuente, pero yo, fuente que veo, sigo echando moneditas..."<sup>772</sup>. Y Octavia y Martín:

...Poldi-Pozzoli, al pie de cuya preciosa escalera (...) había una pequeña fuente y la gene echaba moneditas. Estábamos solos mirando las moneditas ahí en el fondo y yo quise echar una y pedir mi deseo pero Octavia me dijo déjame echarla a mí. (...) Le di la moneda y la echó y los dos lo vimos, los dos vimos exactamente la misma cosa (...) Porque la moneda que yo le había dado que ella la había echado de tal manera que cayera lo más lejos posible de las otras, tocó piso, apenas unos veinte centímetros de profundidad cristalina, y desapareció...<sup>773</sup>

Y en cuanto al espacio íntimo, sabemos de Sophie -siempre desde la imaginación de Pedro, todo es referido a través de esas páginas en que escribe sobre ella- que ambas son alegres y reidoras, a la par que mágicas. Y que les encantaban "las travesuras" (la Sophie que conocemos al final de la novela poco tiene que ver con la imagen que de ella se nos ha ido mostrando, y aunque han pasado un montón de años cuando vuelven a encontrarse, más parece ilusión que cambio):

...Pedro, yo jamás hubiera podido vivir contigo, menos aún con un escritor, y tú querías serlo, sólo con alguien tan rico como yo, Pedro, o más rico que yo, un hombre que pudiera entrar y salir como

<sup>769</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.27.

<sup>770</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.318.

<sup>771</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.26.

<sup>772</sup> *Ibíd.*, p.155.

<sup>773</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, p.317.

yo de los mismos sitios a donde yo entro y salgo...<sup>774</sup>

Pero insisto, en la imaginación de Pedro, Sophie fue alguien completamente diferente:

Y como Sophie y Petrus tenían exactamente el mismo sentido del humor y lo captaban todo siempre en el mismo instante, rompieron juntos a reírse a carcajadas cuando imaginaron a un mozo tan serio y tan bien vestido, rascándose desconcertado la cabeza ante una meada tan enorme, y en la habitación de un hotel tan elegante.<sup>775</sup>

Y Octavia logró que "París fuera una fiesta", y todo gracias a su alegría, y consiguió contagiar a Martín, quien pasó de ser una persona agobiada por su entorno, y atemorizado ante arrendatarios, porteras... a convertirse en alguien completamente diferente:

...volvíamos al departamento. Armabas turumba en la escalera y ladraban hasta los gatos de los vecinos. Te encantaba burlarte de mí de esa manera, y yo era un hombre sano, fuerte, sin temor a las iras de los vecinos (claro, porque estoy yo para protegerte, me decías muerta de risa), un hombre feliz al que le importaban un comino los vecinos y el alcalde y lo que quisieras, por quien sino por ti habría subido las escaleras cantando a gritos aprendimos a quererte.<sup>776</sup>

Estas dos mujeres serán las que reúnan las características más comunes, pero habrá otras que coinciden en rasgos de carácter, incluso de apariencia. Tanto Claudine, como las dos Catherine la de Martín y de Felipe, son mujeres "grandotas" y acogedoras; y al igual que Sophie y Octavia francesas. Además, aunque Claudine no tiene profesión "conocida", conserva "el espíritu del 68" que está consiguiendo también para sus hijos, e intenta una vida "en contacto con la naturaleza". De las dos Catherine una es orientalista y ecologista; y la otra arabista en la teoría y en la praxis. Y las tres irradian esa paz propia de las otras culturas. Y son, por tanto, mujeres más para el nirvana que para la aventura:

...Claudine lo estaba sometiendo a una verdadera psicoterapia de la vida cotidiana (...) había pasado un mes, y Pedro se observaba sorprendido. Estaba sentado al borde de la camota sin sábanas, con varios vasos de ginebra en la mano, y debatiéndose con gusto entre una infinita nostalgia de sus manías y un limbo de ternura...<sup>777</sup>

...Tirados sobre tu colchonzote, trasladarnos con él al cuarto cuyo aroma a ti te gustaba y tendernos ahí para besarnos y disimular y olvidar incluso nuestras soledades gracias a la barbaridad con que éramos amigos y hacíamos el amor y lográbamos situarnos en un lugar exacto de la ternura, nuestro más grande patrimonio.<sup>778</sup>

Esta es Kat pero las afirmaciones que podrían encajar perfectamente en *Tantas veces Pedro*, referidas a Claudine por la que sintió también ternura y una amistad que fue mucho más allá de su relación; o para Felipe Carrillo la otra Catherine:

-Somos un par de imbéciles- me decía Catherine, entre el incienso y el fracaso, y se reía con su voz franca, cordial, alegre, amable, reilona a pesar de todo.

-A ti te ayuda la cultura- le decía yo furibundo.

-Cada uno de salva como puede, querido amigo.

-Catherine, ¿podrías hacerme un gran favor?

-Pide y se te otorgará siempre que sea posible.<sup>779</sup>

<sup>774</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.216.

<sup>775</sup> *Ibíd.*, p.27.

<sup>776</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.163.

<sup>777</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., pp.92-93.

<sup>778</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.250.

<sup>779</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., p.211.

Virginia y Sandra coinciden en su nacionalidad y en su origen humilde. Además, ya lo he mencionado de pasada, padecen complejo de culpabilidad por ser americanas, de país dominador. Una y otra tratan de compensar esa culpa, con matices, de parecida manera: poniéndose al servicio de los países o habitantes en que los EE.UU. "han actuado" dominadoramente. Sandra lo combate a base de entregar su cuerpo a los desposeídos del país sometido:

Tu me enseñaste lo pobre que naciste en Alaska, que pasastes un largo tiempo sin zapatos en Nebraska, y que te acostaste por primera vez en 1965, con un dominicano, pero no por el dominicano sino por la intervención americana en Santo Domingo. Todo lo cual despertó en mí sentimientos del siguiente tipo: exportar a Marx a Nebraska, pero tú ya lo conocías, comprarte muchos zapatos muy caros, pero esa capitalismo tipo Martín Romaña, en pleno mayo del 68 y maldecir al Perú porque los marines no lo invaden nunca.<sup>780</sup>

Y en cuanto a Virginia, se va a México por idénticas razones:

Todo se iba aclarando. La culpabilidad a costas era una dimensión de su famosa gringacidad que acababa de descubrir en Virginia. Era el muro contra el que tarde o temprano tenía que estrellarme. Virginia era la vecina del Norte. Y en una tierra de muralistas para colmo de males.<sup>781</sup>

Y las dos, y en este rasgo se unen a Inés, carecían, totalmente, de sentido del humor. Características que hacía bastante difícil la convivencia, a juzgar por los comentarios de los personajes protagonistas masculinos de estas dos novelas, que habían hecho de su vida una historia soportable, gracias, sobre todo, al humor. Martín Romaña perdió el humor y cayó en la depresión, o la depresión le impidió usarlo. Y también Pedro Balbuena perdió el humor tras su último traspies amoroso con Beatrice. Las anécdotas de Perusa, ya con tintes de escarnio, no resultarán ni humorísticas para el propio protagonista, que tiene que hacer, a veces, un esfuerzo recordatorio para seguir con su venganza. Únicamente a Sophie parece complacerle. Pero es un punto más de esa desidealización en que está cayendo la mujer.

Y volviendo a las mujeres, en la relación de Inés y Martín hubo muchas lagunas, y una de ellas e importantísima fue la falta de humor de la peruana. Martín Romaña en su "cuaderno recordatorio" apuntó una y otra vez esta carencia:

...ya me estaba acostumbrando a guardarme el humor para el círculo de mis amistades, como dicen en Lima.<sup>782</sup>

...por fin sonrió Inés. Inés no solía sonreír cuando yo hacía una broma, más bien solía sonreír cuando yo estaba muy serio.<sup>783</sup>

Inútil decir cómo me miró y adonde me mandó con la forma en que me miró. Era masoquista, no cabía la menor duda, y a lo mejor hasta sádico, pero lo cierto es que me encantaba provocar esas situaciones con Inés. La quería, quería hacerla reír, la quería y sabía que iba a lograr el efecto contrario, yendo a parar a la mierda, además. pero ahora pienso, más bien, que esto es lo que se llama relaciones normales entre una pareja formada por un hombre al que le gusta hacer reír y por una mujer a la que no le gusta que ese hombre le haga reír.<sup>784</sup>

Virginia y Sandra tampoco fueron campo abonado para el humor; pero como la relación no fue tan determinante en la vida de uno y otro personaje, y mucho menos constante (la relación con Sandra duró alrededor de un mes y la de Virginia con Pedro unos meses -estos datos son aproximados ya que no hay precisiones en el texto-), su falta no fue tan determinante. No obstante el humor hubiera servido para superar algunas situaciones crispadas, y así piensa Pedro: "Lo único que me jode de esta gringa es que no tiene el más mínimo sentido del humor"<sup>785</sup>; y

---

<sup>780</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.370.

<sup>781</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.63.

<sup>782</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.171.

<sup>783</sup> *Ibidem*, p.173.

<sup>784</sup> *Ibidem*, p.218.

<sup>785</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.12.

por su parte Martín: "ahí me enteré de que tampoco Sandra tenía mucho sentido del humor."<sup>786</sup>

Y haciendo esta selección casi volvemos al principio, las grandes mujeres de Martín y Pedro (probablemente porque la ficción pone mucho de su parte), Octavia y Sophie, disfrutaron y quisieron a Pedro, precisamente, por esa cualidad que ellas compartían. Y la pregunta quizás sería ¿buscaban en los protagonistas "la diversión" que en su vida cotidiana no tenían? En el caso de Sophie la pregunta parece contestada:

...le había dicho Pedro, me hacías mucha gracia con tu francés de recién llegado y sin embargo logrando siempre soltar alguna ocurrencia oportuna y divertida; le había dicho Pedro, eres la mejor compañía que podía tener en ese momento, eras diferente a la gente que frecuentaba, me aburría.<sup>787</sup>

Y en el caso de Octavia, además del humor había otra palabra mágica, Martín "le encantaba", en el primitivo significado de la palabra. Y además, probablemente, le amaba porque lo que es cierto que cuando salió con él también sufrió y lloró, y no parecía fingimiento. Pero hay un factor a revisar, a Octavia de Cádiz la conocemos a través de Martín y de los recuerdos. Y aunque los recuerdos a veces sirven "para recordar mejor", otras pueden ser fruto del deseo. Y en las contadas ocasiones en que tenemos una visión desde fuera, se nos dice por ejemplo, "jugó contigo como se juega con un perro" (y aquí podríamos anotar otra de las coincidencias entre Sophie y Octavia, porque Pedro fue siempre "la sombra" del perro de esta mujer) y también se nos dice "está hecha para gustar" (claro que este comentario fue hecho por el pérfido Bryce Echenique, y las envidias ya se saben...).

Hay una frase puesta en boca de Virginia, que también es matizadora y justificaría "la participación" de esas mujeres en el sentido de humor de Pedro, y es esa sensación de provisionalidad de las relaciones, tanto de Sophie como de Octavia, frente a la de Inés por ejemplo y frente a Virginia:

...Creo que nunca comprenderás hasta qué punto me afectan tus extravagancias y tus excesos, por no llamarles locuras. Esto se debe, me imagino, a que tu compañía suele resultarle muy grata a la gente que sólo te *frecuenta socialmente*. Pero mi caso es distinto, *pues yo tengo que vivir contigo*, de tal manera que tus excesos y locuras se conviertan en mis *condiciones* de vida.<sup>788</sup>

El humor, que conociendo a la californiana, no cabe duda que estaba entre las extravagancias.

Y quizás podríamos agrupar a Liliane, a Beatrice, y a Inés, una mujer para cada protagonista, como el prototipo de mujer "seria" y responsable que sueña, a la larga, con una relación estable y sin sobresaltos. Papel consorte que puede llevar bien Felipe Carrillo (ya he repetido que es un personaje "maduro" en cierto sentido), pero con dificultad Martín o Pedro, aunque ambos tienden, en pensamiento y por "educación de primera clase", a la relación estable y duradera, sin gran éxito por lo que conocemos.

Y como última paradoja, hay algo en lo que dos mujeres tan distintas Inés y Sandra estuvieron de acuerdo (también algún otro personaje como "Mocasines" que se sale de este apartado). Y fue el reproche constante (mucho más constante en Inés que en Sandra, pero por cuestión de tiempo de convivencia, no de insistencia) del origen burgués de Martín Romaña. De Inés recordamos los improprios que se remontaban a los antepasados: "tu abuelo era un ladrón de plusvalías", o su negativa a visitar a los Felius, por ejemplo, o la visita, también, a los parientes "proletarios" de Inés y su autosuficiencia ante el hecho de tener unos antepasados como *il faut*, y no tú Martín: "en tu familia cuando alguien..."<sup>789</sup> tiene un primo obrero. Y lo mismo en Sandra:

Capitalista, me dijo, cuando pagué la cuenta. A Sandra se le escapaba a menudo, un poco como a mí lo de Octavia de Cádiz, había más de moda que de maldad en el asunto, en todo caso, pero qué tal Concha, también, quien se había tragado a quien, seamos justos.<sup>790</sup>

Y las dos acaban "confortablemente" instaladas en una mentalidad burguesa, mientras que Martín, fue consecuente hasta el final. Aquí habría que destacar esa crítica irónica que se desprende del hecho.

<sup>786</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.375.

<sup>787</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.216.

<sup>788</sup> *Ibidem*, p.45. La cursiva es mía.

<sup>789</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*

(Pág.467.

<sup>790</sup> *Ibidem*, p.377.

### 3.2.2.5.-The second best

Hay una particularidad que define, con bastante lucidez, -esa lucidez crítico-irónica que practica Bryce y que pone en boca de sus personajes- a muchos de los protagonistas o co-protagonistas de las novelas y, en este caso, también de los relatos; y es el papel de "segundón" que muchos de ellos juegan en la vida de las mujeres.

Si empezamos por el protagonista de *Tantas veces...* y pensamos en Sophie, *the second best* pasa a ser un lugar privilegiado, porque Pedro fue para esta mujer uno de los últimos lugares en su vida. Cuando se vuelven a encontrar en Perusa, Sophie reconoce ante Hans (el juguete del momento) que:

...Lo realmente extraño (...) es que nunca le he hablado de él a nadie; que, en realidad, nunca me volví a acordar de él. En todo caso, creo que hasta ayer, cuando lo encontramos en el convento, jamás había vuelto a pensar en él.<sup>791</sup>

El despropósito de tal afirmación, sabiendo lo que para Pedro supuso Sophie, hace que compadezcamos a Pedro; y en su momento, también la mujer consigue ese sentimiento, que le acercaría a nuestro punto de vista, para rechazarlo de inmediato.

Pero donde realmente Pedro siente que es un "segundón", y así lo manifiesta, con una alusión humorística a un ciclista, que pese a contar con el apoyo del público francés, nunca llegó a alcanzar la meta en primer lugar. Esta sensación -aquí el humor a recaído, como en otras muchas ocasiones, en el propio individuo en ese intento de que "duela menos"- la manifiesta en su relación con Claudine, pero refiere a otras referencias, que aunque no estén explícitas, es evidente que existieron y que influyeron en el comentario porque "un hecho aislado no hace escuela". Pedro vuelve de la Bretaña con Claudine, y lo hacen "precipitadamente" porque la bretona añora a sus hijos, pero también a Claude, el padre de Didier del que siempre ha estado enamorada, y que se lo "robó" su mejor amiga (hubo sinceridad en la relación y Pedro respetó este sentimiento, al igual que Claudine el de Sophie), y en el camino de vuelta se encuentran con un turco, perdido como ellos, y Claudine lo mira como lo miró al él en el jardín de Luxemburgo, para después dedicarle toda su atención:

Cuando Pedro terminó, casi solo, la segunda botella de champagne ya Claudine y Dios<sup>792</sup> estaban unidos para siempre por esa solidaridad nocturna que nace entre los seres que han perdido el último tren o que se han encontrado sin gasolina en Verneuil, y que en cambio desaparece entre los que venían juntitos, y los desune. Toda huella de incomodidad había desaparecido de los ojos de Claudine, uno verde y otro azul, los dos para Dios, quien a su vez con dos ojos de cante jondo y una sonrisa de perlas, sólo tenía ojos para ella. Y en serio que el tipo era bellissimo.<sup>793</sup>

La reacción de Pedro estaría justificada, quizá, porque con la decisión de Claudine de ir juntos a la Bretaña, el protagonista había esperado otra cosa, y no esa nostalgia de Claudine por lo que quedó en París, y en el entremedio, lo que él creyó un interés desmedido por el turco, lo que le lleva a exclamar:

-Soy el Poulidor del amor -dijo Pedro.

-¿Y eso qué quiere decir? -le preguntó Claudine.

Pedro le dijo que eso no quería decir nada (...) Por fin partían.<sup>794</sup>

El protagonista, todavía sobrio, decide no hacer mayores comentarios a lo que estaba sintiendo. Y ya en el camino de vuelta, era Nochebuena y tienen problemas con la gasolina se encuentran con un turco tan perdido como ellos, y todos van a calentarse a un bar; y aquí, Pedro que ya ha roto las barreras de la moderación con el alcohol -champagne para celebrarlo todo- y Claudine que mira al turco con esos ojos que Pedro creía sólo

<sup>791</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.211.

<sup>792</sup> Dios es el nombre con que Pedro ha bautizado al turco, dada la coincidencia de que "nació" para Claudine, como revelación, en día de Nochebuena.

<sup>793</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op.. cit., p.127.

<sup>794</sup> *Ibíd.*, p.119.

reservados para él, da lugar a todo lo que sigue. Pedro estalló y completó la sentencia que Claudine no entendió. Ahora se dirige como interlocutor a Dios, quizás propiciado por "la noche" sólo "buena" para algunos:

Mire, yo soy el Poulidor del amor, *capito o non capito?* Al turco parece que sólo le interesaba la mecánica, el dinero que enviaba a su casa (...) Porque por más que Pedro le mencionaba al célebre ciclista francés, el otro continuaba haciéndole gestos sonrientes y cristalinos, a través de los cuales quedaba más que claro que no comprendía ni jota (...) ¡Poulidor campeón!, ¡Poulidor campeón!, y recién ahora Dios como que empezó a seguir un poco e asunto, aunque más bien de lejos. Por fin Pedro le explicó con calma de qué se trataba. En Francia, había un famosísimo ciclista, ¿entiendes?, ya, que era el ciclista más popular de Francia, ¿entiendes?, ya, pero que nunca ganaba una carrera y siempre llegaba segundo (...) Bueno, en el terreno del amor (...) En el terreno de mierda del amor yo soy el hombre más popular y querido del mundo pero siempre me toca el segundo puesto, ¿entendiste?, ya (...) Esta cojuda, por ejemplo, me adora...

-¿Quién ha dicho que yo te adoro...?

-Ya ves; antes me adoraba, pero de golpe a descubierto a otro a quien quiere de verdad, y justo en la meta (esta vuelta a Francia terminaba en Corcarnou), justo en la meta me han ganado por puesta de mano, por una cabeza, o por una rueda, para hablar en términos ciclísticos.

El turco le comprendió toditito, y hasta sintió la misma pena que él sentía...<sup>795</sup>

Claro, todos no podemos ser Induráin, por muy navarros que seamos y pedaleemos los domingos, pero, ¿quién se lo hace comprender a Tony Rominger?

Y ya al final del viaje, en Chanteloup, Pedro remata la escena con una salida humorística:

-Ya llegamos, Pedro.

-Ya llegaste -dijo Pedro desperazándose.

-Todavía deben estar durmiendo -dijo Claudine-. Voy a tener que esperar que se despierten, y me caigo de sueño.

-Eso ya es problema tuyo. Poulidor se va a casita, a París.

-¿Estás loco? ¿Y en qué te vas a ir?

-En bicicleta, como siempre.

Claudine lo llevó hasta la estación de tren...<sup>796</sup>

Y ya el puesto de *second best* esta es una carrera de obstáculos, le corresponderá a Martín (esperadísimo) y se manifiesta tácitamente en su relación con Octavia, y a propósito de su abandono por Eros (y aquí se da de una forma más clara la coincidencia con Poulidor, porque Martín era para Octavia el "más querido", pero el que se queda con el maillot es Eros, en esta ocasión.

En el caso de Inés hubo "etapas", y en alguna ganó Martín, frente al brasileño consiguió *the first place* (después le ganó a puntos) y frente al Grupo, un pelotón bien avenido, perdió. Pero aquí la derrota fue menos directa.

Y volviendo a Octavia y a Martín, vamos a situarnos en el contexto. Esta referencia, explícitamente, está sacada del curso normal del recuerdo y de la anécdota, porque sólo ocurrió en la mente del protagonista, y son cartas, fragmentos de cartas de aquellas que "no escribía" a Octavia, por no herirla, en esos días en que le ha cogido "la soledad" desprevenido, y no sabe como hacerle frente, y se mira en Vallejo, y es mucho peor porque

---

<sup>795</sup> *Ibidem*, pp.129-130.

<sup>796</sup> *Ibidem*, p.132.

se identifica, ya que el poeta no es el mejor espejo donde mirarse los días de tristeza y soledad. Así, estos días se le escapa la ironía insinuadora de ese lugar que ocupa en la vida de las mujeres. Además es un lugar que lleva "arrastrando" desde sus primeras etapas de la adolescencia:

Este asunto empezó por mi culpa, sin duda alguna, cuando tenía quince años y primer amor. Insistí como loco en llegar al Maximus máximo massimo en la lista de aquella chica, pero ella me torturó siempre con eso de que el primer lugar había que dejárselo a Dios. Me quedó algo contra el catolicismo desde entonces...<sup>797</sup>

...Con mi sexto sentido ya comprobado, en este sentido, he empezado a sentir que soy un hombre que espanta a las mujeres, precisamente porque ha tomado conciencia, con ese sexto sentido, tan sentimental, de que, para su espanto, en su vida sólo puede llegar a *second best*.<sup>798</sup>

Y ahora ya en su relación con Octavia:

He descubierto en un libro la increíble palabra *hiperdulía*. Corrí al diccionario: "*ver culto por hiperdulía*." Corrí a ver culto por hiperdulía: "*el que se da a la santísima virgen y es superior al que precede*." Algo así como tú, con lo abstracta que te has ido volviendo. Y algo así como yo, el *second best* que precede siempre al esposo superior...<sup>799</sup>

Y Martín Romaña intenta paliar este papel de segundón, buscando situaciones opcionales:

Me he comprado un automóvil para pasearme solo por París. Es un verdadero caso de exhibicionismo, porque no sólo me ha costado carísimo sino que además es descapotable para que no quede la menor duda: estoy solo. Y me ha dejado sin plata hasta para llevar a una chica a tomar un café. Mi divisa: mejor descapotable que *second best*. Aunque claro, los casos pasados son inevitables. Te hiperdulo...<sup>800</sup>

Y entre las opciones una de ellas ha sido el humor.

Y todos los extractos, así se llama el capítulo: "Paréntesis extractivo anticronológico", llevan a la misma idea, con una fijación de obsesión, tal vez justificada.

La lucidez de Martín y el reírse de sí mismo para no caer en el llanto, también de sí mismo, es una constante en "el díptico". Y ahora el protagonista ha hecho examen de conciencia, y sabe cual es su postura en la vida respecto a las mujeres: *the second best*. Y podrá obrar en consecuencia.

Hay que añadir que todas estas reflexiones las ha sentido, de golpe, cuando está tratando de fijar la cronología para el relato, y llega el día en que "hace diez años que se casó Octavia". Esto lo explicaría, y también "la manera en que le duele".

Hay otros personajes que también ocupan ese, a veces, no tan honroso lugar en su relación con las mujeres, y voy a comentar dos y ambos de *La felicidad*... Se trata del narrador de "Un poco a la limeña", tan anónimo que desconocemos hasta su nombre y Taquito el co-protagonista de "Baby Schiaffino".

El primero es un caso ambivalente de admiración hacia un héroe (héroe del siglo veinte se entiende), y por tanto con esas cualidades envidiables en ciertos círculos -ahora se trata de Lima- que se resumen en una situación económicamente desahogada, "un nombre", todo el tiempo del mundo para las tertulias y juergas nocturnas, y unas mujeres bonitas que completan el panorama. Y ese deseo de ser como él, pero para el que le faltan cualidades (tampoco se especifican cuales, pero se intuyen). Y digo que es un espacio de héroes porque se dan los dos requisitos: "la admiración" y "el contar la historia de lo admirado", en este caso de Ezequiel:

Me gusta la gente, me gusta su compañía, conversar con ella, que alguien me cuente cosas y

---

<sup>797</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.276.

<sup>798</sup> *Ibidem*, p.276.

<sup>799</sup> *Ibidem*, p.277.

<sup>800</sup> *Ibidem*, p.277.



fume y haya una botella de algo ahí con nosotros. Por eso me imagino que estaba destinado a caerme muy bien, a hacer de mí un espectador de sus largas noches conversadas, sinceramente debo decir que lo que logró es convertirme en un gran admirador suyo porque había hecho un género, un estilo de vida de aquello que a mí tanto me gustaba.<sup>801</sup>

Cuando se tiene admiración exagerada por alguien, y en vez de tratar de emularlo se vive en su sombra, puede decirse de él, con justificado motivo, que en un segundón; y en este sentido ya lo es el narrador de este relato. Más ahora hablamos de las relaciones con el sexo contrario, que en este cuento también se dan, y ocupando ese lugar, aunque de una forma un tanto peculiar, porque el narrador-amigo de Ezequiel se va enamorando progresivamente de las mujeres que elige Ezequiel para sus devaneos. Y se conforma con el papel de "consolador oficial" cuando las relaciones se deterioran. Primero con Terry:

Terry me besó y me dijo que había una nueva y grande esperanza. Pero esta vez no brindamos porque al besarla yo sentía algo de pena, sentí como que la iba a perder (...) Sentí como que yo había sido demasiado amigo de ella y de él para empezar de pronto a sentir que mi compasión se transformaba en otra cosa.<sup>802</sup>

Y después, cuando con Tessina Francesca se ve desatendida por Ezequiel, volverá a ser este mimético personaje quien reciba las migajas que dejó "el héroe":

...Y lo único que va a lograr es que con Tessina Francesca se enferme de tanta pena. Pobrecita, por fin acaba de recostar su cabeza en mi hombro y se ha puesto a llorar como una niña. Por lo menos ahora no me siento ni inútil ni frustrado. Este llanto me corresponde a mí.<sup>803</sup>

Y en "Baby Schiaffino" será Taquito quien vivirá desde la adolescencia hasta su edad adulta (y por ella se entiende un título y el matrimonio) ocupando ese "un poco triste lugar de segundón".

Taquito consigue ser el acompañante oficial de una hermosa muchacha, Baby, poniendo lo que el narrador llama "su gran capacidad" (ese saber aguantar entre sonrisas cualquier situación molesta, adaptándose "a lo nuevo" como si no fuera con él) en manos de la chica. Y Baby estaba en esos momentos en que se descubría a sí misma y estaba practicando el arte de convencer conversando y Taquito era el compañero ideal. Taquito pues se convirtió en el acompañante oficial de Baby pero cuando tenía que ir a una fiesta por ejemplo la de su graduación eligió a otro acompañante y dejó a Taquito en casa. Después ocupará el mismo lugar ante Calin, un mulato barriobajero por el que Baby siente fascinación en algún momento:

Fue un rápido traspaso de poderes y los amores de Baby y Calan, célebres en Miraflores y San Isidro, duraron hasta que Baby llegó a tercero de Letras y Calan siguió repitiendo segundo. Un rápido traspaso de poderes si es que de poderes se podía hablar en el caso de Taquito, peor en algo se parecía el asunto a todo eso porque lo que si es verdad es que Taquito no cayó en desgracia y que se convirtió más bien en el favorito del favorito (...) Fue el gran amor, el escándalo, y Taquito, convertido en el más grande admirador de la vida dura, mala, heroica de Calan y, al mismo tiempo, el más ferviente defensor de la pareja.<sup>804</sup>

Y por supuesto, a la hora de elegir marido, Taquito no contó para nada. Y el día en que se casa Baby, en la misma fiesta en que se queda sin esperanzas, haciendo, nuevamente, uso de "esa gran capacidad" conoce a Ana: "...una muchacha que se parecía a Baby... sólo que menos interesante, rubia, bonita... sólo que más llenita, narigoncita, bajita..."<sup>805</sup>, que pasará a ocupar ese puesto de segunda mujer en el corazón de Taquito y el primero ante el mundo. Ha habido un traspaso de poderes. Y ya casado continuará pensando en Baby, cuando para ella él ya no es ni un "último lugar".

Pero hay una particularidad en este personaje, y también en el anterior que lo separa de Pedro y Martín. Por aquellos sentimos compasión y ternura, por estos desprecio. Y esto lo justificamos por la sinceridad dolorida

---

<sup>801</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad...*, op. cit., p.160.

<sup>802</sup> *Ibidem*, p.168.

<sup>803</sup> *Ibidem*, p.174.

<sup>804</sup> *Ibidem*, p.98.

<sup>805</sup> *Ibidem*, p.121.

con que los primeros reconocen su lugar; y la aceptación servil y complaciente tanto del protagonista anónimo de " Un poco a la limeña ", como de Taquito Carrillo.

Y quizá también, con matizaciones positivas, Santiago de " Los grandes hombres... " también se ve condenado a llevar la "vela" en la procesión, desde que Eugenia era adolescente y elige a Raúl para compartir la vida. Después en París, -ese será su pequeño triunfo, "una escapada en solitario"- Eugenia le confesó "lo gravoso" que resulta vivir con un "héroe", y que si hoy tuviera que hacer la elección:

A los dieciocho años todas soñamos con casarnos con un ídolo, como los llamas tú. Pero después, no sé. Después es mucho más bonito vagar por París como (sic) un hombre como tú. Te lo digo en serio, Raúl...

-Eugenia...

-Y te digo mucho más, mucho más, Santiago. Te lo digo pensándolo bien y sintiéndolo muy sinceramente... si algo le pasara un día a Raúl...<sup>806</sup>

Pero, igualmente, Eugenia se le escapó de unas manos que nunca la habían poseído (aunque hay en el texto una insinuación, que sólo es tal, de que Eugenia y Santiago llevaron hasta el extremo la relación). Y Eugenia volvió al Perú con su "ídolo", y Santiago se quedó en París, y sin el triunfo.

### 3.2.3.-La amistad

Esa amistad un poco peculiar que comenté en el espacio de la adolescencia (peculiar, por la diferencia de edad de los amigos), sigue manteniéndose y extendiéndose en el espacio de la edad adulta; y aunque no constituye el tema dominante, que ya sabemos que lo ocupa el amor y la escritura, continúa siendo un componente de "esos afectos privados" con los que cuenta el escritor -como lo ha dicho muchas veces al ser preguntado, y para no salirse del texto, sólo hace falta leer las dedicatorias de su libro para confirmarlo- y nuestros personajes.

Pedro Balbuena contará con el doctor Chumpitaz, un cholo de su mismo origen, para aliviarle las penas amorosa, o para traerle a casa cuando los pies no le siguen (recordemos que en la fiesta en que conoció a Beatrice, fue él quien se lo cargó "a peso", como el diván Martín, cuando los excesos habían pasado de un límite más que razonable). Después será "una mujer", Claudine, la que pasará a ocupar el lugar del amigo. El resto del espacio afectivo lo compartirá con las mujeres con las que intentará sustituir a Sophie, el auténtico y exclusivo amor de Pedro. Reflexionando sobre la amistad me doy cuenta de que el protagonista de *Tantas veces...* es un hombre solitario, si lo comparamos, por ejemplo, con el protagonista del "díptico". Porque Martín Romaña es un hombre lleno de amigos -y algún enemigo, su propio creador y el doctor Raset, que "no siendo psiquiatra como le doctor Llobera,...", y eso no podía perdonárselo-. Los primeros amigos que le conocemos en París serán "los muchachos del hotel sin baños", y aunque hubo sus diferencias en cuestión de "clase", le enseñaron mucho de lo que después fue su lección diaria: el marxismo. También estarán los amigos ingleses a quienes tuvo que adecuar para evitar que esas críticas de los "muchachos..." crecieran: "Philip, el abogado que yo hacía pasar en París por estudiante de derecho"<sup>807</sup>; y con quienes pasará la primera Navidad lejos de casa, y que demostraron su amistad no sólo en la jarana sino también en la enfermedad:

Peter (el amigo en cuya casa se alojaba), que en el fondo siempre sería un poeta, propuso un brindis, y me invitó a pasar el próximo Año Nuevo con ellos. El hijo de puta del médico fue el único que no brindó (...) Se fue a eso de las ocho. Se fue en inglés. A la pobre bestia esa jamás se le ocurrió que un peruano podía entender inglés. Se fue diciendo que lo sentía mucho, pero que no pensaba que yo iba a pasar la noche. Peter le pegó un puñetazo, en mi nombre, y yo sonreí pensando que en el fondo, por más que le hubiera dado por trabajar en un Banco de la City, siempre sería un poeta (...) El médico le devolvía el puñetazo a Peter, explicando a gritos que no le quedaba más remedio que irse porque era el médico de todo el barrio y había mucha gente más que se iba a morir esa noche. Philip se acercó a explicarme que en Inglaterra la medicina era socializada, y el médico se le acercó a Philip a

<sup>806</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.186.

<sup>807</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.47.

pedir una guinea, lo cual equivaldría a pedir libras esterlinas actualmente (...) Y le señalé mi billetera a Philip y a Peter le señalé al médico, para que le metiera otro puñetazo en mi nombre.<sup>808</sup>

Después de la experiencia de Inglaterra, en donde Martín "había quemado etapas demasiado rápidamente", y había sentido, además la muerte cerca (así lo creyó por lo menos el médico inglés), se plantea la vida nuevamente, revisando la idea que los amigos se habían hecho de él, y lo que él realmente sentía (Martín siempre fue un hombre con una doble vida, en la amistad, con Inés representando el papel que ella le imponía, y después con Octavia haciéndole escuchar lo que ella quería oír. Y así reflexiona Martín:

La gente, y la gente eran para él sus primeros amigos en Europa, se habían formado ya una idea de él. Martín Romaña era un tipo vital, exuberante, gracioso, y dotado de energía a toda prueba. Martín Romaña era el primero en empezar una fiesta y el último en acabarla (...) Martín Romaña no tenía prácticamente vida privada, ni horas de trabajo, ni horas de sueño. Era el tipo más disponible del mundo, y a la gente le gustaba eso. Le gustaba que siempre estuviese libre para empezar cualquier cosa (...) Supo, por un lado, que la gente le gustaba demasiado, que no podría decirle nunca no a una persona que venía a solicitarlo (...) había acostumbrado mal a la gente, pero no podría vivir tampoco sin que esa gente lo viera siempre a la altura de su reputación.<sup>809</sup>

La cita está en tercera persona pero simplemente para alejarse, con la distancia afectiva necesaria; pero las reflexiones siguen siendo de Martín.

Así Martín será un hombre condenado a estos afectos, que se verán mermados y controlados por "ese nuevo afecto" que será su mujer, Inés; y ya juntos tendrán amigos comunes, porque incluso "el Grupo" tan polémico en los días con Inés, cuando el tiempo transcurrido "permite recordar mejor", Martín los evocará con cariño y amistad:

...con excepción de Mocasines, todos siguieron siendo mis amigos, aunque a algunos nos los vi más y a otros quisiera verlos siempre más, ahora que aquello es tan sólo un recuerdo de infancia que linda más bien en el trauma infantil, porque sólo Paredón y un par más hicieron en el Perú las cosas que en París decían que iban a hacer en el Perú.<sup>810</sup>

Amigo será también Carlos Salaverry a quien acoge en su casa cuando los dos son abandonados "por las barricadas", decidiendo "irse al carajo" juntos. Después aparecerá Sandra, y ya sabemos de Martín y de sus mujeres; y por ella abandonará "temporalmente" al amigo, no sin cierto remordimiento:

...y estoy pensando en Carlos Salaverry al cabo de su primer día de vómitos. Eran tres, según él, y *noblesse oblige*, había quedado en pasar un rato, a ver si no se había muerto. Ya era hora de ocuparme de ese amigo del que tampoco había logrado hablarle a Sandra, para ella debía ser el otro de Pigalle.<sup>811</sup>

Fue una amistad y, como otras, se mantuvo a lo largo de los años a pesar de la distancia geográfica, porque Carlos volvió a Perú a instalarse. Y allí retomaron el "como decíamos ayer...", y los recuerdos y la compañía de "Paredón" (otro amigo), se hace inclasificable:

Un último recuerdo de esos seres tan queridos. Hace algún tiempo, durante mi último viaje al Perú, uno de esos viajes que me hizo ganar mucho y perder muchísimo, Paredón y yo nos reuníamos una vez por semana en caso de Carlos, que había regresado a Lima por el 74. Una noche nos emborrachamos mientras esperábamos que llegara Paredón. Llegó tardísimo y agotado. (...) Carlos lo abrazó, borrachísimo, y soltó una de las frases más inmortales que he escuchado e mi vida. Quería ayudarlo, quería colaborar, nosotros éramos un par de borrachines, un par de neuróticos de mierda, probablemente nos habían cagado en la infancia pero nunca era tarde para empezar de nuevo. Y ahí vino la frase.

---

<sup>808</sup> *Ibidem*, p.52.

<sup>809</sup> *Ibidem*, pp.56-57.

<sup>810</sup> *Ibidem*, p.307.

<sup>811</sup> *Ibidem*, p.385.

-Hermano, dame la dirección del paro nacional y mañana te caigo a primera hora.

Lo más increíble fue que Paredón sacó lápiz y papel y empezó a anotar...<sup>812</sup>

Y amigo, cuando lo frecuentó, sólo tuvo ocasión en Bruselas y en Solre, fue el Príncipe Leopoldo, el único familiar de Octavia que no estaba "por la modernidad del dinero" y acabó, claro, arruinado. Pero quien, desde su distancia de abuelo, quiso ayudar a Martín en su relación con Octavia, ofreciéndole no sólo la amistad, como ya he dicho, sino "ese último cheque" para que pudiera fugarse con Octavia a California. Solre y su morador fueron siempre el espacio-oasis que siempre recordó con nostalgia.

Y entre los amigos de "a pie", hay un lugar muy especial para los que habitaban "los veinticuatro cuartos" de aquel techo "cerca del cielo". Allí compartió la amistad desinteresada:

-Bajo a comprar pan, Martín. ¿Te subo tabaco?

-Gracias, Carmen, tengo todavía.

(...) Era la parca solidaridad del pueblo de aquel techo. Era hermosa, hermosa y sobre todo sumamente necesaria por que eran nueve pisos de escalera y había que pensarlo muchas veces antes de olvidarse de algo abajo y tener que subir de nuevo. Total que cada vez que me tocaban, yo le añadía más pescadores sindicalizados al mar de mi padre...<sup>813</sup>

Los eructos y vomiteras de Roland, y los guisos domingueros de Carmen y Paco, con esos resultados que no eran para repetir, pero lo hacía, movido siempre por esa amistad, ¿Por qué si no?. Y a ellos, y por la misma razón, los hizo personajes de su novela sobre "los sindicatos pesqueros", y fueron lo único vivo de todo el texto. Y años después Martín conserva el original, pero sólo por que allí estaban reflejados los afectos inolvidables, los de Giuseppe, o los de Francisco y Paolo. Y en este mismo lugar apareció "sospechosamente" Enrique Álvarez de Manzaneda, que merece una mención muy especial por muchas razones. La primera porque fue EL AMIGO, por cuya amistad se enfrentó al "Grupo", y por lo que es más doloroso, "ante Inés". Y lo consiguió durante un tiempo, hasta que tuvo que elegir, y su elección fue Inés:

Martín vivía en permanente propensión al psicoanálisis y era gran amante del vino, mientras que Enrique poseía la serenidad de un espía y sólo tomaba leche. A elegir, pues, Martín. Inés se había marchado a una reunión del Grupo la noche en que Martín decidió sentarse horas frente a su bizquerita y no abrió la puerta cuando llegó Enrique a la hora convenida. Con repetir la historia, tres veces, bastaría. Tres citas, tres plantones. Enrique era lo suficientemente orgulloso y además no tenía un pelo de tonto (...). Su única esperanza era que Enrique también hubiera comprendido la verdadera causa de su elección.<sup>814</sup>

Después desapareció de su vida y de París como había llegado, en silencio, y de noche. Y a Martín siempre le quedó la duda y el deseo, unido a la necesidad, de pedirle una perdón que nunca llegó y que merecía. Ya sabemos lo trágicamente que acabó la historia, Enrique recordando hasta el día de su muerte al amigo, y Martín fallándole una vez más. Y esta vez por unas horas:

¡no puede ser, señor Romaña! ¡hasta ayer habló de usted! ¡hasta ayer lo esperó! ¡él sabía que usted le había creído todo! ¡usted fue su único amigo en París! ¡él siempre lo esperó! (...) ¡mi Enrique lo esperó siempre! ¡pero ha llegado usted demasiado tarde, señor Ro...!<sup>815</sup>

Y amigo también será Daniel Céspedes: "Inés y yo éramos de las pocas personas ante las cuales Daniel detenía sus interminables caminatas"<sup>816</sup>; "el Último Dandy" e incluso "Lagrimón", a pesar de la tortura a la que le sometía cada tarde con su psicoanálisis improvisado. A los que habría que añadir los amigos españoles, los Feliu, o el doctor Llobera que fue mucho más que un médico que le curó la depresión; o los amigos

---

<sup>812</sup> *Ibíd.*, p.295.

<sup>813</sup> *Ibíd.*, pp.131-132.

<sup>814</sup> *Ibíd.*, p.196.

<sup>815</sup> *Ibíd.*, p.434.

<sup>816</sup> *Ibíd.*, p.223.

circunstanciales de Logroño que le acompañaron y atendieron en ese "vía crucis rectal" tan difícil de llevar.

Y la receptividad de Martín hacia la amistad lo lleva a encontrarla hasta en el manicomio, y no entre los locos de "oficio", que lo encontraban "loco de verdad", y lo aceptaban a desgana, sino en el doctor Raymundo Pericay, paciente razonador y comprensivo.

Y entre amigos e impulsados por ellos Martín e Inés decidieron casarse. Y entre amigos, también, Octavia y Martín se amaron en Bruselas.

Y siguiendo con las novelas, " Un sapo en el desierto " es una historia de amistad completa, que ya ha quedado esbozada en los espacios de la adolescencia, porque Mañuco es el adolescente protagonista de una historia que refiere ya adulto a otros amigos, intercalada con la amistad entre ellos, que le llevará a decir: "algún día este esmerado antro será el lugar en que los cuatro nos hicimos amigos"<sup>817</sup>.

Y Raúl y Santiago de " Los grandes hombres... " compartirán una amistad que les llevará a estar juntos en los momentos en que lo necesitan. Y el héroe Raúl es capaz de bajar de su pedestal por el amigo, en aquella última visita en París, donde ya puede llorar por Eugenia.

Y pasando a los cuentos, en " Eisenhower y la Tiqui-tiqui-tín ", el protagonista, un fracasado "social", consecuencia de ese desacuerdo entre su mundo y el que elige por empatía, habla imaginariamente con el amigo de los años de universidad. Y le habla del fracaso de su vida, pero sobre todo es una nostalgia de los tiempos en que aquella amistad parecía inquebrantable -el título sugiere dos anécdotas de aquella época- y de la que ahora está cada vez más alejado, en tiempo y en afecto:

Voy a seguir llamándote, gordo; a tu estudio, a tu casa, se que cada vez que me emborrache te volveré a llamar. Odio que me tengas compasión, que me creas un loco por lo que he hecho con mi vida, con mi porvenir limpio y decente, con lo que tenía de gente bien. Voy a llamarte inmediatamente...<sup>818</sup>

## 4.-EL ESPACIO FORMAL

### 4.1.-La oralidad

La crítica es unánime, cuando se trata de Bryce, respecto a la oralidad y al humor.

La primera es un dato que salta como un resorte, cuando se habla de ese escritor. Y el segundo es el ingrediente que hace que unos acontecimientos que son dramáticos (tanto lo que le sucede a Pedro, a Martín o a Felipe Carrillo está más cerca del drama que de la comedia) se conviertan en anécdotas que provocan sonrisa, risa, o incluso rechazo (ya sabemos que el humor, para que se produzca, no basta con que el texto lo codifique como tal, sino que necesita un receptor-lector que se identifique con "el mundo del escritor", y asienta con sus críticas humorísticas, compartiéndolas), pero raramente lágrimas. Es decir sirve para dar a las historias tristes un aire festivo, con la importancia que el cambio de matiz tiene.

Volviendo a la oralidad y a esa crítica unánime; y aunque los comentarios, muchas veces, no pasen de la mera mención -son sólo reseñas- voy a mencionar algunos:

Además del lenguaje, una de las claves para conseguir esa oralidad es la divagación que pretende ser espontánea.<sup>819</sup>

El otro elemento clave en el cual nos gustaría hacer hincapié se define por el termino de "oralidad" (...) formalmente la solución más frecuente consiste en el uso predominante de la primera

<sup>817</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Dos señoras conversan*, op. cit., p.79.

<sup>818</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad ja,ja*, op. cit., p.25.

<sup>819</sup> Nuria Vilanova, "Final de un juego", *Quimera*, Num. 49, p.74.

persona del singular. No se trata sólo de un "yo" tradicional con las respectivas funciones de narrar...<sup>820</sup>

La oralidad de *La vida exagerada...* supone un tono de narración relajado, informal y conversado; está constituida por un lenguaje coloquial, donde todas las voces y estados de ánimo del protagonista encuentran una fácil expresividad para comunicarse con el lector...<sup>821</sup>

Sin embargo, Bryce persigue en sus novelas esta síntesis de escritor hablante que, no sólo hace dialogar a sus personajes con viveza, sino que narra como si estuviera hablando sin parar. Entre las muchas especies de escritores -tan difíciles de diferenciar como a los hombres mismos- hay una muy clara de distinguir: los de expresión oral frente a los de expresión escrita.<sup>822</sup>

Y otro comentario más extenso, que a su vez proviene de un estudio de las mismas características, y donde la oralidad queda resaltada con mayores matizaciones:

Much of the oral aspect in this novel comes from the personal, intimate approach of the known narrator directing his story to specific internal "destinatarios", and beyond to his confidant, the reader. In the mids of the remembered past of a first-person narration, the constant chatty insertions, the informal asides, the exclamations, a juxtapositioning of information and the occasional rambling sentence construction following speech patterns maintain the rhythms of spoken language. Bantering humor, consistently sprinkled throughout the novel, gives the final verbal ingredient. The oral tone is always heard above the confessional qualities in the catharsis of *La vida exagerada de Martín Romaña*.<sup>823</sup>

Además el autor, preguntado una y otra vez sobre esta característica, ratifica, no puede por menos, esa intención formal diciendo de ella:

Me ha obsesionado siempre la oralidad como una cosa absolutamente peruana. Yo creo, sigo creyendo, que los peruanos son maravillosos narradores orales y que son seres que reemplazan la realidad, realmente la reemplazan, por una nueva realidad verbal que transcurre después de los hechos.<sup>824</sup>

Una oralidad que él cuenta aprendida de la forma de ser del peruano, en la que al final, "dándole vueltas a la pelota", siempre salía vencedor el equipo local. Y Bryce se dice "observador interesado" de esta narración "oral oral", de la que se sentía un poco excluido (vuelve a aparecer, sin quererlo, esa anacrónica educación en inglés, que lo alejó del pueblo raso) pero de la que tomaba nota con gran cuidado:

...Era un ser excluido, nunca pude conversar con el pueblo peruano, siempre se reían de mí, había algo que hacía que yo hablara como en otro idioma, pero me iba a los mismos sitios, a los mismos cafés, a los mismos bares, y escuchaba cómo empieza el maravilloso relato oral: si Valeriano López hubiese tomado la pelota y hubiese pasado la pelota, gol peruano. Todos los partidos se ganaban después. Esto para mí fue una obsesión y quise llevar a mi literatura esa oralidad, esa capacidad de arreglar la realidad, de burlarse de ella finalmente, de recuperarla, de ser el observador que se observa a sí mismo observando, y de añadirle un toque de humor a esto, porque también pienso que el humor en el Perú es un elemento importantísimo para soportar una realidad insoportable (...) Fue así como las primeras características de mi literatura fueron esas. Yo era un escritor que había traído a la literatura peruana la oralidad, que no había existido prácticamente antes que yo, por otro lado el humor a una literatura que siempre era grave, que siempre era triste.<sup>825</sup>

---

<sup>820</sup> Laszlo Scholz, "Realidad e irrealidad en *Tantas veces Pedro* e Alfredo Bryce Echenique", *Revista Iberoamericana*, a bril-septiembre 1991, p.539.

<sup>821</sup> Cesar G. Ferreira, "Vida y escritura: *La vida exagerada e Martín Romaña* e Alfredo Bryce Echenique", *Dactylus*, p rimavera de 1986, p.36.

<sup>822</sup> Carlos, Fernández "Bryce Echenique: hablando de soledades", *El Norte de Castilla*, 28 enero 1991, p.57.

<sup>823</sup> Rodríguez-Peralta Phillis, "The subjective narration of Bryce Echenique's. *La vida exagerada de Martín Romaña*", *H ispanic Journal*, p rimavera 1989, p.148.

<sup>824</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", *Cuadernos Hispanoamericanos*, marzo 1985, p.68.

<sup>825</sup> Alfredo Bryce Echenique, "Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas", *Cuadernos* 182

La literatura oral, hecha escritura para su perduración, tiene un antecedente tan remoto como importante, en reflexión de Karl Popper, que considera que "pocos momentos han sido tan importantes y deslumbrantes para la sociedad ateniense, primero, y el mundo occidental todo, después, como en aquel momento en que se mandó imprimir, es decir, escribir, una *Ilíada* y una *Odisea* que andaban por ahí sueltas, en boca de unos cuantos aedas.<sup>826</sup>

Y casi podríamos decir que Martín está repitiendo el gesto de los atenienses, poniendo en la escritura "su vida exagerada", para que "perdure", con las connotaciones que "la perduración" ha ido tomando con los siglos, y ahora con los años y hasta con los momentos, ante esa "última cultura" del "usar y tirar". O sin tanta solemnidad, tal vez simplemente, es un gran pícaro, como sugiere de la Fuente<sup>827</sup> en quien este autor cree ver rasgos de "la picaresca" con tanta tradición en la novela española.

Así vista, la "función" de la Literatura (hay que buscar "utilidades" como sea) será hacer que todas esas espléndidas narraciones de "auténticos contadores" -para lo que se necesitan, no cabe duda, cualidades- no se pierdan y queden en el olvido de lo no existente:

...y también se pierden los narradores orales de hoy. Se pierden en salones y tabernas y se pierden para la literatura de su país y de su lengua. Y al caer ellos en la atracción fatal de contar historias en lugar de escribirlas, al caer en el goce triste de lanzarlas a los cuatro vientos con el más grande desinterés, también nosotros las perdemos.<sup>828</sup>

Y a vueltas con la oralidad, hay en el escritor un intento de que no sólo la forma (el diálogo, las interjecciones, el lenguaje, el tono...) cumpla con el requisito de la narración oral sino que también el narrador se comporta como tal, como un locuaz hablador, que allí donde va arrolla. Y esto lo consigue dando al que habla en el relato ciertas características, pero además dando forma oral, de historias transmitidas, a los relatos, y éste es el aspecto que voy a resaltar.

Si empezamos por *Un mundo...*, la oralidad viene determinada por el narrador en tercera persona que nos cuenta la historia de Julius (que en la mayoría de las ocasiones toma el punto de vista del niño y muestra sus preferencias y rechazos, de acuerdo a lo que siente el protagonista, que como es un personaje "ducho" puede expresar mejor que el niño lo que él siente). Pero, por eso, es un narrador escurridizo, con una voz que no sabemos muy bien a quien pertenece muchas veces. Y por igual se dirige a Julius como narratario, pero también al lector, acercándonos "con cuchicheos y critiquillas".

Además de este rasgo de oralidad están las historias orales dentro de la novela, las que cuenta Vilma de Puquío, que quedan rápidamente deslumbradas por las de "la selvática", mucho más aparatosas, que son referidas a un Julius encantado de escucharlas, pero también la refiere al pintor Peter en un Café, en Chosica. Y Peter, de igual forma, intercala, a solas con Julius, sus historias de bohemia, que son seguidas con gran atención por el muchacho. Y son todas formas de "narración oral" dentro de la escritura; y contadas también por gente, como le pasaba a Bryce en los bares, con la que el protagonista "no encajaba" pero igual asentía. Es, no obstante en sus otras novelas y en algún relato donde la oralidad se desborda.

Manolo de "Dos indios" cuenta su historia personal a "un amigo" accidental, peruano, que ha conocido en Roma; y se lo cuenta en un *Café* (lugar de tertulia por excelencia), y éste, el oyente será el encargado de darle forma escrita. En "Eisenhower y la Tiqui-tiqui-tín" la oralidad formal la consigue el hombre que recuerda y cuenta la historia, dirigiéndose al amigo de toda la vida "el Gordo", que no está con él, pero que se comporta como si estuviera. Además repite con sus interrogantes ¿te acuerdas?, tertulias y anécdotas de "café" de sus años universitarios, en donde ambos se pasaban las horas "hablando", inventando historias acerca de los personajes que se cruzaban en sus vidas:

...los dos juntos en aquel Café en que nos pasábamos media vida en la época de la facultad (...)

---

*Hispanoamericanos*, marzo 1985, p.68.

<sup>826</sup> Alfredo Bryce Echenique, "El narrador oral", *Jano*, octubre 1992, p.109.

<sup>827</sup> José Luis de la Fuente, "Los 'cuadernos de navegación' de Bryce Echenique, díptico picaresco", *Bulletin Hispanique*, janvier-juin 1994

<sup>828</sup> Alfredo Bryce Echenique, "El narrador oral", *Jano*, octubre 1992, p.110.

El Café gordo, aquel famoso Café donde te conté, por lo menos traté de contarte qué exactamente era lo que sentía aquellas primeras veces en que no estuve conforme con lo que me esperaba en la vida.<sup>829</sup>

En "Pepi Monkey" la anécdota que se cuenta, recluido el protagonista-narrador en un manicomio, fue también una historia oral obsesiva (La que probablemente dio con él en la reclusión), y que ahora, y cada vez que la hermana le visita, se la recuerda, convirtiéndose, de nuevo, en la historia oral. Además el narrador cuando ella no está sigue siendo la hermana y, en algunas ocasiones, el lector. Aparte de la historia de la obsesión que no es para el protagonista más que la ruptura, curiosamente, del "cuento de hadas" que la abuela había hecho pasar como "real" (cuando ocurre el enfrentamiento con la auténtica "realidad", el protagonista "opta" por quedarse en "su cuento de hadas" y de ahí lo locura), hay que añadir la transcripción de las otras historias inventadas por la abuela, de las que ahora, con la escritura, el narrador les da salida.

En el "Papa Guido Sin Número", de *La felicidad...*, hay "un contador" que refiere, en la mesa familiar, la historia de un personaje marginal, apodado "el Papa Guido", al que ha conocido, también, en un "bar". Será del hermano "del contador" -el único que siente una secreta admiración por él (el padre lo rechaza abiertamente aunque sigue con interés la historia, y la madre "neutraliza" el ambiente tenso entre ambos-) quien escribe la historia que "el narrador oral" está refiriendo. Y en "Magdalena peruana...", del mismo libro, el narrador está transcribiendo, a su vez, una historia que a él le contó su abuelo.

Y ya en las novelas, Pedro Balbuena de *Tantas veces...* "escribe" capítulos de lo que él llama su propia historia. Pero antes, estas mismas historias o parecidas -ya sabemos que el narrador oral puede permitirse ciertas licencias, y de hecho la literatura oral se nutre de las variaciones que cada contador añade de su cosecha- las había referido a sus amigos (el Dr. Chumpitaz), y a "sus mujeres". Y también Pedro inventa para Sophie las historias que a ella le gusta escuchar (la que le cuenta, imaginariamente, sobre su aventura en Cuernavaca), por ejemplo. En esta novela, además, hay un narrador omnisciente que "organiza" el texto.

Martín Romaña cuenta previamente la historia de Inés a Octavia, que como ya lo he dicho "le escuchaba atentamente", y añadía también, con esa espontaneidad de las historias orales, su visión de los hechos. Y así, en la versión definitiva estará no sólo lo que le ha contado a Octavia de Inés, sino lo que ésta ha añadido, en esa misma línea que hemos dicho de los narradores orales.

Y por lo que hace referencia a Octavia, recordemos que Martín iba pregonando, en un periplo que también recuerda a "los antiguos contadores" la historia de Octavia:

...sentí una vez más la imperiosa necesidad de hablara de ti. Pero la mala suerte quiso que me encontrara con Bryce Echenique y todo un grupo de españoles y latinoamericanos en aquel café de Saint Germain des Près y les soltara a chorros, por enésima vez, los desastres de tu ausencia, los horrores a los que te estaban sometiendo (...) Les conté, horas estuve explicándoles que en el fondo lo que deseaban era que te fueras transformando poco a poco en otra persona (...) No, no había nada que hacer en aquel café. O sea que probé en otro y terminé saliendo como con diez años más de soledad (...) Pero la gente, nada, la gente más maravillosa tampoco nada, y diez, veinte, treinta años más de soledad al salir del café (...) Recuerdo que cada cien años de soledad cambiaba de café, después de ciudad (...) después de país...<sup>830</sup>

Las historias siguen teniendo como escenario los bares o los cafés, como aquellas primeras charlas que refería Bryce.

Además Martín Romaña tuvo unos narratorios inusuales en Palencia, las prostitutas de un burdel que le acogieron como amigo, y a quienes les refirió en una charla que duró días la historia íntegra de Octavia, y a la que ellas titularon, como ya he dicho "el cuento de hadas más feo del mundo":

Mi llegada a esa ciudad coincidió con la existencia de un bar abierto aquella negra noche que empezó tan bien, terminó tan bien y me hizo tanto pero tanto bien. Entré, me senté en la barra, y estaba empezando a ensimismarme cuando se me acercó una tristísima mujer de la vida alegre (...) pero ¿sabes?, esas mujeres trabajaban en lo que se ha dado en llamar el oficio más antiguo del mundo y yo

<sup>829</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La felicidad ja ja*, o p. cit., p.12.

<sup>830</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, o p. cit., pp.153-154.



trabajaba en lo que debe ser el segundo oficio más viejo del mundo: contar una historia y que te hagan caso. Por más triste que sea. Además, a menudo todos terminábamos desternillándonos de risa y yo sentía que por ese camino había que seguir con la historia tan triste de cómo perdí a Inés para poder encontrarte por fin a ti y para que luego también tú (...) me convirtieras en lo que definitivamente será el título de esta novela...<sup>831</sup>

Igualmente podemos ver gestos de esa oralidad en las lecturas "a dos voces" que de Hemingway o Baroja en Bruselas, y de Monterroso y de Adriano González en el crucero por el Mediterráneo hacían Martín y Octavia. Lecturas que ya como curiosidad, tuvieron un efecto "afrodisíaco" en las primeras, y somnífero en las últimas (una manifestación más del "deterioro" de la relación en los últimos tiempos).

Y diez años después, por las mismas razones que movían a Pedro, estas anécdotas las convierte en escritura gozosa la mayoría de las veces, conformando *La vida exagerada...* y *El hombre que hablaba...* Título este último que no puede ser más sugestivo. Y fue idea de Bryce Echenique: "ha regresado a París el hombre que hablaba de Octavia de Cádiz, andaba diciendo por calles y plazas el pérfido Bryce Echenique, ignorando por completo, que me había dada así el título para lo que algún día sería esta novela".<sup>832</sup>

En *La última mudanza...* el narratorio, sobre todo en la historia de Genoveva y Sebastián, son los lectores, y se persigue un fin concreto, que la historia trascienda para que su odio por el hijo edípico que rompió su historia con Genoveva se extienda, y nos abarque (es su "última venganza" ya que no pudo ser su "última mudanza"). Y la segunda parte de la historia, la de Eusebia -aunque no queda claramente explícita- tiene además un narratorio interno, Catherine, a quien va contando -en los largos días primero con Eusebia demasiado lejos físicamente, y después demasiado lejos emocionalmente- lo que fue aquella relación imposible. Y ella es "el narratorio" ideal porque también arrastra, con más valentía es cierto, otra historia eusebica, que resuelve más coherentemente.

Y hay un momento en *La última mudanza...* en que Felipe Carrillo, a base de tanta oralidad, es capaz de dialogar con "el público presente" y señalarlo con el dedo, e incluso increparle:

...¿saben qué...?

(...) Adivinen, sí, dígame usted, el de allá el fondo, no, no, el que está mirándome con esa cara de saberlo todo ¿es usted loquero por casualidad? (...) Pero. a ver señor, dígame usted lo que ha adivinado sobre mi condición humana en general.

-Soy español, señor Carrillo y usted perdonará, pero en mi tierra hay un refrán que dice con su perdón: Quien nace para burro, muere rebuznando.

-!Viva la España profunda caballero! y gracias, gracias por haberme adivinado hasta tal punto. Y mire, usted también me va a perdonar, pero da la casualidad de que en mi país existe igualmente un refrán, bueno, un refrán no, sino un verso de ese poeta magistral (...) Bueno, pero a lo que iba, señor, él lo adivinó también a usted en uno de esos gritos más lleno de amor que he escuchado en un verso: *español de pura bestia*, señor...<sup>833</sup>

La verdad es que este diálogo "inventado" no puede tener más motivo que el crear ese "aire" que estamos tratando de fijar en las novelas de Bryce.

En *Dos señoras conversan* encontramos el ejemplo más gráfico de esa oralidad que rezuma toda la obra de Bryce. Me estoy refiriendo a "Un sapo en el desierto", en donde un profesor universitario, Mañuco, se reúne cada tarde con sus amigos en "La Cucaracha" (un *bar* anónimo de Texas que los asiduos han bautizado así). Y allí les va contando, tarde tras tarde, con maestría, a juzgar por el interés que todos ponen en la historia (ese mismo interés lo siente, también, el lector), una anécdota de adolescencia de la que él tiene un recuerdo inolvidable y tierno. Será otro de los del grupo, de los oyentes por tanto, sin identificar, quien pondrá la historia que cuenta el peruano Mañuco "en cuartillas".

---

<sup>831</sup> *Ibidem*, pp.156-157.

<sup>832</sup> *Ibidem*, p.158.

<sup>833</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., p.142.

E incluso en la novela breve que da título al libro, las dos peruanas protagonistas se toman como narratorias intermitentes de las historias que recuerdan de sus tiempos "florecientes", cuando "nuestro papacito" o cuando "Carriquirí...".

Y quizás otro rasgo de "oralidad" la podemos ver en la aparición tácita del narratario interno (un hacer presente al interlocutor, sin darle posibilidad de "dialogar", como simple público -concreto y limitado pero oyente-); imaginario como el mago Charamama; ausente como la madre, Merceditas, "el Gordo", Sophie, el amigo Enrique; o cualquier interlocutor "válido" como puede ser *Malatesta*, o simplemente "Culo", cuando éste se convierte "con bombo y platillo" en el auténtico protagonista (estamos hablando de las hemorroides de Martín Romaña):

No se sabe, Culo, no lo sabía bien ni al cabo de tres días, cuando me soltaron la primera mano y le pedí un cigarrillo a la confianza de un carcelero (...) En nuestro mundo, Culo, no sueltan a nadie. Y cuando te traen el cigarrillo de la confianza te están sometiendo a una prueba, y uno se reencuentra en hebras de recuerdos de viajes de locura en vida exagerada: a mí se me ha confundido el culo con las ténporas, Culo, y es increíble lo humano muy humano que puede ser uno cuando sufre como un animal, Culo...<sup>834</sup>

Y de forma constante (éste un privilegio que nos otorga Bryce directamente), un narratario externo a la historia, pero incluido en el texto, como son las dedicatorias a amigos y mujeres concretas, y después a los lectores, haciéndoles partícipes -explícitamente-, aunque en esta "segunda intención" que es la escritura, cuando en "teoría" escribe lo anteriormente "contado" a todo el que quiera oírle.

Además de todos estos narratarios con nombre y algunos sin apellido, Saldes añade otros que culminarían el carácter dialogante de la narrativa de Bryce, lo que él llama "instancias dialógicas" aquellas en que el interlocutor no es un personaje, o un objeto añadiríamos en nuestro caso, sino el mismo texto, con dos variantes, las que surgen entre el texto y el enunciante de la que damos un ejemplo (hay muchos):

El texto dice: ¡felizmente que existe mi techo! (*La vida...* pág.129)

El enunciante responde: sí felizmente existía mi techo...(*La vida...* pág.130)

o el diálogo entre el texto y el texto:

El título "Algún día comprenderás Martín Romaña" (*La vida...* pág.477) es también una afirmación de la última frase del apartado que lo precede: "Martín -dijo-, algún día comprenderás que Inés fue la última muchacha que emigró de Cabreada."<sup>835</sup>

En definitiva, una oralidad que le lleva a hablar hasta con las paredes, y sin posibilidad de réplica, porque el "narrador" necesita, casi exclusivamente, que le escuchen.

Y todavía hay más (destaco este aspecto de la oralidad que no he encontrado matizado en ningún trabajo, frente a otros aspectos más estudiados), Martín Romaña hace suyo el gesto concreto, exagerado y aumentado como es su estilo de "reunir en la plaza", que bien puede ser una fiesta en *la City*, o un lugar sin identificar, a los transeúntes curiosos por "lo nuevo", o por "lo antiguo" con las añadiduras que pueden dar "la proximidad" del que cuenta lo ya sabido. Y en una ocasión es "la tragedia del campo de fútbol en el Perú":

...Philip quería que contara la historia en público, y empezó a dar de gritos para que la gente se acercara a escucharme. La prensa inglesa había informado bastante acerca de esa historia tan sudamericana, pero para todos los invitados ésta era la primera oportunidad de escucharla de boca de un nativo (...) y los invitados empezaron a rodearme y a mirarme, a mirarme más y a rodearme más mientras yo iba comprendiendo a fondo (...) la soledad de King-Kong (...) De los dormitorios llegaban tipos abrochándose la bragueta, muchachas con la bragueta desabrochada (...) y me lancé a los muertos

<sup>834</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.571.

<sup>835</sup> Sergio Saldes Báez, "La vida exagerada de Martín Romaña o la aventura de la escritura", *Revista Chilena de Literatura*, n.º noviembre de 1983, pp.117-118.

y heridos de fútbol en el Perú, empezando desde la fundación del Imperio Incaico, pasando luego por la captura de Atahualpa.<sup>836</sup>

No tuvo el éxito esperado, pero reincidió.

Y si habría que añadir algo más al recurso de la oralidad esto sería, que, a pesar de su apariencia de "naturalidad", no deja de ser un artificio:

La oralidad es una ficción dentro de la ficción porque hay que fabricarla, hay que crear la ilusión de la oralidad. Quien crea que la oralidad es hablar pues que se grave y verá todo lo que se repite y todo el ripio que hay en los grandes narradores conversadores y, además, que no funciona en el aspecto escrito. Eso sí se mantiene en el aprendizaje que hice yo de la lectura de Hemingway. El diálogo hemingwayano que tan oral es y que tanto cuenta, es imposible de darse en la conversación real y sin embargo es conversación escrita.<sup>837</sup>

## 4.2.-El humor

O humor é unha resposta con senso a unha peculiar situación de vida, unha actitude diante da mesma moi reveladora dende o punto de vista antropológico e que presenta unha características constantes e incofundibles. Trátase dunha forma sutil de sabiduría adovada con todas as finezas da alma: comprensión, ironía, serenidade, recoñecemento resignado de límites, pudor sentimental, simpatía, tolerancia, paciencia, etc. O humorismo é o esforzo máis intelixente do home por se liberar da súa tediosa condición.<sup>838</sup>

Y el humor es la segunda coetilla que se añade a la prosa de Bryce Echenique como segundo apellido, pero también con cierta ligereza que define pero no explica (si eso es posible). Claro que con el humor ocurre como con el espacio como concepto abstracto, que se escapan *como peces sorprendidos*, y hay que "ponerle" paciencia, constancia y tiempo, y casi nunca se vuelve satisfecho a casa, porque quizás en aquel remanso... Además daría, y espero que dará, materia para un trabajo único. Así que me pongo, en cierta manera, en el grupo de "los definidores".

Pero vamos por pasos. En primer lugar el humor, sin matizaciones que nos llevaría a "aquella espera" en la que no quiero entrar por el momento, es una forma de estar en la vida o de enfrentarse a ella. Una manera, habitualmente, de manifestar el malestar o el desacuerdo con lo que te rodea; y su uso -llamémosle humorismo- una forma de dar salida a ese malestar. Y quizás sería el momento de precisar que no se identifica "humorista" con la persona "dotada de sentido del humor". La diferencia que hace Bryce es francamente sugeridora:

Yo no soy un humorista, yo soy un escritor que tiene sentido del humor y que está presente en todo lo que escribo, en los textos más tristes, más dramáticos. El humor para mí es una manera de penetrar la realidad.<sup>839</sup>

El humor surge en la narrativa moderna (reflejo del entorno) cuando ese deseo de sublimación no puede canalizarse en "batallas que ganar" (ahora las batallas son ridículas en contenido y siempre personales), o situaciones heroicas que vencer, y entonces ante la evidencia del derrumbe de valores se recurre al humor para dar salida al "desconcierto" y no caer en la locura. Y aquí enlazaríamos con algún personaje de la narrativa de Bryce, Martín Romaña e incluso Pedro Balbuena que transformaron en "princesas" a mujeres como Sophie, cuya mayor virtud era la frivolidad. Un poco como "El Quijote", en el que el humor surge, influenciado por esa "mala hierba" que es la literatura, creyéndose un héroe (destemporalizado como nuestros personajes, la cosa viene de lejos, o la visión de Cervantes es premonitoria en siglos) en una época en que los caballeros "de capa y espada" no tenían otras cosas que combatir que grandes mamotretos insensibles que se dejaban vencer impertérritos. De aquí nace la inadecuación, que es imprescindible para el humor, de tanto esfuerzo baldío. Pero Alonso Quijano no ríe porque su alucinación le impide ver el desacuerdo, sólo hace reír, pero si nos fijamos un

<sup>836</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., pp.48-49.

<sup>837</sup> César G. Ferreira, "Un escritor llamado Bryce Echenique", *Dactylus*, 1 987, p.11.

<sup>838</sup> Celestino F. de la Vega, *O segredo do humor* (Vigo, Editorial: Galaxia, 1983 (2ª edición), pp.47-48.

<sup>839</sup> César G. Ferreira, "Un escritor...", op. cit., p.11.

poquito más, únicamente consiguen burlarse de él los malintencionados o ignorantes, que no ven más que la fachada sin comprenderlo. No así el lector, ni Sancho, para quienes la ternura (un rasgo que separaría la comicidad del humorismo, un reírse *de* (comicidad), frente al reírse *con* (humorismo)) hacia el personaje, hace abortar cualquier gesto de burla; porque "el humorismo no nos deixa erir a gusto, porque humorismo é ho fondo unha arela de comprender".<sup>840</sup> También, y aquí entraríamos en "la intención", el humor (sigo sin las precisiones, pero en el que no estaría incluida la comicidad) es una forma de crítica y de autocrítica "benevolente", "esa forma de penetrar en la realidad" sin estridencias:

El humor para mí es una manera de penetrar la realidad. Creo que el humor vela la realidad por un lado, pero la sugiere mejor por otro y crea una gran complicidad con el lector, porque el lector allí se entrega al texto tanto como el autor.<sup>841</sup>

Y así es, y aquí es doble el esfuerzo del lector porque primero tiene que ponerse "en contacto" con el escritor y después (o a la vez) con su forma de ver el mundo. Acuerdo que llevaría a la risa o a la sonrisa. Y en el caso contrario al rechazo o a la incompreensión (pasaría un poco como en la poesía, que no hay intermediarios que te lleven a identificarte con el sentimiento del autor -toda explicación desvincula la empatía entre lo dicho y su captación-).

### 4.2.1.-El humor en la obra de Bryce Echenique

Ya he dicho que el humor, entendido en su sentido genérico, contrario a la seriedad, en la obra de Bryce consigue cambiar "el tono" de la historia, convirtiendo las anécdotas en "la divertida historia de un desconsuelo", lo que logra dar a su literatura lo que se exigía en ciertos cánones: "enseñar deleitando". Y no sólo sirve al lector de válvula de escape de una seriedad mal entendida: "esa seriedad del que escribe como el que va a un velorio por obligación o le da una friega a un cura",<sup>842</sup> sino a los mismos protagonistas, a los que les hace poder resistir, con cierta holgura, las desventajas que fueron su vida. Y hasta tal punto fue así, en el caso del protagonista del díptico, que en el momento que no pudo "canalizar" esas contradicciones que fueron siempre su vida por la vía del humor, entró en aquella "depresión neurótica" (el diagnóstico es facultativo), agravado por esa falta de agresividad (el humor es una forma de agresividad sutil) que le hizo caminar por la vida en "blanco y negro": "...hombre o mujer que cruzo en cualquier lugar y circunstancia (...) me convierten súbitamente y sin resistencia alguna de mi parte, en una especie de efficacísimo aparato de rayos X: a toditos les veo el esqueleto, de un gris algo más oscuro que el de mi estado de ánimo"<sup>843</sup>; a esperar, acechante en cada esquina, al hombre con "una oreja de plátano"; o ver a su adorada Inés "del alma mía luz de donde el sol la toma" (la tomaba). con un "cuello inquisidor" que ni las jirafas...Y precisamente el primer síntoma de su recuperación fue notar que, de nuevo, estaba recuperando el sentido del humor perdido:

...Se me ha escapado un chiste.

-Una estupidez es lo que se te ha escapado.

Es el turno de mi idioma, Inés. Déjame terminar, por favor, porque creo que esta conversación empieza a producir efectos muy positivos. No sé si te has dado cuenta de que este es el primer chiste que se me escapa desde que cambié de idioma. ¿Sabes lo que eso quiere decir?

-¿Qué?

-¡(...) que mientras hay vida hay esperanza...<sup>844</sup>

Y también a Pedro Balbuena cuando le abandona Beatrice, una carcajada a tiempo le hubiera evitado su ingreso

<sup>840</sup> Celestino F. de la Vega, *O segredo...*, op. cit., p.83.

<sup>841</sup> César G. Ferreira, "Cuando uno escribe para que lo quieran más", *Dactylus*, n.º 8, Universidad de Texas (Austin), otoño 1987, p.8.

<sup>842</sup> Julio Cortázar, *La vuelta al día en ochenta mundos* (Madrid, Editorial: Siglo XXI editores, 1983 (17ª edición), p.88.

<sup>843</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.506.

<sup>844</sup> *Ibidem*, p.496.

en el manicomio. Y esa "venganza" italiana que a la única que divirtió fue a Sophie, y que terminó con "el humor negro" de su asesinato:

Firma y rúbrica, dijo Pedro, comprobando que efectivamente aún llevaba la caja de preservativos en la mano. Buscó la carcajada descomunal que normalmente se suelta en estos casos, pero no la encontró por ninguna parte, sentía en cambio un desequilibrio total, un desasosiego mayor que el desequilibrio...<sup>845</sup>

Y en cuanto al "tipo" de humor, es matizable de una novela a otra:

...sus tres primeros libros están sutilmente impregnados de un original sentido del humor que nos invita a sonreír con una inteligente sonrisa de complicidad, como si ya supiéramos todas las cosas que acaba de decirnos pero estuviéramos también convencidos de que jamás habríamos sido capaces de decirlos tan ingeniosamente como él lo hace. Y ese sutil sentido del humor auroral empieza a desorbitarse inefablemente en *Tantas veces Pedro* y, desde su omnipotente y omnipresente sillón Voltaire, adquiere dimensiones frenéticas, descomunales, auténticamente rabelaisianas en *La vida exagerada de Martín Romaña* y *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*. Porque es evidente que resulta totalmente imposible leer la mayoría de los pasajes de esos dos últimos libros citados sin reírse a carcajada limpia.<sup>846</sup>

Apreciaciones que confirma el escritor, diciendo de *Tantas veces Pedro*:

Creo también que este libro conlleva una importante variante del humor con respecto a los anteriores. Se que nunca dejaré de ser un humorista en lo que escribo y observo, pero, así como cada tema requiere de un nuevo lenguaje, cada tema y cada personaje (y Pedro Balbuena sobre todo) requieren de un nuevo humor. Si él era un humorista en medio de una vida trágica (y la vida está plagada de humoristas que tienen todo menos cara de humoristas, de hombres que hacen reír pero que no ríen nunca), para mí en este libro fue necesario instalar, sí, instalar el humor en el corazón mismo del drama y, por qué no de la tragedia misma que fue la vida de Pedro Balbuena, hombre que hizo reír como pocos a los seres que lo frecuentaron (nunca lo conocieron), pero que conocía con exactitud la medida de la tragedia que llevaba en el alma. El humor en este libro llega a ser feroz...<sup>847</sup>

Apreciaciones coincidentes con lo que dijimos antes de *El Quijote*, del que sólo consiguen reírse aquellos que no logran penetrar en el verdadero origen del humor, que no ven más que la anécdota.

Y Bryce marca también las diferencias fundamentales entre *La vida exagerada...* y *El hombre...*, "en la primera el humor era medicinal, mientras en la segunda se trata de una pateadura humorística"<sup>848</sup>.

Y en última instancia -y esto ya involucraría inevitablemente al escritor (es imposible mantenerse al margen porque esto sí es una visión "personal" de la realidad)-, el humor, en forma de crítica irónica, sirve para retratar a una clase, la aristocracia limeña, y me estoy refiriendo a *Un mundo...* fundamentalmente, pero también a "Anorexia y tijerita", "Una tajada de vida", o incluso "Magdalena peruana" que da título al libro; y también de "Eisenhower y la Tiqui-tiqui-tín" de *La felicidad...* (prácticamente todos los que inciden en la realidad peruana). Y la crítica también, esta vez bajo la mirada de Martín Romaña, de "los marxistas peruanos", representados por "el Grupo", y no tanto por el marxismo en sí sino por la "forma" en que lo predicaban ciertos sujetos; al "mayo francés", pero también incidiendo en lo anecdótico, no en el intento que fue, por lo menos, "un deseo de que las cosas cambiaran"; a los "mitos", reincidiendo puntualmente en Hemingway que trajo a tantos sudamericanos a París "agarrados por las narices"; a la sociedad francesa representada por los mezquinos arrendatarios, porteros, viandantes con perro, pero de la que se salvan tantas mujeres: Claudine, Beatrice y su familia encantadora, en *Tantas veces...*; Kat o Sophie...; o las críticas a las Instituciones y a los que las representan (mal), la Universidad, la Gendarmerie; a los chauvinistas de Nanterre, frente a otro grupo de profesores que lo apoyaron incondicionalmente; o a la aristocracia, la francesa, representada por los padres de Octavia, la italiana por los de Eros, pero igualmente la burguesía "de nuevo cuño", esta vez de país sudamericano, a la que pertenece

<sup>845</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.178.

<sup>846</sup> Pedro Sánchez Paredes, "Un mundo para Alfredo Bryce Echenique", *Jano*, octubre de 1986, p.98.

<sup>847</sup> Albert Bensoussan, "Entrevista con Alfredo Bryce Echenique", *Ínsula*, noviembre de 1980, p.12.

<sup>848</sup> Julio Ortega, "La vida es literatura: entrevista con Alfredo Bryce Echenique", *Quimera*, N.º 56, 1987, p.19.

Carmencita Brines. Casi podríamos decir que no se "salva" nada, ni nadie. Y si alguien sale indemne de esta crítica irónica, como grupo, serán los amigos "proletarios" del " rincón cerca del cielo ", fundamentalmente.

Y para hacer frente a esta crítica se recurre a la ironía, (pero también a otro tipo de recursos humorísticos): "esta burla fina y disimulada, (que) puede elevarse a consideraciones negativas sobre el mundo en general y sobre esta sociedad en particular, porque es el veneno secreto del yo"<sup>849</sup>, como intención y que como forma "posee un sentido opuesto al original", y que el lector o el interlocutor tiene que captar, porque si así no fuera el mensaje no comunicaría la intención del que lo emite. De ese modo, como ya dije, el lector es parte esencial en la descodificación, se requiere de él ciertos condicionantes que para una lectura "sin doble sentido" no serían necesarios: "La ironía exige una *relación de acuerdo* de autor con los lectores respecto a los códigos éticos, estéticos..."<sup>850</sup>.

La ironía es el procedimiento habitual en la narrativa de Bryce, y por tanto los ejemplos están en cada página, y varios ya los he comentado en su momento; pero voy a acercarme a alguno para matizar su comportamiento.

En *La vida exagerada...*, Martín Romaña llega a Barcelona acompañado de Sandra, a casa de los Feliu, y se le escapan estos comentarios:

Me habían hablado tan mal de los capitalistas, en los últimos años, que a estos los encontré francamente encantadores (...) Le dije soy yo, es Martín mi amor, pensando que a lo mejor me había tomado por Mario, por culpa de Buñuel y sus películas sobre esta gente en España, pero nuevamente me largó tan dormida como la primera vez, pero con un inglés que ni Shakespeare...<sup>851</sup>

En primer lugar hay una crítica alusiva que intuimos irónica, respecto a los capitalistas: "me habían hablado tan mal...". Es una frase que al lector, que hojeando el libro, hubiera empezado por esta página, le podría parecer, simplemente informativa (perdería el humor, entonces). Pero conociendo el contexto, y sabiendo lo que el protagonista piensa del capitalismo, que a decir del "Grupo" era también su "dolencia", resultará irónica, e igualmente lo será por "ese corsé" que impone todo dogmatismo (postura que no puede ser más contraria al humor), y que aquí vendría dada por la solución de todo un grupo, "los capitalistas", sin distinciones, mientras que la ironía es un juego de flexibilidades. Además, hay que asentir con la idea de que "los capitalistas" pueden ser "buenos y malos", como cualquier estamento, porque si se siente por ellos un rechazo total, la frase no resultará humorística sino, tal vez, molesta; y llevaría, por lo menos, al ligero enfado. Y lo mismo puede decirse del comentario de la película de Buñuel, que sólo captará, en todo su significado, el lector que haya visto, por ejemplo, *El dulce encanto de la burguesía*, y se imagine a Catherine Deneuve interpretándolo. El "acuerdo tácito" (esta vez de referencia extratextual) entre el escritor y el lector, o entre el hablante y el oyente, es condición *sine qua non*. Y además, hay un doble juego. todos sabemos que Sandra no le rechaza por esa posibilidad de que pueda ser Mario "el requiriente" sino por otros motivos (es una forma que tiene el protagonista de desviar el fracaso del rechazo de la muchacha, por la vía del humor). También, con la película de Buñuel se matiza irónicamente, esa primera afirmación de "la maldad de los capitalistas", con la que el autor no está de acuerdo.

Y por último habrá una crítica que entrará dentro del sarcasmo -aunque también actúa como la ironía, con una lectura doble-: "un contraste entre la representación referencial de los términos (en este caso Shakespeare) y el sentido que cobran en el texto"<sup>852</sup>, que no lo da primero el contexto textual (anteriormente se había hecho alguna alusión al inglés poco refinado de Sandra), comparándolo con el escritor inglés (la antítesis). De esta nueva inadecuación surge el humor.

Pero también el desacuerdo puede estar en el "tono":

A lo largo de la noche, al tipo le había crecido una perfecta barba de tres días, que con la suave caída de tupidas y finas mechas azabaches sobre los hombros, resaltaba al máximo la blanquísima blancura del rostro, donde a su vez resaltaba la infinita bondad de los ojos negro, bajo unas

<sup>849</sup> Carlos Gurméndez, "La ironía", *El País*, 20 de enero de 1990, p.12.

<sup>850</sup> Mari Carmen Bobes Naves, *La novela...*, op. cit., p.369.

<sup>851</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.419. El texto completo está en la página 354.

<sup>852</sup> M<sup>a</sup> Carmen Bobes Naves. *La novela...*, op. cit, p.368.

cejas que venían a resultar un toque final y perfecto de terciopelo y no de pelo.<sup>853</sup>

El narrador en este caso, está "poetizando" al turco, que Pedro y Claudine se encontraron a su vuelta de la Bretaña. El contraste se da entre lo real (una situación que imaginamos prosaica) y el tono elevado que se emplea para describirlo (probablemente haya una intención de ridiculizar "el sentimiento" que ha despertado en Claudine, que podría haber tenido ese efecto sobre la muchacha). Aquí el narrador adopta la visión irónica que también tendría Pedro. y la frase final que se hace rimar con intención rompe, como en una distracción, todo el tono elevado del conjunto.

Estos han sido ejemplos de humor conceptual. Pero también el situacional, por imitación, puede provocar la risa.

Vuelve a ser Pedro, en esa relación con Claudine (ya dije que Virginia y Beatrice carecían de sentido del humor, y quizá las situaciones humorísticas eran evitadas...) y con los hijos de la francesa:

Claudine se tapó la cara con un disco para mirarlo mejor con ternura (...) Y le preguntó si le gustaba Elvis Presley.

Y a quien no, Claudine.

Acto seguido Pedro anunció que iba a imitar a Elvis cantando ante diez mil *fans*, y se desnudó para parecerse más.

-It's now or never -cantó, colocando desesperado una pierna muslosa en Capri y la otra en Hawai, estado número cincuenta de la Nación.

Se desnudaron también Elodie y Didier, y el asunto degeneró en quién hacía mejor la danza del vientre y quién la mejor danza del culo y quién la del pedo (...) Pedro estornudó, y les rogó a los chicos que por favor esta vez no le imitaran...<sup>854</sup>

El humor surge por la comparación mimética llevada hasta la exageración: "una pierna en Capri y la otra en Hawai", y por la explicación, completamente *inadecuada* para el momento del número del estado; y quizá también por la prepotencia insinuada que hay en la mención de los EE.UU. como la Nación. Y después, como dice el narrador, degenerará con ese humor de situación que tanto divierte a los niños y algunos adultos, y en el que Pedro participa, en el mismo grado. También, naturalmente, hay que conocer a Elvis Presley y esa postura que adoptaba habitualmente, que es la que Pedro está intentando conseguir. El estornudo final viene a contrastar esa idea de ídolo, por encima de cualquier contingencia cotidiana, y el estornudo tan pedáneo.

O al humor se puede llegar, junto al protagonista que está haciendo el esfuerzo de eludir emocionalmente una situación dramática, dándole una salida inadecuada al momento, haciendo comparaciones, en este caso, con la literatura oral, deteniéndose en explicaciones "que no vienen al caso", y que rompen la posible emoción; o también comparar "la caída de una lágrima en bata" como si la importancia estuviera en la bata y no en la lágrima; y fuera diferente a una lágrima en bañador, o en traje de fiesta...

Pero una gruesa lágrima resbaló entonces con tal intensidad por la mejilla empapada de Genoveva en bata, que no sólo se destacó entre todas las demás lágrimas en bata, porque la verdad es que la pobre Genoveva estaba hecha lo que se dice puro pero purito llanto, un solo de lágrimas interpretado por Charlie Parker, sino que además logró opacar por completo a la otra mejilla, que también se las traía, y luego, como quien busca llegar hasta el fondo de mi alma y contarle su enorme tristeza, la gruesa lágrima siguió cuesta abajo en su rodada y poc, cayó en mi whisky, recordándome *ipso facto* la canción del amante aquel que se va a aumentar los mares con su llanto y se despide de Genoveva a la hora del desayuno más triste que le han traído en su vida, con las siguientes palabras cantadas por Pedro Vargas, aunque hay también una versión de Pedro Infante y otra de Jorge Negrete: Adiós, mujer, adiós, para siempre adiós...<sup>855</sup>

<sup>853</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Tantas veces...*, op. cit., p.171.

<sup>854</sup> *Ibidem*, pp.97-98.

<sup>855</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., pp.99-100.

Pero puede ser un juego con la homonimia, tomando el sentido real y el figurado como si se correspondieran:

...dicen que la distancia es el olvido, pero yo no concibo esa razón...<sup>856</sup> (...) ya estoy un poco viejo para boleros... para que los boleros... cambia de párrafo animal, aprovecha; cambia de óptica... mierda, ¿y los bifocales que desde el mes pasado...? Cambia entonces de punto de vista. ¿Y si es qué no puedo ya? ¿Crónica de un bolero anunciado? (...) Total, pues, que me siento entre viejo y jodido. Bueno, digamos que bifocal nada más. Una medida para ver a Genoveva, de cerca. La otra, para ver a Eusebia, de lejos, desde tan lejos. Con la vista cansada. Y el odio cansado. Ídem el amor. Las dos cosas en el mismo lente, el izquierdo.<sup>857</sup>

Y también puede llegarse por la ruptura de una frase hecha, aquí la risa la desencadena lo inesperado, que primero causa extrañeza inconscientemente, y después el humor: "...que debe haber sido el momento en que cité mal a Gustavo Adolfo Bécquer. ¡Dios mío, sólo se quedan los muertos de cansancio!". Aquí los versos funcionan como frase hecha, que hubiera resultado más humorística si se hubiera omitido la fuente (Bécquer), porque el esfuerzo de interpretación hubiera sido doble y la satisfacción también doble. Pero probablemente el escritor temió que pasara desapercibida, y no consiguiera, por tanto, el efecto deseado. Además el humor queda reforzado por la pérdida del tono solemne que tiene el verso, porque una cosa son los muertos (que siempre llevan a la reflexión), y otra los muertos de cansancio.

De alguna anécdota humorística de *Dos señoras conversan* ya he hablado al hacerlo de los viajes.

Y ya para finalizar, ya dije que el tema da para largo, voy a comentar otro humor que yo definiría como "negro", sin entrar en detalles. Es un humor de acontecimiento, que sirve de crítica a una sociedad, que tratándose del Perú no puede ser más que la "clase dominante". Es el cuento "Anorexia y tijeirita" de *Magdalena Peruana...* y el título sugiere dos procedimientos con que la protagonista, un mujer de clase alta "de años", se defiende de las agresiones, psíquicas con la anorexia, surgidas del supuesto entorno, y con la tijeirita de las físicas, que no podrían ser más que protagonizadas por "gente de la ínfima" como ella los califica. La tijeirita, como la mujer, no es una tijeirita cualquiera, que es de oro y de herencia de tres generaciones, "con esas cualidades" que aumentan la eficacia.

La anécdota ocurre, cuando la mujer tiene que atravesar barrios periféricos cuando: "el automóvil se le había parado en un lugar atroz"<sup>858</sup>, viéndose obligada a coger el microbús:

Era la única manera de acercarme a casa. ¿Y qué crees tú que pasó no bien subí? ¡Cómo es esa gente, Joaquín! ¡Qué país! No había pasado ni un minuto y ya me habían robado el reloj de los diamantes. Quien podía ser más que el negro inmenso que tenía parado a mi izquierda. Se creyó que porque era una señora decente. Se creyó que porque en esa oscuridad no se veía nada. Pero no bien me di cuenta de que mi reloj había desaparecido me dije te llegó el momento, Raquelita. No se veía nada en la oscuridad o sea que aproveché para meter la mano tranquilamente en la cartera. Ahí mismito di con ella. Y la saqué. Si vieras, Joaquín, qué maravilla. Le pegué un hincón en las costillas. Se lo pegué con toda el alma, Joaquín, y ya ves tú, que tanto te burlabas de mí, tú que creías que me había vuelto loca y que me podían matar. Tú que... pobre diablo. No bien le pedí el reloj me lo devolvió. No hice más que decirle póngalo usted en mi cartera. Bien bajito por si acaso tuviera cómplices. Cobarde. Negro asqueroso. Ya, señora, me dijo, pero ni tonta. Esta gente cree que una va a ser tan bruta como para soltar y guardar su tijeirita. Eso es lo que el creyó pero yo no le saqué la tijeirita de entre las costillas hasta que me bajé. ¡Ay qué asco, Joaquín! Límpiamela, por favor. Está toda manchada de sangre.

Cuando Raquelita se durmió, sonriente, feliz, después de una verdadera hazaña. Joaquín continuaba defendiendo al inmenso negro. Lo imaginaba llegando a su casa con una buena herida en el costado y despavorido. Con el mundo al revés. Había intentado explicarle a Raquelita que podía tratarse de un hombre honrado volviendo de su trabajo. Nada. Era un tipo de la ínfima... Y ahora Raquelita dormía plácidamente y Joaquín se decía que ése era el secreto (...) y Raquelita había optado

<sup>856</sup> Letra de un conocidísimo bolero.

<sup>857</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., p.71.

<sup>858</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana...*, op. cit., p.25.



(...) y era demoledor a la fuerza de una tijerita (...) Por eso tanta indiferencia cuando al entrar encendieron la luz del dormitorio y el reloj de los diamantes se le había olvidado sobre el tocador.

-¡Raquelita! ¡fíjate que reloj tienes en la cartera!<sup>859</sup>

La anécdota no tiene desperdicio ni comentario. Y siguiendo con "humor negro", aunque fuera de contexto, hay una anécdota protagonizada por Juan Lucas de *Un mundo...* que nos llega por una frase, dicha medio en serio medio en broma, cuando a los padres de Julius les construyen el nuevo palacio, antitemblores:

El ingeniero constructor explicó que la casa iba a ser asísmica, no necesitarían moverse cuando haya temblores, ni tan siquiera los sentirían. Cojonudo le pareció eso a Juan Lucas y dijo que cuando hubiera terremoto, se asomaría por la ventana a ver a la gente corriendo como loca, nosotros como quien mira una procesión. Rieron y bebieron para festejar el asunto; en seguida pasaron al comedor...<sup>860</sup>

Cierto que este humor no cristaliza en sonrisa porque se hiela a mitad de camino.

### 4.3.-Otros recursos

Sólo quiero señalar algún otro procedimiento formal muy peculiar del escritor, y que llaman la atención por su insistencia o por su originalidad.

Mencionaré, a grandes rasgos, las peculiaridades de la escritura de Bryce, que algunas ya han quedado apuntadas entre páginas, tales como la digresión (a pesar del esfuerzo que los personajes hacen, a veces, para conseguir un texto coherente -un esfuerzo baldío que se pierde al dar la vuelta a la página); la mezcla de espacios: físicos, psíquicos: el espacio de la imaginación, del sueño, del deseo, de la escritura, sin delimitaciones, a veces difíciles de interpretar, que dan a la novela, fundamentalmente a *Tantas veces...*, ese aspecto caótico, reflejo intencionado del mundo, de la que la novela es una réplica; la adopción de un punto de vista monovalente: "autobiografía ficcional", lo que lleva al subjetivismo absoluto, que viene aquilatado, en parte, por el distanciamiento de los hechos que cuenta -la mayor parte de la narrativa de Bryce tiene como filón a la memoria-, y en parte por el humor. Y en algunas ocasiones una omniscencia selectiva, que toma, por momentos, el punto de vista de los personajes<sup>861</sup>; me estoy refiriendo a *Un mundo...*, pero también a *Tantas veces...* o a *Dos señoras...* Los monólogos-diálogos con cualquier interlocutor válido o no tanto; la escasa relevancia del tiempo (salvo precisiones dolorosas: "tres meses, cuatro días y las veinticuatro horas..." de Pedro en *Tantas veces...*, o los diez años desde la boda de Octavia, o los veinte que espera Martín Romaña para salir de Francia...) característica que la marca la materia de lo narrado, otra vez el recuerdo; la preeminencia pues del espacio frente al tiempo... y sobre todo, las figuras, ciertas figuras, que constituyen el acervo personal del escritor Bryce Echenique.

Las comparaciones taurinas, que resultan la mayoría de las veces humorísticas, son frecuentes y derivan de una afición al espectáculo, que se va más allá del texto, empezando por Bryce, continuando con Juan Lucas, el aficionadísimo y enteradísimo "tío de Julio", de *Un mundo...*, de la afición de Martín Romaña, que aprovecha esa ocasión en que viene a España, con Sandra, para ir a una corrida de toros en Madrid; o del protagonista, Sebastián, de " Antes de la cita con los Linares ", que también en su venida a España, y entre sus intenciones estaba el "ver torear al Viti". Y entre las figuras, numerosísimas en el "díptico", que pueden manifestarse como un "triunfo" y ante un público "cojudo": "Martín Romaña vinividivinci, vuelta al ruedo, oreja, rabo y pata"<sup>862</sup> (no se ha quedado corto, y puestos a triunfar acapara con todo "lo cortable"). Y después y, en esa misma escena, con otros muchachos del "Grupo", pero de Sandra, Martín reconoce humildemente que tanta alharaca quizás ha sido exagerada, y los verdaderos merecedores de "aplausos" eran "los muchachos":

No entendía nada, prácticamente nada, y tal vez lo único que lograba sacar en claro es que

<sup>859</sup> *Ibíd.*, p.26-27.

<sup>860</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo...*, op. cit., p.14.

<sup>861</sup> Para una ampliación del tema véase: José Luis de la Fuente Bastardo, "Modalización del narrador en *Un mundo para Julius* de Alfredo Bryce Echenique", *Plural*, n.º 9-10, p.117-131, 1991-1992.

<sup>862</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., p.377.

esos celos no eran por Sandra, sino por la manera en que esos cuatro alegres y furibundos optimistas de la ignorancia no importante parecían merecer oreja, rabo, y pata, constantemente<sup>863</sup>

Pero también la comparación taurina puede dar origen a un humor de situación, en una ocasión un tanto paradójica, el día en que se casó Octavia:

Me jodí, pensé, y entré deshecho. Soledad Ramos Cabieses me recibió con un pase de pecho y gritando ¡y olé!

-¿Cómo va esa mano, señor Romaña?

-Hoy está un poco más triste que de costumbre, Dolores..

-¿Cómo que un poco más triste? ¿Y por qué me llama usted Dolores?.

-Un lapsus, Soledad, perdón.<sup>864</sup>

Observemos que el lapsus ha sido intencionado (en el escritor) para mostrarnos, un tanto humorísticamente, el estado de ánimo del personaje.

Y también puede darse en forma de metáfora continuada, en otra ocasión dramática, la salida del manicomio de Martín Romaña (notemos que la comparación es "emocional", en los toros hay un drama "escondido", pero también en Martín). Ya he comentado que para el protagonista el manicomio era un lugar "seguro", y que la calle, por tanto era el ruedo:

Ya una hora antes le había dicho que me era absolutamente indispensable volverme loco un rato (...) y me había toreado un rato cinco automóviles de la ganadería TAXI, hasta que me cogió un policía cuando me iban a soltar el sexto, porque la mía era corrida de beneficencia y tenía que encerrarme con 6 bravísimos toros.<sup>865</sup>

Naturalmente, que la comparación no puede llevar más que al humor, desdramatizando el hecho.

Todos estos ejemplos han sido tomados del "díptico", pero la comparación ha pasado, también, a *La última...*, pero con otra connotación, como simple gesto de petulancia en un personaje "tan impopular" como Andrés Zamudio, quien en esa entrevista "simuladora", con la que se vengó Genoveva, respondió: "con los brazos en alto, como en ovación general, y girando cual Papa en San Pedro o como torero en ruedo triunfal..."<sup>866</sup>

Doble comparación que nos permite acercarnos a otra figura que no se da aislada, la del gesto papal de alzar los brazos, que igualmente aparece en el "díptico", siendo el "gesticulante" Martín Romaña, y en las dos ocasiones con Octavia de Cádiz, siendo la muchacha quien acierta con la comparación. En la primera escena la culpa la tuvieron los amigos de Bruselas, un tanto alborotados y deseosos de acontecimiento:

Y los otros dale y dale: abrázala, bésala, un chupetito siquiera, Martín Romaña. Por fin decidí alzar los brazos, rodearla con ellos, y apretarla fuertemente contra mi pecho. Gritaron tanto los otros que Octavia dio media vuelta y se encontró con que yo me había quedado con los brazos en alto.

-Pareces el papa saludando en San Pedro, Martín -me dijo, y tus amigos son realmente unos bebés.<sup>867</sup>

Y la segunda, también en Bruselas, pero en solitario. Y si la vez anterior fueron "los muchachos sudamericanos" los que abortaron el esfuerzo, ahora lo será la indecisión:

---

<sup>863</sup> *Ibíd.*, p.378.

<sup>864</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.270.

<sup>865</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., pp.600-601.

<sup>866</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La última mudanza...*, op. cit., p.56.

<sup>867</sup> Alfredo Bryce Echenique, *El hombre que hablaba...*, op. cit., p.96.

...lo que sentí fue unos deseos enormes de tomar a Octavia entre mis brazos. Los alcé en el instante en que el chófer detenía el carro y nos anunciaba que ése era nuestro hotel.

-Pareces el papa en San Pedro -me dijo Octavia.

En mi vida me he sentido más ridículo e impotente.<sup>868</sup>

Además, y muy de pasada voy a nombrar, en rapidísima mirada, algún otro procedimiento que en la mayoría de las ocasiones, como en las que hasta aquí me he referido, llevan al humor sin remedio, como son las coordinaciones improcedentes, de diferente categoría: "vomitando cultísimo" (*La vida...* pág. 86) entre un término que refiere al intelecto, y un hecho puramente fisiológico y desagradable; o "manchas de vino y de malos modales en la ropa" (*El hombre...* pág.140); las repeticiones, para dar precisamente esa idea de un hecho repetido: "contemplando caer la nieve... contemplando caer la nieve...

contemplando caer la nieve..." (*La vida...* pág.46); que en una ocasión se hace verdadera obsesión, y probablemente es eso lo que se quiere remarcar, a la par que la simultaneidad de un hecho que se espacializa:

...vi lo suficiente, más que lo suficiente como para que Otelo matara a Desdémonas desde el primer acto (...) vi tanto como el tipo de *El Aleph*. Vi llegar a mi ex-grupo (...) Vi llegar a Mocasines (...) Vi a Sandra ignorando por completo mi más sincera y profunda opinión acerca de los mocasines de ese tipejo (...) Vi a Sandra escuchando la versión sobre mi cobarde negativa (...) Vi a Lagrimón instalándose a leer (...) Y vi otra vez a Mocasines... Vi a Sandra negándose a entender... Vi al Grupo con el pelo muy largo... Vi que no veía por ninguna parte... Vi que ya no daba más y que Carlos tenía prisa (...) Vi brillar la cara de Sandra... Vi los mocasines de Mocasines (...) Vi que ahora todos ellos se habían perdido entre la muchedumbre. Vi que no había nada que hacer aquella noche (...) Vi sí es ella, vi a Inés conversando alegremente con un francés, vi que seguía conversando alegremente. Vi que no me estaba extrañando. Vi que no bizqueaba lo más mínimo. Vi que había olvidado por completo la hondonada. Vi que ignoraba por completo...<sup>869</sup>

Y si parece que los "vi" ya se habían terminado la impresión es errónea porque después todavía habrá diez más.

Y también las sinestias: "yo veía entrar el olor a guiso por el espejo" (*La vida...* pág.136); los juegos con la homofonía: "estoy harto de tanto Clichy, estoy harto de tanto cliché" (*El hombre...* pág.130); o "En fin, el bebé nunca llegó a París, y yo me he quedado pensando para siempre, cuando bebo -de bebe- el quinto whisky de la tarde" (*La vida...* pág.565); la homonimia:

...Quiero volver a verte.

-Yo también -dijo Pedro, dejando caer su vaso al suelo -Aquí todo está dando vueltas y hace horas que no veo absolutamente nada. (*Tantas veces...* pág. 151)

Parece una circular (se refiere a las notas aclaratorias que les han mandado a Martín y a Carlos Salaverry sus respectivas esposas).

-Una circular que de ahora en adelante nos obligará a circular solos... (*La vida...* pág.349)

...su maleta de finísimo cuero verde con las iniciales en oro de su tío Pablo Balbuena, finísimo viejo verde que había encarnado... (*Tantas veces...* pág.58)

!Umbría! Y allá al fondo!Asís!

-Se ve asís de chiquito -dijo Pedro, haciéndole con los dedos *asís* de chiquitito. (*Tantas veces...* pág.200);

---

<sup>868</sup> *Ibíd.*, p.98.

<sup>869</sup> Alfredo Bryce Echenique, *La vida exagerada...*, op. cit., pp.395-396.

por exageración: "y yo corrí a abrir flexionando mucho las piernas, en mi carrera, porque había que estar en forma" (*La vida...* pág.177): o "inhalando cantidades industriales de mocos" (*La vida...* pág 349).

Y el empleo de los recursos de la lengua como loa aumentativos o diminutivos para agrandar o empequeñecer: "la camota", "el cuartito", "el espejote"...: o los superlativo al máximo registro: "diminutivíssimo" (las dos "ss" son las reminiscencias italianas de Octavia). Y a veces alguna imagen en la que no ha conseguido entrar el humor, por excesivo sentimiento, como pasa cuando Felipe Carrillo de *La última...* se despide de Eusebia en un bar, y los dos saben que es para siempre. El entorno le hace pensar al protagonista lo que será el futuro para Eusebia, o para cualquiera de los hombres que están allí, que por extensión abarca a muchos otros; a todos los que no tienen que marcharse -de determinada clase-, y pueden por tanto acceder a la mujer: "...ante la mirada heredera de seis o siete hombres que se iban a quedar en el Perú. Hombres para después de mi partida..." (*La última mudanza...* pág.184)

Y también habría que hablar, más que nada por su recurrencia, de las referencias explícitas a tantos autores y a su literatura en su forma original, a veces, y otras humorizadas: Manrique, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Quevedo, Bécquer, Zorrilla, Baroja, García Márquez, Ciro Alegría, Julio Cortázar, Vargas Llosa, Borges, Angel González, Adriano González, Monterroso, Henry Miller, Hemingway, Dante, Proust, Engels, Marx, Lenin. Y de una forma muy especial César Vallejo... (La lista no ha quedado agotada, hay muchísimos más, y otros que seguramente se me escapan).

Y para terminar, no con las recursos que también llenarían muchas páginas, voy a mencionar las descripciones, una en concreto que tiene trazos de caricatura, y que corresponde al psiquiatra logroñés de aquella aventura, poco afortunada, de las hemorroides:

Yo seguía llenando los mares con mi llanto cuando llegó un psiquiatra que dicen que era el mejor psiquiatra de Logroño, cosa que él dejaba decir mejor que nadie. Llegó vestido dentro de la elegancia que él creía que era la mejor, y yo la peor, algo con mucho fondo azul tipo cielo de película de Vicent Minelli al atardecer. Llegó al atardecer y con muchas sienes plateadas, un poco porque eso le gustaba y otro poco porque aunque seguía creyéndose el mejor buen mozo de Logroño, también el entraba al atardecer de su vida. Pero él sentía que entraba mejor de azul (...) era un tipo con feroz tendencia al fondo azul, ropa azul por todas partes, y exceso de equipaje en los zapatos blancos. Él se sentía no sólo bien sino mejor así, pero mejor no se hubiera vestido (...) verlo entrar era una ofensa para mi venerada María Teresa, esposa de ese gran psiquiatra José Luis (...) María Teresa jamás le hubiera perdonada tanta falta azul de elegancia. Era un cretino *blue dipinto di blue* y nunca se había sentido mejor siempre.<sup>870</sup>

Después el personaje, por ese criterio valorativo de Martín -en un procedimiento frecuente en el escritor-, pasará a ser "Mejor", como nombre de pila, que lo define mucho "mejor" que el propio, puramente accidental.

En fin, una disparidad de criterios de elegancia, pero doble efecto terapéutico, uno constante (la petulancia del psiquiatra), y otro momentáneo, la que obligó a Martín a ladear por un rato su verdadero problema(lo que se creía una locura transitoria). Es decir el psiquiatra cumplió con su deber profesional pero de una forma que no estaba prevista en los manuales..

Y por último el lector en ese papel "importante" que ha tomado en la Literatura en las últimas épocas y que aquí, en las novelas de Bryce, se le da la relevancia, acercándonos "en la forma en primera persona (que) es, sin duda la más antigua (...) (y) su valor retórico estriba sobre todo en la facilidad con que establece una relación casi amistosa o familiar entre el narrador y el lector"<sup>871</sup>; pero también reforzado con la oralidad<sup>872</sup>. Y además, cómplice en el humor, en un papel tan necesario, como que el mensaje llegue, o "llegue a medias", porque si fallan las condiciones de la ironía, la objetividad(el conocimiento "a secas, si es posible) se pierde, porque "la ironía es la objetividad de la novela"<sup>873</sup>; a lo que hay que añadir el papel de conocedor de las referencias extratextuales, numerosísimas, sobre todo en "el díptico", y en *La última mudanza...*, en donde las referencias literarias "escritas" han dejado paso a la literatura oral de tantos boleros, valsecitos, y hasta algún

---

<sup>870</sup> *Ibidem*, pp.561-562.

<sup>871</sup> Germán Gullón, *El narrador en la novela del siglo XIX*( Madrid, Editorial: Taurus, 1976),p .21.

<sup>872</sup> Maurice Blanchot, *El espacio literario*( Barcelona, Editorial: Paidós, 1992) (2ª edición), p.18.

<sup>873</sup> Georg Lukács, *La teoría de la novela*( Barcelona, Editorial: Grijalbo, 1975).

tango temporalizado...



## V.-UN MUNDO PARA JULIUS

*Un mundo para Julius* es la primera novela de Bryce Echenique. Con ella consiguió el Premio Nacional de Literatura, en el Perú en 1974, y hoy es considerada la mejor novela peruana de todos los tiempos, en una encuesta realizada por la revista Debate.

Es además un libro en que las críticas han sido unánimes, en elogios, aunque haya sido aprovechada por unos y por otros para enarbolar posturas ideológicas contrarias. La última edición de Anagrama, de este año, de la que ya llevan la segunda edición, en contraportada y como señuelo editorial, se pueden leer los comentarios elogiosos de algunos de aquellos miembros del, en su momento, cacareado *boom*, y quizás, también, los más "ruidosos" siguen siendo: "...una de las mejores novelas jamás escritas por un autor latinoamericano" (Gabriel García Márquez); o "...una de las novelas más divertidas y más sutiles de la literatura latinoamericana..." (Mario Vargas Llosa).

Es un texto "clásico" si nos atenemos a la escritura de Bryce, por supuesto, pero también en una visión más general.

*Un mundo...* cuenta la historia, desde la omniscencia selectiva, de un niño desde los cinco años hasta los once (con alguna referencia puntual a una edad más temprana), en que lo dejemos, ya, con la perplejidad ante el mundo.

Es una novela, de aquí partiría también la diferencia con el resto de la narrativa, narrada en presente, aunque alguna acotación haga pensar que lo que se nos cuenta es "agua pasada", pero sea o no sea así, la narración sigue un orden cronológico coherente, y los lectores vamos creciendo con Julius, nosotros en conocimiento y él en edad.

*Un mundo...* como ya sugiere el título es una novela de espacio, entendido como ámbito y en él se ve reflejado el mundo que le es dado a Julius desde su nacimiento, la alta burguesía, y con el protagonista nos vamos enfrentando, o conociendo -es un mundo ajeno a la mayoría de los lectores- el comportamiento de una clase, con la que el propio protagonista -desde su limitada capacidad de decisión- no está de acuerdo. Y esto nos lo hace cercano y querido (supongo que sólo para el lector que está en desacuerdo con el comportamiento de "cierta clase"); y el narrador y los lectores implícitos nos acercamos con él a "su mundo" para ponerlo "en tela de juicio".

Y su mundo representa lo inamovible frente al deseo de cambio del protagonista:

Julius is placed between his world and the reader -because access to this "limeño" world is through Julius- the world becomes static and Julius dynamic. Thus Bryce is relieved of overt protest against the anachronistic social structure which surrounds Julius in favor of focusing on one sensitive, caring individual who must make his way through his experiences in this world.<sup>874</sup>

Julius es, en resumen, el protagonista intermediario, junto con el narrador que adopta su visión con gran frecuencia, entre los lectores y la oligarquía, y su crítica; porque *Un mundo...* es por encima de todo una crítica a un estamento concreto: la burguesía peruana.

Si tuviera que situar esta novela dentro del contexto general de este trabajo, constituiría, como bloque único, el espacio de la niñez en su acontecer (a diferencia del resto de la narrativa en la que a la niñez se accede desde el recuerdo, lo que le da, como ya he comentado, la nostalgia añadida de su pérdida) aunque con grandes ramificaciones a los espacios de la edad adulta, representado por el resto de los personajes.

Como espacio geográfico, Lima y sus alrededores; y como ámbito la oligarquía limeña y su postura ante "la otra clase" (o tal vez la indiferencia), que está retratada a través de la servidumbre, y de los contactos físicos, esporádicos de la madre de Julius, Susan, y de Julius en su salida a la casa de Arminda, la planchadora; a Chosica, o a la casa de su profesora de piano, Frau Proserpina; y ocasionalmente a la obra en construcción de lo

---

<sup>874</sup> Phyllis Rodríguez-Peralta, "Narrative access to *Un mundo para Julius*", *Revista de Estudios Hispánicos*, Octubre de 1983, p.417.

que será su casa nueva.

Respecto al entorno cotidiano del niño, el de la casa. primero "el palacio original", y después la casa nueva de "Juan Lucas", y en el interim el ya conocido *Country Club*, lugar donde el niño anduvo "a la deriva" aquel verano, mientras les terminaban la casa nueva. Y después el colegio, desde los primeros pasos hasta la "perspectiva" de un cambio "al de hombres".

Y todo esto en una versión abarcadora, simplemente dubitativa y receptiva en un niño, al que no se le puede pedir más; y consciente, puntillosa e irónica la del narrador que nos presenta "el mundo de Julius", pero presidido y condicionado por esa cita que, no en vano, ocupa el primer lugar en el libro:

Recuerdas que durante los viajes a los que nos llevaba mi madre cuando éramos niños, solíamos escaparnos del vagón-cama- para ir a corretear por los vagones de tercera clase. Los hombres que veíamos recostados en el hombro de un desconocido, en un vagón sobrecargado, o simplemente tirados por el suelo, nos fascinaban. Nos parecían más reales que las gentes que frecuentaban nuestra familia (...) Hemos nacido pasajeros de primera clase; pero a diferencia del reglamento de los grandes barcos, aquello parecía prohibirnos las terceras clases.<sup>875</sup>

## 1.-EL ESPACIO FÍSICO

### 1.1.-El espacio geográfico

El espacio geográfico de Julius se materializa en el Perú y en Lima casi exclusivamente, con una única salida a Chosica.

Hay otras referencias geográficas que se nos dan a través de los viajes que la familia "en completo" - excepto Julius- hacen a España, Francia, Londres,... que están perfectamente frivolidados y resumidos en algunas cartas que la madre mandaba a Julius y a la servidumbre:

No les iba mal en España, pero estaban tristes y extrañaban mucho a Julius. Era realmente una lástima que no le hubieran podido traer (...) estaba demasiado pequeño para andar visitando museos y dando trotes de un lugar a otro. Ellos todavía no habían visitado ningún museo, pero no tardaban en ir (...) El señor Juan Lucas tenía muy buenos amigos en Madrid y diariamente ellos los llevaban a juego al golf a un club (...) Eso sí que era un buen descanso para los nervios, justo lo que necesitaban. Necesitan distraerse, olvidar...(p.53)

Y este olvido era el de Cinthia, la hermana de Julius, muerta en Boston, aquel lugar que hemos mencionado ya como espacio relacionado con la enfermedad y con la muerte.

España, además, se hará presente por el amigo "Pepe Botella" que representa el lado pintoresco de la realidad española, crítico taurino, gran comedor y gran conversador: "no bien entraron al departamento del gordo Luis Martín. Un mayordomo los esperaba para hacerlos pasar, y ahora sí ya se escuchaban todas esas voces bien varoniles, todos esos acentos españoles, todas esas expresiones tipo cojones o me cago en veinte, que hombres de mundo habían aprendido a decir con los taurinos españoles..." (p.154); y a través también de las corridas de toros de la Feria de octubre, unidas a este personaje que acabamos de ver. Y naturalmente Hemingway y los Sanfermines no podían faltar, cuando de toros se trata: "por ahora, en que también me está mirando, sólo beber en la bota como en Pamplona y Hemingway (...) Varonil. Macho. Cojones..."(p.162)

También aparecerá Londres, a través del recuerdo de Susan que fue educada en la capital del Reino Unido, del que guarda una vida alocada de dieciséis años, el nombre de dos de sus hijos, Cinthia y Julius (dos amigos de esos años), y el refinamiento que se manifiesta, fundamentalmente, por esas frases en inglés, cuando la ocasión se presta, o en ese "darling" encantador con el que sabe conquistar a casi todo el mundo.

---

<sup>875</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Un mundo para Julius*, Barcelona, Plaza & Janés, 1989. (En adelante citaré por esta edición, y el número de página correspondiente).

Estos recuerdos que se dan en monólogo interior son excepcionales en *Un mundo...* (únicamente se dan en Susan, en este largo monólogo que dura unas páginas, y en Arminda, la planchadora de la casa, en una especie de alucinaciones que sufre), y vienen motivados por esa única vez que Juan Lucas se siente atraído por otra mujer que no es Susan; y ésta siente esa necesidad inconsciente de comprobar sus también éxitos, en esa misma edad de la sueca del litigio por "la que bebe los vientos" Juan Lucas. Al recuerdo se llega por una coincidencia, de edad, de lugar -a pesar de que uno era en Londres y el otro el Lima-, y por el hecho de que ambas "triunfaron" -Susan y la sueca- en una fiesta elegante, yendo en blue jean...

### **1.1.1.-Chosica**

Y Chosica será, para Julius, "el viaje a Europa" de la familia, y tendrá el mismo motivo, coincidiendo las fechas. Aquí Julius se recupera "físicamente" de la muerte de su hermana Cinthia.

Y Chosica será para el protagonista una experiencia inolvidable, porque, en primer lugar, es la primera vez que se pone en contacto con ese mundo tan diferente al que él vivía, el mundo del mercado, el insólito de los indigentes que hacían "largas colas" para comer, de caridad; la amistad en un adulto...

Iban subiendo por la pista, callados y pensativos, cuando en eso Julius vio algo que atrajo inmediatamente su atención. "Son los mendigos, les dijo Vilma; no te acerques", pero ya era tarde: Julius había partido la carrera y ya estaba llegando al lugar en que se hallaban tirados, junto a una de las puertas laterales del colegio (...) los mendigos empezaron a decirle niño, y a sonreírle, inofensivos pero andrajosos...(p.52).

Y aquí conocerá a su primer "amigo adulto", tan diferente, también, a todo lo que él estaba acostumbrado a conocer (el otro mundo al que él sólo había accedido a través de la servidumbre). Así Chosica:

...Deslumbraba a Julius con su mercado lleno de frutas y de animales muertos colgados de inmensos garfios. Últimamente había empezado a ir todos los días con Vilma y Nilda para lo de la compra de víveres. Ya hasta lo conocían y lo recibían hasta con sonrisas: era el niño orejudo que venía con la cocinera insolentona y el ama requetebuena. (pp. 54-55)

## **1.2.-El entorno**

### **1.2.1.-La casa**

La casa será para Julius el lugar protector y asentidor de todo "lo que el niño quiera". Tendrá un ama para su exclusivo cuidado, pero Nilda y hasta Arminda vendrán a ver al niño a su comedorcito waltdisneyano:

Pero, cosa que nunca sucedió cuando sus hermanos comían en Disneylandia, ahora toda la servidumbre venía a acompañar a Julius; venía hasta Nilda, La Selvática, la cocinera, la del olor a ajos, la que aterraba en su zona, despensa y cocina, con el cuchillo de la carne; venía pero no se atrevía a tocarlo. Era él el que hubiera querido tocarla, pero entonces más podían las frases de su madre contra el olor a ajos: para Julius todo lo que olía mal olía ajos. (pp.12-13)

Julius, frente a sus hermanos (la excepción será Cinthia y el modelo a quien imitar será la muchacha, muerta en Boston cuando Julius tenía apenas seis años) tendrá con la servidumbre un trato diferente y deferente, que no puede tener otro motivo que "la sensibilidad", dados sus pocos años, y que se manifestará en gestos como que: "...A los dos años se perdía y lo encontraban, mirando, por ejemplo, una flor " (p.9); o como cuando van por primera vez a los toros y Juan Lucas intenta estimularlo en su forma de ver la vida, donde la hombría eran cosas como al espectáculo y disfrutar con ello, pero... "Julius empieza a interesarse más por el toro negro y triste que acababa de salir que por los toreros." (p.163)

*Un mundo...* se sustenta sobre dos pilares fundamentales, "el palacio original", donde nació Julius y donde están las reminiscencias y recuerdos familiares, y "el palacio nuevo", donde, como indica el adjetivo, y en esa afición de Juan Lucas de empezar las cosas desde cero (en esta ocasión traer a su terreno a la familia,



alejándolos de las posibles interferencias), todo se renueva, hasta la servidumbre.

En una y otra casa, empero, las situaciones se repiten, en "el palacio original", Santiago intenta abusar de Vilma; y en la nueva será Bobby el que lo intenta con la Decidida. Allí murió Bertha, la vieja ama de Cinthia que salió "por la puerta de la servidumbre y con prisas". Y en la casa nueva muere Arminda, y Julius venga esa tristeza de la hermana Cinthia por esas diferencias "de clase" que no entendía, haciendo salir a Arminda por la puerta principal.

El palacio original será la casa-cuna de Julius, la de su padre, que aunque murió cuando el tenía año y medio:..." nunca ha olvidado esa madrugada (...) cuando su padre abrió un ojo y le dijo pobrecito, y la enfermera salió corriendo a llamar a su mamá que era linda...(p.10) Y su padre murió definitivamente (aquella fue una visión del narrador omnisciente, pero después toma el punto de vista del niño, o por lo menos se acerca en primera persona):

...papá murió cuando el último de los hermanos en seguir preguntando, dejó de preguntar cuándo volvía papá de viaje, cuando mamá dejó de llorar y salió un día de noche, cuando se acabaron las visitas que entraban calladitas y pasaban de frente al salón más oscuro del palacio (...) cuando alguien encendió la radio un día, papá murió...(p.10)

Y terminó de morir cuando Juan Lucas, el nuevo y flamante marido de Susan, ahora ya jefe de la tribu, decidió cambiar la antigua casa de la vida familiar con Santiago, en una casa de "nuevo corte" más acorde con las nuevas ideas (este gesto, con mucha más modestia, ha sido clave en la narrativa posterior): un cambio de vida invita a un lugar nuevo. Es como empezar de nuevo sin rincones que enturbien la convivencia:

A Susan le dio un poco de pena abandonar el palacio, pero lo veía tan entusiasmado, explicaba tan bien que sólo en una casa nueva podría empezarse una vida realmente nueva...Tenía razón...(p.75)

Un rápido gesto de adecuación hace que Susan linda llegue al recuerdo del primer marido y a pensar que, en realidad, ella tuvo poco que ver en la elección del palacio original, que fue más bien una imposición, y que ella encantaba mucho más en la alegría y frivolidad que Juan Lucas y la casa nueva le ofrecían:

Susan vio envejecer al palacio en un segundo; se levantó el mechón rubio, caído, y descubrió su casa viejísima, le buscó hasta olores. Comprendió entonces que ése nunca había sido su gusto, fue él, yo tenía diecinueve años, me hubiera gustado vivir en esa casa pero en una película. Vio a Santiago, su esposo, en el instante en que se le acercaba por primera vez en una fiesta en Sarrat (...) lo adoró...(p.75)

aunque no pudo evitar un gesto de ternura.

Por su parte a Julius le fueron desposeyendo, una a una, de todas sus querencias, primero fue la carroza, aquel lugar en donde se pasaba horas enteras, de la que será desbancado por la presencia de Carlos, el chofer:

Conchudo Carlos se metió a dormir en la carroza una tarde de fuerte calor. Le gustó y decidió, que en adelante, ése sería el lugar para su siesta. Llegaba, se quitaba la gorra, la embocaba por la ventana, y se subía sin pensar que era la hora de Julius. Le cambió íntegro el orden de su mundo. (p.76)

A Julius, poquito a poquito le van despojando de todo aquello que hacía que el "palacio original" fuera "su casa". Primero será Cinthia la que escapa. Después a su madre la tendrá que compartir con Juan Lucas, que cada vez la irá llevando más a "su terreno", y alejándola del de Julius, por tanto. Más tarde será la carroza, y Vilma. Y finalmente, cuando abandona la casa para ir a vivir al "Country Club", se le va otro afecto, Nilda, y después Arminda que caerá por su propio peso -el de los años y el de una vida no demasiado afortunada-.

No hay precisiones sobre la nueva casa, y sólo sabemos que grandes ventanales darán continuidad al espacio, alargándolo en inmensas superficies verdes -una manera de traer la naturaleza a casa, sin sus inconvenientes-.

## 1.2.2.-El colegio

El colegio será el otro ámbito habitual para Julius, con sus ratos buenos y malos, pero predominando los primeros:

El colegio se llamaba Inmaculado Corazón y funcionaba en dos casas, la chiquita en la Avenida Angamos y la chiquita en la Avenida Arequipa. Alrededor de las ocho y media de la mañana empezaban a llegar los niños bien bañaditos, impecables todos menos los Arenas, éstos llegaban inmundos, eran inmundos. (p.93)

Es éste un colegio que ya nos resulta familiar, porque a él han ido todos los protagonistas de las novelas de Bryce de los que conocemos alguna anécdota de la niñez. El narrador nos empieza describiendo lo general y la excepción, que de entrada son los Arenas, que representan el lado feo que "toda perfección arrastra". En la casa esa imperfección la llevaba la sección servidumbre "como un lunar en el rostro más bello". Y aquí los Arenas, que a partir de este momento, con una insistencia definitiva, que es frecuente en las descripciones de los personajes, siempre que sean nombrados saltará el calificativo.

Y como zona a destacar dentro del colegio, la sala del piano con la monjita Mary Agnes:

Era linda la monjita del piano. Realmente linda y con pecas. Se llamaba Mary Agnes y te hacía entrar a un cuarto con la estatua de San José (...) Al principio no sabía si era algo que se echaba la monjita o algún líquido para limpiar las teclas, pero ese olor en el cuarto del piano fue el primer perfume que necesitó en su vida, ayudaba tanto al sentimiento musical... (pp.103-104)

y en donde Julius creía conectar directamente con el cielo, y contrastando en bondad, la Zanahoria:

Por fin apareció la Zanahoria, un poco desconcertada porque no había a quien resonar: estaban muy tranquilos y con las manos juntas sobre la carpeta (...) la Zanahoria puso la campana sobre el pupitre y se les acercó: "ahora tienen que estudiar muy bien su catecismo; tienen que aprenderse de memoria todo lo que él les diga (...) aquél que se olvide de su catecismo estará siempre en peligro de pecar;!de pecar!!No lo olviden! (...) Ya se estaba molestando, solita, sin que nadie le dijera nada. (p.116)

En el colegio Julius fue un niño normal, envidiado por alguna madre, por sus buenas notas, lo que obligaba a Susan, bastante desganadamente, a asistir a la repartición de Premios, en la que Julius siempre participaba como galardonado:

A fin de año había lo de la repartición de Premios, eso sí que era lindo porque venían todas las mamás (...) Juan Lucas no aportó nunca por allí. Se entendía con las monjitas por medio de cheques. Le pasaban la cuenta del semestre, la leía entre mil otras en su oficina, y llenaba la suma indicada. La que sí venía muerta de flojera era Susan (...) Susan, linda, se aburría a gritos, no veía las horas de que la ceremonia se acabara. Julius la buscaba con los ojos, la miraba desde su silletita y la adoraba, la controlaba, con el deseo le exigía que prestara atención, que ubicara a cada uno de sus amigos... (p.103)

Y si en algo más destacaba era en ponerse al lado de los héroes escolares, pero bondadosos como Arzubiaga, que no como Silva: "Arzubiaga estaba en tercero, era un grande, pero como les hablaba a todos, Julius lo consideraba amigo. aparte de ídolo" (p.98); además de sentir ese afecto por "los antihéroes" como Cano.

Fue un espacio feliz y también "protector", no en vano estaba dirigido por monjitas, casi todas de la bondad de Madre Mary Agnes.

Y entre la construcción de la casa nueva y el abandono del "palacio original", el "Country".

### **1.2.3.-El Country Club**

"Fue el verano más largo de mi vida" diría Julius, si le preguntaran por los meses que paso en

el Country Club, y triste además, sin Nilda ya para siempre (...) sin Arminda... (p.181)

Y esto es lo que se refiere a los sentimientos de Julius, que como lugar ya quedó descrito en "Una mano en las cuerdas" de *Huerto cerrado*. Recordamos que allí Manolo conoció a Cecilia, su primer amor; pero así como para Manolo "el Country" fue el lugar donde pasó unas vacaciones de verano felices, para Julius fue todo lo contrario. Aquí se encontró completamente desprotegido sin la servidumbre (casi su familia en el palacio), y con la madre siempre en algún "cóctel" con Juan Lucas. Y así lo ve el narrador, el día en que cumple diez años, ya está atardecido y Arminda, la planchadora, le trae un regalo "de una mujer pobre a un niño millonario y en pena":

...En la pena que tú nunca olvidarás Julius. Porque cuando se es así, cuando el día de tu santo, o el de Año Nuevo, o el de Navidad, o cualquier otro día en que haya que querer o ser querido, cuando un día como hoy te entristece hasta regresar del Golf e irte a pasear por la piscina ya vacía y oscura, cuando se es así, cuando toda esperada alegría lleva su otra cara de pena inmensa (...cuando tú has visto la piscina vacía de gente, vacía de las niñas que te recordaban a Cinthia, vacía de Bertha que la estaba escarmenando, vacía de Celso y Daniel que no han venido a verte en todo el verano.(p.207)

Pero es en la salida de estos tres ámbitos, hacia el mundo de fuera, donde Julius puede comprobar que la vida no es tan fácil para todos como lo es para él, a pesar de esa tristeza que le embarga muchas veces, "a pesar de".

La primera salida la hace a casa de sus primos, "esos mierdas", calificativo que acompañara a los Lastarria tantas veces como salgan en escena. Es el cumpleaños de uno de los niños Lastarria, y Julius y Cinthia tienen que asistir. Es una jornada que, pese a la protección de Vilma, resulta lesiva. Además se hace evidente el estado de Cinthia (una tuberculosis), y todo se precipita hacia el desenlace. Hay en esta salida, con continuos sobresaltos, un pequeño triunfo de Julius cuando consigue poner en evidencia al primo que los había estado molestando toda la tarde del cumpleaños, ante todos los concurrentes. (Las pequeñas venganzas de Julius, siempre vendrán por este lado, por el de "la inteligencia").

Desde el "palacio original" Julius hará otra salida fuera del ámbito y será a la nueva casa en construcción. Para Julius supondrá otro despertar, pero en otra dimensión, la humana. Los obreros de la construcción que en primera y última visión de Julius parecían "payasos locos de circo barato, expulsados además por usar sólo groserías para hacer reír al público" (p.161) acaban aceptando al chico porque había logrado acercarse a ellos por el camino de la emulación. Es una salida enriquecedora porque Julius se da cuenta que puede contactar con otra gente tan diferente en modales por la vía de esa atracción hacia "los vagones de tercera clase".

Y una nueva salida, ésta ya continuada, la hará Julius, ya con edad suficiente, a casa de Frau Properpina, la profesora de piano. Y allí volverá a sentirse "fascinado" por la gente que habita esas viviendas. En cada ventana encendida del corredor que lleva a la puerta de Frau Proserpina habrá una historia a descubrir, que Julius imagina desde las posibilidades que su mundo le ha ofrecido; al igual que la profesora de piano es nieta imaginaria de "Bethoveen", el viejecito calvo que lee siempre será un sabio, y la colegiala que entra en el zaguán no podrá estar allí más que de visita. Apreciaciones que irán cayendo por la evidencia una a una.

Desde el "Country" el protagonista de *Un mundo...* realizará otra salida al exterior (fuera de su mundo me refiero), acompañando a Arminda a su casa, aquel día que le trae el regalo de cumpleaños. Desde la ventanilla del coche el narrador, por los ojos aún inocentes de Julius, va enseñándonos la Lima de los diferentes estamentos, desde los palacios hasta las viviendas de "medio pelo", o tipo casa estilo mi-propio-esfuerzo... y después:

...El Mercedes atraviesa toda una zona que no tarda en venirse abajo desde hace cien años y desciende a un lugar extraño, parece que han llegado a la luna: esos edificios enormes, de repente, entre el despoblado y las casuchas con gallinero (...) Arminda como que despierta allí atrás y Julius, al principio, se desconcierta, no puede imaginarse, no sabe qué son, ¡claro!, son casuchas!claro! (...)

y esto no es nada con lo que ve en casa de Arminda:

...por primera vez en una casa en pleno comedor y la sala no está por ninguna parte, una

gallina lo estaba mirando de reojo, nerviosísima, y bajo la media luz de una bombilla colgada de un techo húmedo, todo al borde del cortocircuito... y él ya no sabía hacia donde mirar, y es que miraba allí para no mirar allá y sentía que continuaba insultando a Guadalupe, a Arminda, tal vez hasta Carlos porque el piso está frío y es de piedra, porque la cocina es de ladrillo, (...) y hay una tacita rajada y una naranja y tres plátanos mosqueados (...) y la cocina que es de ladrillo está en el comedor y allá también la mirada es insulto...(pp.210-211)

Y Julius quiere evitar a toda costa esa ofensa que son sus ojos en tanto detalle y tan diferente...Y Arminda, por agradar, invita al niño a merendar y él, aunque en sentimiento puede compartir la escena, hasta cierto punto, no puede evitar "la vergüenza" del vómito ante "el pan y mantequilla (y después) la uña negra morada inmensa (...) y tú viste los guantes blancos con que Celso y Daniel servían en el palacio..." (p.212)

Y después de esta escena, el texto, como contrastando clases, habla de otra casa, esta vez palacio, en un lugar "que es mucho más que San Isidro":

...la casa esa de vidrio que hay sobre un cerro en Monterrico, ¿Cómo? ¿No la has visto todavía?!pero si ha salido fotografiada en todas las revista! (...) bien finos eran los dueños de la casa de cristal sobre el cerro de Monterrico.(p.213)

### 1.2.4.-La casa de Cano

De todos los compañeros de colegio, Julius escogerá como amigo a Cano (aquel antihéroe que hemos reseñado en ese apartado), y lo hará, precisamente, por esa atracción que siente por los que son diferentes y son rechazados por serlo. Además, compartían una cualidad común, el hacer volar la imaginación tan lejos como la creación se lo permitiera. Uno recreando el mundo próximo del que carecía:

Cano también andaba imaginando (...) no sólo tocaba las cosas, sino que además les ponía un nombre que no era precisamente el que les correspondía. Ni más ni menos que si estuviese reinventando el mundo. Claro que Cano no era ni dios, ni loco, ni siquiera adulto para traérselas así tan raras...(p.299)

y el otro intentando entrar al para él desconocido mundo de "los otros".

Y el día en que Cano, agradecido -Julius se había trompeado por él con el "matón" de la clase- invitó a Julius a su casa (una casa humilde en un barrio periférico), no se sintió especialmente impresionado (quizás ya había crecido lo suficiente) por lo que allí vivió, o más bien por lo que dejó de ver, probablemente porque antes de la visita (con la importancia que tiene para el hijo de Susan) se había ido preparando, convirtiéndose -en sueños- en Cano y habiendo pasado previamente, por tanto, por el lugar, siendo "el mismo Cano".

Aquella tarde en casa del amigo, éste le confesó un secreto, enseñándole tres pedrones guardados en el armario:

...las coges todos los días y cada vez eres más fuerte. Julius pensó en Fernandito y volvió a preguntarle ¿cómo sabes?, pero Cano no captó ese matiz de la pregunta y él ya no supo de qué manera insistir. Además, Cano le decía que le creyera, que esperara y que ya iba a ver dentro de tres meses; le rogaba, eso sí, que no lo dijera a nadie. Julius le juró nuevamente por Dios y para que el otro se quedara más tranquilo, le explicó que habría que ser muy bruto para contarle ahora porque Fernandito se enteraría, y como todavía falta mucho para dos meses, viene y te saca la mugre.(p.308)

Julius desconfió del método y acertó. Además de fuerza se necesitaban otros condicionantes para vencer a Fernandito, seguridad es sí mismo, por ejemplo, cosa que Cano estaba muy lejos de poseer, y que Julius, sin encontrar la palabra adecuada para poderlo explicar, también sintió. Y fue por esa desconfianza - y por que al fin y al cabo él también había "recibido" del colegial- que buscó y encontró esa venganza sutil que emplea el intelecto, y que ya antes había usado con acierto, frente a la fuerza bruta.

Y la profesora de castellano, "tan huachafa ella", le dio la oportunidad cuando les mandó, "como trabajo, una redacción sobre un acontecimiento o personaje (...) Podían hablar de su mejor amigo (...) 'o de su

peor enemigo' pensó Julius". La historia que elabora Julius tiene que ver con el padre de Fernandito, ricachón de poca clase y jactanciosa, que un día Julius descubrió en su propia casa, resultándole familiar por los gestos, pero sin saber de quien se trataba, hasta que al final lo relaciona por el apellido, y tituló esa historia "Señor de negro":

Negro el señor y negro el señorito, porque si bien Fernandito tardó algo en comprender las primeras alusiones del texto, poco a poco muchas cosas le habían ido sonando familiares, y ya a partir de la segunda página sufría a solas pensando que el personaje de la composición de Julius se parecía mucho a su padre. Claro que ni Julius lo sabía, de donde iba a conocer a su papá, toda la clase se estaba riendo de su papá. Increíble, hasta se vestía igualito a su papá el señor de negro, y ahora todos estallaban en nuevas carcajadas porque acababa de montarse en el taburete al cabo de tres intentos, y por mirar a un chiquito que lo observaba burlón, por clavarle la miradita de Al Capone, había perdido el equilibrio y se había vuelto a resbalar...(p.328)

La casa de Cano ha quedado un poco alejada de esta historia, pero es que en *Un mundo...* se anticipa lo que después será la constante en toda la obra de Bryce, el espacio en sí (físico me refiero) no puede separarse del íntimo, y lo que en él ocurra potencia el asomo de "la hebrita", de la que, estirándola, se desteje el ovillo.

La casa, el colegio y el "Country" de una forma muy concreta son los tres ámbitos en los que se desenvolverá Julius habitualmente, como cualquier niño de su edad y de su condición. Las salidas a otros entornos le servirán para contrastar y comparar su mundo con el restante, y así sacar sus propias conclusiones. Además Julius servirá para que los lectores nos adentremos en el mundo de la oligarquía limeña de manos de alguien que pertenece a esa clase, pero que la cuestiona.

### 1.2.5.-El aeropuerto

Y habrá otros espacios, que han quedado comentados en los espacios de la edad adulta, como son los aeropuertos. Y allí anotaba, como explicación de su recurrencia, el hecho de que los protagonistas vivieran escindidos entre Europa y América, circunstancia que aquí en *Un mundo...* no se da, pero que igual están presentes como espacio.

Ya dije que el aeropuerto es un lugar de paso, de un lugar a otro -físico- en el caso de los que se va, pero sobre todo de alejamiento afectivo por ambas partes, los que parten y los que se quedan. En *Un mundo...* priman las despedidas, por tanto es un espacio triste. Desde aquí parte Cinthia para no volver, y aunque Julius es todavía demasiado niño para comprender, en su momento, la partida; el aeropuerto quedará unido siempre a la ausencia definitiva de la hermana.

También partirá Santiago, el hermano mayor, a los EE.UU. a estudiar y aquí los sentimientos son ambivalentes:

...Se llevaban muy bien los dos (se refiere a Santiago y a Juan Lucas) y fue triste verlos despedirse en el aeropuerto. Susan abrazó a ese hijo tan grande y tan buen mozo que tenía, y le dijo que se cuidara y que escribiera aunque segurísima de que sólo lo haría para pedirles más dinero. Después, al verlo partir reflexionó sobre el extraño bienestar que sentía y sonrió al pensar en esas mujeres que nunca envejecen y que a veces tienen hijos mucho más grandes que Santiago...(p.127)

Y ya al final del libro, volverá a marcharse Santiago que había vuelto a pasar las Navidades con la familia y con su amigo Lester. Y otra vez la tristeza, curiosamente mayor, de los mismos miembros de la familia,

Volvían tristes, por lo menos callados, cada uno con lo suyo. Susan, linda, silenciosa, distraída o triste, aceptaba la propuesta de Juan Lucas: dejar a los chicos en casa, salir a comer a la calle (...) odiaba los semáforos porque no encontraba qué decir mientras esperaba (...) porque en su vacío impaciente se filtraba la escena del aeropuerto viéndole como a un hijo, tosía inmediatamente para no sentir pena en la garganta... (p.421)

no de Julius, con problemas mucho más importantes que la partida de su hermano, con el que no se siente, en absoluto, compartir nada.

## 1.2.6.-El baño

Hay un lugar, un tanto inhabitual, no ya en *Un mundo...*, sino en la obra de Bryce, que todavía no ha quedado reseñado. Es un lugar de la intimidad en donde los personajes se desnudan física y emocionalmente. Parece ser, en algunas ocasiones, como un ritual.

Para varios personajes-niños (en el recuerdo), como Martín Romaña, o el del "¡Al agua patos!", el baño va unido a "un trauma infantil", pero también a la presencia acogedora de "tía Tati" que asistía protectora al baño diario; y en el caso de Martín una "tía vieja y buenísima". Y siguiendo con Julius "Beberly Hills" será Vilma la encargada de hacerlo, en aquel baño-piscina que recordaba a cuando:

Y a eso de las seis y media de la tarde, diariamente, la chola hermosa cogía a Julius por las axilas, lo alzaba en peso y lo iba introduciendo poco a poco en la tina, los cisnes, los patos y los gansos lo recibían con alegres ondulaciones sobre la superficie del agua calentita y límpida, parecían hacerle reverencias (...) mientras la hermosa chola se armaba de toallitas jabonadas y jabones perfumados para niños, y empezaba a frotar dulce, tiernamente, con amor el pecho (...) Julius la miraba sonriente y siempre le preguntaba las mismas cosas (...) y escuchaba, con atención cuando ella le hablaba de Suquio, de Nazca... (p.11)

Y cuando ya no está en la edad de que "la chola hermosa" lo enjabone, el baño será el lugar de pensamientos tristes, que no son acordes a la elegancia del lugar:

... pero qué hago encerrado triste aquí en el baño... Julius tuvo su pequeña vergüenza, lo asustó ese tipo de soledad en un baño inmenso y elegantísimo; lo abandonó dejando detrás frascos de porcelana con nombres en latín que reposaban sobre la bañera-piscineta de Susan.(p.298)

Para los personajes adultos de *Un mundo...*, Juan Lucas y Susan (de los únicos que, aparte de Julius, conocemos algo), el baño sigue siendo un rito placentero e iniciático, en el sentido de ponerlos de acuerdo con lo que ellos mismos quieren ser (la valoración correrá a cargo del narrador, y de los lectores en última instancia):

De la cama pasaron al baño; cada uno tenía su baño. Juan Lucas se peinó un poco antes de afeitarse; no resistía sino lo perfecto en el espejo y ahora, mientras se afeitaba iba instalándose en el día al sentir la firmeza de su brazo varonil deslizándose hacia arriba y hacia abajo la cuchilla de afeitar (...) y se iba identificando con la finura de sus colonias, de sus frascos de *Yardley For Men*, tres, cuatro frascos para usos distintos que yacían elegantes sobre la repisa de porcelana (...) cosas que olían a hombre fino, *for men only* como la revista *Esquire* (...) En otro baño, uno que tú nunca tendrás, hollywoodense en la forma, en el color, en la dimensión de sus aparatos higiénicos, oriental en sus pomitos de perfume, francés en sus frascos de porcelana y de botica antigua, con inscripciones latinas, Susan tomaba feliz una ducha deliciosa. A veces Julius llegaba por esas zonas y escuchaba la voz de su madre pidiéndole una toalla. (p.87)

La descripción se demora con voluptuosidad en estos recintos, en un procedimiento que no es el habitual, y que sólo se repite, con tal lujo de detalles, para hablar del "palacio original", y en alguna otra ocasión esporádica. Es una forma de resaltar "la importancia" del lugar.

Y esa sensación de "bienestar" que produce un baño tomado sin más prisa que la que se tiene cuando no hay nada más que hacer sino prolongarlo, la siente Susan en otra ocasión, cuando en un arranque de misticismo, empujada por Julius, le acompaña a misa de siete:

Al terminar (...) descubrió que las estatuas de la iglesia eran una maravilla, austeras hasta la prusianidad, y luego, al salir, mientras se dirigía al Mercedes (...) notó que era realmente agradable estar en la calle sintiéndose tan buena de madrugada, se le llenaron de bienestar palabras como amanecer, alborada, maitines (...) el alba el alba...por supuesto que no era tan temprano pero había sido una misa de siete y la calle estaba desierta y ella sentía una frescura interior, algunos baños con sales le producían el mismo efecto... "no siempre", pensaba tres horas más tarde, gozando de frescura:"no siempre"y, sobre todo nunca su efecto dura más de una hora porque Lima es una ciudad muy húmeda...

Hoy, en cambio... (p.139)

Y también en el baño Cinthia hablará con Susan del entierro de Bertha y de su padre:

Mientras Cinthia preguntaba, él permanecía inmóvil, con las orejotas como alfajores-voladores (...) El asedio tenía lugar en el baño que usó su padre. Ahí estaba aún sus frascos; no los habían movido: ahí estaban sus lociones, sus cremas de afeitarse (...) Todo a medio usar para siempre. "Parece que fuera a venir", le dijo un día Cinthia a Julius, pero no por eso se olvidaba de Bertha. (p.19)

### 1.3.-Los Objetos

Dos eran las cosas que fascinaban a Julius en el nuevo palacio: la carroza que fue de su "bisabuelo-presidente", y la sección servidumbre, quizás, simplemente, por esa atracción que sienten los niños por lo prohibido: "!cuidado! no la toques está llena de telarañas..." (pág.10), o "la carroza y la sección servidumbre ejercieron siempre una extraña fascinación sobre Julius, la fascinación de 'no lo toques, amor, por ahí no se va, *darling*...' " (p.10)

A pesar de las prohibiciones y favorecido por las circunstancias, la enfermedad del padre y después su muerte:

Nadie pudo impedir que Julius se instalara prácticamente a vivir en la carroza (...) Ahí se pasaba todo el día, sentado en el desvencijado asiento de terciopelo azul (...) disparándoles siempre a los mayordomos y a las amas que tarde tras tarde caían muertos alrededor de la carroza, ensuciándose los guardapolvos que, por pares, la señora les había mandado comprar para que no estropearan sus uniformes, y para que pudieran caer muertos cada vez que a Julius se le antojaba acribillarlos a balazos desde la carroza. Nadie le impedía pasarse mañana y tarde metido en la carroza. (p.10)

Más adelante la carroza será el lugar de la lectura diaria de Tom Sayer. La primera dejó de interesarle cuando ya no tenía tanto tiempo para el juego, y cuando, además, la servidumbre como que empezó a resistirse a caer una y otra vez batida por el mismo enemigo. Además, como ya dije el chofer descubrió lo bien que se dormía en la carroza y se posesionó del lugar. Y la segunda, cuando al fin, accedió a ella (la sección servidumbre), y se dió cuenta que todo era como la caja en la que Celso guardaba tan celosamente la Tesorería de los amigos de Huaracundo:

Minutos después Julius entró por primera vez a la sección servidumbre del palacio. Miraba hacia todos los lados: todo era más chiquito, más ordinario, menos bonito, feo también (...) Está oliendo pésimo cuando el mayordomo le dijo:

-Ésa es la caja -señalándole la mesita redonda.

-¿Cuál? -preguntó Julius, mirando bien la mesita.

-Ésa, pues.

-Julius vio la que no podía ser. ¿Cuál?, volvió a preguntar, como quien busca algo en la punta de la nariz y esperan que le digan ¿No ves? (...)

-Ciego estás Julius; ésta es.

Celso se inclinó para recoger la caja de galletas de encima de la mesa...(pp.16-17)

Después lo que la servidumbre le daba, cariño y esas historias sobre la selva, podían ser también contadas en cualquier otra sección: el comedorcito, o la repostería...

Cuando la familia se cambia a la casa nueva, la carroza quedará con ese aspecto que le da la restauración y que le hace, a veces, perder ese *cachet* que les daba precisamente ese "como fin de algo". De cualquier forma la carroza, restaurada o no, no encajaba ni en el tiempo ni en el lugar. Y de ello da prueba una anécdota de Juan Lucas y la llegada de la carroza "como nuevecita" a la casa nueva:

El que sí llegaba era Juan Lucas y Susan a su lado, pero no en coche de caballos o en diligencia como dijo el bruto de Universo que había abierto el portón y que no sabía nada del pasado

(...) Julius se estaba cambiando el uniforme cuando escuchó pasos de caballo en el patio exterior del palacio, ¿Qué diablo era? Corrió a la ventana: la carroza nuevita, nunca la había visto con caballos, salió disparado (...) No bien abrió la puerta, apareció Julius corriendo y no paró hasta no estar bien instalado en la carroza y disparándole a todos los indios como cuando tenía cuatro años, si Cinthia la viera y Nilda, Vilma, Anatolio. Dejó de disparar cuando tras la nube de emoción apareció nuevamente su edad actual, cuando el juego sin tantos jugadores empezó a entristecer (...) Susan, que entraba en ese momento al palacio, captó algo al ver tan triste la carita del príncipe en la ventana. Linda vino a decirle, bájate *darling*, el tiempo de los indios pasó. Es sólo un adorno, antojo de daddy, algo ridículo el asunto, *darling*. El cochero ni siquiera sabía conducirlo bien, pero ya sabes como es daddy, dale con ir a traer la carroza y después furioso porque en el camino le silbaron tres veces esa cosa de hojita de té... Y ahí no termina la aventura, *darling*: daddy insiste en que fue el eje el que sonó, pero bien clarito que se oyó la pedrada que nos tiraron en Lince. Vamos *darling*. (pp.322)

Y Julius quiso recordar viejos tiempos, pero tampoco funcionó. La carroza dejará de existir a partir de ese momento.

### 1.3.1.-Las corbatas

Habrán otros objetos que ya nos resultan familiares por su insistente presencia hasta lo que aquí hemos visto: las corbatas y las fotografías.

La primera corbata que sufre Julius, préstamo (salta a la vista por su calidad) de algún miembro de la servidumbre, será negra, y querrá demostrar el duelo que siente Julius, contagiado por su hermana Cinthia a la que adora, por la muerte del ama de la niña, que lo fue de la familia, desde que Susan fue también niña. Cinthia sintió su muerte como si se tratara de una madre (lo fue probablemente, como Vilma para Julius) e hizo extensivo ese pesar a Julius, paseándose ambos por la casa "enlutados", hasta que consiguieron dar a Bertha el lugar que ellos creyeron que merecía, junto a ellos.

Ya después será "primorosa", para competir en "belleza" con tantas amas y sus "niñitos", como Juan Lucas, vestidos para la ocasión:

Y ese sábado por la tarde, los vistieron íntegramente de blanco, zapatitos y todo, para Julius una corbatita de seda blanca, igualita al lazo que recorría el moñito pasado de moda sobre la cabecita de Cinthia (...) otros niños también llegaban, que se conocían y no (...) niños lindos y no, desenvueltos y no, amas con uniforme para cuando lleven a los niños a un santo, allí todo el mundo rivalizaba en belleza, en calidad, en fin en todo lo que se podía rivalizar frente a la puerta de los Lastarria y era un poquito como si todo el mundo se estuviera odiando. (pp.21-22)

La crítica es evidente, y ése "quien puede más", representado por los niñitos y sus amas, es reflejo de lo que allí no está, pero se evidencia: la pugna de una clase en la que impera el mundo de las apariencias.

Habrán una corbata cariñosa, gesto de Vilma de ponérsela en la oreja mientras le anudaba el cuello de la camisa, y que Julius repite en un ademán que desconocemos (el hallazgo pertenece al narrador y nos lo dice nada más), pero que imaginamos hecho con la nostalgia de su recuerdo, cuando precisamente se encuentra solo en la habitación del "Country", mientras espera que sus padres vengan a recogerlo, para celebrar su cumpleaños. Esta soledad que pensamos que existió, se repite en varias ocasiones en su estadía en el hotel, aquel verano que él dice, por boca siempre del narrador: " el más largo de su vida", le llevó a recordar a Vilma seguramente.

Después las corbatas pasarán a ser prendas llevadas por los adultos, como prueba de elegancia y siempre a tono con el terno:

...había unos hombres de saco blanco, perfecto, que rodeaban como moscas que no se te paran a otros hombres de oscuros ternos y corbatas plateadas sobre fondo perfecto color blanco o marfil de camisas de seda.(p.226)

La descripción vuelve a ser metonímica, antes y en esta misma fiesta, en casa de otros personajes como los



protagonistas, ha habido esa intención: hablar de los personajes por lo que "destacan", que parece ser un intento de mostrarlos por lo que en estas reuniones se conoce de ellos: por la frivolidad. Y ya antes el dueño de la casa se había dirigido, forzando a sonrisa hacia donde "una enorme pulsera de brillantes le esperaba sonriente" (p.224)

Y las corbatas, también, sirven para distinguir los diferentes estamentos sociales; el comentario toma el punto de vista de Julius, cuando Juan Lucas viene a interrumpir una historia que estaba contando a su madre

"!Mucha monja!,!mucho ama!", lo interrumpió Juan Lucas, impaciente porque no llegaban las copas, y él pudo ver la sonrisa comentariosa con que el médico agasajó la frase cortante; no había ambiente, se parecían más que sus corbatas, los fabricaban a montones contra su vida: un nudo en la garganta lo vencía, felizmente Susan lo trajo hacia su cuerpo para comprenderlo alegremente...(pp.136-137)

Otra vez, o quizás ha sido simple coincidencia, la corbata, por contagio, produce "un nudo en la garganta" en el protagonista (en la otra ocasión fue a Martín Romaña en su discusión con uno de los pretendientes de Octavia).

Y si algo aprendió Julius de su "tío" Juan Lucas fue "lo de la corbata". Estamos al final de la novela, y se nota como si Julius empezara a aceptar, de alguna manera al golfista, en detalles muy concretas, pero a aceptarlo; actitud que en los primeros tiempos era impensable:

Julius terminó de peinarse y se puso su corbatita michi, pero verdad que Juan Lucas le había enseñado que las corbatas de lazo se las anuda uno mismo y que ésas ya hechas con su ganchito para sostenerlas al cuello son horribles, nada de colgajos, las cosas o se usan bien o no se usan. Se quitó la corbatita michi y regresó a su dormitorio en busca de una corbata normal. (p.377)

### 1.3.2.-Las fotografías

Las fotografías y los retratos (diferentes "categorías" de un mismo intento) son desde *Un mundo...* objetos a tener en cuenta, más que nada por la insistencia que va mucho más allá de la pura casualidad.

Pueden ser la excusa para referir una historia romántica acerca del retrato del tío-abuelo, que está en el escritorio de la casa de la "tía Susana horrible". Cinthia se la cuenta a Julius el día que van a la fiesta de sus primitos, los Lastarria:

"¿Sabes que el tío-abuelo que está en el escritorio de la casa tuvo otra mujer antes que nuestra tía-abuela?" Julius hizo no, con la cabeza, y ubicó rápidamente al tío-abuelo entre los cuadros de antepasados que habían en el escritorio del palacio. "Sí, agregó Cinthia" y le contó la larga historia del tío-abuelo, el tío-abuelo romántico (...) mamita le había contado íntegra la historia. (p.25)

Pueden servir como mero recordatorio, como las del entierro del padre de Julius, que son referencia para comparar la diferencia que existió entre el de Bertha, la empleada que llevaba "mil años" en casa, que salió por la puerta de atrás; y el del padre rodeado de lacayos como "cuando papi iba a un banquete en Palacio de Gobierno" (p.18); o como las de Susan, en su recuerdo de adolescencia, cuando se corta el pelo y decide mandar a su "daddy" una fotografía con la nueva imagen; o la simple herencia entre hermanos, de Santiago a Bobby, de la muestra de muchachas "calatitas" que ya el mayor se las quita como lastre.

También estarán las fotos que hace Palomino (el practicante que iba en Chosica a ponerle las inyecciones a Julius y se quedó prendado de Vilma) al ama de Julius, y que dio pie a que Julius se escapara hacia Chosica vieja, en busca de su amigo Peter:

Vilma apareció en ropa de baño, una que le había regalado la señora y que le quedaba a la trinca. Parecía aspirante a rumbera con esas poses de artista mal aprendidas (...) y Palomino dale que dale, foto y foto desde todos los ángulos, en blanco y negro, hasta en tecnicolor (...) y las horas pasaban y el pobre Julius esperando. (p.59)

Y precisamente la distracción la aprovechó Julius para estar a solas con Peter, el gringo que lo tenía

encandilado, y para mostrarse, como gesto de compartir afectos, *las fotos* de Cinthia, por ejemplo: "...ahí estaban abajo, sentados sobre dos piedras, mojándose los pies en el río (...) Y es que casi no hablaban. Se limitaban a intercambiar fotografías, diciendo ésta era Cinthia o éste era yo de niño, a tu edad a los cinco años. (p. 61)

Otras veces será el deseo de perdurar "la perfección" hecha realidad en Juan Lucas, y expresada con admiración en los ojos de Susan: "Susan le toca el pañuelo de seda, pero no el pelo que está ya listo con sus canas cuarentonas-interesantes, eleganteando un perfil que alguien fotografiará esta tarde mientras el Gitano hace su faena, ese perfil de aficionado... (p.149) Y también de ambiente taurino serán las fotografías que los toreros "bien hombres" dediquen "reciamente" al coro de sus admiradoras:"...y entre novios peruanos que toleran celosos los autógrafos salerosos que Gitano, Santiñana y Lazarillo van escribiendo sobre fotografías en las que resaltan sus órganos genitales..." (p.164)

Y habrá más, esas fotos escolares que después harán recordar, cuando ya sólo sea esa muestra lo vivido, las jornadas escolares, aunque no todos guardan para la posteridad las caras que tuvieron:

Y ahora la madre Superiora lo presenta como todos los años, el señor Delcastilo (...) ha venido a tomarles una foto para que la guarden de recuerdo, para que algún día se la enseñen a sus nietecitos (...) la madre Superiora siguió todavía un ratito con lo del nieto y el abuelo, le encantaba ver a los niños reírse con sus bromas. Hasta Sánchez Concha soltó la risa por un momento, pero ahí fue cuando vio que Fernandito presenciaba la escena furioso y adoptó rápidamente la cara número veintisiete. Lo malo fue que, a la semana, Del Castillo, fotógrafo, trajo las fotos listas y Sánchez Concha descubrió que Fernandito había posado feliz, con una sonrisa de oreja a oreja, una que nadie le había visto nunca y él, en la hilera del centro, más alto que todos pero con una cara que parecía que iba a tirarse un pedo o que le dolía terriblemente el estómago, qué complicada era la vida. Sánchez Concha se guardó rápido la foto en el bolsillo del saco y volteó a mirar qué pasaba con el resto de la clase, no pasaba nada, o mejor dicho sí: todos compraban su foto para enseñársela a mamá... menos Fernandito que tan siquiera se tomó el trabajo de mirarla. (pp.277-278)

Y por último estará la foto de Cinthia que Julius tiene en su mesita de noche, y con la que, a veces, intentaba compartir esa soledad que ella sólo entendía, porque estaba hecha de las mismas preguntas.

## 2.-EL ESPACIO ÍNTIMO

Julius vive escindido entre dos mundos. El que le ha tocado nacer, por privilegio, y "la otra clase" hacia la que tiende por empatía, que está, en principio, representada por la servidumbre.

Vive, además, influenciado por el entorno femenino que le resultará protector frente al masculino -Juan Lucas y sus hermanos, otros Juan Lucas en potencia- que le resultará incómodo y censurable, o por lo menos como modelo " a no imitar".

El padre de Julius murió cuando él apenas tenía dos años, y el espacio afectivo masculino quedó vacío y en expectativa.

Así Julius se educó entre mujeres, Vilma, Nilda, Cinthia, y su madre "linda" a la que adoraba. Y uno de sus mejores momentos, ante de que se impusiera la presencia masculina de Juan Lucas en la casa, era despertarla, y pensando en ese momento se dormía "rapidito para ir a despertarla cuanto antes":

Para Vilma era un templo; para Julius, el paraíso, para Susan su dormitorio, donde ahora dormía viuda, con los treinta y tres años y linda. Vilma lo llevaba hasta ahí todas las mañanas alrededor de las once. La escena se repetía siempre: Susan dormía profundamente y a ellos les daba no sé qué entrar. Se quedaban parados aguitando por la puerta entreabierta hasta que, de pronto, Vilma se armaba de valor y le daba un empujoncito (...)Vilma le hacía señas para que la tocara; entonces él extendía una mano (...) y veía a su madre tal cual era, sin una gota de maquillaje, profundamente dormida, bellísima. Por fin se decidía a tocarla, su mano alcanzaba a penas el brazo de Susan y ella, que despertaba siempre viviendo un último instante lo de anoche, respondía con una sonrisa dirigida a través de la mesa de un club nocturno al hombre que acariciaba su mano...(p.15)

Y en esta entrevela ya podemos vislumbrar lo que será el mundo de la madre, un debatirse entre el cariño maternal (muy a desgana, y a impulsos) y el otro fruto de dormir "viuda a los treinta y tres años"; y después de ese dormir casada con Juan Lucas... (Probablemente el mundo de muchas mujeres de las características de Susan, que no de la tía "Susana horrible" -y quizás el apelativo le vedó otros goces- para quien sus hijos eran "su mundo", aunque sin los resultados que cabrían esperar, porque siempre que son nombrados los muchachos de Susana, el calificativo definidor de "esos mierdas" los compromete).

Así todo ese tiempo que la madre lo dedica "a la sociedad", las críticas, en boca de la servidumbre, no se hacen esperar, y también las del narrador que asiente con la opinión:

Hasta Carlos, el chofer en las *pocas oportunidades* en que no había tenido que llevar a la señora a ninguna parte... (p.13)

...La estaba escuchando, en la tos de Cinthia, cuantas veces le he dicho ya a la señora, cada día tose más señora, ese remedio, (...) la señora vive cada día más apurada. Bertha y yo hemos sido la madre de estos niños sobre todo desde que murió el señor... (p.24)

Y efectivamente así había sido, pero Julius y Cinthia "reconocían ese amor de la servidumbre", y el niño esas mismas noches en que quería dormirse rapidito para poder despertar a la madre, también pensaba en Vilma, y ya empezaba a hacerse aquellas preguntas que habitualmente no preocupan a los niños de esta edad y de estos ámbitos (no hace falta más que pensar en Santiago o en Bobby):

...Julius se dormía mucho después de que Vilma lo hubiera dejado bien dormidito: se hacía el dormido, y en cuanto ella se marchaba, abría grandazos los ojos y pensaba (...) en el amor que Vilma sentía por él por ejemplo; pensaba y pensaba y todo se le hacía un mundo porque Vilma (...) era también medio india y sin embargo nunca se quejaba de andar metida entre todos los indios muertos que había ahí en Fuerte Apache (el dormitorio de Julius). (p.14)

Y la misma Susan, en esos momentos en que algo más serio que lo cotidiano le hacía salir de sus propias y casi únicas preocupaciones, reconocía la diferencia entre los hijos (aunque la diferencia para ella era más un motivo de desagrado -una preocupación que no quería tener- que de orgullo):

Sus hijos mayores nunca habían dado tanto quehacer, éstos crecían sin padre, entre amas y mayordomos, inevitable y eran tan frágiles, tan inteligentes pero tan frágiles, tan distintos, tan difíciles ¿un internado? No, Susan, tú no eres malo, nunca lo has sido, eres simplemente así, no puedes estar sola, aburrida, sin tu gente, dando órdenes en un caserón con niños, tus niños Susan... (p.39)

Después el entorno femenino y protector de Julius se irá deteriorando. Primero será la muerte de Cinthia de la que no hablará si no es en momentos muy concretos, cuando en Chosica se hace amigo de Peter e intercambian fotografías sin apenas hablarse (el muchacho llega a la casa muy nervioso y tienen que sedarlo...), o cuando mira la fotografía que tiene en su mesita de noche y le habla...

De la muerte de Cinthia "se distraerá" con los días pasados en Chosica con la servidumbre, y con los primeros hallazgos de la "existencia de otro mundo", que él, siempre en el palacio, desconocía.

A la vuelta de Chosica será a la madre a la que perderá, en cierto aspecto; se ha casado con Juan Lucas y el varón ha pasado a usurpar, por una parte, el lugar del padre, (Julius siempre recalcará al llamarlo lo de *tío* Juan Lucas), y además contribuye a alejar todavía más a la madre de Julius, en cierta manera. Como antes Chosica, el colegio, al que va por primera vez, consigue distraer la atención del muchacho, ampliando miras. Es un colegio de "monjas" americanas, así que el dominio afectivo sigue siendo el femenino. Y las monjitas serán para el colegial "buenísimas" y en especial la monjita del piano que "usaba una especie de babero enorme, blanco y almidonado que le ocultaban los senos y la hacía parecer más buena todavía" (p.104). Fue la segunda persona que lo transportaba al paraíso directamente (la primera era la habitación de la madre cuando lo despertaba).

Más adelante será Vilma la que desaparece de la vida de Julius, se marchará por "culpa" de Santiago que quiso "abusar sexualmente" de ella, y Juan Lucas canalizó la situación más fácil, que era aceptar su marcha.

Tampoco Julius, como ocurrió con Cinthia, exteriorizó sus sentimientos directamente con la partida de Vilma, o quizá todavía no captó el verdadero motivo. pero si se puso del lado de alguien fue del de Vilma:

...Susan eres tan cándida... Te dan la oportunidad, te dicen que se largan juntos y tú les ruegas, tú te mueres de pena, les ruegas que lo hagan por Julius, nada menos que por Julius, tienes un hijito francamente cojudo, Susan, había que verlo ahí escuchando todo y prendido de Vilma, mirándonos como si fuera un enemigo, eres cándida, Susan... (p.89)

En su momento no se nos dice nada especial acerca de lo que pudo afectar a Julius, primero la muerte de Cinthia, y más tarde la partida de Vilma, (quizás como mecanismo de defensa trató de no pensar en ellas). Pero sí sabemos que se acordará de su hermana cuando ve a unas niñas colegialas que le recuerdan con sus gestos y también al final de la novela -y ésta vez compartiendo espacio íntimo con la madre- cuando Bobby hace su fiesta de graduación e invita a las muchachas, amigas de Cinthia por edad y por colegio (han pasado cuatro años). En la habitación donde Julius se arregla para la fiesta, aunque su hermano le había amenazado "con romperle la cara de cojudo que tenía, si es que asomaba la nariz por la fiesta" (p.77), hay presagios de que algo va a ocurrir, relacionado con Cinthia:

Entonces Julius volteó a mirar la fotografía de Cinthia sonriente y conversadora sobre la mesa de noche...Sí, pero de pronto Cinthia decidió hablar de otra cosa y Julius le quitó rápido la mirada porque no quería entristecer pensando en esas cosas, no puedo, Cinthia...(pp.376)

Más tarde en la fiesta, una muchacha especialmente bonita y alegre quiere que Susan, Julius y los demás participen en la cadena bailadora que serpenteaba entre las mesas. Y Susan y Julius la identifican con Cinthia, y los dos tienen que abandonar la fiesta entristecidos y llorosos, Susan para volver, requerida por Juan Lucas y el niño para continuar, a solas, con el diálogo que, ahora descubrimos, ha tenido con la fotografía de la hermana, en muchas ocasiones a juzgar por la matización conversadora y por lo que más adelante descubrimos:

...No se acuerdan de ti, Cinthia, sólo mami lo sabe, lo vi en su sonrisa esta noche, yo tenía cinco años la otra vez que la vi sonreír así, cuando no regresaste de Boston, Cinthia. Eran tus compañeras de colegio, de clase, mami lo notó, te vio, no, Cinthia, no te vio pero te recordó en su sonrisa, yo sí te vi, qué miedo, así son de tristes las fiestas, por eso seguro pasa siempre de noche. No se acuerdan de ti, Cinthia, esa chica me asustó, una vez mami me encontró hablándote (...) una vez mami me encontró rezándote, ¡no! (...)!Julius!,!no darling! (...), no te recé más pero hasta hoy te he hablado, ¿acaso no estábamos conversando antes de la fiesta?, tú querías hablar, yo no quería (...) Eso fue hace tiempo Cinthia, te he seguido hablando, por las mañanas, por las noches (...) todo lo sabes cuando te miro al acostarme, por las mañanas, todo lo sabes cuando te miro por las mañanas (...) yo te contaba de Cano, de Bobby, de mami, y hoy me he asustado, tienes que perdonarme, Cinthia, es sólo tu foto, tienes que perdonarme Cinthia, te voy a poner sobre la cómoda, lejos de mi cama (...) te voy a alejar de mi cama, sobre la cómoda, Cinthia (...) la sonrisa de mami esta noche, perdóname, te vas a la cómoda, voy a cumplir once años... (pp.381-382)

Y aquí acabó la niñez de Julius, con el acto de desprenderse del cuidado de Cinthia, pasándola a la cómoda, y así lo sugieren las dos citas del siguiente capítulo:

Y aquel fue, si mal no recuerdo mi último llanto aún pueril, y ya se ha mezclado en él un no sé qué de turbio amargo.(p.384)

...escuchamos la voz de Maurice O'Sullivan diciendo que una gran parte de él murió también aquella noche: una íntegra y profunda parte de su vida: su niñez.(p.384)

Con esta decisión y con lo que pasará en las últimas páginas de *Un mundo para Julius*, en que la familia vuelve a reunirse al completo, después de la ausencia de Santiago en Estados Unidos, acabará la novela.

Y la segunda anécdota tiene que ver con Vilma, y contestará a la pregunta con la que aquella misma noche de la fiesta, le despierta Bobby borracho: "-Si me das la plata de tu alcancía, yo te digo a quien voy a tirarme esta noche-" (p.383)

La respuesta vino de Nilda, la cocinera, cuando vino a felicitar a Julius, que cumplía once años. Y lo

oyó detrás de la puerta de la repostería; y con el descubrimiento, un globo, que se hinchaba amenazante para aplastarlo, lo persigue y por más que abra puertas, ventanas, o se lance al espacio vacío Vilma seguirá siendo puta, y cada vez mayor, agrandándose en tamaño a medida que se evidencia:

Julius abrió rápido la ventana, asomó bruscamente la cara, pero allá fuera, entre el aire oscuro y tibio de la noche, Vilma continuó siendo puta, tan chuchumeca como Nilda contó esta mañana. Y más todavía, eso era lo peor, más todavía (...) No pasa nada, absolutamente nada, sólo que Vilma es puta más grande que hace un instante cuando abrí la ventana, mucho más que esta mañana: esta mañana cuando él sintió por primera vez que un globo enorme, monstruoso que se infla, se infla persiguiéndolo sale inflándose de la cocina...(p.422)

Y Julius, sin saberlo, está a punto de perder esa batalla que lo está llevando, demasiado rápido tal vez, a la otra edad que sigue a la pérdida de la niñez y de la inocencia. Y el primer esfuerzo ha sido darse cuenta de que es hora de sentir que la presencia "femenina" ya no es tan importante, y es preciso apartarla de la asiduidad, aunque le esté resultando tan costoso:

Vilma fue puta mucho más grande, como si el globo enorme y monstruoso hubiera seguido inflándose hasta desbordar el palacio para perseguirlo por las calles de San Isidro (...) Vilma fue puta más grande todavía, mientras el globo lo aplastaba contra las paredes (...) Vilma fue puta inmensa, de donde él salió perseguido hasta la piscina (...) Vilma fue puta enorme (...) Vilma era gigantescamente puta y a él ya que le quedaba sino escoger entre los tres a Susan, írsele encima no bien el impulso lo arrojara contra ella, colgársele, prendérsele del cuello, llorar gritándole ¡ayúdame!... ¡sácame esto de encima!... ¡como un globo!... ¡enorme!... ¡pesa!... ¡me aplasta!... ¡me oprime!... ¡me duele!... ¡Llévense a Vilma! ¡a Nilda! ¡a Cinthia!... pero no. No porque Julius le ganó la partida al momento...(p.423)

Y a Julius, sin saberlo le han estado a punto de arruinar ese momento en que la decisión estaba tomada y opta por "la compostura". Y es su madre, Susan, la que va a buscarlo a la habitación, porque ha notado algo en Julius y ha hecho sus suposiciones (equivocadas como casi siempre), y va a abrazarle (Julius no hubiera aguantado la presencia de la madre y se hubiera desbordado), pero "de nuevo" la frivolidad (no se si llamarla ventajosa -prolongar la infancia, hasta el límite puede ser bueno-) le llevó de camino de vuelta al dormitorio, pero a Julius no le importó porque quedó ajeno; y el esfuerzo, tajante "como de hombres" (Juan Lucas lo hubiera aplaudido) ha conseguido dejar afuera aquel globo que amenazaba con asfixiarlo.

La pregunta como ya se la han hecho otros críticos, está en saber si Julius acabará amoldándose a ese mundo que se ha encontrado hecho, o conseguirá vencerlo con esa predisposición que ha hecho de él un niño diferente. La pregunta, en todo caso, queda sin respuesta.

Y estos, a grandes rasgos, han sido los entornos de Julius que nos han servido para perfilar la sensibilidad del benjamín de la familia protagonista, que lógicamente tendrá sus propios espacios, de acuerdo a su condición de miembros adultos.

### **3.-EL ESPACIO EN LA EDAD ADULTA**

Los espacios por los que transitan esa clase que se nombra como "la burguesía limeña" son el pretexto para que el narrador deje caer con esa ironía crítica, en donde la crítica, sin embargo sólo queda insinuada que no manifiesta abiertamente, para que el lector decida, en todo caso, y tenga la última palabra.

#### **3.1.-La casa: la relación con la servidumbre**

En la casa vemos la relación de los miembros de la familia con la servidumbre.

Ya sabemos que para Cinthia y Julius fueron las personas de las que recibían cariño y atenciones constantes, y ellos les correspondieron. Para la niña, el ama será mamá Bertha, y cuando muere, aparte de guardarle duelo, su pregunta será ¿Por qué a su padre lo sacaron por la puerta principal y al ama por la de atrás y con prisas? Su desagravio será enterrar "las armas de trabajo de Bertha" en el jardín (los objetos que le habían

unido a ella últimamente -como en un rito antiguo-, junto con un mechón de sus cabellos y la medallita que Cinthia llevaba al cuello). Cuando Arminda muere, también en la casa (esta vez en el palacio nuevo), Julius -alterando las órdenes de Juan Lucas- hará salir el féretro por la entrada principal (una manera de enmendar esas diferencias que Cinthia no entendía).

Para Juan Lucas, la servidumbre era "ese lunar en el rostro más bello": un mal necesario. Y más la del palacio original, a la que "esa falta de autoridad de Susan" había dado demasiadas alas. Juan Lucas conseguirá, poco a poco, desprenderse de ellos, para imponer sus condiciones. Y podemos decir que lo que le producen es rechazo, en la casa y fuera de ella:

Juan Lucas no lo vio; nunca veía a la gente que le abría la puerta...(p.123)

Se disponía a bajar del Jaguar, cuando aparecieron todos. Los vio salir sonrientes por una puerta lateral y los odió. (p.125)

Y haciendo una concesión, el día de la primera comunión de Julius, y por complacer a Susan, Juan Lucas hace una foto de todos juntos, y desde su objetivo los va calificando, no se salva ni Julius:

Nilda insistió en una tercera y última foto. Esa la tomó Juan Lucas, para que Susan no lo acusara después de ser malo con la servidumbre. Los miraba por el lente, se masoqueaba con la foto que iba a tomar: sólo Susan se salvaba ahí; Julius estaba parado cojudísimo con su velita, ya es hora de que empiece a cambiar de voz, cómo se llamará el jardinero ese, las patas chuecas de Nilda, la bruja lavandera, los mayordomos, no hay nada peor que un serrano digno: se imaginó que era un revólver y apretó el disparador. (p.125)

Pero ésta todavía puede considerarse una mirada de interés, porque en otras ocasiones la servidumbre puede ser, simplemente, un "objeto" molesto:

...*Algo* le tocaba el brazo, era Arminda. (p.150)

...pero *algo* feo entraba también por el rabillo del ojo. (p.292)

Universo ya había vaciado ese rincón. (p.293)

y ese mismo desprecio lo sentía por los caddies del golf, o por los camareros, o cualquier otro que no fuera de su condición. Pero será con Vilma, y con la aceptación como natural de la agresión de Santiago, lo que nos da el tono del sentir de una clase:

-Escucha, Susan: el chico está saliendo con muchachas; es natural que quiera desahogarse... En Lima, a su edad, no es fácil, ¿sabes?... La chola es guapa y ahí tienes... Así es...

-Sí, darling, pero ella no tiene la culpa.

-¿De dónde sacas esas ideas, Susan...? (p.86-87)

Susan, sin embargo, puede mostrarse afectiva con la servidumbre, en lo que Juan Lucas llama un cinismo de su mujer, pero que no queda perfectamente establecido en el texto (podría ser que Juan Lucas no aceptara ese gesto bondadoso que él no sabía sentir, y como ejemplo estaría la escena con el periodista en la que Susan cuenta su experiencia con los pobres del hipódromo: es uno de los pocos momentos en que el protagonista pierde los estribos):

Hay familias de siete u ocho hijos (...) a veces hay alguna normal y es muy difícil encontrarle un lugar adecuado en un hospital o en un asilo. Gracias a Juan Lucas logré colocar a uno en Larco Herrera...

-¡Mentira! Yo nunca he colocado a nadie en ninguna parte.

-¡Darling! ¡Por Dios! ¡Y para de beber!...

-¡No me digas que no beba! Déjame que beba vino. *Que puede ser que algún día quiera*

*beber, porque me falte alegría...*

-¿No puedes soportar, amor?

-!Qué te cuesta a ti que yo haga ese trabajo en el hipódromo! (p.147)

Pero Susan, sea fingimiento o sentimiento, puede sufrir por la partida de Vilma, y reconocer "la culpa" de Santiaguito (siempre por breves momentos), o con un poco de esfuerzo, "jalonada" por ese "pobre" irónico del narrador, besar a Arminda y al resto de la servidumbre cuando vuelve de viaje:

Susan sí los quería, pero había toda la tradición de Nilda oliendo a ajos, además Arminda estaba llorando (...) Pobre Susan, hizo un esfuerzo y besó a la cocinera pero, ya ven, Arminda estalló con lo de su hija y el heladero d'Onofrio (...) Por fin Juan Lucas terminó con tanta confraternidad; sus brazos se extendieron nerviosos, años que no se escuchaban órdenes superiores en el palacio, Susan lo admiraba...(p.72)

Y ésa es la diferencia que media entre Susan y Juan Lucas, la que va de la ignorancia o la crispación a la condescendencia.

Juan Lucas y Susan pasarán grandes jornadas en el golf, en las fiestas de gente como ellos y en la Feria de Octubre, con los entornos taurinos, desde las corridas hasta los lugares donde se continuará la fiesta, con toreros y con el crítico Martín Romero. La casa, a pesar de los hijos que están casi constantemente al cuidado de la servidumbre, es el lugar de referencia, donde Juan Lucas y la propia Susan están preparándose para una nueva salida. Y esto se hace más evidente (aunque hay constantes referencias al hecho) cuando la gravedad de alguna situación hace necesaria la presencia de "los señores", y así ocurre el día que Santiago usa su "privilegio de clase" para agredir sexualmente a Vilma:

...por la noche estalló el asunto; Celso y Daniel escucharon gritos provenientes del cuarto de Vilma y corrieron a ver: lo chaparon en pleno forcejeo (...) hoy se había propasado el niño Santiago. Los mayordomos le cerraron el paso, primero; luego cuando él les atacó le llenaron de bofetadas, le taparon los ojos para que no viera (...) Así andaban las cosas cuando llegaron Susan y Juan Lucas *agotados con un largo día* con los Lang. (p.86)<sup>876</sup>

Y esa otra noche cuando Bobby, propiciado por esas botellas de whisky que Juan Lucas había mandado colocar estratégicamente por la casa, coge el coche borracho, y después intenta la misma hazaña de su hermano, con la sustituta de Vilma:

Celso contó en la repostería cómo lo vio partir, manejando con una mano y bebiendo de la botella con la otra. La Decidida decidió llamar a los señores y estuvo largo rato buscando el número de los Pratollini en la lista de teléfonos. Cuando por fin logró comunicarse, los señores ya se habían marchado y no se sabía donde... (p.343)

o el día que muere Arminda en la casa nueva, y tampoco están "los señores" para dar las primeras instrucciones:

Pensaron que era un vértigo, pero inmediatamente se dieron cuenta de que estaba muerta. Carlos se quitó la gorra, Celso empezó a llorar (...) y los tres pensaron de golpe en el teléfono. Después se preguntaban a quien llamar en estos casos y Julius casi pidiéndoles permiso, sugirió buscar en la lista especial que mami tiene junto al teléfono de su cama. Carlos les dijo que corrieran... (p.350)

Susan, en cierta manera, e influenciada por Julius, intenta en alguna ocasión romper el *impasse* de la frivolidad en que se ha convertido su vida con el nuevo marido, y en un gesto de buena voluntad, bastante perezoso, decide dedicar parte de su tiempo a acompañar a Julius a la iglesia, y también a "asistir" a los pobres del Hipódromo. Y aunque con estos actos se siente diferente a Juan Lucas y se aproxima al sentir de Julius, "sus buenas intenciones" duran el tiempo -poco- en que el marido consigue llevarla de nuevo "a su terreno", como "dama del rey".

### 3.2.-El golf

---

<sup>876</sup> La cursiva, si no se indica lo contrario, es mía.

El golf, las fiestas, los cócteles, los toros en la Feria de Octubre, y los viajes cuando algo no va todo lo bien que ellos desearían, son los lugares habituales que ocupan el tiempo y el espacio de estos miembros de la burguesía; y los negocios -en algún rato perdido- para Juan Lucas.

El Golf es el marco de élite, por excelencia, de esta clase. Es el lugar de reunión y el tema de conversación más común en todos ellos. En el Club todo se diluye (como en la nueva casa de Juan Lucas con los techos mata-ruídos) a condición de una cuenta bien repleta:

Los golfistas y sus mujeres iban entrando al comedor; aparecían bronceados, elegantemente bronceados y se les notaba ágiles y en excelente posición económica. Se saludaban aunque se odiaran en los negocios y ahí nadie había cometido un pecado si se había divorciado, por ejemplo, a los amantes se les aceptaba, en voz baja, pero se les aceptaba (...) Terminado el almuerzo hacían una larga sobremesa y partían nuevamente a golpear la pelotita, a completar la vuelta de dieciocho hoyos empezada por la mañana...(pp.108-109)

Para Juan Lucas y "otros como Juan Lucas", el golf será una prolongación de su estado de ánimo y lo que los define. Y así, para el narrador, el marido de Susan será (toma el punto de vista de Santiaguito, la primera vez que aparece en el texto, cuando va a despedir al aeropuerto a Susan que parte con Cinthia a Boston):

A ése sí que se lo habían traído derechito de la Costa Azul a un campo de golf, claro, y en un campo de golf debió conocer a Susan, ahí debió haberla visto por primera vez mientras golpeaba un swing y la pelotita blanca desaparecía en la perfección verde, mientras avanzaba y el aire lo iba despeinando elegantemente...(p.42)

Y a partir de ese momento, Juan Lucas transitará por la novela con "ese distintito", que, no cabe duda, a él mismo le hubiera parecido "espléndido":

*El del golf se conocía todos los lugares: los típicos, los típicos caros...(p.54)*

El asunto se arregló, finalmente, con una rotunda negativa *del golfista...*(p.111)...

*El golfista celebró eso porque solo los mariconcitos...*(p.279)

*El golfista*, en monólogo interior, decidió comprarle un automóvil que ningún otro muchacho tuviera en Lima. (p.339)

E incluso el narrador, a veces, no puede por menos de añadir coetillas apreciativas de su propia cosecha, antes, simplemente, habían sido alusiones que se podían presumir irónicas:

En efecto, ahí estaba Juan Lucas, vestido para la ocasión (probablemente el día en que haya terremoto aparecerá Juan Lucas gritando ¡socorro! ¡mis palos de golf! y perfectamente vestido para la ocasión. (p.71)

...o soltando tres ja ja ja encantado, ni más ni menos que si hubiera logrado dieciocho hoyos en dieciocho jugadas. (p.43)

El golf será también el lugar a donde huyen de cualquier problema surgido en el entorno familiar, y donde se disipará cualquier "nubarrón" insinuante: el escándalo entre Vilma y Santiago, la "fastidiosa" ceremonia de la Primera Comunión de Julius... e incluso los negocios pueden resultar "gravosos", cuando impiden a Juan Lucas practicar, con la asiduidad que requiere, ese "juego de sociedad"; o cuando Cinthia muere, "el golfista" "recomendaba golf vestida de gris..." (p.49), y de una forma más explícita:

El secreto estaba en transportar cualquier problema, cualquier disgusto a un campo de golf: ahí alcanza su verdadera e insignificante dimensión. Hay que ver cómo cambia la perspectiva. Un buen golpe, un buen swing se parecía tantas veces a la verdadera marcha de las cosas. (p.74)



Llegando, incluso, a apropiarse del lenguaje cotidiano:

Juan Lucas no tuvo en ese instante una pelotita de golf para introducírsela en la boca a Julius que con un inmenso bostezo debutaba en la dulce vida. (p.235)

Juan Lucas hizo una mueca como si hubiera fallado una jugada fácil. (p.44)

Me debes un palazo de golf en el pompis por haberme metido aquí. (p.120)

Para Susan también fue un lugar muy frecuentado -muy frecuentado- pero por acoplamiento con los gustos del marido, más que por sus propias aficiones (sin identificar). Además, en el Club, podía practicar los juegos de salón, coronados siempre por la presencia última de Juan Lucas:

Aparecía Juan Lucas y era el rey de ese maravilloso ajedrez, idea o simulacro de batalla que ellos jugaban contra el transcurso de la vida, contra todo lo que no fuera lo que ellos eran; aparecía Juan Lucas y besaba la frente bajo el mechón de Susan, una reina bebiendo su té... (p.185)

### 3.3.-Las fiestas

Las fiestas en casa o en casa de otros como ellos son espacios perfectos de descripciones, y en observaciones desde fuera; y todos ellos llevan, en última intención, una crítica más que notable.

La fiesta a la que nos vamos a referir es en el "palacio original", y la anfitriona, Susan, por la que sentimos ese afecto benevolente -supongo que transmitido por Julius y por el narrador que "la adoran"- triunfa con el gesto que repite, segura de su éxito, desde aquella vez, en otra fiesta, en la que conoció a su primer marido, Santiago:

¿Santiago, espérate no te muevas, quédate como estás, Susan, me había vuelto a crecer el pelo, darling, ¿largo como ahora, mami?, sí, Cinthia, ¿papi te dijo eso?, ¿que te dejaras caer siempre el mechón de pelo? ¿que repitieras ese gesto? ¿que lo alzaras con la mano? ¿papi se enamoró de ti por eso mami?...(p.232)

Y lo cierto es que cautiva, a Julius naturalmente, pero también al narrador que debiera de permanecer inalterable, y a Juan Lucas, y a Juan Lastarria, y al arquitecto de moda, y... El mechón es su atractivo y también ese "darling" con la entonación que ella sólo sabe darle, ¡adorable!:

Había invitados en el palacio, Celso y Daniel, elegantísimos, pasaban azafates llenos de bocaditos y aperitivos. Susan, linda, triunfaba. Tenía esa manera maravillosa de llevarse hacia atrás el mechón rubio que le caía sobre la frente; reía, entonces el mechón se derrumbaba suavemente sobre su rostro y todos enmudecían mientras echaba la cabeza hacia atrás, ayudándose apenas con la mano la punta de los dedos, los hombres se llevaban las copas a sus labios cuando dejaba el mechón en su lugar, la conversación se reanudaba hasta la próxima risa. Más allá, Juan Lucas comentaba el día del golf con tres igualitos a él, y de rato en rato se reían y eran varoniles y sólo decían cosas bien dichas.(p.77)

Y para los hombres la cualidad que "privaba", aparte de la varonilidad mal entendida, era su grado de dominio de "la pelotita":

Acababa de llegar uno de los socios norteamericanos de Juan Lucas y era realmente un placer conversar con él. Un hombre fino y un excelente jugador de golf. No tenía el acento horripilante de los norteamericanos y había caído muy bien en el golf...(p.78)

pero incluso, entre ellos, "había clases", ahí estaban Juan Lastarria y su mujer, que contrastando con Susan linda, era "Susana horrible", y así aparece cada vez que se habla de ella:

Juan Lastarria había casi muerto de infarto de tanto esperar a su horrible esposa. La muy idiota tenía que dejar a sus dos hijos en cama antes de salir a cualquier parte (...) Por fin llegaron. Él hubiera querido verse una vez más el bigote en un espejo, comprobar que ese terno realmente le ocultaba la

barriga (...) De entrada a la gran sala de palacio Lastarria pensó en tanto antepasado y en tanta tradición (...) Ahí estaba Juan Lucas. Lastarria se sintió enano pero feliz. Más feliz aún cuando los otros le saludaron. Felicísimo, luego, cuando su mujer se perdió entre otras, ah no, ahí está, olvídate Juan y goza...(p.78)

Y Juan Lastarria (observemos que uno es *Juan Lucas* y el otro *Juan Lastarria*, y sus mujeres, Susan y Susana, son como el original y una copia desteñida; y así aparecen en el texto, Juan Lastarria intentando parecerse, en todo, a Juan Lucas; y respecto a las mujeres, ya se sabe, la diferencia que hay entre una "linda" y la otra "horrible", todo lo demás vendrá por añadidura) será "otro lunar en un rostro no tan bello" y como disimulado a fuerza de dinero. Este personaje (Juan Lastarria) es un nuevo rico por matrimonio, y el resto lo soporta pero no lo aceptan abiertamente, y esta situación de "medra" da lugar a constantes críticas por parte del narrador, pero bajo la mirada de Juan Lucas, que como ya dijimos representa a todo un grupo:

...Lastarria partía la carrera hacia el grupo de Juan Lucas y los otros campeones, sonreía al llegar, alzaba y metía su copa entre el círculo para que le hicieran caso, por favor, y les juraba que se iba a hacer socio del Club. Lo terrible era cuando aparecía Susana cuando aparecía Susana buscándole para decirle, por ejemplo, que no bebiera mucho vino blanco y que se cuidara con las espinas del pescado. Él la odiaba porque en los palacios no existen pescados con espinas, ¿qué horrible es, por Dios,! cualquier otro camino hubiera sido bueno para llegar hasta ahí sin ella, pero no había otro camino...(pp. 79-80)

o de algún otro, sólo Susan parecía compadecerle, a ratos.

### 3.4.-Los toros

Otro espacio excepcional, otra fiesta entroncada con el sentir español (el de los cócteles es refinamiento "en inglés"), es la Feria de Octubre y las corridas de toros "el plato fuerte" de la fiesta, con su antes y después, colofón para llenar otro espacio del ocio; y escaparate para lucimiento de unos y otros. Y como intención, de nuevo, la crítica. Y aprovechando el recorrido de la familia hasta la plaza, el narrador matiza lo que le merece a cada cual el entorno que los ojos no pueden evitar; la mirada de Julius, interesada pero temerosa:

... una mezcolanza increíble de gente de todas las edades y colores, una especie de sálvese quien pueda avanzaba hacia la plaza y Julius miraba espantado, sacando la cabeza orejona por la ventana, súbitamente ocultándola porque un negrito de quince años introducía la cara con la bamba casi hasta donde estaba Susan y hacía reventar dentro del Mercedes el globo de su chicle...(p.159)

La de Susan, sintiendo en el fondo las cosas, pero demasiado frívola para hacerlas conscientes: "...Susan se ponía sus gafas de sol y oscurecía el asunto porque le daba flojera acordarse de la pobreza después de un almuerzo tan pesado..." (p.159); la de Juan Lucas, ignorándolo todo, a excepción del trayecto más idóneo para llegar a tiempo a la corrida.

Y ya en los toros, Bobby "decide que le gustan más las mujeres que los toros" (p.162); Julius "empieza a interesarse más por el toro negro y triste(...) que por los toreros" (p.163), y sólo Juan Lucas "domina y observa entendido el arte caro que tanto le gusta" (p.163); y Susan asiente, queriéndolo.

La Feria es la excusa, la corrida el tema, pero lo que da plenitud y algarabía es el antes y el después. Un antes en casa del "gordo Romero" donde se templó el ambiente que estallará en la plaza, y un después, privilegio también para una clase:

Y las corridas continúan después de las corridas, más allá de las corridas como metafrívolamente. Su ambiente, cuanto menos, para muchos actuales, pretéritos y futuros Juan Lucas, a bares de lujosos hoteles a donde descenden los toreros que ahí se alojan, como Santillana, esta tarde que bajó llenecito de muecas y golpeó andaluzamente y sin cesar la mesa a la que Juan Lucas lo había invitado, dejando nerviosísima a la mujer de Lester Lang III. (p.163)

Y aquí los toreros, encumbrados con trozos de vida dejados en el camino, comparten ambiente y elogios. Y Susan, frente a las "Ava Gadners" por unas horas, elige a Juan Lucas, porque:

...después de todo siempre tienen un pasado con pobreza y pueden hasta ser brutos. Susan lo sigue prefiriéndolo (...) Y es que Juan Lucas usa siempre, posee el metal de voz de los hombres que tienen razón y ella no podrá nunca alejarse de su manera de ser, prescindir de ella, de verlo triunfar, salir nunca ebrio de mesones donde negros le cantan canciones como de cuando eran esclavos, hasta éstos lo conocen y lo admiran, es un señorón en Londres y en una jarana...(p.150)

### 3.5.-Los personajes

Es evidente que Juan Lucas no es tanto un hombre concreto, como la representación de un prototipo refinado de la oligarquía limeña. Y esto se ve no sólo en que Juan Lucas es Juan Lucas, sin apellido, sino también en las veces que el narrador lo toma como "colectivo" de esa minoría. Y así unos muchachos que cenan en un restaurante de lujo son "futuros estudiantes para Juan Lucas", todos menos uno que comparte mesa con los amigos, pero no "ideario":

-Un trome, mi tío, y no porque me ha tomado varios whiskies, pero para qué, en el fondo yo quisiera ser como él...en el fondo es lo único que me interesa.

-Hay que tener el cartón primero, el otro -¿Tú crees que mi tío tiene cartones?

Para lo que él hace no se necesita título...¿No te gustaría ser así?

-No sé en todo caso te felicito; creo que eres el único sincero entre nosotros.

Los Juan Lucas y el ministro abrieron grandazo los ojos... (pp. 240-241)

Idea que se repite en muchas otras ocasiones, en que se habla de esta clase social y de sus "preocupaciones cotidianas", que parecen no van mucho más allá de una buena corrida de toros, o de encaje perfecto de "la pelotita" en el agujero preparado para ello. Y así:

...su ambiente (...) se traslada para muchos, *actuales, pretéritos y futuros Juan Lucas*...(p.103)

...Y de *otros como Juan Lucas*...(p.108)

*Gente igualita a Juan Lucas* también llega diciéndole a su chofer (sic)... (p.160)

Juan Lucas comentaba el día de golf con *tres igualitos a él*... (p.77)...

*los igualitos a Juan Lucas* y Juan Lucas... (p.79)

Y también en el ambiente familiar el modelo a quien imitar (y de quien heredar) para Santiago y para Bobby será el marido de Susan, que no para Julius...

A través de Juan Lucas vemos también el trato con la otra clase, que ya hemos comentado, parcialmente, en su relación con la servidumbre; y que se extenderá a la indiferencia hacia los maitres, por ejemplo, a los caddies con comentarios jocosos como "ya soltaron a los presos" (p.110), o la casi repugnancia que siente hacia los más pobres, aquéllos que en la iglesia se desprenden de su "miseria" con aparatosos gestos:

...Un montón de cholas, que seguro eran las que más cantaban y horrible además, le fueron entregando moneditas inmundas, felizmente las colocaba de frente en la canasta, sin rozar si quiera la vilella de su camisa... (p.152)

Por otra parte Juan Lucas representa además el colmo del refinamiento, en cuanto a modales y educación. Características tan resaltables que el narrador no puede pasar por alto (estos comentarios siempre parecen cosecha del narrador) e ironiza constantemente sobre ellas:

Juan Lucas se peinó un poco de afeitarse; no resistía sino lo perfecto en el espejo... (p.87)

Si no hubiera sido porque eran las diez de la mañana, uno hubiera pensado que recién se iba a acostar: ni una sola arruga en su pijama... (p.186)

Y a veces, el narrador, envidioso, no puede por menos que soltarle algún insulto, deslumbrado ante tanta perfección: "Susan no le toca el pelo que ese irá despeinando solo con el aire y la luz del día y que siempre le irá quedando bien, porque hasta sabe despeinarse este *hijo de puta*, y lo hace elegantemente, varonilmente...(p.150)

Pocos lugares de los que habita "el golfista" le quedan mal porque, ya hemos notado que para ocasión tiene la indumentaria adecuada. Cuando va a visitar las haciendas:

...camisas de seda para la ocasión más el manto de chalán, ése con el que se le ve en la fotografía de la casa hacienda de Chiclayo (...) Nunca olvidaba su casaca de gamuza tipo nos-vamos-a-la-casa-del-bisonte, por supuesto que no la gorra de Bufalo Bill, sólo a Lastarria se le hubiera ocurrido comprarse todo el equipo en Nueva York; a él nunca: él cabalgaba perfecto entre los campos de algodón de una hacienda, espuelas de plata, la casaca de gamuza y Azabache, el caballo preferido de Susan... (p.184)

Sólo algún ambiente -y es únicamente porque no entraba dentro de los cálculos de su "vida cotidiana- puede malograr "tanta hermosura". Sucede en la iglesia del colegio donde Julius hace su Primera Comunión:

Juan Lucas era ni más ni menos que una tabla hawaiana tirada en un patio un día de lluvia: los vitrales de la vieja iglesia, la escasa luz que por ellos se filtraba (...) impedía que se luciera el finísimo matiz que diferencia su terno de cualquier otro terno oscuro; su piel bronceada perdía color y salud, y los anteojos de sol que tan bien le quedaban, ennegrecían por falta de sol, hasta parecía ciego. (p.120)

Hay otra ocasión (entre las continuas alusiones que se nos hace de su indumentaria) en donde el narrador, observador crítico de cualquier detalle que consiga desprestigiar al golfista, lo descubre un poco "salido de tono" en otra ocasión:

Otro que andaba feliz ese verano era Juan Lucas; tal vez *la había cagado con una gorrita a cuadros media alcahuetona* que se ponía, cuando manejaba el jaguar rumbo al Golf, pero la verdad es que Susan quería volver a casarse con él cada vez que lo veía sentado al volante, con su gorrita puesta y mirándola venir... (p.183)

opinión con la que Susan, vemos, no está de acuerdo.

Además el marido de Susan hacía gala de una varonilidad mal entendida, que se manifiesta en "aplaudir" ciertos deslices que tenían que ver con "la masculinidad", como el día que Santiago se llevó el coche, por primera vez y a escondidas:

-¿Has escuchado eso mujer?

-No, darling, ¿qué?

-Aquí el mayordomo me cuenta que el chofer está desesperado porque Santiago se ha robado uno de los carros.

Cada palabra venía con una entonación perfecta, varonil, Susan se quedó estática; lo miraba, no sabía si era bueno o malo o que había hecho Santiago. Pensó que habría sido malo en la época de su esposo, pero ahora con Juan Lucas...

-Darling, ¿qué vamos a hacer?

-Vamos a esperar -respondió Juan Lucas-. Si regresa y el carro no huele a perfume de muchacha entonces sí que no dejaremos que se lo vuelva a robar... (p.77)

o el doble agravio de aceptar, como natural, que el "hijo de familia" descargue sus tensiones hormonales con las empleadas domésticas. Y también se muestra en el desagrado con que veía la diferencia de carácter de Julius:

"ese hijo me apilas que te ha salido...": o "se va a volver maricón de tanto estar entre mujeres". Y también mostrado por ese rechazo a los sentimentalismos de ciertas situaciones impropias -según él- de hombres.

No podemos sentir lo mismo por Susan que por Juan Lucas, y seguramente este sentimiento nos lo transmite, como dije, el narrador, y a éste el afecto que siente Julius por Susan, que, además, es la madre. Rol que juega por total obligación -un primer matrimonio que le llevó a los hijos irremediadamente-, y como "mal necesario". Descuida, después de la muerte del primer marido, este papel, en palabras de la servidumbre, y en evidencias tangibles.

Pero, insisto, por Susan tenemos un sentimiento muy diferente que por Juan Lucas, aceptamos las críticas del narrador, al que creemos también seducido por la mujer, pero como que las disculpamos. Y aunque reconocemos su frivolidad en respuestas como en ir a rogarle a Bobby para que depusiera su actitud (se había peleado con su novia y se había encerrado en la habitación, armando gran escándalo): "... y empezó a rogarle otra vez, abre, darling, *please!*, por favor abre, darling, mientras a Julius le pedía el traje que está encima de mi cama, porque quería rogarle un ratito más a Bobby y después correr a tomarse una copa con Juan Lucas". (p.335) o cuando se va Santiago a estudiar a los Estados Unidos: "...después, al verlo partir, reflexionó sobre el extraño bienestar que sentía y sonrió al pensar en aquellas mujeres que nunca envejecen..." (p.127); o cuando abandona a Julius en la piscina del Country Club por estar en el Golf, y de pronto siente esos remordimientos que la llevan a buscarlo:

...Era ya más de las cinco y media y el sol había dejado ya de quemar. Julius, parado junto a ella, temblaba como loco y temblaba de frío (...) Susan debió pensar en niños con pulmonía, en chiquitos esquimales o algo así, lo cierto es que empezó a quererlo inmensamente, sobre todo porque en ese instante ni Juan Lucas, ni Bobby, ni nadie ocupaba su mente... (p.187)

También sabemos de los intentos de hacer "algo sencillito" por los pobres, o de acompañar a Julius a misa todos los días (no lo logró más que alguna vez), o incluso sentir pena por Vilma y pensar que la culpa podía ser de Santiago...

Además hay otros detalles que nos la hacen más próxima (menos criticable, por tanto), como son la manera de nombrarla que siempre es "linda" o "olía riquísimo", pero que nunca redundan en detalles, de uno u otro atuendo, simplemente el mechón cautivador que ella usa como prenda de seducción más querida.

Y por último hay otro factor, y es que de Susan conocemos mucho más que del varón, quizás por esa separación de sexos que deja tan claro esa clase... y Susan al ser mujer pone al descubierto sus debilidades que nos la hacen más próxima frente a la impermeabilidad de Juan Lucas, que puede ser que todo sea lo que muestra, pero tal vez no.

Después estarán los hijos mayores de Susan, aprendices atentos del golfista, del que admiran sus gestos y de los que les gustaría ser herederos. De momento, el pequeño, Bobby, es una réplica del otro, y aprende rápido. Le imitó en lo de la servidumbre, y en lo de las borracheras y los prostíbulos, y se quedó en expectativa frente a la nueva actitud de universitario, ya con la experiencia hecha, y su nueva visión de conquistador calculador.

Así la única esperanza de cambio (deseada, tal vez, para los que asienten con el narrador en la crítica, que no para Juan Lucas, por ejemplo) vendrá por Julius y por sus cuestionamientos.

Tampoco es única la crítica a este clase. La habrá también, y más cruel, hacia esa otra clase de "los medras", de los que he hablado en otra ocasión, aquéllos que accedieron a la nueva clase por matrimonio, y no están nunca "a la altura del refinamiento" adquirido por esos muchos años de virreinato, como Raquelita: "Claro, su padre fue ministro cinco veces, media familia suya ha sido ministro cinco veces, más presidentes, virreyes y hasta un fundador de la ciudad de Lima cinco veces, si eso fuera posible"<sup>877</sup>, y como el mismo Juan Lucas a quien quieren imitar, resultando ridículos doblemente, para el narrador que nos lo describe, para los de esa "élite" y también para los lectores, en los que vemos -se nos muestra, más bien- los mismos reproches y ninguna de las ventajas.

---

<sup>877</sup> Alfredo Bryce Echenique, *Magdalena peruana y otros cuentos*, op. cit. p.12.

Este personaje que está representado en la novela por Juan Lastarria, a quien su mujer -la diferencia con Susan quiere quedar clara en el libro- le ayudó a llegar hasta allí, pero no a mantenerse, le faltaba "la belleza" de la *duchess*.

Además estará la crítica, mucho más benigna y como comprendiéndolos, a la servidumbre, cuando en las despedidas quieren imitar esos gestos de los señores y quedarán como "empequeñecidas" con sus gestos grandielocuentes:

Nuevamente participaba Julius en conversaciones en que los sirvientes se hablan de usted y se dicen cosas raras, extraña mezcla de Cantinflas y Lope de Vega, y son grotescos en su burda imitación de los señores, ridículos en su seriedad, absurdos en su filosofía, falsos en sus modales y terriblemente sinceros en su deseo de ser algo más que un hombre que sirve una mesa y en todo (...) en la cocina, no era ni tan retaca (se habla de Nilda), ni tan chueca, ni tan fea como aquí achatada sobre la vereda, esperando su *tasi*, preparando sus últimas palabras... (p.180)

y a algún otro estamento, como los camareros "serviles" de ciertos restaurantes de lujo, donde "confraternizar" (tal como hace Julius) no es cosa de "señores", es decir, siempre que quieran ser otros, no ellos mismos. Y la crítica va dirigida a los que intentan disfrazar su propia condición (y aquí se critica ese probable comportamiento igual a "los señores", en caso de que lo fueran).

Pero si algo queda claro es la frivolidad de esta gente, a quienes parece importarles, poco o nada, lo que ocurra a su alrededor, si no son las fiestas de sociedad, los torneos o las inversiones americanas siempre que vengan de gente como ellos, que entonces sí que se les acepta en "los círculos", con acento americano y todo.

Y como país a quien imitar -también irónicamente- en cuanto a refinamiento, Inglaterra, por supuesto; y el *sumum*, poder contar en su *curriculum vitae*, una educación en inglés, de Oxford, trofeo con el que cuenta, por supuesto, Juan Lucas, aunque no queda claro en qué "categoría".

## 4.-EL ESPACIO FORMAL

Dejando aparte la figura del narrador, destacable en *Un mundo...*, y que ha sido largamente estudiada por sus atractivas características (por Rodríguez Peralta, de la Fuente y otros), Esta primera novela de Bryce inicia el después desbordado camino de la oralidad y el humor; pero con mesura, y éste en forma de crítica irónica dirigida, fundamentalmente, a la clase peruana dominante, pero sin prescindir, si la ocasión lo requiere, de ningún estamento.

La oralidad viene marcada por ese contar fluido y natural del narrador, dirigiéndose con cierta frecuencia a los lectores, o a Julius, con el "tú", o el vosotros que nos incluye en la perorata; o por ese hacernos partícipe de las descripciones, insinuándolas, para que nosotros las captemos con nuestra manera de imaginarlas; o por las interjecciones que salpican toda la narración; y en última instancia, por esa intención del propio Bryce Echenique, que confiesa a Luchting<sup>878</sup> y en la que dice que él se imaginó contándole la historia en un café al "Gordo Massa".

La oralidad dará el tono que después llegará al máximo en el resto de la narrativa de Bryce, pero el humor dará el toque que hace que la crítica, el verdadero leit-motiv del libro, esté impregnándolo todo, pero sin manifestarse abiertamente; algo así como dejar que el lector saque sus conclusiones y "juzgue".

### 4.1.-Las descripciones

Las descripciones, como cualquier otro recurso de este escritor, no son gratuitas; son, simplemente, lo que la "necesidad" del momento requiere, pinceladas que apenas dicen: "un palacio con cochera, jardines, piscina, pequeño huerto donde a los dos años..." (p.9), cuando lo que hay que describir apenas tiene importancia en la trama; y que se harán más extensas cuando el entorno sirve de reflexión -quizá no sea la palabra tratándose de un niño de cinco años- sobre algo, por ejemplo Julius y su dormitorio lleno de indios, a los que antes de

---

<sup>878</sup> Luchting Wolfgang A., *Alfredo Bryce. Humores y malhumores*, Lima, Milla Batres, 1975.

dormirse había abatido para poder descansar sin sobresaltos, y que se hace casi imprescindible para que el niño piense en Vilma: "en el amor que sentía por él (...) y todo se le hace un mundo (...) porque Vilma es también medio india y sin embargo nunca se quejaba de andar metida entre todos los indios muertos..." (p.14); o pueden servir para remarcar la pobreza, como la visita a casa de Arminda. Y en el otro lado de la vida, pueden ser las que nos dicen "la elegancia de Juan Lucas" (éstas son numerosísimas, porque esa condición es rasgo definitorio); o "el nunca poder estar a la altura" de Juan Lastarria; o lo ridículo que puede ser el padre de Fernandito... (Observamos que las descripciones son frecuentemente de personajes y remarcan una cualidad y los rasgos físicos son pinceladas sobre el fondo blanco del comportamiento...)

Hay alguna otra descripción que llama la atención por su preciosismo o su esteticismo (las dos son palabras bastantes rebuscadas, y el fragmento al que me refiero las rechaza), pero parecen hechas por ese impulso - tendría que volver a decir esteticista- que despiertan las cosas muy bellas, o también un sentimiento. La que ahora voy a referir es de Susan, y aunque hay un ligero tono crítico -por ser fiel a la intención del texto-, es por cosas como éstas por las que a la madre de Julius no la sometemos a esa crítica mucho más hiriente de los personajes masculinos:

Susan se vestía lejos de todas las revistas de moda para sus paseos entre los árboles y enredaderas del palacio. Su ropa no hacía juego con las flores, por supuesto que tampoco desentonaba: era simplemente la mejor compañera que ellas hubieran podido tener.(...) y (si) les hubieras preguntado, dime con quién andas y te diré quién eres, todas las flores hubieran mirado a Susan. Sin embargo ningún clavel marchito hubiera mirado a Celso, mientras la seguía en fila india, esperando que le entregara la tijerita toledana, porque esa rosa está ideal para el florero del piano. No todo era, pues, caminata hermosísima entre árboles y enredaderas: Susan tenía que pensar en el florero del piano. No bien se decidía por una flor, se la señalaba con el dedo a Celso, sin tocarla porque podría haber una abeja, y le entregaba la tijerita para que la corte... (p.175)

Cierto que hay mucha ironía en la descripción, diciendo, por ejemplo, el esfuerzo "tan grande" que supone la actividad de "pensar en el jarrón del piano" (cosa que parecía fatigarla en extremo), o también "el peligro" que supone el cortar una flor y que una avispa...y para eso, naturalmente, estaba Celso. Pero, ¡Cómo no vamos a perdonar tanta "fragilidad" si hasta a las flores les gustaría parecerse a ella...!

Y hay otras descripciones que destacan por una peculiaridad de la que ya he hablado, muy de pasada, al hacerlo del espacio en su conjunto, y que consiste en destacar un detalle en la fisonomía o el carácter del personaje, y a partir de él pasa a ser su nombre propio. Es un poco -más que un poco- intentar paliar las arbitrariedades del lenguaje, en esas escasas posibilidades en que la naturaleza colabora. En definitiva, nombrar con sentido, lo que la sabiduría popular hace con los moteos.

Los apodosos son numerosos. En *Un mundo...* se inauguran y después pasarán al resto de su narrativa. Y serán Susan y el narrador quienes tienen esa habilidad para "el adjetivo". Así Vilma, la primera ama de Julius, es considerada por Susan hermosa, apelativo que será su "marca": "la hermosa chola adoptaba posturas incomodísimas..." (p.11), o "a eso de las seis de la tarde, la chola hermosa cogía a Julius por las axilas..." (p.11); o "mientras la hermosa chola se armaba de toallitas..." (p.11). Y por fin, dos páginas más adelante conocemos el nombre del ama: " Vilma, así se llamaba la chola hermosa..." (p.13)

El mismo tratamiento, pero esta vez con una cualidad de carácter, se da a la última muchacha encargada de Julius. Y aunque esta vez conocemos su nombre, cuando viene a presentarse para trabajar en la casa, Flora, será la única ocasión en que así es llamada, y el apodo le viene cuando hablando con Susan:

-La señora se equivoca - respondió Flora, llenándose de redondez e insultando alegremente a Susan con el pecho enorme y *decidido* (...) No tuvo más remedio (...)

-Ya no sabía qué hacer Susan. No tuvo más remedio que leerse tres tarjetitas, bajo el pecho inmenso de Flora que esperaba *decidida* cualquier comentario. (p.285).

Y a partir de este momento pasará a ser la Decidida para todos los efectos, y Susan "además se sentía feliz con el apodo que acababa de inventarle, Juan Lucas se iba a morir de risa cuando le dijera hay una nueva que se llamaba La Decidida y La Decidida iba a aparecer aumentando frente a Juan...(pp.286-287); e incluso Julius se permite llamarla con el diminutivo de Deci. O también puede ser una indumentaria, unos modales que le hacen

parecer a... quienes consigan hacer cambiar el nombre de los personajes; ahora el del padre de Fernandito "el perdonavidas del colegio":

-Buenas noches -repitió la voz mala del hombre de negro con sombrero negro, sentado en un taburete del bar de invierno.

-Perdón, señor, estaba distraído le sonrió Julius, acercándose a darle la mano al *ganster* amigo de tío Juan Lucas (...)

-Pero la sonrisa en los niños los confundía con mujercitas, éste todavía tenía voz de maricón, qué hijos los que se ha acoplado Juan Lucas, lo cierto es que *Al Capone* se limitó a pegarle un apretón de manos... (pp.320-321)

Y después será ya Al Capone.

Y la costurera será Victoria *Santa Paciencia*, por esa cualidad con que sabe adornarse frente a sus impertinentes clientes. Y la monjita "buenísima que *bendecía* todo con su sonrisa" (p.62), después será "la monjita Bendición" (p.62). O podía ser Juan Lastarria en ese deseo de ser admitido por la élite quien: "se inflaba, sacaba pecho, pechito y partía la carrera" (p.80), convirtiéndose en "Pechito" (p.184); o los anfitriones de la casa de Monterrico: "Bien finos eran los dueños de la casa de cristal..." (p.213), para después ser la señora, a juego con su nombre: "Fina finísima..." (pp.216-218-220).

## 4.2.- Otros recursos

Además de estos juegos con los nombres, Bryce utilizará otros recursos como pueden ser las repeticiones con una única intención: llamar la atención sobre algo, puede ser "lo hermosa que es la chola", o lo "linda" que es Susan, o también lo "bonita" que es una colegiala: "ahí estaba la escalera y miró atrás y era *bonita bonita* y le sonreía y había un montón de ventanas (...) sonreírme una colegiala blanca pero así no son las colegialas blancas Villa María (...) me sonreía buena y *bonita bonita bonita...*" (pp 267-268) Un calificativo para cada tipo de mujer. Y también lo huachafa que es la profesora de castellano del colegio, unida a otra acepción que no tiene nada que ver con la huachafería, aunque siempre se da en coordinación e inseparablemente: "la profesora de castellano, bien huachafa era y la habían visto con su novio por la avenida Wilson..." (pp. 130-276-298-326). Repetición que no sólo indica el grado de huachafería sino la picardía de unos colegiales en edad del despertar sexual. Hasta Julius "tan recatado" (meapilas para Juan Lucas) se da cuenta:

... pero lo cierto es que de pronto captó que la profe tenía una cabellera rojiza, la vio abrazada con su novio por Wilson, y algo se le aflojó por dentro cuando sus ojos empezaron a resbalar sobre la forma morena que descendía abultándose más blanquita, hasta perderse en un escalofrío que le empezó en los testículos, transformándose casi, si no fuera porque soy niño, en derrame cerebral... (p. 327)

o puede ser el gesto triste de Cano, que se repite tres veces en la página 301, pero también en la 294-296 y 300; o la repetición, con gradación, del descubrimiento de Julius sobre Vilma:

...Vilma continuó siendo puta.. (...) Vilma es puta más grande que hace un instante (...) Vilma fue puta mucho más grande (...) Vilma fue puta más grande todavía (...) Vilma fue puta inmensa (...) Vilma fue puta enorme (...) Vilma era gigantescamente puta... (pp. 422-423)

La repetición llega al límite (como paso con el "vi" de las barricadas en *La vida exagerada*), con el "mientras" de la corrida de toros que, como en la otra ocasión, indica simultaneidad y espacialización, por tanto:

...mientras alguien le dice a Miss Universo (...) mientras los toreros (...) mientras Bobby decide que le gustan más las mujeres (...) mientras llega alguna veterana artista (...) mientras un ganadero peruano se caga de miedo (...) mientras la pobre Susan consigue por fin su Coca-Cola (...) mientras Julius empieza a interesarse (...) mientras la millonaria y huachafa Pepita Román (...) mientras llega un torero señorito (...) mientras muchos largan a los vendedores de gaseosa porque molestan (...) mientras un fotógrafo de sociales (...) mientras Juan Lucas le pregunta a Julius (...) mientras Susan adora a Julius (...) mientras un peón sale disparado con el toro detrás; mientras el gitano sale listo a



enfrentarse con el bicho; mientras Juan Lucas instala en la tarde de toros su perfil rojo (...) mientras Aránzazu Marticorena (...) mientras el gordo Luis Martín Romero... (pp.162-163)

También llaman la atención las coordinaciones inusuales, contraviniendo la norma, por tanto, y que pueden ser de una cualidad física y otra moral: "elegantísima y siempre muy buena..." (p.182), o "muerta de vergüenza y oliendo delicioso..." (p.182) O permanente y accidental: "Martinto seguía gordísimo y completamente revolcado" (p.110), y "millonario e incomodísimo" (p.206); o pueden ser consecuentes (inconsecuentes, más bien): "por no contrariarlo y porque estaba guapísimo" (p.161), y "y se sintieron una vez más bien buenmozos y seguros de sí mismos" (p.168)

Y otras inclasificables:

Se les notaba ágiles y en excelente situación económica. (p.107)

...soltó un gritito entre delicioso e imbécil... (p.137)

...entre happy birthday y huevón de mierda... (p.236)

...Juan Lucas entre playboy y niño prodigio. (p.228)

Y Susan puede adoptar, en el litigio con la sueca, una pose "entre reina de Inglaterra y Greta Garbo, mientras que "la sueca" no alcanzaba más calificativo que "entre la Cenicienta y taquimecanógrafa" (p.228)

Y como en su obra posterior, Bryce adaptará los recursos de la lengua cuando quiere dar idea de pequeñez y grandeza:

...la chiquita (...) la grandaza... (p.23)

...tremendo coctelazo... (p.278)

...la blanca pelotita y el jardinzote... (p.181)

...canastota con el pescadazo... (p.55)

...muchos llevaban vestidito blanco con chaquetita (...) camisita (...) niño (...) lagunita... (p.23)

Los diminutivos serán constantes cuando la anécdota es protagonizada por niños. La cita corresponde al cumpleaños de Rafaelito Lastarria, y de aquí surgen tantos diminutivos. Siendo también muy frecuentes los superlativos, que sirven para remarcar una característica destacable. El día de la Primera Comunión de Julius "los niños avanzaban buenísimos" (p.120); y "buenísimos y tocándose a cada rato la barriga" (p.121); y se insiste unas páginas más adelante: "recién bañaditos y buenísimos" (p.129). O La Decidida, "con su pecho enorme como uno solo", puede sentirse "engreidísima en su pecho" (p.136). Y naturalmente, las cenas de "los Juan Lucas" siempre serán "en algún restaurant elegantísimo" (p.144); o su voz llevará el tono adecuado "para la ocasión", la Feria de Octubre, y así "llamó Juan Lucas españolísimo" (p.227). Y además:

...el mago Pollini (...) entró mariconcísimo... (p.30)

...tocó el timbre importantísimo... (p.57)

...delicadísima la señorita Julia... (p.66)

...estaba gringuísimo esa mañana... (p.97)

...le besaba la mano ridiculísimo... (p.106)

...la monjita lo esperaba sentada pecosísima... (p.132)

Quiero señalar, por último, el empleo de modismos pertenecientes al entorno en el que se desenvuelve la novela, que supongo es "una manera limeña de hablar", pero sin exageraciones, que se deducen fácilmente por el contexto: resontrar, *escobillar*, *aguaitar*, *escarmenar*, *disfuerzo*, *hincón*, *camote*, *huachafa*... Y algún otro que después encontraremos en el resto de la narrativa, cuando Martín Romaña nos cuenta "su exagerada vida" con un lenguaje mucho más próximo al nuestro, pero que conserva, aún, ciertas peculiaridades, siendo habituales palabras como: *terno*, *calato*, *chompa*, *lisuras*, *cojudo*, *azafate*...

pero como ya dije no presentan dificultad de comprensión. Hay otros, como "pararse", que pueden presentar cierta extrañeza, porque en nuestro ideolecto tienen un referente completamente ajeno.

Además y como peculiaridad de construcción más llamativa (estoy juzgando desde mi visión de española hablante), el empleo del imperfecto en lugar del condicional: "ya no tardaba en graduarse en corte y confección" (p.141); "...de los cuales no tardaban en caerse" (p.165); "y entre la carrerita y las venias no tardaba en irse de cara al suelo" (p.220).

Y éstas han sido las peculiaridades formales más destacables, aunque podría hablarse de muchas otras.



## VI.- IMPRONTA: NO ME ESPEREN EN ABRIL

*No me esperen en abril*<sup>879</sup> es una novela de amistad, supone, por tanto, una continuación de esos afectos que han quedado reflejados en la obra de Bryce, en ese espacio de la amistad que quedó iniciado en la adolescencia, continuó en la edad adulta, representado por ese personaje peculiar que se llama Martín Romaña, y que "hoy" culmina con *No me esperen en abril* (expresión alusiva al comienzo del curso escolar donde se inició la amistad de los compañeros del colegio San Pablo), y empieza con una cita de Conrad que habla por sí sola: "A medida que transcurren los años y el número de palabras escritas crecen a buen ritmo, también crece en intensidad la convicción de que solamente es posible escribir para los amigos"; y por si hubiera alguna duda el escritor no duda en confirmarlo:

La historia de mi novela<sup>880</sup> no estaba ni mucho menos terminada. Faltaba el destino de todo este grupo de amigos, muchos de los cuales han vuelto a ser importantes empresarios y otros nunca levantaron cabeza. Mi vida ha sido muy distinta a la suya y, sin embargo, la amistad perdura, este libro es un testimonio de amor hacia ellos por su tolerancia, ya que me han aceptado a pesar de ser tan crítico con ese mundo.<sup>881</sup>

Apenas abierto el libro, ya se nota un ambiente familiar. El primer personaje de la historia "un señorón", con "título democrático", se despierta entre Chacaclayo y Chosica, y citando a Bécquer: "¡Dios mío que solos se quedan los muertos!" (p.13) "de cansancio", remataría Martín Romaña. Y las anécdotas conocidas siguen saltando, ahora es el río Rímac, aquel inocente sacado de su cauce para mitigar la nostalgia de una educación en Oxford de Don Álvaro de Aliaga y Harriman, un ministro de hacienda en la novela, y fundador del colegio San Pablo.

Y continúan fluyendo los lugares conocidos, el Hotel de la Estación, ya caduco en los tiempos de Julius y de Peter, y ahora ya sólo historia. Después será el amor por todo lo que "huele" a Inglaterra, puede ser la colonia *yardley*, o las camisas impecables de Juan Lucas, o las imponentes de Don Álvaro, pero siempre con *cachet made in England*. Y siguiendo en la lectura nos encontramos con la historia de "la fundación" del anacrónico colegio inglés pensado para los futuros próceres peruanos, al que también fue, siguiendo ese camino coincidente, el adolescente Manolo de "Un amigo de cuarenta y cuatro años" de *Huerto cerrado*, o Martín Romaña, del que le quedó "una esquizofrenia en inglés"; y en la realidad, estoy hablando de cuarenta años atrás, Bryce Echenique fue alumno "privilegiado" de ese mismo internado:

Hacia los quince años, después de haber sido educado en un colegio de monjas norteamericanas, ingresé en un internado inglés, absolutamente exclusivo y absurdo, creado por un ministro de Hacienda, un brillante alumno de Oxford, que comprendió que sus hijos no podrían repetir sus hazañas en Inglaterra, y entonces compró Inglaterra y lo trajo al Perú (...) el director era mister Owens<sup>882</sup>, un profesor de Oxford, de éstos que había traído Juan Pardo Heren, quien desvió el río para acercarlo al colegio, porque sucumbió a su nostalgia y desvió el río Rímac para estar más cerca del colegio...<sup>883</sup>

Y en este lugar (el colegio San Pablo) transcurre gran parte de *No me esperen...* Es, además, el lugar de referencia de todo el libro, dejando aparte un capítulo que habla del colegio Santa María, que sirve también para señalar el motivo por el que Manongo cambió de colegio. Después se cuenta el último verano antes de empezar el curso, y los capítulos en los que se narran están dispuestos como en la cuenta atrás de un acontecimiento, por lo menos espectante: "Marzo antes de abril", "Marzo una semana antes de abril", "Marzo, dos días antes de abril", "La noche que ya era abril"... Más adelante se hablará de todos esos años de internado, y el resto de la novela será su recuerdo en forma de amistad por aquellos compañeros, casi todos amigos, de

<sup>879</sup> Alfredo Bryce Echenique. *No me esperen en abril*, (Barcelona, Anagrama, 1995). En adelante citaré el número de página a que corresponde.

<sup>880</sup> El escritor se refiere a *No me esperen en abril*.

<sup>881</sup> Juan Carlos Soriano. "Alfredo Bryce Echenique. 'El mundo de las letras es una feria de vanidades'", *Turia*, Zaragoza, junio 1995, p.242.

<sup>882</sup> En *No me esperen en abril* el director tiene el mismo nombre, no hay ni la intención de ocultar la coincidencia.

<sup>883</sup> Alfredo Bryce Echenique. "Opiniones sobre el arte de vivir y escribir novelas", op. cit., pp. 65-66.

esos años y su reunión anual, en abril, para continuar con sus reiteraciones:

Además, no habían estudiado en el San Pablo (las mujeres de los que sí lo hicieron) y, como no bebían más que un aperitivo, hablaban de la vida cotidiana y ya estaban un poquito cansadas, de que reunión tras reunión y fiesta tras fiesta, y ya iba toda una década de fiestas y jaranas, sus esposos terminaran tambaleándose a las mil y quinientas, convertidos una vez más en los chicos más pendejos de aquel entrañable, pero bien pesadito también ya, para qué, y tal vez hasta desaparecido colegio de Los Ángeles... (p.525)

Y este es el espacio del encuentro con la amistad, comenzado ya en el *Country Club* con el cigarrillo amigo de Jorge (Tyron) Valdeavellano, que después compartirá internado con Manongo.

Y en el segundo capítulo se enlaza con la frase final de *Un mundo para Julius*: "... y Julius no tuvo más remedio que llenarlo con un llanto largo y silencioso, llenecito de preguntas eso sí..."<sup>884</sup>, y el segundo capítulo de *No me esperen...* empieza: "Nuevamente había sido un largo llanto y silencioso y llenecito de preguntas..." (p.29), y un personaje, ahora adolescente, en el Santa María (ese colegio de "hombres" donde quería ir Julius), un llanto producido más que nada, o reflejo tal vez, del cuculí-cuculí tristón de la paloma. Y este protagonista se llama Manongo (en *Un mundo...* había aparecido este nombre como frase hecha: "Manongo donde lo ponga") y está en "la casa nueva", con trece años, al igual que dejamos a Julius.

Y al protagonista, Manongo, ya le preocupa lo que no lo hace a los chicos de esa edad, cosas que se manifiestan, como el canto de la paloma, obsesivamente. Y el muchacho, por una anécdota colegial unida a "la hombría, se ve rechazado por compañeros, muchachitas y hasta por los adultos, en forma de tío, antes querido, y por el padre "que lo traiciona". Sólo lo comprendió su madre, un tanto aislada en sus lecturas, y tuvo un lugar en el que siempre se sintió bien: la repostería, junto a la servidumbre:

Era una mujer muy cariñosa (su madre), pero se pasaba la vida entera suspirando y pensando en algún lejano viaje a París, quedaban su perro Óscar y la servidumbre en la repostería. Ahí lograba reír, contar, entretener, bromear, fabular, ése era el lugar más entrañable del mundo, sólo ahí no le dolía la vida, sólo ahí no le había pasado nunca nada ni habían existido jamás su tío John o su padre hablándole de corazón a corazón... (p.43)

Los espacios de afecto siguen siendo los de Julius.

y *No me esperen en abril* es además una historia de amor, una historia de amor único y para toda la vida, tal como lo sueñan todos los personajes masculinos de las novelas de Bryce Echenique, que luego las circunstancias convertirán en "amores de estudiantes flores de un día son", pero que casi siempre "a pesar de ", no "por parte de ". Pero lo cierto es que el amor que siente, desde adolescente, Manongo por Teresa es un amor difícil de retener, a pesar de los buenos propósitos y a pesar, también, de que la muchacha, Teresa acalla esa risa traviesa de quince años que le brota espontánea. Y la consigue sofocar por esos deseos de transcendencia que exige el protagonista, unido a unos celos por todo y para todo, que la paciencia de la muchacha logra mantener durante tres años, cinco meses... hasta que crece, de golpe, y busca otro muchacho, se casa, tiene hijos, se divorcia... y Manongo sigue esperando. Hay reencuentro y reconciliación, pero ya demasiado tarde, y Manongo, como antes lo hiciera Pedro Balbuena o Martín Romaña, muere "por amor y sin amor" y de lograrlo se encarga una pastillita de cianuro. Y una misma cita preside *Tantas veces Pedro*, y clausura *No me esperen en abril*, cita alusiva que dice: "No podía encontrar más que la muerte en la fuente que le había dado la vida" (p.611).

Y el nombre de Teresa nos vuelve a llevar a esas coincidencias de las que vengo hablando con insistencia. El primer amor de Bryce se llamaba Tere:

Teresa era una muchacha de tez muy blanca y nariz respingada. Su sonrisa era irónica, era inteligente, pero sobre todo preciosa. Preciosa y traviesa. Nadie en el mundo se había querido tanto como nosotros, y perderla para mí había representado, entre otras cosas, acostarme gordo una noche de mi adolescencia y levantarme flaco al día siguiente, por la mañana.<sup>885</sup>

<sup>884</sup> Alfredo Bryce Echenique. *Un mundo para Julius*, o p. cit., p.426.

<sup>885</sup> Alfredo Bryce Echenique. *Permiso para vivir...* op.cit., p.204.

Y la muchacha de *No me esperen en abril*:

Es blanca, muy blanca en pleno verano (...) nariz no sólo respingada sino extrañamente también nariz respingada de primer amor, pecas por algún lado (...) y el perfil más bello y la sonrisa más traviesa del mundo... (p.62)

Y en los dos casos la muchacha los abandona por un chico "mayor de edad", con coche deportivo rojo. Y Tere Mancini vivirá frente al campo de polo, y por delante de su casa pasaba una acequia, y en ella Bryce Echenique adolescente y "cornudo" trata de suicidarse "ruidosamente" ante la casa de la otra Tere... Y veinticinco años después hay un reencuentro, pero una vive feliz y la otra está divorciada, pero las dos se quedan en el Perú... Y aún hay más coincidencias, pero éstas ya no me atrevo a adjudicarlas al escritor, sino que se dan entre Manolo de "Una mano en las cuerdas", el mismo Manolo que Julius descubrió besándose con una muchacha en los pasillos del hotel del Country Club y Manongo y Tere de *No me esperen en abril*, y todas ellas coincidentes en ese lugar, el "Country", en un espacio íntimo común: la amistad con los muchachos del barrio Marconi, sin explicitar en "una mano en las cuerdas", simplemente allí los amigos son Carlos o Enrique, Pepe y el Chino; y en *Un mundo...* son los muchachos "sobradísimos" e insoportablemente quinceañeros del ahora ya barrio Marconi. Y de este mismo barrio son los adolescentes del Country Club que hacen que Manongo sienta por primera vez lo que es la amistad, y además lo reconcilien con la vida, tan deteriorada, después del incidente en el último colegio, el Santa María.

Después de un verano increíble en el "Country", Manongo conservará la amistad de Tyrone, en el nuevo colegio inglés a donde ambos ingresan, y allí, como tentáculos de un árbol bien arraigado, la amistad crecerá y durará mucho más que el amor que no resistió el internado, porque justo antes de terminar el colegio Tere "capotó"; se le fueron apagando los motores del entusiasmo de uno a uno, y se fue a consolar a unos brazos adultos. Y Manongo se quedó sin pareja para su fiesta de "promoción" a la que debía ir con la chica más querida. Y de nuevo las anécdotas se entremezclan:

Le quedaban un par de horas sin futuro antes de dirigirse a la estación de Desamparados (...) y entre los portones de la Plaza San Martín había un Cream Rica. Y cuando entró había una chica muy bonita para fiestas de promoción tomando té con sus padres (...) Isabelita estudiaba con coincidencia en el colegio Belén y claro que conocía a Tere Mancini, y, por lo tanto, también estaba al corriente de quien era Manongo y de sus cuernos y todo (...) Muy pausadamente pudo pues el cuarteto Isabelita, doña Isabel don Joaquín, y Manongo ponerse de acuerdo en los detalles de lugar, hora de recogida de Isabelita... (pp.490-491)

Del mucho contar de Bryce personal de sus "Antimemorias", recogemos esta anécdota:

...Un día en que, tras haber terminado mi amor primero conmigo (...) busqué a alguien para reemplazarlo en mi fiesta de promoción, al terminar el colegio. Pensé en una muchacha muy bonita, a quien apenas conocía (...) la pobre, creo, o más bien estoy seguro, estaba muy al tanto de que yo era el Alfredo Bryce ese que una de sus compañeras de clase, Teresa, había matado de por vida (...) y aceptó ir conmigo al baile por piedad, estoy seguro y eternamente agradecido (...) Pero los padres de Isabel - así se llamaba mi casi desconocida invitada- querían conocerme antes (...) me invitaron una tarde y yo me presenté vestido de niño infeliz, para que también los padres de Isabel se apiadaran de mí y le dieran permiso para ser mi pareja...<sup>886</sup>

De nuevo, los lugares y la anécdota son lugares habituales de los protagonistas y de su creador.

Y la amistad, primero con los muchachos del barrio Marconi y después con los del colegio inglés y el amor, y después su recuerdo, son los temas dominantes de *No me esperen en abril*. que durarán "como nostalgia" hasta el desenlace; porque a Tere, sólo consiguió serle infiel con otras dos Teresas, en Piura con Teresa Atkins, en aquel verano en que perdió a "su Tere", y en "La Violeta" al final de sus días, en el espacio de la ensoñación, momentos antes de morir:

-¿Cuántos años tienes Tere? -le preguntó Manongo invitándola a sentarse a su lado, ahora sí

---

<sup>886</sup> *Ibíd.*, p.214.

ya para siempre, inseparable.

-Veintitrés -le respondió ella.

Manongo le dijo que nunca en su vida se había sentido tan joven, ni tan fuerte ni tan requetebién. Y alzó su copa de oporto para brindar por esos veinte años y por su inmenso y definitivo bienestar, por todo, todo lo suyo, también de lo más sonriente... (p.611).

Y, aparte de estas coincidencias insinuadas, están las intencionadas, como son la aparición de Vilma, el ama de Julius, y también Susan y Juan Lucas con una intención un poco desmitificadora. Allí la inocencia de un niño nos la hace sentir víctima, y en *No me esperen...* la encontramos arrepentida, pero consentidora y vulgar, y con un final feliz sobreañadido. Vilma llega al colegio San Pablo, donde estudiaba Manongo, como planchadora de uno de los elegantes alumnos del colegio inglés; y cuando nos es presentada, se nos hace ver la coincidencia de nombre y persona:

Una chola de Puquio llamada Vilma, que años atrás había trabajado en casa de Juan Lucas y Susan Darling, y que ahora, de regreso a Lima y tras un breve ejercicio de la prostitución, se había regenerado recordando la gentileza con que la trató entonces un niño llamado Julius, que ya andaría con barba y bigote de tres o cuatro años. (p.255)

Y por último, *No me esperen en abril* es, abarcándolo todo, una historia de nostalgia, de nostalgia del Perú, de lo vivido y de lo imaginado.

Y Manongo será un adolescente triste "como un malecón en invierno", y después un adulto que lleva sus locuras de adulto, movido por esa amistad que nunca le abandonará (sus últimos días los pasa con "Tyrone", aquel amigo que consiguió hacerlo pasar la barrera de la adolescencia sintiéndose acompañado y amigo), pero intentándola llevar a su terreno -lo mismo que hizo con Tere- con el poder del dinero, sin conseguirlo por esta vía.

Pero a diferencia de los otros personajes de las novelas por los que hemos sentido ternura y afecto, Manongo se nos hace ajeno, como esos negocios desconocidos en los que está envuelto, y no consigue conmovernos; o quizás, simplemente, a mí me cogió con "exceso de equipaje" tras esta larga travesía por la obra de Bryce, y únicamente necesite un descanso, y una nueva perspectiva.

Y algo se echa de menos en esta última obra de Bryce Echenique, y es ese humor que aquí falta "a gritos" y con el que anteriormente Bryce nos había deleitado, y de lo que, probablemente, tenga la culpa "ese húmedo y terrible clima limeño", que acaba con cualquier alegría, o simplemente que ésta es una novela triste "sin reconversión", como su protagonista.

## VII.-CONCLUSIONES

El espacio, entendido en ese sentido abarcador de escenario donde transcurre la vida de cualquier persona o personaje -en una imitación del individuo-, y donde la emotividad del "yo" se manifiesta, tiene en la narrativa de Bryce Echenique diversas connotaciones, siempre unidas a esa característica muy especial de relación que establece el escritor con su obra: "...la literatura se ha ido convirtiendo en mi vida, absolutamente, hasta el punto de que muchas veces no he llegado ya a poder discernir ni a establecer una diferencia entre la realidad y la ficción..."

En primer lugar, y empiezo hablando del escritor, fue necesario un cambio geográfico, de país y de entorno para que la obra literaria "fuera". Bryce Echenique ha repetido, una y otra vez, la importancia decisiva que el cambio de *locus* tuvo para hacer realidad esa vocación de escritor temprana: "pude haber sido un escritor precoz", que se materializó en esa precocidad "talludita" de la casi treintena, y ya "ciudadano Kane" en Francia: "nací en Perú hace 50 años y (...) renací en Europa hace 25. Porque a eso vine cuando decidí abandonar una vida confortable y una familia adorable para entregarme a mi dudosa pasión por la literatura..." Fue necesario y decisivo, pues, el cambio de espacio geográfico para su manifestación: "del ser al no ser". De este modo, podemos decir que la obra del escritor peruano es fruto, primero, de un alejamiento físico -geográfico y ambiental-, unido a esa otra condición, en principio, consecuente, pero que ya estaba como germen: el desarraigo. Un desarraigo que empezó en el Perú en cierta manera, manifestado en el desacuerdo con el modelo de vida propuesto "por herencia", y que continuó agravándose, en el sentido más genuino del término, con esa decisión de romper con "su mundo" y venirse a Europa. Decisión gozosa y deseada en un primer momento, y más tarde dolorosa, cuando tras "la ilusión" del cambio vienen las contrariedades. Y esto respecto al autor, pero que pasará, después, a la literatura como tema.

Y ya dentro de su obra literaria, en *Huerto cerrado*, primero, hablará de dos espacios lejanos en el tiempo y en el espacio, el Perú y la adolescencia, y ya con esa perspectiva necesaria para "objetivar" unos hechos.

Su segunda novela, *Un mundo para Julius* sigue hablando del Perú, pero incidiendo en un espacio concreto: el de la burguesía limeña. Un espacio familiar para Bryce, puesto que él mismo había nacido en ella. Y para mostrárnosla elige la visión inocente de un niño, Julius, que nos la acerca a través de su desacuerdo, pero también de su pertenencia, es decir, desde otra escisión: "... Hemos nacido pasajeros de primera clase; pero, a diferencia del reglamento de los grandes barcos, aquello parecía prohibirnos las terceras clases". El personaje empezará a tener características de un *outsider*. Condición que después irá unida a muchos de los protagonistas.

Hasta aquí, pues, dos espacios como tema: el Perú y una clase determinada. Una como nostalgia, y la otra como cuestionamiento.

Después vendrá Europa como espacio donde acontecen las anécdotas (me refiero a las novelas, los relatos siguen hablando del Perú pero también de Europa). El autor lleva ya varios años en Francia para poder hablar de ella desde la experiencia, y así lo hará en *La vida exagerada de Martín Romaña*, en *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*, y también en *Tantas veces Pedro*. Y aquí hay una cosa resaltable, Bryce y también Pedro Balbuena o Martín Romaña hablarán de Europa pero desde *su condición de sudamericano*, es decir de extranjero en un país donde ser americano (del sur) no es una ventaja, y así lo vamos viendo a través de las novelas, y en palabras irónicas del escritor: "me afrancesó mi madre en el Perú y me latinoamericanizó Francia". El punto de mira de la crítica cambió de objetivo, de Lima y de la oligarquía, a Francia, las instituciones, a cierta clase: la alta burguesía francesa o italiana, pero también a ese mundo mezquino y oprimidor de "solitarios con perro" en París, pero que tampoco se "corta" ante sus propios compatriotas, cuando los cree merecedores de críticas.

Superados estos dos espacios: Perú y Europa, las siguientes novelas de Bryce transcurrirán en ambos ámbitos, pero el espacio ya no se hará tan evidentemente "doloroso", y pasará más a ser escenario de unos personajes que viven en Europa y van tras la nostalgia al Perú, como le ocurre al protagonista de *La última mudanza de Felipe Carrillo*; tras un amigo, en el caso de una de las novelas breves de *Dos señoras conversan*; o muchos, en *No me esperan en abril*. Es un espacio aceptado, en cierta manera, y cuando se habla de Perú, aunque siga la crítica certera y dirigida siempre a "la misma clase", hay un cambio sustancial, el que va del "yo"

al "él": el distanciamiento afectivo de la persona narrativa.

En la última obra de Bryce Echenique, *No me esperen en abril*, vuelve a aparecer el Perú como lugar casi único (hay unos viajes del protagonista sin concretar, sin importancia, por tanto, para el hilo narrativo), en una especie de continuación de lo que fue *Un mundo para Julius*, en donde dejamos al protagonista oscilando entre la niñez y la adolescencia y con la perplejidad ante el mundo. Y *No me esperen en abril* empieza con un protagonista adolescente, de una familia de "dirigentes de la patria"... Y Manongo, le protagonista de esta última novela, sería la esperanza frustrada que quedó en el aire en la primera novela de Bryce, y que aquí se le da solución (rompe, por tanto, las expectativas de cambio que nos había dado Julius). Y es, además, el reflejo de lo que pudo haber sido Bryce Echenique de no haber quebrado el espacio de su Lima natal para venir a Europa a ser escritor. Porque es evidente, lo confiesa el propio autor, que los amigos del protagonista de *No me esperen en abril* son el reflejo, hasta con nombre y apellido en algún caso, de aquellos compañeros del internado inglés que compartieron Bryce Echenique y Manongo Sterne. Pero, de cualquier forma, el espacio del Perú en esta novela es un espacio aceptado.

Y de aquí se llega a otra conclusión, la obra de Bryce es, en gran parte autobiográfica. Lo es en los espacios recorridos: muchos personajes protagonistas siguen la trayectoria espacial del autor, nacen en Lima y viven su niñez y adolescencia en esa ciudad; pertenecen a una misma clase social, y comparten ámbitos comunes: los colegios, el Country Club, Chosica, Piura... Y cuando cambian de país, vienen a instalarse a los mismos lugares donde lo hizo el escritor, a París, a Montpellier..., o se hacen escritores "por pura coincidencia" en Perugia, Perugia o Perusa, porque no sólo Alfredo Bryce y Martín Romaña se reconcilian con la literatura en esta pequeña ciudad de Umbría, sino que Pedro Balbuena, de un forma muy especial, logra armonizar vida y literatura en su encuentro con Sophie en aquella ciudad italiana; y los ejemplos pueden extenderse en páginas. Y en cuanto a los afectos privados, desde la misma adolescencia de Bryce, de Manongo, de Martín... el amor se materializa en una muchacha llamada Tere, pecosa y blanca de tez, de pelo corto y muy alegre hasta que conoció al último protagonista de las novelas de Bryce, Manongo Sterne. Y ya, siendo adultos, se casan con muchachas peruanas, se enamoran de una aristócrata muchacha francesa, casi adolescente y... Respecto a la amistad puede servirnos de referencia los amigos del internado inglés San Pablo.

Y si ese tinte autobiográfico es puesto en tela de juicio -hay opiniones contradictorias al respecto, mas hay que dejar "espacio" a la duda-, siempre podría hablar con un eufemismo menos comprometedor y decir que Bryce Echenique es "un prosista de la experiencia -en un término acuñado para la poesía de algunos autores como Coleridge o Wordsworth-, pero que sirve igualmente para el propósito de una definición vinculante del yo personal y el yo literario.

Los espacios físicos son determinantes en cuanto a grandes decisiones, del ser escritor al no serlo; o de ser un desarraigado personal a serlo, además, de ubicación: o incluso sirve para ampliar y confirmar el conocimiento de lo desconocido-atrayente, en esa afirmación decepcionada que hace Martín Romaña: "hasta Nôtre-Dame resplandecía un poco más en el Perú"; y también para conseguir la perspectiva necesaria para poder juzgar con cierta arbitrariedad; y el resultado fue *Un mundo para Julius*, por ejemplo, en donde el escritor quiso "narrar una cosa desde dentro, algo que yo conocía muy bien, y con lo cual sí había un arreglo de cuentas". Y esto, probablemente, sólo pudo hacerse desde la distancia efectiva. Y si hablamos de los personajes novelescos y de las anécdotas (me refiero a las novelas que hablan de Europa), todos y todas están marcados por esa condición de sudamericano en París.

Y el espacio íntimo será el despertar diario de los protagonistas de las novelas del autor peruano y el que marcará, en última instancia, el logro de toda existencia humana: la felicidad. Porque París puede ser para Martín Romaña "una fiesta con Octavia", y un infierno cuando Inés lo abandona; o Milán "Puede ser lo que fue", porque "algo le pasaba a Milán, luego a Bimba, luego a Octavia..."; o "fue Bruselas pero pudo ser Sebastopol". E igualmente Perú, si se tiene que elegir, quedará relegado a segundo lugar, anteponiéndose el espacio íntimo de la amistad: "Si tuviese que escoger entre traicionar a mi país o traicionar a mis amigos (...) espero tener los cojones para traicionar a mi país", palabras del escritor inglés E.M. Forster que Manongo de *No me esperen en abril* hace suyas, con las que se resume el sentir del protagonista, que si se le pone en la tesitura de la elección entre los afectos privados -el espacio íntimo- y los afectos públicos -el Perú- la elección ya está tomada.

Y entre los espacios íntimos en la infancia, un sentimiento que va desde la nostalgia al rechazo del tipo "recuerdo de niñez que raya en el trauma infantil". Y ya en la adolescencia y en la edad adulta marcado,



obsesivamente y en todo, por el amor y la amistad. Espacios interiores que harán que el personaje esté, en último instancia, en desacuerdo o no con él mismo o con lo que le rodea. Lo demás, a nivel individual, es mero decorado.

Así la obra de Bryce nace del desacuerdo y de la reflexión sobre él, y si su intención primera es o no es la crítica a ese desacuerdo es un dato que desconocemos. Pero el resultado, lo visible por tanto, es ése: la crítica.

Para los personajes de Bryce, la casa, en ese sentido que le da Bollnow, como lugar al que se tiende por naturaleza, o el lugar donde asientan las raíces, no está en un espacio físico: los personajes de la narrativa de Bryce, Pedro Balbuena, Martín Romaña, Manongo Sterne o el mismo Julius -incipientemente en algún sentido- se sienten ajenos en el lugar que habitan; y desde ese desarraigo, forzados por la nostalgia, hablan o van al Perú, pero allí tampoco se sienten "en casa", porque todo lo que recuerdan (un caso explícito es Felipe Carrillo de *La última mudanza*) está "fabricado" por esa nostalgia que cambia el límite de las cosas, y cuando uno corre a comprobarlo se destruye como castillo de naipes. Y el único punto de anclaje será el arraigo en los afectos privados a los que los protagonistas de esta narrativa vuelven una y otra vez, con mayor o menos fortuna, porque después de ese deambular de un espacio a otro, deteniéndose, a veces, en los rincones -un espacio simbólico de Bryce- ha llegado a su propia conclusión que es también la de sus novelas:

Hace tiempo que no viajo por geografía geográfica, pues siempre termino diciendo a este paisaje no vuelvo más, y poniéndole, por fin, su crucecita en el mapa. Es el paisaje humano el que ahora me lleva a atravesar tantas veces el charco (...) Hermosa idea cuando se sabe que, al mismo tiempo, todo esto penetrará obsesivamente en nuestra obra literaria.

Y del que se hace eco un personaje de "Un sapo en el desierto" de *Dos señoras conversan*, Mañuco, para quien el paisaje de Texas cuando lo abandone será: "... el espacio en que él y todos aquellos amigos se habían movido, la zona en que se habían escuchado y mirado, en que habían actuado y hablado, una irradiación de sus propias personas, convertida en geografía de recuerdos."

Y así si los espacios físicos fueron determinantes en un sentido muy general en Bryce escritor, y escenario conocido y necesario en su obra (todo acontecer ocurre en un aquí y un donde que puede ser omitido pero existe), lo que da "el tono", y les hace ser lo que es: una obra intimista es la preeminencia de los espacios íntimos sobre cualquier otro, que nos son dados desde dentro, en la mayoría de las ocasiones; y con un deseo de reflexión y sinceridad. Directamente del "yo" al "tú".

Y ese tono que domina la obra de Bryce se nos hace efectivo a través de los recursos formales de la oralidad y el humor, inaugurados en la novela peruana por Bryce Echenique, de una forma determinante (habrá otros que darán realce pero no identidad), lo que se ha dado en llamar "el tonito Bryce" (que en mi opinión se ha perdido en la última novela de Bryce, *No me esperen en abril*, sobre todo en lo que se refiere al humor -pérdida "lamentable" en su genuino sentido de la palabra<sup>887</sup>-) que le da a su narrativa esa agilidad y cercanía de "las cosas entre amigos", potenciado por ese "yo personal", identificado -erróneamente o no- con una persona "próxima", e insisto, amiga. Y el humor, que como ya ha sido inevitable apuntar con anterioridad, hace que, por ejemplo, "una vida exagerada", en desgracias, habitualmente, nos haga usar un don debido al raciocinio, la risa y la sonrisa. Paradoja aparente que se resuelve admitiendo que "el humorismo" es "un esfuerzo por evita-la traxedia". Y un humor también, en forma de ironía crítica, que muestra un desacuerdo sin violencia, porque el humor, ya lo sabemos, es "criticar comprendiendo", o una forma de relativizar "todas las cosas".

Y es además, y aquí volvemos al principio cuando apuntábamos el inicio a la literatura, una forma de mostrar el desacuerdo, porque el humor "es una respuesta a una situación conflictiva", es decir la respuesta a ese desacuerdo.

---

<sup>887</sup> Admito "mi propia culpa". *No me esperen en abril* me encontró con este trabajo prácticamente terminado, y en un estado de "indigestión" fácilmente comprensible. Opinión, pues que podría ser modificada cuando "las aguas vuelvan a sus cauces".

## VIII.-BIBLIOGRAFÍA

### Obras de Alfredo Bryce Echenique

#### Novelas

*Un mundo para Julius* (1ª edición, Barcelona, Barral, 1970), Barcelona, Plaza y Janés, 1986.<sup>888</sup>

*Tantas veces Pedro* (1ª edición, Lima, Lima Libre-1 editores 1977), Barcelona, Plaza y Janés, 1986.

*La vida exagerada de Martín Romaña* (1ª edición, Barcelona, Argos Vergara 1981), Barcelona, Plaza y Janés, 1990.

*El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* (1ª edición, Barcelona, Plaza y Janés, 1985), Barcelona, Plaza y Janés, 1989.

*La última mudanza de Felipe Carrillo* (1ª edición 1988), Barcelona, Plaza y Janés, 1988.

*Dos señoras conversan* (1ª edición 1990), Barcelona, Plaza y Janés, 1990.

*No me esperen en abril* (1ª edición 1995), Barcelona, Anagrama, 1995.

#### Libros de cuentos

*Huerto cerrado* (1ª edición, La Habana, Casa de las Américas, 1968), Barcelona, Plaza y Janés, 1990.

*La felicidad ja, ja* (1ª edición, Barcelona, Barral, 1974), Barcelona, Plaza y Janés, 1990.

*Cuentos completos* (1ª edición 1981), Madrid, Alianza, 1981.

*Magdalena Peruana y otros cuentos* (1ª edición 1986), Barcelona, Plaza y Janés, 1989.

#### Crónicas

*A vuelo de buen cubero y otras crónicas* (1ª edición 1977), Barcelona, Anagrama, 1977.

*Crónicas personales* (1ª edición 1988), Barcelona, Anagrama, 1988.

#### Memorias

*Permiso para vivir (Antimemorias)* (1ª edición 1993), Barcelona, Anagrama, 1993.

---

<sup>888</sup> La primera fecha corresponde a la primera edición y la segunda a la edición manejada.

## Relatos sueltos

"**Con Jimmy en Paracas** ", *Cuadernos del Ruedo Ibérico*, núm.13-14, París, 1967.

"**Los indios** ", *Ínsula*, núm 332-333, (pág 33-34), Madrid, 1974.

"**Anorexia y Tijerita** ", *El País*, (pág 1-8), Madrid, agosto 1986. (Recogido en *Magdalena peruana y otros cuentos*).

*Goig* (1ª edición 1987), Madrid, Debate, 1987.

"**Sinatra y violetas para tus pieles** ", *El País*, (pág 83-89), Madrid, 7 agosto 1995.

## Artículos de opinión en Revistas

"**De cómo y por qué los monos me devolvieron la palabra** ", *Jano*, (pág. 118-119), Madrid, febrero 1987.

"**El bolero cumple cien años** ", *Jano*, (pág 84), Madrid, 1987.

"**El incomprensible mundo de Gigi en París** ", *Jano*, (pág 115), Madrid, marzo 1987. (Recogido en *Crónicas personales*).

"**Regreso y despedida del teniente Colombo** ", *Jano*, (pág 67), Madrid, septiembre 1987.

"**Crepúsculo de magnates** ", *Jano*, (pág 84-87), Madrid, diciembre 1987. (Recogido en *Crónicas Personales*).

"**Los últimos Sanfermines de Hemingway** ", *Jano*, (pág 106-110), Madrid, octubre 1987.

"**Sherlock cumple cien años** ", *Jano*, (pág 91), Madrid, noviembre 1987.

"**¿Por qué siempre regreso a España?** ", *Jano*, (pág 154-155), Madrid, enero 1988. (Recogido en *Crónicas personales*).

"**Feliz viaje, hermano Antonio** ", *Jano*, (pág 89-90), Madrid, febrero 1988.

"**Algo sobre mi vida** ", *Jano*, (pág 123-125), Madrid, marzo 1988.

"**Pude haber sido un escritor precoz** ", *Jano*, (pág 123-124), Madrid, mayo 1988. (Recogido en *Permiso para vivir*).

"**Pánico a volar** ", *Jano*, (pág 113-114), Madrid, junio 1988. (Recogido en *Permiso para vivir*).

"**Terrible y maravillosa nostalgia** ", *Jano*, (pág 77-78), Madrid, julio 1988.

"**Una extraña manera de decir las cosas** ", *Jano*, (pág 69-71), Madrid, septiembre 1988.

"**La otra imagen de Voltaire** ", *Jano*, (pág 119-120), Madrid, octubre 1988.

"**El despacho irrepitible** ", *Jano*, (pág 130-132), Madrid, noviembre 1988.

"**Evocación de Machu Picchu** ", *Jano4*, (pág 125-126), Madrid, diciembre 1988.

- "**Reflexiones en torno a una cita** ", *Jano*, (pág 108-109), Madrid, febrero 1989.
- "**Acercándonos a Henry James** ", *Jano*, (pág 125-130), Madrid, marzo 1989.
- "**Menorca, la independiente** ", *Jano*, (pág 109-111), Madrid, abril 1989.
- "**Así me fue la feria** ", *Blanco y Negro*, (pág 69-75), Madrid, 16 abril 1989.
- "**El otro navegante genovés** ", *Jano*, (pág 122-126), Madrid, mayo 1989.
- "**Tamaños escritores** ", *Jano*, (pág 106), Madrid, junio 1989. (Recogido en *Permiso para vivir*).
- "**Las ciudades y las mujeres** ", *Jano*, (pág 81-82), Madrid, julio 1989. (Recogido en *Permiso para vivir*).
- "**Tres historias de la amistad** ", *Blanco y Negro*, (pág 6-7), Madrid, 23 julio 1989. (Recogido en *Permiso para vivir*).
- "**La corta vida de Alfredo Bryce** ", *Blanco y Negro*, (pág 6-7), Madrid, 27 agosto 1989. (Recogido en *Permiso para vivir*).
- "**La historia de mi rosa** ", *Jano*, (pág 87-89), Madrid, septiembre 1989. (Recogido en *Permiso para vivir*).
- "**Cual Shakespeare en Harlem** ", *Blanco y Negro*, (pág 6-7), Madrid, 1 de octubre 1989. (Recogido en *Permiso para vivir*).
- "**Conversando con lady Diá** ", *Jano*, (pág 100-104), Madrid, octubre 1989.
- "**Un viejo problema** ", *Blanco y Negro*, (pág 8-9), Madrid, 12 noviembre 1989.
- "**En la isla y sin el libro** ", *Jano*, (pág 107-108), Madrid, noviembre 1989.
- "**Merry Christmas** " *Jano*, (pág 83-84), Madrid, diciembre 1989.
- "**Disparos en la espalda con abrigo** ", *Jano*, (pág 100-102), Madrid, enero 1990. (Recogido en *Permiso para vivir*).
- "**Douglas W.Elliot** ", *Blanco y Negro*, (pág 18), Madrid, agosto 1990.
- "**Estado de ánimo Montpellier-81** ", *Blanco y Negro*, (pág 6-7), 23 septiembre 1990.
- "**La sordera de Numancia** ", *Blanco y Negro*, (pág 6-7), Madrid, 23 febrero 1992. También en *Jano*, mayo 1994.
- "**Caricaturas y máscaras** ", *Blanco y Negro*, (pág 6-8), Madrid, 28 junio 1992.
- "**El corazón de la humanidad** ", *Blanco y Negro*, (pág 6), Madrid, 16 agosto 1992.
- "**Un profeta vacío para un tiempo mediocre** ", *Jano*, (pág 83-84), Madrid, septiembre 1992.
- "**La descomposición de la fiesta** ", *Jano*, (pág 116), Madrid, noviembre 1992.
- "**Libertad y rebeldía en la capital cultural del 92** ", *Jano*, (pág 7), Madrid, 27 diciembre 1992.
- "**Memorias y citas de Puerto Rico** ", *Claves*, núm 29, (pág 34-47), Madrid, enero-febrero 1993.
- "**Iberoamérica descubre 'Nuestra América'** ", *Jano*, (pág 133-134), Madrid, febrero 1993.

"Subyugante Russell Lucas ", *Jano*, (pág 106), Madrid, abril 1993.

"Los cien hombres de América ", *Jano*, (pág 85-86), Madrid, junio 1993.

"Vicio, magia y oficio de un escritor nato ", *Jano*, (pág 89-90), Madrid, septiembre 1993.

"Los personajes femeninos en *Cien años de soledad* ", *Jano*, (pág 87-88), Madrid, octubre 1993.

"El viejo y su España ", *Jano*, (pág 105-106), Madrid, noviembre 1993.

"El turista y el viajero ", *Jano*, (pág 59-60), Madrid, diciembre 1993.

"Del paro al odio ", *Blanco y Negro*, (pág 6-7), Madrid, 6 enero 1994.

"Parabólicas noticias del Imperio ", *Jano*, (pág 51-52), Madrid, enero 1994.

"Hacia la estación de Finlandia ", *Jano*, (pág 89-90), Madrid, febrero 1994.

"La sordera de Numancia ", *Jano*, (pág 93-94), Madrid, mayo 1994.

"Mítica y crítica California ", *Jano*, (pág 39-40), Madrid, julio 1994.

"Extraordinarias perspectivas ", *Jano*, (pág 70-72), Madrid, septiembre 1994.

"Cabellos étnicos ", *Jano*, (pág 98), Madrid, octubre 1994.

"Nuevas memorias de Adriano ", *Jano*, (pág 84-86), Madrid, noviembre 1994.

"Narices francesas ", *Blanco y Negro*, (pág 5-7), Madrid, 13 noviembre 1994.

"Depresión y creatividad ", *Jano*, (pág 58-60), Madrid, febrero 1995.

"El género más misterioso del mundo ", *Jano*, (pág 75-76), Madrid, febrero 1995

"Cuando el lector se va ", *Jano*, (pág 78), Madrid, marzo 1995

"Ternura y revolución ", *Jano*, (pág 91), Madrid, abril 1995.

"Una oposición llamada vida ", *Blanco y Negro*, (pág 6-8), Madrid, 7 mayo 1995.

"Nostálgico mayo del 68 ", *Jano*, (pág 66), Madrid, mayo 1995.

"La realidad no es siempre mágica ", *Blanco y Negro*, (pág 6-8), Madrid, 28 mayo 1995.

"Pero también es verdad que...", *Jano*, (pág 69), Madrid, mayo 1995.

"Un cronopio muy grande ", *Jano*, (pág 56), Madrid, junio 1995.

"¿Adónde vivo? ", *Jano*, (pág 55), Madrid, julio-septiembre 1995.

"Oxford contra Cambrigde ", *Quimera*, núm 48, (pág 60-63), Barcelona.

"Luz y tinieblas ", *Quimera*, núm 50, (pág 70), Barcelona.

"Retrato del artista por un adolescente ", *Quimera*, núm 51, (pág 23-31), Barcelona.

### Artículos de opinión en Diarios

"**La historia de mi rosa** ", *El País*, (pág 18), Madrid, 13 septiembre 1988. (Reproducido en *Jano*, septiembre 1989). (Recogido en *Permiso para vivir*).

"**Hugo jugo** ", *El País*, (pág 12), Madrid, 4 septiembre 1988. (Recogido en *Permiso para vivir*)

"**Los días y las gentes** ", *El País*, (pág 8), Madrid, 26 marzo 1990.

"**Civilización o barbarie** ", *El País*, (pág 8), Madrid, 27 marzo 1990.

"**Un embrollo maldito** ", *El País*, (pág 10), Madrid, 28 marzo 1990.

"**En nombre del pueblo peruano** ", *El País*, (pág 10), Madrid, 29 marzo 1990.

"**¿Una sociedad abierta?** ", *El País*, (pág 8), Madrid, 30 marzo 1990.

"**El narrador oral** ", *El País*, Madrid, 18 abril 1990. También en *Jano*, octubre 1992.

"**Una habitación con vistas** ", *El País*, (pág 14), Madrid, 11 enero 1991.

"**Retrato de familia con oso** ", *El País*, (pág 15-16), Madrid, 14 mayo 1991.

"**Anacronismo y posmodernidad** ", *El País*, (pág 15-16), Madrid, 5 julio 1991.

"**¿Qué fue del nuevo periodismo?** ", *El País*, (pág 11-12), Madrid, 23 noviembre 1991. También en *Jano*, marzo 1994.

"**Nuestros países están en venta** ", *ABC*, (pág 44), Madrid, 20 marzo 1993.

"**Ternura y revolución: del Barrio Latino a Berkeley** ", *ABC*, Madrid, 2 mayo 1993.

### Entrevistas a Alfredo Bryce Echenique

ARCO del, Miguel Ángel, "**Alfredo Bryce Echenique** ", *Tiempo*, (pág 109), Barcelona, 8 mayo 1995.

BENSOUSSAN, Albert, "**Entrevista con Alfredo Bryce Echenique** ", *Ínsula*, núm 408, (pág 1 y 12), Madrid, noviembre 1980.

DIAZ, Lola, "**Alfredo Bryce: el hombre que hablaba de Echenique**", *Cambio 16*, (pág 128-132), Junio de 1985.

CANTAVELLA, Juan, "**Bryce Echenique: 'no abdicaría nunca de la libertad de escribir lo que quiero'** ", *El Norte de Castilla*, (pág 45), 11 septiembre 1991.

FERREIRA, César G., "**Entrevista con Alfredo Bryce** ", *Dactylus*, núm 8, (pág 8), Universidad de Texas (Austin), otoño 1987.

LAFUENTE, Fernando R., "**Entrevista a Alfredo Bryce Echenique** ", *Ínsula*, núm 517, (pág 28), Madrid, enero 1990.

ORTEGA, Julio, "**España aparta de mí esta copa (Entrevista con Bryce Echenique)** ", *Cambio 16*, (pág VIII), 23 de febrero de 1983. ORTEGA, Julio, "**Alfredo Bryce Echenique: La vida es literatura** ", *Quimera*, núm 56, (pág 17-23), Barcelona, 1987.

OSORIO, Manuel, "**Cómo me hice escritor** ", *Cambio 16*, núm 705, (pág 59-61), Madrid, 3-10 junio 1985.

PADURA FUENTES, Leonardo, "**Retrato y voz de Alfredo Bryce Echenique** ", *Plural*, núm 224, (pág 35-40), México, mayo 1990.

SORIANO, Juan Carlos, "**Alfredo Bryce Echenique: 'el mundo de las letras es una feria de vanidades'** ", *Turia*, núm 32-33, (pág 241-249), Teruel, junio 1995.

## Bibliografía sobre Alfredo Bryce Echenique

### Libros

FUENTE de la, José Luis: *Cómo leer a Alfredo Bryce Echenique*, Madrid, Júcar, 1994.

LIA BARRIOS, Alba: *Lectura de un cuento (¡Al agua patos! de Alfredo Bryce Echenique)*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1986.

LUCHTING WOLFGANG, A.: *Alfredo Bryce. Humores y malhumores*, Lima, Milla Batres, 1975.

### Artículos en Revistas

APARICIO, Mara, "**Acciones, pasiones y voces** ", *Nueva Estafeta*, núm 40, Madrid, marzo 1982.

BRADU, Fabienne, "**Crónica de dos crónicas** ", *Vuelta*, núm 144, (pág 46-48), noviembre 1988.

CAMPOS, Jorge, "**Un mundo para Bryce Echenique** ", *Ínsula*, núm 430, (pág 11), Madrid, septiembre 1982.

CAMPOS, Jorge, "**'La felicidad ja ja': cuentos de Alfredo Bryce Echenique** ", *Ínsula*, núm 332-333, (pág 27), Madrid, noviembre 1981.

COULSON, Graciela, "**Bryce Echenique o la apoteosis de la memoria** ", *El Urogallo*, vol. 35, (pág 95-100), 1975.

EYZAGUIRRE, Luis, "**La última mudanza de Bryce Echenique** ", *Hispanamérica*, vol. 18, núm 53-54, (pág 195-202), 1989

EYZAGUIRRE, Luis, "**Alfredo Bryce Echenique o la reconquista del tiempo** ", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol.11, núm 21-22, (pág 215-221), 1985.

EYZAGUIRRE, Luis, "**Tantas veces Pedro: Culminación de ciclo en la narrativa de Alfredo Bryce Echenique** ", *Dactylus: Revista Literaria, Departamento de Español y Portugués (Universidad de Texas en Austin)*, núm 8, otoño 1987.

FERREIRA, César G., "**La vida exagerada de Martín Romaña de Alfredo Bryce**", *Dactylus*, núm 5, Universidad de Texas (Austin), primavera 1986.

FERREIRA, Cesar G., "**Un escritor llamado Bryce Echenique** ", *Dactylus*, núm 8, Universidad de Texas (Austin), otoño 1987.

FUENTE de la, José Luis, "**Modalización del narrador en *Un mundo para Julius* de Alfredo Bryce Echenique**", *Plural*, núm 9-10, (pág 117-131), 1991-1992.

FUENTE de la, José Luis, "**Direcciones y carencias del narrador en *Un mundo para Julius* de Alfredo Bryce Echenique**", *Scriptura (Facultad de Letras-Sección de Literatura Española)*, núm 8-9, (pág 195-212), Lleida, septiembre 1992.

FUENTE de la, José Luis, "**Los 'cuadernos de navegación' de Bryce Echenique, díptico picaresco**", *Bulletin Hispanique*, tomo 96, núm 1, (pág 203-215), Université Michel de Montaigne (Bordeaux), junio 1994.

GARCÍA-MARINA, Ana, "**Espanoles de adopción**", *El Mundo-Magazine*, (pág 12), Madrid, 11 julio 1993.

GUTIERREZ, Ricardo, "**Lector y narratario en dos relatos de Bryce Echenique**", *Inti (Revista de Literatura Hispánica)*, núm 24-25, (pág 107-126), otoño 1986-primavera 1987.

LUCHTING, Wolfgang A., "***Un mundo para Julius*, de Alfredo Bryce**", *Ínsula*, núm 332-333, (pág 5-6), Madrid, 1974.

MONTIEL, Enrique, "**De Lima a París**", *Cambio 16*, (pág 139), 10 de noviembre de 1982.

RODRÍGUEZ-PERALTA, Phillis, "**Narrative Access to *Un mundo para Julius***", *Revista de Estudios Hispánicos*, vol. 17, (pág 407-418), Temple University (Philadelphia), octubre 1983.

RODRÍGUEZ-PERALTA, Phillis, "**The subjective narration of Bryce Echenique's: *La vida exagerada de Martín Romaña***", *Hispanic Journal*, vol.10, (pág 139-151), Temple University (Philadelphia), primavera 1989.

ROSENVIGE, Teresa, "**Descripción de la realidad**", *Cambio 16*, (pág 11), 27 de diciembre de 1990.

SÁNCHEZ PAREDES, Pedro, "**Un mundo para Alfredo Bryce Echenique**", *Jano*, núm 24-29, (pág 97-98), Madrid, octubre 1986.

SCHOLZ, Laszlo, "**Realidad e irrealidad en *Tantas veces Pedro* de Alfredo Bryce Echenique**", *Revista Iberoamericana*, vol. 57, núm 155-156, (pág 533-542), abril-septiembre 1991.

SALDÉS, Sergio, "***La vida exagerada de Martín Romaña* o *La aventura de la escritura***", *Revista Chilena de Literatura*, núm 26, (pág 109-120), Chile, noviembre 1985.

SERNA, Mercedes, "**Bryce Echenique retrata de nuevo a la oligarquía limeña**", *Quimera*, núm 136, (pág 60-63), Barcelona, mayo 1995.

VILANOVA, Nuria, "**Final de un juego**", *Quimera*, núm 49, (pág 74), Barcelona.

ZARRALUKI, Pedro, "**Además y todavía, Bryce**", *Letra Internacional*, núm 39, (pág 70-71), Madrid, julio-agosto 1995.

#### Artículos en Diarios

ANTOLÍN, Ana, "**Bryce Echenique: 'Iberoamérica espera que España le ayude a ampliar sus expectativas'**", *ABC*, (pág 55), Madrid, 4 julio 1991.

AZANCOT, Nuria, "**Alfredo Bryce Echenique: 'Lo que más me molesta es la falta de ternura'**", *ABC*, (pág 68), Madrid, 29 noviembre 1987.



- CONTE, Rafael, "**Relatos de la disolución** ", *El País*, (pág 17), Madrid, 13 noviembre 1988.
- CORRAL, Pedro, "**Bryce Echenique califica de pavorosa la falta de libros españoles en Iberoamérica** ", *ABC*, (pág 60), 13 diciembre 1990.
- CUESTA, Tomás, "**El regreso de Martín Romaña** ", *ABC*, (pág XII), 26 enero 1985.
- FERNÁNDEZ, Carlos, "**Bryce Echenique: hablando de soledades** ", *El Norte de Castilla*, (pág 57), 28 enero 1991.
- FERNÁNDEZ SASTRE, Roberto, "**Escritor de transición** ", *El País*, Madrid, 10 febrero 1991.
- GARCÍA-POSADA, Miguel, "**La vida 'exagerada' de Alfredo Bryce Echenique** ", *El País*, (pág 13), Madrid, 20 marzo 1993.
- GIL DE BIEDMA, Leticia, "**El mal de vivir** ", *El País*, (pág 73), Madrid, 21 mayo 1995.
- GOÑI, Javier, "**Bryce Echenique retorne en su nueva novella al universo de su primera obra** ", *El País*, (pág 34), Madrid, 6 abril 1995.
- LEÓN-SOTELO, Trinidad de, "**Bryce: 'En No me esperen en abril se aúnan el diablo, el canalla y el amigo fiel'** ", *ABC*, (pág 65), Madrid, 6 abril 1995.
- MARCO, Joaquín, "**La última mudanza de Felipe Carrillo** ", *ABC*, (pág XI), Madrid, 22 octubre 1988.
- MARCO, Joaquín, "**Dos señoras conversan. Novelas breves** ", *ABC*, (pág XIII), Madrid, 12 enero 1991.
- MARCO, Joaquín, "**Bryce Echenique: Sentimentalismo y humor** ", *ABC*, (pág 37), Madrid, 4 febrero 1982.
- MARRA, Nelson, "**El hechizo de lo breve** ", *El País*, Madrid, 20 noviembre 1986.
- MOIX, Ana María, "**El viejo Julius** ", *El Noticiero Universal*, Barcelona, 10 febrero 1982.
- RICO, Maite, "**Madrid es mi casa y mis amigos. Punto** ", *El País*, (pág 4), Madrid, 30 junio 1992.
- RODRÍGUEZ, Emma, "**'Perú ha cambiado demasiado deprisa y yo no soy el mismo'** ", *El Mundo*, Barcelona, 6 abril 1995.
- SUÑEN, Luis, "**Un tratado sobre la pasión** ", *El País-Libros*, (pág 5), Madrid, 31 mayo 1981.
- SUÑEN, Luis, "**Queremos tanto a Bryce Echenique** ", *El País-Libros*, (pág 5), Madrid, 28 febrero 1982.
- TORRES, Maruja, "**El País de la Maravillas** ", *El País*, Madrid, 3 enero 1982.
- TRASOBARES, Ana, "**Bryce Echenique: 'realmente mi país no tiene arreglo posible'** ", *Diario 16*, (pág 32), Madrid, 6 abril 1995.
- TRENAS, Miguel Ángel, "**'Soy un escritor intuitivo', dice Bryce Echenique, centro de una Semana de Autor, en Madrid** ", *La Vanguardia*, (pág 44), Barcelona, 27 noviembre 1987.
- TRENAS, Miguel Ángel, "**Bryce evoca en su nueva obra a los ángeles, demonios, canallas y amigos que conoció** ", *La Vanguardia*, (pág 48), Barcelona, 6 abril 1995.
- VIDAL, Juan Carlos, "**'Todo me sale fenomenal en España', dice Bryce Echenique** ", *Ya*, (pág 35), Madrid, 28 noviembre 1987.

VIDAL FOLCH, Ignacio, "**Peruanos** ", *El Periódico*, (pág 7), Barcelona, 14 abril 1988.

VILLENNA de, Luis Antonio, "**Placeres vitales y escritos** ", *La Vanguardia*, (pág 75), Barcelona, 23 abril 1988.

### Bibliografía general

AGUIAR E SILVA, Vítor Manuel de: *Teoría de la Literatura*, Madrid, Gredos, 1986.

ALBALADEJO, Tomás: *Semántica de la narración: la ficción realista*, Madrid, Taurus, 1992.

AMORÓS, Andrés: *Introducción a la novela contemporánea*, Madrid, Cátedra. 1989, (9ª edición).

ANDERSON IMBERT, Enrique: *Teoría y técnica del cuento*, Barcelona, Ariel, 1992.

BACHELARD, Gastón: "**Introducción a la dinámica del paisaje** " de *Derecho a soñar*, (pág 72-95), México, F.C.E., 1985.

-- *La poética del espacio* (trad. Ernestina de Champourcin), Madrid, F.C.E., 1994, (2ª edición).

BAJTIN, Mijail: *Estética de la creación verbal*, Madrid, Siglo XXI editores, 1992, (5ª edición).

- *Teoría y estética de la novela*, Altea, Taurus, 1989.

BALLART, Pere: *Eironia: La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994.

BAQUERO GOLLANES, Mariano: *Estructuras de la novela actual*, Madrid, Castalia, 1989.

BELTRÁN -VOCAL, Mª Antonia: *Novela española e hispanoamericana*, Madrid, Betania, 1989.

BELTRÁN ALMERÍA, Luis: *Palabras transparentes*, Madrid, Cátedra, 1992.

BERGSON, Henri: *La Risa*, Madrid, Espasa Calpe, 1973.

BLANCHOT, Maurice: *El espacio literario* (trad. Vicky Palant y Jorge Jiakis), Barcelona, Paidós, 1992, (2ª edición).

BOBES NAVES, Mª del Carmen: *Teoría general de la novela: semiología de "La Regenta"*, Madrid, Gredos 1985.

- *La novela*, Madrid, Síntesis, 1993.

BOLLNOW, O. Friedrich: *Hombre y espacio*, Barcelona, Labor, 1964.

BOURNEUF, R.: *La novela* (trad. Enric Sullà), Madrid, Ariel, 1981, (2ª edición).

CATELLI, Nora: *El espacio autobiográfico*, Barcelona, Lumen, 1991.

CORNEJO POLAR, Jorge, "**Nota sobre la función de espacio en Los ríos profundos** ", *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm 2-3, (pág 649-656), 1972-1973.

CORTAZAR, Julio, "**Una profecía sobre la novela** ", *Quimera*, núm 115, (pág 13-25), Barcelona, 1992.

- CRIADO DE VAL, Manuel: *La imagen del tiempo: verbo y relatividad*, Madrid, Istamo, 1992.
- DÍAZ-MIGOYO, Gonzalo: *La diferencia novelesca. Lectura irónica de la ficción*, Madrid, Visor, 1990.
- "El funcionamiento de la ironía " en Espiral, Madrid, Fundamentos, 1980.
- FORSTER, E. M.: *Aspectos de la novela* (Trad. Guillermo Lorcuza), Madrid, Debate, 1990, (3ª edición).
- GÁLVEZ, Marina: *La novela hispanoamericana contemporánea*, Madrid, Taurus, 1987.
- GARCÍA LA CRUZ, Luís: "La literatura sudamericana después del 'boom' ", *Leer*, Junio 1985, (pág 58-62)
- GARRIDO DOMINGUEZ, Antonio: *El texto narrativo*, Madrid, Síntesis, 1993.
- GENETTE, Gérard: *Figuras iii* (Trad. Carlos Manzano), Barcelona, Lumen, 1989.
- *Ficción y Dicción* (Trad. Carlos Manzano), Barcelona, Lumen, 1993.
- GOIC, Cedomil: *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*, Barcelona, Crítica, 1988.
- GULLÓN, German: *El narrador en la novela del siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1987.
- GULLÓN, Ricardo: *La novela lírica*, Madrid, Cátedra, 1984.
- *Espacio y novela*, Barcelona, Bosch, 1980.
- GURMENDEZ, Carlos, "La ironía ", *El País*, (pág 12), Madrid, 20 enero 1990.
- HURTADO, Mª Pilar: *El humor en "Rayuela" de Julio Cortazar*, Lleida, Archivo de l'Estudi General, 1984.
- JAUSS, Hans Robert: *Experiencia estética y hermeneútica literaria*, Madrid, Taurus, 1992.
- KAYSER, Wolfgang: *Interpretación y análisis de la obra literaria* (Trad. Maria D. Mouton y V. Garcia Yebra), Madrid, Gredos, 1981, (4ª edición).
- KRISTEVA, Julia: *El texto de la novela* (Trad. Jordi Llovet), Barcelona, Lumen, 1981, (2ª edición).
- LE GUERN, Michel: *La metáfora y la metonimia*, Madrid, Cátedra, 1976.
- LUKACS, Georg: *La teoría de la novela*, Barcelona, Grijalbo, 1975.
- MAYORAL, Marina: *El personaje novelesco*, Madrid, Cátedra, 1993, (2ª edición)
- OUELLET, R: *La novela* (Trad. Enric Sullà), Barcelona, Ariel, 1981, (2ª edición)
- PAZ GAGO, José María: *La estilística*, Madrid, Síntesis, 1993.
- ROMAN, Isabel: *La invención en la escritura experimental (del barroco a la literatura contemporánea)*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1993.
- SÁNCHEZ, Luís Alberto: *Proceso y contenido de la novela Hispano-Americana*, Madrid, Gredos, 1976, (3ª edición).
- SÁNCHEZ FERRER, José Luís: *El realismo mágico en la novela hispanoamericana*, Madrid, Anaya,

1990.

SPANG, Kurt: *Géneros literarios*, Madrid, Síntesis, 1993.

TACCA, Óscar: *Las voces de la novela*, Madrid, Gredos, 1978 (2ª edición).

VV.AA: *Literatura y espacio urbano*, Alicante, José Carlos Rovira y José Ramón Navarro editores, 1994.

VV.AA: *Escritura autobiográfica*, Madrid, Visor, 1993.

VV.AA: *El oficio de narrar*, Marina Mayoral coord., Madrid, Cátedra, 1990 (2ª edición).

VV.AA: *Mito y realidad en la novela actual*, Madrid, Cátedra, 1992.

VV.AA: *Rito y religión*, Madrid, Popular, 1990.

VV.AA: *Morfonética del humor*, Barcelona, Teide, 1991 (7ª edición).

VEGA de la, Celestino F.: *O segredo do humor*, Vigo, Galaxia, 1983 (2ª edición).

VIGARA TAUSTE, Ana María: *El chiste y la comunicación lúdica: Lenguaje y praxis*, Madrid, Libertarias, 1994.

WAGENSBERG, Jorge: *Ideas sobre la complejidad del mundo*, Barcelona, Tusquets, 1985 (3ª edición).

WARREN, Austin y WELLEK, René: *Teoría literaria* (Trad. José María Gimeno), Madrid, Gredos, 1974 (4ª edición).

BIBLIOTECA VIRTUAL

MIGUEL DE CERVANTES